



UNA LUZ EN LA LLAMA

de

JENNIFER L.
ARMENTROUT

Lectulandia

Ahora la única persona que puede salvar a Sera es la misma a quien lleva toda la vida intentando matar.

La verdad sobre el plan de Sera ha salido a la luz, y ha hecho pedazos la frágil confianza que se había forjado entre ella y Nyktos. Rodeada de personas que no confían en ella, solo le queda cumplir con su deber. Hará lo que sea necesario para acabar con Kolis, el falso Rey de Dioses, y su gobierno tiránico en el Iliseeum, y así detener la amenaza que supone para el mundo mortal.

No obstante, Nyktos tiene un plan, y mientras trabajan juntos lo último que necesitan es la innegable y abrasadora pasión que continúa ardiendo entre ellos. Sera no puede permitirse enamorarse del torturado Primigenio, especialmente ahora que la posibilidad de obtener una vida alejada de un destino que nunca quiso está más cerca que nunca.

Y cuando Sera comienza a darse cuenta de que quiere ser más que Consorte solo en el nombre, el peligro que los acecha se intensifica. Los ataques en las Tierras Umbrías se multiplican y cuando Kolis los convoca a la Corte, un nuevo riesgo se hace evidente. El poder Primigenio de la Vida crece en su interior y, sin el amor de Nyktos (una emoción que él es incapaz de sentir), no sobrevivirá. Eso si consigue alcanzar su Ascensión y Kolis no la atrapa primero. El tiempo se les acaba. A ella y a los reinos.

Jennifer L. Armentrout

Una luz en la llama

De Carne y Fuego - 2

ePub r1.0

Titivillus 13-04-2023

Título original: *A Light in the Flame*
Jennifer L. Armentrout, 2022
Traducción: Guiomar Manso de Zúñiga

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para ti, lector. Sin ti, nada de esto sería posible.

Gracias.



JENNIFER L.
ARMENTROUT



Capítulo 1



—*Eres la heredera de las tierras y los mares, los cielos y los reinos. Una reina en lugar de un rey. Tú eres la Primigenia de la Vida* —dijo con voz rasposa Nyktos, el Asher, el Bendecido, el Guardián de Almas y el Dios Primigenio del Hombre Común y los Finales. Esos labios suyos que habían susurrado palabras acaloradas contra mi piel y también habían dicho verdades brutales y frías estaban ahora entreabiertos. Sus ojos plateados, abiertos de par en par y con estelas giratorias de luminoso *eather* (la esencia de los dioses) estaban clavados en mí. Una especie de pasmo asombrado suavizaba los ángulos fríos de sus altos y anchos pómulos, su nariz recta como una cuchilla y su mandíbula cincelada.

Su ondulado pelo castaño rojizo cayó contra sus mejillas de un tono bronceíneo dorado cuando hincó una rodilla en tierra y puso la palma de su mano izquierda sobre el suelo del salón del trono, y la de la derecha sobre su pecho.

Nyktos se estaba *inclinando* ante mí.

Retrocedí consternada.

—¿Qué estás haciendo?

—El Primigenio de la Vida es el ser más poderoso de todos los mundos, por encima de todos los demás Primigenios y dioses —dijo sir Holland. Excepto que él ya no era el hombre al que conocía como caballero de la guardia real de Lasania; tampoco era un mero mortal. Era uno de los *Arae*, un *Hado* de leyenda, ni dios ni mortal. Los *Arae*, capaces de ver el pasado, el presente y el futuro de todos, no respondían ante ninguna corte primigenia.

Los Hados eran tan aterradores como cualquier Primigenio, y yo no podía ni empezar a contar la de veces que había pateado a este.

—Te está mostrando el respeto que se te debe, Sera —añadió Holland, mientras yo seguía mirando a Nyktos igual de pasmada.

—Pero yo no soy la Primigenia de la Vida —protesté. Era obvio.

—Llevas dentro de ti las únicas brasas de vida verdaderas —explicó Nyktos, y esa voz grave, aunque en ese momento suave, me provocó una miríada de escalofríos por toda la piel—. A todos los efectos, *eres* la Primigenia de la Vida.

—Lo que dice es cierto. —La diosa Penellaphe se acercó y se situó bajo el techo descubierta. El cielo lleno de estrellas proyectaba un suave resplandor por su cálida piel café con leche—. Negarlo es un lujo que no podemos permitirnos.

—Pero soy una mera mortal... —Sentía los pulmones como si me los hubieran llenado de agujeros diminutos, y Nyktos *seguía* arrodillado ante mí—. ¿Puedes, por favor, ponerte de pie o sentarte? ¿Hacer cualquier cosa que no sea arrodillarte? Me resulta muy incómodo.

La cabeza de Nyktos se inclinó y unos cuantos mechones de pelo resbalaron por su mejilla.

—Eres la *verdadera* Primigenia de la Vida, igual que lo era mi padre. Como ha dicho Holland, es una muestra de respeto.

—Pero no quie... —Me interrumpí, el corazón acelerado y el pecho comprimido. El *eather* en los ojos de Nyktos dejó de girar—. ¿Puedes simplemente no hacerlo? Por favor.

El Primigenio se apresuró a levantarse y las hebras de esencia en sus ojos se avivaron con tal intensidad que eran casi dolorosos de mirar. Se alzaba imponente por encima de mí y su mirada parecía estar retirando capas de mi mismísimo ser, parecía ver... *sentir* lo que sentía yo.

Me puse rígida, noté que mi piel se calentaba y se me puso la carne de gallina.

—Más vale que no estés leyendo mis emociones.

Nyktos arqueó una ceja oscura.

—Tu tono acusatorio es innecesario.

—Y tu respuesta no ha sido precisamente una declaración de inocencia —repliqué. Penellaphe abrió los ojos como platos.

—No. —La voz de Nyktos había bajado un poco, pero aun así, de algún modo, tronaba sobre mí—. No lo ha sido.

—Entonces, no lo hagas —espeté, cortante—. Es maleducado.

Nyktos abrió la boca, seguro que para comentar que yo era la última persona que debería hablar de comportamiento maleducado.

—Nunca has sido una mera mortal, Seraphena —intervino Holland con tacto, igual que había hecho docenas de veces en el pasado cada vez que me sumía en una discusión sin sentido—. Eres la posibilidad de un futuro para todos.

Ya había dicho algo parecido una vez mientras entrenábamos, pero ahora había adoptado un significado muy diferente.

—Pero no he completado ningún Sacrificio, y acabas de decir que yo... —Cerré los ojos, pero no terminé la frase.

Todo el mundo ahí sabía lo que habían dicho.

Inspira. Mi cuerpo y mi mente mortales no serían capaces de soportar el poder de las brasas una vez que iniciara mi Ascensión. La única posibilidad que tenía de sobrevivir no era ni siquiera una esperanza. *Contén.* Requería la sangre del Primigenio al que pertenecía una de las brasas de vida... eso y la voluntad pura alimentada por el *amor*.

El amor del Primigenio al que me había pasado la vida entera planeando matar. No importaba que creyera que era la única manera de salvar a mi reino.

La ironía de todo ello me daba ganas de reír, excepto por que iba a morir. Lo más probable era que lo hiciese en menos de cinco meses, antes de cumplir veintiún años, y me llevaría las últimas brasas de vida verdaderas conmigo. El mundo mortal se vería afectado primero y con mayor dureza. Con el tiempo, la Podredumbre se extendería más allá de las Tierras Umbrías a todo Iliseeum.

Solté todo el aire despacio, justo como me había enseñado Holland hacía muchos años, cuando la vida se volvió demasiado pesada, demasiado dura de soportar, cuando su peso me sacaba todo el aire de los pulmones. Mi inminente muerte no era nada nuevo. Siempre lo había sabido. Cuando llegara el momento de cumplir con mi destino, daba igual si fracasaba o triunfaba, sabía que moriría en el proceso.

Solo que, por alguna razón, ahora parecía distinto.

Por fin había saboreado lo que era ser algo aparte de un medio para lograr un fin, un arma para ser utilizada y luego desechada. Había saboreado lo que era *ser real*. Por fin me había sentido como una persona completa, no un espectro empapado en sangre. No una mentirosa y un monstruo que podía matar sin demasiados remordimientos.

Pero esa era yo en el fondo, y ahora Nyktos también lo sabía. Ya no había forma de ocultar esa verdad... ni ninguna otra.

Mis pulmones empezaron a arder mientras pequeños fogonazos de luz danzaban en mis ojos. Los ejercicios de respiración no estaban funcionando. Un temblor golpeó mis manos y el pánico afloró en mi pecho. No había aire...

Las yemas de unos dedos tocaron mi mejilla. Dedos *calientes*. Abrí los ojos al instante para toparme con unos rasgos tan perfectos que debería haber sabido, desde la primera vez que lo vi, que era más que un dios. Su contacto me sobresaltó, no solo porque estaba caliente en lugar de helador como había sido antes de beber mi sangre, sino porque todavía no estaba acostumbrada a que me *tocaran*. No estaba segura de que fuese a acostumbrarme nunca, cuando siempre había sido tan excepcional que cualquiera permitiese que su piel entrara en contacto con la mía.

Pero Nyktos me estaba tocando. Después de todo lo ocurrido, aún *me* tocaba.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Notaba la lengua pesada e inútil, pero no tenía nada que ver con mi pecho demasiado comprimido y todo que ver con su preocupación. No la quería. Ahora no. Era equivocada a muchísimos niveles distintos.

Nyktos se acercó, inclinó la cabeza hasta que sus labios estuvieron a apenas unos centímetros de los míos. Un escalofrío siguió a su mano mientras cerraba los dedos por detrás de mi cuello. Apoyó el pulgar con suavidad contra mi pulso desbocado. Ladeó mi cabeza como si quisiera alinear nuestras bocas para un beso, como había hecho en su oficina antes de reunirnos con Holland y Penellaphe. Pero eso no volvería a ocurrir jamás. Me lo había dicho él mismo.

—Respira —susurró Nyktos.

Fue como si hubiese convencido al aire mismo para que entrara en mi cuerpo. Sabía a su olor: cítricos y aire fresco. Los fogonazos de luz desaparecieron y mis pulmones se expandieron con mi respiración. El temblor de mis manos continuó mientras su pulgar se deslizaba por mi vena, donde mi pulso corría acelerado por razones totalmente diferentes. Estaba tan cerca de mí que no había forma de detener el aluvión de recuerdos: la sensación de su boca sobre mi cuello, de sus manos sobre mi piel desnuda. El placer teñido de dolor de su mordisco cuando se alimentó de mí. Él moviéndose *dentro* de mí, creando el tipo de placer que jamás olvidaría y que caldeaba mi sangre incluso ahora.

Había sido la *primera* para Nyktos.

Y él... él sería mi último, pasara lo que pasare de ahora en adelante.

La tristeza se coló en mi interior, enfrió mi sangre acalorada y se asentó en mi pecho con un tipo de presión distinta, más espesa. Al menos no me sentía ya como si no pudiera respirar.

—A veces tiene problemas para apaciguar su corazón y respirar —comentó Holland en voz baja y de un modo muy innecesario.

—Ya me he dado cuenta. —El pulgar de Nyktos continuó esas pasadas ligeras como una pluma mientras yo me encogía por dentro. Era probable que él pensara... solo los dioses sabían lo que pensaba.

No quería saberlo.

Con la cara ardiendo, retrocedí para apartarme del contacto de Nyktos. Choqué con el borde del estrado y su mano levitó en medio del aire unos segundos antes de que sus dedos se enroscaran hacia dentro. Dejó caer el brazo cuando me giré hacia la plataforma elevada. Me centré en los tronos, de una belleza cautivadora, esculpidos en enormes pedazos de piedra umbra. Sus respaldos estaban tallados en forma de grandes alas desplegadas que se tocaban por la punta y conectaban los dos asientos. Me sequé las manos húmedas contra los parches de sangre seca en mis pantalones.

—¿Los dos estáis seguros de que nadie más sabe qué es? —preguntó Nyktos.

—¿Aparte de tu padre? Embris conoce la profecía —repuso Penellaphe, en referencia al Dios Primigenio de la Sabiduría, la Lealtad y el Deber, mientras yo recuperaba la compostura. Me giré hacia ellos. Aquello era demasiado importante para que me lo perdiera mientras sufría una minicrisis —. Kolis también. Ninguno sabe nada más que eso.

El *eather* se removió una vez más en los ojos de Nyktos al oír mencionar al Primigenio Kolis, respecto de quien todos los mortales (incluida yo misma hasta hacía poco) creían que era el Primigenio de la Vida y el Rey de los Dioses. Sin embargo, Kolis era el *verdadero* Primigenio de la Muerte. El que había empalado a dioses en el Adarve que rodeaba la Casa de Haides solo para recordarle a Nyktos que toda vida se extinguía con facilidad... o eso suponía yo. Era una suposición lógica. El padre de Nyktos había sido el verdadero Primigenio de la Vida, pero Kolis había robado las brasas de Eythos.

Reprimí un escalofrío mientras repasaba en mi mente la profecía que Penellaphe había compartido con nosotros. La parte sobre la desesperación de las coronas doradas podía guardar relación con mi antepasado, el rey Roderick y el trato que había hecho y que había dado comienzo a todo esto. No obstante, las profecías eran solo posibilidades, además de...

—Las profecías son una jodida inutilidad —mascullé en voz alta. Penellaphe giró la cabeza hacia mí, una ceja arqueada. Hice una mueca—. Perdón. Eso ha salido peor de lo que pretendía.

—Siento curiosidad por saber qué querías decir exactamente con eso —caviló Nyktos. Le lancé una mirada asesina—. Pero no te lo discuto.

Dejé de mirarlo como si quisiera apuñalarlo.

—Comprendo el sentimiento —dijo Penellaphe con expresión perpleja—. Las profecías pueden ser confusas a menudo, incluso para los que las reciben. Y en ocasiones, una persona solo conoce fragmentos de una profecía (el principio o el final), mientras que la parte central la conoce otra persona, y viceversa. Sin embargo, algunas de estas visiones han llegado a ocurrir, tanto en Iliseeum como en el mundo mortal. Solo que son difíciles de ver desde la destrucción de los dioses de la Adivinación y la desaparición de los últimos oráculos.

—¿Dioses de la Adivinación? —De los oráculos sí había oído hablar, mortales singulares que habían vivido mucho antes de que yo naciera y eran capaces de comunicarse directamente con los dioses sin tener que invocarlos.

—Eran dioses capaces de ver lo que estaba oculto para otros... sus verdades... tanto pasadas como futuras —explicó Penellaphe—. Consideraban que el monte Lotho era su hogar y servían en la corte de Embris. Los oráculos hablaban con ellos y eran los únicos dioses de verdad bien recibidos por los *Arae*.

—No eran los únicos —la corrigió Holland con suavidad. El rubor sonrosado de Penellaphe me distrajo un momento, porque estaba claro que ahí pasaba algo—. La madre de Penellaphe era una diosa de la Adivinación —continuó Holland—. Por eso pudo compartir una visión. Solo esos dioses y los oráculos podían recibir las visiones que soñaban los Antiguos... los primeros Primigenios.

—Yo no tengo sus otros dones... la capacidad para ver lo que está oculto o es sabido —añadió Penellaphe—. Tampoco he recibido ninguna otra visión.

—Las consecuencias de lo que hizo Kolis cuando robó las brasas de la vida fueron devastadoras. Cientos de dioses se perdieron en la onda expansiva de energía —explicó Nyktos—. Los dioses de la Adivinación se llevaron el golpe más duro. Quedaron prácticamente destruidos, y no volvió a nacer ningún mortal como oráculo.

La tristeza se extendió por el rostro de Penellaphe.

—Y con ello, las otras visiones que los Antiguos soñaron, y quizá solo ellos conozcan, ahora se han perdido.

—¿Soñaron? —Arqueé las cejas.

—Las profecías son sueños de los Antiguos —explicó Penellaphe.

Fruncí los labios. La mayoría de los Antiguos, al ser los Primigenios más viejos, habían pasado ya a Arcadia.

—Ah. No sabía que las profecías fuesen sueños.

—No creo que esa información ayude a cambiar la opinión que Sera tiene sobre ellas —comentó Holland con ironía. Nyktos tosió una risa seca.

—No, supongo que no. —Penellaphe sonrió, pero su sonrisa se borró pronto—. Han nacido muchos dioses y mortales que no han oído ni visto una sola profecía o visión, pero había un tiempo en que eran mucho más habituales.

—¿La visión que tuviste tú...? —pregunté—. ¿Sabes qué Antiguo la soñó?

Penellaphe negó con la cabeza.

—Quien la recibe no sabe eso.

Por supuesto que no. ¿De qué me extrañaba? Aunque tampoco importaba, puesto que los Antiguos habían entrado en Arcadia hacía una eternidad.

—Profecías aparte, Ascendí a Bele cuando la traje de vuelta a la vida. —Bele no era una Primigenia, al menos no técnicamente. Sus ojos marrones se habían vuelto del color plateado de un Primigenio, y los dioses aquí en las Tierras Umbrías creían que ahora sería más poderosa, pero nadie sabía exactamente qué significaba todo ello—. Eso se sintió, ¿verdad?

—Así es —confirmó Penellaphe—. No fue tan fuerte como cuando un Primigenio entra en Arcadia y los Hados elevan a otro a su lugar, pero todos los dioses y Primigenios habrán sentido el cambio de energía que se produjo. Sobre todo, Hanan. —La preocupación frunció su ceño. Como Primigenio de la Caza y la Justicia Divina, Hanan gobernaba la corte en la que había nacido Bele—. Sabrá que otro ha adquirido un poder que podría desafiar al suyo.

—Bueno, no hay nada que podamos hacer con respecto a ello. —Nyktos cruzó los brazos delante del pecho.

—No —convino Penellaphe con suavidad—. No lo hay.

—Solo los que estaban presentes cuando la trajiste de vuelta saben que Ascendiste a Bele. —Nyktos me miró—. Ni Hanan ni ningún otro Primigenio conocen todo el alcance de lo que hizo mi padre cuando puso las brasas de vida en la estirpe Mierel.

Un revoloteo recorrió mi estómago al recordar la sorpresa y el golpe aún más duro que había recibido. No sabía cómo encajar la noticia de que había vivido un montón de vidas que no podía recordar. Que había sido Sotoria, el

objeto del amor de Kolis, *su obsesión*, y la mismísima cosa que había dado inicio a todo esto.

Había pensado que las historias de la chica mortal que se había asustado tanto al ver a un ser de Iliseeum que había acabado cayendo por los Acantilados de la Tristeza eran solo una leyenda estrambótica. Sin embargo, había sido real. Y Kolis había sido el que tanto la había asustado.

¿Cómo podía yo ser *ella*? Yo no huía de nadie ni de nada... bueno, excepto de las serpientes. Pero era una luchadora. Una...

Eres una guerrera, Seraphena, había dicho Holland. *Siempre lo has sido. Igual que ella aprendió a serlo.*

Por todos los dioses.

Apreté los dedos contra mi sien. Sabía que Eythos y Keella, la Primigenia del Renacimiento, habían hecho lo que creían que era mejor para todos. Habían atrapado el alma de Sotoria antes de que pasara al Valle, lo cual evitó que Kolis la trajera de vuelta a la vida. Sus acciones habían dado comienzo así a un ciclo de renacimientos que había terminado con *mi propio* nacimiento. Aunque parecía otra violación. Otra elección que le habían arrebatado. A ella, no a mí. Tal vez tuviéramos la misma alma, pero yo no era ella. Era...

No eres más que un recipiente que estaría vacío si no fuese por la brasa de vida que llevas dentro.

Las palabras de Nyktos habían sido duras cuando las había pronunciado, pero eran la verdad. Desde que nací, no había sido más que un lienzo en blanco, preparada para convertirme en lo que deseara el Primigenio de la Muerte, o para ser utilizada de cualquier manera que a mi madre le pareciese conveniente.

Me senté en el borde del estrado, luchando con la presión que amenazaba con volver a mi pecho.

—A Kolis lo vi hace no demasiado tiempo. —Nyktos me miró a toda velocidad. Me aclaré la garganta, incapaz de recordar si se lo había contado o no—. Estaba entre el público cuando Kolis fue al Templo del Sol para el Rito. Estaba al fondo, con la cara tapada, pero juraría que me miró directamente a mí. —Forcé a mi garganta a tragar—. ¿Me parezco a ella? ¿A Sotoria?

Penellaphe se llevó la mano al cuello de su vestido gris topo.

—Si Kolis te hubiese visto y te parecieses a Sotoria, te habría llevado consigo en ese mismo instante.

La respiración temblorosa que solté dejó una nubecilla de vapor tras de ella cuando un repentino frío gélido entró en la sala. Mis ojos volaron hacia

Nyktos.

Su piel se había afinado y unas sombras profundas y oscuras afloraron por debajo. Me recordaron al aspecto que tenía en su forma verdadera. Su piel había sido un caleidoscopio de medianoche y luz de luna, sus alas muy parecidas a las de un *draken* pero hechas de una masa sólida de *eather*: poder.

Parecía que iba a ser totalmente Primigenio otra vez.

—Sotoria no le pertenecía entonces, y Seraphena no le pertenece ahora.

Seraphena.

Podía contar con los dedos de una mano cuánta gente me llamaba por mi nombre completo, y ninguno de ellos lo pronunciaba como lo hacía él. Como si fuese una oración y una sentencia.

—No sé qué aspecto tenía la Sotoria original —confesó Holland después de unos momentos—. No seguí las hebras de su destino hasta después de que Eythos viniera a preguntar qué podía hacerse, si era que podía hacerse algo, con respecto a la traición de su hermano. Todo lo que sé es que no tenía el mismo aspecto con cada renacimiento. Sin embargo, sí es posible que Kolis percibiera trazas de *eather* en ti y creyese que eras hija de un mortal y de un dios... una divinidad o una diosa al principio de su Sacrificio.

Asentí despacio yforcé a mis pensamientos a dejar a un lado todo el tema de Sotoria. Tenía que hacerlo. Todo eso era demasiado para mí.

—Pero lo que hice ya ha llamado la atención. No es como si pudiéramos fingir que no ha ocurrido.

—Lo sé —repuso Nyktos con frialdad—. Supongo que voy a recibir numerosos visitantes indeseados.

—Ser su consorte te proporcionará cierto grado de protección —dijo Penellaphe, al tiempo que miraba a Nyktos—. Hasta entonces, cualquier Primigenio podría intentar algo contra ella. Incluso un dios. Y sería poco probable que encontraras el respaldo de los otros Primigenios si tomaras represalias. ¿La política de nuestras cortes? —Penellaphe me lanzó una mueca de impotencia—. Es bastante arcaica.

Esa era una manera de describirla. *Despiadada* era otra.

—Pero una coronación no vendrá sin riesgos —continuó Penellaphe—. La mayoría de los dioses y Primigenios de las nueve cortes, incluida la tuya, acudirán a la ceremonia. *Deberían* seguir las costumbres, que prohíben... conflictos en este tipo de eventos, pero como bien sabéis, a muchos les gusta forzar esos límites.

—No me digas... —musitó Nyktos. La diosa hizo una mueca.

—Kolís no acostumbra a asistir a ese tipo de festividades, pero...

—Sabe que hay algo aquí. Ya ha enviado a sus *dakkais* y sus *drakens*, como estoy seguro de que sabes. —Nykto le lanzó una mirada dura a Holland y el *Arae* arqueó una ceja oscura—. Kolis no ha aparecido por las Tierras Umbrías desde que traicionó a mi padre, pero eso no significa que no pueda hacerlo. Supongo que si tú sabes si puede o no entrar en las Tierras Umbrías —le dijo a Holland—, es algo que no serás capaz de contestar.

—Por desgracia, estarías en lo cierto —confirmó Holland, y me pregunté si saberlo y no poder decir nada era más frustrante que no tener ningún conocimiento en absoluto.

Probablemente no, dado lo enfadada que estaba yo.

A pesar de que la temperatura de la habitación había vuelto a la normalidad, se me puso la carne de gallina al pensar en lo que podía avecinarse.

—¿Qué pasará si Kolis entra en las Tierras Umbrías?

—Kolis puede ser impredecible, pero no es tonto —dijo Nykto—. Si puede entrar en las Tierras Umbrías y viene a la coronación, no intentará nada delante de los otros Primigenios y dioses. Él cree que es el justo y legítimo Rey de los Dioses, y le gusta mantener la fachada, aunque los Primigenios sepan bien cómo es.

—Pero si él... —empecé.

—No dejaré que te ponga ni un dedo encima —juró Nykto, y sus ojos centellearon.

Se me trastabilló el corazón. Aunque esa era una bonita promesa por su parte, era consciente de que se originaba en la idea de que yo llevaba las brasas de la vida dentro de mí. Y Nykto la hacía porque era decente. Protector. Bueno.

—Gracias pero no estoy preocupada por lo que pueda pasarme a mí.

Nykto apretó la mandíbula.

—No, claro que no.

Le hice caso omiso.

—¿Qué hará Kolis si se da cuenta de que estás protegiendo a alguien que lleva brasas de vida? —pregunté—. ¿O si descubre que tengo el alma de Sotoria? ¿Qué les hará a las Tierras Umbrías? ¿A la gente que vive aquí? Quiero saber lo que os costará mi presencia.

—Tu presencia no me costará *nada*. —Las sombras se oscurecieron una vez más bajo la piel de Nykto.

—Y una mierda —dije, y el plateado de sus iris se volvió gris hierro—. No necesito que me protejas de la verdad. No es como si fuese a tener tanto

miedo de ella que echaría a correr solo para caerme por un acantilado cercano.

Holland suspiró.

—Bueno es saberlo —repuso Nyktos en tono seco—. Pero estoy más preocupado por que puedas echar a correr en una dirección completamente distinta.

Levanté la barbilla.

—No sé a qué te refieres.

—Y una mierda —dijo en el mismo tono que yo antes. Entorné los ojos. Nyktos tenía razón. Yo sabía muy bien a qué se refería.

En fin.

—Kolís ya sabe que hay algo aquí con el poder de crear vida —apuntó Penellaphe, al tiempo que ignoraba la mirada furiosa que le lanzaba Nyktos—. Pero como ha dicho Nyktos, Kolís no es ningún tonto. Envió a los *dakkais* como amenaza. Una forma de demostrarle a Nyktos que es muy consciente de lo ocurrido.

—Pero eso fue después de que trajera a Gemma de vuelta —comenté. Gemma era una de las terceras hijas e hijos entregados durante el Rito para servir al Primigenio de la Vida y su corte. Una tradición honrada y respetada por todos los reinos del mundo mortal.

Un honor que se había convertido sencillamente en una pesadilla bajo el gobierno de Kolís.

Gemma había sido una de las pocas a las que Nyktos había sacado a escondidas de la corte de Kolís con la ayuda de dioses como Bele y otros, y luego la había ocultado y protegido en las Tierras Umbrías, donde proporcionaba santuario a personas como ella. Un remanso de paz.

Cosas que mi mera existencia ponía en peligro.

Gemma no había entrado en detalles acerca de cómo había sido el tiempo que había pasado en la corte de Kolís, pero no había necesitado hacerlo para que yo supiera que ser la favorita de Kolís durante un tiempo no era nada agradable. Lo que fuese que le hubieran hecho era lo bastante malo para que, cuando vio a uno de los dioses de la corte de Kolís en Lethe, le diera un ataque de pánico. Aterrada de que pudiesen enviarla de vuelta con él, se había adentrado a la carrera en el Bosque Moribundo... donde la aguardaba una muerte segura.

—No ha respondido a lo que le hice a Bele —continué—. Por lo que yo sé —añadí después.

—Solo porque supongo que ese acto lo agarró desprevenido —caviló Penellaphe—. Ni él ni nadie hubiese esperado algo así. —Miró de reojo a Nyktos—. ¿No te ha hecho llamar?

—No.

—¿Esa es la verdad? —exigí saber. Nyktos asintió.

—Solo puedo demorarme en mi respuesta a sus llamadas. No puedo rechazarlas.

—Es probable que ahora mismo se muestre cauto —comentó Penellaphe—. Y supongo que también siente una gran curiosidad. Debe estar haciendo cábalas sobre qué, exactamente, puede estar oculto en las Tierras Umbrías, cómo es posible que existan siquiera brasas de vida, y cómo podría utilizar en su propio beneficio esta fuente de poder, sea lo que fuere.

—Para ayudarle en cualquiera que sea el retorcido ideal de vida que cree que está creando —prosiguió Holland.

—¿Sabes lo que les ha estado haciendo a los Elegidos que desaparecían? —Nyktos clavó los ojos en él—. ¿Esas cosas llamadas Retornados?

—Sé que lo que él llama Retornados no son la única parodia de vida que ha logrado crear. —La mirada sombría de Holland conectó con la de Nyktos—. Y ya has visto otras cosas en cuya creación ha tenido mucho que ver. Lo que algunos de los dioses de su corte han estado haciendo en el mundo mortal.

El ceño de Nyktos se frunció, luego deslizó la vista hacia mí.

—Tu modista.

Tardé un momento en darme cuenta de que se refería a la modista de mi madre.

—¿Andreia Joanis? —Antes de encontrarla muerta, había visto al dios Madis cerca de su casa de Stonehill, un barrio que daba al mar Stroud. Sus venas se habían oscurecido y teñían su piel como si estuviesen llenas de tinta, y sus ojos... se habían quemado. Nyktos había estado siguiendo a Madis aquella noche y había acabado en la misma casa. Él también había creído que estaba muerta—. Volvió a la vida o algo. Se sentó y abrió la boca. Tenía cuatro colmillos que no recuerdo haberle visto nunca.

Holland ladró una breve palabra gutural en un idioma que no reconocí antes de girar la cabeza y escupir sobre el suelo. Mis cejas volaron hacia arriba.

—Repíte eso.

—¿Demonios? —Nyktos entornó los ojos al reconocer lo que había dicho Holland. El Hado asintió.

—Es en lo que se convierte un mortal cuando le roban su fuerza vital... su sangre... y la pérdida no se repone. No importa quién fuera ese mortal antes. El acto los pudre, en cuerpo y mente, y los convierte en criaturas sin ninguna moralidad, movidas por una insaciable necesidad de sangre. Los llaman *Craven*, o Demonios.

Nyktos se había quedado muy quieto.

—El acto de matar a un mortal mientras te alimentas ha estado prohibido desde los albores de los tiempos.

—Y ese resultado es la razón —dijo Holland—. Es un equilibrio.

Levanté las manos por los aires.

—¿Cómo diablos puede un equilibrio convertir a un mortal en algo así?

—En este caso, el equilibrio exige que la vida que ha sido arrebatada sea restaurada luego, para servir de recordatorio a los dioses de que su incapacidad para controlarse tiene consecuencias. Mantener el equilibrio no es siempre tan fácil de entender como cuando, digamos, el Primigenio de la Vida restaura la vida de un mortal. —Sus ojos se clavaron en los míos. Duros. Penetrantes—. Otra vida debe perderse en su lugar.

Contuve la respiración de pronto y se me hizo un agujero en el estómago.

—La noche que traje a *lady* Marisol de vuelta a la vida, mi padrastro, el rey de Lasania, murió mientras dormía. —No se me había ocurrido pensar siquiera que podría tener algo que ver con mis acciones—. Por todos los dioses. ¿Maté a mi padrastro?

—No —intervino Nyktos, los ojos entornados en dirección al Hado—. No lo hiciste.

Miré a Nyktos. ¿Cómo podía estar tan seguro de eso? Porque desde luego sonaba como que sí lo había hecho.

—No fue a propósito —explicó Holland—. Pero era la hora de Marisol. Tú interviniste, alteraste el equilibrio, y tenía que restaurarse.

—¿Por quién? —pregunté—. ¿Quién decide cómo se restaura el equilibrio? —Holland me miró. Me puse rígida—. ¿Tú?

—Él no —repuso Nyktos—. Los *Arae* en general. Son como... limpiadores cósmicos.

No tenía ni idea de qué decir a eso. Ni cómo sentirme... bueno, aparte de culpable. Y debería sentirme así porque, aunque el rey Ernald no había sido precisamente el mejor de los líderes, tampoco había sido malo. Excepto que en realidad no sentía nada más que una consternación pasajera y un pelín de vergüenza. Como cuando mataba y sabía que apenas pensaría en ello después.

Y eso me inquietaba.

Yo me inquietaba a mí misma.

Sin embargo, no podía ahondar más en ello ahora mismo, porque esa no había sido la única vida que había restaurado.

—¿Y si es un dios al que traen de vuelta, exige el equilibrio la muerte de otro dios?

—Por suerte, no —dijo Nyktos—. A lo largo de la historia, solo ha sido aplicable a mortales.

—Eso no parece del todo justo —musité. Era un alivio saber que no había matado a otro dios, pero había sentenciado a un mortal sin nombre ni cara a morir cuando traje de vuelta a Gemma—. Hubiese sido bueno saberlo antes.

Holland me miró de soslayo.

—¿Eso hubiera cambiado tus acciones? —Cerré la boca de golpe. No podía responder a eso—. Pues ahora sabes lo que ya sabías: algunas lecciones siempre serán dolorosas de aprender. —Su sonrisa fue triste y amable. Y por suerte, breve—. Sea como fuere, si no hubieseis matado a esta Andreia, habría salido de su casa y habría atacado a la primera persona con la que se cruzase... hombre, mujer o niño.

—¿Fue Madis el que le hizo eso? —preguntó Nyktos.

—Creo que Madis estaba intentando... rectificar lo que una de las creaciones de Kolis había dejado atrás. —Holland hizo un gesto sutil con la barbilla—. Y esto es todo lo que puedo decir acerca de estos temas. Tampoco sé mucho más, pero revelar cualquier otro detalle podría considerarse interferencia.

—Y Holland ya está en una situación muy precaria —nos recordó Penellaphe a ambos, aunque sobre todo a Nyktos, cuya mirada ceñuda se había clavado en el Hado—. Pero en este momento, lo que está haciendo Kolis no es nuestra mayor preocupación, así que tampoco debería ser la vuestra. —No estaba segura de estar de acuerdo con eso—. Has preguntado lo que haría Kolis para llegar hasta las brasas de vida. Encontraría una manera de obtenerlas. Quizá no empleara sus métodos más crueles para hacerlo —sus brillantes ojos azules se apagaron un poco y se volvieron atormentados—, pero si de algún modo se enterase de *quién* fuiste una vez, no se detendría ante nada para tenerte.

—Penellaphe —le advirtió Nyktos.

—Es la verdad —insistió. Se giró hacia él—. No puedes ocultarle esto. Puede que no seas capaz de intentarlo siquiera.

—No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer cuando es necesario —le informó Nyktos.

—Cierto —admitió ella, su voz más dulce—, pero sabes *muy bien* de lo que es capaz Kolis. Igual que lo sé yo. Quemaría las Tierras Umbrías de un extremo al otro para conseguir a su *graeca*.

En el antiguo idioma primigenio, *graeca* significaba *vida*, pero como había dicho Aios, también era intercambiable por la palabra *amor*.

Gemma había sido la primera a la que había oído utilizar la palabra *graeca*. Había dicho que Kolis había hablado a menudo de su *graeca* y que ella creía que guardaba relación con lo que fuese que les estaba haciendo a esos Elegidos desaparecidos a los que regresaba como algo distinto y no del todo normal. Algo frío. Sin vida. *Hambriento*.

Apenas reprimí un escalofrío.

—¿Y qué le haría a Nyktos si él intentara protegerme de Kolis?

—No tienes por qué preocuparte por eso. —Nyktos se giró hacia mí.

—¿Hablas en serio? —exclamé—. Estamos hablando de la misma persona que mató a tu madre y a tu padre. Que empaló a dioses a la pared de tu Adarve para recordarte que toda la vida era frágil.

—No es como si lo hubiese olvidado. —Brillantes hebras de *eather* se avivaron otra vez en sus ojos—. Pero lo que pueda hacer o no hacer no cambia nada. Yo me encargaré de Kolis.

Sacudí la cabeza, cada vez más frustrada.

—Podría matarte...

—No, no puede —me interrumpió Holland. Mi cabeza voló hacia él—. Como ya he dicho, siempre debe haber equilibrio. En todo, incluso entre los Primigenios. La vida no puede existir sin la muerte, y no deberían estar encarnadas en un sol ser.

—Espera. —Bajé las manos a las rodillas—. ¿Te refieres a un... un Primigenio tanto de la Vida como de la Muerte? ¿Eso es posible? Porque has dicho *no deberían*. No has dicho que *no podrían*.

—Cualquier cosa es posible —repuso Holland—. Incluso lo imposible.

Con un esfuerzo supremo por tener paciencia, lo miré ceñuda.

—Ese ha sido un comentario de una utilidad increíble. Gracias.

Holland se echó a reír.

—Lo que quiere decir es que tal cosa, un Primigenio tanto de la Vida como de la Muerte, no está destinada a existir —dijo Nyktos—. Sería impensable que las brasas de ambos prosperaran en un solo ser. Pero ¿si pudiesen? —Soltó una risa corta al tiempo que arqueaba sus oscuras cejas—. ¿El tipo de poder que tendrían? Sería realmente absoluto. Podrían deshacer mundos con la misma facilidad que crean otros nuevos.

—Un ser así sería imparable —añadió Holland—. No podría haber equilibrio. Por ello, los Hados establecieron hace mucho que semejante poder debía estar dividido y que una ausencia de una brasa o de otra causaría un colapso de todos los mundos. No sería como la Podredumbre... una muerte lenta. Sería repentino y absoluto para todos. Kolis no puede Ascender a otro Primigenio para ocupar el lugar de uno caído. Si matase a Nyktos, se condenaría a sí mismo. Al menos eso parece que lo entiende.

Sí, solo que técnicamente yo había hecho justo eso con Bele, y había dejado el camino abierto para que ella sustituyera a Hanan si este cayese.

Aunque saber que Kolis no mataría a Nyktos era un alivio. Aun así, ¿cómo podía Holland estar tan seguro de lo que Kolis haría o no haría? No podía saberlo. Kolis no sonaba como el Primigenio más racional.

La frustración me corroía por dentro.

—¿Qué quiere Kolis de todos modos? ¿Cuál es su objetivo con estas creaciones tuyas?

Holland resopló.

—Buena pregunta.

—¿Una para la cual sabes la respuesta pero no la puedes compartir con nosotros? —repliqué, enfadada.

—No, la verdad es que no sé la respuesta —dijo—. Los Hados no conocen las interioridades de la mente de los demás.

Los Hados tampoco ayudaban lo más mínimo.

—Kolis quiere gobernar sobre todo. Sobre Iliseeum y sobre el mundo mortal —respondió Nyktos—. Las cortes de Iliseeum sustituirían a los reinos del mundo mortal. Estarían solo él y sus aduladores, y a los mortales los pondrían en su sitio. O eso cree él. Quedarían relegados a posiciones inferiores a los que son más grandes que ellos. Y supongo que la parodia de vida que ha estado creando ha sido en un intento por promover su causa.

Entonces, ¿Kolis estaba creando un ejército de mortales controlados por el hambre? Perturbada, apreté las rodillas hasta sentir los huesos debajo de mis dedos.

—Eso no puede ser posible. —Holland abrió la boca—. Como digas que cualquier cosa es posible, incluso lo imposible, tal vez empiece a gritar —lo advertí. El Hado cerró la boca—. Los mortales se defenderían, se rebelarían, incluso los más leales a los dioses. Kolis tendría que luchar con un mundo entero, y entonces ¿qué le quedaría para gobernar?

—No sería fácil y terminaría con el tipo de muerte que incluso a mí me cuesta imaginar —reconoció Nyktos—. Al final, le quedaría un reino de

huesos sobre el que gobernar.

—Pero saber eso, ¿lo detendrá? —preguntó Penellaphe en voz baja—. ¿Lo ha detenido hasta ahora?

No lo parecía.

Pero Kolis tampoco tendría lo que quería. No después de que yo muriera. Gobernaría sobre un reino de huesos.

Incapaz de seguir sentada más tiempo, me puse de pie e hice ademán de sacar la daga de piedra umbra que me había devuelto Nyktos, solo para descubrir que me la había dejado en su oficina. Me giré hacia Holland.

—¿De cuánto tiempo dispone el reino mortal? —Tragué saliva con esfuerzo—. Cuando yo muera.

—No vas a morir —declaró Nyktos, como si tuviese autoridad para hacer ese tipo de reivindicación.

No la tenía.

—Sí lo hará —lo contradijo Holland con voz queda—. Morirá si no tiene el amor del que la Ascienda... un amor que no puede ser ignorado. Un amor que debe ser reconocido. —Miró a Nyktos—. Y tú has...

—Te hemos oído la primera vez —espeté, mientras el Primigenio enterraba una mano en su pelo.

—No es verdad —contrarrestó Holland—. No has oído *por qué* él no puede salvarte tal y como está ahora. —Inclinó la cabeza en dirección a Nyktos—. ¿Lo ha oído, alteza?

La tensión empastó el aire mientras el Primigenio le sostenía la mirada al *Arae*.

—No. No lo ha oído.

No había quien sacara nada en claro de la expresión de Nyktos. La inquietud arraigó en mi interior.

—¿De qué estáis hablando?

Un músculo palpitó en la sien de Nyktos.

—No puedo amar —escupió con los dientes apretados, aunque se dirigió a Holland al decirlo—. Me aseguré de que esa nunca fuese una debilidad que alguien pudiera explotar.

Algo me decía que esto era más que solo una afirmación por su parte.

—¿Cómo puedes asegurarte de algo así?

—Maia —dijo, en referencia a la Primigenia del Amor, la Belleza y la Fertilidad—. Le pedí que extirpara mi *kardia*.

Penellaphe soltó una exclamación ahogada, los ojos abiertos como platos por la sorpresa.

—Por todos los Hados —susurró—. Nunca he oído de nadie que hiciera eso.

Era obvio que se me estaba escapando algo. También me estaba cansando de hacer preguntas.

—¿Qué es un *kardia*?

—Es el trozo del alma, la chispa, con la que nacen y mueren todas las criaturas vivas. Les permite amar de un modo irrevocable y absoluto a otra persona con la que no comparte sangre. —Penellaphe tragó saliva—. Debió ser terriblemente doloroso que te arrancaran eso. Y que de verdad seas incapaz de amar.

Capítulo 2



—Apenas fue una leve molestia —musitó Nyktos, al que estaba claro que le irritaba el tema de conversación, y yo...

Estaba estupefacta.

Había creído que Nyktos jamás podría *permitirse* amar. No cuando lo veía como una debilidad y también como un arma para ser blandida contra él... justo como había pretendido hacer yo. Pero no había sabido que de verdad era incapaz de sentir amor.

Estaba conmovida por que pudiera hacerse tal cosa a sí mismo, aunque comprendía *por qué* lo haría, después de todo lo que había tenido que soportar. Pero no lo entendía porque él era...

—Pero te preocupas por los demás —objeté, al tiempo que negaba con la cabeza, confundida—. Sé que lo haces. ¿Cómo...?

—Preocuparte y amar son cosas muy distintas —aclaró Nyktos—. No soy incapaz de preocuparme por los demás. Lo único que pasa es que el *kardia* es incapaz de influir en mí. Algo de lo que uno creería que se asegurarían todos los Primigenios.

—Sí. Sobre todo Kolis —murmuré, mientras deslizaba la palma de la mano por mi pecho, donde las brasas estaban tranquilas. Aunque me dolía el corazón por Nyktos. Miré a Holland, que se había quedado callado, y la irritación brotó de mi interior—. ¿No podías darme ni una sola indicación de que en realidad todo lo que me entrenaste para hacer no serviría de nada nunca?

—Solo puedo hacer y decir determinadas cosas —se defendió Holland en voz baja—. O *podía*.

Ya lo sabía. Había reglas. Eso no quitaba que fuese irritante. Me aclaré la garganta.

—Bueno, repito lo dicho: ¿de cuánto tiempo dispone el mundo mortal?

—Es difícil de saber —caviló Holland—. Lo que en el mundo mortal conocéis como la Podredumbre ha convertido a las Tierras Umbrías en lo que son ahora. Sin embargo, no sucedería del mismo modo con el resto de Iliseum. Acaba de empezar a extenderse más allá de estas tierras. Iliseum tardaría más en sufrir efectos realmente catastróficos, pero el mundo mortal tendría... ¿un año? Quizá dos o tres, con suerte. Pero no sería fácil sobrevivir a semejante trance.

Tampoco creía que nadie fuese a querer sobrevivir a ello.

La imagen de los Couper llenó mi mente: la familia tumbada junta en esa cama, como debían de haber hecho cien veces antes. Ya habían estado muriendo una muerte lenta por inanición, y cientos de miles más acabarían igual que ellos cuando toda la vegetación muriera. Luego el ganado. La hambruna y las enfermedades serían espantosas, y solo conducirían a guerras y más violencia.

Un intenso pánico afloró en lo más profundo de mi pecho cuando pensé en la gente de Lasania... en mi hermanastra Ezra, en Marisol y las Damas de la Merced, que hacían todo lo que estaba en sus manos por evitar que los niños cayeran presa del peor tipo de humanidad. Después pensé en la familia Massey y en todos los otros hombres y mujeres que tan duro trabajaban fuera de Lasania. Tantísimos que no tendrían ni una oportunidad... Ninguna.

—¿No podemos advertirlos? —le pregunté a Holland, el corazón en un puño—. Tal vez, si lo hiciéramos, Ezra podría trabajar para...

—La *reina* Ezmeria ya ha empezado a aplicar unos cambios muy necesarios en Lasania —me interrumpió Holland. Solté una exclamación ahogada.

—¿Reina? —Una pequeña sonrisa afectuosa tironeó de sus labios mientras asentía—. ¿Se casó? —susurré, esperanzada—. ¿Con Marisol?

—Sí. Ascendió al trono poco después de que te trajeran a las Tierras Umbrías.

Apreté los ojos con fuerza contra la oleada de alivio. Ezra había hecho lo que le había pedido. Le había arrebatado el trono a mi madre. Por todos los dioses, hubiese dado todo el dinero del mundo por ver la cara de mi madre en ese momento. Una risa atragantada escapó por mi boca al tiempo que abría los ojos, consciente de pronto de que Nyktos me estaba observando de esa manera atenta e intensa tan suya.

—¿Cómo lo hizo? ¿Mi...? —Me detuve. Nada de eso importaba ahora mismo—. Necesito avisarle.

—Te recomendaría que no lo hicieras —dijo Nyktos.

—No te lo preguntaba a ti —espeté, antes de poder evitarlo.

Él se limitó a seguir mirándome, impertérrito, al parecer, por mi respuesta.

—A veces, es mejor no saber si se acerca el final o cuándo será —me advirtió Penellaphe.

—¿No dijiste que el conocimiento es poder? —señalé.

—A veces, lo es —reiteró—, pero cuando no lo es, todo lo que hace es provocar daño y dolor.

—Y miedo. —La voz de Holland había bajado del modo en que lo había hecho cuando me había consolado a la vuelta de mi primera sesión con las cortesanas de El Jade. Me moví incómoda donde estaba—. La verdad no los ayudará. Todo lo que hará será provocar el pánico.

Si algo había aprendido era que la verdad te proporcionaba una elección. Y yo ahora sabía la verdad sobre muchas cosas, lo cual significaba que tenía que hacer *elecciones*. ¿Esconderme y estar protegida? ¿Hacer caso omiso de lo que le sucedería al mundo mortal y, con el tiempo, a Iliseum? ¿Vivir sin un propósito hasta morir?

O luchar.

Miré a Holland. Me observaba de un modo en el que casi esperaba que me diese una daga con la que entrenar.

—Hay algo más —añadió Penellaphe—. Una forma en la que quizá pueda ayudar. Al menos... durante un tiempo. —Tragó saliva y me miró—. Si alguien se enterara de lo que llevas dentro, podrían intentar secuestrarte. No solo Kolis. Puedo ayudar a evitarlo.

—¿Puedes?

—¿Un hechizo? —conjeturó Nyktos. Ladeó la cabeza—. No sé de ninguno que pueda ponerse sobre una persona para evitar algo así.

—No tendrías por qué, ¿no crees? No como Primigenio de la Muerte. —Penellaphe sonrió—. Pero yo no soy solo una diosa de la Lealtad y el Deber, también soy diosa de la Sabiduría.

—Lo cual significa —comentó Nyktos, al tiempo que esbozaba una sonrisa lenta— que ¿sabes más que yo y debería cerrar la boca?

Los ojos de Penellaphe centellearon a la luz de las estrellas.

—Exacto.



En menos de lo que canta un gallo, me encontré sentada en el estrado con el hombre al que había visto en el pasillo con Penellaphe cuando la diosa llegó. Estaba *dibujando* sobre mi piel.

Se había sentado a mi lado, la cabeza inclinada mientras escribía una serie de letras irreconocibles en llamativa tinta negra sobre mi brazo, sus rasgos ocultos por su pelo tipo melena de león. Había empezado por mi lado derecho, en donde había trazado las letras de modo que dieran la vuelta a toda la circunferencia de mi muñeca. Ya había completado unas tres líneas.

Cuando me incliné hacia atrás y las miré con los ojos guiñados, las letras casi parecían formas.

Y la forma me recordaba a unos grilletes.

—¿Se difuminarán? —pregunté.

—Desaparecerán en cuanto termine —dijo el hombre, mientras los trazos de su pincel, ligeros como una pluma, me hacían cosquillas por el brazo. Lo único que sabía de él era que era un *viktor*, un ser no del todo mortal, nacido para proteger a alguien importante o a un heraldo de un gran cambio—. Pero los Primigenios y algunos dioses poderosos serán capaces de sentir el hechizo.

Hablando de Primigenios...

Mis ojos saltaron hacia donde Nyktos estaba detrás del hombre.

Demasiado cerca.

Casi le respiraba en el cogote.

—¿Cómo funciona este hechizo?

—Evitará que se la lleven en contra de su voluntad de donde sea que le hayan realizado el hechizo —explicó. Ladeó la cabeza mientras terminaba otra línea. Las arrugas de expresión de su rostro moreno a causa del sol añadían una belleza masculina a sus rasgos—. Si alguien lo intenta, el hechizo tomará represalias.

Arqué una ceja.

—¿Cómo?

—Con una corriente de energía tan dolorosa como encajar un golpe de *eather* directo al pecho —precisó—. Hará caer de culo incluso a un Primigenio, y seguirá derribándolo si se levantara y lo intentara de nuevo.

—Genial.

Unos brillantes ojos azules se cruzaron con los míos cuando el hombre sonrió.

—¿Y cómo aprendiste este hechizo? —quiso saber Nyktos.

—Vi cómo lo hacía una vez un dios de las llanuras de Thyia —nos contó, en referencia a la corte de la Primigenia Keella—. Pero no sabía lo que estaban haciendo por el mortal. Penellaphe sabía lo que significaban las letras y cómo funcionaban; que cada letra forma un símbolo de protección, uno alimentado por esencia.

Me pregunté si serían como los conjuros protectores que había desplegado Nyktos para proteger a mi familia.

Entonces se me ocurrió que podía haber sido alguien como este hombre, otro *viktor*, quien le hubiese proporcionado a mi familia los conocimientos sobre cómo matar a un Primigenio. Algo que un mero mortal no debería saber. Tenía sentido que quizás un miembro de mi familia hubiese sido guiado por alguien que fuese consciente de su propósito.

—El hechizo solo evita que te raptén. —Bajó mi brazo derecho a mi regazo antes de levantar el izquierdo—. Y la única manera en que el hechizo puede anularse es si tú das tu permiso.

Asentí, luego miré de Nyktos a donde Holland estaba a varios pasos de nosotros. Nos daba la espalda, casi como si fingiera no saber lo que estaba sucediendo, aunque esta debía ser la razón de que Penellaphe y él hubiesen llegado con este hombre.

—Gracias por hacer esto, Ward —dije, al recordar que Penellaphe lo había llamado así cuando aparecieron.

—De hecho, Ward es mi apellido —respondió—. Mi nombre es Vikter.

Solté una carcajada brusca.

—¿Eres un *viktor* llamado Vikter?

—Él es *el viktor* —precisó Penellaphe, sentada a mi lado en el estrado—. El primero.

—Oh. —Me mordí el labio—. Entonces, ¿los demás se llaman así por ti?

—Eso creo.

—No es un gran fan de eso.

Vikter sonrió.

—Hace que la comunicación sea un poco difícil en el Monte Lotho cuando muchos de los otros *viktors* están ahí y alguien llama tu nombre —explicó. Detrás de él, Nyktos sonrió—. Los otros a veces tardan un poco en olvidar en quiénes se han convertido y en recordar quiénes eran antes de renacer.

—¿Los otros? —Observé cómo sumergía el pincel en una botella de tinta que hacía equilibrio sobre su rodilla. Cómo no se caía era algo que escapaba a mi comprensión—. ¿Recuerdas las vidas que has vivido?

—Lo recuerdo todo.

—Porque él fue el primero —aportó Penellaphe—. Antes de que los Hados se percataran de que sería más fácil para ellos no recordar los detalles de sus vidas.

Miré a Vikter medio atónita. No podía imaginar vivir decenas o cientos de vidas y recordarlas todas... todas las experiencias, la gente a la que había conocido, amado y perdido.

Y, al parecer, yo lo había hecho.

Mi pecho se hinchó de golpe en un intento por arrastrar más aire a mis pulmones. Apenas funcionó.

Nyktos se movió para colocarse al lado de Vikter, los ojos fijos en mí, y tuve claro que había proyectado mis sentimientos. Me aclaré la garganta.

—¿Cómo acabaste siendo el primero?

Vikter se rio entre dientes.

—Esa es una historia larga y enrevesada que no es tan interesante como podrías creer que es.

—Vikter es demasiado humilde —apuntó Penellaphe—. Salvó la vida de alguien muy importante y pagó un precio muy caro por ello. Los Hados decidieron recompensarlo y, más tarde, se dieron cuenta de que podían proporcionar ayuda sin alterar el equilibrio.

Vikter no reconoció nada de eso y me pregunté si sentía que lo que habían hecho era una recompensa. Vale, era cuasi inmortal, pero vivir y morir repetidas veces también significaba experimentar unas pérdidas sin fin.

—Ya está —dijo Vikter. Bajó mi mano para dejarla al lado de la otra. Su caligrafía era realmente preciosa, pero me perturbaba lo mucho que se parecían los trazos a unas esposas—. Terminado.

En cuanto lo dijo, una intensa sensación cosquillosa danzó sobre mi piel. Apareció un fogonazo de luz y solté una exclamación ahogada cuando una luz plateada fluyó por mis muñecas e iluminó cada letra hasta que ambas franjas refulgieron. El fulgor palpité dos veces y luego se esfumó.

Mis muñecas no mostraban rastro alguno de tinta. Miré a Vikter, luego a Nyktos. Sus ojos conectaron con los míos.

—No puedo verlo, pero... lo percibo.

—Perfecto. —Vikter se puso en pie.

—Gracias —repetí, mientras tocaba mi piel. No sentí nada.

—Sí. —Nyktos fue a colocarse de pie donde Vikter había estado sentado —. Gracias por tu ayuda.

—Ha sido un placer. —Vikter hizo una reverencia en dirección a Nyktos y luego hacia mí—. Cuidaos.

—Tú también —le deseé.

La piel se arrugó alrededor de los ojos de Vikter cuando sonrió. Observé cómo daba media vuelta y guardaba el cepillo y la tinta en una bolsa.

—Esperaré en el pasillo.

Penellaphe asintió y también se puso en pie mientras yo observaba a Vikter salir.

—No deberíamos demorarnos mucho más. —Levantó la vista hacia el cielo gris—. Hacerlo...

—Podría considerarse interferencia —dijo Nyktos, mientras enderezaba los hombros—. Gracias por responder a la llamada y por correr los riesgos que habéis corrido.

Penellaphe inclinó la barbilla y yo me deslicé para levantarme del estrado y ponerme en pie.

—Ojalá pudiésemos hacer algo más. —Me miró de reojo, la compasión grabada en las preciosas y delicadas líneas de su rostro—. En serio.

—Habéis hecho más que suficiente. —Crucé los brazos—. Gracias.

Penellaphe dio un paso hacia Nyktos, lo tomó de las manos y lo alejó del estrado. Sus ojos color zafiro centellearon a la luz de las estrellas cuando levantó la vista hacia él. Una punzada de envidia alanceó mi piel. Ser capaz de tocar a Nyktos con tanta facilidad, de un modo tan casual...

—Sera.

Consciente de que Nyktos observaba con atención mientras Penellaphe le hablaba, me giré hacia Holland, que por fin había vuelto a mi lado. Enseguida se me comprimió la garganta. Guardia real o Hado, Holland era una de las pocas personas de mi vida que... me conocía.

Me sonrió, pero fue una sonrisa pequeña. Afligida.

—Espero que no estés demasiado enfadada conmigo ni sientas que te he traicionado. No podía decirte la verdad.

—Lo comprendo.

Una expresión dubitativa se dibujó en una cara que nunca había mostrado señales reales de envejecimiento.

—¿De verdad? ¿No estás enfadada?

Se me escapó una risa breve. Holland me conocía demasiado bien.

—¿Estoy molesta por no haber sabido la verdad? Claro que sí. ¿Estoy enfadada? —Me encogí de hombros—. Tengo cosas mucho más gordas por las que estar enfadada ahora mismo.

—Eso es verdad. —Pasaron unos segundos largos—. No te rindas, Sera.

—No lo hago. —Y no lo hacía. Sobre todo porque no estaba segura a *qué* iba a renunciar si me rendía ahora.

—Bien. —Entonces bajó la voz, y no tenía ni idea de si Nyktos alcanzaba a oír lo que me dijo a continuación, ahora que Penellaphe había conseguido llevárselo más lejos en dirección a las puertas—. ¿Esa hebra que se separó de todos los posibles hilos que trazan el rumbo de tu vida? Fue algo inesperado. Impredecible. El destino no está nunca realmente escrito en sangre y hueso. Puede ser tan cambiante como tus pensamientos. Tu corazón. —Hizo una pausa para mirar a Nyktos—. El suyo.

Empecé a reírme otra vez, pero el sonido se marchitó.

—Claro. El destino puede ser tan errático como la mente y el corazón. —Las palabras arañaron al salir por mi garganta—. Pero no en este caso. No con su corazón. Ya lo sabes.

—El amor es poderoso, Seraphena. —Holland levantó una mano hacia mi mejilla. El contacto llevaba aparejada una corriente de energía que no había estado ahí antes—. Más de lo que incluso los *Arae* podrían imaginar.

Fruncí el ceño. Estaba segura de que el amor era superespecial, pero Nyktos había hecho que le extirparan *físicamente* la parte que le hacía capaz de amar. Así que no tenía ni idea de lo que quería decir Holland.

Cosa que tampoco era tan inusual. Solté una bocanada de aire temblorosa.

—¿Volveré a verte alguna vez?

—No puedo responder a eso —dijo. Cuando abrí la boca para responder, él se apresuró a continuar—. Pero lo que puedo decirte es algo que ya sabes. ¿A lo que has dedicado toda tu vida? ¿Lo que te has estado preparando para ser? ¿Para lo que yo te entrené? No ha sido una pérdida de tiempo y esfuerzo. —Esos ojos oscuros y brillantes me sostuvieron la mirada—. Eres *su* debilidad.



Conviértete en *su* debilidad.

Haz que se *enamore* de ti.

Termina con *él*.

Nyktos, no.

Kolis.

Era un arma destinada a emplearse contra Kolis. Ese era mi verdadero destino. Lo que no sabía era si eso significaba que Kolis me reconocería como Sotoria y que ya era su debilidad, o si significaba que llevar el alma de Sotoria haría que me resultase más fácil seducirlo.

Mi estómago se puso del revés y luego se me hizo un nudo. La idea de seducir a Kolis me daba ganas de vomitar. No... no quería tener que hacer eso.

—¿En qué piensas?

Me sobresalté al oír la voz de Nyktos. Había estado tan sumida en mis pensamientos que no había sido consciente de que Nyktos me había guiado hasta su oficina.

De verdad que tenía que prestar más atención a mi entorno.

Retiré unos mechones de pelo desgredado de mi cara y, cuando me giré hacia él, sentí que mi corazón daba tumbos por razones muy distintas.

Nyktos se había parado delante de las puertas cerradas, y vestido como iba, con una camisa blanca suelta, sin meter por la cinturilla de sus pantalones ceñidos negros, me recordaba a... *Ash*. Masculino y aun así de otro mundo. Una sensación de intensidad salvaje rebosante bajo una fachada calmada.

Pero ahora era Nyktos. No *Ash*. Ya nunca volvería a ser *Ash* para mí.

—Pienso en un montón de cosas —admití. Y había muchas cosas en las que pensar. En Kolis. Sus creaciones. Lo que quería. En Nyktos. Lo que se había hecho a sí mismo. En Ezra y su matrimonio con Marisol y su ascenso al trono. En mí. En la idea de que había causado sin querer la muerte de mi padrastro. Lo que estaba por venir. En Holland y lo que había compartido conmigo antes de partir.

Nyktos me miró mientras caminaba junto a las estanterías vacías alineadas por la pared. Me pregunté si alguna vez habría habido algo sobre ellas. Recuerdos. *Souvenirs*. Se sentó en el borde del sofá, sin apartar los ojos nunca de mí. Era extraño estar en una posición en la que yo estaba por encima de él.

—No puedo ni imaginar lo que puede estar discurriendo por tu cabeza —dijo al cabo de unos instantes—. Pero pasaste del enfado a... la tristeza. Una tristeza ácida y amarga.

Se me tensaron los hombros y lo fulminé con la mirada.

—No leas mis emociones.

—Es difícil no hacerlo. Proyectas mucho —me recordó—. Y con frecuencia. En el salón del trono lo estabas proyectando todo.

—Entonces, suena como que deberías averiguar una manera de bloquearlas, ¿no crees?

El fantasma de una media sonrisa apareció en su cara, pero se diluyó de prisa y mi corazón volvió a comprimirse al pensar en lo que Nyktos había hecho.

—¿Cuándo hiciste que te extirparan este... *kardia*? —pregunté.

—Hace un tiempo.

Lo miré con suspicacia.

—¿Exactamente qué consideras un tiempo?

—Un tiempo —repitió.

—Esa es una evasiva.

—Es más como que no importa cuándo lo haya hecho. Solo que lo hice.

Lo miré, sin tener muy claro por qué se mostraba tan reservado con el tema.

—¿No lo sabe nadie más? ¿Solo Maia?

Asintió.

—Solo lo saben ella y Nektas. Ninguno de los dos dirá ni una palabra al respecto.

Nunca había conocido a la diosa Primigenia, pero por la relación tan estrecha que tenían Nektas y Nyktos, no tenía ninguna duda de que el *draken* no diría ni una palabra sobre el tema.

—¿Dolió? Y no digas que fue apenas una molestia. Es obvio que no es verdad.

Nyktos se quedó callado durante unos segundos.

—El *kardia* es solo una pequeña parte del alma. Intangible. Nunca creerías que algo tan pequeño podría causar semejante dolor, pero sentí como si me hubiesen abierto el pecho entero y las garras y los dientes de un *dakkai* me hubiesen arrancado el corazón —declaró en tono neutro—. Casi perdí el conocimiento y, de haber estado débil, es probable que me hubiese sumido en una estasis, el sueño profundo de los dioses y los Primigenios.

Horrorizada, apreté el puño contra mi pecho.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—Vi lo que la pérdida del amor le hizo a mi padre y en lo que el amor había convertido a mi tío —dijo—. Y me negaba a repetir ninguno de esos errores o a poner en peligro a otra persona por lo que yo pudiera sentir por ella.

Se me hizo un nudo en la garganta y tardé un momento en poder hablar alrededor de él.

—Lo siento.

Estiró el cuello a un lado y a otro.

—No deberías. Me preocupo más por los demás porque no puedo amar, y creo que preocuparse por los demás es mucho más importante que amar a una sola persona.

—Ti... tienes razón —susurré. En cierto modo, la preocupación y la amabilidad eran más puras sin amor. Pero seguía entristeciéndome. ¿No debería todo el mundo tener la oportunidad de sentir amor por otra persona, fuese como fuere ese sentimiento?

Excepto Kolis.

O Tavius.

Ninguno de ellos se lo merecía.

—¿De qué te estaba hablando Holland? —preguntó Nyktos.

—De nada importante. —No había forma humana de que fuese a repetir nada de eso. Eché un vistazo al escritorio mientras me frotaba las muñecas; seguía sin sentir el hechizo. Una lámpara delgada proyectaba un resplandor sobre la superficie desnuda. Pasaron unos segundos lentos. Podía sentir su mirada sobre mí; me observaba y era posible que viera demasiado—. ¿Qué vamos a hacer?

—Esa es una pregunta trampa —comentó. Soltó un suspiro—. Continuaremos como lo teníamos planeado. Mientras tanto, estoy seguro de que habrá invitados.

—¿Visitantes indeseados?

Nyktos asintió.

—Dioses. Es posible que incluso Primigenios. Tendrán curiosidad por lo que sintieron cuando Ascendiste a Bele.

Apreté los labios y empecé a ir y venir por delante de las estanterías vacías.

—¿He de suponer que voy a tener que permanecer escondida?

—Sé que no te gusta esconderte.

Solté un bufido desdeñoso.

—¿Cómo lo has sabido?

—A mí tampoco me gusta —comentó, y le lancé una mirada dubitativa. Sus cejas bajaron por su frente y se juntaron—. Pero es inevitable que te vean e, incluso con el hechizo, queremos llegar hasta la coronación antes de que eso ocurra.

—¿Y si no lo logramos?

—Ninguno de ellos pensará que tu llegada a las Tierras Umbrías como mi consorte y las ondas de poder que han sentido sean una coincidencia. En especial, cuando ese poder desconocido se sintió primero en el mundo real —dijo, en referencia a cuando había devuelto a Marisol a la vida—. Y cuando te conozcan... percibirán el aura de *eather* en ti. Si no hubiese sido por la Ascensión de Bele, quizás habrían pensado que eras una divinidad. Ahora, sin embargo, se preguntarán exactamente qué eres.

Capítulo 3



Qué eres.

No *quién* eres.

—¿Y convertirme en tu consorte les va a impedir, de algún modo, preguntarse eso? —quise saber al tiempo que me frotaba la sien.

—No, pero evitará que actúen sin preocuparse por las consecuencias —dijo Nyktos—. ¿Te duele la cabeza? Si es así, puedo pedir que te preparen el té.

—No es eso. —Al menos, esperaba que ese dolorcillo sordo no tuviese nada que ver con el Sacrificio. La mezcla de hierbas que había ayudado con los efectos colaterales del Sacrificio no había tenido un efecto tan breve las otras veces—. ¿No sería todo más fácil si cancelásemos la coronación? En realidad, no tiene ningún sentido seguir adelante con ella.

—Por si no estabas escuchando en el salón del trono o a nada de lo que he dicho antes de eso, como consorte mía, gozarás de cierto grado de protección...

—Estaba escuchando y me acuerdo de *todo* lo que me has dicho —repliqué, cortante. Sus iris se llenaron de hebras de *eather* en cuanto nuestros ojos conectaron—. Pero eso no explica la utilidad de hacerlo. Ya sabes lo que va a pasar en cuestión de cinco meses o menos. Convertirme en tu consorte no va a detener eso. No voy a sobrevivir al Sacrificio. Es lo que hay. Así que ¿para qué correr semejante riesgo con una coronación inútil?

Nyktos empezó a tamborilear con los dedos sobre la rodilla.

—¿La idea de tu muerte no te inquieta en absoluto?

—¿Por qué no te limitas a leer mis emociones y lo averiguas? —le lancé de vuelta.

Esbozó una sonrisa tensa.

—Me pediste que no lo hiciera. Y al contrario de lo que puedas creer, respeto esa petición lo más posible.

—Lo que tú digas —musité.

—No es lo que yo diga. —Sus dedos continuaron tamborileando—. No has contestado a mi pregunta. ¿No te inquieta en absoluto la idea de tu muerte?

Crucé los brazos. No tenía ni idea de por qué estábamos hablando de esto siquiera.

—Morir a causa del Sacrificio no suena divertido para nada. Así que sí, es molesto.

Nyktos ni parpadeó.

—¿Pero?

—Pero *es lo que hay* —repetí, antes de retomar mis paseos—. Es la realidad. Tengo que lidiar con ella y ya está. Así que eso hago. Igual que estoy lidiando con el hecho de que me he pasado la vida entera planeando matar a un Primigenio inocente. Igual que estoy lidiando con el hecho de que, al parecer, he vivido solo los dioses saben cuántas vidas, todo porque me asusté de uno de ellos y me caí por un estúpido acantilado. —Se me puso la carne de gallina—. ¿Cómo pude caerme por *un acantilado*? No es como si hubiese aparecido de la nada y me hubiese sorprendido. Tenía que saber que el borde estaba ahí, pero ¿simplemente seguí corriendo? ¿Qué diablos?

Nyktos arqueó una ceja.

—No creo que sea posible lidiar con todo eso tan deprisa como querías hacerme creer —declaró—. Y no has vivido todas esas vidas porque te hayas caído por un acantilado, supieras o no que el borde estaba ahí. Las has vivido debido a la obsesión de Kolis con Sotoria y al potencialmente problemático método de intervención de mi padre.

—Sí, bueno, aquí estoy, el resultado final del potencialmente problemático método de intervención de tu padre... *lidiando con ello* —declaré yo a mi vez—. Y ninguna parte de lidiar con ello tiene nada que ver con cómo me siento al respecto.

—Tendremos que estar en desacuerdo con eso —repuso—. Lo que se te... hizo entonces y ahora no fue justo ni correcto. Tampoco lo es la responsabilidad que te han echado encima.

—¿Injusto para mí? —Casi me tropecé al parar, los ojos perdidos en la piedra umbra entre las estanterías—. ¿Qué pasa contigo? Lo último que necesitas es saber que... —Ni siquiera lograba animarme a decirlo—. No es justo colocarte mi supervivencia sobre los hombros.

—No estamos hablando de mí.

—Bueno, pues tampoco estamos hablando de mí.

—No estoy de acuerdo.

Cualquiera que fuese el escasísimo control que mantenía atado corto a mi temperamento saltó por los aires según me giraba hacia él.

—¿Por qué te importa siquiera cómo se siento sobre nada de esto? No confías en mí. Ni siquiera te *gusto* demasiado. La única razón de que siga aquí de pie es por las brasas de vida que hay en mi interior.

Las hebras de plata luminosa empezaron a girar en sus ojos. No dijo nada, pero sus dedos por fin cesaron su maldito tamborileo sobre su rodilla.

Un dolor alanceó mi pecho, tan intenso y real que casi bajé la vista para ver si me habían clavado una daga o algo. Aparté la mirada y respiré hondo.

—Mira, lo entiendo. De verdad que sí. Toda esta situación es un lío. Tienes todo el derecho del mundo a estar furioso conmigo. A odiarme por lo que planeaba. Yo lo haría, si fuese tú, así que... espera. ¿Eres capaz de odiar, cuando no puedes amar?

—El odio y el amor no son dos lados de la misma moneda. Uno proviene del alma, el otro de la mente —explicó—. El odio es producto de las atrocidades cometidas contra alguien, o nace de lo que se uno se ha hecho a sí mismo y sus endemoniadas reivindicaciones. No puede haber dos emociones más diferentes.

—Oh. Vale, pues —murmuré, aunque me pregunté cómo podía saber eso cuando no podía amar, pero... daba igual. ¿Qué sabía yo?

—¿Crees que eso es por lo que estoy enfadado? —Sus ojos de plata giratoria conectaron con los míos—. ¿Que se debe a tus planes de matarme?

—¿Esa pregunta va en serio? —preguntó—. Uhm... Sí.

—No me entiendas mal. Enterarme de que planeabas seducirme y matarme fue irritante.

—¿Irritante? —repetí, las cejas arqueadas—. Yo usaría una emoción mucho más descriptiva que esa, pero vale.

Nykto dio la impresión de respirar hondo, y supuse que debería estar agradecida de que la paciencia no se originara en el *kardia*.

—Lo que tramabas hacer no es algo que uno pueda olvidar con facilidad, pero lo que de verdad me enfureció fue que tenías que saber lo que te habría

ocurrido a ti aunque *hubiese* habido una pequeña oportunidad de que lograses tu objetivo. Si uno de mis guardias no hubiera acabado contigo, lo habría hecho Nektas. Tu acto habría significado tu muerte... del tipo definitivo.

Cambié el peso de un pie al otro.

—Ya... ya lo sé. Siempre lo he sabido. Incluso antes de enterarme de que los *drakens* estaban vinculados a ti.

Nyktos ladeó la cabeza y un mechón de pelo castaño rojizo resbaló por su sien.

—*Eso* es lo que me enfurece. Desde el primer momento en que te vi, te has comportado como si tu vida no tuviese ningún valor para ti.

La parte de atrás de mi cuello se puso tensa.

—Esos dioses de mierda, ahora bien muertos, mataron a un *bebé*. Si acabar con ellos hubiese supuesto mi muerte, habría merecido la pena.

—No estoy hablando de eso —espetó, lo cual me dejó confundida. La única vez que me había visto antes había sido cuando se negó a tomarme como su consorte. En aquella ocasión me comporté bastante bien—. Deberías valorar tu vida tanto como valoras la de los demás, Sera.

Un calor revelador trepó por la parte de delante de mi cuello.

—Sí valoro mi vida.

Nyktos se rio y apartó la mirada.

—Eso es mentira y lo sabes.

La ira afloró al instante.

—¿Tus habilidades superespeciales son también una especie de detector de mentiras?

—La vida sería muchísimo más fácil si fuese así, pero no. Las emociones pueden fingirse, sobre todo si alguien está decidido a ocultar sus motivos y cómo se siente de verdad.

Tenía en la punta de la lengua decirle que nada de lo que había sentido en su compañía había sido una farsa. Lo mucho que sus palabras y su contacto me habían... agradado, y que lo que había sentido entonces había sido real. Por fin me había sentido *real*. Pero no me creería. No esperaba que lo hiciera. Él sabía que había sido preparada desde muy temprana edad para cumplir mi cometido. Y yo había estado decidida a hacerlo... hasta que dejé de estarlo. Pero si estuviese en su lugar, tampoco creería una sola palabra que yo dijera.

Bajé la vista hacia las puntas rozadas de mis botas.

—Entonces, es imposible que sepas lo que afirmas saber.

—Excepto por que todas tus acciones me dicen lo que necesito saber —me contradijo. Pasaron unos segundos—. No pretendo ofenderte cuando digo

que no valoras tu vida. No pretendía que fuese un insulto.

Bufé indignada.

—Pues desde luego que así es como ha sonado.

—Me disculpo si eso es lo que ha parecido.

Giré la cabeza hacia él a toda velocidad.

—¿De verdad te estás disculpando conmigo? No contestes. No importa. La mitad de esta conversación no importa. Lo que estaba tratando de decir es que no hay ninguna razón para continuar adelante con esta coronación. Cualquiera que sea la protección que ofrezca el hecho de ser coronada como tu consorte no puede valer la pena.

Se inclinó despacio hacia delante.

—Tu seguridad lo vale *todo*.

—¿Incluso las Tierras Umbrías?

Sus ojos ahora giratorios no habían abandonado los míos en ningún momento, pero, de algún modo, se había movido sin que yo me diese cuenta siquiera para cruzar el espacio que nos separaba.

—Sí.

La bocanada de aire que inspiré traqueteó a través de mí, llena de su aroma cítrico.

—No puedes decirlo en serio.

—Lo digo muy muy en serio, Sera.

Sera. No *liessa*. No me había llamado así desde que estuve en su cama y le di mi sangre. Aquello había sido un desliz, algo hecho en un momento de placer.

Nyktos se alzaba más de una cabeza por encima de mí, casi dos.

—Eres... —Apretó la mandíbula y abrió las aletas de la nariz—. Lo que llevas dentro de ti es demasiado importante. Esas brasas tienen que ser parte de la clave para terminar con lo que ha hecho Kolis. Puede que tú las valores tan poco como valoras tu vida, pero yo no.

Lo que llevaba dentro de mí. Las brasas eran importantes. No yo. Nunca yo.

Retrocedí varios pasos. ¿Esperaba que hubiese dicho otra cosa? ¿Que yo importaba? ¿Que le importaba a él? ¿Y que se preocupaba por mí, aunque no pudiese amar? ¿Después de lo que había estado tramando? No, no esperaba eso.

Solo *quería* que las cosas fuesen diferentes.

El pecho de Nyktos se hinchó de repente.

—Sera... —Una llamada a la puerta nos interrumpió. Su cabeza voló en la dirección del sonido—. ¿Qué? —ladró.

Mis ojos también giraron hacia la entrada. No me habría sorprendido que quien fuese que estuviera ahí simplemente hubiese reculado.

Las puertas se abrieron para revelar a Rhahar, su piel de un cálido tono marrón a la suave luz de los farolillos. Sin embargo, nada en su rostro lucía cálido cuando me miró de arriba abajo.

—Hay un problema en los Pilares.

La mayoría de las almas se enfrentaban a su juicio final en los Pilares de Asphodel. Allí recibían la recompensa del Valle, o bien las condenaban al Abismo. Sin embargo, los Pilares no podían juzgar a algunas de ellas, pues sus vidas habían sido demasiado complicadas y requerían la presencia de Nyktos.

—¿Es muy urgente? —preguntó Nyktos, mientras el primo de Rhahar entraba en la sala detrás de él.

—Lo bastante urgente como para arriesgarnos a interrumpirte —repuso Saion en tono inexpresivo, una mano apoyada en la empuñadura de la espada que llevaba a la cadera.

Nyktos maldijo y se pasó una mano por la cabeza mientras caminaba hacia el aparador.

—¿Va todo bien? —pregunté, justo cuando Nyktos llegaba hasta el armario.

Rhahar no me miró mientras asentía, y no aportó más información. La presión se cerró sobre mi pecho, aunque su reacción no era ninguna sorpresa. Mi traición a Nyktos era una traición a todos ellos.

Respiré profundo a pesar de la tensión de mi pecho y luego me giré hacia Nyktos mientras él agarraba la parte de atrás del cuello de su camisa y se la quitaba por encima de la cabeza. Casi se me cayeron los ojos de la cara cuando aparecieron los músculos cincelados a lo largo de su columna, junto con las gotas de sangre en espiral que tenía tatuadas en la piel. Gotas que representaban todas las vidas perdidas de las que Nyktos se consideraba responsable.

Prueba de que se preocupaba mucho por más de una persona.

Los músculos se contrajeron por sus anchos hombros y por sus brazos cuando tiró la camisa a un lado y sacó una túnica gris de un compartimento bajo en el aparador. Su cuerpo era una obra de arte, prueba de años pasados luchando con una espada pesada en lugar de usar el *eather* en su interior.

Sabía que no debía mirar mientras se ponía la túnica. Me daba la impresión de que ya no tenía derecho a hacer eso; tampoco parecía algo que debiera estar haciendo en ese momento. Pero Nyktos era... bueno, muy agradable a la vista. Y me gustaba mucho mirarlo.

—Recuerdo con gran claridad a alguien decir que era inapropiado mirar así —me interrumpió la voz grave de Nyktos—. Sobre todo cuando está claro que es *intencionado*.

Mis ojos volaron hacia los suyos mientras un calor intenso afloraba en mi pecho. Las hebras de *eather* estaban girando otra vez.

—No ha sido intencionado.

—Te pones muy guapa cuando mientes. —Nyktos sonrió con suficiencia.

Desde luego que había mentido. Me ardían las mejillas mientras él se enfundaba una túnica con un brocado del color del hierro alrededor del cuello alto y por delante del pecho en una línea diagonal. Sin embargo, el calor se enfrió deprisa. Estaba segura de que había una pulla encubierta en sus palabras, salvo por que lo único en lo que podía pensar era en cuando me había dicho eso mismo otra vez. Entonces había estado de broma.

Rhahar se aclaró la garganta, lo cual me recordó que no estábamos solos.

—Saion, acompaña a Sera a sus aposentos —dijo Nyktos, y el dios parecía menos que contento con la orden. Los fríos ojos grises de Nyktos se cruzaron con los míos—. Terminaremos esta conversación cuando vuelva.

—Estoy impaciente —musité.

—Seguro que sí. —Nyktos empezó a dirigirse hacia la puerta, pero se detuvo. Pasó un segundo—. Intenta descansar un poco. —Luego continuó su camino, antes de desaparecer por el pasillo con Rhahar.

Saion señaló hacia las puertas.

—Vamos. —Me resistí al impulso de plantar el trasero en el suelo por ninguna razón aparte del hecho de que odiaba que me dijeran qué hacer. A cambio, me dirigí hacia el sofá y agarré mi daga—. ¿Debería preocuparme? —preguntó Saion, que había echado a andar a mi lado mientras salíamos por la puerta y girábamos por el pasillo. Lanzó una mirada significativa a la daga que llevaba aferrada en la mano.

—No a menos que me des una razón para utilizarla contra ti.

Una sonrisa suavizó las apuestas líneas de su cara y aportó calidez a su piel negra.

—No tengo ningún plan de hacer tal cosa.

—¿En serio? —Abrí una puerta—. ¿No quieres vengarte por lo que tramaba hacerle a Nyktos?

—Lo que yo quiera no importa. —Sus ojos oscuros se cruzaron con los míos al agarrar la puerta—. Lo único que importa es el hecho de que, si creyera que eras una amenaza real para Nyktos, te rompería el cuello yo mismo. Como haría cualquiera de los que somos leales a él.

Se me quedó la piel helada mientras empezaba a subir las oscuras escaleras en penumbra. No tenía ni la más remota duda de que hablaba en serio.

—Y sí, sé que me mataría por ello. Pero eso no me detendría. No nos detendría a ninguno de nosotros. —Saion seguía caminando a mi lado—. Pero no eres una amenaza real para él, ¿verdad? Puede que se sienta atraído por ti, pero eso es más o menos toda la profundidad a la que puede llegar esa mierda nunca.

Me encogí un poco, agradecida de que no pudiese ver lo mucho que picaba esa verdad. Porque aunque Nyktos pudiera amar, nunca me amaría a mí. *Inspira*. Giré en el rellano del segundo piso. *Contén*. Bloqueé el aluvión de culpa, de remordimientos y, lo más importante, de amargo deseo... la desesperación casi abrumadora de que *esa mierda* llegase más profundo. Busqué el velo de vaciedad y tardó más de lo que debería en filtrarse en mi interior. Aunque una vez que lo hizo, recibí ese vacío con los brazos abiertos. Me convertí en nada, y solo entonces solté el aire, justo al llegar al rellano final.

—No obstante, estás equivocado.

—¿Sobre qué?

Empecé a abrir la puerta.

—Sobre eso de que no sea una amenaza para él.

La mano de Saion se plantó en la puerta y la cerró.

—¿Ah, sí?

Retrocedí un poco para dejar algo de espacio entre nosotros, al tiempo que apretaba la mano alrededor del mango de mi daga. Saion se había quedado muy quieto, de esa forma que solo los dioses y los Primigenios eran capaces de hacer, justo antes de un despliegue explosivo de violencia. Hubiese sido sensato por mi parte mostrar algo de miedo.

Por desgracia, no era sensata lo bastante a menudo.

—Los *dakkais* atacaron la bahía Negra debido a lo que hice. No me pega que Kolis sea de los que pasan página. No va a dejar de buscar esa fuente de poder. Soy una daga para todo el mundo aquí, incluido Nyktos, sin importar si esa mierda llega profundo o no.

El resplandor del *eather* palpitó en el centro de los ojos de Saion.

—Entonces, ¿debería simplemente ponerme a ello y romperte el cuello?

—Si quieres intentarlo, lo único que te pido es que no seas un cobarde con el tema y esperes a que te dé la espalda. —Separé un poco los pies, por si decidía atacar—. Y he de decirte que no te lo pondré fácil.

—Jamás esperaría eso de ti.

Le dediqué una sonrisa de labios apretados.

—Entonces, ¿qué decides? ¿Quieres hacerlo o no?

Algo parecido al respeto cruzó la cara de Saion.

—Como ya he dicho, *consorte*, no tengo ninguna intención de firmar mi sentencia de muerte.

—No soy la consorte.

—En cuestión de días, lo serás.

—Pero ¿seré de verdad *tu* consorte? —pregunté. Saion no respondió. No necesitaba hacerlo. Los dos conocíamos la respuesta. Abrió la puerta.

—Detrás de ti.

Pasé por su lado, salí al pasillo y me paré en seco. Una mujer alta con largo pelo oscuro estaba apostada a la puerta de mi habitación, con la cabeza inclinada mientras leía un libro. Nunca había visto a esa mujer de piel pálida.

—¿Quién es esa?

Saion cerró la puerta a mi espalda.

—Orphine.

Traté de conciliar la imagen de esta mujer de aspecto muy mortal con la *draken* más bien grandecita de escamas negras como la medianoche que había visto luchar en el cielo por encima de la bahía Negra. Había resultado herida en la lucha, pero parecía estar bien ya.

Entonces me di cuenta de por qué estaba ahí.

—¿Está aquí para asegurarse de que me quede dentro de mi dormitorio?

Las comisuras de los labios de Saion se curvaron hacia abajo.

—Está aquí para asegurarse de que *tú* estés *a salvo* en tus aposentos.

—No creo que esas cosas sean mutuamente excluyentes —musité, mientras me preguntaba cómo había conseguido Nyktos enviarla a mi habitación con tan poco preaviso.

—Cierto. —Saion se encogió de hombros—. ¿Esperabas que fuese diferente?

—No —admití.

—Sin embargo, no creo que ambas cosas tengan la misma importancia —continuó Saion después de un momento—. Es más protección que castigo.

—¿En serio?

—En serio —repitió Orphine desde el otro extremo del pasillo. Mis ojos saltaron de vuelta a ella. Pasó la página de su libro—. He oído toda vuestra conversación.

—Oh —murmuré, y echamos a andar por el pasillo. Orphine sabía lo que yo había hecho con las brasas de vida, pero no estaba segura de si era consciente de lo que había planeado hacer.

Entonces levantó la vista. Ahora que estaba más cerca, vi sus ojos carmesís y las ranuras verticales de sus pupilas detrás de unas espesas pestañas. La *draken* parecía una chica mortal en su segunda década de vida, más o menos.

—Si Nyktos estuviera más preocupado por asegurarse de que te quedaras aquí encerrada y lejos de ciertos problemas, no me habría dado permiso para reducir a cenizas a cualquiera que aparezca ante tus puertas.

—¿A cualquiera?

—Cualquiera que suponga una amenaza. —Orphine esbozó una sonrisa tensa, sin asomo de calidez en ella—. Para ti. No para él, lo cual es desafortunado.

Saion sonrió con ironía.

Bueno, supuse que ya no tenía que preguntarme más si Orphine sabía lo que yo había planeado.

—¿Preferirías reducirme a cenizas a mí, mejor?

—¿Por haber pensado siquiera en matar a Nyktos? Sí. —Orphine cerró el libro de golpe con una mano y se apartó de la pared. Dio un paso hacia mí y Saion se puso tenso. Su mano voló hacia la espada en su cadera y yo pugué con el instinto que me chillaba que retrocediera. La *draken* era más o menos de mi altura, y la túnica sin mangas que llevaba colgaba sobre unas caderas redondeadas. Parecía *blanda*. Pero yo también—. Nyktos es... especial para nosotros. —Unos dedos de hielo se deslizaron por mi nuca mientras le sostenía la mirada—. Claro que tú también lo eres. —Un mechón de pelo cayó sobre su mejilla arqueada—. Tú eres *vida*. —Bajó la voz y... juraría que unas leves volutas de humo brotaban de sus fosas nasales—. Y esa es la única razón de que aún respire.



Entré en mis aposentos sin decir gran cosa, porque ¿cómo podía responder a lo que había dicho Orphine? ¿Gracias por reconocer el valor de las brasas y

no quemarme viva?

En cualquier caso, no me dejaron sola demasiado tiempo. Baines, un mortal o una divinidad al que había conocido en mi primera noche aquí, trajo algo de agua caliente. Como todos los que trabajaban en la Casa de Haides, él lo hacía por voluntad propia, porque quería ser útil para Nyktos.

Ese era el tipo de lealtad que inspiraba Nyktos.

Me senté en el diván, incómoda con la presencia de Baines incluso después de que se marchara; no por él, sino por lo que había significado su llegada: lo había enviado Nyktos. A la mayoría de la gente le habría parecido un gesto nimio, pero no a mí. Había sido... muy considerado por su parte. Y yo no quería que fuese considerado. Ni amable. También reconocía lo ilógicos y enmarañados que eran esos pensamientos.

Eres su debilidad.

Tragué saliva y bajé la vista hacia la daga que me había dado Nyktos después de haber destruido la mía vieja. Comprendía muy bien su reacción. En realidad, *había* clavado mi daga en su corazón más o menos por accidente, pero aun así me había puesto furiosa. Esa daga había sido *mía*, y había muy pocas cosas que me pertenecieran de verdad.

No obstante, Nyktos lo había más que compensado con este regalo. El *primer regalo de mi vida* que me pertenecía solo a mí.

La daga era una verdadera obra de arte con su mango suave y ligero, y el pomo tallado en forma de luna creciente. La hoja de piedra umbrina en sí era delicada aunque brutal, con forma de delgado reloj de arena y con un filo letal por ambos lados. El fabricante de la hoja había grabado un dragón en la daga: su cola con púas seguía la curva de la hoja, y su cabeza y su cola escamosas estaban talladas en la empuñadura, donde respiraba fuego.

Nyktos me la había quitado cuando se enteró de mi traición, pero lo que el dios Taric había hecho... alimentarse y hurgar en mis recuerdos... había sido tan doloroso y *aterrador* que no había sido capaz de ocultárselo a Nyktos, no digamos ya a mí misma. Él había percibido mi terror y había actuado en consecuencia.

Puede que sientas miedo, pero jamás estás asustada, había dicho, y luego había apretado el mango de la daga contra la palma de la mortal que había jurado emplear un arma como esa contra él.

¿Podía ser que la incapacidad para amar aumentara la capacidad de uno para ser amable? No lo sabía, pero no me sorprendería descubrir que así era.

Un nudo creció en mi pecho, así que me levanté y fui hacia la entrada de la sala de baño. Luego me detuve. El lugar era muchísimo más bonito que la

agobiante sala que utilizaba en Wayfair. A aquella sala rara vez llevaban agua limpia, no digamos ya caliente, y a menudo había preferido bañarme en el lago. Una punzada de añoranza retorció mi corazón. ¿Volvería a ver alguna vez mi lago? ¿Sentiría su agua fría corriendo por mi piel? No lo creía.

Apesadumbrada, deslicé los ojos alrededor de la bañera. Me llevé la mano al cuello sin darme cuenta. Sumergirme en esa agua humeante sería divino, pero no podría hacerlo ni aunque tuviese tiempo para ello. No cuando todavía podía sentir, casi, el cinturón de mi bata clavarse en mi piel y cortarme el aire.

No estaba segura de si volvería a ser capaz de relajarme alguna vez en una bañera.

Meforcé a entrar en la sala de baño, me quité el jersey y los pantalones destrozados, y dejé la camisa y la ropa interior en una pequeña cesta. Con la ayuda de uno de los paños, me lavé sin usar la bañera y limpié la sangre seca de mi pelea con los dioses en el salón del trono. Miré al espejo, los ojos clavados en la marca del mordisco en mi cuello. Las dos heridas punzantes seguían de un feo color rojo. Taric me había mordido justo en el mismo sitio que Nyktos, pero no podía haber habido dos mordiscos más diferentes. Uno me había producido placer, el otro un dolor inmenso.

Tragué saliva y bajé la vista hacia mi pecho. El mordisco que Nyktos había dejado ahí, justo por encima de mi pezón, había adquirido un tono rosado rojizo más calmado. Deslicé los dedos por las leves hendiduras y contuve la respiración ante el intenso fogonazo de deseo que recorrió la boca de mi estómago. Aparté la mano de golpe. Pensar en su boca sobre mi piel, el pinchazo de sus colmillos, no me haría ningún bien ahora mismo.

Me puse una combinación y una bata de terciopelo teñido de negro, fui hasta el balcón y abrí las cortinas. El cielo se había tornado ya de un tono gris apagado, las estrellas tenues.

Eres su debilidad.

«¿Qué estoy haciendo?», susurré. Miré por la habitación a mi alrededor. No había ninguna respuesta ahí. O quizás sí que hubiera una, pero no quería darme por enterada porque sabía lo que debía hacer.

Solo que no quería hacerlo.

Esa noción hizo poco por apaciguar mi corazón acelerado. Empecé a caminar de un lado para otro y no paré hasta que una *draken* de pelo color miel llegó con la cena. Davina dejó en silencio el plato tapado y el vino sobre la mesa. Ni siquiera miró en mi dirección, y no tenía ni idea de si era porque se había enterado de mi traición o no. Davina nunca había sido la más amistosa de las *drakens*.

—¿Ha... regresado Nyktos? —pregunté.

Arqueó una ceja en mi dirección, pero no dijo nada y salió de la habitación. Me quedé sola una vez más. La comida estaba deliciosa, pero no podía recordar qué era en cuanto puse la tapa sobre el plato otra vez, con los ojos fijos en la puerta que conectaba mi habitación con la de Nyktos.

¿Seguiría abierta?

Me levanté y di varios pasos hacia la puerta antes de detenerme. Solté el aire despacio, volví al diván y remetí las piernas debajo de mí. Estaba *cansada* y una semilla de preocupación arraigó en mi interior, a pesar de las muchas razones válidas que explicaban por qué podría estar agotada: la falta de sueño; haber alimentado a Nyktos; el mordisco de Taric; haber averiguado la verdad sobre las brasas; y bueno... el estrés de todo lo demás. Eso fue lo que me dije mientras cerraba los ojos. Era la única forma en que podría dormir, algo que necesitaba hacer si quería dilucidar qué hacer a continuación. Porque si dejaba espacio para la otra razón, que se debía al Sacrificio, me resultaría del todo imposible descansar. Porque el Sacrificio terminaba solo de una manera.

Con mi muerte.



Me despertó un estallido ensordecedor y tardé un buen puñado de segundos en recordar dónde estaba.

Me senté despacio y miré a mi alrededor. La habitación estaba iluminada por un solitario aplique de pared al lado de las puertas. ¿Habría sido un trueno? No parecía correcto. Me daba la impresión de que no podía haber tormentas en las Tierras Umbrías.

Empecé a levantarme pero me detuve cuando una manta suave resbaló hasta mi cintura. Fruncí el ceño, enterré los dedos en la lujosa tela y miré la cesta en la que había estado enrollada... vacía ahora. No recordaba haber sacado la manta antes de sentarme.

Un repentino fogonazo de intensa luz brilló en el exterior e iluminó medio mundo. Me levanté de un salto, el corazón en la boca mientras corría hacia las puertas del balcón. Eso había sido demasiado brillante para ser un relámpago, pero el retumbar de un trueno llegó poco después, justo cuando se abrían de par en par las puertas de la habitación.

Orphine entró a la carrera, sus ojos carmesís tan luminosos como rubíes pulidos.

—No salgas.

Eché un solo vistazo a la espada desenvainada que sujetaba a su lado y di media vuelta para abrir las puertas del balcón al instante.

—Maldita sea —gruñó Orphine.

El aire que aspiré me hizo atragantarme de inmediato. Estaba lleno de humo que ocultaba la luz de las estrellas, me escocía en los ojos y quemaba mi garganta. Nos llegaron gritos desde el patio y el enorme Adarve que rodeaba la Casa de Haides. Corrí hasta la barandilla.

Agarré la piedra fría, me asomé y contuve la respiración con una exclamación. Lo que vi me dejó estupefacta. En lo más profundo del Bosque Rojo, unas llamas plateadas titilaban e iluminaban el cielo nocturno, quemando a través del mar de hojas carmesís. Un árbol crujió antes de explotar en una lluvia de chispas plateadas.

Una repentina ráfaga de viento azotó el balcón y se llevó el humo en un remolino. Levanté la cabeza a toda velocidad para ver a un *draken* pardo casi del tamaño de Nektas pasar volando por encima del patio, directo hacia el Bosque Rojo.

—Mierda —gruñó Orphine—. Vas a volver a meter el culo ahí dentro ahora mismo.

El *draken* del aire soltó una estela de fuego plateado que golpeó los árboles justo al otro lado del Adarve. Brotaron unas llamas altísimas que subieron por encima del Adarve en sí e iluminaron por un instante a los guardias. El fuego voló hacia atrás...

Me tambaleé contra Orphine cuando las brasas de mi pecho se calentaron y palpitaron, y gritos de dolor se propagaron por el cielo nocturno.

—Oh, por todos los dioses —susurré, clavada en el sitio por el horror mientras caían... cosas. Mis ojos ardientes siguieron su descenso llameante hasta el suelo. La caída duró apenas unos segundos, pero me parecieron una eternidad mientras las palmas de mis manos se caldeaban en respuesta a la muerte.

El *draken* pardo disparó contra el Bosque Rojo de nuevo, contra el mismo punto de antes. Un estallido de energía fogosa golpeó el suelo y me sacudió todos los huesos del cuerpo. Ese era el sonido que me había despertado.

—Dentro —gruñó Orphine, y me agarró del brazo—. Ahora.

Otro *draken* pasó por encima del patio a la velocidad del rayo. Volaba tan deprisa que apenas logré distinguir las escamas marrones rojizas mientras

Orphine me arrastraba hacia la puerta. El *draken* se agarró al lomo del otro pardo, clavó sus garras en escamas y carne. El *draken* pardo aulló de dolor, se retorció con violencia e intentó quitarse de encima al otro *draken* mucho más pequeño...

Orphine me empujó al interior y cerró las puertas de un golpe a su espalda. Con el corazón desbocado, me giré dando tumbos, medio paralizada por la consternación y la confusión. Se me ahuecó el estómago al intentar no respirar el olor amargo del humo que nos había seguido al dormitorio. No lograba procesar lo que estaba sucediendo, lo que acababa de ver ahí fuera.

Otro trueno de *eather* en llamas golpeó el suelo y sacudió el palacio entero. La lámpara de araña sobre mi cabeza osciló con violencia, sus cristalitos tintinearón. El mundo fuera del palacio se volvió plateado una vez más e hizo añicos ese aturdimiento surrealista.

Me giré hacia Orphine.

—¿Ese es uno de los *drakens* de Kolis?

—No lo reconozco. —Orphine se medio giró otra vez hacia las puertas del balcón, su pecho subía y bajaba agitado—. Podría ser suyo o de otro Primigenio.

Me volví hacia la puerta que conectaba las habitaciones, sin ninguna duda de que Nyktos estaba ahí fuera en alguna parte, en esa pesadilla de humo y llamas.

Donde debería estar yo.

—¿Sabes si son solo *drakens*, o también hay *dakkais*? —Fui a por la daga de piedra umbra donde la había dejado sobre el reposabrazos del diván.

—No tengo ni la más remota idea. El ataque empezó hace menos de diez minutos. —Las aletas de su nariz se abrieron de ira, pero yo ya me dirigía hacia las puertas de la habitación—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Lo que deberíamos estar haciendo las dos. —Eché un vistazo hacia el espacio ahora oscuro al otro lado de las puertas del balcón, justo cuando nos llegaba un tétrico lamento desde el exterior—. Voy a ayudar.

Los dedos de Orphine se abrieron y cerraron alrededor de la empuñadura de su espada.

—De ninguna de las maneras.

—Si hay *dakkais* ahí fuera, sabes que Nyktos no será capaz de usar *eather* contra ellos.

—Nektas y los otros *drakens* harán...

—No me importa lo que hagan Nektas y los otros *drakens* —la interrumpí.

—Pues debería. Porque ese maldito bastardo de ahí afuera no está quemando el bosque por diversión. —Nos sacudió otro estruendo. Casi esperaba que la lámpara de araña se estrellara contra el suelo—. ¿Has oído eso? No son árboles que explotan. Es el *suelo* que está entrando en erupción. Sabes lo que hay debajo de ese suelo, ¿verdad?

Se me heló la sangre en las venas.

—Los dioses sepultados.

Orphine asintió.

—Ese *draken* está quemando directamente a través del suelo, las cámaras y las jodidas cadenas que los mantienen sepultados. Si no lo detienen, las Tierras Umbrías enteras serán invadidas por cientos de dioses caídos hambrientos y cabreados.

No necesité hacer ningún esfuerzo para recordar a los voraces dioses que se abrían paso hacia la superficie con uñas y dientes. Y esos habían sido solo unos pocos. Pero ¿cientos?

—Razón de más para que vayamos a ayudar.

—Puedes ayudar quedándote dentro del palacio, que por el momento es seguro.

—Sé que no nos conocemos de nada, pero no soy del tipo de persona que se queda a un lado y se esconde cuando puede pelear.

—La verdad es que me importa un bledo qué tipo de persona seas. —Fue hacia mí—. Si no te sientas de una vez y te comportas, *yo misma* te ayudaré a sentarte.

La frustración se estrelló contra mi furia, alimentada por esas muertes innecesarias y por la idea de que lo más probable era que mis acciones fuesen la causa. Me encaré con la *draken*.

—No.

Orphine se paró en seco.

—¿Perdona?

Las brasas de mi pecho zumbaron de repente, pero fue distinto a cuando Nyktos estaba cerca de mí o cuando yo invocaba el *eather* para dar vida. La vibración fue más profunda y fuerte, palpité a través de mí, llenó mis venas hasta que sentí como si mi cuerpo entero vibrara.

—He dicho que no.

—Ya te he oído, pero no sé por qué piensas que estás en posición de decir eso.

—Y yo no sé por qué *tú* piensas que estás en posición de decirme lo que tengo que hacer. —La vibración presionó contra mi pecho y las pupilas de

Orphine se estiraron de repente para ser aún más finas—. ¿Por qué crees que nos están atacando? ¿Es solo porque un Primigenio está tan aburrido que ha decidido cabrear de verdad a Nyktos? ¿O es por lo que he hecho yo? ¿Porque estoy aquí? —Orphine soltó un gruñido grave de desagrado—. Voy a salir —le informé—. Si tu deber es protegerme, entonces protégeme *ahí fuera*. O no lo hagas. Me importa una mierda.

Pasaron unos segundos tensos. Sabía que si la *draken* quería detenerme, podía hacerlo con facilidad.

—Que me jodan —musitó—. Vamos a ello.

—Gracias. —Solté el aire con brusquedad, me giré hacia las puertas y las abrí de par en par antes de que pudiese cambiar de opinión. Orphine estaba justo detrás de mí mientras corría pasillo abajo, con ambos lados de la bata revoloteando alrededor de mis piernas.

—¿Sabes? —dijo, cuando entramos en las escaleras traseras que llevaban a la salida más cercana al patio que daba al Bosque Rojo—. No llevas zapatos.

—Esa es la menor de mis preocupaciones.

—Sí, conseguir que no te maten debería ser la primera de tus preocupaciones, pero no creo que haya llegado siquiera a tu lista de cosas por las que estar preocupada en este punto. —Me lanzó una mirada asesina de ojos rojos—. Tienes que tener cuidado de no acabar muerta. Si eso ocurre, voy a matarte yo misma.

—Esa amenaza no solo parece realmente contraproducente... —Bajé a la carrera el último tramo de escaleras—. También sería muy difícil de hacer, puesto que ya estaría muerta.

—Vale, pero entiendes lo que quiero decir. —Orphine se deslizó delante de mí cuando llegamos al rellano de la planta baja, las aristas de las escamas bajo su piel pálida mucho más visibles ahora—. Quédate cerca de mí.

—Tú quédate cerca de mí. —Pasé junto a ella.

La retahíla de palabrotas que salió por la boca de Orphine fue bastante impresionante.

—Nyktos ya me había avisado de que eras testaruda.

—¿Eso hizo?

Empujé la puerta exterior y salí al...

Caos.

Capítulo 4



Se me caldearon las palmas de las manos y las brasas empezaron a palpar de verdad. Había dolor y muerte por todas partes. En los bultos humeantes del suelo y en aquellos que aún se mantenían en pie. Al otro lado del Adarve, el fuego se extendía de árbol a árbol mientras continuaban explotando bajo el calor del *eather*. El humo giraba por el aire en volutas densas, cargado del hedor casi asfixiante a madera quemada y carne chamuscada. Orphine gritó cuando otro *draken* se estrelló contra el patio, levantando una lluvia de tierra y piedras sueltas mientras derrapaba por el suelo.

Los guardias llegaban desde todos los rincones del patio y, en el Adarve, se arrodillaron y apuntaron al *draken* pardo, que emprendía el vuelo de nuevo rociando sangre rutilante a su paso. La sangre cayó sobre el lado oeste y los guardias ahí apostados...

Empezaron a chillar, se tiraron al suelo y se revolcaron por él mientras se arrancaban la armadura y la ropa. Su agonía me dejó helada por dentro. Jamás había oído alaridos como esos. Sonaba como si pidieran a gritos la liberación de la muerte.

—Por todos los dioses —susurré—. ¿Qué les pasa?

—Nuestra sangre —gruñó Orphine—. Quemará vivos a la mayoría.

—Joder. —Busqué a Nyktos con la mirada, incapaz de distinguir a la mayoría de los presentes entre el humo—. ¿Incluso a los Primigenios?

—A ellos también los quemará, pero no los matará.

Supuse que eso era un alivio... más o menos. Aspiré una bocanada de aire corta y ahumada cuando el *draken* pardo soltó otro fogonazo de llamas. La

llamarada se cortó en seco. Un enorme *draken* negro y gris bajó en picado del cielo para estrellarse contra el costado del primero.

—Nektas —boqueé, asombrada por su tamaño. Ni siquiera podía ver al otro *draken*.

—¡Están viniendo! —gritó un guardia, lo cual llamó nuestra atención hacia el Adarve—. ¡Cerrad las puertas! ¡Cerrad las puertas!

Un escalofrío de miedo bajó disparado por mi columna, pero aun así eché a correr hacia las puertas, haciendo caso omiso del suelo rocoso bajo mis pies. Corrí por delante de esos *bultos*. No podía mirarlos. El impulso de parar y cambiar lo que había ocurrido ya estaba haciendo mella en mí. Si los miraba, no sabía si podría contenerme.

—¡No lo van a lograr! —gritó Orphine—. ¡Ya están ahí!

Al principio no los vi. Había demasiado humo al otro lado del Adarve, pero entonces aparecieron Nektas y el *draken* pardo, justo en el exterior. Nektas clavó las garras en el suelo, agitó las alas por el aire para girar y tiró a ese *draken* de mierda hacia los árboles en llamas. Una lluvia de chispas plateadas iluminó el suelo al otro lado del Adarve.

Me detuve en seco y tuve que tragarme un grito de sorpresa cuando *los* vi estrellarse contra las puertas medio cerradas. La madera se astilló y entraron en tromba por la abertura, una masa de carne marchita y blanca como la tiza y enormes bocas hambrientas. Tenía que haber docenas de ellos... quizás incluso varios *centenares*.

Engulleron a los guardias de la puerta, derribándolos en un frenesí de violencia. Y entonces estaban dentro del patio. Corrían más deprisa de lo que hubiese pensado que sus cuerpos frágiles y mal nutridos serían capaces de correr.

Supuse que yo no era la única motivada por el hambre.

—No te mueras —me advirtió Orphine, al tiempo que me tiraba la espada que sujetaba en la mano. Luego se produjo un fogonazo azul plateado cuando cambió a su forma de *draken*.

Un ala de color ónice se desplegó por encima de mí cuando aterrizó sobre sus patas delanteras y extendió su largo cuello para disparar a un grupo de dioses caídos. Se prendieron envueltos en un coro de alaridos; algunos cayeron al suelo mientras que otros siguieron corriendo.

Cabeza o corazón, me recordé mientras mi respiración se ralentizaba y se serenaba. Me puse en guardia, la espada corta en una mano y mi daga en la otra.

El primer dios sepultado consiguió superar a Orphine, los colmillos al descubierto y la piel grisácea de alrededor de sus ojos tiznada de negro. Otros dos se unieron a él enseguida mientras Orphine columpiaba su cola con púas y empujaba a varios dioses en llamas hacia atrás. Esperé a que llegaran a mí.

Entonces pasé a la acción. Estampé mi daga bien profundo contra uno de ellos. Una sangre caliente y centelleante que olía a putrefacción brotó del pecho del dios cuando lo empujé de una patada contra otro. Giré en redondo al tiempo que columpiaba la espada en un gran arco. La afilada hoja cortó a través del cuello del dios con demasiada facilidad. Hice una mueca de asco y di media vuelta para incrustar mi daga en el pecho del tercero mientras Orphine iluminaba el patio de nuevo. La luz fue breve, pero duró lo suficiente para que alcanzara a ver a Bele luchando cerca de las puertas. Los gruñidos de los dioses caídos enseguida sobrepasaron al *shock* de verla después de la última vez que la había visto, aturdida y empapada de sangre.

No tenía ni idea de cuántos de los guardias más cercanos a Nyktos estaban aquí por la noche, pero había dioses caídos por todas partes. Corrían o se alimentaban de los hombres que derribaban o de los ya heridos.

De repente, Nektas emprendió el vuelo y apareció en el cielo por encima del Adarve. Se alejó hacia las partes más profundas y densas del Bosque Rojo, donde había visto las llamas por primera vez. El fuego se había extinguido, pero el humo subía ondulante hacia el aire.

Un grito cargado de dolor me hizo girar la cabeza a toda velocidad hacia donde un guardia estaba estrellando su daga contra el costado de un dios que lo tenía tumbado de espaldas.

La repugnancia y la ira bullían en mi interior mientras me dirigía hacia ahí, al tiempo que envainaba la daga. ¿Cómo podía nadie, Primigenio o no, liberar a seres como estos? Con ambas manos, incrusté la espada bien hondo en la espalda del dios. Cuando extraje la hoja, este se venció hacia delante y cayó al suelo.

Empujé al caído a un lado y di un respingo. El guardia tenía los ojos abiertos y parpadeaba repetidas veces mientras la sangre burbujeaba en su boca y en su... cuello. Se me calentaron las manos y las brasas palpitaron. Sabía que no debía, ni aunque curar a alguien no pudiesen sentirlo los dioses y Primigenios de otras cortes. Pero era como un instinto; una reacción que no podía controlar, justo como había dicho Aios. Empecé a alargar las manos hacia él...

Orphine aterrizó a mi lado y me empujó hacia atrás con el ala mientras lanzaba una delgada estela de fuego hacia un grupo de dioses caídos que

corrían hacia nosotras. Me quité del camino de sus alas y vi que los ojos del guardia ya no parpadeaban. La sangre ya no fluía con la misma libertad. Las brasas presionaron contra mi pecho. Con un estremecimiento, di media vuelta y me encontré con un horror nuevo.

Los dioses sepultados se habían arremolinado en torno al *draken* caído, que había cambiado a su forma mortal. Había tantos dioses cerca de él que no alcanzaba a ver quién era.

Eché a correr, tras saltar por encima del cuerpo del guardia. El *draken* estaba ahora en una posición mucho más vulnerable. Clavé la daga en el cráneo de un dios y empujé a otro hacia Orphine, que agachó la cabeza a toda velocidad. El crujido de huesos fue algo que no olvidaría en mucho tiempo. Empujé a otro dios a un lado y capté un atisbo de piel marrón rojiza que estaba *demasiado* roja, pelo castaño miel...

Oh, por todos los dioses.

Empecé a dar espadazos a los dioses, todo sentido de la destreza perdido en mi pánico por quitarlos de encima de la *draken*. Llegué al lado de Davina, el aire atascado en mi garganta demasiado cerrada. La mitad de ella estaba quemada e irreconocible. La otra mitad la habían hecho trizas multitud de garras y colmillos afilados. Estaba claro que...

Me dio un retortijón en el estómago y sentí náuseas. Davina ya no estaba. Así, sin más. Mi cuerpo entero sufrió un espasmo con la noción de que podía corregir eso. Las brasas querían hacerlo. Yo quería hacerlo. Porque esa había sido Davina, y ahora había *desaparecido*.

—¡Alto!

Levanté la cabeza de golpe y mi mirada se topó con los ojos ambarinos de Ector. El dios rubio se giró, levantó una mano y un fogonazo de *eather* brotó de la palma para estrellarse contra un dios caído y lanzarlo varios metros hacia atrás.

—No lo hagas. —Ector columpió la espada con la otra mano para cortar el cuello a otro dios caído. Me aparté de Davina—. Hacerlo solo empeorará las cosas.

Me resistí a la tensión que amenazaba con sellar mi garganta y meforcé a apartarme de Davina. *Inspira*. Ector tenía razón. Si traía de vuelta a cualquiera de ellos, los otros dioses y Primigenios lo notarían. *Contén*. Parte de mí se preguntó si importaba, visto que ya sabían que había una brasa de vida ahí, pero la verdad era que no ayudaría. La presión sobre mi pecho aumentó.

«Mantén la compostura», susurré con voz ronca. Me obligué a ir hacia donde luchaba Bele mientras espiraba, inspiraba otra vez y contenía la respiración.

Su media melena negra voló alrededor de sus hombros cuando la diosa giró en redondo para clavar su espada en la *cara* de un caído. Entonces me vio y ambas cejas volaron hacia arriba, formando profundas arrugas en una piel café con leche que ya no mostraba la palidez de la muerte. Liberó su arma.

—Nykto va a perder la cabeza cuando se dé cuenta de que estás aquí fuera.

Eso era muy probable.

—¿Dónde está?

—Con Rhahar y Saion. —Los ojos de Bele, ahora plateados, brillaban cargados de *eather*—. Estaban en el bosque, tratando de atrapar a los dioses liberados. —Se secó la frente con el dorso de la mano y dejó un manchurrón de sangre—. Deben de haberlos rodeado.

Se me comprimió el pecho mientras giraba sobre mí misma y ensartaba a un dios cercano. Lo empujé para retirarlo de la espada. ¿Sería ahí a donde había volado Nektas? La preocupación amenazó con apoderarse de mí.

—Tienen que estar bien.

—Lo sé. —Bele se agachó para agarrar una lanza larga y delgada, que acto seguido me tiró—. Son más ligeras, con doble filo y más divertidas.

Era verdad que la lanza era bastante más ligera y, dado que ya había empezado a notar el cansancio en los músculos, sabía que no sería tan exigente físicamente. Dejé caer la espada y cambié la lanza a mi mano derecha.

—¿A cuántos dioses crees que liberaron?

—A demasiados. —Bele silbó cuando Orphine apaleó a un dios con la cola—. Me da la impresión de que han debido de romperse varias de las cámaras.

—¿Lethe también está en peligro?

—Ehthawn y varios otros *drakens* están ahí por si acaso alguno de los dioses sepultados ha decidido alejarse de este caos y dirigirse hacia allí. —Bele levantó su espada y señaló hacia la puerta destruida. Sus ojos, rasgados por los bordes, se entornaron—. Y alguien acaba de hacer sonar la maldita campana para la cena, porque vienen más. Tenemos que terminar con el bufé que pretenden hacer de nuestra gente.

Nuestra gente.

Levanté la vista y ahora logré ver a los guardias del Adarve, que disparaban hacia los terrenos por fuera de la muralla. Tosí cuando una nube de humo pasó por donde estábamos, intenté reprimir mis emociones y volví a la acción. No eran mi gente. Jamás lo serían. Agradecí el velo de vacío cuando cayó sobre mí. Después, no sentí nada de nada. Ninguna insistencia intensa de las brasas. Ninguna culpa dolorosa alanceando mi piel con cada nuevo grito. Ninguna agonía ante la imagen de Davina. Ningún miedo a que los otros resultaran heridos o algo peor. Ningún miedo de que Nyktos pudiera resultar herido ni curiosidad por la razón de que eso me preocupara tanto y la inquietud que *eso* provocaba. Me sumí en la locura controlada de una batalla y me convertí en lo que había sido siempre.

Una asesina.

Un monstruo.

Atravesé el corazón de un dios con mi lanza y luego la liberé. Varios mechones de pelo azotaron mi cara cuando giré sobre mí misma y derribé a otro y luego a otro más. Di media vuelta a la velocidad del rayo y usé el lado de la lanza para repeler a un dios caído al tiempo que hacía un gesto brusco hacia atrás para empalar al dios que tenía a la espalda. Con un gruñido, aparté al caído de una patada mientras giraba y clavaba la punta de la lanza a través de la parte posterior de una cabeza. Orphine me siguió y se dedicó a atrapar a otros entre sus poderosas fauces o a quemarlos con fuego. Se mantuvo cerca de mí mientras yo me abría paso a través del patio.

No llevé la cuenta de cuántas vidas se perdieron, con cuántas acabé yo. El sudor empapaba mi frente. Había terminado con diecisiete vidas antes de venir a las Tierras Umbrías... dieciocho si contaba a Tavius. Hice una mueca de asco mientras arremetía de nuevo. No contaba a mi hermanastro, porque él valía menos incluso que un *barrat*, pero no había llevado la cuenta desde que había entrado en las Tierras Umbrías y no iba a empezar ahora.

La sangre salpicó mi bata cuando giré en redondo para clavar la lanza a través de una espalda y luego de una cabeza. Me dolían los músculos, pero la adrenalina bombeaba caliente a través de mí cuando di la vuelta de nuevo e incrusté la lanza de piedra umbra a través del pecho de un dios caído que ardía en llamas. Fogonazos de *eather* ondulaban entre el humo, procedentes de Bele y de Ector, así como de varios de los guardias. Enseguida me fijé en que los dioses a los que golpeaban con *eather* Ector y los otros guardias solo resultaban heridos, pero los que golpeaba Bele podían añadirse a la cuenta de bajas. ¿No había estado Saion dispuesto a apostar que Bele sería más fuerte ahora? Pues era una apuesta que ganaría.

Di media vuelta y estrellé el lado de la lanza contra uno de los dioses caídos a los que Ector había golpeado con *eather*. El dios cayó al suelo, levanté el arma y...

Mi mundo se volvió plateado cuando un fogonazo de *eather* dibujó un gran arco y crepitó a apenas unos centímetros de mi cara. Me eché atrás a toda prisa, mis pies desnudos resbalaron por lo que solo podía ser sangre arremolinada bajo ellos y caí al suelo. Hice caso omiso de la humedad que empapó mi bata y mis rodillas cuando otra ráfaga de esencia quemó a través del sitio en el que había estado de pie hacía un instante.

Orphine dio un gritito y se tambaleó hacia atrás cuando el *eather* la golpeó. Solté un grito mientras la esencia se extendía por su cuerpo e iluminaba las venas y las aristas de sus escamas. Me levanté de un salto, pero justo entonces Orphine se irguió sobre sus patas traseras y abrió las alas hacia atrás. Una se estrelló contra mi pecho y de repente me encontré volando por los aires hacia atrás.

Choqué contra el suelo como un fardo. Me quedé sin aire en los pulmones, pero de algún modo logré mantener el agarre sobre la lanza.

—Auch —gemí, consciente de que no podía quedarme en el suelo demasiado tiempo. Rodé para ponerme en pie, a punto de gritarle a quien fuese que tuviera tan mala puntería, pero cuando me giré...

Me encontré cara a cara con un dios.

Un dios bien alimentado y bien vestido, rubio de pelo y claro de piel, con un resplandor saludable que decía a gritos que no había pasado ni un segundo de su vida sepultado. Resollando, no lo ataqué. No tenía ni idea de si era alguno de los dioses de las Tierras Umbrías a quien no había conocido aún.

—Pelo claro. —Me miró de arriba abajo, los ojos entornados—. Pecosa. Debes de ser ella. —La cabeza del dios se ladeó cuando empezó a sonreír—. Y yo que creía que tendría que ir dentro a buscarte. Pero estás... hechizada.

—Joder —susurré. Era un dios poderoso.

—Quizá luego. —Me guiñó un ojo mientras yo levantaba la lanza. Su mirada se deslizó detrás de mí—. O no.

Una mano se cerró sobre mi trenza y tiró de mí hacia atrás. El olor a tierra y a putrefacción me envolvió. Años de entrenamiento se activaron cuando el dios caído me agarró del hombro desde atrás y fue a por mi cuello. Me retorcí hacia el lado...

Un dolor atroz y repentino me atravesó de arriba abajo cuando sus colmillos desgarraron la piel de mi hombro. El dios caído se aferró a mí, sus uñas rasgaron mi bata. No parecía afectado por no haber llegado a mi cuello.

Reaccioné sin pensar y me solté de un tirón brusco. Me invadió un intenso dolor y la carne se desgarró, quizás incluso los músculos. Apreté los dientes y me giré para ver a mi atacante.

Era una diosa... fresca. Su piel no estaba tan blanca ni tan marchita como la de los demás. Incluso parecía joven, más o menos de mi edad. La sangre resbalaba por su barbilla... mi sangre. Sus ojos centelleaban cargados de *eather*, intensos e inquietantes. Se abalanzó sobre mí.

Un dolor agónico brotó de mi hombro y bajó disparado por mi brazo cuando arremetí contra ella. Recibí el impacto de la lanza cuando atravesó su pecho de lado a lado y caí sobre una rodilla bajo su peso, pues la lanza acabó encajada entre ella y el suelo. Con una maldición, me levanté al tiempo que desenvainaba mi daga.

El dios seguía ahí, sin moverse, impertérrito ante el caos de humo y muerte.

—Interesante. Tu sangre. Huele a... *vida*. —Olisqueó el aire y el resplandor de la esencia palpitó detrás de sus pupilas cuando sus ojos se abrieron—. Sangre. Cenizas. Sangre y...

Un fogonazo de fuego lo interrumpió para engullir al muy bastardo cuando Orphine aterrizó a mi lado. Aliviada de ver que estaba lo bastante bien como para permanecer en su forma de *draken* y luchar, empujé a un lado esas extrañas palabras mientras me tocaba con cuidado el hombro. Bufé con los dientes apretados. Estaba hecho un desastre, ensangrentado y desgarrado, aunque podía haber sido peor. Sobreviviría, pero si me hubiese alcanzado en el cuello, estaría muerta.

Respiré hondo para soportar el dolor ardiente del mordisco, pero me puse rígida cuando un gruñido grave retumbó por el patio y removiό el humo con violencia. ¿Qué diablos? Se me puso la carne de gallina y varios de los dioses sepultados se giraron hacia el Adarve, con las cabezas ladeadas.

Me di la vuelta al oír unas sonoras pisadas y solté una exclamación al ver que un dios caído se abalanzaba sobre mí. Planté la mano contra su pecho e incrusté la daga en su sien. Un fogonazo de dolor mareante me dejó con náuseas, con lo que fui lenta a la hora de liberar la hoja. Y me costó caro. Otro dios caído se estrelló contra mí. Caí al suelo, levanté el brazo por instinto y pude bloquear al dios que me atacaba. Error. Lo sabía. La había liado. *Nunca dejes que te tiren de espaldas*. Lo sabía.

Los colmillos del caído se hundieron en mi antebrazo.

Chillé mientras levantaba una pierna y encajaba la rodilla contra el estómago hundido del dios. Sentía cada trago que daba el muy bastardo. Sentí

el gemido de placer que retumbaba por su cuerpo. Empujé con todas mis fuerzas, pero no conseguí nada. El sonido de botas al correr, gritos y chillidos reverberaba a mi alrededor mientras el suelo se sacudía debajo de mí. Sentí un pelín de pánico porque esto... quizás esto fuese el final. Quizás esto fuese cómo moría. Me harían trizas unos dioses caídos, justo como había advertido Nyktos que ocurriría la primera vez que los había visto.

No.

Me negaba a morir así.

Eché la cabeza atrás y grité mientras incrustaba mi daga en el costado de la cabeza de mi atacante. El dios se volcó hacia un lado y mi corazón trastabilló ante la agonía cruda de...

El mundo se puso negro.

Se quedó en silencio.

Quieto.

Pensé que a lo mejor me había desmayado durante un instante, pero mi hombro y mi brazo aún palpitaban, y sentí la repentina vibración de las brasas.

De repente, varios fogonazos de *eather* atravesaron la revuelta oscuridad por encima de mí. Provenían de todas direcciones y se extendían por todo el patio. Se estrellaron contra los dioses caídos, interrumpiendo alaridos a medio gritar cuando la esencia se esparcía por encima de sus cuerpos. Se hicieron añicos, uno detrás de otro, detrás de otro...

Entonces, a través de la masa de densas sombras titilantes, lo vi *a él*.

A Nyktos, en su forma Primigenia.

Flotaba en medio del aire, sus alas eran una masa de *eather* palpitante y sombras desplegadas en toda su envergadura, su piel brillante y dura, un asombroso caleidoscopio de piedra umbra y luz de luna. La esencia plateada brotaba crepitante de sus ojos blancos por entero y de las palmas de sus manos. La camisa que llevaba colgaba de sus hombros hecha jirones ondulaba alrededor de su figura.

Por todos los dioses, era... aterrador en esta forma. Precioso. *Primitivo*.

El áspero hocico escamoso de Orphine me dio un empujoncito en el brazo.

—Hola —grazné.

Se agachó sobre mí y apuntó a un dios sepultado que aún quedaba en pie mientras Nyktos descendía hacia el suelo.

Unos delicados temblores empezaron a recorrerme de arriba abajo. Podía sentir sus ojos sobre mí cuando echó a andar. Llegó hasta el dios antes de que

la *draken* pudiera derribarlo.

Nyktos agarró al caído por la cabeza y lo partió en dos. Justo por el medio. Solo con sus *manos*.

Por todos los dioses...

Dejó caer los pedazos flácidos con las extremidades que aún se estremecían a ambos lados de él, sus alas se replegaron hacia atrás y se desintegraron en tenues sombras cuando echó a andar de nuevo. La oscuridad salpicada de *eather* se difuminó de su piel, aunque las sombras siguieron arremolinadas debajo, dando vueltas con violencia.

Pensé que quizá debería sentarme o hacer algo, sobre todo cuando Orphine retrocedió e inclinó su cabeza con forma de diamante. Nyktos iba a estar furioso conmigo, y acababa de verle cortar a un dios en dos solo con sus manos. Sin embargo, de lo único que fui capaz fue de apoyarme sobre un codo y... eso *dolió*. Noté un fogonazo de dolor a través del hombro y del brazo.

Nyktos cruzó la distancia que quedaba entre nosotros demasiado deprisa para poder seguirlo con la mirada. Unas hebras de sombras flotaban por el aire a su alrededor cuando se arrodilló. Solo era visible un resquicio de sus ojos en esos charcos de esencia plateada.

Aspiré una bocanada de aire superficial, pero no hizo nada por aliviar el leve temblor que invadía mis brazos y piernas.

—Creo... que hay algo mal en mí. —Las sombras se detuvieron debajo de su piel, se oscurecieron cuando el *eather* palpitó en sus ojos y por un momento borró sus iris una vez más. Levantó el brazo y se me cortó la respiración cuando sus dedos cálidos tocaron mi mejilla. Me provocaron una leve corriente de energía por todo el cuerpo—. Porque acabas de romper en dos a un dios con tus propias manos y en cierto modo eso me ha puesto... cachonda.

Se oyó una risa áspera de alguien.

—Joder —oí musitar a Ector.

Parte de la dureza desapareció de la mandíbula de Nyktos.

—Estás herida.

—No, no lo estoy.

—Mentirosa. —Sus dedos resbalaron de mi mejilla. Retiró el cuello ensangrentado de la bata a un lado y maldijo entre dientes. Las sombras se volvieron locas bajo su piel y vi el tenue contorno de unas alas empezar a cobrar forma detrás de él por un momento. Sin embargo, cuando giró la

cabeza hacia las botas ensangrentadas que se acercaban hacia nosotros, ya no quedaba nada de eso.

—Enterrad a nuestros muertos y quemad al resto —dijo.

Una vez más, Nyktos se movió a una velocidad sorprendente al pasar un brazo alrededor de mis hombros. Hice una mueca ante la nueva oleada de dolor. Se quedó quieto un momento, su piel se afinó y sus rasgos se afilaron.

—Perdón.

—No pasa nada... —Me quedé sorprendidísima cuando pasó el otro brazo por debajo de mis rodillas y me levantó, acunando mi hombro ileso contra su pecho—. N... no tienes por qué llevarme en brazos.

—Sí tengo que hacerlo. —Eché a andar. Noté cómo me ardía la cara.

—Estoy bien.

—No, no lo estás, Seraphena.

—Estaré bien. —Nyktos clavó la vista al frente, un músculo palpitó en su mandíbula—. Mis piernas funcionan —le dije. Empecé a contonearme, pero el estallido de dolor me interrumpió antes de marearme. Bajó la vista hacia mí.

—Dime otra vez lo bien que estás.

—Puedo andar —musité. Luego cerré los ojos porque incluso con él llevándome en brazos, los músculos desgarrados de mi hombro palpitaban hasta el punto de que no era el mareo lo que me preocupaba sino las náuseas.

—Y yo puedo *sentir* tu dolor. Saborearlo.

—En verdad... no es tan terrible —meforcé a decir. Apoyé la frente contra su pecho y la tiritona se intensificó. Tenía muchísimo frío—. Y hay... cosas más importantes de las que encargarse.

—Ahora mismo, me estoy encargando de la cosa más importante.

Oí que se abría una puerta y entonces alguien habló en voz baja, una voz que se fue apagando. ¿O fui yo la que se apagó? No estaba segura. Pero por un instante, no me dolía nada y mi mente estaba felizmente vacía. No estaba pensando en lo que había visto ahí fuera. En a *quién* había visto.

—Davina —dije—. Está...

—Lo sé. —Su voz sonó muy callada.

—Lo siento —susurré.

—Yo también.

Respiré hondo para sobreponerme al ardor de la tristeza.

—¿Qué... qué ha pasado con Lethe?

—Lethe está bien.

Sentí una oleada de alivio.

—¿Y los heridos...?

—No me importa una mierda nada de eso ahora mismo —me interrumpió, su tono más duro—. Estás tiritando.

Mis ojos se abrieron de golpe e incliné la cabeza hacia atrás. Su mirada conectó con la mía. La esencia había amainado, dejando sus ojos de un tono plateado, y las sombras bajo su piel eran tenues ahora.

—Eso no es verdad. Sí te importa. Y yo solo tengo frío.

—Estás *demasiado* fría. —Una puerta se cerró con fuerza detrás de nosotros cuando entró en una habitación que pensé que sería una de las muchas zonas de recepción sin usar en la planta baja—. Solo por esta vez, ¿puedes dejar de discutir conmigo?

—No estoy discutiendo. —Apreté la mandíbula para evitar que mis dientes castañetearan.

Una butaca se arrastró por el suelo de piedra según nos acercábamos a la chimenea y nos siguió como un perrito fiel. Empecé a preguntarme si estaba viendo visiones.

—Casi siempre estás discutiendo conmigo.

—No, yo... —Unas llamas brotaron con fuerza, de un intenso tono plateado antes de difuminarse a naranja oscuro y rojo—. ¿Has sido tú?

—Sí. ¿Impresionada?

—No —mentí.

Nyktos sonrió con suficiencia mientras se instalaba, conmigo aún en brazos, en la butaca que se había trasladado a sí misma más cerca de la chimenea. Mi cabeza cayó hacia atrás para quedar apoyada en el pliegue de su brazo. Hicieron falta unos segundos para que sus rasgos cobraran forma; eran todo líneas duras e implacables.

—Voy a examinar tus heridas.

No esperó, precisamente, a que contestara, pero yo tampoco lo detuve. Mientras me empapaba del calor de su cuerpo y del fuego cercano, meforcé a concentrarme.

—Había un dios ahí fuera.

—Había muchos dioses ahí fuera, Sera.

—Lo sé, pero este... no era un dios sepultado. No creo que fuese de las Tierras Umbrías. O al menos espero que no lo fuera —dije, y su mano se detuvo en su camino hacia el cinturón de mi bata—. Me buscaba a mí. Sabía el aspecto que tengo. Dijo que... había pensado que tendría que entrar en el palacio para encontrarme. Orphine lo redujo a cenizas, más o menos.

—¿Dijo algo más ese dios?

—Sí. Olió mi sangre y dijo que olía a vida —le conté, e inspiré despacio mientras hacía un esfuerzo por ignorar el dolor—. Y a sangre y cenizas. —El *eather* de los ojos de Nyktos se quedó muy quieto—. ¿Mi sangre huele así? —pregunté, y olisqueé el aire. Lo único que olía era hierro... hierro y cítricos frescos. Mi sangre y la de Nyktos—. Eso suena asqueroso.

—No, tu sangre huele a una tormenta de verano.

Fruncí el ceño. ¿Cómo podía la sangre oler así? Mejor aún, ¿a qué olía eso siquiera?

Nyktos desató el cinturón de mi bata. La parte delantera se aflojó y soltó una exclamación ahogada cuando separó ambos lados.

—Joder. El mordisco es profundo.

—Vaya, esperaba que estuvieses maldiciendo por la falta de ropa —murmuré. Se le escapó una breve risa ronca.

—Eres...

Mis párpados aletearon y cerré los ojos.

—¿Qué?

—Abre los ojos, Sera.

Obedecí, solo porque lo había pedido con tanta amabilidad... casi como una súplica. Nyktos tenía la cabeza agachada, con solo su perfil hacia mí mientras retiraba con sumo cuidado la bata de mi hombro y sacaba mi brazo izquierdo de una manga, luego el derecho. Maldijo de nuevo.

—Te han mordido dos veces.

Miré mi hombro de reojo. Vi los desgarros irregulares y las manchas de sangre aún mojadas que empapaban la parte delantera de mi combinación.

—Tienes los músculos desgarrados tanto en el hombro como en el brazo. —Su piel se afinó de nuevo—. Peleaste para soltarte.

—Sí, creo que igual tengo que pasar un tiempito con un curandero. —No quería pensar en lo que él veía, en lo que esto significaba para el futuro, sin importar lo corto que este fuera. Los músculos no siempre cicatrizaban bien, y yo necesitaba esos músculos—. Espero que el vestido de la coronación no sea sin mangas.

—No te quedará cicatriz. Mi sangre se asegurará de eso.

No podía haberlo oído bien.

—¿Qué?

—Estás pasando por el Sacrificio. No puedes permitirte perder tanta sangre; tu cuerpo tampoco puede trabajar para curar estas heridas mientras esté sometido al estrés del Sacrificio.

—Las heridas no son tan terribles. No... no voy a morir por ellas.

—No, pero sufres dolor y no puedo permitir que eso continúe. No lo haré.

El aire se me quedó atascado alrededor de un nudo de emoción desconocida. No podía creer que me estuviera ofreciendo *su* sangre. *A mí*. Sobreviviría a la espera de un curandero. Quitarme el dolor no era tan necesario. Nada de esto lo era.

—Deberías estar ahí fuera con tu gente...

—Estoy donde se me necesita —me interrumpió de nuevo—. Toma mi sangre.

Mis ojos volaron de su muñeca a su brazo.

—¿Por qué estás...? —Dejé la frase sin terminar. Sabía por qué me lo estaba ofreciendo. A lo mejor era porque no quería verme sufrir. Nyktos era amable. Pero también, las brasas eran importantes—. Estaré...

Aspiré una bocanada de aire brusca cuando se llevó la muñeca a la boca. Mi corazón quizá se haya parado un momento incluso cuando sus labios se abrieron y sus colmillos perforaron la piel. Nyktos no movió ni un músculo, aunque yo sí, cuando la sangre manó de su vena, de un rojo brillante con un centelleante trasfondo azul.

—Deja que te ayude, Sera. —Su voz bajó a apenas un susurro—. Por favor. —Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. *Por favor*. Oírle decir *por favor*... era una debilidad—. Lo disfrutarás —insistió—. Te lo prometo.

Eché un vistazo a la brillante sangre que empezaba a resbalar por su piel. Beber sangre no me daba asco. Simplemente, era algo en lo que no había pensado demasiado, pero no pensaba que fuese a *disfrutarlo*. Aunque la gotita de sangre que le había robado una vez no había sabido a sangre.

—Vale —susurré. Nyktos cerró los ojos un instante.

—Gracias.

Esa palabra me sacudió aún más que oírle decir *por favor*. Bajó la muñeca hacia mi boca y el olor de su sangre me llegó de pronto, antes de sobrepasar al olor de la mía. La suya era... era casi dulce, pero también ahumada.

—Cierra la boca sobre la mordedura —me indicó con suavidad—. Y bebe.

Sus ojos, ahora brillantes como estrellas, no se apartaron de los míos en ningún momento mientras cerraba la boca sobre las heridas que él mismo había creado.

Todo mi cuerpo dio una sacudida.

El contacto de su sangre con mi lengua fue un *shock* mucho mayor para mis sentidos que cuando había saboreado sin pensar solo una gota y había sellado mi destino, rompiendo esa única hebra que había mencionado

Holland. Mi boca hormigueó al instante. Su sangre resbaló por mi lengua y bajó por mi garganta, espesa y caliente, y me pregunté cómo podía la muerte saber a miel... al mismo tiempo dulce y ahumada. Exuberante. Seductora. Tragué.

Nyktos se estremeció y apretó la muñeca más fuerte contra mi boca.

—Sigue bebiendo.

Bebí con una succión más larga y profunda mientras sus ojos seguían clavados en los míos. La sensación cosquillosa bajó por mi garganta cuando su sangre llegó a mi pecho y me calentó... calentó las brasas que había ahí. *Vibraron*. A continuación, se calentó mi estómago. Su sangre... por todos los dioses, jamás había saboreado nada semejante.

—Bien —dijo, su voz más grave y rasposa—. Lo estás haciendo bien. Solo un poco más.

¿Solo un poco más? Podía imaginarme así para siempre, sin parar nunca. Mis ojos se cerraron poco a poco mientras bebía del Primigenio de la Muerte e introducía su mismísima esencia dentro de mí. Empezando por mis labios, el calor llegó a mis venas y se extendió. No me había dado cuenta de lo apretadas que tenía las manos hasta que mis dedos se relajaron. El palpitir de mi brazo y mi hombro empezó a difuminarse, y sentí sus dedos sobre mi mejilla y luego más arriba. Retiró algo de pelo de mi cara mientras yo bebía y bebía. El calor continuó deslizándose por mi interior, la sensación cosquillosa llegaba detrás de él. Después sentí... me sentí como en esos breves momentos en los que me permitía sumergirme bajo la superficie de mi lago, cuando mis pensamientos se detenían y podía ser solo yo. Cuando encontraba la paz.

El tipo de paz que Nektas decía que yo le proporcionaba a Nyktos. Una paz que le permitía dormir profundo cuando yo estaba cerca. Quería que eso fuese verdad, quizás aún con mayor desesperación de lo que quería quedarme donde estaba, pero Nyktos apartó la muñeca de mí. Observé cómo las heridas se cerraban con los párpados pesados; su piel se suavizó hasta que no quedó señal alguna de su mordisco.

—Guau —susurré.

—¿Ahora sí estás impresionada?

—No. —Nyktos arqueó una ceja—. Un poco —admití. Aún saboreaba su sangre... en mis labios, mi lengua, y dentro de mí. Me hacía sentir toda cosquillosa y caliente. Me estremecí cuando su mano abandonó mi pelo y se deslizó por mi mejilla, pero no fue de frío. Su caricia... estaba *amplificada*. La sentí por todas partes.

—Mucho mejor —murmuró Nyktos.

Seguí la dirección de su mirada hacia mi hombro, donde había habido unos desgarros irregulares hacía tan solo unos minutos. La piel lucía rosada y un poco abultada, pero eso era todo.

—Santo cielo.

El pulgar de Nyktos resbaló por mi barbilla y apartó mi atención de mi hombro.

—¿Cómo te sientes?

En... en realidad, no lo sabía.

—Mi piel está como vibrando.

—Es mi... —Nyktos se puso rígido cuando pasé la lengua por mi labio de abajo, donde descubrí que el sabor de su sangre aún perduraba. Unas hebras de *eather* brotaron detrás de sus pupilas—. Es mi sangre —terminó, su tono áspero. Ronco.

—Puedo sentirla... tu sangre. —Clavé los ojos en ese solitario mechón de pelo que descansaba contra su mejilla. Sabía que teníamos cosas importantes de las que hablar, pero solo podía centrarme en su calor, más concentrado en donde habían estado las heridas... y en otros sitios—. Tu sangre es realmente... *caliente*.

Unas espesas pestañas descendieron sobre sus ojos.

—¿Lo es?

—Mmm hmmm —murmuré, al tiempo que levantaba un brazo que ya no dolía. Enrosqué los dedos alrededor del mechón de pelo. Mis pensamientos saltaban de una cosa a otra—. ¿No estás enfadado conmigo?

—¿Por qué habría de estarlo?

—No me quedé dentro.

—Ahora mismo, simplemente estoy contento de que no estés muerta. —Su cabeza se ladeó un poco—. Pregúntame si estoy enfadado más tarde.

Me reí.

—Creo que lo dejaré correr. —Nyktos se había quedado quieto de nuevo, pero por dentro, yo estaba de todo menos eso. Todo vibraba: mi sangre, los músculos, las terminaciones nerviosas—. Me siento diferente.

—A riesgo de sonar repetitivo, es mi sangre.

—No me sentí así la última vez. —Agarré el mechón de pelo y lo remetí detrás de su oreja.

—La última vez fue solo una gota. —Cerró los ojos cuando deslicé mis dedos por la curva de su mejilla. Me empapé de la textura de su piel. Era suave, como su sangre, aunque ya daba paso a la leve aspereza de la pelusilla—. No era suficiente ni de lejos para sentir ninguno de estos efectos.

—¿La vibración? —Seguí explorando el contorno de su mejilla, hacia el borde de sus labios. Sabía que nunca volvería a dejarme tocarlo de este modo. Yo tampoco me lo permitiría—. ¿El cosquilleo?

—El calor. —Las puntas de sus colmillos asomaron entre sus labios entreabiertos y una sensación pesada se asentó en mi pecho al verlos. No era la presión dolorosa de la ansiedad, sino un peso pecaminoso que envió un pulso de deseo afilado como una cuchilla por todo mi cuerpo—. La esencia en la sangre de un dios tiene muchos efectos, pero se sienten mucho más deprisa y con mucha más fuerza cuando es la sangre de un Primigenio.

—Oh —murmuré, y seguí la exuberante curva de su labio inferior. Nyktos se quedó callado unos momentos.

—Echas de menos tu lago, ¿verdad?

Mis ojos volaron hacia los suyos y mis dedos se detuvieron.

—Así es.

—Lo noté.

—¿Cómo pudiste...? —Dejé la frase sin terminar cuando se apoyó contra mi mano. Las yemas de mis dedos se deslizaron por su labio. Los músculos de mi bajo vientre se aflojaron y luego se apretaron cuando mi sangre... *su* sangre... bombeó a través de mí. Un intenso deseo afloró en el mismísimo centro de mi ser, tan repentino y potente que aspiré una bocanada de aire entrecortada—. ¿Qué otros... efectos tiene tu sangre? —pregunté, sorprendida por el tono ahumado de mi voz.

—Puede causar una breve sensación de bienestar general. Un subidón. Puede hacerte sentir más fuerte. Puede hacer que creas que eres invencible. —Las pestañas de Nyktos subieron hacia arriba y vi que las hebras de *eather* de sus ojos giraban perezosas—. También puede hacerte sentir *deseo*.

Ese deseo lamió mi interior y me dejó con un aluvión de excitación palpitante.

—Deseo —susurré—. De un modo muy intenso.

Las aletas de su nariz se abrieron y sus dedos acariciaron mi mandíbula.

—Lo sé.

Mi pecho se hinchó con una respiración profunda, y no estaba segura de si eso ayudó o empeoró las cosas, pues las puntas de mis pezones rozaron su brazo. Levanté mi otra mano para apretarla sobre mi corazón, que sentía latir a toda velocidad. Mis dedos se abrieron, rozaron un pezón endurecido. El deseo se intensificó cuando él bajó la mano por el lado de mi cuello y por encima de mi hombro. Ese leve contacto reverberó por todo mi cuerpo. Mi

espalda se arqueó y me mordí el labio de abajo. Gemí al saborear los últimos restos de su sangre ahí.

—Solo durará un par de minutos. —Sus dedos se detuvieron en el tirante de mi combinación.

—¿Solo un par de minutos? —boqueé, se me secó la garganta al mismo tiempo que estaba cada vez *más mojada*.

Nyktos estiró el cuello; sus músculos y tendones muy destacados.

—Van a ser los minutos más largos de mi vida.

—¿Los tuyos? —Solté una risita temblorosa, un poco... o un mucho... sin aliento por la húmeda oleada de deseo que me inundaba por dentro. Mi mano cayó a su camisa hecha jirones. Bajo la palma de mi mano, noté su corazón acelerado. Mis caderas se movieron para rozar el grueso bulto duro de su erección.

—Puedo percibir tu deseo. Sentirlo. Saborearlo. Te estás ahogando en él. —Nyktos cerró los ojos con fuerza—. Joder, yo me estoy ahogando en él.

Un intenso fogonazo de deseo cortó a través de mí.

—Entonces, ahógate conmigo.

Capítulo 5



El *eather* se avivó antes de extenderse a las venas de la piel bajo sus ojos, mientras la tensión enmarcaba sus labios.

—Lo que estás sintiendo es mi sangre, Sera.

—No lo creo. —Respiré hondo, aspiré su aroma—. Lo que estoy sintiendo es lo que siento siempre cuando me tocas. Como si hubiese un fuego en mi sangre.

Los dedos de Nyktos se enroscaron en torno al tirante de la combinación. Sus ojos se abrieron, pero solo en ranuras finas.

—Sera...

—Caliente. Húmeda. Anhelante. —Apreté las piernas, pero el gesto no hizo nada por aliviar el pulso entre ellas—. *Deseada*.

El tirante se movió un par de centímetros, luego dos más, el escote ensangrentado de la combinación se deslizó a un lado con ella. Nyktos arrastró los dientes por su labio de abajo y yo agarré su muñeca. No me detuvo cuando tiré de su mano y del tirante más abajo por mi brazo. Gemí cuando el borde de encaje rozó la punta sensible de mis pechos.

—*Por favor*.

Nyktos emitió un sonido ronco que retumbó por cada rincón de mi cuerpo.

—Sé que no debería. —Levantó sus ojos chispeantes hacia los míos y su mano se movió ahora por sí sola para deslizar el tirante por encima de mi cintura—. Y aun así...

Mi pulso tronaba acelerado cuando su mano se posó sobre el lado de mi cadera, mi mano detrás de la suya. Sus ojos abandonaron los míos y bajaron por las curvas ensangrentadas de mis pechos. Sentí sus tendones bajo mis

dedos cuando su mano se apretó sobre mi cadera y luego se relajó, antes de deslizarse por mi muslo y luego por debajo de la combinación.

El brazo a mi alrededor se apretó mientras se inclinaba sobre mí y agachaba la cabeza. Sus labios danzaron por un lado de mi cuello y el recuerdo de *su* mordisco hizo muchísimo por borrar el dolor del infligido por el dios sepultado. Levantó un pelín mi tronco mientras su boca se movía por encima de la piel curada. La sensación de su lengua sobre mi piel me provocó una oleada de intensas sensaciones. Observé cómo su boca seguía el centelleante rastro de sangre hacia abajo y luego hacia arriba por las curvas de mis senos. Su lengua lamió la sangre.

—No... no creo que pueda respirar.

—Sí que puedes.

Solté una exclamación cuando su boca se cerró en torno a mi pezón y lo succionó, junto a la sangre que había derramado. Mis caderas dieron una sacudida y empujaron contra su erección, y él atrapó la piel turgente entre sus labios al levantar la boca y luego la cabeza.

—Ábrete para mí. —Hizo esa petición jadeante mientras levantaba la combinación hasta mi cintura y me dejaba desnuda ante él.

Mi estómago se retorció de anticipación mientras abría las piernas sin dudarlo. Su intensa mirada bajó más allá de mis caderas, hacia la fina pelusilla, donde sus dedos presionaban contra la piel de mi muslo.

—Enséñame.

Oh, por todos los dioses. Un fogonazo ardiente de deseo desvergonzado me sacudió de arriba abajo. Jadeando, agarré su muñeca y extendí mis dedos por la piel más abajo de mi ombligo. Nyktos no parpadeó ni una vez, su mirada lo consumía todo.

—Enséñame. —Su voz era un sedoso susurro de medianoche—. Quiero ver tus dedos empapados de tu deseo.

Ahogué un gemido suave. Mis dedos rozaron la humedad entre mis muslos. Toda la sala parecía estar conteniendo la respiración, como si esperara conmigo. Con Nyktos. La espera no fue larga. Deslicé un dedo dentro de mi calor mojado, mis caderas se apretaron contra mi mano y gemí de nuevo. La intensa espiral de placer en lo más profundo de mi ser fue totalmente escandalosa.

—Eso es —murmuró, con esa misma voz persuasiva y seductora de cuando había bebido su sangre—. Cabalga tus dedos.

El puñetazo de deseo crudo me dejó mareada mientras movía mi dedo adentro y afuera, los ojos de Nyktos clavados en mis movimientos. Supo el

momento exacto en que introduje un dedo más y sus ojos se dieron un festín con lo que estaban viendo. Esto era de lo más *perverso*, y me encantaba.

Nyktos me recolocó en su regazo, de modo que quedara bien asentada sobre el bulto duro de su erección. Cabalgué mi mano, me mecí contra su miembro...

—¿Ash? —llamó Nektas desde el pasillo—. ¿Estás ahí?

Me paré de golpe, el corazón en la boca mientras mis ojos como platos volaban hacia la puerta.

—Estoy ocupado. —Los ojos de Nyktos permanecieron fijos entre mis piernas.

—¿Con Sera?

Me atragaté con mi propia respiración. ¿Cuán buenos eran los sentidos de un *draken*, exactamente?

—Sí —confirmó Nyktos, al tiempo que cerraba la mano sobre la mía. Mi atención voló de vuelta a mis piernas abiertas. Nyktos volvió a introducir mis dedos dentro de mí. Mis caderas casi saltaron por completo de su regazo. Oh, por todos los dioses. Un pecaminoso fogonazo de placer recorrió todo mi cuerpo—. No pares.

—¿Cómo dices? —nos llegó la respuesta amortiguada de Nektas. Se formaron unas marcadas oquedades bajo las mejillas de Nyktos.

—No hablaba contigo.

—Ah, vale. —Hubo una pausa—. ¿Sera está bien?

La respiración de Nyktos era agitada mientras me observaba, mientras sentía mis dedos moverse debajo de los suyos.

—Sí, se... se pondrá bien.

—¿Necesitáis algo?

—*Nektas* —espetó Nyktos, y yo giré la cabeza contra su pecho para ahogar un gemido al tiempo que enroscaba las piernas.

—Vale. Vale —repuso el *draken*—. Volveré en un rato.

—Sí, mejor haz eso. —Los dedos de Nyktos se movieron por encima de los míos para controlar el ritmo mientras me frotaba contra su pene.

Mi cabeza cayó hacia atrás, cerré los ojos, la respiración acelerada y jadeante a medida que la tensión se apretaba más y más. El aliento de Nyktos rozó mi pecho y solté un gritito cuando su boca se cerró sobre la piel palpitante y succionó la carne empapada de mi sangre. Mis dedos se movieron más deprisa, más fuerte. El placer tembló en lo más profundo de mi ser. Nyktos gimió a su vez, me atrajo hacia él, sujetó mi trasero contra su miembro. Los sonidos que yo estaba haciendo... por todos los dioses, debería

estar avergonzada... solo que no lo estaba. Quería que él me oyera. Quería que sintiera lo mojados que tenía los dedos. Quería que supiera que la forma en que mi cuerpo respondía a él tenía muy poco que ver con su sangre y todo que ver con él. No quería que hubiera nada entre nosotros. Quería sentir la larga dureza de él contra mi piel. Lo quería dentro de mí. Quería que perforara mi piel, que me metiera dentro de él. Quería tantas cosas...

El roce de sus colmillos sobre mi pezón fue demasiado. Mi éxtasis fue absoluto, caí por el precipicio mientras él se estremecía contra mí. Mis pechos ahogaron su gemido ronco. El placer continuó extendiéndose y rodando por todo mi cuerpo hasta que me quedé completamente flácida entre sus brazos.

Seguía temblando cuando él sacó mis dedos de mí. Abrí los ojos y lo observé... observé cómo se llevaba mi mano a los labios. Cerró la boca sobre mis dedos relucientes y succionó con fuerza.

—Por todos los dioses —gemí, al tiempo que se me cortaba la respiración.

Para cuando terminó, no podía quedar ni una gota de mí sobre mis dedos. Sus ojos como mercurio fundido conectaron con los míos y unas espesas pestañas descendieron a medio camino mientras mantenía nuestras manos unidas cerca de sus labios.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó con voz pastosa.

Abrí la boca, pero me quedé sin palabras al percatarme de la humedad contra la curva de mi trasero, donde descansaba ahora su miembro semierecto. Él... también había alcanzado el clímax.

—Mejor. Mucho mejor.

—Bien —dijo, y eso fue lo único durante un ratito.

En el silencio subsiguiente, mi corazón se apaciguó, pero el calor de su contacto perduró, mientras el de su sangre se iba difuminando. Miré su mano, cerrada alrededor de mis dedos, su piel varios tonos más oscura que la mía. Me... me gustaba cuando sujetaba mi mano así, y un...

Un *deseo* aún perduraba.

Uno distinto de todos esos deseos anteriores. No quería alejarme de este momento en el que me abrazaba contra él, contra su pecho, con mi mano en la suya. Este momento en el que sus pestañas rozaban sus mejillas y la línea de su mandíbula lucía relajada. No quería dejar atrás este momento de *paz*.

Pero teníamos que hacerlo.

Yo tenía que hacerlo.

Porque estos momentos no durarían. Sabía que cuando esas pestañas se levantaran y Nyktos bajara la vista hacia la que había planeado seducirlo y

asesinarlo, habría arrepentimiento en sus ojos plateados, por mucho que dijera que solo estaba *irritado* por mi traición. No quería ver eso.

Quería recordar *estos* momentos porque lo que había ocurrido esta noche había revelado una verdad dolorosa que no podía negarse: no habría más de *esto*.

Porque yo ya sabía lo que tenía que hacer.

Solté mi mano de la suya y él levantó la cabeza, pero me apresuré a apartar la mirada, concentrada en recoger ambos lados ensangrentados de mi bata.

—¿Nektas volverá pronto?

—Así es.

—Vale. —Tragué saliva, y aún noté el sabor a miel de su sangre. Empecé a moverme.

—Cuidado —dijo Nyktos. Agarró la bata y cerró ambos lados alrededor de mí—. Puede que te sientas fuerte, pero a lo mejor te mareas un poco.

—Estoy bien. —Me senté despacio. El brazo de Nyktos se apretó alrededor de mi cintura—. Tengo que lavarme.

Pasó un momento largo, luego su brazo se aflojó.

—Enviaré agua a tus aposentos.

Asentí mientras resbalaba para bajar de su regazo. Con cuidado de mantener la bata cerrada, crucé la sala deprisa y cerré la mano sobre el picaporte, todo sin dejar de sentir sus ojos sobre mi espalda. Cerré los ojos un instante.

—Gracias.

No hubo respuesta.

Abrí la puerta y me marché, dejando atrás a Nyktos y esos momentos de paz.



Una hora más tarde, estaba sentada en la sala de guerra, la habitación sin ventanas situada detrás de los tronos, entretenida en contemplar las numerosas dagas y espadas colgadas de las paredes. La última vez que había estado ahí había sido después de haberme enterado de lo de la Podredumbre.

Y Nyktos se había enterado de la verdad sobre mí.

La sala me daba malas vibraciones.

Decidí que necesitaba ventanas. Sillas más blandas. Una mesa no tan mellada por solo los dioses sabían cuántas armas. Menos armaduras manchadas de sangre entre los ahí presentes.

Empecé a tamborilear con un zapato fino contra el suelo de piedra mientras retorcí mi pelo entre mis dedos. Limpiarme toda la sangre de la piel y el pelo sin utilizar la bañera había sido difícil. Había intentado meterme dentro. Había llegado incluso a estar de pie dentro de ella, pero en cuanto había empezado a sentarme, había sentido cómo ese cinturón se clavaba en mi cuello. Había salido a toda velocidad y casi había resbalado sobre los azulejos con mis prisas. Me había sentido como una tonta mientras recurría otra vez a sumergir la cabeza en el agua para lavarme el pelo. Aún me sentía como una tonta. Débil. Pero no sabía cómo superarlo.

Y a estas alturas, tampoco importaba, la verdad.

—Hubo al menos tres dioses implicados en el ataque —estaba diciendo Theon, eso atrajo mi atención hacia él y hacia su hermana gemela. Su armadura estaba manchada de sangre y sus rostros de piel marrón oscura lucían sombríos y cansados. El amanecer no debía estar lejos ya—. Incluido el que mató Orphine. No reconocí a los dos que vi como pertenecientes a la corte de Attes.

Los gemelos eran originarios de Vathi, donde estaba situada la corte de Attes y de su hermano Kyn. Al parecer, era la corte más cercana a las Tierras Umbrías; a mí me parecía bastante pertinente que la Guerra y la Venganza estuviesen situadas cerca de la Muerte.

—Yo tampoco reconocí al que le habló a Sera —dijo Bele desde donde estaba sentada con las piernas cruzadas *encima* de la mesa.

La apretada trenza de Lailah osciló sobre sus hombros cuando se inclinó hacia atrás y miró hacia el otro lado de la mesa.

—Supongo que tú no reconociste al *draken*, ¿verdad?

Seguí la dirección de su mirada hasta donde estaba sentado Nektas. Había un montón de piel cobriza a la vista, puesto que solo llevaba un par de pantalones holgados negros. Intenté no mirarlo demasiado, pero estaba fascinada por el entramado de tenues líneas que recorrían sus hombros y su pecho.

—Sé que puede ser una sorpresa para todos vosotros, pero no conozco a todos y cada uno de los *drakens* existentes —repuso Nektas. No había hablado demasiado desde que nos habíamos reunido ahí. Suponía que sus pensamientos estarían con Davina. ¿Habrían mantenido una relación estrecha? ¿Tendría ella familia? Lailah lo miró, las cejas arqueadas—. Todo

lo que sé es que me dio la sensación de que el *draken* era joven —añadió Nektas—. Demasiado joven para dedicarse a ese tipo de mierda.

¿Eso había sido un *draken* joven?

—Podían haber sido de cualquier corte —aportó Nyktos desde detrás de dos dedos que daban golpecitos lentos sobre su labio de abajo. Dedos que habían...

Reprimí esos pensamientos realmente inapropiados mientras miraba de reojo a Nyktos. Estaba sentada justo a su derecha, solo porque ahí es donde me había colocado él después de haberme traído desde mis aposentos. Se había recogido el pelo en un moño en la nuca y había sustituido su camisa andrajosa por una nueva. La tensión había regresado a su mandíbula y sus hombros.

Los momentos de paz habían quedado muy atrás.

Había esperado al lado de las puertas de mi habitación y, por suerte, había oído el sonido de su puerta al cerrarse. Supuse que iba a hablar con sus guardias sobre lo que había ocurrido, y quería saber lo que dirían. Había parecido sorprendido por mi petición de ir con él, pero no me lo había impedido, aunque no había dicho gran cosa y apenas me había mirado. Yo... sabía que los remordimientos lo habían encontrado, aunque estaba claro que había sido un participante activo en lo sucedido y él también había hallado desahogo. Me re Coloqué en la silla, el jersey de lana demasiado grueso de pronto.

—En efecto —convino Rhain, que estaba sentado enfrente de mí, su pelo dorado rojizo más rojo ahora a la luz de los farolillos. Había mirado mis muñecas en cuanto se sentó a mi lado, igual que había hecho Bele al entrar. Me daba la sensación de que eran los únicos dos que percibían el hechizo, aunque al resto los habían informado sobre él—. Pero ¿cuántos Primigenios serían tan atrevidos como para hacer algo así?

—¿Hace falta valentía, cuando no fueron ellos los que llevaron a cabo el acto? —lo contradijo Nyktos. Rhain asintió despacio.

—Ahí tienes razón.

—Lo más probable es que fuese Hanan. —Bele escupió el nombre del Primigenio como una maldición—. Tiene razones para estar molesto, y es uno de los Primigenios que seguro que no es lo bastante valiente para venir a las Tierras Umbrías en persona para comprobar si de verdad he Ascendido. —Bele se bajó de la mesa y empezó a andar. Tenía esa manía, igual que yo—. A esos dioses sepultados los liberaron para crear una distracción... para tener el

tiempo suficiente de agarrarme del cuello. Ha muerto gente por ello. Yo no debería estar aquí. Tengo que marcharme.

—Estás donde se te necesita —le dijo Nyktos.

—Eso ya se lo he dicho yo. —Aios observó a Bele, su pelo rojo oscuro era un contraste de color contra sus mejillas pálidas—. No quiere oírlo.

—Nyktos me quiere aquí porque es más seguro —objetó Bele, que se detuvo al lado de Nektas. Aios suspiró y negó con la cabeza.

—Y como también te dije antes, no hay nada malo con la seguridad.

—Aios tiene razón, y puede significar ambas cosas. —Nyktos retiró un mechón de pelo de su cara—. Te necesito aquí, donde además da la casualidad de que estás más segura.

Bele levantó la barbilla.

—No puedo permanecer escondida para siempre. No quiero hacerlo. Me niego.

—No estoy sugiriendo eso, pero por el momento, tienes que mantener un perfil bajo. Puede que Hanan y los otros creen que has Ascendido, pero hasta que no te vean, no pueden confirmarlo al ciento por ciento.

—Tú no eres la que los está atrayendo aquí —intervine, y el pelo voló alrededor de la barbilla de Bele cuando giró la cabeza hacia mí. Varios pares de ojos llenos de *eather* se posaron en mí. Nyktos había compartido con ellos lo que yo sabía, pero al igual que Nektas, yo no había dicho demasiado durante la reunión. Ahora me aclaré la garganta—. Es por lo que hice. No deberías sentirte responsable de nada de esto.

—¿Y tú sí? —preguntó Bele, el ceño fruncido.

—Es obvio. Yo fui la que lo hizo.

—Lo que hiciste me salvó la vida... y gracias, por cierto —dijo, al tiempo que sus mejillas se teñían de rosa—. No sé si te las había dado todavía.

Asentí y noté que también me sonrojaba.

—No entiendo cómo podría estarte buscando ese dios —comentó Ector desde mi otro lado—. Ni Hanan ni Kolis saben el aspecto que tienes. Ninguno de los Primigenios ha estado aquí como para haberte visto.

—Excepto Veses —apuntó Rhain.

Fruncí el ceño de inmediato. Había visto a la Primigenia de los Ritos y la Prosperidad solo una vez, y se había mostrado demasiado sobona con Nyktos. Tanto que había dado por sentado que tenían algún tipo de relación, aunque resultó que no había habido... nadie antes que yo.

—Veses no me vio cuando estuvo aquí. —Miré a Nyktos—. ¿Verdad?

Un músculo se tensó en la mandíbula de Nyktos mientras miraba a Rhain. Asintió.

—Pero hay gente que sí la ha visto. En la corte, cuando se celebró aquí —señaló Theon—. Y en el Adarve la noche del ataque de los *dakkais*. Es una cara nueva. No hace falta una gran lógica para sumar dos más dos y acabar con la consorte. Ha podido ser Hanan, que podría haber dado órdenes de encontrar tanto a Bele como a ella.

Nyktos lo fulminó con la mirada.

—Nuestra gente jamás revelaría su identidad a otra corte.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Mi pie dejó de dar golpecitos. Ni siquiera sabía bien qué estaba haciendo ahí. Nada de lo que se hablara ni lo que pudiera revelarse importaría.

—Porque lo estoy.

Esperé a que se explicara. No lo hizo.

—¿Necesito recordarte a Hamid? —La divinidad había vivido en Lethe y había entablado amistad con la joven Elegida que aún residía en una de las habitaciones del piso de arriba. Él había sido el que había informado de la desaparición de Gemma y, en todos los aspectos, se le consideraba generoso y amable. También se sabía que albergaba un odio profundo hacia Kolis, porque había matado a su madre, una diosa, y había destruido su alma. Él, como muchos otros, tenía tanto miedo del falso Primigenio de la Vida que cuando Gemma le había contado que yo era a quien Kolis había estado buscando, me vio como lo que yo ya sabía que era verdad: una amenaza al santuario que ofrecían las Tierras Umbrías. No la culpaba por lo que Hamid había intentado después. Parte de mí ni siquiera podía culparlo de verdad a él.

Era probable que yo hubiese hecho lo mismo.

Excepto por que yo hubiera tenido éxito donde él fracasó.

—No es que lo haya olvidado. —Los dedos de Nyktos se detuvieron—. Pero eso era diferente.

—No es que quiera *discutir* —empecé, y él entornó los ojos—, pero ¿por qué crees que eso es diferente?

—Porque Hamid creía que estaba protegiendo las Tierras Umbrías —contestó Rhain, su mirada mucho más fría de lo que lo había sido cuando estaba recién llegada. Excepto Aios, nadie había sido muy amistoso antes, pero Rhain sí se había mostrado más cálido de lo que era ahora. Lailah asintió.

—Sin embargo, lo que ha ocurrido aquí esta noche amenazaba la seguridad de las Tierras Umbrías. Los que buscan refugio aquí jamás

pondrían eso en peligro.

—Es posible que un dios de otra corte estuviera aquí la noche del ataque de los *dakkais* —añadió Nektas—. Te vio en el momento justo y pudo dar una descripción lo bastante precisa para permitir que alguien te capturara.

—O me dejara morir —musité—. Ese dios no estaba ahí con órdenes que exigieran que sobreviviese al ataque.

Nyktos giró la cabeza despacio hacia mí.

—Repíte eso.

—Vio a un dios sepultado acercarse a mí por la espalda y no hizo nada por detenerlo. —Fruñí el ceño—. Creía que te lo había dicho.

Bajó la mano para apoyarla en la mesa.

—No lo hiciste.

—Oh. —Me eché hacia atrás y retorcí mi pelo—. Pues, sí, no creo que quisieran que sobreviviera. Quizá solo pretendían dejarme fuera de juego, lo cual me hace creer en cierto modo que no fue Kolis, si lo que dijo Penellaphe acerca de las brasas de vida es verdad. —*Y si tenemos en cuenta que llevo el alma de Sotoria*, pero eso no lo dije. Por lo que sabía, los presentes en la sala solo estaban al tanto de que llevaba una brasa de vida.

—Bueno, pues quien haya estado detrás de todo esto casi obtuvo lo que quería... —Bele dejó la frase a medio terminar cuando el aire de la sala de guerra bajó varios grados de golpe.

Una tensión tangible inundó el lugar. Las espadas y las dagas empezaron a temblar en la pared. Levanté los ojos hacia el techo cuando las luces parpadearon en lo alto.

—Ash. —Nektas pronunció su nombre con suavidad.

Despacio, me giré hacia Nyktos. Habían aparecido sombras bajo su piel. El aire *crepité*.

—Casi —reiteré con voz queda.

Sus ojos plateados y giratorios conectaron con los míos. La esencia se apaciguó y la carga de energía desapareció poco a poco de la habitación. Su mirada bajó hacia donde mis dedos estaban apoyados sobre su brazo.

Lo estaba *tocando*.

Delante de otros.

Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había hecho. Noté que se me caldeaban las mejillas y aparté la mano a toda prisa. No creía que Nyktos apreciase mi gesto. Tocarlos en esos escasos momentos de intimidad después de que me hubiera dado su sangre no tenía nada que ver con que quisiera que lo tocara en cualquier momento. Clavé los ojos en la mesa llena de marcas y

respiré hondo para superar la punzada de... desilusión. Pero ¿desilusión por qué? ¿Por él? ¿Por mí? Levanté la vista y me topé con los ojos gélidos de Rhain.

Crucé las manos con fuerza en el regazo para guardármelas para mí misma y volví a aclararme la garganta.

—De todos modos, no creo que tenga sentido que fuese Hanan. ¿No me querría con vida? ¿No querría cualquiera de los Primigenios que deduzca que mi llegada y la Ascensión de Bele están relacionadas a atraparme viva para poder entregarme a Kolis?

—Tenía que haber un Primigenio detrás de este ataque —señaló Nektas—. Nadie más podría ordenarle a un *draken* que atacara. La pregunta es cuál de ellos. ¿Quién podría saber o sospechar lo suficiente sobre ti como para estar dispuesto a enfadar tanto a Nyktos como a Kolis al dejarte morir?



Nadie tenía respuesta a la pregunta de Nektas, seguramente porque nadie sabía qué Primigenio estaría dispuesto a irritar tanto al Primigenio de la Muerte como, probablemente, al falso Primigenio de la Vida.

Para ser sincera, no estaba tan preocupada por eso como por el hecho de que yo era un riesgo para todos los demás si este Primigenio misterioso lanzaba otro ataque. O si Kolis se cansaba de sentir solo curiosidad por las brasas y decidía citar a Nyktos para averiguar qué había pasado. Se me hizo un nudo en el estómago, y tenía la piel helada.

—¿Resultaste herida? —preguntó Aios, que me estaba acompañando a mis aposentos.

Miré de reojo a la diosa. Las sombras que oscurecían la piel bajo los ojos color cuarzo de Aios me preocupaban. Su rostro con forma de corazón lucía más demacrado que antes y su preocupación era evidente en la tensión de sus labios carnosos.

—No mucho.

—Eso no es lo que me pareció, según lo que me contó Bele. —Aios remetiÓ un mechón de pelo detrás de su oreja—. Dijo que te habían mordido.

—Apenas —mentí, sin estar segura siquiera de por qué no quería compartir lo que había hecho Nyktos por mí. Quizá porque parte de mí aún no se lo podía creer—. ¿Te quedas aquí esta noche... o lo que queda de noche?

Aios asintió.

—Me he mantenido cerca debido a Gemma.

Por todos los dioses, la Elegida debía de haber estado aterrada durante el ataque.

—¿Puedo verla?

Aios apartó la mirada.

—Tal vez más tarde.

La tensión agarrotó mis hombros mientras deslizaba los dedos por la piedra fría y suave de la barandilla. Podía haber un millón de razones por las que no podía ver a Gemma ahora, empezando por el hecho de que lo más probable era que estuviese dormida. Pero mi mente fue de inmediato a la peor: ¿y si Aios no me quería cerca de la antigua Elegida?

Aios había reconocido que yo no había querido hacer daño a Nyktos, pero ese reconocimiento no era equiparable al perdón. La diosa se había mostrado generosa con la información cuando llegué, cuando la mayoría de los otros, incluido Nyktos, no lo habían sido. Aios se había mostrado amable y cariñosa, pero la había decepcionado. Lo había oído en su voz y lo había visto en su cara. En los breves momentos que habíamos estado juntas desde que se había enterado de la verdad, Aios no se había mostrado tan amistosa como antes, y eso dolía, porque Aios me gustaba.

Me tragué un suspiro justo cuando llegábamos al segundo piso.

—¿Cómo está Gemma?

—Está bien. Físicamente. —Aios deslizó una mano por una franja color crema de su vestido. Su rostro se crispó un poco—. Aunque creo que tardará un poco en lograr que su mente alcance a su cuerpo.

Deseé que mi contacto pudiese curar ese tipo de heridas, las más profundas que nadie podía ver. Volví a mirar de reojo a Aios, me fijé mejor en las sombras bajo sus ojos. La empatía que había mostrado por Gemma cuando habíamos hablado con ella había procedido de su propia experiencia. Aios compartía esa misma mirada atormentada con Penellaphe.

Y tenía la sensación de que, si Nyktos no me hubiese tomado como su consorte cuando lo hizo y me hubiese quedado a merced de los caprichos crueles y depravados de mi hermanastro, yo también hubiese tenido esas mismas sombras en mis ojos.

—Me preocupa que la culpa que siente rivalice con su miedo —añadió después de unos instantes.

—Lo que hizo Hamid no fue culpa suya. —Mi mano se apretó sobre la barandilla de piedra umbrá—. Y Bele tampoco debería culparse por lo que ha sucedido esta noche.

—Tú tampoco deberías. Salvaste la vida de Bele. No hiciste nada malo.

—Yo... —Aparté la mirada de Aios y la deslicé hasta el vestíbulo mucho más abajo—. Cuando traje a Bele de vuelta, no sabía que eso fuese a Ascenderla.

—¿Si hubieses sabido lo que ocurriría, habría cambiado algo? —Aios se paró en el escalón por encima del mío y me miró a los ojos—. ¿Crees que saber lo que ocurrirá cambiará lo que harías si te encontrases con esa elección de nuevo?

Empecé a decir que sí, pero no pude, porque había querido traer a Davina de vuelta. Lo habría hecho, si Ector no me hubiera detenido. ¿Si volvía a suceder con alguien que conociera? ¿Alguien por quien Nyktos se preocupara y no hubiese nadie ahí para impedírmelo?

Esbozó una leve sonrisa, antes de dar media vuelta y continuar escaleras arriba.

—En cierto modo, no estoy segura de que tengas elección. Tienes una brasa de vida en tu interior —dijo cuando llegábamos al tercer piso; Aios no sabía que en realidad tenía *brasas* de vida en mi interior—. Puede que fuese parte de Eythos cuando él vivía, pero ahora es parte de ti. Crear vida a partir de la muerte está en tu naturaleza. Es instinto.

—Sí —admití. Suspiré al llegar al tercer piso—. Aunque a veces no parece de ese modo.

No había nadie a la puerta de mi habitación, pero supuse que no seguiría así mucho tiempo. Aios no se entretuvo cuando entré en mi cuarto, donde aún se notaba un tenue olor a humo acre. Era mejor así, aunque eso no impidió que deseara que se hubiese quedado un poco más. Me hubiese gustado saber cómo era su casa lejos del palacio. O cómo se había hecho tan amiga de Bele.

Sin embargo, no descubriría esas cosas.

Eché un vistazo a la puerta a la habitación adyacente. Igual que nunca averiguaría si Nyktos tenía un libro predilecto o una comida favorita. Si recordaba sus sueños, o si soñaba siquiera. Quién o qué elegiría ser si pudiese elegir ser otra persona. Había tantas cosas que quería saber de él... ¿Recordaba bien a su padre? ¿Leía o dejaba que sus pensamientos deambularan cuando tenía algún momento tranquilo para sí mismo? ¿Le gustaba visitar el mundo mortal?

¿Se arrepentía de haber hecho que le extirparan el *kardia*?

Lo que ya sabía de él era suficiente para tener claro que no se merecía lo que le había deparado la vida: la pérdida de sus padres y de muchos más, una consorte que nunca había pedido pero aun así había querido proteger, vivir

bajo la amenaza constante de Kolis... Nyktos se merecía algo mejor. Igual que todos los habitantes de las Tierras Umbrías.

Y ahora yo suponía una amenaza completamente diferente para él y para todos los que buscaran santuario aquí.

Salí al balcón y bajé la vista hacia el patio. La zona ya la habían despejado y solo quedaban tenues manchas oscuras en el suelo. No me podía permitir pensar en lo que representaban esos manchurrones. Necesitaba tener la cabeza clara mientras observaba a los guardias patrullar por el Adarve.

Las brasas eran importantes. Lo entendía, al contrario de lo que pensaba Nyktos. Cuanto antes muriera, de menos tiempo dispondría el mundo mortal. No sabía por qué Eythos había puesto las brasas en mi estirpe, junto al alma de Sotoria. Sobre todo cuando esa alma me convertía en el arma perfecta contra Kolis.

No una futura consorte, oculta y protegida.

No un recipiente que sería capaz de mantener las brasas a salvo.

Tenía un propósito y no había forma de retrasarlo, sin importar lo desagradable que pudiese ser, y sin importar cuánto deseara que las cosas fuesen distintas.

Esperé hasta que ya no pude hacerlo más. No había actividad alguna en el patio y supuse que cualquiera que hubiese estado al otro lado del Adarve ya se habría marchado del bosque. No tenía ni idea de dónde estaba Nyktos, pero no creía que hubiese regresado a su habitación todavía. Habían dicho algo de encontrarse con las familias de los que habían fallecido esta noche. Se me comprimió el corazón. Podía estar en cualquier parte y yo no tenía forma de saber si el camino que debía seguir estaba despejado, pero eran todos riesgos que debía correr.

Di media vuelta, entré otra vez y me fui hacia la sala de baño, donde me quité las mallas, como me habían dicho que se llamaban. Eran más gruesas que unas medias, pero no tanto como unos pantalones de montar ceñidos. Me puse un par de estos últimos, haciendo caso omiso de los parches tiesos de sangre seca mientras metía la combinación que llevaba debajo del jersey por la cinturilla de los pantalones. Luego me puse las botas, agarré una capa y empecé a cerrar los ganchos del cuello mientras caminaba bajo la impresionante lámpara de araña hacia las puertas del balcón. Agarré el picaporte y miré hacia atrás, hacia la puerta que conducía a la habitación adyacente. Me temblaba la mano.

Vacilé un instante, la mirada perdida en los aposentos de Nyktos. Pensé en la manta que me tapaba cuando me desperté. ¿Habría sido él el que me la

había echado por encima?

«Lo siento», susurré. Respiré hondo para reprimir el ardor en mi garganta y mis ojos. Deseé que pudiera oír esas palabras y las creyera.

Deseé muchas cosas en esos segundos antes de girarme otra vez hacia el balcón, parpadeando para eliminar la humedad de mis ojos. Mis hombros se tensaron, levanté la capucha y salí al balcón antes de cerrar la puerta con cuidado detrás de mí, concentrada solo en lo que tenía por delante.

Miré hacia el Bosque Rojo, donde antes solía estar la puerta ahora rota. Los árboles carmesís que quedaban en pie destacaban imponentes contra el cielo gris hierro. Entrar en ese bosque de nuevo, donde los dioses caídos estaban sepultados, era lo último que quería hacer, pero al menos sabía que lo habían limpiado de dioses caídos. Siempre que no sangrara ahí dentro, estaría bien. Desde ahí, tenía que cortar a través de una pequeña sección del Bosque Moribundo, otro lugar por el que no tenía ningunas ganas de viajar, pero era la única manera de llegar a donde necesitaba en Lethe.

Los barcos llegaban a la ciudad por la bahía Negra, lo cual significaba que venían de otros lugares dentro de Iliseeum. Confiaba en poder colarme en uno y luego llegar hasta Dalos, la ciudad de los dioses, donde Kolis tenía su corte.

Porque además de matar, había otra cosa que se me daba extraordinariamente bien: moverme sin ser vista.

Capté un atisbo de una figura con armadura negra y gris patrullando entre las almenas del Adarve. Me pegué bien a la pared para mantenerme oculta entre las sombras y esperé a que el guardia desapareciera. Después me puse en marcha, sin darme tiempo de pensar lo *temerario* que era todo esto. No podía esperar más. Solo quedaban unas horas para el amanecer, cuando alguien acabaría por ir a mis habitaciones en algún momento. Agarré la fría barandilla de piedra, trepé por encima de ella y miré hacia atrás al espacio vacío entre el duro suelo compactado a mis pies y yo.

Era una distancia importante, capaz de romperte varios huesos.

Me arrodillé y bajé primero la pierna derecha y luego la izquierda hacia el enorme vacío. Con todos los músculos en tensión, quemando como los fosos en llamas del Abismo, aspiré una bocanada de aire superficial y estiré la pierna derecha hasta que me dio la impresión de que mis brazos se iban a descoyuntar. Mis dedos resbalaron un poco por la piedra umbra justo cuando conseguí alcanzar la aspillería más cercana.

No quería pensar si esas ranuras habían sido un añadido necesario. Una vez que estuve segura de que mi pie estaba bien apoyado en la estrecha abertura, levanté una mano de la barandilla y busqué una ranura a la que

agarrarme. Mi estómago dio una voltereta, pero me solté de todos modos y me columpié hasta la aspillera.

Un poco temblorosa, apreté la frente contra la piedra.

«Por todos los dioses», susurré. «Esto es una locura».

Planté los pies contra la pared y empecé a descender una vez más. Todos esos años sola, trepando a los árboles, por las paredes y por cualquier cosa remotamente vertical por puro aburrimiento habían dado sus frutos. Eché un vistazo a la barandilla de la escalera de caracol más abajo y me lancé a por ella, columpiándome un poco desde donde estaba.

Aterricé sobre la barandilla y casi caí hacia atrás, pero recuperé el equilibrio justo a tiempo para bajar de un salto al rellano. Una amplia sonrisa se dibujó en mi cara. Orgullosa de mí misma y algo sorprendida de no haber caído a una muerte dolorosa y macabra, di media vuelta y me apresuré a bajar por las escaleras... directa a una pared ciega.

«Oh, joder». Cómo no, había elegido una escalera que por alguna maldita razón no llegaba hasta el suelo.

Me asomé por encima de la barandilla y calculé que la caída era de poco más de dos metros. Me moví para poder colgarme de la barandilla, dije una pequeña plegaria para mis adentros y me solté.

Hubo un breve instante de ingravidez, nada más que las brillantes estrellas por encima de mi cabeza y el aire rozando mi piel. Parecía que estaba *volando* y, por unas décimas de segundo, me sentí libre...

El impacto me sacudió desde la punta de los pies hasta mi cabeza encapuchada, y me sacó un leve gruñido gutural. Me tambaleé hacia delante, pero frené con las palmas de las manos antes de caer de bruces. Me quedé ahí quieta un par de segundos, mientras unas punzadas de dolor sorprendentemente suaves alancearon mis rodillas y mis caderas. Eso tenía que haber dolido más.

Aunque, claro, ahora tenía sangre Primigenia en mi interior.

Me enderecé despacio y luego eché a correr hacia la puerta, a sabiendas de que no había tanto tiempo entre una patrulla y otra. En cuestión de minutos, la tierra compactada dio paso al crujir de la hierba gris y entonces me encontré bajo la cubierta de las hojas color sangre y fuera de la vista de la Casa de Haides.

Y estaba un obstáculo más cerca de cumplir con mi deber... con mi verdadero destino.

Capítulo 6



Matar a Kolis no sería fácil.

Obvio.

Aunque Kolis reconociera el alma de Sotoria, aunque me viera como ella, dudaba de que fuese a ser tan sencillo como clavarle una daga en el pecho. Primero tendría que asegurarme de que me amaba, y no podía ni permitirme pensar en lo que eso implicaría mientras echaba a correr bajo la cubierta de hojas carmesís. Si me permitía pensar en esas cosas, vomitaría hasta la primera papilla. Así que lo archivé en mi mente.

Ni siquiera sabía lo que pasaría al matar a Kolis, qué tipo de impacto tendría sobre Iliseeum y el mundo mortal, pero Holland no me hubiese dicho lo que había dicho si fuese algo catastrófico. El hecho de que Nyktos fuese un Primigenio de la Muerte debía de significar que todavía habría equilibrio.

Hasta que yo muriese.

Cosa que era probable que ocurriese en cuanto lograse incrustar mi daga de piedra umbra en el pecho de Kolis. Suponía que él también tenía *drakens* que tomarían represalias de inmediato.

Sin embargo, ahora mismo, la suerte parecía estar de mi lado por una vez. Entré en el Bosque Moribundo sin incidente, supuse que porque había corrido todo el camino. La capucha de mi capa había resbalado, pero la dejé abajo porque dudaba de que fuese a toparme con nadie en una zona ocupada por las Tinieblas, las almas que habían entrado en las Tierras Umbrías pero se habían negado a pasar por los Pilares de Asphodel y enfrentarse a su juicio por los actos cometidos cuando estaban vivas. Aún no había visto nunca a una

Tiniebla, y esperaba de todo corazón que eso no cambiase, visto que había oído decir que podían ser *mordisconas*.

Los músculos de mis piernas y de mi estómago empezaban a agarrotarse, con lo que me vi obligada a ralentizar un poco la marcha, sin dejar de escudriñar las filas y filas de árboles doblados y rotos. Cada bocanada de aire que inspiraba me recordaba a la Podredumbre. A lilas marchitas. Al menos no notaba ningún dolor en la mandíbula o en la sien, ni tampoco ningún mareo. No tenía ni idea de cuánto tiempo duraría el efecto de la mezcla de hierbas (sauzgatillo, menta y un puñado más que no podía recordar) hasta que volvieran a aparecer los síntomas del Sacrificio, pero cuando eso ocurriera, tendría que hacer lo que hacía siempre.

Lidiar con ello.

Igual que sabía que haría Ezra si se enteraba de que no había ninguna solución contra la Podredumbre. Puede que no compartiésemos ni una gota de sangre, pero ella era resiliente. Como yo, no se daría por vencida. Tampoco fingiría que el final no se acercaba implacable, ni esperaría que las cosas se arreglaran por arte de magia como sabía que haría mi madre. Ezra haría todo lo que estuviese en su mano para asegurarse de que sobreviviese la mayor cantidad de gente posible durante el mayor tiempo posible.

Según Holland, ya lo estaba haciendo. Aunque yo jamás pudiese advertírselo, ella estaba dando los pasos necesarios para...

Un sonido en lo alto desvió mi mirada hacia las nudosas ramas muertas y sin hojas. Me paré en seco cuando vi a un halcón, uno enorme y plateado, planear entre las ramas retorcidas, sus inmensas alas desplegadas en toda su anchura para ralentizar su descenso. El ave de presa se posó sobre una de las ramas y sus afiladas garras oscuras se hincaron en la corteza muerta.

Era igual que el halcón al que había curado sin querer en el Bosque Rojo, aunque, claro, suponía que todos parecían iguales. Todavía me sorprendía ver animales en las Tierras Umbrías, aparte de caballos y lo que demonios fueran esos *dakkais*.

Aunque estaba aliviada de que no fuese una Tiniebla lo que me acechaba desde lo alto, los halcones plateados eran depredadores de una ferocidad notoria. No había creído a mi niñera, Odetta, cuando me contaba historias de cómo podían llevarse pequeños animales e incluso niños, pero ahora, al ver a uno de cerca dos veces, me creía a pies juntillas que pudiesen hacerlo; quizás incluso agarrar a un adulto delgado.

Nunca me había sentido más agradecida por mi amor por el pan y los dulces que en ese momento.

El halcón plateado bajó sus alas despacio mientras yo daba un paso tentativo hacia delante, rezando por que se quedara donde estaba y no tratase de convertirme en su merienda. Lo último que quería era hacerle daño a un animal... bueno, excepto a los *barrats* y las serpientes. A esos los mataría encantada día y noche.

No había dado más de tres pasos cuando la cabeza del halcón pivotó hacia mí y su afiladísimo pico ganchudo se inclinó hacia abajo. Unos ojos llenos de inteligencia conectaron con los míos... ojos que no eran negros como los del pájaro al que había curado, sino de un tono azul vibrante, antinatural e intenso, más brillantes aún que los de la diosa Penellaphe. Era un color que nunca antes había visto en un pájaro.

El halcón emitió un suave trino que me recordó a una versión menos potente de las impresionantes llamadas de los *drakens* y luego, de repente, se dio impulso contra la rama. Con las alas abiertas de par en par, el halcón se lanzó en picado hacia mí. Con el corazón en la boca, me agaché a toda velocidad para sacar la daga de mi bota. Liberé el arma justo cuando el halcón viró con brusquedad, pasó como una exhalación por encima de mi cabeza...

Un agudo alarido de dolor me provocó un escalofrío por toda la columna. Me enderecé, di media vuelta y me tragué un grito cuando el miedo explotó en mi pecho.

Una pesada masa gris se convulsionaba a apenas unos palmos de mí, forcejeando mientras el halcón plateado hundía sus garras afiladas como cuchillas en algo con forma de cabeza. La cosa se volvió enseguida más *sólida* y las enormes alas del halcón golpearon unos hombros y un pecho. De pronto, fueron visibles unos brazos, y unas manos y unos dedos hechos de sombra trataron de agarrar al halcón, pero el pájaro lanzó violentos picotazos a los larguiruchos dedos para arrancar hebras de gris que flotaron hacia el suelo marrón grisáceo.

Un viento gélido besó mi nuca e hizo que me recorriera una ráfaga de adrenalina. Reaccioné por instinto. Reprimí el miedo, di media vuelta y columpié la daga por el aire. Abrí los ojos como platos cuando la hoja encontró *resistencia* dentro de la revuelta y palpitante sombra. La cosa chilló al tiempo que retrocedía con brusquedad. Se desprendieron pedazos de sombra que rociaron el aire como sangre cuando la cosa se levantó del suelo y salió *volando* hacia las ramas, justo cuando otra corría entre los árboles, sus zarcillos de sombra flotando varios palmos por encima del suelo.

Tenía la lúgubre sospecha de que sabía muy bien a qué me estaba enfrentando.

Tinieblas.

Y de algún modo, todo el mundo había obviado mencionar que podían, básicamente, *volar*.

Di un salto a un lado cuando un brazo ahumado se estiró hacia mí, luego me giré para ver que la Tiniebla a la que había atacado el halcón había desaparecido, mientras el ave rapaz bajaba en picado para arrastrar sus garras a través de la nueva Tiniebla. ¿Me estaba ayudando el halcón? ¿O solo estaba reaccionando a una amenaza mayor?

Un gemido grave se extendió entonces por el Bosque Moribundo. Di media vuelta y justo alcancé a ver atisbos de gris oscuro, sombras que se deslizaban entre las ramas rotas, como si provinieran de la tierra y los árboles muertos.

«Por todos los dioses», mascullé. «De verdad que no tengo tiempo para esto ahora».

Me giré hacia la más cercana, al tiempo que me preguntaba cómo demonios podían volverse *mordisconas* cuando parecían ser solo humo y sombras. Maldije cuando la Tiniebla saltó hacia mi izquierda. Otra voló por el suelo, donde se deslizó como una gran serpiente de sombras porque... *cómo no*, tenía que ser justo algo así. Me abalancé sobre ella y estrellé la daga contra lo que supuse que sería su espalda cuando empezaba a levantarse. La hoja se hundió en algo e hizo que la Tiniebla aullara y cayera al suelo. Mis ojos se abrieron de par en par cuando esa cosa se desintegró de repente en miles de filamentos diminutos. Vale, estaba claro que le había dado a algo vital. Levanté la daga y vi que estaba manchada de negro, con alguna sustancia oleosa que también impregnaba la curva de mi mano. Me golpeó un olor rancio que me revolvió el estómago.

Una minúscula parte de mí se sintió mal al respecto mientras giraba en redondo para incrustar la daga en la parte más ancha de otra Tiniebla. Estas cosas habían sido mortales en algún momento. Tal vez hubiesen cometido pecados terribles o puede que solo fuesen individuos cuyo miedo a las consecuencias era mayor que cualesquiera de sus indiscreciones. Me daba la sensación de que cuando se desintegraban de este modo, como hizo la que tenía delante mientras me giraba hacia otra, eso significaba la destrucción de su alma. De eso no había vuelta atrás.

Clavé la daga en el pecho de la siguiente criatura sin dudarlo porque la sensación de culpa fue efímera. No quería convertirme en la merienda de medianoche de algún alma descarriada.

Una Tiniebla bajó en picado de un modo muy parecido a como había hecho el halcón hacía unos minutos. Di un salto a un lado, pero algo enganchó mi capa y la desgarró.

Garras. Vale. Al parecer, las Tinieblas tenían garras invisibles. Giré sobre mí misma al tiempo que levantaba el antebrazo para bloquear a la Tiniebla delante de mí. Mi codo conectó con una frialdad glacial y algo duro dentro de la masa gris... algo que se parecía mucho a una garganta cuando el sonido de unos dientes que chasqueaban reverberó procedente del vacío.

—Nada de mordiscos —gruñí, y empujé a la criatura hacia atrás al tiempo que arremetía con la daga.

De pronto, algo tiró de mi cabeza hacia atrás con tal fuerza que un fogonazo de dolor bajó disparado por mi cuello y mi espalda. Mis pies salieron volando de debajo de mí mientras el halcón emitía otra serie de trinos estremecedores. Caí al suelo como un fardo y se me escapó todo el aire de los pulmones.

La Tiniebla cayó sobre mí. Las densas hebras y volutas de sombra fluían a su alrededor, ocultando el mundo entero. Unos dedos gélidos se cerraron en torno a mi muñeca para inmovilizar contra el suelo la mano con la que sujetaba la daga. El contacto... su agarre... era de una frialdad que casi embotaba la mente. Levanté la rodilla y empujé con mi mano izquierda contra la zona donde más o menos creía que estaría su hombro. Mis dedos se hundieron en el aire frío del interior de la masa de sombras, y la palma encontró lo que no parecía piel sino algo duro y suave. Como... *hueso*. Empujé hacia arriba con todas mis fuerzas...

Y pasaron varias cosas al mismo tiempo.

El halcón bajó en picado hacia nosotros y arrastró las garras por la espalda de la Tiniebla. La criatura aulló, luego sufrió un espasmo, mientras el ave emprendía el vuelo otra vez hacia los árboles. Mi pecho de repente palpitó, se calentó y *vibró*. Una especie de electricidad estática brotó por toda mi piel, por mis brazos y mis manos. No había ninguna voluntad en ello, ninguna orden, pero sentí cómo el *eather* de mi sangre aumentaba y aumentaba. Traté de detenerlo, pero un resplandor plateado brotó de la palma de mi mano, repelió las sombras de la Tiniebla, retiró las capas de gris mate, y volatilizó la efímera mortaja hasta que vi el blanco de unos huesos. Una caja torácica y una columna... y unos órganos secos y arrugados... un corazón marchito, de un mortecino tono grisáceo.

Un corazón que de repente empezó a *latir*.

El color se intensificó a un rojo brillante a medida que se formaban a toda velocidad tendones y músculos de un blanco rosáceo. Aparecieron venas por todas partes, donde antes no había nada más que gris. Un cráneo cobró forma, varios tendones se envolvieron alrededor de una mandíbula para enderezar una boca llena de dientes torcidos y rotos.

Oh, por todos los dioses. Oh, por todos los dioses. Jamás iba a conseguir borrar aquello de mi memoria. Me atormentaría hasta el final de mis días.

Unos labios empezaron a formarse, se tornaron rosa pálido al moverse, y una garganta que apenas se había recompuesto vibró con sonido.

—*Meyaah* —boqueó—. *Liessa*...

—Joder, ¿qué *diablos*? —exclamé, cuando una sustancia blanca y lechosa llenó las cuencas oculares. Cuando...

Mi pecho se caldeó una vez más y zumbó, el *eather* dentro de mí... las brasas de vida... vibraron en respuesta a la ola de poder puro y sin límites. Una luz plateada y crepitante llenó el bosque de repente, tan brillante e iridiscente que, por el más breve de los segundos, vi las Tinieblas que giraban en espiral por encima de mi cabeza. Y entonces... simplemente... *desaparecieron*.

Ese tipo de poder era inimaginable.

Una energía sibilante y chisporroteante barrió por encima de la Tiniebla que se alzaba sobre mí, llenó sus venas recién formadas con una ardiente luz blanca, lanzó a la Tiniebla por los aires y la desintegró para dejarla reducida a la nada más absoluta.

Me quedé ahí tumbada, la mano todavía en alto mientras la intensa luz plateada remitía y se apagaba y el mundo se volvía gris y *casi* sin vida otra vez.

En lo alto, entre las ramas retorcidas, el halcón plateado trino con suavidad y luego emprendió el vuelo. Con el corazón desbocado, observé cómo desplegaba las alas y desaparecía de la vista.

Ni siquiera ese feroz depredador quería quedarse por aquí.

—*Seraphena*.

Mi pecho se comprimió ante esa voz fría y dura que tenía que estar conjurada de las horas más oscuras de la noche. Lo que le había hecho a la Tiniebla quedó a un lado, sustituido por la idea de que debí haber visto venir esto. Él tenía mi sangre dentro de su organismo, mucha ya. Seguro que había sentido el estallido de miedo extremo, aunque hubiese sido breve, igual que había pasado en el patio más temprano. Quizá ni siquiera fuese tanto la sangre como la brasa primigenia en mi interior y que una vez le había pertenecido a

él. ¿Cómo saberlo? Nada de eso importaba ahora mismo. Lo que importaba era el hecho de que no podía limitarme a quedarme ahí tumbada, deseando poder fundirme con el suelo. Con el corazón aún acelerado, me levanté despacio. La presión se cerró sobre mi pecho cuando me volví hacia él.

Nyktos estaba a varios pasos de mí, con todo el aspecto del regente Primigenio de las Tierras Umbrías que era. Resultaba una figura imponente con su túnica gris oscura, el pelo recogido. Las líneas de su cara lucían más duras y más frías de lo que las había visto nunca.

Y su piel... era *finísima*.

Cuanto más tiempo lo miraba, mejor veía las sombras congregadas bajo su piel. Sus ojos eran dos orbes plateados giratorios. No necesitaba su talento para leer emociones para saber que estaba más que furioso.

La realidad me golpeó con toda la velocidad de un carro fuera de control. No me iba a ir a ninguna parte. No podría cumplir mi verdadero destino. Después de esto, Nyktos no me perdería de vista ni un instante. Me quedaría aquí atrapada, con todas las personas que lo más probable era que murieran por mi culpa. La presión sobre mi pecho y mi garganta aumentó. La tensión se convirtió en algo insoportable, e hice algo que no había hecho jamás.

Di media vuelta y eché a *correr*. Corrí tan deprisa como pude, esprintando entre los árboles doblados y retorcidos, haciendo caso omiso de los agudos fogonazos de dolor cuando las ramas desnudas más bajas se estiraban hacia mí como dedos huesudos para enganchar mi capa y mi pelo y cortar mi piel.

La presión en mi pecho era fría y espesa, dejaba poco espacio al control y a la razón. Igual que cuando Tavius me había inmovilizado boca abajo sobre la cama y no podía respirar. Entonces había reaccionado como un animal salvaje, y ahora me había convertido en ese animal de nuevo.

Quemaría las Tierras Umbrías de un extremo al otro.

Mi frente se cubrió de sudor pegajoso, frío y húmedo, y la herida hecha por la Tiniebla me empezó a doler. Las ramas grises y desnudas de los árboles eran como un laberinto de brazos nudosos y huesudos. Mis botas tronaban por encima de rocas y terreno irregular mientras seguía corriendo, sin saber siquiera hacia dónde iba. Aunque sí sabía por qué. Por desesperación. Una desesperación absurda y sin sentido me propulsaba hacia delante, cada paso ponía distancia entre las pesadillas que seguro que se convertirían en una realidad espantosa y yo. Jamás tendría la oportunidad de llegar hasta Kolis, y yo no sería más que una diana que lo guiaría directo hacia todos los demás... hacia Nyktos.

Kolis le ha hecho todo tipo de cosas.

No podía parar la Podredumbre. No sería capaz de detener a Kolis. No tenía ningún deber, ningún propósito elevado. Iba a morir. Y peor aún, sería la causante de un horror sin precedentes. No era nada más que...

Una ráfaga de aire fresco y cítrico fue mi única advertencia. El peso de Nyktos se estrelló de pronto contra mí, duro y sólido. El suelo subió corriendo a mi encuentro mientras su brazo se cerraba en torno a mi cintura. Nos hizo girar a ambos y entonces lo único que pude ver fueron las estrellas titilando entre una telaraña de ramas desnudas.

Nyktos chocó contra el suelo primero y... por todos los dioses, eso debió de doler. Absorbió el impacto de mi cuerpo contra la superficie rocosa con un gruñido. La parte de atrás de mi cabeza rebotó contra la pared de su pecho y me quedé aturdida por un momento. Durante unos instantes, no hubo nada más que nuestra respiración jadeante y entonces...

—¿En serio acabas de intentar huir? —El aliento de Nyktos removió el pelo en la parte de arriba de mi cabeza—. ¿De mí? ¿Por qué? ¿Por qué harías algo así?

—¿Por qué no? —repliqué, aunque hice una mueca por lo infantil que sonó.

—Joder, ¿acaso me estás tomando el pelo ahora mismo o qué? —gruñó. Me recorrió un escalofrío mientras intentaba soltarme de su agarre—. Has huido de la seguridad del palacio y has corrido directa al segundo sitio en el que te advertí que no entrases nunca. ¿Mi cortísima lista de reglas era tan difícil de entender? ¿O es que simplemente eres incapaz de seguir reglas destinadas a salvarte la vida?

—Que le den a tus reglas —escupí. Todo mi cuerpo había empezado a temblar.

—Y a mi cordura con ellas —masculló—. ¿Entiendes siquiera lo cerca que estabas de la muerte, Sera? Aunque hubieses matado a la Tiniebla que estaba por encima de ti, había al menos una docena más esperando su ocasión. Si no te hubiese sentido y no hubiera intervenido... *una vez más*, si es que puedo añadirlo...

—No, no puedes.

—Estarías muerta —bufó—. Te habrían hecho trizas, y ninguna cantidad de sangre mía te habría salvado. No habría quedado nada de ti ni para enterrar. Para que yo pudiese siquiera... —Se calló de golpe y la furia que respaldaba sus palabras golpeó el aire a nuestro alrededor en una ola de energía ardiente y gélida al mismo tiempo. Abrí los ojos como platos cuando la onda expansiva impactó contra los árboles en lo alto y los redujo a cenizas.

Joder, santo cielo. Se me quedó la garganta seca mientras observaba lo que quedaba de los árboles caer al suelo como nieve.

—¿En qué estabas pensando, Sera? —Me zarandeó al preguntarlo. ¿En qué estaba pensando? ¿En que de verdad podría escapar de las Tierras Umbrías... escapar de él? ¿Que podría llegar viva hasta Kolis?—. Contéstame. —Me di cuenta de que no me estaba zarandeando. Era *su* cuerpo, que temblaba bajo el mío—. ¿Por qué estabas huyendo de mí?

Intenté sentarme, pero su brazo se movió y me sujetó plana contra él. Incluso en el caos de mi mente, me di cuenta de que había atrapado mi mano izquierda contra su estómago. No mi mano derecha. No la que sujetaba la daga. Esa había sido una elección intencionada. No era un accidente. Puede que la daga no fuese capaz de matarlo, pero ya le había hecho daño antes. Un guerrero avezado como él se hubiese preocupado ante todo de retirar la amenaza de una daga. Eso era lo que haría yo, pero él había elegido no hacerlo.

—No estaba huyendo de ti.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo? ¿Esfuerzos por ser la persona más difícil de tratar que se haya cruzado nunca en mi camino?

—Sí, justo eso. ¡No tenía nada que ver con estar intentando salvarte, imbécil!

Nyktos se quedó quieto como una estatua, callado como un muerto, y justo entonces me percaté de mi error. Su pecho se hinchó con brusquedad contra mi espalda.

—No podías estar... no, Sera. No.

Sentí el momento exacto en que la consternación lo golpeó. Su brazo se aflojó alrededor de mi cintura y supe que esa era mi oportunidad. Mi última oportunidad.

Clavé los tacones de mis botas en el suelo y me di impulso hacia arriba. Me solté de sus brazos y fui libre durante un segundo antes de que Nyktos agarrara mi antebrazo izquierdo. Con una maldición, giré en redondo mientras él se movía para sentarse e inmovilizaba mis rodillas contra sus caderas. Agarró la gruesa trenza que colgaba por encima de mi hombro justo cuando yo lo atacaba con la daga.

Nyktos abrió los ojos como platos mientras apretaba el borde de la daga por debajo de su barbilla. No me tembló la mano. Ninguna parte externa de mí lo hizo. Por dentro la cosa era distinta: ahí temblaba todo.

—Suéltame —le ordené. Unos ojos brillantes como la luz de la luna se clavaron en los míos.

—No.

—Tienes que soltarme, Nyktos.

—¿O qué? —Un lado de sus labios se curvó hacia arriba—. ¿Me vas a cortar el cuello?

La frustración y la impotencia estallaron, convertidas en una oleada amarga de desesperación e ira.

—Si hace falta, sí.

—Entonces, hazlo. Córtame el cuello. —Enroscó la trenza alrededor de su mano y ejerció justo la presión suficiente sobre mi cuello para forzar a mi cabeza a bajar hacia la suya—. Solo asegúrate de cortar profundo. Hasta la columna. De otro modo, lo único que conseguirás será que ambos acabemos ensangrentados. —Mi corazón se tropezó consigo mismo. No podía estar hablando en serio—. Hazlo —gruñó, y sus labios se retrajeron para mostrar sus colmillos—. Cortarme la columna es la única oportunidad que tendrás de huir.

Un temblor golpeó mi brazo y me tragué una exclamación cuando levantó la cabeza. Una gota de centelleante sangre azul rojiza apareció en el lado de su cuello.

—Aunque más vale que corras deprisa, porque no me quedaré incapacitado durante demasiado tiempo —me advirtió, sin apartar en ningún momento esos salvajes ojos giratorios de los míos—. Tendrás un minuto o así. Si acaso. Pero solo para que lo sepas, no conseguirás salir de las Tierras Umbrías, *liessa*.

Liessa.

No solo significaba «reina» en el antiguo idioma primigenio. También significaba algo precioso. Algo *poderoso*. Oírlo llamarme así me dejó aturrida.

Nyktos aprovechó el momento.

Agarró la mano que sujetaba la daga y me volteó con tal facilidad que estaba claro que habría podido hacerlo en cualquier momento.

—Eso no ha sido justo —exclamé.

Cayó sobre mí en una décima de segundo y me atrapó bajo su peso.

—¿Qué parte de mí te hace pensar que soy justo?

—*Todo*. —El pánico era una cosa extraña: te robaba la fuerza en un momento y te daba una potencia casi propia de un dios al siguiente. Levanté las caderas y cerré las piernas alrededor de su cintura. Lo hice rodar y me puse en pie con un grito. Luego di un salto atrás y giré en redondo.

Un retumbar grave procedente del cielo sacudió las ramas desnudas de los árboles que aún quedaban en pie y las hizo entrechocar como huesos secos. Al levantar la vista, capté un breve atisbo de alas grises negruzcas entre la ceniza que aún flotaba despacio por el aire. *Nektas*. Se me paró el corazón.

Nyktos se levantó sobre una rodilla y giró sobre ella con la otra pierna estirada para hacerme la zancadilla. Mis pies desaparecieron de debajo de mí y caí de culo al suelo. Nyktos era rápido, condenadamente rápido. Rodó sobre mí de nuevo, pero esta vez fue más listo. Un ancho muslo se encajó entre los míos y me agarró de ambas muñecas, que inmovilizó contra la hierba seca y muerta mientras la sombra de un *draken* planeaba sobre nuestras cabezas, volando raso por encima del círculo que Nyktos había despejado en su rabia.

—Suéltala. —El *eather* rebosaba por los ojos de Nyktos, se filtraba *bajo* su piel e iluminaba sus venas mientras un delgado hilillo de sangre resbalaba por su cuello—. Suelta la daga, Sera. No quiero obligarte a hacerlo, pero lo haré. Suéltala.

Podía hacer justo eso, mediante la coacción. Resollando,forcé a mi mano a abrirse. La empuñadura de la daga resbaló de mi palma. Todo había terminado. Aunque consiguiera liberarme y de algún modo incapacitara a Nyktos, no llegaría lejos. No con *Nektas* ahí arriba.

—¿Contento?

Sus ojos se volvieron pura plata, sin pupila discernible, solo dos orbes relucientes. Esas venas iluminadas por esencia continuaron extendiéndose por su mejilla y bajaron por su cuello. En un instante, el leve corte había desaparecido. Solo quedó el tenue hilillo de sangre.

—Dime que estoy equivocado, Sera.

Mis músculos se aflojaron y mi cuello dejó caer mi cabeza.

La esencia escapó de su cuerpo en densas volutas de negrura ribeteada de plata. Las sombras giraban bajo su piel.

—Dime que estoy equivocado. ¡Dímelo! —gritó, y las sombras se extendieron hasta que su piel fue del color de la medianoche, veteada de luz estelar, y los dedos alrededor de mis muñecas se volvieron tan duros como la piedra umbra—. ¡Dime que no ibas a por *Kolis*!

—Tenía que hacerlo.

—*Error* —gruñó, el destello de sus colmillos eran de una blancura asombrosa contra su piel.

Mis labios se entreabrieron cuando adoptó su verdadera forma. Dos enormes arcos gemelos se alzaron detrás de él, tan anchos como alto era. Masas de poder sólidas, unidas por los vértices para bloquear todo lo que

tenía detrás. No había estado tan cerca de él en el patio cuando adoptó esta forma, pero había estado lo bastante cerca como para reconocer ahora las impactantes líneas de sus rasgos bajo la piel dura con sus sombras giratorias: la altura de sus pómulos, los carnosos labios seductores, y el abundante pelo castaño rojizo que caía contra la curva de su mandíbula.

—Sea lo que fuere lo que piensas que tienes que hacer... —dijo. Su voz suave como un murmullo hizo que me trastabillara el corazón aún más—. Sea lo que fuere lo que crees que puedes lograr, estás equivocada.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo puedo detenerlo. —Temblaba mientras las palabras brotaban de mis labios—. Tienes que saberlo.

—Entregarte a Kolis no es la respuesta.

—¡Sabes muy bien que sí lo es! —grité—. ¿Por qué, si no, habría puesto tu padre el alma de Sotoria dentro de mí? ¿Por qué me habrían entrenado toda la vida para matar a un Primigenio?

Su cabeza estaba apenas a unos centímetros de la mía y el brillo de sus ojos hacía que los míos estuviesen llorosos.

El instinto me gritaba que me callara. Que Nyktos estaba a punto de perder el poco control que le quedaba. Pero no podía callarme. Nyktos tenía que comprender que esta era nuestra única oportunidad de detener a Kolis.

—Sé a lo que me enfrento. —Forcé a mi voz a serenarse y calmarse, como cuando le hablaba al lobo *kiyou* salvaje al que había devuelto la vida en el bosque de los Olmos Oscuros—. Pero más allá de lo que me pase, merecerá la pena si...

Esos arcos gemelos bajaron en picado para estrellarse contra el suelo y sacudir el bosque entero. Multitud de chispas de *eather* brotaron de las puntas de sus alas y convirtieron en ceniza los parches de hierba seca y gris en los que caían.

—T... tienes que entenderlo. —Me estremecí cuando una ráfaga de aire glacial brotó de él—. Soy la debilidad de *Kolis*. Sabes que me he estado preparando toda la vida para algo. Era para él. No para ti. —Mi aliento formó una nubecilla neblinosa—. Aún puedo intentarlo. Solo ayúdame a llegar hasta ahí o... o déjame ir. Cualquiera de las dos. Y entonces sí que cumpliré mi verdadero destino.

Nyktos se había quedado callado.

Tragué saliva con la esperanza de estar llegando a alguna parte con él. Recé a cualesquiera Hados que pudiesen estar escuchando por que Nyktos lo entendiera.

—No tendrás que preocuparte de ocultar quién soy. Te librarás de mí, como también lo harán todos aquellos que buscan refugio bajo tu cuidado. Todo el mundo en las Tierras Umbrías estará más seguro así. *Tú* estarás más seguro. Nadie más tiene que resultar herido o morir.

—Pero tú estarías muerta. —Nykto habló con una voz que apenas reconocí, su tono pastoso y más gutural—. Kolis te destruirá.

—Eso no importa... —Reprimí una exclamación cuando sus alas se elevaron y revolvieron nuestro pelo por delante de nuestra cara al desplegarse detrás de él.

—Y dices que valoras tu vida. —Un gruñido grave retumbó desde su pecho—. Lo poco que te importa nunca ha estado más claro que en este momento.

—Voy a morir de todos modos. El mundo mortal estará perdido. No puedes parar eso. Nadie puede. Pero yo al menos puedo hacer algo acerca de Kolis. Así, no será capaz de hacer daño a nadie más, nunca más. No podrá hacerte daño a ti.

Nykto bajó la cabeza aún más, su boca a apenas milímetros de la mía.

—Sufriré encantado cualquier cosa que me quiera hacer Kolis, siempre que sea mi sangre la derramada y no la tuya.

Me apreté contra el suelo, estupefacta.

—¿Por qué? ¿Por qué harías eso por mí?

—Las brasas de vida y tu...

—¡Que se jodan las brasas de vida! —Empujé contra su agarre, pero no me sirvió de nada. Algo en lo más profundo de mi ser, algo que siempre había estado ahí, que se había estado apretando y creciendo durante muchos *jodidos* años, empezó a agrietarse.

Un enmarañado nudo de emociones brotó de mi interior, lleno de miedo, necesidad, vergüenza, soledad, tristeza y mil cosas más que nunca me había permitido sentir. Las puñaladas de todas las veces que mi familia me había excluido, me había tratado como a una invitada indeseada, me habían mirado como nada más que una maldición. Las heridas infligidas por la desilusión de mi madre, infectadas y supurantes cada vez que me miraba como si deseara no tener que volver a hacerlo nunca. Yo no era más que un recipiente lleno de profundas cicatrices dejadas por la primera vida que había quitado y todas las demás después de esa, dejando el tipo equivocado de marca tras de ellas. No eran más que moratones sobre un lienzo en blanco porque no las sentía. No lamentaba esas pérdidas. No me importaba, porque yo no le importaba a nadie más allá de lo que podía hacer por ellos.

Notaba la piel demasiado tensa y cosquillosa. Mi pecho palpitaba con fuerza y ese nudo enmarañado se deshizo en rabia, se convirtió en algo distinto que no podía ocultarse ni contenerse. Eché la cabeza hacia atrás, un grito de frustración y furia quemó mi garganta. Desde el interior de la enorme caverna que se había abierto de par en par, brotó calor desde el gigantesco vacío. *Poder*. Me daba la sensación de que siempre había estado ahí, brillante y caliente, antiguo y sin fin. El poder fluyó por mis venas. Una luz blanca y plateada ocupó mi visión.

Estampé las manos contra sus hombros justo cuando esa energía, esa pura esencia primigenia brotaba de las palmas de mis manos y fluía hacia...

Nyktos.

Capítulo 7



El *eather* puro, blanco y plata, se estrelló contra Nyktos, se extendió sobre él mientras se ponía en pie y algo lo tiraba hacia atrás. Sus alas se desplegaron y lo detuvieron en medio del aire.

—¡Nyktos! —grité. Un miedo real explotó en mis entrañas mientras me incorporaba a toda velocidad y me ponía de rodillas. El *eather* seguía chisporroteando, corría por sus alas y su cuerpo, llenaba el entramado de venas.

Por todos los dioses, ¿qué había hecho?

La oscuridad se extendió alrededor de Nyktos, densa y giratoria. Su boca se abrió y el sonido que hizo... fue puro *poder*. Un rugido golpeó las ramas secas detrás de él y las hizo añicos. La temperatura bajó de un modo tan drástico que, por un momento, dio la impresión de congelar el aire que entraba en mis pulmones. Estaba helada hasta el tuétano cuando él empezó a avanzar.

Una gran sombra cayó sobre mí, bloqueó los árboles y el tenue resplandor de las estrellas. Me puse tensa. El aire se revolvió por todo el claro cuando Nektas llegó desde lo alto; un ala pasó rozando mi cabeza mientras las garras de sus patas delanteras se estrellaban contra el suelo delante de mí. El suelo y los árboles que aún quedaban en pie se sacudieron como si no fuesen más que cerillas.

Apreté los ojos con fuerza, sin atreverme a mover ni un pelo. Sabía que mi muerte era inminente. Una muerte dolorosa y ardiente. No había forma humana de que no lo fuese. Había atacado a Nyktos. Le había hecho daño. Eso lo sabía porque lo que había salido de mi interior había sido un poder

puro y sin restricciones. No había sido intencionado, pero eso no importaba. Nektas no solo estaba vinculado a Nyktos, también consideraba al Primigenio como un miembro de su *familia*.

Nektas me mataría.

Excepto por que el fogonazo de intenso fuego plateado que sabía que vería incluso con los ojos cerrados no llegó nunca. Como tampoco lo hizo el dolor.

Temblando, abrí los ojos. Estaba a centímetros de las gruesas escamas negras y grises del costado de Nektas. Sabía que el *draken* era grande, pero ni siquiera en la carretera de entrada a las Tierras Umbrías, cuando lo vi por primera vez, había estado tan cerca de él en esta forma. Solo su cuerpo tenía que medir al menos seis metros. Tenía una de sus alas correosas por encima de mí y estaba... agazapado. *Alrededor* de mí.

La cabeza de Nektas descendió, la hilera de cuernos puntiagudos vibró cuando sus labios se retrajeron para mostrar sus enormes dientes capaces de destrozar huesos con facilidad. El gruñido grave de advertencia me provocó escalofríos por toda la columna.

—No pasa nada —dijo Nyktos con voz rasposa.

Mis ojos volaron hacia él. Mareada por el alivio de oírlo hablar, oscilé inestable sobre las rodillas y poco a poco fui consciente de que el aire ya no daba la impresión de ser helador.

—Nektas no es... una amenaza para ti —se forzó a decir Nyktos con los dientes apretados. Una luz plateada y crepitante continuaba ondulando a través de su cuerpo—. Te está... protegiendo.

—¿De qué?

—De mí.

Eso no tenía sentido, aunque era *verdad* que el gran *draken* estaba mirando amenazador al Primigenio. No a mí.

—Pe... pero si te he hecho daño yo *a ti*.

—Está preocupado... por que pueda... tomar represalias por acto reflejo. —Nyktos giró la cabeza de lado a lado—. Que... pueda hacer más que... solo hacerte daño.

—Jamás lo harías. —Me giré hacia Nektas—. Él no me haría daño.

—Casi lo hice.

Ni una sola parte de mí se creía eso. Quizás eso me convirtiera en una tonta, pero si hubiese querido hacerme daño, podría haberlo hecho mil veces ya.

Sin embargo, Nektas no se movió, toda su atención puesta en el Primigenio, su retumbar de advertencia más grave ahora.

De repente, Nyktos descendió para hincar una rodilla en tierra. Las sombras a su alrededor se retiraron cuando se inclinó hacia delante y plantó una mano sobre el suelo. Inclinó la cabeza. Sus anchos hombros se estremecieron a medida que las oleadas de *eather* amainaban y se diluían. Sus alas se convirtieron en humo y se desperdigaron. La piel pétrea color medianoche se fue suavizando. Varios mechones de pelo rozaban su mandíbula bronceada. No dijo nada. Pasaron varios minutos y solo se movían sus hombros, que subían y bajaban con sus respiraciones cortas y rápidas.

A lo mejor no estaba del todo bien. La preocupación minó mi alivio. Aún de rodillas, empecé a avanzar poco a poco.

—¿Nyktos?

Silencio.

Nektas por fin había dejado de gruñir. Se estiró hacia delante y dio un empujoncito suave en el hombro de Nyktos.

—Estoy bien —dijo Nyktos con voz ronca. Estiró una mano y la puso plana contra el lado de la ancha mandíbula de Nektas—. Solo necesito un minuto.

Nektas se retiró, pero no le quitó los ojos de encima, y ese minuto pareció una hora.

Despacio, Nyktos levantó la cabeza. Sus ojos llenos de esencia conectaron con los míos.

—Eso ha sido... —Se aclaró la garganta y, cuando volvió a hablar, su voz sonó más serena, más fuerte—. Eso ha sido inesperado.

—Yo... —Se me anegaron los ojos de lágrimas, así que sacudí la cabeza y bajé la vista hacia mis manos—. No pretendía hacer eso. Lo juro. Ni siquiera sé cómo lo hice.

—Tiene que ser cosa del Sacrificio. No creí que fuese a suceder. Pensaba que sería más como una divinidad contigo. Pero esas brasas en tu interior... son fuertes. Te están haciendo *a ti* más fuerte... —Dejó la frase en el aire, y ese maldito asombro volvió a su voz y perduró en el silencio—. Cuando un dios entra en el periodo del Sacrificio, su esencia aumenta y se vuelve más fuerte. Y a medida que se acercan al momento de completar el Sacrificio, pueden tener... arrebatos. Suelen guardar relación con alguna emoción intensa, pero no es algo que ocurra con las divinidades. No cuando pasan por el Sacrificio. Muchas de ellas ni siquiera pueden manejar la esencia de ese

modo, ni aunque Ascendan. Simplemente no tienen *eather* suficiente en su interior para eso.

Cerré los puños contra mi pecho y levanté la vista hacia él.

Nyktos se había acercado más a mí. No lo había oído moverse. Seguía de rodillas y Nektas no había hecho ni un ruido, pero ahora Nyktos estaba también bajo el cobijo del ala del *draken*.

—Desde luego que estabas sintiendo emociones intensas cuando ocurrió.

Una risita débil y temblorosa brotó por mi boca. Me escocía el fondo de los ojos, así que me apresuré a apartar la mirada y los cerré.

—Lo siento. No tenía intención de hacer algo así. De verdad que no.

—Lo sé —susurró, y di un respingo al sentir sus dedos sobre mi mejilla. Sus dedos...

—Tu piel vuelve a estar fría.

—No pasa nada.

—¿Cómo puedes decir que no pasa nada? —Intenté inclinarme hacia atrás, pero su mano siguió mi movimiento y se cerró sobre mi mejilla. Su piel estaba fría, como era antes—. Te he hecho eso sin pretenderlo siquiera. Te he hecho daño.

—No lo hiciste.

—Pues yo creo que sí. —Levanté una mano y toqué la suya sobre mi mejilla. ¿Había el *eather* deshecho de algún modo lo que mi sangre había hecho por él? Dejé caer la mano—. ¿Necesitas alimentarte...?

—Eso no es algo de lo que tengas que preocuparte.

No entendía cómo podía sugerir eso siquiera. Ni por qué no estaba más molesto por lo que le había hecho.

—¿Qué pasa si vuelvo a hacer eso? ¿Qué pasa si le hago daño a alguien que luego no esté bien?

Sus ojos se cerraron un instante, sus rasgos se suavizaron.

—Nos aseguraremos de que eso no suceda, Sera.

Eso sonaba más fácil de decir que de hacer.

—¿Cómo...? —Me eché atrás de pronto, y esta vez caí sentada al recordar lo que había hecho antes de que Nyktos me encontrara—. He tocado a una Tiniebla.

—No deberías haber estado ni cerca de ellas.

—No hablo de eso.

La reciente suavidad de su actitud desapareció cuando su mandíbula se apretó.

—Pues es de lo único que hay que hablar.

—No estás escuchando. La toqué y empezó a volver a la vida.

—¿Qué? —Su mano bajó y Nektas giró la cabeza hacia nosotros.

—No pretendía hacerlo. No lo intenté. Pero vi cómo... cómo se formaban sus venas y sus músculos. Su corazón. El corazón empezó a *latir* —expliqué—. Justo antes de que la mataras, su corazón estaba latiendo. Y me habló.

Nyktos se echó hacia atrás, con los ojos como platos.

—Eso no es posible. —Se giró hacia Nektas—. ¿Lo es? Yo no sentí nada. El *draken*...

Nektas se *transformó* ahí mismo a nuestro lado. Apareció una cegadora explosión de mil estrellitas plateadas por todo su cuerpo y por encima de nosotros, donde había estado su ala. Me quedé boquiabierta cuando el centelleante espectáculo se difuminó y unos dedos ocuparon el lugar de sus garras, las alas se encogieron sobre sí mismas, y su piel sustituyó a las escamas. Su pelo negro y rojo se deslizó sobre *mucha* piel cobriza dura y con leves ondulaciones.

—Estás desnudo —susurré.

—¿Te molesta? —preguntó Nektas.

—¿Quizá?

Nyktos giró la cabeza hacia mí.

—Entonces, tal vez no deberías seguir mirando.

—¿Cómo podría no hacerlo? —farfullé.

Nektas sonrió son suficiencia, pero agitó una mano por el aire, se produjo un breve fogonazo de luz tenue, y entonces solo su tronco estaba a la vista. Unos pantalones holgados de lino cubrían el resto.

—¿Mejor?

—Supongo... —Parpadeé. ¿Estaba alucinando?

—No te lo preguntaba a ti. —Nektas le lanzó una mirada significativa a Nyktos.

Los ojos del Primigenio se entornaron y las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunté.

—Magia —repuso Nektas. Fruncí el ceño mientras se arrodillaba al lado de Nyktos—. ¿Estás segura de que la Tiniebla habló?

Asentí, dejando de lado todo el tema de los pantalones mágicos por el momento.

—Dijo *meyaah liessa*.

—Mi reina —repitió Nyktos.

—Joder. —Una sonrisa lenta se desplegó por la cara de Nektas—. Son las brasas.

Estaba empezando a hartarme de oír hablar de las brasas, aunque esto *sí* que confirmaba que Nektas sabía que había dos brasas dentro de mí y no una. Estaba claro que Nyktos se lo había contado, pero ¿le habría contado también todo lo de Sotoria?

—Eythos podía hacerlo —continuó Nektas—. Podía devolverles la vida a los huesos de los muertos. Era algo muy excepcional. Solo recuerdo haberle visto hacerlo una vez. No es lo mismo que devolverle la vida a alguien que acaba de fallecer. Por eso no lo ha sentido nadie. —Ladeó la cabeza mientras me miraba con atención—. Esas brasas son realmente fuertes en ti.

—Eso me han dicho —farfullé. Nyktos frunció el ceño.

—No sabía que mi padre pudiese hacer eso.

—No creo que lo supiese Kolis siquiera. —Se echó una franja de pelo rojo hacia atrás por encima de un hombro—. Creo que deberías evitar tocar cualquier cosa muerta hasta que puedas controlar mejor esas brasas.

Mis manos cayeron sobre mi regazo.

—Desde luego que intentaré evitarlo. Será duro, porque en verdad me encanta tocar cosas muertas.

La sonrisa de Nektas se ensanchó, luego se giró hacia atrás.

—¿Estás bien?

Nyktos asintió, los ojos clavados en mí.

—Deberías volver al palacio. A las Tinieblas no les durará el susto demasiado tiempo más. —Nektas se puso en pie, le dio a Nyktos un apretón en el hombro y luego se adentró en el laberinto de árboles muertos. Unos instantes después, las ramas se sacudieron con violencia y Nektas emprendió el vuelo en su forma de *draken* una vez más.

—O sea que... ¿los *drakens* pueden conjurar ropa de la nada? —pregunté—. ¿Los Primigenios pueden hacer lo mismo?

—Solo ropa que hemos llevado. Se convierte en una extensión de nosotros.

—Oh. Tiene sentido, supongo. —Despacio, lo miré a los ojos. Empezaba a sentir un profundo agotamiento. Había un millón de cosas rondando por mi cabeza—. No me vas a dejar ir, ¿verdad?

—*Nunca* —juró.

La incredulidad y la frustración volvieron a primera fila.

—Entonces, ¿me vas a retener cautiva aquí? ¿En contra de mi voluntad?

El *eather* se avivó en sus ojos otra vez.

—Cómo permanezcas aquí, como mi consorte o como mi prisionera, será elección *tuya*.

—Esa no es una elección real cuando es la misma cosa.

—Si eliges verlo de ese modo, entonces que así sea. —Se puso de pie con fluidez, sin mostrar signo alguno de que lo hubiese herido—. Tu destino no es morir a manos de Kolis.

Mi pecho subió y bajó con un gran suspiro, a medida que el fin de mi intento fallido y lo que eso significaba se iba asentando en mi interior. Esta había sido mi única oportunidad. No habría ninguna más, no cuando ahora él lo esperaba de mí.

—Entonces, ¿cuál es mi destino?

—Ser mi consorte —declaró—. Te guste o no.

La ira bulló en mi interior mientras contemplaba al Primigenio de la Muerte desde el suelo.

—¿Te refieres a que mi destino es morir como tu consorte?

Un músculo se tensó en su sien mientras me miraba ceñudo.

—Puede que haya otra manera de evitar tu muerte.

—¿En serio? —Me reí—. ¿Como cuál?

—Si tuviera cinco segundos de paz y no tuviera que preocuparme de que consigas que te maten, tal vez sería capaz de pensar alguna.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, claro.

Hizo un ruido que sonó como si se estuviese atragantando con un grito de frustración. Sonreí con suficiencia. Mis ojos se posaron en la daga y me estiré a por ella.

—Espero con toda mi alma que lo que sea que planees hacer con esa daga no tenga nada que ver conmigo —me advirtió Nyktos, mientras yo me apresuraba a deslizarla dentro de mi bota.

—No... no me la quites —le ordené, aunque sonó más como una súplica, lo cual hizo que me sonrojara.

—Si planeara quitártela, ya lo habría hecho.

Lo observé con recelo.

—¿No tienes miedo de que vaya a cortarte el cuello hasta la columna como me dijiste que hiciera?

—No.

Entorné los ojos.

—Pues deberías tenerlo.

Sonrió. Luego deslizó los dedos por el brazalete de plata enroscado en torno a su bíceps y produjo una fina hebra.

Me puse tensa al ver que el humo se extendía deprisa en el espacio delante de él. En un abrir y cerrar de ojos, tomó la forma de su caballo de guerra. Odín sacudió su crin negra y manoteó sobre el suelo cubierto de cenizas. Había olvidado por completo el hecho de que su caballo al parecer *vivía* en el brazalete.

—¿Cómo...? —Me callé cuando Nyktos me miró.

—¿Qué?

—Nada —musité. Traté de sofocar mi curiosidad acerca de cómo podía conjurar a Odín a partir de un brazalete de plata. Fracasé cinco segundos después—. ¿Eso también es magia?

—Magia primigenia, sí.

Pensé en la silla que había movido hacía un rato, y en el fuego que había encendido sin tocar una cosa ni la otra.

—Entonces, ¿Odín no es... real?

—Es de carne y hueso. —Se quedó callado unos instantes—. Espero que no tengas planeado pasar lo que queda de la noche más larga del mundo en el Bosque Moribundo.

—¿Y si así fuera?

—Te levantaría en volandas y te subiría a Odín yo mismo.

—Me gustaría ver cómo lo intentas.

Nyktos se giró hacia mí y su expresión me indicó que estaba deseando hacer justo eso.

—Lo que tú digas. —Me incorporé y pasé junto a él para arrastrar los pies en dirección a Odín. Me detuve cuando el caballo giró la cabeza con brusquedad hacia mí. Dio otro manotazo en el suelo.

—No está muy contento contigo.

—¿Yo qué le he hecho?

Nyktos se colocó detrás de mí. Agachó la cabeza para hablar cerca de mi oreja.

—Has sujetado una daga contra mi cuello y me has golpeado con un fogonazo de *eather*.

—Sí, pero no le hice esas cosas a... —Me interrumpí. Magia primigenia —. Es una extensión de ti. Vale, lo entiendo. —Suspiré. Miré al caballo un segundo—. Lo siento.

Odín soltó un resoplido y apartó la cabeza de mí.

—Lo superará. —Nykto me agarró por las caderas y me levantó por los aires antes de que tuviese ocasión de reaccionar siquiera. Me aferré al borrén de la montura y me senté antes de que el impulso me tirara por el otro lado. Nykto se subió en la montura detrás de mí—. Con el tiempo.

Odín sacudió la crin.

Yo no estaba tan segura de eso.

Nykto estiró los brazos por mis dos lados y agarró las riendas.

—La próxima vez que le pongas a alguien una daga en el cuello —dijo, y su aliento rozó mi mejilla mientras ponía a Odín rumbo a palacio—, más vale que vayas en serio.

Me puse rígida.

—¿Incluso si ese cuello es el tuyo?

El brazo de Nykto se cerró en torno a mi cintura, tiró de mí contra su pecho.

—Sobre todo si es el mío.



Orphine estaba esperando justo al otro lado de las puertas que daban a los establos, en la estrecha entrada que conducía al pasillo opuesto a la oficina de Nykto. No era la única presente. Ector se quedó apoyado contra la pared cuando ella se adelantó para arrodillarse sobre una pierna.

—Era mi deber vigilarla —dijo—. Fracase. Lo siento.

Me sentí culpable al instante.

—No es culpa tuya.

—Por una vez, Sera tiene razón —repuso Nykto, y le lancé una mirada de ojos entornados—. No tienes por qué disculparte por su temeridad...

—¿Temeridad? —bufé. Hacía que sonara como si me hubiese ido a dar un paseito feliz por el Bosque Moribundo.

—Ni por su valentía —continuó, y aprovechó para devolverme una mirada igual de ceñuda. Cerré la boca de golpe, sorprendida de que hubiese pensado eso siquiera, no digamos ya decirlo en voz alta—. Valentía tonta —prosiguió.

Empezaba a arrepentirme de haberme sentido mal por hacerle daño.

Ector se separó de la pared mientras Orphine se levantaba; el pelo rizado del dios era aún más pálido a la luz de los faroles.

—¿Valentía?

—Pretendía llegar hasta Dalos. —Nykto me agarró del brazo—. Para matar a Kolis.

—Joder —musitó Orphine. Dio un paso atrás. La sangre desapareció de un plumazo de la cara de Ector.

—No puedes estar hablando en serio.

—Ojalá fuese así. —Nykto me obligó a pasar junto a ellos y se encaminó hacia las escaleras traseras. Ector nos siguió.

—¿Por qué harías algo así? ¿Cómo se te ocurrió siquiera algo así?

Me detuve.

—Porque...

Nykto no pensaba tolerar nada de eso. Me soltó el brazo y señaló escaleras arriba.

—Vete a...

—Ni se te ocurra darme órdenes como a una niña.

—No lo haría si no te portaras como una.

Se me puso la visión roja.

—¡Pues no te parecía que me estuviese portando como una niña cuando me tenías en tu cama con los colmillos clavados en el cuello!

—Oh-oh —murmuró Ector.

Unos ardientes ojos plateados se clavaron en los míos.

—Sera.

Atragantada con más palabras que en verdad no debía pronunciar, subí las escaleras a *paso airado* como la mujer adulta que era. Llegué al rellano del tercer piso antes de que Nykto me alcanzara.

—Fuera lo que fuere lo que pensabas decir ahí abajo —empezó, al tiempo que estiraba el brazo por mi lado y abría la puerta de malos modos—, no vuelvas a pensarlo.

—¿Qué? —Salí al pasillo. Tenía razón, había estado a punto de decirle a Ector por qué había ido en busca de Kolis—. ¿No confías lo bastante en tus guardias para contarles la verdad de lo que llevo dentro de mí? ¿O tienes miedo de que si lo supieran podrían, de hecho, estar de acuerdo conmigo?

—Ninguno de ellos estaría de acuerdo con lo que intentabas hacer; tampoco te ayudarían a hacer tal cosa.

Me eché a reír. Y joder, mi risa daba miedo.

—No los conoces tan bien como crees, si piensas eso.

—¿Y tú sí?

—Los conozco lo bastante bien para darme cuenta de lo obvio. No le gusto a ninguno, y se alegrarían de verme marchar... ya sea por mi propio pie

o con los pies por delante.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿Esa pregunta va en serio? No me han perdonado por lo que planeaba hacer... —Solté una exclamación ahogada y me tambaleé hacia atrás cuando Nyktos apareció de pronto delante de mí—. ¡Deja de hacer eso!

—¿Qué te han dicho? —No levantó la voz, pero vibraba con la promesa de violencia.

—Nada.

Vino hacia mí.

—Dime lo que han dicho y quién lo ha dicho.

—¡No necesitan decir nada para que lo sepa! —Cerré los puños—. Mira, lo último que necesito es hacer que estén aún más disgustados conmigo. Y no quiero. Ya tienen un montón de razones para que no les guste. Son leales a ti y yo soy solo la consorte que tú nunca quisiste, que además planeaba matarte. Si de ellos dependiera, yo ya no estaría aquí. —Pasé por su lado y continué pasillo abajo. El agotamiento de antes volvió a hacer acto de presencia—. Es lo que hay.

Gracias a los dioses, Nyktos no me detuvo. Llegué a mi dormitorio, aliviada de ver que la puerta no estaba cerrada con llave. Entré y cerré la puerta a mi espalda sin decir ni una palabra más. Pasé por delante de la cama mientras desabrochaba mi capa, que dejé caer al suelo. Necesitaba un rato de tranquilidad. Tiempo para pensar y planear...

La puerta se abrió de golpe detrás de mí y yo giré a toda velocidad.

Nyktos entró como una tormenta.

—No.

Di un paso atrás.

—¿No, qué?

—No a *esto*. Me gustaría descansar al menos unas pocas horas esta noche —anunció.

—¡Pero si eres tú el que está en mi habitación! —Levanté las manos por los aires—. Nadie te impide irte a dormir.

—Has demostrado que no se puede confiar en ti para estar aquí dentro sola, y yo necesito descansar. Así que si yo duermo, tú duermes.

—No puedes hablar en serio —exclamé.

—¿Tengo aspecto de estar de broma?

Tenía aspecto de querer asesinar a un reino entero.

—No voy a intentar nada justo después de que me hayas atrapado.

—Me encantaría creerlo, pero ya he escarmentado. No puedo tener guardias apostados al otro lado de tu puerta y en el patio, dedicados solo a asegurarse de que no cometas otra temeridad. Al menos, no hasta que consiga poner pestillos en las puertas del balcón... —Giró la cabeza en dirección a las citadas puertas y luego hacia mí a toda velocidad, las cejas arqueadas—. Por cierto, ¿cómo *conseguiste* bajar desde el balcón?

Me daba la sensación de que no le iba a gustar la respuesta.

—¿Magia? Ya sabes, esas brasas son muy fuertes.

El gruñido de Nyktos me puso de punta todos los pelillos del cuerpo.

—¿Bajaste *escalando* por la pared del palacio?

—¿Quizá?

Me miró pasmado.

—Parte de mí está impresionado por el hecho de que lo lograras.

—¿Podemos dejarlo en esa parte?

—Podrías haberte roto el cuello.

—Pero no lo hice.

—Por el amor de los dioses, Sera. Existe tal cosa como ser demasiado atrevido. *Demasiado* valiente.

—¿No estás cansado? Saltémonos esta conversación. —Crucé los brazos—. Sobre todo cuando estoy segura de que ya la hemos tenido como quinientas veces.

Nyktos soltó otra maldición.

—Tienes razón. Puedo seguir gritándote por la mañana.

—¿Estás seguro de eso? ¿O vas a desaparecer todo el día otra vez? —espeté.

—¿Me has echado de menos?

—No —refunfuñé—. Puedes irte a la cama.

—Es lo que intento hacer, pero como he dicho, si yo duermo, tú también duermes. Y vas a hacerlo al alcance de mi mano.

Tenía que tener la mandíbula en el suelo.

—¿En tu dormitorio?

Nyktos respiró hondo, estaba claro que buscaba paciencia donde ya no la había.

—¿Dónde si no?

—No.

Sus cejas volaron hacia arriba.

—¿No?

—Eso es lo que he dicho. Debería ser una palabra lo bastante simple para que la entendieras. Puedes marcharte. —Señalé hacia la puerta por la que había entrado—. Buenas noches.

Nyktos me miró ceñudo.

—No tengo tiempo para esto.

—Bueno, pues yo tampoco... —Abrí mucho los ojos cuando echó a andar hacia mí—. ¿Qué estás haciendo?

—No me voy a quedar aquí plantado discutiendo contigo.

Se le había puesto esa cara otra vez, la que había tenido cuando había dicho que me levantaría en volandas para subirme en Odín. Di varios pasos atrás.

—Ni se te ocurra.

Siguió avanzando.

Abrí los ojos como platos y levanté las manos.

—Empiezo a sentirme superemotiva ahora mismo. Puede que pierda el control y te haga daño otra vez.

—Me encantaría verte utilizar *eather* de ese modo otra vez. Eso también fue impresionante. —Un lado de sus labios se curvó hacia arriba—. Pero ahora que sé que puede ocurrir, estaré preparado.

Choqué con el poste de la cama y luego di la vuelta...

Nyktos me agarró del brazo y me hizo girar sobre mí misma. Un brazo pasó alrededor de mi cintura al tiempo que se agachaba y clavaba un hombro en mi estómago. Chillé cuando me levantó del suelo. De repente, estaba colgada como un fardo sobre su hombro (*¡su hombro!*), con vistas a su espalda.

Me quedé sin palabras.

Nyktos dio media vuelta.

—¡Bájame! —grité, justo cuando mi trenza resbalaba hacia delante y me golpeaba en un lado de la cara.

—Noup.

—¡Que me bajes! —Hice ademán de patalear, pero su otro brazo se dobló sobre la parte de atrás de mis piernas para atraparlas—. Nyktos, juro por los dioses...

—No deberías jurar por los dioses. Es blasfemo.

Chillé de frustración, al tiempo que echaba un puño hacia atrás mientras él abría la puerta que unía nuestras habitaciones. Me quedé paralizada a medio gesto. Miré el oscuro pasillo del corto vestíbulo. La puerta... ¿habría estado abierta? ¿O habría utilizado Nyktos su poder para abrir la cerradura?

—Me da la sensación de que estás a punto de pegarme un puñetazo en los riñones —comentó Nyktos, mientras cruzaba hasta su dormitorio conmigo al hombro.

Mi puño se abrió cuando el olor a cítricos... a él... aumentó.

—No, no iba a hacer eso.

—No creo que haya conocido nunca a alguien que mienta tanto como tú.

Nyktos dio media vuelta y me dejó caer sobre la cama.

—¡Idiota! —Reboté contra el colchón justo cuando los escasos muebles de su habitación aparecían ante mí, iluminados por los faroles colgados de las paredes. Un armario. Unos cuantos baúles y un sofá largo al lado de una mesa con una sola silla. Estaba un poco sorprendida de estar en su habitación otra vez.

Nyktos me agarró de las piernas antes de que pudiera moverme siquiera, metió una entre su brazo y su pecho y agarró la bota de la otra. Sacó la daga con cuidado, la clavó en el pie de madera de la cama y luego me quitó la bota de un tirón.

—¿Joder, qué demonios...?

—Tus botas están tan sucias como tu boca. —Agarró la otra bota y esa también cayó al suelo con un ruido sordo—. Y aunque disfruto de esa boca en mi cama, no disfrutaré de las botas. —Bajó la vista hacia mis pantalones sucios y ensangrentados—. Esos también tienen que irse.

—Guau, no creo que un hombre me haya pedido que me quitase la ropa de un modo tan romántico nunca.

Sus ojos saltaron hacia los míos. Eran del tono del cielo fuera del palacio. Mis dedos se clavaron en la gruesa manta debajo de mí mientras Nyktos me miraba, y supe que estaba tan desastrosa como sentía la mente. Más pelo fuera de la trenza que dentro. La piel llena de cortecitos de las ramas. Él estaba furioso conmigo y yo no estaba, precisamente, contenta con él y su mangoneo, pero... pero algo cambió entre nosotros. Una tensión de un tipo diferente cargó el ambiente, me aceleró el pulso y me provocó una oleada de autoconciencia. De repente, me pregunté si Nyktos estaría pensando en la última vez que yo había estado en su dormitorio y sobre esta cama. O en nosotros en la sala de audiencias. Porque yo sí. Un intenso calor inundó mi sangre, seguido de un deseo palpitante.

Las aletas de la nariz de Nyktos se abrieron de pronto, su pecho se hinchó de más.

—Quítate los pantalones, Sera.

Esas palabras me golpearon como una caricia caliente y avivaron el lado especialmente impulsivo de mi naturaleza.

—¿Quieres los pantalones fuera? —Me eché hacia atrás para apoyarme sobre los codos y arqueé las cejas—. Pues vas a tener que quitármelos tú.

Nyktos se quedó quieto como una estatua. Ni siquiera su pecho se movía, pero unas finas hebras de *eather* se colaron en sus ojos. No lo haría. Lo había sabido ya cuando hice la petición.

Mis labios esbozaron una sonrisa tensa.

—Bueno, pues supongo que dormiré con ellos puestos.

Entonces se acercó, plantó una rodilla en la cama. El aire se quedó atascado en mi garganta. Me puse toda tensa cuando sus manos se deslizaron por debajo del jersey, luego me relajé cuando sus dedos se cerraron en torno a la cinturilla del pantalón.

Nyktos no apartó los ojos de los míos en ningún momento.

—¿Vas a levantar el culo, o también tendré que encargarme de eso por ti?

Me mordí el labio y levanté el trasero.

Las hebras de *eather* se avivaron en sus ojos mientras bajaba los pantalones por mis caderas y luego por mis muslos, sin molestarse siquiera con los botones. Los músculos de mi bajo vientre se tensaron cuando los bajó por mis piernas y el dorso de sus dedos rozó mi piel como un beso frío. Ni siquiera oí los pantalones caer al suelo. Su mirada siguió fija en mí mientras sus dedos me quitaban los calcetines de lana, que también cayeron en alguna parte más allá de la cama.

Despacio, esas espesas pestañas se entrecerraron.

—*Joder*.

El jersey y la combinación se habían gurrñado alrededor de la parte superior de mis muslos y, desde donde él estaba y por esa única palabra, supe que podía ver que no me había puesto ropa interior antes, en mi prisa por marcharme.

Mi corazón latía como un martillo pilón mientras Nyktos levantaba la vista para conectar con la mía de nuevo. La esencia giraba perezosa en sus ojos.

—El jersey también está sucio.

Se formaron unas oquedades debajo de sus pómulos y aparecieron las puntas de sus colmillos.

—Levanta los brazos.

Me incorporé para quedar de rodillas y se me cortó la respiración cuando se acercó y nuestros cuerpos quedaron a apenas unos centímetros de tocarse.

Levanté los brazos. Sus manos se hundieron en el grueso material del jersey y cerré los ojos cuando lo levantó para pasarlo después por encima de mi cabeza. Se me puso la carne de gallina por los brazos ahora desnudos. La combinación era casi de gasa, apretada alrededor de mis pechos y más suelta por mi cintura y mis caderas. Apenas ocultaba nada, así que estaba casi tan desnuda como cuando me dio su sangre. Podía sentir su mirada, tan pesada como una caricia, sobre mis hombros, sin rastro de herida ya, y la curva de mis senos. Luego más abajo.

Las yemas de sus dedos rozaron mi brazo y eso hizo que abriera los ojos. Nyktos estaba muy callado. Alargó las manos detrás de mí para agarrar mi trenza. Observé cómo sus dedos se deslizaban por la gruesa mata de pelo; pararon cuando llegó a la cinta que hacía todo lo posible por contener la masa. La quitó y se la pasó alrededor de la muñeca. Empezó a deshacer la trenza despacio y con cuidado. Mis ojos volaron hacia los suyos.

—No puede ser cómodo dormir con la trenza —murmuró, su voz más grave, más ahumada.

Me quedé callada, quieta como una estatua mientras él separaba los rizos con gran meticulosidad. Era inexplicable, pero el gesto me conmovió.

Cuando terminó, pasó toda la melena por encima de mis hombros y luego hacia atrás de nuevo, pero sus dedos se demoraron sobre los bucles, se deslizaron hacia las puntas que rozaban mi cintura.

—¿Ya te has cansado de pelear conmigo?

—Por el momento.

La curva regresó a sus labios y levantó los ojos hacia los míos.

—Y sin embargo, parece como si aún estuviéramos enzarzados en una batalla. —Separó los dedos de mi pelo y levantó un pulgar hasta mi mejilla. Tocó la piel bajo el araño y luego mi cuello, justo por debajo del mordisco ya casi curado.

Nyktos se quedó ahí unos instantes y luego retrocedió. Me observó mientras se quitaba las botas de una patada, como si esperase que fuese a salir corriendo. Pero no había mentido al decir que ya estaba cansada de pelear esta noche. El agotamiento había vuelto una vez más, pero esta vez era cálido en lugar de quebradizo. Me quedé donde me había dejado y lo observé mientras daba un paso atrás y se giraba hacia el lado. Bajé la vista y vi la dura línea de su erección, clara contra sus pantalones. Un deseo placentero se instaló en mis pechos y más abajo cuando se quitó la túnica. Las espirales de tinta por sus costados y su espalda lucían borrosas a la tenue luz. Giró en torno a la cama, en dirección a su armario. Abrió una puerta y bajó las manos hacia sus

pantalones. Entreabrí los labios mientras los desabrochaba, y luego cuando reveló la dura curva de su culo. No aparté la vista en ningún momento, como había hecho en el lago. Me empapé de la piel bronceada y dorada y de la fina pelusilla oscura sobre sus piernas.

Su cuerpo era... indecente.

Nyktos se puso un par de pantalones sueltos negros, como los que había conjurado Nektas. Se giró hacia la cama y soltó su pelo del moño que lo recogía en su nuca. Cuando los mechones cayeron sobre sus hombros, no pude evitar pensar lo íntimo que parecía todo aquello.

Las luces de la pared se apagaron según se acercaba a la cama, sumiendo la habitación en oscuridad.

—He sido yo —explicó al oír mi exclamación.

Mis ojos tardaron un momento en adaptarse. Nyktos estaba al lado de su cama.

—¿Más magia?

—Sí.

La cama se movió bajo su peso y yo... seguía donde él me había dejado. En la oscuridad, vino a mí. Pasó un brazo por mi cintura y no me resistí, sobre todo por la sorpresa, cuando tiró de mí hacia atrás y después hacia abajo. Pasó una manta por encima de mis piernas y mi cabeza cayó en una almohada. Luego la cama se movió un poco más cuando él se acopló detrás de mí.

Su brazo seguía por encima de mi cintura, pero ninguna parte más de nuestros cuerpos se tocaba, aunque no podía haber más de un par de centímetros o así entre nosotros. Yo tenía los ojos abiertos de par en par, perdidos en la oscuridad. Pasaron varios segundos.

—No creía que dijeras *al alcance de la mano* en sentido literal.

—Pues así es. —Su aliento frío tocó mis hombros y me recorrió un leve escalofrío.

El peso de su brazo era... era demasiado real. Demasiado *todo*.

—No creo que pueda dormir así.

—Si yo puedo, tú puedes.

—No estoy tan segura de eso.

—Solo cierra los ojos e inténtalo, Sera.

Por todos los dioses, cuando decía mi nombre de ese modo, como si fuese un juramento solemne, siempre me dejaba descolocada y sofocada. Cerré los ojos. Solo oía el sonido de mi corazón y sus respiraciones profundas y regulares, así que me concentré en esas respiraciones hasta que... hice lo

imposible y me dormí. No supe cuánto tiempo había pasado antes de despertarme sobresaltada.

Algo... había pasado algo.

Miré a la oscuridad y enseguida fui consciente de lo fuerte que me sujetaba Nyktos. Tenía el brazo apretado en torno a mi cintura, y la combinación era una barrera insignificante contra la presión fría de su piel contra mi espalda. Su pecho subía y bajaba agitado, su respiración llegaba en bocanadas cortas y rápidas contra la curva de mi cuello y mi hombro.

¿Estaba soñando?

Intenté girar la cabeza para mirarlo, pero su brazo se apretó aún más y tiró de mí aún más contra la curva de su cuerpo.

—¿Nyktos? —susurré.

No hubo respuesta.

Me invadió la preocupación. Alargué una mano para tocar el músculo tenso y fibroso de su brazo.

Un escalofrío recorrió su cuerpo entero.

—Prométemelo —murmuró con voz rasposa—. Prométeme que nunca más volverás a ir en busca de Kolis. —Mi corazón trastabilló y aspiré una bocanada de aire superficial—. Prométemelo, Sera. Nunca más.

Apreté los ojos contra la repentina humedad que los anegaba y pronuncié las dos palabras que no debía.

—Lo prometo.

Capítulo 8



Cuando desperté, Nyktos ya no estaba, pero las últimas palabras que le había dicho aún perduraban en mi memoria.

Lo prometo.

No debí haber hecho esa promesa. Rodé sobre la espalda y giré la cabeza. Mis ojos saltaron de la mesilla y la pequeña caja de madera que había ahí donde mi daga descansaba sobre la almohada de al lado de la mía. Respiré hondo, solté el aire despacio y recuperé la daga. Vi mi bata al pie de la cama. Nyktos debía de haberla llevado hasta ahí.

Esa nueva grieta en mi pecho palpitó mientras me levantaba.

Noté la piedra fría bajo los pies al cruzar descalza el pasadizo en penumbra para entrar en mi dormitorio. Me quedé parada debajo de la lámpara de araña de cristal durante unos segundos, tratando de ordenar mis pensamientos. La noche anterior había fracasado, así que ¿qué iba a hacer ahora?

No encontré respuesta alguna. Solo la llegada de Baines con agua limpia, seguido de Orphine. Su disculpa a Nyktos la noche anterior todavía escaldaba mi piel de la vergüenza.

—Cuando estés preparada, he de acompañarte ante Nyktos —anunció Orphine, al tiempo que empezaba a cerrar las puertas—. Estaré esperando en el pasillo. —Hizo una pausa—. Por favor, no intentes huir otra vez.

—No lo haré. —Esperaba algún tipo de comentario cáustico por su parte, pero todo lo que hizo fue asentir antes de salir de la habitación.

Me giré hacia la sala de baño. Al menos, lo que le había dicho a Orphine no era mentira. No intentaría escapar *ahora mismo*. Aunque tendría que

volver a intentarlo. Y eso hizo que la grieta nueva de mi pecho pareciese aún más inestable, como si estuviera en riesgo de ahondarse y extenderse.

Me froté el centro del pecho e interrumpí mis pensamientos antes de que repasaran el caos de emociones que había causado esa fisura. Nyktos estaba esperando, así que más me valía enfrentarme de una vez a lo que era muy probable que fuese a ser una bronca épica.

Retiré el pelo de mi cara, pero fruncí el ceño al tocar su textura mugrienta. Al apartar los dedos y bajar la vista, vi que una fina capa de ceniza cubría mis manos, unas manos que hasta ahora solo habían tenido el poder de curar y traer vida. Sin embargo, le habían hecho daño a Nyktos.

Ese tipo de poder mataba.

¿De verdad podían ser tan fuertes las brasas? ¿Me estarían dando poderes semidivinos incluso ahora? Cuanto más lo pensaba, más plausible parecía. Después de todo, las brasas siempre me habían dado poderes.

Era solo que no quería... hacerle daño a nadie. No a propósito.

Tragué saliva con esfuerzo y me obligué a ponerme en marcha. Fui hasta la sala de baño y agarré un paño limpio. Puse una toalla al lado de la bañera y me arrodillé. Me quité la combinación y eché de menos de inmediato el tenue aroma a cítricos que impregnaba su tela. Con un ojo siempre puesto en la entrada, me lavé a toda prisa y luego sumergí la cabeza en la bañera para lavarme el pelo con movimientos vigorosos. Después, tardé una cantidad de tiempo obscena en deshacer todos los nudos, pero estaba casi seco cuando fui hacia el armario.

No me quedaban demasiadas opciones en cuanto a vestimenta: unos cuantos jerséis, un par de gruesos y ceñidos pantalones negros y tres vestidos. Opté por un jersey y los pantalones y luego me reuní con Orphine en el pasillo.

La *draken* guardó silencio mientras me conducía hacia la planta baja del palacio, un libro remetido otra vez debajo del brazo. El único sonido era el de nuestras botas sobre los suelos de piedra.

—Siento lo de Davina —dije, sin saber si las dos *drakens* habían tenido una relación estrecha o no. Cuando no obtuve respuesta, la miré de reojo—. Y también... también lamento haber hecho que sintieras que habías fallado en el cumplimiento de tu deber. No fue culpa tuya, supongo que no esperabas que bajara escalando la pared desde el balcón.

Orphine arqueó una ceja, pero eso fue todo. Apreté los labios y aparté la mirada, al tiempo que la culpa arraigaba en mi pecho. Supuse que su antipatía

hacia mí había aumentado hasta un odio absoluto, y tampoco era que pudiese culpar...

—Tienes razón —dijo—. No esperaba que escalaras las paredes del palacio. Dudo de que mucha gente lo esperara, pero aprecio tu disculpa... y lo que pretendías hacer.

Mi cabeza voló hacia ella justo cuando llegábamos a las escaleras.

—¿Sí?

—Lo que hiciste habría acabado en desastre —afirmó—, pero tu disposición a correr semejante riesgo dice mucho de tu integridad. Y eso es algo que debe ser respetado. Honrado.

¿Respetado? ¿Honrado? Mientras cruzábamos por debajo de un arco, intenté recordar algún momento en el que hubiera estado en el extremo receptor de cualquiera de esas cosas. Antes de la noche de mi diecisiete cumpleaños me habían honrado, pero no por nada que yo hubiese hecho. Solo por lo que mi familia creía que podía hacer por el reino. Respetaban eso. No *a mí*.

Llegamos al vestíbulo desierto pero muy iluminado y pasamos por debajo de las enormes arañas de cristal con velas alimentadas por energía primigenia. Medio esperaba ver a una patrulla entera de guardias armados esperándonos. Meforcé a soltar el aire, eché un vistazo al anodino pedestal blanco sin nada sobre él y me pregunté, por enésima vez, qué habría habido ahí, si era que alguna vez había habido algo. Una especie de energía nerviosa zumbó en mi interior mientras pasábamos por las bocas de entrada a los pasillos, uno de los cuales conducía a la oficina de Nyktos. El palacio estaba envuelto en un silencio tenebroso cuando pasamos por delante de ese pasillo. Mi ansiedad aumentó.

—¿A dónde vamos?

—Con Nyktos —repuso Orphine. Eso ya estaba claro, pero no dio más detalles.

Crucé un brazo delante de mi estómago y deslicé los ojos hacia el salón del trono. Mis pasos se ralentizaron. No recordaba haber visto las puertas cerradas nunca. Si lo había hecho, entonces era menos observadora de lo que pensaba porque había un dibujo precioso pintado sobre ellas: habían grabado en plata el mismo tipo de vegetación ondulante que iba bordada en las túnicas que llevaban Nyktos y sus guardias. Unas hojas de álamo blanco brotaban de los tallos. En el centro de cada puerta había dos lunas en cuarto creciente, una frente a la otra, y en el espacio entre ellas, cruzando ambas puertas cerradas y pintado detrás de los tallos serpenteantes, había la forma de un lobo.

Un lobo blanco.

Parpadeé. Fruncí el ceño mientras contemplaba el dibujo...

La brasa perteneciente a Nyktos vibró en mi pecho cuando las puertas se abrieron en silencio al acercarnos, para revelar a dos guardias que no me sonaban de nada. Mi pulso trastabilló. ¿Por qué me iba a reunir con él ahí? Con todos los sentidos a flor de piel, entré en el salón del trono y me detuve en seco.

Bajo el resplandor del cielo cubierto de estrellas muy alto por encima del techo abierto y las miles de velas encendidas por las paredes, había... por todos los dioses, tenía que haber *cientos* de hombres y mujeres de pie en el salón del trono, vestidos con el gris oscuro de los guardias del Primigenio y armados hasta los dientes.

No podían ser todos, puesto que sabía que el Adarve y Lethe no quedarían desprotegidos, pero la enorme cámara circular estaba casi a rebosar. Mis ojos como platos se deslizaron por el mar de rostros. Vi a Saion al lado de Rhahar, enfrente de Rhain y Ector. Había otro varón con ellos, uno con pelo oscuro y ondulado y de la misma pálida piel marfileña que Orphine. Rhain apartó la mirada, la mandíbula apretada cuando mis ojos se cruzaron con los suyos.

Mi confusión no hizo más que aumentar cuando vi a Lailah y a Theon, junto a un *draken* de escamas negras con tintes morados que tan solo les llegaba a la altura de las rodillas. Era raro ver a Reaver en su forma de *draken* cuando la última vez que lo había visto había parecido un chiquillo de unos diez años con pelo rubio desgreñado, una carita élfica y ojos solemnes demasiado serios. Entonces miré al estrado.

Nyktos estaba de pie delante de los tronos vacíos, vestido con una camisa holgada y pantalones oscuros. Incluso desde la distancia, sus ojos encontraron los míos y me sostuvieron la mirada. Mi corazón empezó a latir con fuerza mientras me quedaba ahí plantada.

—Vamos. —Orphine me hizo un gesto para que la siguiera.

Como si hubiese caído en un hechizo, mis pies se movieron. Los guardias y los dioses se abrieron para dejarnos pasar, la sala tan callada que temí que pudiesen oír el tronar de mi corazón antes de llegar a las escaleras redondeadas. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero no me daba la impresión de que Nyktos me hubiese llevado ante toda esa gente para gritarme. Tenía que saber lo mal que saldría eso para él, por muy Primigenio que fuese. Me paré otra vez porque lo había hecho Orphine y...

Porque la intensa mirada de Nyktos seguía clavada en mí y en mi pelo, que había dejado suelto. Esa elección no había tenido nada que ver con su

fascinación por él ni por el hecho de que una vez me hubiera dicho que le recordaba a la luz de la luna. Para nada. Me cosquilleaba la parte de atrás del cuello mientras subía despacio el corto tramo de escaleras.

—Todo va bien —dijo Nyktos con una voz que fue apenas un susurro. La luz de las velas centelleó en su brazalete de plata cuando me tendió una mano—. Toma mi mano.

Demasiado confusa para negarle nada, hice lo que me ordenaba. Nyktos asintió mientras me giraba para colocarnos de cara a todos los que aguardaban más abajo. Los guardias de las puertas las cerraron mientras Reaver se separaba de la masa de gente. Con un suave tintineo de sus garras, cruzó los suelos de piedra umbra y subió las escaleras. No veía a Nektas, pero sí vi a Aios de pie cerca de Paxton, el niño mortal que Nyktos había llevado a las Tierras Umbrías después de que intentase robarle la cartera. La expresión perpleja del rostro de la diosa era fiel reflejo de lo que sentía yo.

Nyktos puso su otra mano sobre mi hombro. El frío de sus dedos se filtró a través del jersey para servir otra vez de recordatorio de lo que le había hecho.

—Los aquí reunidos son algunos de mis aliados de mayor confianza —continuó en voz baja. Me percaté entonces de que nunca se refería a sus guardias o a los dioses como sirvientes. Solo hablaba de ellos como si fuesen sus *iguales*—. Han jurado proteger las Tierras Umbrías y enfrentarse a Kolis y a todo aquel que apoye al falso Primigenio de la Vida.

Mi estómago dio otra voltereta mientras Reaver se agazapaba al lado de mis piernas.

—Todos ellos lo han hecho a sabiendas de que su juramento es probable que acabe con su muerte. Y aun así, trabajan de manera activa para devolver a Iliseum a lo que una vez fue: un reino de paz y justicia para todos. Hasta el último de ellos es valiente casi hasta la exageración —dijo, levantando un poco la voz—. Igual que tú.

El aire salió de golpe de mis pulmones.

Nyktos me dio un apretoncito en la mano antes de levantar la vista hacia la multitud.

—Cualquiera de ellos hubiese hecho lo que hiciste tú la otra noche —afirmó, y dejó que su voz llegara a todos los rincones del salón del trono—. Cualquiera de ellos se sacrificaría si creyera que eso protegería a las Tierras Umbrías y a quienes buscan refugio aquí. —Nyktos irguió bien la cabeza mientras Reaver se apoyaba contra mis piernas para aquietar el leve temblor que se había apoderado de ellas—. Seraphena no ha hecho ningún juramento,

no le ha prometido lealtad a nadie, tampoco porta aún la corona de la consorte. No lleva aquí mucho tiempo, pero aun así, estuvo dispuesta a arriesgar su propia vida para protegeros a todos... a todos los que vivís en las Tierras Umbrías y a los de más allá. Como creía que era la causante de los recientes ataques, planeó entregarse a Kolis. Aunque ella no sea la causante —continuó, y las sutiles mentiras salieron por su boca con fluidez—, su valentía no tiene igual, ni siquiera entre todos vosotros.

No hubo ninguna risa desdeñosa, sino más bien miradas de sorpresa en las caras de los que reconocía y los que no. Y yo... estaba igual de sorprendida. Me quedé ahí plantada, sin saber si debía estrangular a Nyktos o abrazarlo. Porque nadie, absolutamente *nadie*, había reconocido nunca de un modo tan público algo que yo hubiese hecho. Oí un murmullo sordo y deslicé la vista por la multitud. Me detuve en Aios, cuyo rostro había perdido todo el color.

El pulgar de Nyktos serpenteó por la palma de mi mano y eso me hizo dar un respingo.

—Seraphena será una consorte más que merecedora de las espadas y los escudos que cada uno de vosotros blandiréis para protegerla. Una que las Tierras Umbrías se sentirán honradas de tener.

Me sentía mareada. Me había quedado fija en Aios, pero un movimiento captó entonces mi atención. Ector salió de entre la gente, desenvainó su espada, la cruzó delante de su pecho e hincó una rodilla en tierra.

—Entonces, nosotros nos esforzaremos por ser merecedores de semejante honor.

Di otro respingo, choqué con Nyktos al tiempo que Reaver levantaba las alas y estiraba el cuello para emitir una llamada aguda y reverberante. Nyktos me sujetó mientras Saion hacía lo mismo que Ector, luego Rhahar y los gemelos. Entonces un coro de gritos repitió el juramento de Ector, las espadas se levantaron en alto, y dioses y guardias por igual se arrodillaron.

—Ninguno de ellos albergará pensamientos negativos hacia ti ahora. Te verán solamente como lo que eres: valiente y atrevida. —Nyktos había agachado la cabeza y hablaba para que solo yo pudiera oírlo. Su aliento frío danzó alrededor de mi oreja y me provocó un escalofrío por toda la piel—. Y si alguno alberga aún algún pensamiento negativo hacia ti, serán los últimos que tengan nunca. Da igual lo leales que sean a las Tierras Umbrías, los destruiré.

Me puse rígida.

No había ni una sola parte de mí que dudara de la sinceridad de su amenaza. Estaba en las sombras de su voz y yo... bueno, seguía indecisa entre

querer estrangular a Nyktos o quizá... besarlo.

Era obvio que no había olvidado lo que le había dicho acerca de sus guardias. Este discurso consiguió dos cosas: me ganó el favor de los que estaban disgustados conmigo y, en el proceso, me daba a mí un jaque mate de un modo bastante impresionante.

Porque Nyktos se acababa de asegurar de que fuese muy improbable que ninguno los presentes en la sala quisiese ayudarme en cualquier intento futuro de encontrar a Kolis. Algo que tal vez Nyktos no se habría planteado hacer nunca si yo no hubiese abierto mi gran boca para contarle cómo sus guardias se alegrarían de verme partir. No solo eso, me vigilarían más de cerca aún, ahora que sabían lo que era capaz de intentar.

Me giré hacia él, con los ojos entornados.

—Bastardo astuto —susurré. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—Lo sé. —La esencia se avivó en sus ojos cuando inclinó la cabeza hacia la mía, nuestras bocas tan cerca que por un momento pensé que tal vez me besaría incluso—. Pero cada palabra que he dicho la he dicho en serio. Eres valiente y fuerte. Serás una consorte más que digna de sus espadas y sus escudos.

Se me anegaron los ojos de lágrimas y aparté la vista a toda prisa. Tenía que hacerlo. Una emoción cruda y temblorosa bulló en mi interior. Lo que había dicho significaba un mundo para mí, porque cada palabra que había pronunciado había sido sobre *mí* y sobre *mis* acciones. No sobre lo que creía de mí. No sobre lo que las brasas o yo podíamos hacer por él, sino sobre lo que yo había elegido hacer. Y por primera vez en mi vida, me sentí como si fuese más que un destino que yo nunca había pedido. Más que las brasas que llevaba en mi interior.

Me sentía... *más*.

Capítulo 9



Orphine me había conducido fuera del estrado, a través de la sala de guerra y hacia el estrecho pasillo que llevaba al ala este y la oficina de Nyktos. Me dejó ahí plantada en la antesala en penumbra, aún aturdida por las acciones de Nyktos. Como dudaba que me hubiesen dejado sola, abrí la puerta y me paré a medio paso.

Lo que vi no fue en absoluto lo que esperaba.

Nektas estaba sentado en el sofá, enfrente de una pequeña mesa con un plato tapado y una jarra de zumo, sus largas piernas estiradas delante de él y cruzadas por los tobillos. Tenía los brazos cruzados delante del pecho, la tela de su camisa negra tensa sobre sus músculos. Sus ojos estaban cerrados, la cabeza inclinada hacia atrás, dejando al descubierto la piel cobriza de su cuello. Su largo pelo oscuro, veteado de rojo, caía sobre un hombro donde...

En su forma de *draken*, su hija estaba tumbada de espaldas a su lado, las patas de atrás apretadas contra el cojín del sofá mientras jugueteaba con el pelo de Nektas con sus patas delanteras.

Jadis giró su ovalada cabecita marrón verdosa hacia mí. Sus ojos carmesís se abrieron como platos y emitió lo que solo podía suponer que era un gorjeo de sorpresa. ¿Una sorpresa alegre?

—‘nos días —murmuró la voz grave y retumbante de Nektas.

Jadis hizo ese sonido otra vez mientras trataba de desenredar sus pequeñas garras del pelo de su padre. Tiró de la cabeza de Nektas varias veces antes de liberarse, pero él no dio muestras de reaccionar; ni siquiera abrió los ojos. La diminuta *draken* rodó sobre la barriga y desplegó unas delgadas alas casi translúcidas antes de bajar del sofá de un salto y aterrizar con un golpe suave.

Jadis correteó por el suelo sobre dos patas primero y luego sobre cuatro, directa hasta chocar conmigo. Se agarró a mis pantalones y empezó a dar saltitos mientras gimoteaba una vez, luego dos, sin dejar de tirar de la tela.

—Quiere que la levantes en brazos —comentó Nektas—. Si no te sometes a eso, es probable que tenga una pataleta. —Abrió un ojo rojo vino—. Y no quieres que eso ocurra. Créeme.

Visto que Jadis ya estaba empezando a toser humo y llamas, de verdad que no quería eso. Vacilé un instante. Me miré las manos y tragué saliva.

—¿Estás seguro de que quieres que la levante?

—¿Por qué habría de tener ningún problema con eso?

—Ya viste lo que le hice a Nyktos. —Le lancé una mirada significativa.

—Lo que le hiciste a Ash fue un accidente. Uno que no temo que vayas a repetir con mi hija.

Deseé con toda mi alma que su confianza no estuviese equivocada, pero me doblé por la cintura y estiré los brazos como me había enseñado Nyktos. Jadis no dudó ni un segundo. Noté sus escamas frías contra mi piel cuando se agarró a mis brazos sin usar las uñas. La levanté y ella se pegó de inmediato a mi pecho y envolvió los brazos alrededor de mi cuello.

—Cuidado con sus... —Un ala se estampó contra mi cara—. Sus alas —terminó Nektas con un suspiro—. Perdona.

—No pasa nada. —Eché la cabeza hacia atrás cuando Jadis se contoneó para pegarse más a mí y enterró sus garritas en mi pelo. Su aliento me hizo cosquillas en el lado del cuello mientras hacía un suave ruidito gorjeante—. Solo procura no respirar fuego sobre mí. —Sus grandes ojos de un rojo intenso se cruzaron con los míos. Jadis trino—. Espero que eso haya sido un ruidito de aquiescencia —le dije.

—Le gustas —aportó Nektas—. Así que si, por casualidad, respira o eructa un poco de fuego sobre ti, será un mero accidente.

—Es bueno saberlo —murmuré. Le di unas palmaditas en la espalda y miré por la oficina—. No estabas en el salón del trono.

—No necesitaba oír lo que ya sabía.

¿Porque él ya me veía como valiente y atrevida? Un agradable calorcillo sonrojó mis mejillas. ¿O porque ya estaba preparado para que intentase escapar de nuevo? Esto último era más probable.

—Ash debería llegar en pocos minutos. —Nektas hizo un gesto vago hacia la mesa—. Pidió que te trajeran comida.

Ash.

Nektas era la única otra persona que lo llamaba así. En ese momento no tenía hambre alguna, pero fui hacia *la* silla colocada delante de la mesa y me senté mientras Jadis continuaba su parloteo bajito. Miré de reojo a Nektas. Él me observaba como había hecho después de que me hirieran en el Bosque Rojo. Curioso por lo que, al parecer, veía. No me permití pensar en cómo lo había visto desnudo ni cómo había sido testigo de mi completo fracaso de fuga.

Sacudí la cabeza, re Coloqué un poco a Jadis para llegar hasta la jarra de zumo y me serví un vaso.

—¿Te ha encargado vigilarme hasta que Nyktos u otra persona estén disponibles?

—Estoy aquí porque elegí estarlo.

Arqueeé una ceja.

—No hace falta que mientas.

Nektasladeó la cabeza. Parecía relajado al hablar, pero una corriente de energía bullía bajo su piel.

—¿Por qué habría de mentir sobre algo así? —Me encogí de hombros. Me hubiese gustado creer que Nektas estaba aquí porque prefería pasar tiempo conmigo en lugar de con todos los demás—. Orphine se habría quedado contigo si a mí me necesitaran en otro sitio, pero quería hacerte compañía hasta que llegara Ash. —Nektas enderezó la cabeza—. En cualquier caso, pensé que sería mejor compañía que Orphine.

Mi risa fue grave y rasposa. Levanté la tapa del plato y la cabeza de Jadis voló hacia él de inmediato. Sus gorjeos aumentaron de volumen al ver el beicon, la montaña de huevos salpicados de pimientos en rodajas y el pan mantecoso. También había un trozo de chocolate.

Miré a su padre y pensé en Davina.

—¿Te... tenía familia Davina?

—Tenía una hermana mayor, pero murió hace años —dijo Nektas después de un momento—. Pero aparte de ella, nadie que yo sepa.

—¿Habrá alguna ceremonia para el entierro? ¿O ya se ha hecho?

—No celebramos ceremonias por los muertos —me dijo—. Creemos que forzar a los que querían al fallecido a verlo en ese estado no hace nada por honrar al muerto. Sabemos que saben que el alma ya ha dejado el cuerpo para entrar en Arcadia. Cuando es posible, alguien que no sea muy cercano al fallecido quema el cuerpo pocas horas después de la muerte, y cada uno pasa el duelo como mejor le parezca... ya sea juntos o en solitario.

Como no había sabido que los *drakens* entraban en Arcadia en lugar de en el Valle, aproveché para beber un trago de zumo.

—¿Sabes? Me gusta vuestro sistema. Yo tampoco querría que las personas que me aprecian tuvieran que ver cómo se quema mi cuerpo. — Pensé en cuando vi arder en la pira funeraria a mi vieja niñera, Odetta, envuelta en su mortaja—. De todos modos, los ritos funerarios son más para los vivos que para los muertos. Y vale, supongo que sí marcan el cierre de algo, pero también supongo que hay a otras personas a las que solo les provocan más dolor.

Nektas asintió.

Mi agarre sobre Jadis se apretó cuando la vi estirar las patitas hacia una crujiente loncha de beicon.

—Creo que no puedes tomar nada de esto. —Levantó su cabecita sin cuernos hacia mí, sus ojos tristes y más grandes que antes—. Lo siento. Me han dicho que no te dejan comer beicon.

Nektas soltó una carcajada.

—¿Ash te ha dicho eso? —Asentí mientras agarraba un tenedor—. ¿Qué cree, que no sé que la deja comer lo que le da la gana?

Puesto que esa era más o menos la verdad, no dije nada y llené mi tenedor de huevo. Jadis bufó de manera ostentosa cuando me lo metí en la boca.

—¿Puede tomar huevos?

—Si consigues que coma cualquier cosa de un tenedor en lugar de con sus deditos mugrientos, puede.

Con una sonrisa, pinché un trocito de huevo con la punta del tenedor y lo acerqué a su boca.

—Abre —le dije, mientras ella miraba el tenedor como si fuese una serpiente—. Llévate solo el huevo. No muerdas el tenedor.

Ladeó la cabeza y me dio varios coletazos en la cadera. Estiró su delgado cuello para olisquear los huevos. Luego retrocedió a toda velocidad, con un siseo en dirección al tenedor, al que le enseñó... unos dientes sorprendentemente afilados.

Madre mía.

—Mira cómo lo hago yo. —Levanté el tenedor hacia mi boca y di un mordisco con una lentitud dramática—. ¿Ves? Mmmm. —Añadí más huevos al tenedor—. Tu turno.

Hicieron falta varias demostraciones más de cómo comer de un tenedor antes de que Jadis mirara el utensilio con gesto serio y estirara la cabeza hacia

delante. Cerró la boca sobre los huevos y solo hubo un ligero tirón del tenedor cuando retrocedió.

—Por todos los demonios —murmuró Nektas, sorprendido—. ¿Sabes cuánta gente ha intentado conseguir que comiera con un utensilio? Hasta Reaver lo intentó.

—Buen trabajo, Jadis. —Miré de reojo a su padre mientras añadía más huevos al tenedor—. Supongo que tengo el toque mágico.

Jadis tironeó de mi brazo y no lo soltó mientras levantaba otra vez el tenedor hacia su boca. Aún tardó un par de segundos en animarse a aceptar el bocado.

—Puede ser. —Nektas se aclaró la garganta y apartó la mirada—. Pero yo creo que le recuerdas a su madre.

Lo único que sabía era que la madre de Jadis había muerto hacía dos años. No sabía nada más.

—¿Cómo... cómo se llamaba?

—Halayna. —Se enderezó, los rasgos más tensos—. Tenía el pelo como tú. No tan pálido, pero casi. No creo que Jadis recuerde demasiado de ella. Aún es muy pequeña, pero es imposible estar seguro de lo que recuerda y no recuerda un niño.

Me comí todo el chocolate, luego di un mordisquito al beicon, consciente de los ojos glotones de Jadis, que no se separaban de la loncha crujiente.

—¿Estabais casados?

—Estábamos *emparejados* —me corrigió—. En muchos aspectos, es lo mismo que un matrimonio. No es algo que los *drakens* hagamos a la ligera. Los vínculos que forjamos con un emparejamiento solo pueden romperse con la muerte.

Los divorcios eran raros entre la mayoría de la gente en Lasania, pero me daba la impresión de que, entre los nobles, eran mucho más frecuentes que los matrimonios por amor.

—Entonces, ¿la querías?

—Con todo mi ser.

Cerré los ojos un instante. Aún la quería. No necesitaba poder leer emociones para darme cuenta de eso.

—Lo siento —susurré. Esbocé una leve sonrisa cuando Jadis levantó la vista hacia mí sin dejar de masticar sus huevos. Quería saber cómo había muerto Halayna, pero no haría esa pregunta delante de Jadis. Como había dicho Nektas, era imposible saber lo que la niña recordaba y lo que no—. Mi madre quería a mi padre... mi padre biológico. Murió la noche que nací yo.

—Di otro bocado al beicon y decidí obviar las circunstancias de su muerte—. Me pregunto si eran pareja de corazón, ¿sabes a lo que me refiero? Tal vez las leyendas al respecto sean verdad, porque creo que parte de mi madre murió también esa noche.

—Dos mitades que hacen un todo. Corazones gemelos —dijo Nektas. Eso atrajo mi atención hacia él y vi que me observaba con atención—. Así es como los llaman los *Arae*. Es algo que no ocurre a menudo, pero es real. Nunca he oído que ocurra entre mortales, pero eso no significa que sea imposible. La pérdida de la otra mitad puede ser... catastrófica. Si tus padres eran corazones gemelos, entonces me apiado de tu madre.

Yo no iría *tan* lejos. No después de que no hiciera nada por detener a Tavius ni ningún intento real, aparte de esperar a lo que haría yo, por mejorar las vidas de sus súbditos. Ya no. Había tenido suerte de que no le hubiese dicho a Nyktos que la llevara al Abismo.

—Pero tendría sentido que tus padres lo fueran —añadió, al tiempo que se arrellanaba en el sofá.

—¿Por qué dices eso? —Rasqué a Jadis debajo de la barbilla y ella murmuró de placer. Luego cerró los ojos y mi sonrisa se ensanchó.

—Los corazones gemelos suelen ocurrir solo entre dos personas cuyas uniones están vinculadas a algún propósito mayor.

—¿Como cuando un *viktor* está asignado a cuidar de alguien? —pregunté, en alusión a los que vivían numerosas vidas mortales para servir como protectores o guías de aquellos que los Hados determinaban que serían heraldos de gran cambio y propósito. Nektas asintió.

—Quizás el destino unió a tus padres para garantizar que las brasas de vida nacieran como era la intención de Eythos.

—Quizá. —Bebí un sorbo y luego le ofrecí el zumo a Jadis, pero puso cara de asco—. ¿Cuánto sabes sobre lo que hizo Eythos?

—Todo.

—Entonces, sabes que no estaba siendo una tonta ayer por la noche. Si consiguiese llegar hasta Kolis, puede que tuviese éxito en mi empeño.

—Tal vez, pero ¿a qué precio?

—¿Acaso importa el precio cuando estamos hablando de detener a Kolis para siempre?

—El precio siempre debería importar cuando es a costa de la vida de una persona —dijo.

La grieta que se había formado en mi pecho tembló muy profundo.

—Pero ese es un precio que yo pagaré de un modo o de otro.

—Eso no puedes saberlo. —Nektas miró hacia las puertas en el mismo momento en que sentí un zumbido cálido en el pecho—. Él viene.

Me ocupé en meterme media rebanada de pan mantecoso en la boca mientras Nyktos entraba en la sala. No levanté la vista, pero sentí su mirada en el codo. Jadis tuvo justo la reacción opuesta: se giró a toda velocidad en mis brazos y se estiró para mirar por encima de mi hombro. Emitió un sonoro trino de emoción justo al lado de mi oreja y empezó a forcejear contra mi agarre.

El Primigenio me la arrebató de los brazos al pasar.

—Traidora —musité. Levanté la vista con disimulo para ver a Jadis abrazarse a él como un pequeño oso de árbol, los ojos cerrados y sus pequeñas garras enterradas en donde Nyktos tenía el pelo recogido en un pequeño moño en la nuca.

La escena era tan dulce que me sorprendió que no me hubiesen empezado a doler los dientes.

—Sera ha conseguido que comiera de un tenedor —anunció Nektas.

—¿En serio? Y yo que pensaba que Jadis comería con sus... —Mientras acariciaba la espalda de la pequeña *draken*, se giró hacia nosotros. Frunció el ceño cuando sus ojos se posaron en la mesa. En mí—. ¿Eso es todo lo que has comido?

—Así es. —Agarré una servilleta.

—Es imposible que estés llena —musitó Nyktos. Depositó a Jadis en la silla de su escritorio. La *draken* se irguió sobre las patas traseras, solo un ojo carmesí visible por encima del respaldo de la silla.

—No puedes querer controlar también lo que como y lo que no —repliqué.

—La verdad es que sois muy entretenidos de ver —murmuró Nektas. Su hija saltó al suelo y correteó por allí. Nektas se agachó, la recogió y la colocó sobre el sofá. Jadis se hizo un ovillo al lado de su muslo.

—Si encuentras esto entretenido —dije, mientras Jadis bostezaba de manera sonora—, debes estar muy aburrido.

Nyktos soltó una risita.

—Lo está. —El *draken* sonrió—. La única razón por la que estaba comentando lo de la comida era debido al Sacrificio. No quieres correr el riesgo de debilitarte y caer en estasis. —Sus ojos se cruzaron con los míos, vino hacia mí y pescó una loncha de beicon—. Si prefieres otra cosa para comer, estoy seguro de que puedo pedir que te lo preparen.

—No será necesario. —Jugueteé con el dobladillo del mantel—. Además, no creo que haya suficiente comida ni horas de sueño en ninguno de los dos mundos para evitar lo que se avecina.

—¿Y eso es...? —preguntó Nyktos.

—La muerte. —Señalé al Primigenio con la barbilla—. Y no me refiero a ti.

Nektas me dedicó una sonrisita al oír eso.

—La muerte no es una conclusión inevitable.

—¿No lo es? —Empecé a dar golpecitos con el pie.

—No —insistió.

Apreté los labios y sacudí la cabeza. No tenía ni idea de lo que estaba pensando Nektas. Si sabía todo sobre este trato, sabría que solo el amor del hombre al que había planeado matar (alguien que de hecho era incapaz de amar) podía salvarme. Nektas era consciente de eso.

—No hay ninguna razón para negar lo que se avecina. —Le sostuve la mirada a Nyktos, que volvió a apoyarse en su escritorio—. Da igual lo fuertes que sean las brasas de vida.

Un músculo se apretó en su mandíbula.

—Tendremos que estar de acuerdo en estar en desacuerdo con respecto a eso.

—Te gusta mucho decir eso, ¿no?

—Y a ti te gusta discutir, ¿no?

Puse los ojos en blanco.

—Sí, bueno, discutir sobre esto no sirve de nada. —Mi pie daba golpes a toda velocidad ya—. Pero vaya, si te hace feliz...

—Nada de esto me hace feliz —espetó Nyktos, y no pude encontrar ningún fallo en su comentario—. Sea como fuere, lo que dijo Holland tal vez no haya sido del todo correcto. Podría haber otra opción.

Sonreí un poco al recordar lo que había dicho en el Bosque Moribundo acerca de necesitar cinco segundos de paz para que se le ocurriese otra manera de salvar mi vida.

—¿Como qué?

—Como lo que le hizo Kolis a mi padre: extraer las brasas.

Mi mandíbula casi golpeó la mesa.

—¿Eso es posible?

—No veo por qué no. —Nyktos me observó con atención—. Las brasas son *eather*. Es la esencia de un Primigenio. Kolis encontró una manera de sacarlo de mi padre sin dañarlo.

Una chispa de esperanza brotó en mi interior, pero la sofoqué antes de que pudiera prenderse y propagarse el fuego. Había demasiados interrogantes, demasiadas preguntas.

—Pero no pudo quitárselo todo.

—Eso fue porque Eythos era un Primigenio —apuntó Nektas—. Tú eres una Primigenia nacida de carne mortal. Esas brasas no son del todo tuyas, a menos que Ascendas a Primigenia.

—En verdad, eso no me aclara nada —admití—. Explícamelo como si fuese Jadis aprendiendo a usar un tenedor.

Nektas sonrió al oír eso.

—Lo que quiere decir es que esas brasas te han cambiado de una manera fundamental. —Nyktos agarró el borde del escritorio, estiró las piernas y las cruzó con soltura por los tobillos—. Estás terminando tu Sacrificio. Eso no hay quién lo pare ya. Pero si pudiéramos extirpar las brasas, deberías ser como cualquier divinidad que entrara en el Sacrificio.

¿Debería?

—Corrígeme si me equivoco, pero no todas las divinidades sobreviven al Sacrificio, ¿verdad?

—No lo hacen, pero mi sangre se aseguraría de que tú sobrevivieras —continuó—. Garantizaría que no fallaras en tu Ascensión.

Eso me dejó patidifusa. Darme sangre para curar heridas parecía muy distinto de ayudar en mi Ascensión.

—¿Cuánta... cuánta sangre necesitaré para la Ascensión?

—Habría que sacarte toda la sangre excepto la última gota —explicó Nyktos—. Luego la reabastecerías con mi sangre.

—¿Toda excepto la última gota? —susurré—. Esa es mucha sangre.

—Lo es. —Nyktos me sostuvo la mirada—. Es la razón de que la Ascensión pueda ser tan peligrosa. Puedes tomar demasiada sangre o no la suficiente, pero la alternativa es inaceptable.

Me eché hacia atrás y solté todo el aire mientras mil pensamientos corrían por mi mente junto a la confusión de por qué seguía decidido a hacer tal cosa, incluso después de que me sacaran las brasas de dentro. Llegados a ese punto, ya no le serviría de nada en especial. El aire que aspiré no fue a ninguna parte.

—Si eso funcionara, ¿en qué me convertiría yo?

—Serías como cualquier divinidad que sobrevive al Sacrificio —respondió—. Aunque es posible que seas algo más. Esas brasas son poderosas. Podrías Ascender a ser diosa incluso.

Las divinidades que Ascendían ya no eran del todo mortales después de eso. Envejecían más despacio; cada tres décadas de vida mortal equivalían a un año de la vida de una divinidad. Eran susceptibles a muy pocas enfermedades y, aunque no eran tan inmunes a las heridas como un dios o un Primigenio, podían vivir miles de años. Al menos, eso decía Aios.

Pero ¿una diosa?

No podía ni procesar la posibilidad de ninguna de esas dos opciones, aunque la esperanza era ahora una pequeña llama.

—¿Creéis que es posible?

—Hasta ahora no ha ocurrido nunca —explicó Nektas—. Cuando Eythos era el verdadero Primigenio de la Vida y Ascendía a los Elegidos, se convertían en lo mismo que las divinidades debido a que el *eather* es más fuerte en los terceros hijos. Ninguno ha Ascendido nunca a un verdadero dios, en ningún momento de los cientos de años durante los cuales han estado Ascendiendo Elegidos. Pero ninguno tenía brasas Primigenias en su interior. Contigo, cualquier cosa es posible.

Eso daba un poco de miedo.

—Dijiste que solo Kolis y Eythos sabían cómo hacerlo.

—Alguien tuvo que decírselo a Kolis —señaló Nektas—. Debió aprenderlo en alguna parte.

—Antes de que Penellaphe se fuera, dijo algo que me pareció raro —comentó Nyktos, y recordé haberlos visto juntos en el salón del trono, hablando en voz demasiado baja para que yo pudiera oírlos—. No hacía más que darle vueltas en la cabeza. Dijo que Delfai se alegraría de tu presencia.

—¿Quién o qué es un Delfai? —pregunté.

La sombra de una sonrisa apareció en los labios de Nyktos.

—Es un dios de la Adivinación muy viejo y muy poderoso.

Fruncí el ceño.

—No recuerdo haber oído hablar de la existencia de un dios de la Adivinación específico.

—Era capaz de ver lo que estaba oculto para los demás... sus verdades, tanto pasadas como futuras —explicó Nyktos, y eso sonaba como un dios del que no quería estar ni remotamente cerca—. Como dijo Penellaphe, los dioses de la Adivinación consideraban que el Monte Lotho era su hogar y servían en la corte de Embris. La mayoría fueron destruidos cuando Kolis le arrebató las brasas a mi padre. Siempre había dado por sentado que Delfai también lo había sido, pero consulté los viejos registros. Nunca entró en Arcadia. Sigue vivo.

—¿Podemos encontrarlo? —pregunté, echándome hacia delante—. ¿Con tus poderes primigenios especiales?

Los labios de Nyktos hicieron ademán de sonreír.

—Exactamente, ¿qué tipo de poderes crees que tengo?

—Con suerte, el tipo que permite encontrar dioses desaparecidos —sugerí.

—Por desgracia, no. —Sus dedos se movían por el borde del escritorio, parecían seguir el ritmo de los golpecitos de mi pie—. Pero sí sé de algo que puede hacerlo.

—Los Estanques de Divanash —aportó Nektas. Yo solo pude parpadear—. Son estanques de adivinación, antes vigilados y cuidados por esos dioses. Los estanques pueden mostrar cualquier objeto o persona que quiera encontrar el buscador. Hace mucho tiempo que se reubicaron en el Valle.

—Donde yo no puedo ir —continuó Nyktos—. Y donde Kolis tampoco puede entrar ya.

Y supe de inmediato por qué los habían reubicado. Si esos estanques podían mostrar la ubicación de alguien, podrían haber revelado dónde estaba el alma de Sotoria.

—¿Fue tu padre el que los trasladó ahí?

—Mi padre los ocultó, pero yo los trasladé en cuanto fui lo bastante poderoso para hacerlo.

Un *gracias* subió a mi boca con el aire que inspiré, pero parecía... tonto, por alguna razón, darle las gracias. Porque yo no era ella. Me centré en el *draken*.

—Tú sí que puedes entrar en el Valle.

—Sí, pero los estanques son... temperamentales. —Nektas esbozó una leve sonrisa—. Solo proporcionarán respuestas tras recibir lo que nadie más sabe de la persona que busque la respuesta. No puede haber ningún intermediario...

—Entonces, tendría que ir yo.

Nyktos asintió.

—Puedo ir ahora mismo. —Empecé a levantarme.

—No puedes ir ahora —objetó Nyktos—. No hasta después de la coronación.

—Pero...

—No será seguro para ti viajar a ningún sitio antes de entonces —me interrumpió.

—¿Será seguro para mí hacerlo después? —pregunté. Los dedos de Nyktos se pararon.

—Cualquier protección que ofrezca será mejor que nada, Sera. Puede que no pase nada de camino al Valle y vuelta, pero incluso yo tengo problemas para controlar algunas cosas en las Tierras Umbrías. Criaturas que devorarán encantadas cualquier cosa que se cruce en su camino que no sea un Primigenio y esté reclamado por uno.

Imaginé que se refería a las Tinieblas, y eso me impulsó a sostenerle la mirada, pues la mera idea de que ser *reclamada* me ofreciera protección me parecía alucinante. También me repateaba. Menuda mierda.

—No tengo miedo de lo que me pueda encontrar.

—Por supuesto que no, pero aun así no os pondré en peligro a ti ni a Nektas sin haber tomado todas las medidas de seguridad posibles antes. Él te protegerá, pero no puede hacerlo contra un Primigenio hasta que no seas mi consorte. Y esto no está abierto a discusión.

—¿Y si quiero discutirlo de todos modos?

Me lanzó una mirada insulsa.

—Si eso te hace sentir mejor, adelante. Estoy seguro de que entretendrá a Nektas.

—En efecto —confirmó el *draken*.

Solté el aire de manera exagerada.

—Supongo que entonces me quedaré por aquí de brazos cruzados y... —Algo se me ocurrió justo entonces—. Si encontramos a Delfai y es capaz de decirnos qué hacer para extraer las brasas, ¿provocará el proceso los mismos efectos que cuando Kolis robó las brasas en primer lugar? ¿La muerte de dioses y Primigenios?

Nyktos me miró a los ojos.

—¿Y si lo hace?

Se me cayó el alma a los pies.

—Estaría intercambiando mi vida por la vida de otros. —Vi a los guardias cayendo del Adarve, envueltos en llamas. Pensé en Davina—. No podría hacerlo.

Nyktosladeó la cabeza.

—No, nunca pensé que lo harías.

—Es una suerte, entonces, que ninguno de los dos creamos que eso podría suceder —comentó Nektas. Mis ojos saltaron de uno a otro—. Eso sucedió porque Eythos era el verdadero Primigenio de la Vida. Tú no serías una Primigenia todavía. El acto no tendría las mismas consecuencias catastróficas.

—¿Por qué no te limitaste a decir eso? —exigí saber.

—Quería saber si tenía razón sobre lo que elegirías —dijo Nyktos.

Me resistí al impulso de tirarle el vaso a la cabeza.

—Vale, ¿qué les pasaría a las brasas? ¿Irían a otra persona? —Mis ojos se abrieron como platos, la esperanza convertida ahora en un fuego incontrolado —. ¿Podrías acogerlas tú? Te pertenecen, ¿no? Ser el Primigenio de la Vida *era* en verdad tu destino.

—Ese era mi destino, sí. —Los ojos de Nyktos centelleaban un poco—. Y si esto funciona, será mío de nuevo.

Capítulo 10



Observé a Nektas llevarse en brazos a una Jadis dormida de la oficina. La pequeña *draken* estaba desplomada sobre un ancho hombro, sus patas y sus alas flácidas pero enredadas en el pelo de su padre. La estaba conduciendo a uno de los dormitorios del primer piso que, según me había dicho, habían convertido en una especie de guardería.

Al parecer, mientras dormía, Jadis tenía la costumbre de adoptar sin querer su forma mortal y, como lo había expresado Nektas, nadie necesitaba verla desnuda como un arrendajo.

Aunque no estaba segura de lo que quería decir eso. Por lo que yo sabía, los arrendajos no llevaban ropa.

—¿De verdad has conseguido que comiera de un tenedor? —preguntó Nyktos.

Despacio, roté en mi silla para mirarlo. Seguía apoyado contra el escritorio.

—Sip.

Nyktos sonrió. Fue una sonrisa tenue de labios apretados, pero aun así tuvo un efecto transformador que caldeó la belleza fría de sus rasgos.

—He intentado que lo hiciera varias veces. Suele acabar con ella tirando el tenedor de mis manos o lanzándose al suelo. A veces las dos cosas al mismo tiempo.

Sonreí ante su comentario.

—Nektas dijo que quizá le recuerde a su madre... el color de mi pelo o algo así. Cree que eso puede haber ayudado.

—Es posible. —Sus ojos volvieron a los míos, luego desvió la mirada de nuevo—. El pelo de Halayna era bastante rubio. Aunque no tan claro como el tuyo.

¿No como luz de luna? Gracias a los dioses y a todos los Hados que no se me ocurrió preguntar eso en voz alta.

—¿Cómo... cómo murió?

Nyktos tardó un rato en contestar.

—La asesinaron. —Se pasó una mano por el pecho—. Hicieron que fuera a Dalos y Kolis la asesinó.

Contuve la respiración, espantada.

—¿Por qué?

—Kolis odia a Nektas. Quería hacerle pagar por ser leal a mi padre y luego a mí, puesto que cree que Nektas debería haberse sentido honrado de servirlo a él cuando se convirtió en el Primigenio de la Vida.

Con el corazón apesadumbrado, sacudí la cabeza.

—Entonces, ¿mató a Halayna para castigar a Nektas?

—Kolis hubiese preferido matar a Nektas, pero sabe bien que no puede hacerlo sin una muy buena razón. —Nyktos bajó la mano—. A menos que Kolis matara a Nektas en defensa propia, muchos de los otros *drakens* de todo Iliseeum se lo tomarían como algo personal. Se levantarían contra Kolis y contra todo el que lo defendiese.

Mis cejas salieron volando hacia arriba.

—¿Los otros *drakens* no se tomaron el asesinato de Halayna como algo personal? ¿Y por qué no pueden los *drakens* enfrentarse a Kolis sin más?

—Un *draken* puede herir de gravedad a un Primigenio, pero no puede matarlo —me recordó—. Y muchos de los *drakens* sí se tomaron lo que hizo Kolis como algo personal. Pero con Nektas, es... diferente. Él es viejo.

—¿Cuán viejo?

Sus ojos volvieron a los míos.

—Él fue el primer dragón al que dieron forma humana.

Casi me atraganté con mi propia respiración.

—¿Quieres decir que...?

Esa sonrisa suya volvió a su cara, un poco más amplia y más cálida, e incluso más sorprendente en su impacto.

—Mi padre entabló amistad con él cuando era un dragón. Nektas fue el primero en convertirse en *draken*. Él fue el *draken* que proporcionó su fuego a la carne que aportó mi padre para crear al primer mortal.

—Por todos los dioses, entonces debe tener... —Ni siquiera podía hacer la cuenta en mi cabeza, sobre todo cuando lo único que lograba pensar era que había estado en presencia del *draken* que había ayudado a crear la raza mortal —. ¿Cuánto tiempo puede vivir un *draken*?

—Tanto como un Primigenio, si no los matan.

Aspiré una bocanada de aire superficial.

—Entonces, ¿son inmortales?

—Ni siquiera un Primigenio es inmortal, Sera. Nada que pueda ser matado lo es en realidad, sin importar cuánto tiempo vivamos.

—¿Hay algo que sea inmortal?

—Los *Arae*. Y antes de que lo preguntes, no sé cuántos años tiene tu Holland —añadió. Y eso era *justo* lo que había estado a punto de preguntar—. Los *viktors* también son inmortales, pero de un modo distinto.

Tenía sentido, puesto que los *viktors* morían pero no permanecían muertos. En lugar de eso, regresaban al Monte Lotho, donde esperaban a renacer de nuevo. Más o menos como Sotoria...

Dejé a un lado los pensamientos sobre *ella* y me volví a centrar en lo que teníamos entre manos.

—Aparte de Nektas, ¿alguien más sabe algo sobre este plan?

—Solo unos pocos con los que hablé esta mañana —dijo.

—¿Y quiénes son esos pocos? —pregunté. Nyktos soltó una ristra de nombres que incluía a los que solían vigilarme o los que solían estar con él a menudo. Los habituales sospechosos—. ¿Y cuánto saben acerca de lo que llevo dentro?

—Saben que tienes más de una brasa y que estás en medio del Sacrificio, algo que tampoco había que decirles pues saben lo que significan esas brasas y ya te han visto experimentar los síntomas. Saben lo que harán esas brasas si permanecen dentro de ti. Todos apoyan el plan.

Dudaba de que el deseo de verme sobrevivir fuese la razón por la que respaldaban el plan.

—¿Todo él? ¿Incluido el hecho de que me Ascenderías?

—No tienen voz ni voto en eso. —Me miró con atención—. Pero nadie expresó ninguna objeción.

Eso también lo dudaba, incluso con su discurso.

—¿Y qué hay del alma de Sotoria?

—Nadie sabe nada aparte de Nektas —admitió—. Tener esa información podría ponerlos en peligro a ellos y también a ti, si los capturaran y los interrogaran.

Mi sonrisa de alivio fue en parte mueca. No creía que ninguno de sus guardias de confianza fuese a traicionar a Nyktos. Su reticencia a compartir ese detalle de información era probable que se debiera al hecho de que podía cambiar la forma en que sus guardias de confianza vieran cómo debían manejarse las cosas. Pero lo dejé pasar y cambié a otras preguntas.

—Si este plan tuyo funciona y te conviertes en el verdadero Primigenio de la Vida, ¿podrías Ascender a los Elegidos?

Nyktos asintió.

—¿Continuarías con el Rito? —pregunté por curiosidad.

—¿Sabes?, no estoy del todo seguro. —Frunció el ceño—. Creo que preferiría que fuese más bien una elección. No una obligación.

Me gustó cómo sonaba eso.

—¿No podrías suprimir el Rito del todo y ya está?

—Podría hacerse, pero el Rito se inició por una razón. Hubo un tiempo en que los Elegidos tenían un verdadero propósito. Eran necesarios para reabastecer Iliseeum. Traían a dioses más jóvenes y modernos al grupo, dioses que sabían lo que era ser mortal. Es un equilibrio, en cierto modo, uno diseñado a compensar por los que vivirían vidas tan largas que olvidarían lo frágil y preciada que es la vida mortal. —Nyktos me observó con atención—. Pareces... tener sentimientos encontrados al respecto.

Era verdad. Razón por la cual no me irrité tanto por que estuviera leyendo mis emociones, lo cual era obvio. Ninguno de los Elegidos entregados en el Rito había Ascendido desde hacía siglos. A la mayoría los mataban en cuestión de días después de entrar en Dalos. Otros se convertían en algo distinto por completo. Pero mi desagrado por la tradición había comenzado antes de enterarme de sus verdaderos destinos.

—Comprendo su propósito. Tiene sentido. Pero los Elegidos... aunque muchos tengan todas sus necesidades resueltas en el mundo mortal, no viven de verdad, ¿sabes? No se les puede mirar a la cara. Nadie, excepto otro Elegido o los sacerdotes, pueden tocarlos o hablar con ellos.

—Nada de eso es necesario. —Nyktos frunció el ceño—. Eso no lo empezamos nosotros. Fueron los propios mortales.

—Entonces, ¿por qué no se ha cambiado?

—Yo lo haría, si estuviese en situación de exigir ese tipo de cosas, pero...

—Solo un Primigenio de la Vida puede hacerlo. —Suspiré. Lo entendía—. Santo cielo, ¿qué pasa si... si a todos esos Elegidos a los que no han matado los están convirtiendo en Demonios como Andreia?

—Es difícil de entender siquiera —repuso—. Aunque parece que los Retornados no son lo mismo que los Demonios.

Asentí, pensando en lo que nos había contado Gemma.

—Sonaba como si Kolis hubiese estado haciendo experimentos con sus creaciones. Cambiándolos. A lo mejor busca *mejorarlos*. —Sacudí la cabeza y resoplé—. Si este plan funciona, ¿qué pasa con Kolis? ¿Y con la Podredumbre?

—Si funciona, supongo que yo Ascendería de nuevo. El impacto puede ser... tan volátil como cuando Kolis robó las brasas. También puede que no lo sea. No hay forma de saberlo. Pero seguro que los otros Primigenios y dioses lo sentirían. Percibirían que Kolis ya no es el Primigenio de la Vida.

—Eso no suena como que Kolis vaya a morir.

Nykto soltó una risa áspera al detectar la clara desilusión en mi voz.

—Kolis es el Primigenio vivo más viejo. Es probable que no seamos capaces de matarlo nunca. Es probable que lo único que seamos capaces de hacer jamás sea debilitarlo lo suficiente para sepultarlo.

—¿Como... como los dioses que están debajo del Bosque Rojo? —Nykto asintió—. Sin embargo, estás equivocado —lo contradije—. La forma de debilitarlo y matarlo está sentada justo delante de ti.

El *eather* se intensificó en sus ojos.

—Lo prometiste —dijo con voz queda. Me removí en la silla.

—Así es.

Me miró con suspicacia.

—Confío en que mantendrás tu palabra, Sera, y esa confianza es una cosa muy frágil.

—Lo sé. —Levanté la barbilla—. Solo estoy mencionando la verdad.

—No es la verdad. —Un músculo se apretó en su mandíbula—. Jamás lo será.

Aparté la mirada y traté de no darle vueltas a la frágil confianza de la que había hablado.

—¿Y la Podredumbre?

—Una vez que tenga las brasas dentro de mí, la Podredumbre debería desaparecer del mundo mortal... de tu reino.

El alivio que me inundó me habría podido quitar las piernas de debajo si hubiese estado de pie. Así de potente fue. El final de la Podredumbre no lo arreglaría todo en Lasania, pero con Ezra y Marisol al mando había más que solo esperanza para mi reino. Había un futuro para todo el mundo mortal. Casi podría llorar.

—Tu alivio —murmuró Nyktos, y eso atrajo mi atención hacia él—. Es... refrescante. Terrenal.

No me sorprendió saber que estaba proyectando mis emociones. Asentí e hice un esfuerzo por recuperar la compostura. Entonces se me ocurrió otra cosa.

—¿La gente que hay aquí? ¿No les falta comida?

—Mucha es importada de otras partes de Iliseeum, así como el grano empleado para alimentar al ganado y a los cerdos, pero hay justo la suficiente para mantener a todo el mundo alimentado.

—¿Se podría exportar comida de esas partes de Iliseeum a Lasania para aliviar el sufrimiento hasta que la Podredumbre se solucionara?

—Ojalá pudiera hacerse —dijo con suavidad, y ahora fue el turno de que me inundara una oleada de desilusión—. Los efectos que tiene la esencia sobre los mortales que no la llevan en sus venas... e incluso sobre los animales... también afecta a otra materia orgánica. La comida cultivada o criada en Iliseeum empezaría a descomponerse enseguida, en cuanto cruzara las neblinas primigenias entre los mundos.

Solté el aire despacio y me dije que todavía había una oportunidad de acabar con el sufrimiento de la gente.

—¿Y las Tierras Umbrías? Dijiste que no siempre fueron así.

—Las Tierras Umbrías siempre fueron diferentes al resto de Iliseeum. Las estrellas eran visibles incluso durante el día, y las noches eran más oscuras que en cualquier otra parte de Iliseeum. Pero sí, el problema aquí se corregiría. —Levantó la vista hacia el techo y arrastró el borde de sus colmillos por su labio de abajo. El gesto llamó mi atención y me provocó un suave remolino en la boca del estómago—. El cambio aquí fue lento al principio. Para cuando yo nací, algunas zonas habían caído presa de lo que tú llamas la Podredumbre, pero la mayor parte de las Tierras Umbrías seguía viva. Prosperaba. Creo que te hubiese parecido preciosa. Se parecía al bosque de alrededor de tu lago: salvaje y exuberante.

Oírlo referirse a él como *mi lago* le hizo cosas extrañas a mi pecho que era mejor ignorar, no fuese a proyectar mis emociones por su garganta otra vez.

Sus espesas pestañas se entrecerraron.

—Donde esta tierra está yerma y sin vida ahora, había una vez lagos y campos de flores tan vibrantes como la luna.

—Amapolas —susurré. Las flores, que no se parecían en nada a las del mundo mortal, tenían delicados pétalos del color de la sangre a la luz de la luna por fuera y de un tono carmesí por dentro. Solo se abrían cuando alguien

se acercaba a ellas. Flores preciosas y *venenosas* que eran impredecibles y temperamentales y le recordaban a mí.

—Las amapolas —confirmó. Unos días después de mi llegada a las Tierras Umbrías, una había florecido en el Bosque Rojo. Nyktos había creído que era mi presencia, que llevaba la vida de vuelta a las Tierras Umbrías—. Aquí también había estaciones. Veranos calurosos y húmedos, inviernos de nieves y ventarrones. De niño, solía pasar muchos de esos días más cálidos en los lagos que antaño se extendían al borde de la carretera que lleva hasta las puertas del Adarve. Cuando me hice un poco más mayor y empecé a tener problemas para dormir, iba a nadar. Es una de las cosas que más echo de menos.

—¿Por eso estabas en mi lago aquella noche? —pregunté.

—Había ido al lago muchas veces ya —admitió después de un momento. No pude evitar preguntarme cuántas veces habríamos estado a punto de encontrarnos—. Incluso cuando murió mi padre, la Podredumbre no se extendió deprisa —continuó después de un instante—. Avanzó despacio, año tras año. Se iba llevando trocitos pequeños cada vez y volvió el mundo gris a medida que el sol se iba debilitando y las noches se tornaban aún más largas. Después, casi de la noche a la mañana, todos los árboles del Bosque Moribundo tiraron sus hojas y todos los lagos se secaron. Esa fue la última de las estaciones y la última vez que la luz del sol brilló aquí. Pero fuera de las Tierras Umbrías, sigue extendiéndose despacio.

Una tensión agobiante se instaló sobre mis hombros. Sospechaba que conocía la respuesta a la pregunta que estaba a punto de hacer, pero quería estar equivocada.

—¿Cuándo ocurrió eso?

Sus pestañas subieron.

—Dentro de cinco meses, hará veintiún años.

Por todos los dioses.

Me eché hacia atrás y posé la mirada ahora en las estanterías vacías.

—En cierto modo, Aios tenía razón, ¿sabes? Cuando dijo que las brasas de la vida estaban protegidas mientras estaban en una estirpe mortal. Pero cuando yo nací, ese ya no era el caso. Entraron en un recipiente con fecha de caducidad. —Fijé la vista en él y tragué saliva—. Lo siento.

—¿Por qué te disculpas? No es culpa tuya.

—Ya lo sé. —Levanté un hombro—. Pero aun así lo siento.

Nyktos me miró durante unos segundos.

—Tengo una pregunta para ti.

—Pregunta.

—¿Qué opinas de este plan?

—¿Que qué opino? —me froté las rodillas—. Espero que funcione. Detendrá la Podredumbre y con suerte debilitará a Kolis. Y si funciona... —Dejé la frase sin terminar cuando se me cerró la garganta.

—¿Qué? —insistió Nyktos en voz baja.

No sabía cómo expresar con palabras lo que estaba pensando, no digamos lo que estaba sintiendo, porque era algo que nunca me había planteado. Un futuro sin una muerte prematura asegurada. Y probablemente un futuro muy largo, que quizá se extendiera varios cientos de años. Sentía... esperanza. Para mí misma. Parecía un poco egoísta, puesto que su plan conllevaba el riesgo de sufrir más ataques entre ahora y entonces, y la posibilidad de que no pudiésemos encontrar al dios desaparecido... o que el dios no fuese capaz de ayudarnos. Había mucho riesgo, pero también había *esperanza*.

Y la esperanza parecía tan frágil como la confianza de la que había hablado.

Consciente de que Nyktos me observaba, me aclaré la garganta.

—Creo que es un buen plan.

Asintió, pero no dijo nada durante unos segundos.

—Tenemos que hablar de la coronación. —Santo cielo, eso *era* dentro de dos días. Mi estómago dio una voltereta más, porque daba la impresión de que lo había olvidado—. Me he dado cuenta de que no hemos entrado en ningún tipo de detalle acerca de lo que sucede durante la ceremonia. —Nyktos masticaba su comida con la misma pulcritud con que la cortaba—. He pensado que podrías tener preguntas al respecto.

—¿Debería? Dijiste que me coronarían delante de dioses de alto rango y Primigenios. —Guiñé los ojos—. En realidad, dijiste que la asistencia de otros Primigenios era solo una posibilidad.

—Mentí —admitió, sin vergüenza alguna—. Pensé que enterarte de que habría Primigenios presentes te pondría nerviosa.

—Pues no lo hace. —Arqueó una ceja—. Vale. Me pone un poco nerviosa, pero no es como si fuese una noticia que no pueda gestionar.

—Cuando hablamos de la coronación por primera vez, acababas de llegar a las Tierras Umbrías y de descubrir que no había sido yo el que había hecho el trato que te forzaba a convertirte en mi consorte. Toda tu vida, fuera la que fuere, acababa de quedar patas arriba después de que te *azotaran* —declaró, y sus ojos centellearon de un tono gris acero. Me apresuré a desviar la mirada

hacia las estanterías desnudas—. Incluso alguien tan fuerte como tú solo puede encajar cierta cantidad de cosas.

—Nunca sabes cuánto puedes encajar hasta que no puedes encajar más —musité—. Pero... aprecio la razón detrás de la mentira.

Nyktos se rio entre dientes.

—Sí, claro que la aprecias.

—Bueno, entonces, ¿va a suceder algo más que ser coronada y dar el día por terminado? —pregunté, levantando la vista hacia él.

—¿Así es como coronan a los reyes y las reinas en el mundo mortal?

—Por los dioses, no. Hay celebraciones que se prolongan durante varios días. Banquetes y fiestas. Fuegos artificiales. —Sonreí—. Los fuegos artificiales sí que me gustan.

—Pues aquí no habrá fuegos artificiales.

Hice un mohín.

—Vaya, eso es una desilusión.

Sus dedos disimularon en parte su sonrisa mientras se rascaba la barbilla.

—Tampoco habrá celebraciones de varios días de duración.

—Eso es un alivio.

—Pero sí habrá un banquete después de la coronación.

—¿Aquí?

—No. La coronación será en Lethe, en el salón de actos del consistorio —explicó—. Y mañana no nos veremos. Es tradición. Se cree que no vernos antes del comienzo de la coronación ahuyentará la mala suerte.

—¿Y tú crees en esas cosas? —pregunté con curiosidad genuina.

—Sabes que preferiría no correr riesgos, así que honraré la tradición lo mejor que pueda. —Eché la cabeza hacia atrás—. Me reuniré contigo antes de la ceremonia. Subiremos al estrado juntos y seré yo el que te ponga la corona y el que te otorgue un título.

Me di cuenta entonces de que nunca lo había visto con una corona, así que me pregunté qué aspecto tendría esta y si la gente esperaría que yo la llevara. Las coronas parecían absurdamente pesadas.

—¿Y cuál es mi título?

Esbozó una sonrisa pícara.

—Todavía no estoy seguro.

Arqueeé una ceja.

—Genial.

—Se me ocurrirá algo —prometió—. Si los Hados nos encuentran dignos y todo el mundo se comporta con el decoro debido, los festejos podrán

empezar.

—¿Y si no es así?

—Estarás bien protegida durante todo el evento —me informó—. No permitiré que te suceda nada malo.

—No necesito que me mantengas a salvo.

Sus espesas pestañas se levantaron de nuevo y esas hebras de *eather* que fragmentaban la plata de sus ojos lucían más brillantes que nunca.

—Sí que lo necesitas.

—Creo que he demostrado en más de una ocasión que ese no es el caso —repuse, más tensa de pronto.

—No mostraste ningún miedo con los *dakkais* y no dudaste cuando liberaron a los dioses sepultados —reconoció, y mis ojos se posaron en mis manos—. Sé que eres fuerte y que puedes luchar. Sé que eres valiente. Necesitarme a mí o a cualquier otro para cubrírte las espaldas no significa que seas débil, que no puedas defenderte, ni que tengas miedo. Todos necesitamos que alguien nos cuide.

Un intenso calor reptó por mi cuello.

—¿Tú también?

—Desesperadamente —susurró.

Mis ojos volaron hacia él. Puede que Nyktos fuese el más joven de los Primigenios, pero lo había visto en su verdadera forma. Era un ser alado de noche y poder, capaz de acabar con dioses con una sola mirada. Lo había visto reducir árboles a cenizas en su ira. Pero había una verdad en esa única palabra, una vulnerabilidad que me dio ganas de proteger.

Nyktos se separó del escritorio y fue hasta el aparador. Abrió un cajón y sacó un grueso tomo asegurado con hilo de bramante.

—También tenemos que aprender a controlar lo que sucedió anoche.

—¿Lo de tirarme en tu cama y quitarme la ropa? —sugerí.

Me lanzó una mirada seca mientras se sentaba.

—Lo del *eather* que utilizaste. Ahora mismo, puede que eso solo esté vinculado a tus emociones. No sé si extraer esas brasas impedirá que vuelvas a hacerlo hasta que completes tu Sacrificio. Puede que no. Lo que sí sé es que las brasas ya te han cambiado. Hay *eather* en tu sangre. Ese no desaparecerá, y seguirás pudiendo utilizarlo cuando completes el Sacrificio.

—Pero no podré restaurar la vida.

—No sin esas brasas.

Me miré las manos. No estaba segura de si echaría de menos la habilidad para restaurar la vida. La capacidad para crear vida a partir de la muerte no

siempre me pareció parte de mí, aunque sí que era parte de mí. Las brasas en mi pecho se caldearon solo con pensarlo, pero también estaban destinadas y decididas a matarme.

—La habilidad para usar el *eather* podría presentarse con mayor facilidad entre ahora y entonces —continuó, al tiempo que empezaba a desenrollar las cintas—. Como le ocurriría a alguien nacido dios y destinado a Ascender a Primigenio.

—¿Como tú?

Nyktos asintió.

—Hay formas en que podemos intentar que vuelvas a utilizarlo con las que no correremos el riesgo de debilitarte, siempre y cuando no estés usando el *eather* de otras maneras y estés cuidando de ti misma.

—¿En serio? —Me eché hacia delante, mi interés más que avivado—. ¿Podemos probar a hacerlo ahora?

Apareció una leve sonrisa, pero se quedó paralizado. Clavó la mirada detrás de mí y, un momento después, oí llamar a la puerta.

—Adelante.

Me giré en la silla cuando las puertas se abrieron para revelar a Saion.

—Hay un... problema en las puertas —anunció, y una siniestra sensación de *déjà vu* me atravesó de arriba abajo.

—Explícate —le ordenó Nyktos, tras cerrar el tomo. Saion me lanzó una mirada rápida.

—Han llegado Cimmerianos.

Me puse tensa mientras Nyktos se sentaba. Había aprendido cosas sobre los Cimmerianos durante mis estudios. Eran dioses menores, a un par de generaciones de distancia de Attes, el Primigenio de la Concordia y la Guerra, y de Kyn, el Primigenio de la Paz y la Venganza. Dioses nacidos con formación de guerreros. Había leyendas incluso sobre su uso durante guerras mortales por reyes lo bastante valientes, o estúpidos, para invocar a Attes o a Kyn.

—¿Por qué Attes o Kyn habrían de enviar guerreros aquí?

—No todos los Cimmerianos sirven a Attes y a Kyn. Algunos sirven en otras cortes. Estos vienen de la de Hanan —nos informó Saion, y se me cayó el alma a los pies.

Nyktos miró a Saion mientras devolvía el tomo a su sitio y abría otro cajón.

—¿Dónde está Bele?

—Con Aios —repuso Saion—. Nektas está llevando a Jadis y a Reaver con ellas.

—Bien. Bele no dejará solos a los jovenzuelos. —Nyktos agarró unas correas que pasaban alrededor de su cintura y su pecho, diseñadas para llevar espadas y otras armas afiladas y puntiagudas—. ¿Cuántos hay a las puertas?

—Unos cien —dijo Saion.

—Mierda —gruñó Nyktos.

—La mayoría de los guardias están en el Adarve del lado que da a Lethe como pediste, pendientes de la bahía Negra. —La luz procedente de un aplique cercano centelleó sobre la lustrosa piel negra de la mejilla de Saion cuando este ladeó la cabeza—. Aquí solo hay una docena más o menos. Así que si las cosas se tuercen...

—¿Y qué si las cosas se tuercen? —Me levanté para ver a Nyktos abrir la puerta de un armario y sacar una bandeja larga y ancha llena de armas—. He visto de lo que sois capaces...

—Los Cimmerianos no son dioses normales y corrientes. Emplear *eather* cerca de ellos potencia sus habilidades —explicó Saion.

—¿Igual que con los *dakkais*? —pregunté.

—Los *dakkais* quieren devorar a los que tienen *eather* en su interior, pero los Cimmerianos extraen fuerza de la esencia. El *eather* amplifica sus habilidades. Los hace más fuertes. —Nyktos extrajo una espada y la ató a su espalda de modo que la empuñadura apuntase hacia abajo. Al verlo, me pregunté cuán profundo era exactamente ese aparador—. Y no luchan como nadie que hayas visto jamás.

El miedo afloró deprisa.

—¿Cómo luchan?

—Pueden conjurar mantos de noche para cegar a sus rivales —me contó Saion—. Del tipo a través del cual ni siquiera Nyktos puede ver.

Mi corazón empezó a martillar contra mis costillas. *Nada* de lo que había estudiado mencionaba eso.

—¿E intentarán luchar contigo? —Cuando Nyktos no contestó, me giré hacia Saion—. ¿Lo harán?

Saion asintió.

—Luchar es una de las pocas cosas que parecen aportar algo de alegría a esos cabrones. Están dispuestos a luchar con casi cualquiera, incluidos los Primigenios.

Nyktos deslizó una daga dentro de la correa que cruzaba su pecho y otra dentro de su bota.

—Quiero que te quedes aquí.

—Puedo ayudar —protesté—. Sé luchar...

—Es verdad que sabe luchar —aportó otra voz desde el pasillo—. Y ahora que la mayoría de los guardias...

—¿Ector? —lo interrumpió Nyktos.

Se produjo un momento de silencio y luego el dios rubio de rasgos afilados apareció en el umbral de la puerta.

—¿Sí?

Nyktos lo inmovilizó con una mirada glacial.

—Esta es una de esas veces de las que he hablado contigo en *múltiples* ocasiones.

Fruncí el ceño.

—Cuando tengo que... —Ector se aclaró la garganta—. ¿Cerrar la maldita boca?

—Exacto. —Nyktos salió de detrás del escritorio mientras aseguraba una espada corta a su cintura—. Sé que sabes luchar. Pero ahora no se trata de eso. Puede que nos equivoquemos sobre las razones que los han traído aquí, sobre todo con el ataque del *draken* y la coronación que tendrá lugar pasado mañana. Si alguien pretende secuestrarte, saben que tendré pocos apoyos para tomar represalias si no eres mi consorte. Podrían haber venido a por ti, y no quiero facilitarles las cosas en ese aspecto. Quédate aquí, Seraphena.

Decidí en ese mismo momento, cuando dijo mi nombre de ese modo, que quería darle un puñetazo. En la garganta. Fuerte.

Nyktos se paró en la puerta una vez más, se giró hacia mí.

—Vendré a verte en un rato. Hasta entonces —dijo, mirándome a los ojos—, compórtate.

—Sí, *alteza*. —Hice una reverencia—. No querría que me castigaras sin salir.

En el pasillo, alguien, supuse que Ector, se atragantó de manera sonora. Las hebras giratorias de los ojos de Nyktos ralentizaron sus giros cuando clavó la mirada en mí.

—No me pongas a prueba con esto. —Su cabeza voló hacia Saion—. Quédate aquí y asegúrate de que no se marche.

Saion me miró con un gran suspiro.

—Será un honor cumplir semejante orden.

Cerré la boca con fuerza y no me atreví ni a respirar hasta que Nyktos se hubo marchado. Solo entonces me permití dejar caer la cabeza hacia atrás para dar rienda suelta a un grito silencioso mientras cerraba los puños.

—¿Eso te ha hecho sentir mejor? —preguntó Saion—. ¿Fuera lo que fuere lo que acabas de hacer?

—No —mascullé.

—No me lo había parecido. —Arqueó una ceja y se apoyó contra la puerta—. Entonces, ¿estás lista para echarte una siestecita? ¿O prefieres tomar un tentempié? ¿Quizás unas manzanas en dados?

Entorné los ojos en dirección al dios.

Sus labios hicieron un amago de sonreír.

Enfadada, aparté la mirada. Entendía muy bien por qué no me quería Nyktos ahí fuera. Incluso si los Cimmerianos no habían venido a por mí, lo último que necesitábamos era que más dioses de otras cortes me reconocieran. «Entender», sin embargo, no se traducía como «gustar».

—¿Estarán bien Nyktos y los otros ahí fuera con los Cimmerianos?

Saion se quedó callado un momento.

—¿De verdad estás preocupada?

Aspiré una bocanada de aire brusca y me volví hacia el dios.

—No lo preguntaría si no lo estuviera.

—Supongo que no —murmuró. Me miraba con una arruga ligeramente perpleja en la frente. Crucé los brazos.

—¿Qué? ¿Vas a hablar de romperme el cuello otra vez?

—No. —Continuó mirándome como si fuese un puzle al que le faltaban varias piezas—. ¿De verdad escapaste para intentar matar a Kolis por tu cuenta? —preguntó. Me puse tensa.

—¿Crees que Nyktos mentiría sobre eso?

—Supongo que no.

—Entonces, ya conoces la respuesta a tu pregunta.

—Tenías que saber que lo que ibas a intentar hubiese acabado con tu muerte y, aun así, eso no te detuvo —comentó—. Como tal, ahora sería deshonroso hablar de romperte el cuello.

—Pero ¿completamente honroso hacerlo antes?

—Es posible que no, dado que, técnicamente, eres la verdadera Primigenia de la Vida —contestó—. Lo cual significa que debería estar haciéndote una reverencia.

—Por favor, no lo hagas.

Saion sonrió.

—No lo haré —me tranquilizó—. Pero no deja de ser una locura. Brasas del verdadero Primigenio de la Vida vivas en una mortal.

—«Locura» es una manera de describirlo. —Empecé a caminar de un lado para otro.

—Ninguno de nosotros se sorprendió demasiado cuando nos enteramos. No después de lo que habías hecho por Gemma y por Bele —continuó—. Pero aun así, sospecharlo y que te lo confirmen son dos cosas muy distintas.

Asentí, distraída por lo que podría estar ocurriendo en el exterior. Sabía que Nyktos estaría bien, pero no dejaba de estar ahí afuera, lidiando con los Cimmerianos porque yo había Ascendido a Bele. Puede que él saliera indemne si la cosa se ponía violenta, pero ¿qué pasaría con Ector? ¿O con Rhain, que tenía que estar por ahí en alguna parte? ¿Con Theon y Lailah? ¿Con Rhahar? ¿Con los guardias o cualquiera de los *drakens* que pudieran verse involucrados mientras yo estaba aquí dentro? ¿Cuántos morirían hoy?

No podía quedarme ahí de brazos cruzados.

—¿Qué estás haciendo? —Saion dio media vuelta al ver que empezaba a cruzar la habitación—. De verdad que espero que tenga algo que ver con echarte la siesta, aunque me da la sensación de que no.

Agarré los picaportes de las puertas y las abrí de un tirón.

—Pues no.

—Vale, ¿y a dónde vas, entonces?

Salí al pasillo.

—Voy a *revolucionar un poco las cosas*.

Capítulo 11



Mientras subía las escaleras al Adarve, las estrellas que cubrían el cielo gris oscuro centelleaban como un mar de gemas, lo cual significaba que no faltaba mucho para que cayera la noche.

—Esta es una idea malísima —masculló Saion desde detrás de mí por centésima vez—. Una idea horrible, terrible. Si te sucede algo...

—No va a pasar nada. —Llegué a la parte superior del Adarve y crucé la muralla. Pasé junto a varias lanzas y flechas con punta de piedra umbra, al lado de arcos apilados contra la pared, pero me aseguré de mantenerme bien oculta detrás de la pared maciza del parapeto.

—Y eso solo empeora todo ese asunto de la idea horrible y terrible —comentó Saion cuando me vio agarrar un arco y una aljaba llena de flechas.

—Solo por si acaso —le dije, apoyada contra la pared de piedra umbra. Me asomé por la abertura y encontré a Nyktos el primero sin intentar buscarlo siquiera. Sospechaba que se debía a la brasa que le había pertenecido. Sabía justo dónde estaba él.

Lo cual significaba que era muy probable que él también fuese consciente de mi presencia. Y también era probable que ya estuviese furioso.

Decidí que lidiaría con eso más tarde. Por el momento, me contenté con sacar una flecha de la aljaba.

Nyktos estaba en primera línea, con los brazos cruzados y con todo el aspecto de un Primigenio... uno aburrido, dicho sea de paso, vista la expresión insulsa de sus rasgos. Detrás de él había una docena de guardias o así, y no tenía ni idea de si eran mortales, divinidades o dioses, aunque sí que vi a Ector a un lado con Rhain.

Los que estaban frente a Nyktos llevaban pasamontañas negros que solo dejaban sus ojos a la vista. Unas láminas de armadura cubrían sus cuerpos desde el pecho hasta las rodillas.

—¿Su armadura está hecha de... piedra umbra? —pregunté, tras mirarlos con los ojos guiñados.

—Así es. —Saion se agachó detrás del otro parapeto.

—Se sintió una onda de poder en todas las cortes —dijo uno de los guerreros Cimmerianos, al frente de sus fuerzas, una mano apoyada en la empuñadura de una espada.

—Mierda —gruñó Saion—. Ese que habló es Dorcan. Es muy viejo —añadió cuando lo miré de reojo—. Y no es alguien con quien querrías cruzarte en un campo de batalla.

No sabía si debía sentirme aliviada o no de que los Cimmerianos no hubiesen venido por mí.

—Hanan sabe que los *dakkais* siguieron un rastro anterior de poder hasta las Tierras Umbrías —prosiguió Dorcan.

—¿Ah, sí? —repuso Nyktos.

—¿Estás sugiriendo que, de algún modo, no fuiste consciente de la oleada de poder? —preguntó Dorcan.

—No he sugerido nada.

Se oyó una risa breve y áspera desde detrás del pasamontañas.

—¿La diosa Bele está aquí? —preguntó, y capté el leve movimiento de un Cimmeriano detrás de él. Uno de los guerreros había deslizado un guante hasta la daga que todos llevaban amarrada a la cintura.

—Diablos. —Saion también había visto el movimiento. Desenvainó su espada en silencio—. Si empiezan a luchar, me uniré a ellos.

Asentí, los ojos clavados en los Cimmerianos. Había cien guerreros contra nuestros luchadores en marcada inferioridad numérica. Nosotros teníamos a Nyktos, pero si no podía utilizar *eather*...

Nuestros luchadores.

Nuestra gente.

Me dio un intenso retortijón en la tripa, pero mis dedos permanecieron estables sobre la flecha.

—¿Por qué no está Nektas aquí fuera?

—Ninguno de los *drakens* vendrá hasta que perciban que es necesario —explicó Saion.

—¿Esto no es necesario?

—No cuando su presencia podría empeorar las cosas.

—Y si me estás diciendo que Bele no está aquí, Hanan descubrirá tu mentira —continuó Dorcan desde la carretera—. Como también lo hará *el* rey.

—¿Hay una sola parte de mí que dé la impresión de que eso me importe lo más mínimo? —repuso Nyktos y yo resoplé con suavidad.

Recé por que Nektas estuviera bien cerca.

—Pues debería. —Dorcan echó la cabeza hacia atrás—. Sobre todo cuando he oído que habéis tenido un par de días moviditos. *Dakkais. Drakens*. Y estás a punto de tomar a una consorte.

—Oh, mierda —masculló Saion, al tiempo que se ponía tenso.

El cambio en el ambiente fue repentino y tangible. Se cargó de electricidad estática. Las manos tanto de Ector como de Rhain volaron hacia sus espadas. Dudaba de que Dorcan no se hubiese dado cuenta cuando volvió a hablar.

—Te voy a dar un consejo, viejo amigo. No creo que este sea el mejor momento para que enfades aún más a ninguno de los Primigenios. Lo único que queremos es llevar a Bele a la corte de Hanan.

—Entonces, ¿no debería estar Hanan aquí? —replicó Nyktos—. Claro que es probable que sea demasiado cobarde para hacer semejante petición en persona. Por eso te ha mandado a ti como su chico de los recados. Sea como fuere, yo te daré *a ti* un consejo. Ha llegado la hora de que te busques una corte nueva a la que servir —dijo Nyktos—. Una en la que los gobernantes tengan el valor de hacer este tipo de peticiones ellos mismos.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Si le hiciste un juramento de sangre a Hanan, si le juraste fidelidad, fue una elección muy poco sabia —repuso Nyktos.

—Tal vez. —Dorcan hizo un gesto con la cabeza en dirección a los que esperaban detrás de Nyktos—. Lo que sí sé es que el grueso de tus guardias está demasiado lejos en el Adarve y que tus ejércitos están en la frontera oeste.

—¿Ejércitos? —Le lancé a Saion una mirada rápida—. ¿Nyktos tiene un ejército?

Saion frunció el ceño en mi dirección.

—Por supuesto que lo tiene.

Eso era nuevo para mí.

—Lo más *sensato* sería que nos entregaras a Bele y ya está —dijo Dorcan—. Y entonces nos marcharemos sin haber causado ninguna... molestia.

—Ya habéis causado una molestia. —La frialdad en la voz de Nyktos me provocó un escalofrío por la columna—. Así que lo que sea que penséis que vais a hacer, empezad ya. Toda esta escena empieza a ser muy aburrida.

Dorcan se rio de nuevo.

—Que así sea.

—¿Cuánta puntería tienes con un arco? —me preguntó Saion en voz baja, justo cuando el Cimmeriano que había deslizado la mano hacia la daga de su cintura se giraba para orientar el cuerpo hacia Rhain. No lo dudé ni un instante.

Solté la flecha, que se clavó entre los ojos de Cimmeriano antes de que pudiera soltar la daga.

—Así de buena —murmuré, mientras hacía caso omiso del calor palpitante de las brasas de vida en mi pecho, que respondían a la muerte del dios.

La cabeza de Dorcan voló en mi dirección, pero sabía que no podía verme ahora que me había echado hacia atrás. El entrechocar metálico de las espadas empezó a resonar en la carretera a nuestros pies. Cargué otra flecha a toda velocidad y me moví más allá por el parapeto. Cuando me asomé de nuevo, se me comprimió el pecho.

Solo alcanzaba a ver a Nyktos, más alto que todos los demás entre la masa de Cimmerianos, enfrentado cara a cara con Dorcan.

—Que no te vean —ordenó Saion. Empezó a levantarse—. Si por alguna razón superan a Nyktos, mete tu culo dentro de palacio y acude al lado de Bele y de Aios. Con hechizo o sin él, todavía pueden matarte.

¿Nyktos superado? Se me secó la garganta. Lo había visto pelear con una espada contra *gyrms* y *dakkais*. Había cortado en dos a un dios sepultado solo con sus manos. No podían superarlo.

—¿Me has entendido? —preguntó Saion.

—Sí. —Me puse de rodillas detrás de la pared más baja, al lado de varias lanzas de piedra umbra.

—Más te vale. No saben lo que llevas dentro. Quién eres en realidad. Le llevarán a Hanan tu cabeza clavada en una pica —me advirtió Saion. Después de esa preciosa imagen, saltó del Adarve.

Asumiendo que Saion había sobrevivido a un salto que seguro que me hubiese roto todos los huesos del cuerpo, apunté hacia cualquiera que llevase pasamontañas. Era más difícil atinar a una cabeza sobre una diana móvil que a un pecho, así que, aunque mi dedo empezó a crisparse sin querer, esperé a que uno de los guerreros Cimmerianos se girara hacia un guardia de las

Tierras Umbrías, preparado para atacar. Disparé y busqué de inmediato otra flecha, aunque el calor palpitó en mi pecho y permaneció de ese modo, en respuesta a las muertes. Cargué la flecha y vi a Rhain apartar a un Cimmeriano de una patada al mismo tiempo que lanzaba una estocada hacia atrás.

La piedra umbra era indestructible...

La hoja de piedra umbra perforó la armadura con un rechinar de piedra contra piedra y se clavó bien hondo en el pecho del Cimmeriano.

Al parecer, la piedra umbra no era impenetrable contra sí misma. Bueno saberlo.

Rhain soltó la espada y giró en redondo para columpiar la hoja a través del cuello del que tenía delante. El otro atacante había caído, pero no murió de inmediato. Rodó sobre el costado, intentó levantarse...

Y entonces la vi.

Una neblina negra como la noche emanaba del Cimmeriano herido. Disparé sin dudarlo, directo a la parte de atrás de su cabeza. Un grito de dolor resonó desde otro sitio y mi pecho me abrasó las entrañas mientras cargaba otra flecha. Procedentes de varios de los Cimmerianos, se habían empezado a acumular sombras oscuras por la carretera, más opacas que las Tinieblas incluso.

Busqué a Nyktos a toda prisa. Se me cortó la respiración al ver la expresión dura de sus despampanantes rasgos mientras giraba en redondo para cortarle a un Cimmeriano la cabeza del cuerpo, al tiempo que bloqueaba el golpe del sable de Dorcan. Rotó por la cintura, empujó a Dorcan hacia atrás y al mismo tiempo giró para lanzar una segunda espada más corta, que zumbó por el aire y cortó a través de la cabeza de un Cimmeriano que había hecho caer a uno de los guardias de Nyktos sobre una rodilla. La sangre roció el aire cuando la espada corta siguió girando y volvió directa a la mano de Nyktos que la esperaba. Giró sobre sí mismo y bloqueó el siguiente ataque de Dorcan con ambas espadas, y eso fue... bueno, fue impresionante.

Las sombras de noche giraban más y más altas. Una vez que llegasen hasta sus cabezas, yo ya no les serviría de nada. Vi que las volutas de densa neblina tipo mortaja no emanaban de los brazos de todos los Cimmerianos, así que me concentré solo en los que la producían. Renuncié a apuntar a la cabeza y me decidí, a cambio, por el pecho de un Cimmeriano. Disparé. Contuve la respiración, pendiente de si la flecha sería capaz de perforar la piedra umbra.

Cortó a través de la armadura y se me escapó una respiración entrecortada de los pulmones, aunque no sentí demasiado alivio. La flecha no llegó tan

profunda como había llegado la espada de Rhain, y solo consiguió interrumpir lo que fuese que había estado haciendo el Cimmeriano para invocar a la noche. El guardia de las Tierras Umbrías aprovechó la oportunidad mientras el Cimmeriano arrancaba la flecha de su pecho y se giraba hacia el Adarve.

Las brasas de vida se avivaron en mi interior cuando encontré a otro guerrero que conjuraba neblina y disparé otra flecha al pecho. Las brasas no hacían más que palpar una y otra vez, a medida que disparaba y cargaba otra flecha en la cuerda a toda velocidad. Cambié mi peso de rodilla, encontré a otro Cimmeriano que...

Con una exclamación ahogada, me escondí detrás de la pared cuando una daga pasó silbando por el aire a apenas unos centímetros de mi cara. Con el corazón en la boca, volví al parapeto a tiempo de ver a Nyktos cortar la cabeza del Cimmeriano que debía de haber lanzado el cuchillo.

Cuando el guerrero cayó hacia delante, los ojos de Nyktos volaron hacia el Adarve. El plata brillante de sus iris rezumaba *eather* luminoso. Apunté el arco hacia él y nuestras miradas conectaron por un instante.

La cabeza de Nyktos se ladeó mientras tensaba la cuerda.

Y disparé.

Nyktos giró sobre sí mismo justo cuando la flecha atinaba en el Cimmeriano que lo atacaba por la espalda.

Sonreí con suficiencia cuando se volvió hacia mí, sus labios se curvaron un poco hacia arriba. Se volvió otra vez hacia Dorcan y me dejó preguntándome si de verdad había sonreído, solo un poco, mientras un Cimmeriano levantaba su espada y señalaba hacia el Adarve. Eché mano de otra flecha, pero me mantuve bien agachada. Cargué la flecha y me erguí. Tal vez Nyktos no se enfadaría tanto...

«Por todos los dioses», murmuré. Un vacío de la negrura más absoluta había trepado por la pared del Adarve, antes de llegar a la cima y extenderse deprisa por las almenas.

Me levanté de un salto y columpié el arco por la oscuridad. Se oyó una maldición desde dentro de la masa de negrura, contestada por mi propia maldición al girar. Nyktos y Saion habían olvidado mencionar que, de algún modo, los Cimmerianos podían utilizar lo que fuese que producían para escalar un Adarve en cuestión de segundos. Agarré una lanza, el metal frío al tacto aferrado con firmeza mientras daba media vuelta.

Abrí los ojos como platos al ver bajar una espada hacia mí. La noche seguía extendiéndose. Bloqueé el golpe, que sacudió todos los huesos de mi cuerpo, pero logré mantenerme firme a pesar de que la neblina negra subía

ahora por encima de mí. Si huía, lo más probable era que cayera sin querer del Adarve. Empujé contra la espada y me llegó una risa áspera desde el interior de la oscuridad.

Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, la neblina ahogó las estrellas por encima de mí. No había luz alguna. Nada más que oscuridad, mi corazón desbocado y las brasas palpitantes. Era como si me hubiesen puesto una venda sobre los ojos. *Una venda...*

El ejercicio te ayuda a pulir tus otros sentidos. Eso era lo que había dicho Holland cuando le había preguntado por qué me hacía entrenar con los ojos vendados. Casi me reí al pensar que Holland desde luego que actuaba al borde mismo de la interferencia.

Apreté la mano en torno a la lanza. No creía que mis otros sentidos estuviesen a la altura, pero busqué en vano por la absoluta quietud de la nada a mi alrededor. Lo único que oía eran gritos de dolor, espadas que entrechocaban con espadas...

Un soplo de aire se removió delante de mi cara. Me agaché a toda velocidad y noté cómo la espada cortaba el aire por encima de mi cabeza. Arremetí con la lanza hacia delante y hacia arriba, pero no encontré nada. Me quedé inmóvil, una fina película de sudor perló mi frente. El aire volvió a removerse y di un salto hacia la izquierda.

Un fogonazo de dolor punzante alanceó mi costado, aunque nada comparado con la agonía de los colmillos de un dios caído. Apreté los dientes y columpié la lanza por el aire. El lado más ancho de la piedra umbra golpeó contra unas piernas. El golpe sordo del Cimmeriano al caer de espaldas provenía de mi derecha. Sobre una rodilla, pivoté y clavé la lanza hacia abajo. El gruñido de dolor me indicó que había dado en alguna parte de ese bastardo. La noche empezó a diluirse, se volvió más gris que...

Otro soplo de aire detrás de mí. Giré sobre mí misma y volví a repetir el gesto con la lanza: hacia delante y hacia arriba. Esta vez, la punta encontró la resistencia de una armadura y luego se hundió a través. Solté la lanza de un tirón y me erguí, pero justo entonces un brazo se cerró alrededor de mi cuello. Años de entrenamiento e instinto se hicieron cargo de la situación. Dejé que todos mis músculos se quedasen flácidos, lo cual agarró desprevenido al Cimmeriano herido, que se tambaleó. Aproveché el momento para retorcerme y soltarme de su agarre. Se había despejado la suficiente neblina como para que pudiera ver la cabeza de mi enemigo, y ahí fue donde apunté. Incrusté la lanza lo más fuerte que pude. El crujido que oí me revolvió el estómago. Extraje la lanza de un tirón y di media vuelta.

Una mano me agarró del brazo para detener el golpe, luego me hizo girar, antes de que pudiera respirar siquiera. Un brazo pasó alrededor de mi cintura y mi espalda golpeó la dura pared de un pecho, a medida que la oscuridad del Adarve seguía desperdigándose. Sobresaltada, reprimí una exclamación.

Cítricos. Aire fresco. Esa brasa absurda en mi pecho se meneó aún con mayor violencia.

—Golpearme con una lanza no sería la forma más apropiada de agradecerme que me haya asegurado de que vivieras lo suficiente para ver una corona sobre tu cabeza. —La voz de Nyktos sonó ahumada en mi oído. Mi agarre sobre la lanza se aflojó de inmediato.

—¿Cómo debería agradecértelo, entonces?

Su brazo se apretó. Su presencia... la *sensación* de él tan cerca de mí que sentía su respiración profunda... eso removiό más que solo las brasas. Nyktos no contestó y, por un instante, fuimos solo los dos ahí de pie, sin un solo centímetro entre nosotros, a medida que las estrellas empezaban a ocupar el cielo de nuevo.

Nyktos se movió sin previo aviso. Giró en redondo sin soltarme y me atrapó entre la pared del parapeto y su cuerpo cuando nos llegó una ráfaga de aire desde el patio en el interior del Adarve. Unas alas grandes y poderosas pasaron por encima de nuestras cabezas. Mi corazón se tropezó consigo mismo cuando una cola con púas rozó la parte superior del muro contra el que ahora estaba apoyada mi mejilla. Acababa de llegar un *draken*, pero yo no estaba pensando en eso. Mi mente... por todos los dioses, había algo mal con mis pensamientos, porque volaron de inmediato a un lugar totalmente inapropiado y conjuraron recuerdos de Nyktos detrás de mí, su cuerpo grande y poderoso encajonándose igual que hacía ahora, sin dejar espacio alguno entre nosotros. Sin oportunidad de mover la cabeza siquiera. Entonces no había habido ropa entre nosotros tampoco, cuando me tomó desde atrás, cuando marcó mi piel a fuego y me reclamó como suya. El recuerdo estaba fresco y nítido, y me provocó una oleada de lujuria mareante.

—Joder —gruñó Nyktos, su aliento caliente contra mi mejilla—. Vas a acabar conmigo.

Debía de haber proyectado mis emociones, pero esta era una de esas raras ocasiones en que no me importó.

—Los dos sabemos que eso no es posible —susurré, mientras el *draken* aterrizaba en el otro lado del Adarve.

Nyktos hizo un ruido áspero y la mano que me sujetaba la muñeca se deslizó hacia arriba por mi brazo. Abrí los ojos, capaz de ver ahora la fila de

cuernos puntiagudos que enmarcaban la cabeza de Nektas. Sus alas negras grisáceas barrieron hacia atrás y empujaron a Ector y a Rhain hacia su lado. El mundo en lo bajo se tiñó de plateado cuando una llamarada de *eather* brotó de boca del *draken*.

—Te han herido —me gruñó Nyktos al oído en voz baja—. Otra vez.

—Apenas.

—Puedo oler tu sangre. —La palma de su mano rozó un lado de mi pecho. Di un respingo. Nyktos deslizó la mano hacia abajo, hasta donde era *verdad* que notaba un dolor ardiente—. Me hace querer saborearte.

Sus palabras enviaron un perverso pulso de deseo desde mi corazón acelerado hasta el mismísimo centro de mi ser.

—No te lo impediría.

—Por supuesto que no. —El brazo de debajo de mi pecho se flexionó—. No valoras tu vida.

—No tiene nada que ver con eso.

—Tiene todo que ver con eso. —Su aliento era como una caricia contra mi cuello—. Si te saboreara otra vez, no sé si podría parar.

—Sí que podrías —susurré, y creía esas palabras más de lo que creía cualquier otra cosa en el mundo.

Nyktos hizo ese sonido otra vez, parte gruñido y parte maldición, pero dejó caer el brazo y giró un poco el cuerpo para mirar hacia la carretera. Sorprendida de descubrir que aún sujetaba la lanza en la mano, hice un esfuerzo consciente por que mi corazón se ralentizara. Me aparté de la pared y seguí la dirección de la mirada de Nyktos hacia la carretera...

Nektas se abalanzó sobre un Cimmeriano, al que atrapó con sus poderosas fauces. Sacudió la cabeza y partió al dios en dos.

—Puaj —musité.

—Lo he visto hacer cosas peores.

—Tendré que creerte —murmuré.

—Intenta hacer caso por una vez y quédate aquí —dijo Nyktos, y entonces desapareció, tras saltar por el borde del Adarve.

Salí disparada hasta el murete y me agarré al borde de piedra para asomarme. Nyktos estaba en la carretera. Pasó junto a los cuerpos de sus hombres caídos. Cinco habían... cinco ya no estaban. El calor aumentó en mi pecho mientras los miraba. Se me caldearon las palmas de las manos...

La cabeza de Nektas voló hacia mí, sus ojos carmesís con sus finas pupilas verticales clavados en mí. Sus labios vibraban, retraídos en un gruñido de advertencia. Tragué saliva y apoyé la lanza contra la pared. Era como si

hubiese percibido el *eather* que se acumulaba en mi interior. Apreté ambas manos contra la piedra para reprimir el impulso y enterrarlo lo más hondo que pude, mientras Nyktos caminaba acechante hacia el único Cimmeriano que quedaba en pie.

El pasamontañas de Dorcan estaba apelotonado en su cuello y ya no ocultaba su rostro. El hombre parecía estar en su tercera década de vida, pero como dios, eso podía significar que tenía varios cientos de años, o tal vez más.

—Supongo que tienes un mensaje que quieres que le dé a Hanan.

La forma en que hablaba a medida que Nyktos se acercaba a él hacía que pareciera como si eso fuese algo que ya hubiese ocurrido entre ellos antes.

—Nyktos —lo llamó Saion desde donde estaba arrodillado al lado de uno de los soldados—. La ha visto.

Me puse tensa.

—Entonces, mi generosidad ha llegado a su fin —sentenció Nyktos.

Dorcan no mostró reacción alguna.

—No sé en qué estás pensando al rechazar la petición de Hanan, pero sea lo que fuere, terminará mal para ti. Acudirá a Kolis y vendrán más.

—Estaré esperando. —Nyktos desenvainó una espada y golpeó tan deprisa como una víbora para cortar la cabeza del Cimmeriano de sus hombros.

Capítulo 12



Rhain me miraba como si esperara que fuera a escapar de la oficina de Nyktos en cualquier momento, directa al centro de una tormenta de fuego. No me había quitado los ojos de encima durante más tiempo del que se tarda en parpadear. Ector, en cambio, estaba despanzurrado en el sofá, con los ojos cerrados y casi seguro que dormido.

—Calmaría mis nervios que te sentaras —me advirtió Rhain con un gesto significativo de su cabeza roja con reflejos dorados—. En lugar de caminar arriba y abajo.

—Caminar calma mis nervios. —Di otra pasada por delante del escritorio de Nyktos—. Y confía en mí cuando te digo que prefieres que tenga los nervios calmados a lo contrario.

—Es probable que tengas razón. —Rhain inclinó la cabeza en un gesto de aquiescencia. Sus ojos parecían más dorados que marrones mientras seguía mis movimientos a la luz de los faroles colgados de las paredes—. Pero confiar en ti...

Mascullé una palabrota. Mala elección de palabras por mi parte. Seguí caminando, más deprisa ahora, la piel de la nuca tensa. Era obvio que el discurso de Nyktos no había tenido tanto impacto sobre Rhain, y eso me dejaba un poco triste. Antes, Rhain había sido todo sonrisas, amistoso y menos reservado.

—Deberías confiar en ella —apuntó Ector. Todavía tenía los ojos cerrados, pero al parecer no había estado durmiendo—. Aparte de lo que intentó anoche por nosotros, por *todos* nosotros, ese Cimmeriano apuntaba hacia ti. Sera te ha salvado el culo ahí afuera. Si no le hubiese dado justo entre

los ojos, probablemente estarías ahí de pie con un par de agujeros de más en el cuerpo. O no estarías de pie en absoluto. Lo menos que puedes hacer es darle las gracias.

—No necesito su gratitud —mascullé, antes de que Rhain pudiese decir algo que era muy probable que me irritara aún más.

—Bueno, pues la mía la tienes. —Ector abrió sus intensos ojos color ámbar.

—Y la mía —refunfuñó Rhain—. Gracias.

Solté un bufido desdeñoso.

—Eso ha sonado como si te doliera decirlo. —Ector le lanzó una mirada que yo no podía ni empezar a descifrar.

—Me ha dolido. Un poco. —Un músculo se apretó en su mandíbula al mirar a Ector—. ¿Qué? ¿Por qué me estás mirando como si me estuviese portando como un idiota?

Arqueeé una ceja y, por una vez, mantuve la boca cerrada.

—A lo mejor es que estás siendo un idiota —repuso Ector—. Con la persona que te ha cubierto las espaldas ahí fuera. Que nos cubre las espaldas a *todos*. Que también lleva dentro las brasas...

—Vale, creo que lo entiende —lo interrumpí. La defensa de Ector me sorprendió, incluso después del discurso de Nyktos. No había tenido ni idea de lo que opinaba de mí. Aunque, claro, antes tampoco lo había sabido. Ector era... raro. En un momento bromeaba y al siguiente estaba todo serio. También era mucho mayor que Nyktos, visto que había conocido a Eythos y a Mycella bastante bien, cosa que había tenido que ver, suponía, con que Nyktos lo hubiese enviado a cuidar de mí mientras estaba en el mundo mortal, junto con Lathan, una divinidad.

—¿Me estás echando la bronca? —preguntó Rhain, sorprendido—. ¿En defensa de ella? Te recuerdo que planea...

—*Planeaba* —lo interrumpí—. Estoy segura de que ya hemos hablado de esto.

—¿Crees que cambiar de opinión elimina las intenciones que tenías antes? —objetó Rhain—. ¿Crees que escapar solo para conseguir que te maten lo cambia de algún modo?

—No he dicho que lo hiciera.

—No lo hace. Sin importar lo que en teoría pensaras hacer con Kolis o las brasas que llevas dentro. —Rhain descruzó los brazos y dio un paso hacia mí. Ector se sentó, alerta de pronto—. Tú no eres la verdadera Primigenia de la Vida. Eres una casa de acogida para las brasas, y nada de eso compensa el

haber planeado matar a Nyktos, fueran cuales fueren tus razones —prosiguió, y me empezó a arder la cara—. No tienes ni idea de a todo lo que ha tenido que renunciar Nyktos. Por lo que ha tenido que pasar. Lo que ha sacrificado por ti, y luego vas tú y...

—Rhain —lo advirtió Ector. Dejé de andar.

—¿Qué ha sacrificado por mí?

—¿Aparte de la seguridad en su propia casa? —escupió Rhain.

—Aparte de eso —exigí saber.

—Nada —intervino Ector. Se puso de pie—. Rhain solo está dramatizando. Es propenso a hacerlo.

Entorné los ojos.

—¿En serio?

—Sus palabras vienen de un lugar bueno —razonó Ector, antes de acercarse a Rhain. Puso una mano sobre el hombro del dios—. Al final del día, ella no es el enemigo. Deberías saberlo. Pero si no lo sabes, todo lo que tienes que hacer es salir ahí otra vez y echar un vistazo a las vidas que se han perdido hoy.

Rhain apartó la mirada cuando esas irritantes brasas se avivaron de pronto. Se meneaban como un cachorrito que saluda a su dueño. Puede que ellas estuvieran contentas por la inminente llegada de Nyktos, pero yo no.

Las puertas se abrieron de par en par, aunque frenaron justo a tiempo, como si unos sirvientes invisibles las hubiesen parado antes de estrellarse contra las paredes. Una oleada de energía ardiente y gélida irrumpió en la oficina primero y me hizo cosquillas en la piel.

—Papá Nyktos no está contento —murmuró Ector.

No, no lo estaba.

—Al menos no es en respuesta a algo que hayamos hecho nosotros. —Rhain me lanzó una mirada significativa al tiempo que arqueaba las cejas.

—Esta vez —añadió Ector.

Una energía nerviosa zumbó a través de mí cuando Nyktos irrumpió en la oficina con la fuerza de una tormenta. Sus ojos como orbes giratorios plateados se clavaron en mí mientras cruzaba la habitación, desenvainando sus espadas por el camino.

—¿No te había dicho que te quedaras dentro? —Nyktos se detuvo delante de mí, antes de estampar las espadas sobre el escritorio a mi espalda—. ¿Que no me pusieras a prueba con esto?

—Lo hiciste, sí.

Bajó la barbilla.

—Y aun así, hiciste justo lo que te había pedido que no hicieras y saliste al Adarve, lo cual puso en peligro no solo tu vida sino también la de Saion.

—No me pediste eso. Me lo *ordenaste*.

—Es lo mismo.

—No es para nada lo mismo. ¿Y cómo puse en peligro la vida de Saion? Él eligió seguirme...

—No tenía ninguna elección en el asunto, puesto que estaba encargado de mantenerte dentro —rebatí—. Detrás de Nyktos, vi cómo Rhain y Ector se movían con disimulo hacia las puertas—. Tiene suerte de que no tenga costumbre de castigar a uno por las acciones equivocadas de otro.

La frustración aumentó en mi interior y se unió al zumbido de ansiedad.

—El único que se está equivocando ahora mismo eres tú.

Las cejas de Nyktos volaron hacia arriba.

—Estoy impaciente por oír tu razonamiento con respecto a esto. Estoy seguro de que consiste en algo del tipo: *Hago lo que me da la gana porque puedo y a la mierda las consecuencias*.

Justo en ese momento, algo cambió en lo más profundo de esa *grieta*. Algo absoluto. No busqué el velo de vacío y permití que una mezcla cruda y volátil de ira y determinación se extendiera como un tsunami por todo mi ser.

—Desde el momento en que me enteré de que ya no tenía que cumplir un deber que nunca tuve ninguna elección en aceptar, me convertí en una persona independiente. Alguien que tiene derecho a tomar sus propias decisiones. No toleraré que se me mangonee ni se me diga lo que puedo y no puedo hacer, como si no tuviese ningún poder ni control sobre mi vida, sin importar qué riesgos pueda estar corriendo. *No pienso* vivir así más.

Nyktos se apartó un poco y dio varios pasos atrás. Las hebras de *eather* se ralentizaron en sus ojos, lo cual produjo un leve cambio en la expresión fría de su cara. Un silencio tenso siguió a mis palabras antes de que él hablara.

—Que uno de vosotros me traiga, por favor, un bol con agua limpia y un paño. El otro debe marcharse.

—¿Sabes?, creo que te traeré esas cosas y luego... desapareceré. —Rhain retrocedió, agarró el brazo de Ector por el camino—. Ven, desaparece conmigo.

—Parece buena idea, sí. —Ector pivotó—. Tiene esa cara que da miedo otra vez.

Eso era verdad.

Nyktos esperó hasta que estuvimos solos.

—Alguien tiene que preocuparse por que pueda ocurrirte algo, visto que tú no lo haces. Nunca lo haces. —Nykto dio un paso medido hacia delante—. ¿Quieres hacer elecciones sin tener en cuenta los riesgos? El problema con eso es que jamás piensas en esos riesgos. Ni en las consecuencias.

—Eso no es... —Solté una exclamación brusca. De repente, Nykto estaba plantado a no más de palmo y medio de mí—. ¿Puedes no hacer eso?

—¿Por qué? —Me miró desde lo alto, las hebras de *eather* más brillantes en sus ojos otra vez—. No me digas que te da miedo.

—No me da miedo. Solo me *irrita*.

Sus labios se retorcieron en una sonrisa tensa.

—Por supuesto que no. Tú no tienes el instinto que advierte a la mayoría cuando están en grave peligro.

—Eso no es verdad. —Empecé a cruzar los brazos, pero el tirón de la herida de mi cintura me detuvo—. Mis instintos funcionan a la perfección. Antes, me advirtieron de que te enfadarías por mi decisión de salir al Adarve.

Sus ojos se entornaron hasta no ser más que dos ranuras finas y refulgentes.

—¿Alguna vez has intentado... oh, no sé... escuchar a esos instintos? ¿Valorar tu vida?

—La verdad es que nunca he tenido la oportunidad real de hacerlo, ¿no crees? —espeté, cortante.

Nykto se quedó muy quieto, todo excepto sus ojos. Pasaron unos segundos largos y deseé tener su don para leer emociones, para tener algo de información sobre lo que él estaba sintiendo o pensando. De pronto, dio media vuelta, caminó muy rígido hasta el aparador y agarró un decantador lleno de líquido ambarino.

—Sé que ya he dicho esto antes, pero no pretendo ofender cuando digo que no valoras tu vida —musitó. Sirvió un vaso, paró, y luego sirvió otro—. De verdad que no pretende ser un insulto.

Resoplé con desdén.

—Pues te aseguro que suena como un insulto cuando lo dices.

—Entonces, me disculpo. Lo siento.

Levanté la cabeza a toda velocidad.

—¿En serio me estás pidiendo disculpas?

Volvió conmigo y me ofreció un vaso.

—¿No crees que merezcas una?

—Uhm... —Lo pensé un poco mientras aceptaba la bebida. No tenía muy claro si me la merecía o no, así que me encogí de hombros.

Sus labios se curvaron un poco.

—Bueno, pues la tienes de todos modos. —Se bebió el whisky de un solo trago—. Estoy tratando de entender.

—¿De entender qué? —Yo bebí un trago un poco menos impresionante, aunque la mitad del whisky había desaparecido cuando bajé el vaso.

Nyktos dejó su vaso detrás de una de sus espadas y arrastró las puntas de sus colmillos por su labio de abajo.

—¿Cómo te has convertido en quien eres?

El whisky bajó por mi pecho y luego hasta mi estómago en una oleada caliente.

—Creo que no entiendo lo que me estás preguntando.

—La mayoría de las personas no intentarían seducir al Primigenio de la Muerte. Ni aunque fuese un deber con el que les hubieran taladrado desde el momento de nacer. Ni siquiera por su reino. Tampoco darían media vuelta y planearían hacerle lo mismo a otro Primigenio. Ni siquiera podría achacarlo a una falta de valor por su parte.

—¿Solo a una falta de sentido común por la mía? —repliqué.

Esa maldita ceja subió por su frente otra vez.

—Eso lo has dicho tú.

Bebí otro sorbo antes de tirarle el vaso a la cara.

—Mi reino está muriendo. Creía... todos creíamos... que era por el trato que había hecho el rey Roderick. ¿Qué se supone que tenía que haber hecho?

—Literalmente, cualquier otra cosa.

Mis dedos se apretaron alrededor del vaso.

—¿Cómo qué, señor Sabelotodo? ¿Pedirte que detuvieras la Podredumbre? ¿Por qué se me habría ocurrido siquiera eso cuando creíamos que la Podredumbre se debía a que el trato estaba expirando y no a algo que estuvieras haciendo tú? Ni siquiera sabíamos quién era Kolis en realidad. —O quién o qué era *yo misma*. Aunque los dioses sabían que no pensaba entrar en eso ahora mismo—. Así que ¿qué tenía que haber hecho? ¿Invocar a un dios o al Primigenio otra vez e intentar hacer otro trato? ¿Pasarle la bola a otra persona para que lidiara ella con el problema? ¿Vivir la vida que me había tocado en suerte? —Solté una risa amarga—. ¿O limitarme a no hacer nada y dejar que mi reino muriera?

—¿Y qué tipo de vida vivías en realidad? —preguntó en voz baja.

El calor volvió, bajó por mi pecho como una ola, pero tenía muy poco que ver con el whisky. Dejé el vaso en la mesa. Rhain regresó con los artículos que había pedido Nyktos. Me lanzó una mirada ceñuda antes de dejar en

silencio el bol y la toalla sobre el escritorio al lado de las espadas. Salió a toda prisa y cerró las puertas a su espalda.

No obstante, lo que el dios había dicho antes de que llegara Nyktos permaneció conmigo.

—¿Qué has sacrificado por mí?

Nyktos levantó los ojos hacia mí.

—¿Qué ha dicho uno de mis guardias?

—Nada.

—No te creo.

—Esa no es una respuesta. —Mi corazón martilleaba contra mis costillas.

—Eso es porque no he sacrificado nada —dijo, pero no estaba segura de creerlo—. Levanta tu jersey.

Parpadeé, al tiempo que me preguntaba si el whisky me había afectado tan rápido.

—¿Perdón?

—Te han herido. Quiero ver si es grave.

—No es...

—Levanta tu jersey y déjame que vea tu herida, Sera. —Respiró hondo—. Por favor.

Dudé un instante, solo porque esta vez me lo había pedido. Y solo porque había dicho *por favor*, que seguía siendo una debilidad mía.

Nyktos cerró los ojos un momento.

—No creo que tu herida sea tan grave como para necesitar sangre, así que no tienes que preocuparte de que me aproveche de ti.

El hecho de que sintiese incluso la más leve desilusión al oír eso me indicó que necesitaba una dosis considerable de lo que Nyktos acababa de insinuar que escaseaba en mí: sentido común.

Sus espesas pestañas se levantaron y esos ojos plateados, iluminados con suavidad desde atrás, perforaron los míos. Con la suerte que yo tenía, era probable que este fuese uno de esos momentos en los que él estaría leyendo mis emociones, queriendo o sin querer. Seguro que había percibido mi desilusión, y no quería ni saber lo que pensaba... si me veía como alguien tan desesperada por afecto que lo buscaría incluso de alguien que ni siquiera quería mi amistad.

Y en cierto nivel, eso sería preciso. Durante toda la vida, me había faltado no solo contacto físico sino afecto. Sí lo ansiaba, pero no estaba lo bastante desesperada como para aceptar las escasas migajas que cualquiera me pudiera ofrecer.

Solo quería *su* afecto porque pensaba que había disfrutado de un indicio de él antes de que averiguara la verdad. Entonces me había deseado, hasta el punto de la distracción, pero creía que también me había tomado cariño. Que le había importado. Ahora solo había deseo físico, uno que seguramente él negaría hasta su ultimísimo aliento.

De pronto, me di cuenta de lo que había dicho.

—Espera. ¿Crees que te aprovechaste de mí cuando me diste tu sangre?

—Sabía lo que te haría mi sangre. Debí ser capaz de contenerme o de dejarte sola en el momento en que empezaste a sentir los efectos.

Lo miré pasmada.

—Mi reacción tuvo muy poco que ver con tu sangre.

—Sera.

—Y todo que ver con mi atracción hacia ti. Te lo dije entonces. No ha cambiado.

Un músculo se tensó en su mejilla.

—Aun así, debí ser capaz de controlarme, en lugar de convertirme en un hombre sin ningún control de su cuerpo.

—No eres solo un hombre —me reí.

—Que yo sea un Primigenio no significa que mi cuerpo reaccione de otra manera.

—No me había dado cuenta de que los Primigenios, o los hombres en general, tenían tan poco control de sus penes —espeté, irritada por que hubiera excusado su reacción, *su placer*, como algo sobre lo que no tenía ningún control.

—Eso no es lo que... *da igual*. —Sus ojos refulgieron con fuerza durante un instante—. Déjame ver tu herida.

—Lo que tú digas. —Agarré el borde del jersey y de la combinación de debajo y los levanté hasta mis costillas—. No es grave, ¿ves? —Bajé la vista y me encogí un pelín al ver el fino corte que discurría por el lado izquierdo de mi cintura—. Solo una herida superficial.

—No existe tal cosa como una herida superficial.

Empecé a bajar el jersey, pero Nyktos puso las manos sobre mis caderas. El contacto me sorprendió lo suficiente como para no protestar cuando me levantó para sentarme sobre la mesa. Sus manos se demoraron ahí. El recordatorio de su fuerza era siempre una sorpresa. Me hacía sentir pequeña y delicada, aunque la *delicadeza* y yo no pertenecíamos al mismo mundo. No había ninguna parte de mí, como había dicho una vez Tavius, que no fuera *rolliza*.

Jodido bastardo cabrón.

Por todos los dioses, casi deseé que aún estuviese vivo, solo para poder meter algo más duro que un látigo por su garganta.

Nyktos levantó los ojos hacia mí.

—Estás proyectando otra vez.

—Perdón —musité, mientras él alargaba la mano hacia el paño—. No tienes por qué hacer esto.

—Lo sé. Lo hago porque quiero.

Ya había dicho eso mismo en otra ocasión, y mi estúpido corazón dio un brinco, igual que entonces. Presionó la piel de debajo de la herida con los dedos, el contacto era suave pero aun así me produjo otro *shock*. Me sobresalté.

—Perdona. —Retiró la mano—. No pretendía hacerte daño.

—No me lo has hecho. Es solo que... desearía que tu piel estuviese caliente de nuevo —dije, cosa que no era el todo mentira—. ¿Se calentó porque te alimentaste? —pregunté, a sabiendas de que Nyktos rara vez se alimentaba. Por lo que me había parecido entender, los Primigenios no necesitaban alimentarse a menudo, a menos que resultasen heridos o debilitados. Y yo lo había debilitado, solo un poco, cuando lo había golpeado con ese fogonazo de *eather*.

Nyktos negó con la cabeza.

—Mi piel nunca se ha calentado al tacto después de haberme alimentado. Siempre ha sido fría.

—Entonces ¿por qué...? —Lo deduje yo sola—. ¿Las brasas?

—Soy la Muerte —me recordó—. Y tú llevas las brasas de la vida en tu interior. *Tu* sangre fue lo que calentó mi piel.

—¿Tendrá mi sangre algún otro efecto sobre ti?

Sus labios se curvaron hacia arriba un instante.

—Eso está aún por verse.

Estaba mirando su boca con demasiada intensidad, así que desvié la mirada hacia su... cuello. Algo de lo que había dicho no tenía sentido. Él no era el verdadero Primigenio de la Muerte, solo *un* Primigenio de la Muerte. Entonces, ¿por qué habría de estar fría su piel en primer lugar? Aunque, claro, a lo mejor era porque era un Primigenio de la Muerte.

Ahora solo me estaba confundiendo a mí misma.

—Me pregunto si Taric notó el sabor. Quiero decir, sabía que tenía al menos una brasa en mí cuando invadió mis recuerdos, pero si no lo hubiese sabido, ¿lo habría notado?

El *eather* refulgió con fuerza en los ojos de Nyktos.

—Nadie más se alimentará de ti, así que no es algo de lo que tengas que preocuparte. —Arqueé las cejas—. Pero sí —dijo con voz casi inaudible—. Notaría el sabor.

—¿Mi sangre sabe como huele?

Se quedó callado mientras sumergía el paño en el agua.

—Sabe como una tormenta de verano y como el sol.

Se me escapó una risita nerviosa al tiempo que se me calentaba el pecho.

—¿A qué sabe eso siquiera?

—A calor. A poder. A *vida* —dijo sin dudarlo—. Aun así es blando. Ligero. Como un buen bizcocho. Como...

Estaba mirando su boca de nuevo.

—¿Como qué?

Nyktos se aclaró la garganta, sacudió la cabeza.

—Por cierto, sabes... cuando crees que me muevo demasiado rápido... En realidad, no me estoy moviendo. No del modo que tú crees.

Fruncí el ceño. Estaba claro que quería cambiar de tema.

—Entonces, ¿de qué modo te *estás* moviendo?

—Utilizo *eather* para transportarme donde quiero ir —explicó, y apretó el paño con suavidad sobre la piel de alrededor de la herida—. Se llama «sombromatic».

Lo miré, las cejas arqueadas.

—¿Eso no suele llamarse «andar», sin más?

Nyktos se rio entre dientes.

—Es un poco diferente. Cuando deseo moverme así, me convierto en parte del *eather*, del aire a nuestro alrededor. Los ojos mortales no pueden ver cómo lo hacemos.

Eso picó mi curiosidad.

—¿Qué aspecto tiene?

—Como un indicio de sombra que se mueve muy deprisa —contestó—. Y cuanto más *eather* tenga un dios, más lejos puede sombratic y más deprisa se mueve.

—¿Eso es lo que hiciste cuando me sacaste del Gran Salón de Wayfair?

—Sí. Conjuré una neblina primero para ocultarnos. Y puesto que eres en gran parte mortal, habría sido una experiencia muy dolorosa para ti si hubieses estado despierta.

Tendría que creer lo que me decía, pero entonces recordé lo que me había dicho de no poder abducirse fuera de mi lago.

—O sea que *sí* puedes transportarte, o abducirte, a donde quieras ir... — Esbozó una sonrisilla—. ¿Hasta qué distancia puedes... sombrambular?

Levantó la vista hacia mí.

—Hasta donde quiera.

Parpadeé despacio.

—Entonces, ¿por qué usas un caballo? ¿O por qué vas andando a los sitios? Si yo pudiese hacer eso, lo más probable sería que no caminase ni un metro.

Apareció una leve sonrisa.

—Solo porque pueda hacer algo no significa que necesite hacerlo.

Había dicho alguna variación de eso mismo cuando estuvimos en mi lago.

—Apuesto a que hay un montón de cosas que puedes hacer de las que yo no tengo ni idea. —Su sonrisa se ensanchó por un lado—. ¿Seré capaz de hacer eso si Asciendo?

—Vas a Ascender —me corrigió—. Y todo dependerá de cuánto *eather* tengas en tu interior. Por lo que ya eres capaz de hacer, supongo que tendrás cierta capacidad para sombrambular. Muchos dioses pueden hacerlo. Aunque no pueden viajar tanta distancia como un Primigenio ni pueden cruzar mundos.

Intenté imaginarme sombrambulando de un espacio a otro y enseguida decidí que era probable que no fuese a caminar con normalidad nunca más.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó Nyktos después de un par de segundos—. Hace unos minutos, cuando sentí como si... quisieras asesinar a alguien.

Eso me agarró desprevenida, así que farfullé la verdad.

—En Tavius.

Un músculo se tensó en su mandíbula mientras continuaba limpiando con cuidado la sangre de alrededor de la herida.

—Parte de mí no quiere ni saber qué te hizo pensar en él. —Un mechón de pelo escapó del moño con el que había recogido su pelo y cayó sobre su mejilla. Se quedó callado mientras sumergía el paño en el cuenco de nuevo—. ¿Te había hecho daño antes de ese día? —Observé su coronilla con la mirada perdida cuando se agachó otra vez, todo pensamiento de sombrambular desaparecido de un plumazo—. Sí, ¿verdad? Ese moratón que te vi. Tenía varios días de antigüedad, se estaba borrando ya. Dijiste que habías chocado con algo, pero he visto a poca gente con paso más estable que tú. —Hizo una pausa—. Excepto cuando hay serpientes.

Las comisuras de mis labios se curvaron un pelín, aunque se aplanaron enseguida en cuanto pensé en la causa de aquel moratón sobre el que me había preguntado Nyktos. Tavius me había tirado un bol de dátiles.

—¿Te hizo daño? —insistió Nyktos.

Empecé a mentir, pero me di cuenta de que simplemente estaba demasiado cansada para hacerlo.

—No era amable.

—¿Y eso qué conlleva? —Presionó con suavidad sobre la herida, pero aun así di un respingo al sentir una punzada de dolor—. Perdona.

—No pasa nada. —Me ardían las mejillas, ya fuese por la conversación o por su disculpa. Quizá por las dos cosas—. Podía ser desagradable. Mientras crecíamos, era sobre todo verbal. Cuando llevaba el velo, no se atrevía. En su mayor parte —murmuré, pensando en cómo había intentado tocarme la primera noche que me habían llevado al Templo Sombrío para cumplir el trato.

—¿Y eso cambió? —Nyktos examinó la herida. Encogí el hombro derecho—. ¿Te tocaba?

—A veces. —Levanté los ojos hacia las puertas negras ribeteadas de plata—. La mayor parte del tiempo, no tenía ocasión de hacerlo.

—¿Le pateaste el culo?

Mis labios se retorcieron en una sonrisilla.

—En más de una ocasión. Pero en otras no podía defenderme. —De repente, pensé en la princesa Kayleigh sollozando en silencio en el bosque—. Hubo un punto en que Tavius estuvo prometido a una princesa más joven de Irelone. No creo que haya sido... amable con ella.

—Siento oír eso. —Entonces se quedó callado, pero no por mucho tiempo—. El día que te azotó... —empezó, y mis ojos volaron hacia él. Nyktos deslizó el paño por la piel por encima de la cinturilla de mis mallas para limpiar los finos rastros de sangre—. ¿Por qué lo hizo?

Ya me lo había preguntado en otra ocasión. Entonces no se lo había contado. Nyktos esperó, callado, con la cabeza agachada. No levantó la vista hacia mí, y tal vez por eso sentí que podía hablar.

—Tavius me odiaba. Ni siquiera sé de verdad por qué. Si soy sincera, no creo que fuese algo personal. Era desagradable con muchas personas. Simplemente era de ese tipo de personas, ¿sabes? Alguien que obtiene fuerza y placer de dominar a otros. Y cuando no pueden hacerlo, eso los hace aún más decididos a lograrlo.

—Sí, sé a qué te refieres —murmuró. Ya suponía que lo sabía.

—Su padre, el rey Ernald, había muerto la noche anterior... y el rey solía... no sé... regañar a Tavius por su comportamiento. Creo que yo estaba más consternada que Tavius, pero con su padre fuera de juego y con él a punto de convertirse en rey, fue como si lo que lo había estado conteniendo hasta entonces ya no existiera. Me culpaba por la Podredumbre —añadí después de unos segundos—. Creía que debía ser castigada por fracasar.

—¿Por fracasar? —Los hombros de Nyktos se pusieron tensos—. ¿Porque yo no te acepté como mi consorte?

Aparté la vista de él y me centré en el agua rosácea del bol.

—Entre otras muchas cosas, estoy segura. En cualquier caso, quería castigarme.

Nyktos bajó la mano que sujetaba el paño y la apoyó en el escritorio.

—¿Y tu madre? ¿Ella actuaba siempre como ese día? ¿No hacía nada? ¿Porque ella también te culpaba por la Podredumbre? ¿Creía que habías fracasado?

No había ninguna necesidad de contestar a eso.

—¿Qué habría ocurrido si yo no te hubiese sentido ese día? —preguntó Nyktos. Mis ojos se posaron ahora en la mano con la que sujetaba el paño ensangrentado. Tenía los nudillos blancos—. ¿Qué te habría hecho una vez que terminase de divertirse con el látigo?

Sacudí la cabeza, el estómago revuelto al recordar cómo Tavius me había inmovilizado contra esa cama estrecha e incómoda. Cómo había apretado mi cara contra el delgado colchón hasta que pensé que me asfixiaría. Me re Coloqué, agarré el borde de mi jersey hasta que sentí que los hilos empezaban a romperse.

Nyktos había alargado su otra mano hacia mi vaso.

—Bebe.

Consciente de que lo más probable era que hubiese proyectado todas esas emociones asfixiantes y abrumadoras, agarré el vaso y apuré el whisky.

Me quitó el vaso vacío de la mano, lo dejó a un lado de nuevo y luego retomó su examen meticuloso de la herida.

—¿Qué habría pasado?

—Eso no importa.

—Sí importa.

—¿A quién? —Solté una risa áspera y luego, porque no podía soportar el silencio que seguro que se produciría, seguí hablando—. Él... hubiese hecho algo que habría terminado con la parte favorita de sí mismo incrustada en su garganta. Es decir, lo habría *intentado*, sí.

Nyktos giró la cabeza hacia un lado. Una repentina carga estática golpeó el aire e hizo que se me pusiera la carne de gallina. Noté olor a quemado. Bajé la vista para descubrir que no quedaban más que cenizas del paño que él había sujetado en la mano... junto con una marca chamuscada en la mesa.

—Otras personas tenían que ser conscientes de la situación. ¿Tu hermanastra? —Su tono era frío, inexpresivo. Amenazador—. ¿Holland?

Me tragué la amargura que se acumulaba en el fondo de mi garganta.

—¿Qué habrían podido hacer ellos? A Holland lo habrían apartado de mi lado o lo habrían matado por decir las cosas claras... o al menos lo habrían intentado. Intervino más de una vez, de formas que solo él podía hacerlo. Y no creo que Ezra supiera todo el alcance del comportamiento de Tavius.

—¿Los defiendes?

—Porque merecen ser defendidos. Él era un príncipe y yo era... —Me interrumpí y apreté los ojos con fuerza. No sabía por qué le había contado nada de eso. Tenía que ser por el *shock* de todo lo que estaba pasando, la adrenalina que iba amainando y el agotamiento que empezaba a hacer acto de presencia. Quizá fuera porque parecía que no había ninguna razón para ocultarlo cuando ya conocía otras verdades desagradables. Cuando yo sabía cómo acabaría todo esto. Quizá fuera solo por el maldito whisky.

—Eras una princesa.

—No, nunca lo fui.

Nyktos no dijo nada y yo no abrí los ojos. Pasaron varios segundos antes de que él hablara de nuevo.

—Cuando no te acepté como mi consorte, no te estaba dando tu libertad. —Me recorrió un ligero escalofrío. No era una pregunta, así que no necesitaba una respuesta—. Lo siento, Sera.

Abrí los ojos de golpe y todo mi cuerpo se puso en tensión. Solté el borde de mi jersey. Nyktos había levantado la cabeza y, con sus ojos sobre mí, viéndome... *viéndome* de verdad..., su disculpa era aún más insoportable. Mi piel ardía sofocada. Mi pecho se comprimió.

—No quiero tu disculpa —solté con brusquedad—. No te he contado nada de esto para obtenerla. No quiero tu compasión ni tu simpatía.

—Lo sé. —Tocó mi mejilla, sus dedos estaban húmedos pero calientes—. Respira, Sera. —Aspiré una bocanada de aire—. Jamás podría sentir compasión de alguien tan fuerte y valiente como tú —dijo Nyktos—. Pero sí tienes mi simpatía y mis disculpas.

Me eché hacia atrás, pero su mano me siguió.

—No las quiero. Ni las necesito y...

—Lo sé —repitió. Su pulgar acarició mi mejilla—. Pero ahí están, por si las necesitas algún día.

Una emoción cruda brotó tan deprisa que tuve que cerrar los ojos de nuevo, porque si no lo hacía, esa maraña de emociones sería dolorosamente visible. El pulgar de Nyktos se detuvo.

—Iré ahora mismo y terminaré con la vida de tu miserable amago de madre y llevaré su alma al Abismo. La dejaré al lado de la de Tavius, adonde pertenece.

Abrí los ojos de golpe.

—No puedes estar hablando en serio.

—Nunca he hablado más en serio en toda mi vida —juró—. Todo lo que tienes que hacer es decir que sí y estará hecho.

Contuve la respiración cuando una parte terrible de mí levantó su miserable cabeza. La parte que existía detrás del velo de vaciedad, que se ocultaba bajo el lienzo en blanco y que era el fuego que forjó el recipiente en primer lugar. La parte de mí que quería gritar *sí* y regodearse en la idea de que era yo la que había causado su final. Yo. Esa que no era digna de que la miraran a los ojos la mayor parte del tiempo. La ironía era demasiado dulce, ¿verdad? Pues había sido ella la que había tejido ese lienzo y azuzado ese fuego.

Nyktos esperó y, en ese momento, supe que lo haría. No porque me tuviese afecto o se preocupase por mí, sino porque se sentía responsable. Culpable. Quizás incluso arrepentido. Compasivo.

Solté el aire con brusquedad.

—No —meforcé a decir.

—¿Estás segura?

—Sí. Al final, no... no merecería la pena. —No quería que la sangre de mi madre manchara mis manos. Ya tenía suficiente sangre sobre ellas.

—Si cambias de opinión en algún momento, sé de un tipo que puede hacerlo.

Me sacudí con una risa de sonido mojado.

—¿Esa ha sido una broma de Primigenio de la Muerte?

—Quizá. —Pasaron unos segundos largos. Ninguno de los dos se movió. La mano de Nyktos seguía sobre mi mejilla. Nos miramos a los ojos, y el contacto y la cercanía... fueron calando en mí. Entonces él se inclinó hacia atrás y bajó su mano; eché de menos el contacto de inmediato—. Necesitas descansar —comentó, y luego se apresuró a continuar, antes de que yo pudiera decir nada—. No te estoy mangoneando. Si eliges no hacerlo, estás en

tu derecho. Pero tu cuerpo lo necesita. Quieras o no quieras admitirlo, el Sacrificio hace que todo el mundo se debilite con mayor facilidad, y tú ya has pasado por ello una vez. Los dolores de cabeza volverán más rápido y con más intensidad que antes, y podrías sumirte en otra estasis.

—No quiero eso —murmuré.

—Bien. Yo tampoco. —Deslizó los ojos por mi cara—. Las brasas de vida en ti son muy fuertes.

—Sí, ya me lo parecía. ¿Sabes? —Levanté las manos y meneé los dedos—. Puedo traer a gente de vuelta de la muerte y, al parecer, invocarla cuando estoy muy enfadada.

Hubo un ligero destello de advertencia en sus ojos.

—No me refería a ninguna de esas dos cosas. Te cortaron con piedra umbra. Eso mataría a cualquier mortal. También mataría a una divinidad. Tu piel y tus venas ya mostrarían marcas de ello y cualquiera que sea la cantidad de mi sangre que tengas dentro no lo hubiese impedido.

—Oh. —Abrí los ojos como platos. Nyktos tenía razón. Lo había olvidado. Bajé la vista y levanté mi jersey. El corte estaba ahí, enrojecido, pero ya no sangraba—. Guau.

—Sí. Guau —repitió en tono seco. Una risita trepó por mi garganta, una que seguro que se debía al whisky. Nyktos esbozó una sonrisa triste—. Te hace preguntarte de qué otras maneras pueden estar protegiéndote las brasas primigenias.

Capítulo 13



Cuando volví a mis aposentos, había un candado en las puertas del balcón.

Era obvio que no era para impedir que alguien me secuestrara. Con el hechizo, eso no era necesario.

Parte de mí no podía enfadarse demasiado por verlo ahí. Sonreí mientras lo miraba. ¿Acaso creía Nyktos que no podía abrir un candado? Sin embargo, el candado no era el único añadido a mi habitación. Tardé una eternidad en ver el libro que descansaba sobre la mesa al lado de las puertas; pensé que era el que le había visto a Orphine.

Cené, sola otra vez. Después, trajeron agua limpia enseguida y me lavé como las veces anteriores. La herida de mi costado no se había abierto y, mientras secaba la piel con cuidado, pensé que parecía un corte de hacía varios días, no solo de unas horas.

Te hace preguntarte de qué otras maneras pueden estar protegiéndote las brasas primigenias.

Yo también empezaba a preguntármelo.

Más cansada de lo que quería reconocer, me puse una gruesa bata verde bosque que aún no había usado, sin molestarme en ponerme un camisón debajo. Luego fui hasta el diván y abrí el libro. La escritura era tenue pero legible; aun así, veía las palabras borrosas al mirar la página. No lograba concentrarme. A medida que avanzaba la noche, el plan de Nyktos fue ocupando mis pensamientos. Si Hanan enviaría más guerreros y cuándo, las preguntas que tenía sobre ese ejército del que desconocía su existencia, y el hecho de que no podía creer que hubiese hablado de Tavius o de mi vida en

Lasania. No me gustaba pensar en esas dos últimas cosas, no digamos ya hablar de ellas. Me hacía sentir incómoda en mi propia piel.

Me levanté, fui hasta la mesa y agarré la botella de vino que habían traído con la cena. Era dulce y bebí un trago largo, luego otro, mientras intentaba distraerme con el libro. Fracasé en mi intento, porque el vino no había ayudado para nada en el proceso. De hecho, me tenía mirando la puerta de Nyktos cada vez más, planteándome cosas muy absurdas.

Hice que la bata resbalara de mis hombros y la dejé tirada donde cayó. No me molesté en ponerme ni un retal de ropa, demasiado acalorada por las crepitantes llamas de la chimenea y por el vino. Luego me metí en la cama, antes de que el vino me engatusara para hacer algo indebido.

Como ir hasta esa maldita puerta.

Sonreí con ironía al imaginar la reacción de Nyktos si entrara en su dormitorio, desnuda como el día que vine al mundo. Seguro que...

¿Qué haría?

Mi sonrisa se esfumó y giré la cabeza para observar la puerta. Mis pensamientos encontraron el camino hasta dentro. En mi mente, vi su enorme cama. ¿Estaría él ahí? ¿Descansando? ¿O también le estaría resultando imposible dormir? ¿Estaba pensando en los sombríos acontecimientos que habían tenido lugar a lo largo de los últimos días? ¿O estaría pensando en nosotros en su cama?

Cerré los ojos al sentir el intenso pulso del deseo. Rodé sobre la espalda y busqué otra cosa en la que pensar, solo que mi mente me traicionó. Me llevó directa de vuelta al dormitorio de Nyktos y me mostró una imagen de nosotros dos en la cama, yo de rodillas y el gran cuerpo de Nyktos encajonando el mío como había hecho en el Adarve. No había nada entre nuestros cuerpos empapados de sudor y cada una de sus embestidas era profunda. Fue un placer que había rayado en el castigo. La ferocidad con que se había movido era demasiado fácil de recordar. Ni siquiera parecía un recuerdo, no cuando podía sentirlo incluso ahora, entre mis muslos y dentro de mí. Cerré los ojos y me mordí el labio cuando volví a sentir el deseo.

Frustrada, pataleé contra la manta enredada alrededor de mis piernas. Por todos los dioses, ¿por qué me estaba haciendo esto a mí misma?

Rodé con cuidado sobre el costado de nuevo y miré hacia la puerta una vez más. En un momento de locura, me planteé ir hasta la puerta, encontrarla sin pestillo y entrar en su dormitorio. No había sonrisa alguna en mi cara ahora, mientras me preguntaba si encontraría a Nyktos dormido en su cama. ¿Se alegraría de que estuviese ahí? ¿Me desearía? ¿Sin remordimientos? La

bocanada de aire que aspiré fue escasa, mientras imaginaba cómo enroscaba el cuerpo alrededor del mío, cómo me tocaba. Cerré los ojos despacio, apreté las piernas juntas y presioné mi pecho con un puño cerrado. Notaba la piel caliente cuandoforcé a mis dedos a abrirse. Las yemas de mis dedos rozaron las hendiduras ya apenas perceptibles dejadas por el mordisco de Nyktos. Sentí un escalofrío ilícito por todo el cuerpo. El deseo en lo más profundo de mi ser palpitó cuando deslicé un dedo por encima de un pezón endurecido. Mis caderas dieron una sacudida.

Hubo un sonido, callado y demasiado rápido para descifrarlo. Abrí los ojos al instante y los deslicé más allá de la puerta, hasta las cortinas que cubrían la puerta del balcón. No vi nada más que sombras y noche, pero la habitación... parecía diferente. La oscuridad parecía haberse cargado de poder. ¿Habría apagado el farol? ¿Habría estado encendido siquiera cuando me había tumbado? No lo recordaba, gracias al whisky y al vino. Pero el cuarto estaba desierto, excepto por mí y mi deseo, que parecía haberse convertido en su propia entidad, una que llenaba el espacio incluso más allá de la cama. Cerré los ojos de nuevo e intenté dormirme, pero en el silencio, en lo único en lo que podía pensar era en la boca de Nyktos cerrándose sobre mi cuello, sobre mi pecho.

Ábrete para mí.

Me estremecí ante el recuerdo de su petición calenturienta. Rodé sobre la espalda y retiré la manta a patadas otra vez, agradecida por el aire fresco sobre mi piel desnuda. Aunque no hizo nada por aliviar el fuego. El aire cargado solo parecía avivarlo. Mi otra mano cayó a mi estómago, apretó contra mi piel desnuda. Las puntas de mis pezones cosquilleaban bajo mis dedos mientras me movía inquieta, apretando el trasero contra el colchón. La humedad que se arremolinaba entre mis piernas solo aumentó.

Mi pulso se aceleró mientras deslizaba la mano hacia abajo, como había hecho a petición de Nyktos. Vacilé un instante, no por vergüenza ni por inexperiencia. Me había dado placer antes, como era obvio; aunque no dejé que mi mente divagara hacia cómo había aprendido a hacerlo. Esos recuerdos no eran bienvenidos aquí. Vacilé porque no habría una cara informe y sin nombre en mi mente como las veces anteriores. Las líneas y los ángulos estarían claros, igual que lo estaría el nombre. Si me tocaba, serían los dedos de Nyktos los que imaginaría dentro de mí. Eso no podía negarlo.

Enséñame...

Dejé que mis muslos se abrieran al aire fresco y a la oscuridad de la habitación. Deslicé la mano más abajo y recuperé el recuerdo de nosotros.

Estaba en su cama y la boca de Nyktos estaba sobre mi pecho. Pero no fue mi dedo el que cabalgué cuando introduje uno a través de la humedad resbaladiza. Era su miembro. Gemí y apreté la cabeza hacia atrás contra la almohada mientras empezaba a trabajar con mi dedo adentro y afuera, al tiempo que apretaba el talón de la mano contra la parte de piel ultrasensible. La sensación de él dentro de mí, cómo me estiraba y me llenaba, estaba marcada a fuego en mi piel, demasiado fácil de recordar. Introduje otro dedo...

Mis ojos se abrieron a toda velocidad, mi corazón latía desbocado. No se oía ni un ruido. Nada por encima de mis jadeos, pero se produjo ese... *cambio* en la habitación otra vez. Una sensación de conciencia.

Una certeza de que no estaba sola.

Se me subió el corazón a la boca y miré hacia abajo, más allá de los dedos sobre mi pecho y entre mis piernas, más allá de mis rodillas dobladas. Escudriñé la zona al pie de la cama, la chimenea apagada al lado de las puertas del balcón, el diván en sombras delante de ella...

¿La chimenea *apagada*?

Se me quedó el aire atascado en los pulmones. Mis ojos volaron de vuelta al diván y a la densa masa de sombras que había ahí. Mi corazón no hacía más que trastabillar. Ese cúmulo de sombras no parecía normal. No eran tan opacas como las que habían conjurado los Cimmerianos, pero las sombras parecían girar sobre sí mismas. Aspiré una bocanada de aire. Me rodeó un olor a cítricos y aire fresco.

El olor de *Nyktos*.

Se me quedó el cuerpo helado, después caliente, mientras entreabría los labios. Tenía que ser mi imaginación, o el vino. No podía estar aquí dentro, pero mientras miraba las sombras, recordé cuando lo había visto por primera vez en el Templo Sombrío y él había estado envuelto en una noche interminable. Las sombras daban la impresión de haberse quedado quietas.

¿Podría... estar aquí dentro? ¿Observándome?

La aguda punzada de placer que se enroscaba en lo más profundo de mi ser era totalmente pecaminosa. Como también lo eran el calor y la humedad. Mis pensamientos cargados de deseo corrían por mi mente a toda velocidad. Nyktos... él podía sentir mis emociones extremas, y lo que yo estaba sintiendo era bastante extremo. ¿Podía percibir mi deseo aun desde otra habitación?

¿Y había acudido a mí?

La anhelante espiral de placer se enroscó aún más profundo, más apretada. Si estaba aquí, mirando...

Se me cortó la respiración. Con los ojos medio cerrados, arrastré los dientes por mi labio de abajo mientras movía los dedos en mi pecho y dentro de mí. La correspondiente espiral de placer tuvo respuesta en esas sombras al pie de la cama. Mis caderas se levantaron para seguir el ritmo lento. Las sombras dieron la impresión de solidificarse. De espesarse. De palpar. Mi sangre hizo lo mismo. La sensación de conciencia aumentó. Se me puso la carne de gallina por toda la piel desnuda.

Podía *sentir* su mirada.

Como todas las veces anteriores, cuando sabía que me estaba mirando. Su mirada era siempre una caricia, y lo fue también entonces, pesada contra mis pechos, mi vientre y los dedos entre mis piernas. Y supe... *supe* que estaba ahí. Eso, o de verdad que había bebido demasiado vino. Las dos cosas eran igual de posibles, pero elegí creer la primera.

Que Nyktos se había colado en mi habitación, oculto en las sombras, y que estaba mirándome en esos precisos momentos.

Las sombras palparon, dieron la impresión de expandirse y oscurecerse al pie de la cama. Arqueeé la espalda a medida que se apretaba la tensión.

Una brisa rozó la planta de mi pie, gélida y abrasadora al mismo tiempo. Y fue *real*.

No... no fue mi imaginación.

Oh, por todos los dioses. Retiré la mano, mis dedos relucientes y mojados contra mi tripa. Me quedé muy quieta y observé cómo un zarcillo neblinoso de noche se deslizaba por encima de la cama. No cerré las piernas. No hice nada más que esperar... y *desear*. Y sabía que no debería desear una cosa así, pero, oh, por todos los dioses, cuánto la deseaba.

Ahogué una exclamación cuando esa hebra de aire oscuro besó mi pantorrilla, cuando otra lamió mi muslo por dentro. Contuve la respiración, el pulso desquiciado ya, mientras mis manos caían sobre la cama. Cerré los dedos en torno a la sábana debajo de mí, mi pecho subía y bajaba jadeante. Los segundos se alargaron durante una eternidad. Luego arrastré los pies por la cama en respuesta a algún instinto desconocido y me abrí más aún para él. La sombra helada y ardiente rozó contra mi mismísimo centro.

Solté un gritito. Los talones de mis pies se clavaron en la cama y empecé a temblar. La sensación de presión, de completitud, era intensa. Primitiva. De otro mundo. Apenas veía los zarcillos de noche, pero los *sentía*. El ardor frío era todo lo que podía sentir. Gemí mientras me retorció y me restregaba. Mis

caderas se levantaron de la cama y el aire frío y caliente fluyó por encima de la curva de mi trasero. La tensión se liberó con una fuerza asombrosa. Grité con la llegada del clímax, mis ojos abiertos de par en par clavados en la espesa masa de sombras palpitantes. Temblando, me desplomé sobre el colchón mullido mientras las hebras de noche se retiraban despacio de la cama.

Aún me sacudían pequeñas oleadas de placer cuando rodé sobre el costado y luego sobre la tripa y... *esperé*. Una corriente de energía cruzó la habitación. El aire que inspiré se atascó con esa caricia otra vez, un beso gélido y ardiente contra la parte de atrás de mis muslos, la curva de mi culo. Mi corazón martilleó contra mis costillas. La sensación se desvaneció, pero la presencia seguía ahí. Más cerca que antes.

—¿Nykto? —susurré.

No hubo respuesta en el silencio denso, pero esperé hasta que mis ojos estuvieron demasiado cansados para mantenerlos abiertos y, cuando empezaba a dormirme, noté que la cama se movía a mi lado.

Sentí a Nyktos.



—¿Has dormido bien? —preguntó Nektas.

Casi me atraganté con el zumo que bebía y mis ojos saltaron de inmediato a mi cama. Lo que había sucedido la noche anterior parecía ahora un pecaminoso sueño febril, pero no tenía ni la más remota duda de que Nyktos había estado en mi habitación. Que me había observado. Que me había *tocado*. Que se había tumbado en la cama a mi lado. Se me acaloró la cara y aparté la mirada de la cama.

Nektas me observó con curiosidad.

Me aclaré la garganta, mientras jugueteaba con la manga suelta de mi vestido dorado rosáceo. El vestido no tenía demasiadas florituras, pero las mangas, que se ahuecaban a partir del codo y revoloteaban hasta justo por encima de la muñeca, le daban un aspecto delicado. El corpiño podría haberse considerado modesto, si esa zona realmente cupiera. Tal y como estaba ahora, me daba miedo que las costuras fuesen a reventarse en cualquier segundo, pero me había gustado el hecho de que el vestido tenía dos rajas a ambos lados de la falda que acababan justo por debajo de medio muslo. Proporcionaban acceso fácil a la daga que llevaba ahí envainada.

Y además, me sentía... guapa con él. Más o menos. No era frecuente que llevase uno tan suave y no transparente por completo, como ese maldito vestido de boda. Si no se me ocurría ningún plan mejor, detener la coronación era algo muy improbable, así que deseé con toda mi alma que el vestido para eso fuese más bien... decente.

—He dormido bien —conseguí balbucear.

—Me alegro. —Nektas estaba sentado en el sofá. Me había traído el desayuno esa mañana y, a diferencia de todos los demás, se había quedado conmigo. Aunque no había dicho gran cosa hasta ahora, era agradable tener compañía—. Recuerdo cuando Ash pasó por el Sacrificio. Dormía fatal... peor de lo que lo hace de costumbre.

—¿Es habitual?

—Para algunos, sí. Pero creo que para los que ya duermen regular, el Sacrificio lo empeora.

Entonces, ¿había estado despierto, tumbado en su cama? Mordisqueé el último trozo de pan y miré con disimulo la puerta que daba a su habitación. Mi estómago dio otra voltereta. ¿Qué diría Nyktos cuando me viera?

Mejor aún, ¿qué diría yo?

Porque sabía lo que había significado la noche anterior. Lo que no había cambiado. Nyktos todavía me *deseaba*. No solo era una necesidad corporal que no podía controlar. Eso ya lo sabía.

Pero no sabía lo que iba a hacer con esa información. Sabía lo que *debería* hacer. Olvidarla. Ignorarla. Nyktos me deseaba en sentido carnal. El sexo no era afecto ni aceptación. No significaba nada más que una complicación en una situación ya de por sí bastante embarullada. Pero yo también lo deseaba... su contacto, la sensación de él contra mi piel y dentro de mí, la liberación que me proporcionaba. Yo quería eso. No porque tuviera que quererlo. No por ninguna otra razón que no fuese que era lo que yo quería.

Pero todo lo que el sexo solo ofrecía era temporal, y no estaba segura de si quería más. Ni siquiera estaba segura de lo que era *más*. ¿Compañerismo? ¿Confianza? ¿Confort? Todo eso sonaba como *más*, pero no lo sabía. Y ni siquiera sabía por qué quería más cuando mi vida podía quedar reducida a meses en lugar de a años si los planes de Nyktos no funcionaban. Tendría sentido si quisiera las cosas *ahora mismo*. ¿Y por qué no podía querer eso? ¿Tener eso?

—¿Has terminado de comer? —preguntó Nektas. Parpadeé, bajé la vista hacia mi plato casi vacío y asentí—. ¿Y has terminado de meditar con los ojos fijos en una puerta?

Fruncí los labios.

—Sí.

Nektas se levantó con una media sonrisa.

—Tengo que ir a ver cómo está mi hija. —Se detuvo, antes de girar la cabeza hacia mí—. ¿Vienes?

Me quedé muy quieta, aunque tenía ganas de saltar de la silla porque... bueno, no quería ser una intrusa. Sin tener claro en absoluto lo que estaba haciendo, levanté un hombro.

—¿Supongo?

—Entonces, vamos. —Nektas abrió las puertas—. Lo más probable era que ya se hubiera despertado de la siesta y estuviera a segundos de salir gateando por una ventana, como su nueva amiga.

Suspiré.

Nektas no había estado del todo equivocado. Jadis estaba despierta y había estado tratando de alcanzar el picaporte de la puerta que daba al balcón. Corrió a recibir a su padre, con sus habituales trinos, gorjeos y gimoteos, y luego me saludó con el mismo entusiasmo. Después, tomó la mano de su padre y nos condujo fuera de la habitación. Una vez en el pasillo, emitió una serie de trinos emocionados mientras saltaba más alto y batía sus alitas hasta ser capaz de levitar en el aire durante unos segundos.

—Eso significa que está contenta de que vengas con nosotros en su aventura —exclamó Nektas. Sonreí, aliviada.

—Yo también lo estoy.

Su aventura nos llevó a la planta principal y al pasillo opuesto a las oficinas de Nyktos, a una especie de sala de audiencias equipada con sillas formales de respaldo recto y una mesa estrecha. Me pregunté si en esa mesa se celebrarían reuniones o partidas de cartas, mientras Jadis inspeccionaba cada mueble con un sentido de la curiosidad admirable.

Cuando Nektas se marchó en busca de una jarra de agua y vasos, me quedé petrificada de que algo terrible pudiera pasarle a Jadis mientras él no estaba. Por alguna razón desconocida, no hacía más que intentar trepar por las patas de la mesa, y nunca me había alegrado tanto de verlo como cuando regresó.

No venía solo.

Con él había un *draken* de escamas negras con tintes morados, de poco más de un metro de altura.

Reaver saludó con un trino agudo y echó a andar hacia mí. No llegó muy lejos. Jadis prácticamente lo placó, envolvió sus delgados bracitos alrededor

de su estómago y atrapó una de sus alas entre ellos.

Los observé asombrada. No creía que fuese a acostumbrarme nunca a ver a los *drakens* en esta forma. ¿Y pensar que podían acabar siendo del tamaño del padre de Jadis?

Nektas se reunió conmigo en la mesa, mientras su hija dedicaba todas sus energías a jugar con Reaver.

Lo cual significaba perseguirlo por la habitación como un pequeño torbellino.

—Por si te lo preguntas —dijo Nektas, mientras servía agua en una de las anchas tazas—, siempre son así.

Sonreí y pensé que era muy probable que Reaver no estuviese corriendo tan deprisa como podía.

—No tuve la oportunidad de preguntarte lo que opinas del plan de Ash —dijo Nektas, mientras los dos *drakens* daban otra vuelta amplia corriendo como locos alrededor de la mesa—. De lo de extraer las brasas y todo lo demás.

—Tengo una... esperanza cauta. —Remetí un mechón de pelo detrás de mi oreja y lo miré—. ¿Crees que funcionará?

—No puedo saberlo.

Fruncí el ceño.

—Eso no es demasiado tranquilizador que digamos.

—No pretende serlo. —Nektas atrapó el brazo de su hija cuando daba otra vuelta más a la mesa. La sujetó hasta que bebió unos cuantos tragos de agua apresurados y luego la soltó.

La chiquilla en forma de *draken* retomó su persecución de Reaver al instante.

—Delfai tendrá las respuestas que necesitamos. —Nektas devolvió el vaso a la mesa—. Pero Ash aspira a hacer lo que se ha hecho solo una vez antes. No hay manera de saber lo que es o no es posible.

Odiaba no saber y tener que esperar para averiguarlo.

—Ojalá pudiéramos irnos ahora mismo. Quiero decir, el Valle tampoco puede ser muy peligroso, ¿no?

—No es el Valle lo que es peligroso. Es la carretera hasta el Valle —explicó—. Tendremos que viajar hasta los Pilares de Asphodel para entrar en el Valle. Puede pasar cualquier cosa entre aquí y los Pilares y, como ya deberías saber, los dioses pueden entrar en las Tierras Umbrías cuando se les antoja. Igual que los Primigenios. No hay ninguna regla que me impida

quemar a un dios hasta no dejar más que un palo crujiendo si lo considero oportuno.

Arrugué la nariz ante su elección de palabras.

—No puede decirse lo mismo de los Primigenios. No puedo luchar contra uno. Los dioses que sirven en la corte de Ash tampoco pueden, a menos que ataquen a Ash. —Nektas hizo una pausa—. O a *su* consorte.

—Oh. —Miré por la solitaria ventana de la habitación. El cielo gris al otro lado era de un color mate, sin vida, roto solo por el leve centelleo de las estrellas. Era una pena que el hechizo no pudiese evitar que me atacasen—. Si Nyktos hubiese explicado eso, habría tenido más sentido.

—¿No lo ha hecho?

Le lancé una mirada ceñuda. Su expresión lucía tan insulsa que el cielo tenía que tenerle envidia.

—No.

Me dedicó una leve sonrisa, antes de que sus ojos saltaran hacia la puerta.

—Un segundo.

Me giré para ver a Rhain por la estrecha rendija. Nektas se reunió con él en el pasillo y los observé, curiosa por lo que podrían estar diciendo.

Aunque en realidad debería haber estado vigilando a los jóvenes *drakens*.

Jadis soltó un chillido agudo que me paró el corazón. Mi cabeza voló hacia donde... Reaver al parecer había volado hasta la parte superior de un armario vacío y estaba ahí encaramado, a salvo fuera del alcance de Jadis.

Algo de lo que ella no estaba contenta en absoluto.

Empezó a dar saltitos y a aletear, pero solo lograba mantenerse en el aire a pocos centímetros del suelo y durante solo unos segundos. Sus chillidos eran lastimeros.

—Reaver —lo llamé, al tiempo que me levantaba de la mesa—. ¿Por qué no bajas? —El joven *draken* sacudió su cabeza con forma de diamante. Y para ser sincera, no podía culparlo—. Jadis solo quiere jugar.

Reaver sacudió a cabeza otra vez. Jadis renunció a intentar volar y optó por *trepar* por el armario, lo cual hizo que la cosa entera se tambaleara.

—Oh, por todos los dioses. —Corrí hasta ella y la agarré cuando había conseguido trepar apenas palmo y medio—. No puedes hacer eso.

En cuanto la dejé en el suelo, corrió directa de vuelta al armario. Repetimos esta serie de eventos varias veces más antes de que estallara una pataleta completa de bebé *draken*.

Con los ojos como platos y la boca abierta, contemplé cómo se tiraba al suelo sobre la barriga, aullando mientras aporreaba el suelo con sus pequeños

puños con garras y sus pies con espolones. Me quedé paralizada mientras arañaba la piedra umbral del suelo, sin tener ni idea de cómo calmar a un niño mortal, no digamos ya a un *draken*.

Desesperada, eché un vistazo hacia la puerta, pero descubrí que Rhain y Nektas ya no estaban a la vista.

«¿Estás de broma?», susurré, al tiempo que me volvía otra vez hacia Jadis.

Rodó sobre la espalda y se quedó tan quieta que temí que se hubiese quedado inconsciente. Empecé a caminar hacia ella cuando Reaver hizo un ruido áspero, como un resoplido, que sonó muy parecido a una carcajada.

Eso no ayudó en absoluto.

La *draken* se levantó en un santiamén, sus ojos rojos entornados, mientras se quejaba y gimoteaba en dirección a Reaver, que no hizo ni ademán de bajar. Y no tenía ni idea de lo que estaba haciendo Nektas en ese maldito pasillo. Me giré para averiguarlo. Solo pasó un segundo (*¡un segundo!*) y olí el *humo*.

Me giré a toda velocidad y me llevé un susto de muerte cuando vi llamas trepando por la pata de una de las sillas que Jadis tenía delante.

—¡Oh, por todos los dioses!

Jadis saltaba emocionada, los ojos iluminados por las llamas. Agarré la jarra corriendo y la volqué sobre el fuego para apagarlo. Con el corazón en un puño, di un paso atrás.

Justo entonces entró Nektas en la habitación, pero se paró en seco.

—Me ausento dos minutos...

—Eso *no* han sido dos minutos —jadeé—. Han sido dos años.

Jadis replegó sus alitas hacia atrás, las pegó a su cuerpo y echó a correr para esconderse debajo de otra silla.

Nektas levantó la vista hacia Reaver, que pío con un sonido contrariado antes de deslizarse hacia el suelo, desde donde miró a Jadis con suspicacia. Me sentí un poco mal por ella mientras su padre la convencía para que saliera de debajo de la silla.

—Es obvio que alguien no ha pasado la hora de la siesta durmiendo —declaró Nektas—. Así que es hora de hacer justo eso.

Troté detrás de ellos, con la sensación de haber sobrevivido por poco a una guerra. Las brasas de mi pecho se calentaron de repente cuando nos acercamos a las oficinas de Nyktos. Mi estómago empezó a dar brincos de inmediato, como había hecho Jadis en medio de su pataleta. Nektas ralentizó el paso y se detuvo en la antesala.

—¿Necesitas alguna cosa? —llamó Nektas, mientras yo me quedaba un poco atrás. Jadis empezó a forcejear de inmediato para bajarse.

—No —llegó la respuesta que no debería haber hecho que mi cara pareciese estar en llamas, pero lo hizo—. Puedes soltarla.

—La mimas demasiado —musitó Nektas, pero soltó a su hija, que echó a correr y desapareció dentro de la oficina. Se oyó una carcajada ronca desde el interior y Reaver la siguió, pero a un ritmo mucho más pausado. Nektas se detuvo a la entrada para girarse hacia mí. Arqueó las cejas.

Me separé de una de las columnas de piedra umbra y avancé, tratando de que mi corazón se apaciguase.

Nyktos estaba detrás de su mesa, la pequeña *draken* pegada a la holgada camisa blanca que llevaba. O lo estaba abrazando... o bien lo estaba estrangulando. No estaba del todo segura de cuál era la opción correcta.

—¿Qué habéis estado liando vosotros dos? —preguntó Nyktos, que echó un vistazo hacia donde Reaver ya estaba encaramado a una esquina de su escritorio.

Reaver emitió un par de gruñidos graves, pero Jadis no paraba de trinar y de gorgear a toda velocidad. Se echó hacia atrás en brazos de Nyktos y giró la cabeza hacia Reaver. Le bufó, y no pude evitar sonreír.

—A lo mejor Reaver jugaría contigo si no lo persiguieras tanto —repuso Nyktos.

Mis cejas volaron hacia arriba. Había olvidado que Nyktos podía entenderlos.

—Por cierto, le ha prendido fuego a una de las sillas —anunció Nektas. Al instante, su hija plantó la cabeza contra el pecho de Nyktos—. Así que es hora de echarse una siesta.

Las cejas de Nyktos se arquearon mientras Jadis emitía un lastimero gemido amortiguado por su camisa.

—No pasa nada. No estoy enfadado. —Le frotó la espalda entre las alas—. Tenemos un montón de sillas.

—¿Cómo que no pasa nada? —Nektas giró en torno a la mesa y soltó a Jadis de los brazos del Primigenio. Su hija prácticamente se dejó caer sobre su hombro y se quedó ahí colgada mientras Reaver la miraba con recelo—. Da igual cuántas sillas haya.

Nyktos sonrió, remitió un mechón de pelo detrás de su oreja y, *por fin*, miró más allá de los *drakens* a donde yo esperaba cerca de las estanterías vacías.

En lo único que podía pensar era en esa sensación gélida y abrasadora contra mi piel, dentro de mí.

Era imposible descifrar nada en la expresión de Nyktos. No tenía ni idea de lo que estaba pensando cuando sus ojos recorrieron mi cara y luego apuntaron más abajo. La línea de su mandíbula se tensó.

—Recuérdame —le dijo a Nektas— que le pregunte a Erlina cuándo acabará su ropa.

Con el ceño fruncido, bajé la vista y vi que el corpiño había resbalado un poco, ya fuese porque no estaba del todo bien puesto o debido a mis esfuerzos por evitar que Jadis se hiciera daño y quemara el palacio entero. Fuera como fuere, tampoco era como si mis pechos se hubiesen salido del chisme. Todavía. Entorné los ojos.

—¿Qué hay de malo en el vestido, *alteza*?

—Todo.

Inspiré con brusquedad. Ya no me sentía tan guapa con él.

Nektas me miró y frunció el ceño, confundido.

—Yo no veo nada malo.

—Por supuesto que no —musitó Nyktos, al tiempo que se echaba atrás en su silla.

—Encuentro que es muchas cosas —ofreció Nektas—, pero ninguna de ellas es mala. Te las podría enumerar...

—No será necesario —masculló Nyktos. Bajó la mano a la mesa y sus dedos empezaron a tamborilear sobre el tomo con el que lo había visto el día anterior. Me ardía la nuca.

—Si hubiese sabido que ibas a insultar el vestido que ni siquiera me pertenece, habría optado por ir mejor a visitar a lo que quede de los dioses sepultados.

Los ojos de Nyktos saltaron hacia mí. Los entornó.

—Creo que lo que quiere decir es que preferiría su compañía a la tuya —añadió Nektas para ayudar.

—Gracias por la innecesaria explicación —murmuró Nyktos con voz melosa. Luego le lanzó a Nektas una mirada de advertencia antes de centrarse en mí. Algo de la tensión se alivió de su mandíbula. Pasó un momento—. No pretendía insultar tu vestido. Me... disculpo si... —Respiró hondo. Yo me limité a mirarlo—. Si ha sido maleducado por mi parte.

—¿Si? —inquirí.

—Vale, ha sido maleducado —se corrigió—. No hay nada malo en tu vestido —musitó—. Estás preciosa con él.

Mis cejas salieron disparadas hacia arriba y vi que Nektas se frotaba la boca en un intento por disimular su sonrisa. Mi irritación con ambos se avivó. Nyktos había sonado como si estuviera hablando de un *barrat* con un vestido, y Nektas había fracasado por completo en su intento por ocultar su sonrisa.

—Tengo que llevarme a Jadis a dormir —anunció Nektas y el Primigenio asintió. Reaver saltó de la mesa de Nyktos cuando Nektas se encaminó hacia la puerta.

Hice ademán de seguirlos, pero me detuve. Nektas no necesitaba que yo distrajera a Jadis mientras procuraba que su hija se durmiese. Me quedé donde estaba mientras ellos salían de la oficina, aunque sospechaba que Nyktos hubiese preferido que no lo hiciera.

Cuando las puertas se cerraron detrás de Nektas, me giré despacio hacia el Primigenio. Seguía reclinado en su silla, tamborileando despacio con los dedos en la mesa mientras me miraba.

—¿Qué tal te encuentras esta mañana?

—Bien. —Sentí que ese maldito calor invadía mi cara otra vez—. ¿Y tú?

Levantó la mano del reposabrazos de su silla para apoyar los dedos contra su mandíbula y su barbilla.

—Perfecto.

El silencio se alargó entre nosotros.

—¿Has dormido bien esta noche?

Nyktos se quedó quieto como una estatua. Me dio la impresión de que ni siquiera respiraba.

—Como un bebé.

Lo miré ceñuda.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí. —Unas hebras de *eather* aparecieron en sus ojos a medida que me invadía la incredulidad. ¿De verdad iba a actuar como si no hubiese estado en mi dormitorio la noche anterior, observándome? ¿Tocándome?—. Parece que tú has tenido una mañana bastante ajetreada —comentó.

Estaba *claro* que iba a actuar como si la noche anterior no hubiese sucedido. Me tragué mi frustración.

—Esa es una manera de describirla.

—Con suerte, para el bien del mobiliario de palacio, Reaver no se refugiará más en lugares a los que Jadis no pueda llegar todavía.

—Creo que eso es improbable.

—Cierto. Ya pasamos por esto cuando Reaver tenía la edad de Jadis ahora. Estoy casi seguro de que perdimos artículos suficientes para amueblar

dos habitaciones enteras a causa de sus pataletas.

Me costaba imaginar a Reaver teniendo una pataleta en ninguna de sus dos formas.

—¿Qué... qué les pasó a los padres de Reaver? —pregunté, al darme cuenta de que lo único que sabía era que ya no estaban vivos.

—Murieron defendiendo las Tierras Umbrías. Antes de que él fuese capaz siquiera de adoptar forma mortal —contestó. Se produjeron unos segundos de silencio después de eso—. Kolis se enfadó cuando no respondí a su llamada de inmediato. Envió a varios de sus *drakens* y, después de aquello, aprendí que solo podía demorarme cierto tiempo en responder a sus llamadas.

Se me comprimió el pecho.

—Mi... mi hermana... Ezra. Ella cree que no puedes odiar a alguien si no lo has conocido nunca. Está equivocada. Yo no he visto a Kolis nunca y, sin embargo, lo odio.

Nyktos se quedó callado un momento.

—No creo que tengas que conocer a alguien para sentirte de determinada manera hacia él. Ni siquiera creo que debas conocer de verdad a alguien para echarlo de menos.

—¿En serio?

—Yo echo de menos a muchos a los que apenas conozco. Las experiencias que nunca compartiremos. La historia nunca forjada. —Sus dedos se quedaron quietos sobre la mesa—. Los recuerdos nunca creados.

—El pasado que nunca es llorado. —Pensé en la madre con la que nunca había tenido una relación cercana. En el padre al que nunca había conocido. En los amigos que nunca había hecho. En *su* corazón. Ese pensamiento fue como una patada en el pecho; tanto el darme cuenta de que quería su afecto, algo que no podía reconocer de ninguna de las maneras, como el hecho de que nunca me pertenecería—. Y el futuro que nunca es anticipado.

—Entonces, lo entiendes.

—Eso... eso creo. —Parpadeé para eliminar la repentina humedad de mis ojos. Pensé en los guardias que habían caído la víspera—. Siento las vidas que se perdieron ayer. Creo que no lo había dicho.

Nyktos asintió.

—Yo también lo siento.

Enrosqué los dedos en los bordes de mis mangas. En el silencio, recordé lo que había dicho Saion en el Adarve.

—El Cimmeriano... el llamado Dorcan. Mencionó que tenías un ejército.

—Lo tengo —confirmó.

—¿Es algo que tienen todos los Primigenios?

Nyktos negó con la cabeza. Mi mente empezó a correr a toda velocidad.

—¿Cuántas tropas tienes?

—El ejército es sustancial. —No había apartado los ojos de mí ni una sola vez desde que Nektas se había ido con los jovenzuelos—. Están estacionados en las fronteras de las Tierras Umbrías.

—¿Por qué no ayudaron cuando atacaron los *dakkais*?

—Lo habrían hecho de haber sido necesario.

El ataque había sido bastante importante. A mi parecer, debería haber justificado la intervención de su ejército. La única razón que se me ocurría para que no los hubiese hecho llamar era que prefería no arriesgarse a perder soldados. A lo mejor porque creía que los necesitaba a todos.

Lo cual podía significar...

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué habrías hecho con Kolis si no hubiesen depositado las brasas de vida en mi estirpe? —pregunté—. Por lo que dijiste en el salón del trono, está claro que no te has limitado a aceptar esta forma de vida. Vivir bajo el yugo de alguien que mata sin razón y comete solo los dioses saben cuántas atrocidades más.

Nyktos se quedó callado.

Le sostuve la mirada.

—¿Planeas declararle la guerra a Kolis?

Capítulo 14



Los dedos de Nyktos continuaron su tamborileo, al mismo ritmo que mi corazón. Intenté mantener a raya mi creciente frustración. Si no respondía, no estaba segura de lo que haría, pero era probable que fuese sonoro y un poco violento.

—Hablar de manera abierta de algo así contra un Rey de los Dioses —dijo al fin, con una ligera mueca de desagrado en el labio superior—, le proporcionaría a uno, incluso a un Primigenio, una condena a las partes más oscuras del Abismo, donde ni siquiera un dios de la muerte iría de manera voluntaria.

¿Y hablar de enfrentarse de un modo activo a Kolis no? ¿Como había hecho él en el salón del trono? Sonreí con ironía.

—Dudo de que eso te haya impedido planearlo.

—¿Qué crees que supondría una guerra entre Primigenios? —me preguntó, en lugar de responder.

—Algo inimaginable.

—Exacto. —Se separó del escritorio y fue hacia el aparador—. Ningún Primigenio en su sano juicio intentaría entrar en guerra contra el Rey de los Dioses, sea falso o no.

Observé cómo se acercaba el tomo con el que lo había visto antes de la aparición de los Cimmerianos. Sabía que yo estaba en lo cierto y que Nyktos no estaba diciendo la verdad. Era solo que no quería hablar de sus planes, fueran cuales fueren, trazados ya o aún en proceso.

No confiaba en mí.

Tampoco esperaba que lo hiciera. No después de todo, aunque no dejaba de... molestarme. De doler. Y ese dolor me hizo pensar otra vez en esa cosa desconocida para mí: un futuro. Si los planes de Nyktos con respecto a las brasas funcionaban, podría ser la consorte de Nyktos durante cientos de años, si no más. Bueno, si sobrevivíamos a Kolis. Pero ¿continuaríamos del mismo modo que ahora una vez que me coronaran... al día siguiente? ¿Seguiríamos viviendo así? ¿Camas separadas? ¿Vidas separadas? ¿Una consorte solo en nombre, ajena a la política de la corte y a las posibles batallas que seguro estaban por venir? ¿Me dejaría atrás mientras él gobernaba como el Rey de los Dioses? Se me hizo un nudo en la garganta. ¿O me repudiaría y dejaría de ser la consorte incluso?

—¿En qué piensas? —preguntó Nyktos. Sobresaltada, levanté la vista.

—Solo en tu plan.

—No te creo.

—¿Por qué?

—Porque acabas de proyectar... tristeza.

Me puse rígida.

—No he hecho tal cosa.

—Dime algo, Sera. —Ladeó la cabeza—. ¿Cuándo dices la verdad?

—Cuando me siento cómoda diciéndola —repliqué. Él arqueó una ceja.

—Vaya, creo que eso sí ha sido la verdad. —Me miró durante unos segundos, luego abrió el tomo—. Hay cosas de las que tengo que ocuparme...

En otras palabras, me estaba diciendo que me marchara. Sin hacer siquiera una referencia a lo que había ocurrido entre nosotros la noche anterior. Y sí, su negativa a reconocer lo que había sucedido no tenía ninguna importancia, comparada con todo lo demás, pero prefería estar frustrada con él que pensar en un futuro que podría o no podría producirse.

Así que agradecí mi creciente frustración.

—Cuando llegué aquí, dijiste que podía ir donde quisiera dentro de estas paredes y el patio. ¿Eso sigue en pie?

—Sí. —Pasó a una página en blanco.

—¿No estás preocupado por que intente huir?

—No cuando me he asegurado de que todos los guardias que patrullan por el Adarve y el palacio estén atentos a las puertas.

Entorné los ojos en dirección a su cabeza agachada.

—Entonces, ¿puedo ir a cualquier sitio? —Nyktos asintió y yo me acerqué a él en silencio—. ¿Incluso aquí? ¿A tu oficina?

—Estoy seguro de que hay sitios más interesantes en los que estar.

—¿Empiezo a dudar de que vivas aquí, si piensas eso?

—Vivo aquí, Sera.

—Bueno, has dicho «cualquier sitio». Y elijo este. —Hice una pausa al lado de la silla—. Contigo.

El aire que espiró casi sacudió las paredes cuando levantó la vista hacia mí. Reprimí una sonrisa e hice un gesto con la barbilla en dirección al tomo.

—¿Qué es eso?

—Uno de los Libros de los Muertos.

Mi corazón trastabilló. Miré el libro como si fuese a saltar de la mesa y a sacarme la vida de dentro.

—¿El libro que recoge los nombres de los que morirán el día por el que lo abras? —susurré—. Nunca estuve segura de que fuese real.

—Es real.

—¿No va a morir nadie hoy? La página está en blanco.

—De momento. Tengo que escribir los nombres.

—¿Necesitas algo con lo que escribir? —Eché un vistazo a su escritorio por lo demás vacío—. Podría conseguírtelo. No querría hacer que te retrasaras en arrancar a la gente de la compañía de sus seres queridos.

—Yo no mato a nadie al escribir su nombre —repuso con sequedad—. Morirían de todos modos, lo hiciera o no.

—Entonces, ¿cuál es el propósito de escribir sus nombres? —Agarré unos cuantos rizos y empecé a enroscarlos juntos mientras giraba en torno a la silla.

—Sus almas no pueden cruzar los Pilares hasta que escriba sus nombres.

—Olvidaste mencionar eso cuando me dijiste que los cuerpos no necesitan quemarse para que sus almas los abandonen.

—No creí que fuese algo que necesitases saber. —Bajó los ojos y miró hacia donde mis dedos jugueteaban con mi pelo. Me acerqué un poco más.

—¿Necesitas que te...? —Sus ojos volaron hacia mí—. ¿Que te traiga algo con lo que escribir?

—Tengo lo que necesito.

—¿Es invisible?

—No. Todavía no lo he conjurado. —Levantó la mano. Apareció una delgada espiral de energía blanca y plateada y, un segundo más tarde, una estilizada pluma negra descansaba en la palma de su mano, antes vacía.

Me quedé boquiabierta.

—¿Acabas... acabas de conjurar una pluma de la nada?

—Así es.

De algún modo, había sido más alucinante que verlo conjurar a Odín del brazalete de su bíceps.

—¿Qué pasa con la tinta?

—Los nombres de los muertos no se escriben con tinta. Se escriben con sangre.

—¿Tu sangre?

Nyktos asintió.

Hice una mueca y él bajó la pluma hacia el pergamino encuadernado. Aparecieron unos trazos carmesís cuando empezó a escribir.

—¿Duele?

Nyktos negó con la cabeza.

Me acerqué aún más, paré al borde de su mesa y lo observé en silencio. Escribió nombre tras nombre en pulcras líneas fluidas rojas hasta que pasó la página y empezó a llenar también esa.

—Tu caligrafía es preciosa.

—Gracias.

Llenó otra página.

Luego una tercera.

—¿Cómo... cómo eliges quién muere?

—Yo no lo elijo. —Otro nombre—. Los nombres me vienen según los voy escribiendo.

Apoyé la cadera contra la mesa y doblé la pierna justo lo suficiente para que las capas del vestido se abrieran de modo que asomara mi pierna desde la pantorrilla hasta justo por encima de la rodilla.

—¿Qué pasa si te equivocas? —Dejó de escribir. Sus ojos se deslizaron despacio a lo largo de mi pierna expuesta—. ¿Qué pasa si te estás inventando nombres y no eres consciente de ello? —pregunté, mientras desenroscaba los mechones de mi pelo—. ¿O si escribes un nombre mal?

—Yo no cometo errores.

—¿Nunca?

—No con esto. ¿Con otras cosas? —musitó, y los bordes de sus colmillos arrastraron por su labio de abajo mientras sus ojos se demoraban en la curva de mi cadera—. Demasiado a menudo.

—¿De verdad?

—Se me ocurren unas cuantas cosas ahora mismo.

—¿Como qué? —pregunté, consciente de que estaba siendo una niñata y disfrutando de ello como una enana.

—Como no decirle a Nektas que te llevara con él cuando se fue. — Retomó su escritura—. Podría haberte arropado para echarte la siesta. Estoy seguro de que Jadis y Reaver habrían disfrutado de la compañía.

Apreté los labios para evitar reírme.

—Eso ha sido maleducado.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Observé cómo escribía unos cuantos nombres más. Los segundos se convirtieron en minutos. Por todos los dioses, ¿cuánta gente iba a morir hoy?—. A lo mejor debería haberme ido con Nektas. Me pregunto si habría... *disfrutado* de arroparme para echarme la siesta. Sí que parecía gustarle mi vestido.

Eso captó su atención.

La pluma dejó de moverse. Levantó la barbilla y unos ojos tormentosos cruzados por relámpagos se clavaron en los míos.

De manera muy deliberada, apoyé las manos en su mesa y me incliné hacia delante. La leve flexión en la cintura fue suficiente para poner a prueba los límites del vestido.

Los ojos de Nyktos descendieron. La pluma desapareció de la palma de su mano. Crucé los dedos por que eso significara que había terminado.

—Lo siento —dije—. ¿Te estoy distraendo?

—No suena como que lo sientas lo más mínimo. —El músculo de su mandíbula se abultó mientras deslizaba los ojos despacio hacia los míos—. Y sabes muy bien lo que estás haciendo.

—¿Y eso es...?

—Me estás distraendo a propósito.

—Jamás haría algo así.

—Mostrándote seductora.

—¿Por qué habrías de creer eso? —pregunté, y parpadeé con los ojos muy abiertos.

—Tus pechos están a apenas unos centímetros de mi cara, Sera. —Sus ojos bajaron y luego volvieron a conectar con los míos—. No lo creo. Lo sé. Y no va a funcionar.

—Que no seas capaz de evitar que tus ojos se desvíen hacia lugares inapropiados no es reflejo de mis acciones —le dije. Aproveché para inclinar la cabeza y dejar que mi pelo cayera hacia delante sobre su mano—. Pero si estuviese intentando seducirte, *alteza*, seguro que funcionaría.

—¿Eso crees?

—No lo creo. —Entonces sonreí, con una sonrisa de oreja a oreja—. *Lo sé.*

El músculo de su mandíbula empezó a palpar.

—Bueno, está claro que sabrías muy bien cómo triunfar en esa misión, ¿verdad?

—*Touché.* —Apreté los dedos contra la superficie suave de la mesa. Era obvio que yo misma había abierto esa puerta y había chocado de bruces con ese comentario.

—¿Eso te ha ofendido? —Las hebras de sus ojos empezaron a girar.

—En realidad, no. Es verdad —dije. Miré abajo—. Conozco todas las maneras de... —Entorné los ojos sobre el libro. Fruncí el ceño—. Corrígeme si estoy equivocada, pero ¿no es extraño que hoy mueran tantas personas con el mismo nombre exacto? —Nykto no dijo nada. Una sonrisa tironeó de mis labios—. Estabas fingiendo que seguías escribiendo nombres, ¿verdad?

—Pensé que te darías cuenta de que estaba ocupado y decidirías distraerme menos —contestó—. Es obvio que no funcionó.

Perdí la batalla contra mi sonrisa y solté una carcajada ahumada.

—A lo mejor encuentro otra persona a la que *distraer* —me burlé. Luego hice ademán de alejarme de la mesa.

No llegué lejos.

Su mano salió disparada y se cerró sobre la parte de atrás de mi cuello. Se me cortó la respiración cuando mis ojos conectaron con los suyos.

—Quiero dejar una cosa muy clara, Seraphena.

Empleó una presión leve, justo la suficiente para forzarme a poner las manos sobre la mesa mientras me inclinaba hasta que nuestros ojos estuvieron a la misma altura, nuestras bocas a pocos centímetros. Mi pulso correteaba como loco. Su agarre no era doloroso. De hecho, podría haberme soltado sin problema de haber querido, pero no quería. Había querido su atención y ahora la tenía.

—Mientras seas mi consorte —dijo, su tono de una suavidad engañosa—, serás muy selectiva con cómo pasas tu tiempo con otros.

—Supongo que cuando dices *cómo* paso mi tiempo con alguien, estás hablando de lo que suele suceder después de la seducción, ¿me equivoco?

El Libro de los Muertos se cerró de golpe y resbaló por el escritorio. Ninguna de las manos de Nykto se había movido.

—Sabes muy bien de lo que estoy hablando.

—Entonces, estoy confundida —murmuré, en el escaso espacio que había entre nosotros—. Dijiste que iba a ser tu consorte solo en título.

Sus ojos bajaron otra vez, solo un segundo breve, pero supe dónde había mirado.

—Eso dije, sí.

El aire que aspiré fue todo él. Mi sangre se calentó y mi piel se sonrojó.

—¿Y qué pasa entonces con mis necesidades?

—¿Tus necesidades? —repitió. Su voz se había suavizado a un murmullo sensual del que ni siquiera sabía si él era consciente.

—Intimidad. Caricias. Contacto piel con piel. Sexo. Foll...

—Creo que lo capto.

—Bueno, ¿qué pasa con ellas?

Dobló el brazo y eso me forzó hacia delante aún más. Ahora sí que había muchas posibilidades de que mis pechos rebosaran del vestido. Nyktos ladeó la cabeza. Fue un movimiento sutil, pero alineó nuestras bocas a la perfección. Si cualquiera de los dos nos inclinábamos hacia delante un par de centímetros o tres, nuestros labios se tocarían.

—Estoy seguro de que puedes resistirte a esos deseos o satisfacerlos tú misma.

—Porque miraste cómo lo hacía. —Humedecí mis labios. Nyktos no dijo nada, sus ojos fijos ahora en mi boca—. Me observaste ayer por la noche. Me *tocaste* —susurré, y sentí un leve temblor en la mano que me sujetaba el cuello—. Te sentí. Dentro de mí. Eso fue muy inapropiado por tu parte.

—¿Más inapropiado que follarte tus dedos mientras sabías que te estaba mirando?

El aire que aspiré no fue a ninguna parte, y un calor líquido inundó mis venas. La manera en que dijo «follarte» conjuró imágenes de sábanas de seda y piernas y brazos enredados.

—Habría sido más inapropiado que no te hubieses hecho cargo de ello y que hubiese tenido que hacerlo yo misma. —Las aletas de su nariz se abrieron—. ¿Por qué viniste a mi habitación anoche?

—Al alcance de la mano —murmuró—. ¿Recuerdas?

—Lo recuerdo, pero ¿de verdad fue por eso? ¿O percibiste mi necesidad? ¿Mi deseo? De ti. —Avancé un poco, aunque medio esperaba que él retrocediera. No lo hizo. Cuando hablé, mis labios rozaron la comisura de los suyos y noté una leve corriente estática—. Estaba pensando en ti mientras follaba mis dedos. Imaginaba que eran tus manos... incluso antes de darme cuenta de que estabas en la habitación.

—Sera —me advirtió... o me suplicó. Sonó como ambas cosas.

—Solo quería que lo supieras. —Me eché atrás, pero me paré cuando sus ojos de plata fundida conectaron con los míos—. Puedo satisfacer mis deseos, pero eso tiene sus límites.

—Pues más vale que los estires todo lo que puedas —me ordenó con suavidad.

—¿Y si no lo hago?

—Lo que les hice a esos dioses en el salón del trono palidecería en comparación con lo que le haría a quienquiera que satisficiera tus necesidades.

Un fogonazo de sorpresa me recorrió de arriba abajo, seguido de inmediato por una dosis de placer muy retorcida al oír su amenaza alimentada por los celos. Aunque la ira le pisaba los talones. No tenía ninguna intención de satisfacer mis necesidades con nadie, pero lo que exigía Nyktos iba más allá de la arrogancia cuando él mismo afirmaba que no quería tal cosa de mí.

—Permíteme que te deje una cosa muy clara, Nyktos. Si me quieres como consorte solo en título, entonces no tienes voz ni voto en lo que hago o con *quién*, desde ahora mismo hasta que respire mi último aliento... sea cuando fuere.

—¿Si? Hablas como si hubiera otra opción.

Mi pulso trastabilló.

—Porque la hay.

—¿Y cuál es? —Su cabeza se movió y sus labios rozaron la comisura de los míos.

—Que satisfagamos las necesidades el uno del otro. —Me sorprendí un poco al decir esas palabras, pero eran el *ahora mismo* en el que había estado pensando antes—. Cuando hay atracción, no necesitas confianza *frágil*, y ni siquiera te tiene que gustar la otra persona.

Sus dedos se enroscaron en mi pelo.

—Tú no me disgustas, Sera.

Una emoción indeseada bulló en mi pecho. Me dejó descolocada y me puso nerviosa. Intenté poner algo de distancia entre nosotros, pero su mano me lo impidió.

—No hay ninguna razón para mentir. Sé dónde estamos tú y yo. No me estoy ofreciendo para el escaso afecto que tú o cualquier otro pueda ofrecer.

Un músculo palpitó otra vez en su mandíbula.

—Entonces, ¿para *qué* te estás ofreciendo?

—Por placer.

Las hebras de *eather* se volvieron locas en sus ojos.

—¿Eso es todo?

—¿Por qué tendría que ser nada más cuando es lo que quiero yo? —pregunté, y era la verdad. Tal vez hubiera *más* detrás de ello, pero era lo bastante lista como para no hurgar demasiado en eso—. Sea como fuere, no voy a jugar el juego de «yo no te quiero pero nadie más puede tenerte». Ni contigo ni con nadie.

—No hay nadie más, Sera. —Su mano aterrizó sobre el centro de mi espalda, lo cual me hizo dar un respingo.

—Solo si te tengo a ti —dije, muy consciente de que no tenía ningún plan de satisfacer mis necesidades con ninguna otra persona ni ahora ni en un futuro cercano. No por nada de lo que él hubiese dicho, sino porque no me apetecía.

Pero él no necesitaba saber eso.

—Ese sería el trato, pues. Entre nosotros. No entre tu padre y no sé qué antepasado mío.

Sus ojos centellearon y el *eather* se filtró en las venas justo debajo de ellos mientras su boca se acercaba a un pelo de la mía una vez más.

—¿Placer por amor al placer?

—Sí —susurré, y percibí un calor extraño en el pecho.

—Eres muy temeraria. —Su mano resbaló de mi espala a mi cadera, dejando escalofríos a su paso—. ¿Llevas la daga encima?

Fruncí el ceño ante esa pregunta tan inesperada.

—¿Sí?

—Asegúrate de que permanezca oculta —me advirtió Nyktos—. Porque acaba de llegar un Primigenio.

El calor de mi sangre se evaporó de un plumazo.

—¿Esperabas la visita de alguno?

—En absoluto. —Sin previo aviso, Nyktos tiró de mí por encima de la mesa y me sentó en su regazo. Su fuerza y la sensación de su cuerpo contra el mío y debajo de mí fue un *shock* para los sentidos—. No hay tiempo suficiente para que te marches, así que no hay manera de evitar esto. Haga lo que haga y diga lo que diga, te quedarás justo donde te tengo ahora mismo. ¿Comprendido?

Asentí.

Nyktos pasó mi pelo por encima de mi hombro.

—Hablo en serio, Sera.

—Lo sé. —Giré la cabeza hacia él—. Sé cuándo ser reservada y no ser temeraria.

—Bien. Pero no olvides cómo ser exquisitamente temeraria más tarde. — Sus ojos saltaron hacia las puertas cerradas—. Me disculpo de antemano por cómo estoy a punto de comportarme. Me da la sensación de que no lo vas a apreciar, sobre todo después de lo que acabamos de hablar.

Antes de que pudiera responder a nada de lo que había dicho, una corriente de energía barrió a través de la habitación y danzó sobre mi piel sin darme oportunidad de formular una respuesta siquiera. Se me puso toda la piel de gallina. El aire que espiré formó una tenue nubecilla de vaho. Agarré con fuerza el brazo de alrededor de mi cintura y me puse rígida cuando cada parte de mí reaccionó al poder que inundaba el aire.

—Relájate —me murmuró Nyktos al oído. Apoyó la mano sobre mi cadera y apretó con suavidad—. Lo que estás sintiendo lo estoy haciendo yo. Estoy, básicamente, alardeando.

No estaba segura de si eso debía hacerme sentir mejor, peroforcé el aire a salir de mis pulmones y obligué a mis dedos a relajarse.

Las puertas de la oficina se abrieron y una figura alta ocupó la entrada. La espada que llevaba a la cadera era curva y de aspecto letal, del tipo que se utilizaban para decapitar. Una mata de pelo claro, castaño tirando a rubio, enmarcaba unos pómulos altos y una mandíbula cincelada, tan dura como la fina capa de armadura de piedra umbra que cubría su ancho pecho y sus hombros fuertes. Una cicatriz poco profunda discurría por su cara, desde el nacimiento del pelo, por encima del puente de su nariz recta, para luego bajar por su mejilla izquierda. La herida cicatrizada era de un pálido tono rosáceo.

¿Qué diablos podía haberle dejado una cicatriz así a un Primigenio?

Clavé los dedos en el brazo de Nyktos cuando el Primigenio se detuvo de golpe, sus botas reforzadas en línea con la anchura de sus hombros. La manera en que se erguía ante nosotros, su porte... la energía frenética y violenta que bullía justo por debajo de su piel, y el resplandor de esencia que palpitaba detrás de sus pupilas indicaban una cosa:

Era un *guerrero*.

La mirada plateada del Primigenio nos analizó despacio mientras las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba. Apareció un hoyuelo profundo primero en su mejilla derecha, luego uno idéntico en la izquierda.

—¿Interrumpo?

La barbilla de Nyktos rozó la parte de arriba de mi cabeza. Me sorprendió tanto que di un pequeño respingo.

—¿A ti qué te parece, Attes?

Todos los músculos de mi cuerpo se bloquearon cuando me di cuenta de quién estaba delante de nosotros. Mi pensamiento inicial había dado en el clavo, pero no era solo un guerrero. Era *el* guerrero: el Primigenio de la Concordia y la Guerra. Al que todo el mundo rezaba la víspera de una batalla para que no solo les concediera a los ejércitos su destreza letal, sino también la inteligencia para aventajar en ingenio a todo el que tratara de superarlos. Un Primigenio que podía incitar al acuerdo ente dos reinos enfrentados o una violencia sangrienta y absoluta con su mera presencia.

De repente, los dedos de Nyktos se movieron por mi cadera mientras abría y cerraba el puño. Eso me sacó de la espiral descendente de mis pensamientos.

—Desde luego parece que sí. —Los ojos de Attes volvieron a mí, sin parpadear ni una vez. Su mirada era casi tan intensa como podía ser la de Nyktos; me taladró hasta que estuve segura de que podría sacar todos mis secretos a la luz.

Tuve que hacer un esfuerzo supremo por quedarme quieta y no retorcerme o reaccionar. El instinto me decía que si mostraba incomodidad o miedo, el Primigenio haría lo mismo que cualquier depredador cuando olía sangre: atacar.

—Y sin embargo aquí sigues —dijo Nyktos—. Sin haber sido invitado, he de añadir.

Apareció una curva leve en los labios de Attes, que seguía sin apartar los ojos de mí. Miró mis brazos, estaba claro que había percibido el hechizo.

—¿Así que esta es ella? La mortal que tiene a tantas de las cortes rebosantes de cotilleos.

—No te consideraba del tipo de persona que hace caso de los cotilleos —repuso Nyktos, su tono era de fría indiferencia, al tiempo que deslizaba una mano por mi bajo vientre. Me puse tensa. Su mano encontró el camino hasta mi muslo, dejando un rastro de escalofríos diminutos a su paso—. Pero sí, esta es mi consorte.

La caricia de Nyktos me había descolocado. No tenía ni idea de qué mosca le había picado y, por un momento, no estaba segura de lo que esperaba de mí. ¿Debía mantenerme callada y sumisa? ¿O debía hacer lo normal cuando te presentan a alguien? Me decidí por lo segundo.

—Hola, alt... —Eso fue lo único que logré decir en tono sereno antes de que se me cortara la respiración de golpe. La mano de Nyktos se había deslizado bajo la tela de la falda, los dedos abiertos sobre la piel desnuda de la parte superior de mi muslo. No había forma de que a Attes se le hubiese

escapado la posición posesiva de la mano de Nyktos. Me aclaré la garganta—. Alteza.

Attes inclinó la cabeza a modo de saludo y siguió mirándome. Su sonrisa volvió a sus labios.

—*Futura* consorte —corrigió a Nyktos con suavidad—. Tampoco se me ha pasado por alto que no es una mera mortal. —Sus ojos bajaron hacia las curvas de mis pechos por encima del corpiño demasiado apretado—. Lleva una... marca. Un aura.

Mis ojos se entornaron un poco. No tenía ni idea de qué tipo de marca creía estar viendo en las inmediaciones de mis pechos. Di un pequeño respingo cuando el dedo de Nyktos empezó a moverse por la piel de mi pierna, adelante y atrás en una línea recta y lenta. No sabía lo que pensar de su repentino afecto... su repentino afecto *sensual*. No estaba acostumbrada a que me tocaran de un modo tan casual ni tan abierto.

—Es una divinidad en la cúspide de su Sacrificio —declaró Nyktos con tal soltura que me quedé impresionada. Su dedo se detuvo sobre mi piel—. Y si sigues mirándola de ese modo, te sacaré los ojos de sus cuencas y se los daré de comer a Setti.

Abrí los ojos de par en par.

Attes se rio con ganas. El sonido era agradable, no tanto como el de Nyktos, pero profundo y grave.

—Mi corcel prefiere comer alfalfa y terrones de azúcar antes que ojos. —Rozó el brazalete de plata de su bíceps con los dedos—. Pero agradece la oferta.

—Seguro que sí. —El dedo de Nyktos volvió a trazar esa línea.

Attes ajustó su espada antes de sentarse en la silla de delante del escritorio.

—¿Es una divinidad que vivía ya en Lethe?

La irritación ardía en la punta de mi lengua. Que hablaran de mí como si no estuviese en la habitación era de lo más exasperante.

—No —se limitó a decir Nyktos. Attes arqueó una ceja.

—Entonces, ¿dónde la encontraste?

Acababa de decirle a Nyktos que sabía cuándo ser reservada. Este era uno de esos momentos. Teníamos a un Primigenio sentado delante de nosotros. De por sí, esa ya era una posición precaria en la que estar. Así que me repetí eso mientras buscaba el velo de vaciedad en mi interior, el que me había permitido no sentir nada, ni siquiera ira, y solo *existir*. Lo había llevado tantas

veces que casi sentía que esa era yo de verdad. Ahora, sin embargo, me estaba costando dar con él.

Me daba la impresión de que tenía que ver con la mano sobre mi pierna.

—La encontré en un lago.

Las cejas de Attes se juntaron al instante.

—Espero de todo corazón que me expliques eso un poco más.

—En mi lago —dije entonces, incapaz de reprimirme—. Él había... —
Contuve la respiración cuando Nyktos movió las piernas para tirar de mi trasero más contra su bajo vientre. El dedo de Nyktos empezó a moverse, dibujando una línea corta por el *interior de mi muslo* ahora.

—¿Él había...? —me instó Attes, y sus ojos bajaron hacia donde había desaparecido la mano de Nyktos. De repente, supe por qué Nyktos había sentido la necesidad de disculparse de antemano por su comportamiento. Todo lo que estaba haciendo estaba teniendo lugar a plena vista de Attes. Nyktos estaba dejando muy claro que era *suya*.

El problema era que no me importaba del todo.

Lo cual presentaba otro problema, puesto que mi falta de repulsa hacia todo esto significaba que de verdad había algo mal en mí, y tendría que pensar en ello largo y tendido más tarde.

—Había entrado sin permiso mientras yo nadaba —conseguí farfullar.

Una ceja trepó por su frente mientras Attes nos miraba a uno y otra.

—Creo que necesito visitar más lagos en el mundo mortal.

—Deberías —sugirió Nyktos—. Aunque dudo de que vayas a encontrar un tesoro tan inesperado como el que encontré yo.

¿Tesoro? Noté un saltito tonto en el pecho, pero sucedió antes de que pudiera recordarme que, si no teníamos en cuenta las brasas, un *tesoro* era la ultimísima cosa que Nyktos pensaba sobre mí.

—Por desgracia, creo que puede que tengas razón —admitió Attes después de un momento—. Dudo de que vaya a encontrar un tesoro tan... único.

El dedo de Nyktos se detuvo. Había algo en el tono de Attes y en la leve sonrisa, casi furtiva, que asomó a sus labios... algo que me provocó pequeños nudos de inquietud en la boca del estómago.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Attes, dando golpecitos en el reposabrazos de la silla con el pulgar.

Nyktos no dijo nada detrás de mí, así que me lo tomé como permiso para contestar.

—Sera.

—*Sera* —repitió Attes en voz baja—. ¿Sin apellido?

Dudaba de que pudiera hallar a muchos en el mundo mortal que reconocieran mi nombre de pila. El apellido sería una historia muy distinta. Me encogí de hombros en ademán evasivo.

—Intrigante —comentó—. Creo que los otros comprenderán por qué has tomado a una consorte cuando la vean. —El Primigenio esbozó una sonrisa perezosa, esa que revelaba el hoyuelo de su mejilla derecha. Me guiñó un ojo—. Me da la sensación de que muchos también desearán equiparse con un complemento tan atractivo.

La ira bulló en mi pecho durante un segundo antes de que los brazos de Nyktos me dieran un apretoncito de advertencia. Era probable que hubiese proyectado esa emoción directa hacia él. Porque... ¿un *complemento*? No había el suficiente sentido común en todo el mundo de Iliseeum para que yo mantuviera la boca cerrada.

—No creo que te guste el sabor de los ojos más que a tu corcel, pero refiérate a mí otra vez como *complemento* y serás tú el que se los coma.

En cuanto esas palabras salieron por mi boca, casi me arrepentí de ellas. El Primigenio de la Concordia y la Guerra se quedó de una quietud imposible, del mismo modo que solía hacerlo Nyktos. Sus relucientes ojos plateados se clavaron en mí. Una energía gélida y oscura aumentó a nuestro alrededor, rozó mi piel a medida que se expandía desde *detrás* de mí. De pronto, no tenía claro a cuál de los dos Primigenios había enfadado más.

Attes sonrió, mostrando una hilera de dientes rectos y sus colmillos.

—Tiene carácter.

—No te haces una idea —murmuró Nyktos, y mi cabeza giró hacia él a toda velocidad. Sus ojos me sostuvieron un instante la mirada mientras esa maldita mano suya se deslizaba más *hondo* entre mis muslos. Su pulgar dio una pasada que casi rozó la finísima ropa interior que llevaba—. Compórtate.

Me eché atrás, mi control se estaba agrietando de nuevo.

—¿Veses la ha visto ya?

Veses. Mi atención voló de vuelta a Attes y el recuerdo de la Primigenia que tocaba a Nyktos llenó mis pensamientos.

—No —repuso Nyktos; su tono fue lo bastante frío como para helarme la piel.

—Bueno, pues eso va a ser una complicación, ¿no crees? Una que no te envidio. —Abrí la boca, pero Attes continuó hablando—. Y has tenido muchas complicaciones en los últimos tiempos, según parece. He oído que se os escaparon unos cuantos dioses sepultados por aquí.

—Supongo que tú no tuviste nada que ver con eso.

Attes sonrió con suficiencia.

—Deberías conocerme mejor como para sospechar eso. Si tuviese algún problema contigo no enviaría a uno de mis *drakens*, ni tampoco liberaría a los sepultados aquí.

—No, no eres de los que te clava la espada por la espalda.

—Tú tampoco.

—Me alegro de que tengamos eso en común —repuso Nyktos, aunque no sonaba alegre en absoluto—. ¿Qué es lo que quieres, Attes?

—Hay muchas cosas que quiero y muy pocas están disponibles para mí. —Attes estiró una pierna. Sus ojos se posaron en donde estaba la mano de Nyktos—. Nunca te había visto tan... absorto en nadie hasta ahora.

Casi me reí.

—Es verdad. —Los labios de Nyktos rozaron mi mejilla, lo cual hizo que mi pulso trastabillara de la sorpresa—. Prefiero tenerla al alcance de la mano.

Solo porque temía que yo pudiese hacer algo temerario, pero no *exquisitamente temerario*.

—Es fácil ver por qué.

—Pues yo no veo que estés ni cerca de llegar al meollo de la cuestión antes de que mi paciencia se agote —le advirtió Nyktos—. Y casi he llegado a ese punto, solo para que lo sepas.

Por todos los dioses, la forma en que les hablaba a los otros Primigenios era asombrosa. Sabía que había una jerarquía entre los Primigenios, y que el Primigenio de la Muerte y el Primigenio de la Vida estaban en lo más alto de ella, pero aun así. Este era el Primigenio de la *Guerra*.

Los ojos de Attes se afilaron y los apuestos ángulos de su rostro se endurecieron.

—Has matado a mis Cimmerianos. Los que vinieron hasta tu Adarve.

El rápido cambio de tema me dejó descolocada.

—No eran tus Cimmerianos —dijo Nyktos—. Servían a Hanan. Y si tanto te preocupabas por ellos, deberías haberles enseñado mejor que a servir a un cobarde semejante.

La tensión inundó la sala, aunque el dedo de Nyktos continuó trazando líneas cortas y perezosas por la piel de mi muslo.

—Por mucho que me moleste admitirlo —dijo Attes después de unos segundos—, ahí tienes cierta razón. Pero también mataste a Dorcan. Tenía la impresión de que os gustabais.

Dorcan... había llamado a Nyktos «viejo amigo». Yo no había pensado demasiado en ello, porque Nyktos no consideraba amigos a ninguna de las personas cercanas a él. Aunque eso no significaba que no lo fueran.

—Puede que lo tolerara, pero cualquier tolerancia que pueda tener con alguien termina cuando viene a mi corte, hace exigencias y ataca a mis guardias. Ninguno de los otros Primigenios hubiese hecho menos.

—Tú sueles ser más indulgente que el resto de nosotros.

—A lo mejor no me conoces tan bien como crees —lo contradijo Nyktos—. Entonces, ¿a qué has venido, Attes? ¿A darme un sermón sobre mi falta de indulgencia? Si es así, ¿qué les hiciste tú a los guardias de tu hermano cuando se desviaron del buen camino?

—Los guardias de Kyn eran pedazos de mierda.

—Por lo que he oído, solo estaban borrachos y celebrando esa noche.

—Su incapacidad para controlarse con el alcohol no fue la razón de que los destripara.

—¿No lo fue?

—No. —Attes hizo un gesto con la barbilla en mi dirección—. Supongo que tu futura consorte es lo bastante sensata como para no repetir nada de lo que se diga aquí.

—Su consorte es lo bastante sensata —espeté, después de volver a fracasar en mantener la boca cerrada.

—Eso espero —repuso Attes—. También espero que tengas más cuidado con tu tono. Puede que yo encuentre tu atrevimiento refrescante. Atractivo, incluso. Otros no pensarán lo mismo.

—Es probable que los que no lo piensen no vivan lo suficiente para darle muchas vueltas a su insulto —respondió Nyktos antes de que pudiera hacerlo yo.

—¿Porque te asegurarás de que mueran antes de que lo hagan?

Nyktos soltó una risita siniestra al oír eso.

—Porque es probable que mi consorte les clave una daga en el corazón antes de que yo sea consciente siquiera de lo que ha ocurrido.

Sus palabras me sorprendieron y me aceleraron el corazón. Había dejado claro que no era ninguna damisela necesitada de protección, y eso me gustaba... quizá demasiado.

—¿O sea que debería tomarme más en serio la amenaza anterior de hacerme comer mis propios ojos? —Sonreí al Primigenio—. Lo tendré presente. —Attes volvió a centrarse en Nyktos—. ¿Vas a decirme cómo demonios ha Ascendido un jodido dios aquí en las Tierras Umbrías?

Mi corazón dio un traspie ante la obvia regañina, pero Nyktos ni se inmutó. Nada, excepto por el roce de su dedo, que se acercó muchísimo una vez más a mi fina ropa interior. Me mordí el labio por dentro cuando una oleada de calor húmedo respondió a su caricia indecente. Los ojos de Attes volvieron a bajar y supe, por dónde estaba sentado y por la forma en que me sujetaba Nyktos, que podía ver muy bien lo que hacía con su mano. Y con los sentidos exacerbados de los Primigenios, también era probable que pudiera notar cuánto me afectaba. El calor escaldó mi piel, pero no por la vergüenza. Debería haber sido por eso. O como muy poco, por enfado. Había un poco de esto último... justo lo suficiente para aliviar algo del calor lánguido que invadía mis sentidos. Nyktos estaba montando un espectáculo. No para mí, sino para Attes.

—Tuvo que ser Kolis.

Attes resopló con desdén.

—Vamos, hombre, no puedes hablar en serio, Nyktos.

—No sé quién más ha podido ser.

—Si fue Kolis, ¿por qué elegiría Ascender por fin a un dios? Y aquí, en las Tierras Umbrías.

—Eso tendrías que preguntárselo a él.

—Supongo que tendré que hacerlo. —No creí que Attes pensase hacer eso, porque no parecía creer que Kolis fuese capaz de semejante cosa—. Sé que fue un dios de la corte de Hanan —prosiguió Attes después de un momento—. La única que sé que suele pasar tiempo en las Tierras Umbrías es Bele.

—Sí, suele estar por aquí —confirmó Nyktos, mientras yo hacía todo lo posible por que mi corazón se apaciguara.

—Bueno, pues a Hanan le está dando un ataque de mil demonios ahora mismo *en* Dalos, convencido de que tú, el Primigenio de la Muerte, has conseguido de algún modo Ascender a un dios. Los otros Primigenios están *preocupados*. Creen que si un dios puede Ascender para desafiar su posición, lo mismo pueden hacer otros.

—Tú no pareces demasiado preocupado —señaló Nyktos, y era verdad.

—Eso es porque yo no temo que alguien me quite el puesto. —Se echó hacia atrás y apoyó la mano en la rodilla—. Ninguno de nosotros ha olvidado quién era tu padre. —Attes le sostuvo a Nyktos la mirada y mi estómago se comprimió ante la insinuación—. Ni quién estabas tú destinado a ser.

—¿Crees que hay brasas de vida dentro de mí? —Nyktos se rio, lo cual removió el pelo de detrás de mi cuello—. ¿Que no fue Kolis sino yo el que lo

hizo?

Oh, por todos los dioses, ¿y si pensaban justo eso? ¿Y si lo pensaba Kolis? La presión se cerró sobre mi pecho y contuve la respiración al tiempo que mi corazón se aceleraba. Nyktos me dio un apretoncito suave en el muslo.

—Si no fue Kolis, entonces tendría que haber brasas de vida aquí —contestó Attes—. Y no lo has negado.

—Tampoco he confirmado nada —objetó Nyktos, y oí la sonrisa ahumada en sus palabras—. Empiezo a preguntarme si estás aquí por tu propia curiosidad o si has venido a petición de Kolis.

Attes se quedó muy quieto otra vez.

—Ambas cosas serían verdad.

Mis entrañas se enfriaron de golpe. Nyktos se apretó contra mi espalda y esa energía oscura emergió de nuevo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Yo siento curiosidad por lo que ha estado sucediendo aquí. —El aura de los ojos de Attes se intensificó—. Y Kolis me ha encargado que te diera un mensaje.

—No sabía que ahora te utilizara para esas cosas.

—Creo que me eligió a mí porque soy el más próximo. —Attes hizo una pausa—. Y uno de los pocos a los que te sentirías menos inclinado a tirar dentro del Abismo una vez que oigas el mensaje.

—Yo no confiaría demasiado en esa idea. —La voz de Nyktos había bajado—. ¿Cuál es el mensaje?

—Kolis sabe que has tomado a una consorte. —Un músculo se apretó en su mandíbula—. Y su majestad ha decidido negaros el derecho a una coronación.

Capítulo 15



El mismísimo aire de la habitación dio la impresión de detenerse. ¿Kolis podía... hacer eso?

—¿Eso ha hecho? —La voz de Nyktos sonó suave. Demasiado suave.

—Así es —confirmó Attes—. Puesto que no ha habido una coronación en muchos años, quiere ser más... tradicional.

—¿Qué significa eso? —pregunté, la boca seca. Attes inclinó la barbilla.

—Significa que Nyktos debe ganarse el permiso de Kolis para coronar a una consorte. —Sus ojos saltaron hacia Nyktos. Mis labios se entreabrieron.

—Hijo de puta.

Las hebras de *eather* giraron en los ojos de Attes y su sonrisa volvió a sus labios. Agachó un poco la cabeza y bajó la voz.

—¿Acabas de llamar «hijo de puta» al Rey de los Dioses?

—Uhm...

Attes se echó a reír, aunque el cuerpo de Nyktos se volvió gélido contra el mío.

—¿Y cuándo espera que haga eso si la coronación va a tener lugar *mañana*? —exigió saber Nyktos.

La sonrisa de Attes se desvaneció.

—No habrá ninguna coronación mañana. En lugar de eso, Kolis os hará llamar. A los dos.

Dio la impresión de que la oficina desaparecía a nuestro alrededor. Mi corazón empezó a aporrear en mi pecho. Intenté levantarme, pero el brazo de Nyktos permaneció firme a mi alrededor.

—¿Cuándo? —masculló Nyktos.

—Cuando esté preparado. —Attes sonrió, pero no había ningún calor en la curva de sus labios. Ningún hoyuelo—. Eso fue todo lo que dijo.

—O sea que podría ser mañana o dentro de una semana o de un mes —conjeturó Nyktos.

—Básicamente. —Attes se echó hacia delante, los hombros tensos ahora—. ¿Sabes? Creo que habría hecho esto aunque no se hubiera producido la Ascensión de un dios aquí. Después de todo, eres su favorito.

¿Su favorito? Me daba la sensación de que Attes insinuaba justo lo contrario al decir eso.

—Sí. —Nyktos se echó hacia atrás—. Creo que es hora de que te marches.

—Yo también. —El Primigenio de la Concordia y la Guerra se levantó. Se volvió hacia mí—. Ha sido un placer conocerte. —Sus ojos primigenios conectaron con los míos—. Si descubres que preferirías pasar tu tiempo en una cama y un clima más cálidos...

Lo miré, medio estupefacta.

—Gracias por la oferta, pero no estoy interesada.

—Es una pena. —Apareció un hoyuelo en su mejilla derecha—. Pero si alguna vez cambias de opinión, todo lo que tienes que hacer es llamarme. Responderé de inmediato.

—Márchate. —La promesa de violencia vibraba en esa única palabra—. Antes de que tengan que sacarte de aquí en camilla.

Attes inclinó la cabeza en nuestra dirección, luego se marchó. Las puertas se cerraron a su espalda. Ni Nyktos ni yo nos movimos ni hablamos durante varios segundos, pero la temperatura de la habitación había bajado aún más. El brazo alrededor de mi cintura y la mano contra mi cadera se endurecieron. Una miríada de sombras había emergido a la superficie de su piel y el aire que solté formó una nubecilla de vaho una vez más. Me dio la impresión de que veía diminutos estallidos de luz plateada por todas partes a nuestro alrededor.

Tiritando a causa del aire helado que se colaba a través del vestido, toqué su brazo. Igual que había hecho la noche del ataque del *draken*.

—Ha... hace frío —susurré. Me empezaban a hormiguar los labios.

La mano de Nyktos salió de entre mis muslos, pero el brazo se apretó a mi alrededor.

—Discute conmigo.

—¿Qué? —susurré.

—Discute conmigo —repitió, la voz llena de humo y hielo—. Distráeme. Cualquier cosa para impedir que vaya tras Attes y dé rienda suelta a mi ira

contra él. La cosa no acabaría bien para las Tierras Umbrías ni para Vathi, y eso es lo último que necesitamos.

Me giré hacia él. Sus ojos eran orbes de plata casi pura. Su mandíbula lucía dura como las paredes de piedra umbra. Una oscuridad giratoria había aflorado en sus mejillas. El *eather* iluminaba las venas bajo sus ojos y la dureza de la mirada clavada en las puertas detrás de mí me indicó que no estaba exagerando en lo más mínimo. Así que hice lo primero que se me vino a la mente.

Agarré sus mejillas ahora gélidas con las palmas de mis manos, e hice lo que me había pedido cuando me sujetaba entre sus brazos en los túneles de dulce aroma de El Luxe.

Lo besé.

Sus labios, más fríos que antes, seguían siendo esa extraña yuxtaposición de suaves y firmes. Su cuerpo entero se estremeció. No se apartó, pero se quedó totalmente rígido contra mí. Estaba tan quieto como lo había estado en el túnel de enredaderas, así que hice una vez más lo que había hecho entonces.

Atrapé su carnoso labio inferior entre mis dientes y lo mordí.

No tan fuerte como para hacerle sangre ni daño, pero, como la otra vez, dejó de estar quieto.

Yo lo besé, pero él me *devoró*. Su cabeza se ladeó y separó mis labios con una feroz pasada de su lengua. El brusco arañar de sus colmillos contra mis labios me provocó un escalofrío intenso mientras su mano se cerraba en torno al pelo de mi nuca. Me sujetó ahí, su beso duro, exigente, y me encantó su reacción cruda y casi inmediata cuando deslicé la lengua sobre la suya. Se oyó un retumbar procedente de lo más profundo de su garganta, de su pecho. Sabía tan exuberante como su sangre, ahumado y dulce, y enseguida me perdí en el beso. En él.

Mis dedos se deslizaron hacia atrás, se hundieron en los suaves mechones de su pelo, al tiempo que presionaba contra su pecho en mi ansia de estar aún más cerca. Lo necesitaba. Porque me estaba besando igual que aquella primera vez. Como si no quisiese dejar ni un solo centímetro de mi boca sin explorar. Como si hubiese esperado toda su vida para hacer esto. Esa idea ya no parecía tan tonta o extravagante. Parecía como sumergirme bajo la superficie de mi lago. Parecía una especie de paz salvaje. Parecía *correcto*.

Y eso me asustaba.

Interrumpí el beso, pero no pude retroceder demasiado. Su mano seguía sobre la parte de atrás de mi cabeza, enterrada en mi pelo, y yo estaba lo

bastante cerca como para sentir sus respiraciones rápidas y superficiales contra mis labios cosquillosos.

Solo entonces me di cuenta de que la temperatura de la habitación había subido.

—Espero que eso haya funcionado —susurré. Tragué saliva.

Su pecho se hinchó con una respiración profunda contra el mío y su mano se soltó de mi pelo.

—Estoy tranquilo.

—Bien. —Empecé a poner algo de distancia entre nosotros, pero su brazo en torno a mi cintura siguió tan apretado como antes—. Sigo sentada en tu regazo.

—Lo sé.

—No es muy cómodo que se diga —mentí. Nunca me había sentido tan cómoda, lo cual me hacía sentir inestable. Vulnerable.

—Tú tampoco lo eres.

Mis cejas salieron disparadas hacia arriba.

—Eso ha sido...

—Mi pene estaba duro durante todo el tiempo que estuviste en mi regazo —aclaró—. Besarse no ayudó.

—... maleducado —terminé, parpadeando confusa.

Las sombras bajo su piel habían ralentizado sus círculos y se estaban difuminando.

—Y yo que creía que ponerme el pene duro era justo lo que estabas intentando antes de que llegara Attes.

Me quedé boquiabierta.

—Ya no.

Parte del intenso brillo se fue apagando en su mirada.

—Mentirosa —susurró en la escasa distancia entre nuestras bocas.

Era verdad que mentía.

Me miró a los ojos.

—Tuve que comportarme de ese modo.

Supe de inmediato que se refería a todo lo que había hecho delante de Attes. Había cosas mucho más importantes de las que hablar, pero le seguí la corriente.

—¿De verdad?

—A Attes lo mueven tres necesidades: la paz, la guerra y el sexo.

—¿En ese orden en concreto?

Apareció una sombra de sonrisa.

—En cualquier orden. Si se hubiese hecho la más ligera *idea* de que había poca atracción entre nosotros, se habría mostrado más interesado por ti de lo que ya estaba.

—¿Más interesado? No sé por qué crees que estaba interesado en absoluto.

—Amenazaste con hacerle comerse sus propios ojos.

—Exacto. Si con eso me gané su interés, sería un poco raro.

—A mí me apuñalaste en el pecho. —Nyktos ladeó la cabeza—. Y amenazaste con sacarme los ojos con las uñas. Eso no hizo menguar mi interés en ese momento. ¿Qué dice eso acerca de mí?

—Buena pregunta —musité, aunque no se me había pasado por alto lo de «en ese momento»—. Pero todo lo de sacarle los ojos lo has empezado tú.

—No quería que Attes pensara que alguno de los dos podríamos aceptar de buena gana que actuara según sus intereses.

Lo miré con los ojos entornados.

—No creo que tengas que preocuparte por que yo vaya a aceptar eso de buena gana.

—¿En serio? ¿No acababas de sugerir, escasos minutos antes de su llegada, que estabas dispuesta a buscar a otros para satisfacer tus necesidades?

Lo miré boquiabierta.

—¡Eso no fue lo que dije!

—En realidad, estoy bastante seguro de que eso fue exactamente lo que dijiste.

—No es verdad... —Me callé a media frase—. Vale. Ahora estoy cabreada. Espero que tengas controlado ya tu problema con la ira, porque si no me sueltas, es probable que te pegue.

—Voy a tener que correr ese riesgo —repuso—. Porque tenemos que hablar de esta artimaña de mierda a la que acaba de recurrir Kolis y hay muchas probabilidades de que pierda la calma.

—¿Qué tiene eso que ver con que permanezca en tu regazo?

—Es porque si pierdo los nervios, podría hacerte daño.

Mi cabeza giró a toda velocidad hacia las puertas ahora abiertas. En el umbral, vi a Nektas, y no estaba solo. Ector estaba a su lado. No quería ni pensar en cuánto tiempo llevaban ahí de pie.

—Si estás tan cerca de él —continuó Nektas—, eso no será un peligro.

Abrí la boca, pero en realidad no sabía cómo responder a eso. En absoluto. Así que no dije nada. Nadie dijo nada.

—Acabamos de cruzarnos con Attes —comentó Ector para romper ese silencio incómodo—. Supongo que lo que dijo es verdad: ¿Kolis está exigiendo que le pidas permiso?

—Así es —confirmó Nyktos, y su antebrazo se tensó bajo mis dedos. Al recordar su reacción en la sala de guerra, retiré la mano.

—Joder —musitó Ector. Yo secundaba esa emoción. Me giré hacia Nyktos.

—¿Sabías que podía hacer eso?

—Obtener el permiso del Rey de los Dioses era una tradición allá cuando mi padre gobernaba. —Nyktos se echó hacia atrás en la silla para poner un poco más de distancia entre nosotros—. Los Primigenios y los dioses buscaban su aprobación antes de una coronación, con la esperanza de que les diera su *bendición*. Kolis, sin embargo, no lo ha hecho ni una sola vez. Tampoco había mostrado nunca ningún interés por estas cosas. —El músculo de la mandíbula de Nyktos se apretó—. Pero debería haberlo imaginado... haber previsto que recurriría a este tipo de paridas.

Después de todo, eres su favorito.

—Lo utilizará como oportunidad para averiguar cómo pudieron sentirse aquí las brasas de vida —apuntó Nektas—. Apuesto a que os ofrecerá eso a cambio de su permiso.

Los ojos ambarinos de Ector saltaron de mí a Nyktos.

—No podéis dejar que sepa la verdad.

—No jodas —replicó Nyktos.

—Pero ¿qué le dirás si se da ese caso? —En cuanto terminé de hacer la pregunta, lo comprendí—. Attes dijo que ni él ni los otros Primigenios habían olvidado quién era tu padre o quién estabas destinado a ser tú. Kolis podría pensar que fuiste tú.

—Eso es mucho mejor que la posibilidad de que piense que fuiste tú —musitó. Lo miré pasmada.

—No, no lo es.

—Kolis sabría que no es Ash —nos interrumpió Nektas—. Ya ha puesto a prueba a Ash las veces suficientes como para saber que no tiene brasas de vida en su interior.

—¿Puesto a prueba...? —Dejé la frase sin terminar al pensar en la tinta que giraba en espiral por la piel de Nyktos. Lo supe cuando vi a Ector apartar la mirada, pasarse la mano por el pelo. Lo supe sin preguntar siquiera. Algunas de esas gotas representaban a aquellos a los que Kolis había matado para ver si Nyktos podía traerlos de vuelta a la vida.

Por todos los dioses.

Nyktos se había quedado quieto detrás de mí, y recé por no estar proyectando mis emociones y que él no las estuviese leyendo. No creía que fuese a gustarle la compasión que estaba sintiendo por él.

Nyktos por fin habló.

—Mentiría. Le diría que sentí ese poder, que he buscado la fuente, pero no la he encontrado.

—¿Y te creería? —pregunté, girando la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—He tenido que convencer a Kolis de muchas cosas —me dijo—. Lo convenceré también de esta cuando llegue su citación... cuando le dé la gana estar preparado. Lo cual...

—Plantea muchos problemas —terminó Nektas.

Eso era quedarse corto.

—Lo creas o no, la interferencia de Kolis no es el único problema al que nos enfrentamos ahora —dijo Nyktos—. No después de que Attes haya conocido a Sera.

Me giré otra vez hacia él, con el ceño fruncido.

—Dudo de que Attes piense que sea nada más que un par de pechos respondones.

Ector se rio entre dientes. Los ojos de Nyktos refulgieron cargados de *eather*.

—Te estaba *provocando*.

La arruga de mi frente se profundizó.

—¿Cuando me llamó un complemento?

—Esa vez no. Después. Noté cómo estaba usando *eather*. Se dedicó a alimentar tus emociones, para amplificar la calma o la violencia.

Había una razón por la que los Primigenios no solían entrar en el mundo mortal. Su presencia podía cambiar la actitud y la mente de los mortales y afectar al entorno a su alrededor. La Primigenia Maia podía evocar amor y fertilidad. Embris podía aumentar la sabiduría de alguien o guiar a una persona a tomar malas decisiones. Phanos podía alterar los océanos y volverlos violentos. El hermano de Attes, Kyn, podía engendrar paz o venganza.

—¿De verdad crees que estaba intentando hacer eso? —pregunté, mientras pensaba en cuando el *eather* de los ojos de Attes se había intensificado—. ¿A mí?

—Sin ninguna duda —confirmó Nyktos.

—Pero no me sentí más calmada ni más violenta... de lo normal — protesté, y él soltó una carcajada ronca—. No sentí nada.

—Exacto —dijo Nyktos.

—Oh, mierda —murmuró Ector—. Attes se habrá dado cuenta de que su presencia no tenía ningún impacto sobre ti.

Una aguda punzada de inquietud alanceó mi pecho.

—Pero Nyktos le dijo que era una divinidad...

—Ni las divinidades ni los dioses son inmunes a las habilidades de un Primigenio —dijo Ector—. No reaccionamos a su presencia tan deprisa ni de manera tan descerebrada como podría hacerlo un mortal, pero nos afectaría si un Primigenio quisiera que así fuese. Esa es la razón por la que los dioses de la corte de Kyn son un puñado de bastardos, y los de la de Maia son todos unos salidos. —Fruncí los labios—. Aparte de los *Arae* y los *drakens* — continuó Ector—, solo hay otro ser inmune a ellos.

Los ojos de Nyktos conectaron con los míos.

—Solo un Primigenio es inmune a la presencia de otro Primigenio.

—Por todos los dioses, eso podría significar... —Cerré los ojos con fuerza. Podría significar que Attes tal vez sospechara la verdad: que era yo la que llevaba las brasas de vida. La futura consorte que estaba a punto de ser convocada por Kolis. Mi respiración arañaba contra mi garganta.

—Dadnos un minuto —dijo Nyktos y, cuando abrí los ojos, tanto Ector como Nektas habían desaparecido, las puertas cerradas una vez más. Pasaron unos cuantos segundos largos antes de que Nyktos hablase de nuevo—. Todo irá bien.

Se me escapó una risa estrangulada.

—Puede que Attes sepa que soy yo la que lleva las brasas de vida. Y Kolis nos va a convocar a los dos. ¿Cómo puedes pensar siquiera que todo irá bien?

—Podría ser peor.

—¿Cómo?

—Kolis podría haber denegado la coronación del todo. Podría haberme prohibido tomar a una consorte.

—¿Puede hacer eso?

Nyktos asintió.

—Aún podría tomarte como mi consorte, pero las otras cortes no te reconocerían como tal.

Lo cual significaba que cualquier protección que ofreciese esa posición ya no existiría. Ni los dioses ni los *drakens* podrían defenderme contra un

Primigenio. Si uno de los otros Primigenios o Kolis mismo me atraparan, Nyktos no tendría ningún apoyo si tomase represalias... cosa que sabía que haría.

—¿Lo hará?

—Si me lo hubieses preguntado ayer, te habría dicho que no. ¿Ahora? Cualquier cosa es posible.

Cualquier cosa...

Mi corazón empezó a latir de un modo que hacía difícil respirar. Mis pensamientos corrían desbocados. Mis músculos se tensaron.

—¿Qué pasa... qué pasa si me parezco a Sotoria? —susurré.

—No te tocará. —Nyktos me puso una mano en la mejilla. Cerré los ojos al sentir la leve corriente de energía que pasaba de las yemas de sus dedos a mi piel—. No lo permitiré.

La seguridad de su promesa amenazó con envolverse a mi alrededor. Ya estaba empezando a calmar mi corazón, y no quería resistirme a ello. Quería confiar en la promesa. En él.

La frente de Nyktos tocó mi sien y parte de la rigidez se alivió en mis músculos. Empecé a relajarme contra él.

—Kolis no tendrá la oportunidad de saber si te pareces a ella.

Abrí los ojos al instante y me eché hacia atrás.

—Nyktos...

—No te vas a acercar a él.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Acabas de decirme lo que pasa cuando uno se retrasa a la hora de contestar a una llamada de Kolis. No seré la causa de *más* muertes.

—Tú nunca has sido la causa.

—Y una mierda.

—Kolis ha sido la causa. No tú. No tus acciones. Ha sido él. Siempre él. —Las hebras de *eather* se removieron en sus ojos—. Tienes que entender eso, Sera. Tú no tienes la culpa de nada.

Eso era difícil de aceptar cuando Kolis había estado reaccionando a *mis* acciones.

Incapaz de estarme quieta, intenté soltarme de su agarre. El brazo de Nyktos se aflojó y yo me puse de pie, luego retrocedí para apartarme de él.

—No me esconderé de su llamada, Nyktos.

Su mano cayó sobre el reposabrazos de su silla.

—Y yo no permitiré que corras peligro.

—¡Ya estoy en peligro! He vivido así toda la vida. —La grieta de mi pecho amenazó con expandirse y profundizarse mientras contemplaba las estanterías vacías—. Si mi negativa a responder a su llamada fuese la causa de algún nuevo suceso... si alguien resultara herido o muriera... no podría... —Retiré el pelo de mi cara de malos modos y di media vuelta—. No podría soportarlo.

—¿Es esa la verdadera razón de que estés decidida a contestar a esta llamada?

Despacio, me volví hacia él.

—¿Qué otra razón podría haber?

—¿No era eso lo que querías? —Su mano se apretó sobre el reposabrazos de la silla, se le pusieron los nudillos blancos—. ¿Llegar hasta Kolis?

Abrí la boca. No me había dado cuenta de que debería estar celebrando esta noticia. Ni una vez, ni una sola vez desde que Attes nos había comunicado su mensaje hasta ahora mismo, se me había ocurrido siquiera que Nyktos no se vería obligado a tomarme como su consorte al día siguiente. Podría enfrentarme a Kolis sin los riesgos de tener que escapar antes. Y si me parecía a Sotoria, mi deber sería incluso más fácil de cumplir. No solo se salvarían vidas. Se salvarían *mundos* enteros. Debería estar entusiasmada.

Pero no lo estaba.

Me sentía de todo menos eso. Una salvaje mezcla de emociones bullía bajo la superficie e hizo que la grieta de mi pecho se debilitase aún más. Estaba asustada. Horrorizada. Enfadada. Desesperada. A punto de perder el control...

Aspiré enormes bocanadas de aire para bloquearlo todo. Para silenciar la tormenta, de un modo muy parecido a como había hecho cuando me ponía el velo.

Nyktos no me había quitado los ojos de encima. Su mirada lucía tan dura como lo había sido antes.

—De este modo, no tendrías que intentar escapar, ¿verdad?

La siguiente bocanada de aire que inspiré se quedó corta cuando quemó la parte de atrás de mi garganta.

—Que te jodan.

Un músculo se abultó en su mandíbula. Me dio la impresión de que tal vez se hubiese encogido un poco, pero no estaba segura y no me importaba. Di media vuelta muy rígida y salí de su oficina antes de que la grieta de mi pecho explotara de nuevo.

Antes de perder el control.



Nektas estaba esperando en el pasillo cuando salí furiosa de la oficina de Nyktos. No vi a Ector, pero giré y pasé por delante del *draken*. Me tragué una maldición cuando Nektas echó a andar a mi lado.

—Genial. Me estás siguiendo —musité.

—Eres muy perspicaz, *meyaah liessa*. —Suspiré—. No te gusta que se dirijan a ti como «reina», ¿verdad?

—Eres muy perspicaz, *meyaah draken*.

La risa de Nektas fue corta y ronca mientras yo abría la puerta que daba acceso a las escaleras.

—No sabía que fuese tu *draken*.

Empecé a subir las estrechas escaleras, mucho menos grandiosas que la escalinata principal.

—Sí, bueno, eres mi *draken* en la misma medida en que yo soy tu reina.

—Tú eres nuestra reina con o sin coronación.

—Eso tiene poco sentido, pero lo que tú digas —musité justo cuando llegábamos a la puerta del tercer piso.

Nektas alargó el brazo por encima de mi cabeza y la abrió antes de que pudiese hacerlo yo.

—Llevas las únicas brasas de vida verdaderas dentro de ti, Sera. Eso te convierte en *la* reina.

Lo miré con el ceño fruncido.

Él pasó por mi lado, silencioso mientras me guiaba hasta mi dormitorio. Observé cómo entraba en la habitación e iba directo a la sala de baño. Abrió esa puerta e inspeccionó el espacio antes de ir hasta las puertas del balcón, mientras yo me detenía al lado del sofá. Una vez ahí, abrió las cortinas con brusquedad y miró afuera.

—¿Quieres mirar también debajo de la cama? —sugerí. Se giró hacia mí y arqueó una ceja oscura.

—¿Se equivocaba Ash? ¿Al dudar de tus motivos?

—Por todos los dioses —refunfuñé—. ¿Escuchar conversaciones ajenas es un talento especial de los *drakens*, o es solo algo que *a ti* se te da especialmente bien?

Nektas me miró con expresión insulsa.

Yo le sostuve la mirada.

—¿Quieres saber lo que pienso?

—No —repuse.

—Te lo voy a decir de todos modos.

—Entonces, ¿para qué has preguntado?

—Intentaba ser educado —objetó, y yo bufé con desdén—. Ash se equivocaba. —No dije nada—. Pero también tenía razón.

—Bueno, tu comentario ha sido de gran ayuda, como siempre —mascullé. Sacudí la cabeza, frustrada—. ¿Sabes? La cosa es que no culpo a Nyktos por haberme preguntado eso. En realidad, no. Pero, para ser del todo sincera, aprovechar esto como oportunidad para llegar hasta Kolis ni siquiera se me había pasado por la imaginación.

—Entonces, ¿con quién estás más enfadada? ¿Con Ash o contigo misma?

—¿Con los dos?

Esbozó una leve sonrisa.

—No puedes estar enfadada con los dos.

Aparté la mirada.

—Sí, pero estar enfadada no importa. Lo que piense Nyktos no importa. Lo que quiera yo no importa. Lo único que importa es el hecho de que Kolis nos la ha jugado... es probable que sin darse cuenta siquiera. Ahora, nos hará llamar a los dos ¿y cómo puede Nyktos convencer a Kolis de que no tiene ni idea de cómo ha Ascendido un dios o que no sabe que fue Bele?

—Como ha dicho Ash, ha tenido que convencer a Kolis de muchas falsedades en el pasado.

—¿Como cuáles? —pregunté, incapaz de reprimirme.

—Como que Ash no lo odia con cada fibra de su ser y quiere verlo encadenado bajo tierra. Kolis no sabe eso. Cree que cuando Ash se rebela contra él o se resiste a algo solo está poniendo a prueba sus límites. Kolis cree que Ash le es tan leal como cualquier otro Primigenio.

Me recorrió una oleada de incredulidad.

—¿Cómo puede no saber Kolis la verdad cuando mató a los padres de Nyktos? ¿Cómo puede pensar ni por un segundo que Nyktos le sería leal después de eso?

—Porque Ash lo ha convencido de que no siente nada hacia su madre. No fue difícil hacer que Kolis creyera eso, puesto que Ash no la conoció —explicó—. Y ha convencido a Kolis de que odiaba a su padre... que consideraba a Eythos débil y egoísta. Si Ash no hubiese logrado ocultarle sus verdaderos sentimientos hacia él, Kolis habría hecho cosas peores que las que hizo después de apoderarse de las brasas.

—Me da miedo preguntar.

—Kolis mató a todos los dioses y divinidades que servían a Eythos. Así se aseguraba de que ninguno pudiera Ascender para sustituir al Primigenio de la Vida.

—Santo cielo —susurré—. ¿A todos?

—A los que no estaban en la corte en ese momento los persiguieron por todo Iliseeum y en el mundo mortal. Incluso las divinidades varias generaciones posteriores a la corte, las que nunca pasaron por el Sacrificio, fueron asesinadas.

Cerré la boca con fuerza contra la bilis que trepaba por mi garganta. No sabía qué decir, pero de repente pensé en los mortales asesinados. Los hermanos y el bebé. ¿Podrían sus muertes ser consecuencia de aquello? ¿Había estado equivocado Nyktos? ¿O había sentido entonces que no podía contármelo?

—Si Kolis supiera lo que siente en realidad Ash hacia él, hubiese matado ya a todos los dioses que hay aquí —continuó Nektas en voz baja—. A todos los mortales y todas las divinidades. Encadenaría a todos los *drakens* en el Abismo. Kolis hubiese arrasado las Tierras Umbrías.

Me senté en el borde de la cama.

—Así que convencerlo de esto no será muy diferente.

—¿Cómo...? —Agarré el poste de la cama al lado del que me había sentado—. ¿Cómo puede ser tan convincente?

Los ojos carmesís de Nektas se cruzaron con los míos.

—Por lo mismo que te lleva a ti a ser tan convincente: porque es su deber hacer lo que sea necesario para proteger a la mayor cantidad de personas posible.

Di un respingo.

—Yo no estoy fingiendo...

—No hablo de Ash.

Hablaba de Kolis, del deber que yo sabía que era mío. Uno que me permitiría hacer lo que fuese necesario. Apreté los labios.

—Pero es distinto. Kolis no ha cometido ningún ataque personal contra mí. No hay una historia entre nosotros como la hay entre Nyktos y él.

—¿No la hay? —preguntó Nektas con calma. Me quedé muy quieta.

—Yo no soy *ella*.

—No, pero ella es parte de ti, Sera.

Eché la cabeza atrás para contemplar la superficie reluciente del techo.

—Sí, bueno, si al final resulta que sí que me parezco a ella y Kolis nos hace llamar antes de que Nyktos consiga sacar las brasas de mi interior,

estamos jodidos. Todo el mundo lo estará.

—Entonces, debemos asegurarnos de que esas brasas no sean vulnerables durante demasiado tiempo.

Bajé la vista hacia él. Nektas me observaba con atención.

—¿Por qué has dejado de llamarlo Ash?

La pregunta me agarró desprevenida.

—No lo sé.

—Eso es mentira.

—¿Y tú cómo lo sabes? —exigí saber, al tiempo que cruzaba los brazos.

Nektas vino hacia mí, sus pisadas sorprendentemente silenciosas para alguien tan grande como él.

—Así era como lo llamaba su padre. —No lo había sabido, y no creía que quisiera saberlo ahora—. Que se te presentara con ese nombre significaba algo —añadió Nektas.

—Quizás antes sí. —Suspiré y me apoyé contra el poste—. Pero ya no es Ash para mí.

Nektas ladeó la cabeza. Las ranuras verticales de sus pupilas se expandieron hasta adquirir una forma casi normal.

—Él es como tú quieras que sea —dijo—. Igual que tú eres lo que quieras ser para las gentes de las Tierras Umbrías y más allá. Eso depende de ti. De nadie más.

Capítulo 16



Había demasiados interrogantes dando vueltas por mi cabeza después de que Nektas se marchara, demasiada energía ansiosa e inquieta que quemaba a través de mí como para poder quedarme quieta sentada.

Necesitaba darles salida.

Y necesitaba silenciar esos interrogantes, al menos durante un rato.

Me trencé el pelo de prisa y pasé el resto de la tarde haciendo todos los ejercicios de entrenamiento que pude recordar y que pudiera hacer sola. Me imaginé a un compañero imaginario, cosa que no era difícil. Mientras hacía ejercicios de boxeo y entrenaba mi juego de pies, mi rival alternaba entre Nyktos y yo, porque estaba enfadada con ambos por razones diferentes. Me agachaba y atacaba, primero solo con las manos y después también con mi daga. Nada de ello era tan útil como practicar con otra persona, pero era mejor que nada. Luchar era en parte memoria muscular, pero los periodos largos de inactividad podían marcar la diferencia entre vivir y morir.

Además, ayudaba a mantener mi mente en blanco. Conseguí no pensar en la llamada de Kolis, en el plan de Nyktos, en lo que él podría haber sacrificado además de todo lo que ya había tenido que hacer, o en el alma que vivía en mí. Me convertí en un tipo de lienzo en blanco diferente mientras lanzaba puñaladas y daba patadas al aire, pero el cansancio me encontró más de prisa de lo que hubiese debido, cosa que achiqué a haberme saltado un montón de sesiones de entrenamiento. Al menos, eso fue lo que decidí creer, porque la alternativa era el Sacrificio.

Me lavé con el agua fría de esa mañana. Como se estaba haciendo tarde, me puse un efímero amago de camión y luego la bata encima. Me parecieron

horas, aunque solo pasaron minutos antes de que Orphine llegara con la cena. Después, regresé al diván, donde abrí un libro, aunque igual que la noche anterior, era incapaz de concentrarme. Volvieron a mí todos esos interrogantes.

¿Cuándo nos haría llamar Kolis? ¿Intentaría Nyktos ocultarme la citación? Y si no lo hacía, ¿qué pasaría si me parecía a Sotoria?

¿Por qué temía eso, cuando debería estar contenta de la posibilidad? Estar contenta de lo que me había acusado Nyktos esa tarde.

Porque Nyktos había estado en lo cierto. Esto facilitaba lo que yo tenía que hacer.

Excepto por que nada parecía más fácil.

Porque ¿qué haría Nyktos si llegáramos a la corte de Kolis, y el falso rey me reconociera como Sotoria? ¿De verdad permitiría que Kolis se quedara conmigo? ¿O intervendría? Conocía la respuesta, y me aterraba. Si hubiese tenido éxito en mi fuga, habría podido llegar hasta Kolis sin que Nyktos estuviese ahí. No solo en peligro, sino puesto en una situación en la que tendría que elegir entre las Tierras Umbrías y...

Y yo.

¿Cómo podría seguir convenciendo a Kolis de su lealtad si trataba de impedir que el falso rey se apoderara de mí? Diablos, ¿cómo había conseguido Nyktos convencerlo durante todo este tiempo? Sabía que Nektas había dicho que era por su sentido del deber, pero santo cielo... ni siquiera yo hubiese podido hacer eso.

Mis ojos se deslizaron hacia la puerta con adornos plateados que unía nuestras habitaciones, y pensé en ese *beso*.

Él es como *tú quieras que sea*.

«Ni siquiera lo conozco», susurré, mientras las brasas de mi pecho se caldeaban y...

Di un gritito y me enderecé de golpe cuando la puerta se abrió de sopetón. El libro cayó al suelo con un golpe sordo y Nyktos entró en la habitación como si tuviese todo el derecho a hacerlo.

—¿No se te ha ocurrido en ningún momento llamar a la puerta antes? —exclamé.

—No.

—Pues deberías. —Me llevé una mano al corazón, que latía desbocado—. Podría haber estado ocupada.

—¿Haciendo qué?

—Muchas cosas —musité—. Usa tu imaginación.

Nyktos se detuvo, apretó la mandíbula.

—No estoy seguro de que usar mi imaginación sea algo muy sensato.

—Supongo que no. —Me agaché para recoger el libro. Cuando lo miré, vi que se había acercado en silencio y estaba inspeccionando mis platos—. Me he comido toda mi cena como una niña buena, por si te lo estabas preguntando. —Su fría mirada plateada saltó de la mesa del comedor a mí—. ¿Necesitabas algo?

—Ahora mismo, solo necesito una cosa: dormir.

—Vale. —Volví a abrir el libro y fingí leer—. Gracias por compartir esa información conmigo.

—Al alcance de la mano, Sera.

Despacio, levanté la vista hacia él.

—¿En serio?

—¿Tengo aspecto de estar de broma?

—¿Incluso con el candado en la puerta del balcón? Funcionó muy bien ayer por la noche.

—Estoy seguro de que, con el tiempo necesario, habrás averiguado cómo abrir ese candado.

—Y yo estoy segura de que si quisiese abrir ese candado, ya lo habría hecho —espeté—. No voy a intentar escapar, Nyktos. ¿De qué serviría ahora?

Su expresión no revelaba nada, pero sus palabras... lo decían todo.

—Me prometiste que no irías tras Kolis de nuevo. Quiero creerlo, pero lo que yo quiera no puede ser más importante que lo que sé. Si se te presenta la oportunidad, aún la aprovecharás. Incluso ahora. No voy a dejar que esa frágil confianza se rompa tan deprisa.

Mi corazón dio un vuelco mientras lo miraba desde abajo. Un lioso nudo de emoción se abrió paso desde esa grieta. Las palabras burbujearon por mi garganta.

—No quiero hacerlo.

—Lo sé. —Sus ojos se iluminaron de un tono más suave de gris, aun cuando su pecho se hinchó con una respiración honda—. Ven a la cama, Sera.

Ni siquiera estaba segura de por qué estaba discutiendo con él por esto. Me *gustaba* dormir en su cama. Con él. Por mucho que me irritara.

Eso debería preocuparme.

Y lo hacía, pero todo lo que podía hacer era añadir eso a la lista de todas las cosas que me preocupaban, que ya empezaba a tener una longitud absurda.

Me levanté y fui a la sala de baño primero para prepararme para irme a la cama. Cuando me lavé los dientes y escupí la pasta a la jofaina, vi rastros

rosas girando entre la espuma. Me habían sangrado un poco las encías. Se me hizo un nudo en el estómago mientras me secaba la boca a toda prisa, luego salí de la sala de baño para seguir a Nyktos a través del pasillo oscuro y estrecho. Me detuve al lado de la cama, y mi mente divagó de vuelta al trato que le había ofrecido a Nyktos justo antes de que llegase Attes. Por todos los dioses, lo había olvidado.

Nyktos pasó por mi lado.

—Al menos no llevas pantalones ceñidos y botas que haya que quitarte esta noche —comentó.

—Creo que preferirás eso cuando veas lo que hay debajo de la bata. — Con un nerviosismo inexplicable, alargué las manos hacia el cinturón.

Nyktos se giró hacia mí. La luz de los apliques se reflejaba en la curva de sus pómulos.

—Por favor, dime que no estás desnuda debajo de eso.

Bueno, supuse que eso indicaba que no tenía ninguna intención de hacer ese trato conmigo.

—¿Estás preocupado por no ser capaz de controlar la reacción de tu cuerpo otra vez?

—Vivo con un temor constante a eso —murmuró, los ojos clavados en los míos. Una parte pequeña de mí lo creyó incluso.

—No estoy desnuda. En realidad, no.

—¿En realidad, no?

Desaté la bata y dejé que resbalara por mis brazos. Ahora fue Nyktos el que se quedó paralizado al ver el finísimo camisón casi transparente. Sus labios se entreabrieron y mostraron un indicio de colmillos.

—¿Eso es lo que sueles ponerte para dormir? —preguntó con voz pastosa.

—Lo creas o no, este es el camisón más recatado de los que me trajo Aios. —Me sonrojé mientras me observaba colocar la bata al pie de la cama.

—Por los Hados —murmuró, muy tieso por un instante. Luego vino hacia mí, cada paso lento y medido. Un fogonazo dulce de anticipación recorrió mi cuerpo mientras echaba la cabeza hacia atrás para levantar la vista hacia él.

Solo era visible una fina ranura de plata reluciente detrás de sus espesas pestañas cuando deslizó los dedos debajo de uno de los ridículos tirantitos. El dorso de sus dedos fríos rozó mi piel mientras subía el tirante por mi brazo. Se quedó ahí quieto unos segundos. Apenas me tocaba, pero sentía la ligerísima presión de su piel hasta en el último rincón de mi ser. Sacó los dedos de debajo del tirante.

—¿Puedo?

Al principio, no sabía para qué estaba pidiendo permiso, pero luego me di cuenta de que estaba mirando otra vez mi trenza, que descansaba sobre uno de mis hombros.

—Pu... puedes.

Nyktos movió la mano entonces. No agarró la trenza ni tiró de ella. Justo por debajo de mi hombro, enroscó el índice y el pulgar alrededor de la trenza. Me quedé muy quieta mientras él deslizaba la yema del dedo a lo largo de toda ella. Rozó la curva de mi pecho al pasar y me estremecí.

—¿Te he dicho alguna vez... —continuó deslizando el pulgar por la trenza— que tu pelo me recuerda a un telar de luz de luna?

—Sí.

—Es precioso —musitó, según se acercaba a la cinta que sujetaba los mechones juntos. Soltó la banda con cuidado, como había hecho la vez anterior. La deslizó en su muñeca y deshizo la trenza con suavidad, dejando que la masa de ondas y rizos cayera sobre mis hombros—. Vuelvo ahora mismo.

Me quedé ahí plantada, con el corazón acelerado, mientras él se iba a la sala de baño y cerraba la puerta a su espalda. No me moví, entretenida en escuchar el agua salpicar, la piel aún cosquillosa con el recuerdo de su contacto. Al final, meforcé a moverme. Fui hasta el lado de la cama en el que había dormido la otra noche y me metí. Tapé mis piernas con la suave manta y me tumbé de lado, en dirección a mi dormitorio. Me rodeó de inmediato un olor a cítricos y a aire fresco.

Oí cómo se abría la puerta, pero no me di la vuelta cuando él fue hacia su armario. Quería hacerlo, porque sabía que se estaba desvistiendo, pero pensé que no tenía ningún sentido seguir torturándome.

La cama se movió cuando Nyktos se reunió conmigo; después, la oscuridad engulló la habitación.

—¿Sabes? —dije—, podrías haberte limitado a esperar a que me fuese a dormir y luego colarte en mi cama de nuevo.

—Podría —admitió—. Pero ¿qué habría encontrado al entrar en tu habitación una vez que te hubieses metido en la cama?

Puse los ojos en blanco.

—No es como si hiciese *eso* todas las noches.

—Vaya, pues esa es una noticia un poco decepcionante. —Arqueé las cejas. Empecé a rodar sobre la espalda, pero él habló otra vez. Me detuvo con dos palabras—. Lo siento.

Me quedé parada.

—¿Por qué?

—Por lo de antes —dijo, después de un instante—. Cuando sugerí que tu motivación para responder a la llamada de Kolis era poder llegar hasta él. Debí haber sabido que eso no era lo que te motivaba... al menos no la principal razón. Ya habías dicho que no aceptarías mi plan si extraer las brasas supusiese que otras personas resultasen heridas.

No estaba segura de que necesitara disculparse por eso. Si yo fuese él, habría dado por sentado lo mismo. Pero había estado equivocado. Llegar hasta Kolis no había sido la principal razón, aunque debería haberlo sido.

—Gracias —murmuré. Mis ojos volvieron a la pared oscura—. ¿Significa eso que no vas a intentar dejarme atrás cuando por fin nos haga llamar?

—No lo haré. No porque sea lo que yo quiero, sino porque es lo que quieres tú.

Solté una bocanada de aire temblorosa. Quería darle las gracias otra vez, pero sabía que no apreciaría que se las diera por esto.

Se hizo el silencio entre nosotros, y se alargó tanto que pensé que Nyktos se había dormido, pero entonces habló de nuevo.

—¿Por qué contienes la respiración tan a menudo?

Abrí los ojos de golpe.

—¿Qué?

—Contienes la respiración. Por lo general durante un momento, luego sueltas el aire.

—Por los dioses, ¿de verdad se nota tanto? —pregunté. Pensé en cuando me había visto hacerlo en el salón del trono, cuando vinieron Holland y Penellaphe.

—En realidad, no.

Fruncí el ceño en la oscuridad.

—Pero tú te has fijado.

—Eso no quiere decir que lo hayan hecho otros. —Pasaron unos segundos más de silencio—. ¿Por qué lo haces?

Cerré los ojos.

—Es solo algo que me enseñó a hacer Holland.

Se quedó callado un momento.

—Pero ¿por qué necesitas hacerlo, Sera?

—No lo sé.

Nyktos no dijo nada más después de eso. No hubo nada más que silencio durante un buen rato. Luego fui yo la que habló.

—¿Estás preocupado por la llamada de Kolis? ¿Por lo que sucederá?

—No —dijo, y era mentira. La cama se meció de nuevo. Su brazo pasó por encima de mi cintura, y su peso frío y contundente era... agradable—. Al alcance de la mano.

Cerré los ojos e intenté ignorar lo mucho que me gustaba la sensación de su brazo. Y justo en ese momento, me di cuenta de que había hecho algo que no había hecho nunca en toda mi vida.

Había dejado mi daga en mi habitación.



Estaba... de *mal humor*.

De un humor taciturno, como solía llamarlo Holland. Llevaba conmigo desde que me había despertado en lo que debería haber sido el día de mi coronación, pero por segunda vez en mi vida, me había despertado en el día que se suponía que me iba a casar, solo para que esos planes cambiaran.

Era temprano, el cielo aún de un tono gris oscuro, pero Nyktos ya se había marchado y yo no me había quedado en su dormitorio. Me había lavado con el agua limpia que alguien había llevado y me había puesto el último vestido que tenía, uno de corte parecido al de la víspera, pero todo negro. Solo después de casi estrujar mis pechos para que cupieran en el corpiño y abrochar el último botón me di cuenta de que por fin habían lavado y devuelto mi ropa, que estaba ahora colocada en un montón ordenado sobre la cama. Suspiré, pues no tenía ninguna intención de volver a cambiarme.

En vez de eso, fui hasta el diván, me dejé caer en él, y ahí me quedé, mi mente hiperactiva, aunque mi cuerpo estaba quieto. Demasiado quieto.

Cuando estaba en el mundo mortal, los cambios de humor habían dado la impresión de producirse con los cambios del viento y a menudo sucedían de noche, cuando no podía dormir y no tenía nada con qué ocupar mi mente. Esas eran las noches en las que incluso la idea de pasear mi cuerpo por uno de los antros hedonistas desperdigados por El Luxe no tenía ningún atractivo.

Eran las noches en las que me preguntaba si mi padre habría sufrido los mismos cambios de humor. Si habrían tenido algo que ver con su *caída* de la torre en la noche de mi nacimiento. Si era así, ¿sería esa la única cosa que me había dejado, si es que tal cosa podía heredarse? No estaba segura. Pero si fuese así, habría preferido que me legase algo menos *lúgubre*.

¿Se habría sentido Sotoria del mismo modo? ¿Habría experimentado ella también estos cambios de humor? ¿Era ella...?

Interrumpí mis pensamientos cuando mi corazón empezó a tropezarse demasiado deprisa y la sensación de no tener control aumentó a toda velocidad. No podía pensar en nada de eso, así que me quedé ahí sentada, mientras el día bostezaba ante mí, vacío e irrelevante. ¿El día siguiente sería igual? ¿Y el día después de ese? No había ningún entrenamiento en el que participar. Ninguna comida que llevar a las familias afectadas por la Podredumbre. Ninguna visita inesperada de Ezra ni peticiones de ayudar a las Damas de la Merced. Solo más espera. No había forma de escapar de donde mis pensamientos querían quedarse, un lugar que se deleitaba en enseñarme una y otra vez todos los peores momentos.

Las desilusiones y los fracasos.

El bochorno y la desesperación.

Excepto por que ahora había nuevos. El destino que nunca había sido real. Mi traición a Nyktos y el hecho de que ninguno de nosotros hubiésemos cuestionado lo que creíamos que terminaría con la Podredumbre. Era difícil no mirar atrás ahora y pensar que debería haber sabido que Nyktos no era la causa. Era difícil estar aquí sentada, caliente y bien alimentada, mientras la gente de mi reino se moría de hambre y pronto se enfrentaría a penurias inimaginables y muerte si el plan de Nyktos no funcionaba.

Y era difícil estar ahí sentada conmigo misma. Con la idea de que temía esa llamada de Kolis cuando debería estar impaciente por que llegara.

Mis dedos hurgaron en la costura del reposabrazos del diván mientras contemplaba el pulcro montón de ropa que habían dejado sobre la cama. No estaba acostumbrada a semejante ociosidad. Semejante falta de *propósito*. Hacía que notara la piel demasiado tensa y fina. Se me hizo un nudo en la garganta y mis pensamientos se volvieron tan pesados como sentía mi cuerpo. Me recosté contra el diván con la sensación de que podría hundirme en sus mullidos cojines y convertirme en parte de él hasta ir desvaneciéndome. ¿Y no sería eso precioso en cierto modo...?

«No». Mi corazón se aceleró cuando me senté más erguida, los músculos rígidos. *Inspira*. Ese era un... un *mal* pensamiento. Incómodo. Asfixiante. Deslicé mis manos, de repente húmedas, por mis rodillas desnudas. *Contén*. La habitación parecía de pronto demasiado pequeña mientras estaba ahí sentada.

Yo era demasiado pequeña, y me encogía a cada segundo que pasaba. *Espira*. Continué con esas respiraciones lentas y pausadas, y apreté los ojos hasta que vi blanco y la presión de mi pecho se aflojó.

¿Por qué contiene la respiración?

Abrí los ojos y me levanté. No podía pasar ni un instante más en esta habitación. Metí los pies en unos zapatos de suela fina y salí del cuarto, sorprendida de encontrar a Saion en el pasillo en lugar de a Orphine. No discutió cuando le dije que quería desayunar en otro sitio y, cuanto más me alejaba de mis aposentos, más se aflojaba la constricción de mi pecho y mi garganta.

Paramos en las cocinas y luego desayuné en una de las muchas salas de audiencias de la planta baja con Reaver, que había acabado por seguirnos y ahora se echaba una siestecita en un estrecho sofá del color del bosque de los Olmos Oscuros más allá de Wayfair. Desayunar fuera de mis aposentos fue una mejoría notable, pero el silencio me estaba poniendo de los nervios.

Lo mismo que la manera en que Saion rondaba callado cerca de las puertas, una mano apoyada sobre la empuñadura de una espada corta, observándome como había hecho el día que vinieron los Cimmerianos.

Dejé mi cuchara a un lado y miré por la sala a mi alrededor. Igual que todas las que había visto cuando Jadis nos hacía entrar y salir de una habitación tras otra, esta estaba bien mantenida, aunque daba la impresión de que nadie había puesto un pie en ella desde hacía décadas, quizá siglos. No había ni una mota de polvo en los adornos de madera de los brazos y piernas del sofá sobre el que dormía Reaver. Contemplé las paredes de piedra umbra, desnudas, y me recordaron a los espacios personales de Nyktos: vacíos por completo. Fruncí el ceño al darme cuenta de que, aparte de los cuadros de los padres de Nyktos en la biblioteca, no había visto ninguno más.

—¿Estos espacios se utilizan alguna vez? —pregunté, mientras deslizaba un dedo por mi vaso de zumo.

Saion ladeó la cabeza mientras miraba las paredes.

—De vez en cuando, Jadis o Reaver los exploran, pero aparte de eso, no que yo haya visto.

—¿Quién los mantiene tan limpios?

—Suele ser Ector.

—¿Tan aburrido está?

Saion se rio bajito.

—Yo también me lo he preguntado, pero creo que lo hace por Eythos.

Mis dedos se detuvieron sobre el cristal.

—¿Como en su memoria o algo?

—Eso creo. —Eché un vistazo a la sala—. Cuando el padre de Nyktos vivía, mantenía todas estas habitaciones abiertas y limpias. Solía haber invitados. No tantos como supongo que habría cuando Eythos era el

verdadero Primigenio de la Vida, pero había... —Dejó la frase en el aire, como si buscara la palabra más adecuada.

—¿*Vida* aquí en algún momento? —sugerí. Saion asintió.

—Sí —dijo. Se aclaró la garganta—. La había.

Eso era considerado por parte de Ector, aunque solo era sorprendente porque sabía muy poco de él... de todos ellos. Me eché hacia atrás en la silla.

—¿De dónde eres?

Saion arqueó una ceja oscura.

—Esa es una pregunta muy aleatoria.

En efecto, lo era.

—Solo es curiosidad. —No dijo nada y pensé que cualquier cambio de opinión que hubiese tenido con respecto a mí solo llegaba hasta cierto punto —. Da igual —le dije—, supongo que podemos retomar la situación incómoda de vigilarme en silencio.

—Nací en las islas Triton.

Mis ojos saltaron hacia él, estaba un poco sorprendida de que hubiese contestado.

—¿Perteneceías a la corte de Phanos?

—Estuve ahí hasta unas cinco décadas después de mi Sacrificio, y entonces, tanto Rhahar como yo nos marchamos.

—¿Por qué os fuisteis? —No pude evitar preguntarlo. Por lo que sabía, los dioses nacidos en la corte de Phanos extraían su poder de lagos, ríos y mares y, bueno, en las Tierras Umbrías no había esas cosas.

—¿De verdad quieres saberlo?

—No te lo habría preguntado si no quisiera.

Ladeó la cabeza y la apoyó en el marco de la puerta.

—¿Has oído hablar del reino de Phythe? Existió hace varios cientos de años... unos cien años antes de que Eythos hiciese ese trato con tu antepasado. Era un reino precioso, lleno de gente que vivía de la tierra y del mar. Gente pacífica —añadió, y no se me pasó por alto que ahora sabía que Saion era mayor que Nyktos—. En el mundo mortal, se extendía por las laderas del lado sur de la cordillera de las montañas Skotos hasta el mar.

—El nombre me resulta vagamente familiar. —Fruncí el ceño y rebusqué en mis recuerdos—. ¿No era un antiguo reino por el que Phanos tenía predilección hasta que uno de los hijos del rey le hizo algo a una de las hijas de Phanos o algo así?

—Eso es lo que se ha escrito, pero la única verdad de todo eso es que Phythe fue durante un tiempo uno de los reinos favoritos de Phanos... hasta

que perdió su favor.

Agarré el vaso con más fuerza.

—Tengo la terrible sospecha de que sé a dónde va a llevar todo esto.

—Sí, es probable que la tengas. —Entornó los ojos en ademán pensativo—. Hubo un derrame de aceite en la costa de Lasania, ¿verdad? Hace una década o así.

—Yo lo vi. Phanos salió del agua y destruyó todos los barcos del puerto. Murieron cientos de personas —dije—. Entonces, ¿qué es lo que pasó en realidad?

Saion negó con la cabeza.

—Todos los años, solían celebrar unos juegos en honor a Phanos, pero eran peligrosos. La gente solía morir durante ellos, incluido el único hijo del rey. Después de eso, el rey decidió suprimir los juegos, pensando que Phanos era un dios Primigenio benévolo que no querría ver cómo sus súbditos más fieles sufrían daños.

—¿Estaba equivocado?

—Muy equivocado —confirmó—. Phanos se sintió insultado. Consideró la supresión de los juegos como una falta de fe. Se puso furioso e inundó el reino.

—Santo cielo —susurré, horrorizada.

—Sí. —Dejó escapar el aire despacio—. Nosotros visitábamos Phythe con frecuencia. Su gente era... era buena. No todos eran perfectos, ¿sabes? Pero ninguno se merecía aquello. Phanos se limitó a erradicar el reino. No hubo ningún aviso. Nadie tuvo la oportunidad de escapar de olas más altas que el Adarve que salían del mar y viajaban kilómetros tierra adentro. Todo y todos dentro de Phythe fueron arrastrados al mar. —Se frotó la barbilla y sacudió la cabeza—. Cuando Rhahar y yo nos enteramos de lo que había hecho, nos quedamos conmocionados. No podíamos creerlo. Hizo aquello por unos juegos a los que sabíamos muy bien que jamás había prestado demasiada atención. Y aunque el hijo del rey le hubiese hecho algo a una de sus hijas, eso no justifica acabar con las vidas de un reino entero. No podíamos servirlo después de eso. No fuimos los únicos en marcharnos, pero... —soltó el aire apesadumbrado— esa fue la razón de nuestra partida.

—Por todos los dioses, no sé qué decir. Es terrible. —Me estremecí al pensar en el miedo que debieron de sentir las gentes de Phythe cuando vieron esas olas cernirse sobre ellos, conscientes de que no había ningún sitio al que pudieran escapar.

—Lo es.

Tragué saliva y bajé la vista hacia el pacífico Reaver, ajeno a nuestra conversación.

—¿Fueron los Primigenios alguna vez benévolos de verdad?

—No creo que nadie sea del todo benévolo durante toda su vida. Ni siquiera los mortales —dijo, y levanté la vista hacia él—. Pero no esperábamos eso de Phanos, así que tiene que significar que no siempre fue así.

—¿Crees que es solo porque vivió demasiado tiempo?

—No creo que sea por eso... o al menos no es la única razón. Los Primigenios son viejos. Pronto, ellos también se convertirán en Antiguos. Pero Eythos, al igual que Kolis, era mayor que todos ellos. Y él nunca se sumió en esa especie de existencia desalmada. Hay unos cuantos Primigenios más que tampoco lo han hecho —me dijo, y pensé en Attes—. Si le preguntas a Ector y a otros dioses que estaban vivos cuando Eythos era el verdadero Primigenio de la Vida, te dirán que hubo un cambio drástico en muchos Primigenios cuando Kolis robó la esencia de su hermano.

Dejé el vaso a un lado.

—¿Crees que ese acto afectó sus comportamientos? ¿Hizo que fuesen menos benévolos?

—Eso es lo que cree Ector. —Saion se encogió de hombros—. No hay forma de saberlo a ciencia cierta, pero creo que tiene algo de razón.

Si ese fuera el caso, ¿podría significar que quizá podríamos tener éxito en cambiar las lealtades de al menos unos cuantos Primigenios?

—¿Y acabasteis aquí, donde no hay lagos ni ríos más allá de la bahía Negra y el río Rojo?

Apareció una sonrisa irónica.

—Al principio, no. Pasó bastante tiempo hasta que encontramos el camino hasta las Tierras Umbrías o incluso hasta que conocimos a Nyktos.

—¿Cómo ocurrió eso?

Se quedó callado unos segundos.

—Los dioses no pueden abandonar la corte en la que han nacido sin el permiso del Primigenio que la supervisa. Ese permiso no suele concederse a menudo. Y si un dios se marcha de todos modos, se lo considera un acto de rebelión clara, castigable con la muerte... del tipo definitivo.

Me puse tensa.

—No suena como que Rhahar y tú obtuvierais ese permiso.

—No lo hicimos. —La media sonrisa volvió a su cara—. Phanos envió a otros en busca de los que habíamos abandonado su corte después del

incidente de Phythe. Poco después de que mataran a Eythos, nos encontraron por fin y nos llevaron a la corte de Dalos, donde se sentencia y castiga a los dioses. Mientras nos tenían ahí retenidos, a la espera de la llegada de Phanos, nos visitó Nyktos. Preguntó por qué nos habíamos marchado. Le dijimos la verdad y luego él se fue.

Mis cejas volaron hacia arriba.

—¿Se fue sin más?

—Sí. En ese momento, pensamos que era un imbécil por haberlo hecho. —Saion se rio—. No sabíamos demasiado de él, solo que era joven para ser un Primigenio... muy joven. Pero ya era conocido por ser uno de los últimos Primigenios con los que querías tener problemas. Sea como fuere... —continuó, antes de que yo pudiera preguntar cómo, exactamente, se había ganado Nyktos esa reputación—. Nyktos vino a la corte al día siguiente, cuando llegó Phanos, y justo antes de que nos condenaran, intervino. Dijo que Phanos no tenía derecho a condenarnos cuando ya no lo servíamos a él y servíamos en cambio al Primigenio de la Muerte. Dudo de que nadie se sorprendiera más que Rhahar y yo ante el anuncio, pero Nyktos, joder, es un hijo de puta ingenioso cuando quiere. Verás, cuando nos visitó el día anterior, nos tocó a ambos al marcharse. Alargó el brazo entre los barrotes y nos dios unas palmaditas en los hombros. En aquel momento, ni siquiera pensamos en ello. Lo único que pensamos los dos después fue que la celda estaba más fría... que *nosotros* estábamos más fríos. Ya está. Pero cuando nos tocó, se llevó nuestras almas.

Capítulo 17



Me quedé boquiabierta.

—¿Qué?

—Sí. —Saion se rio de nuevo—. Estalló un jodido caos. Sabíamos lo que eso significaba, en especial Kolis. Verás, se supone que Kolis hacía ese tipo de mierdas todo el rato cuando era el verdadero Primigenio de la Muerte. Excepto que él lo hacía cuando alguien lo cabreaba. Pero sea como fuere, Nyktos tenía nuestras almas. Ninguno de los otros Primigenios podía tocarnos. Le pertenecíamos a él.

Aturdida, me eché hacia atrás. Sabía que Nyktos podía hacer eso, llevarse un alma con un solo toque, pero por alguna razón, había olvidado lo letal y peligroso que podía ser.

—¿Kolis todavía puede hacer eso?

—No lo creo. Si pudiera, seguro que lo estaría haciendo todo el rato.

Gracias a los dioses que ese bastardo no podía.

—¿Qué pasó después de que hiciese eso?

—Bueno, Phanos estaba descartado. Curiosamente, la situación divirtió a Kolis. Lo vio como que Nyktos le había ganado por la mano a Phanos, o algo —dijo, y pensé en lo que había dicho Nektas sobre cómo Kolis creía que Nyktos le era leal—. En cualquier caso, no podía hacerse nada al respecto. Phanos volvió a su corte, cabreado como una mona, y a nosotros nos trajeron a las Tierras Umbrías.

—Os devolvió vuestras almas, ¿verdad?

—Si lo hacía y Phanos lo averiguaba alguna vez, podía volver a reclamarnos.

Esa no era una respuesta directa, pero estaba dispuesta a apostar a que Nyktos se las había devuelto. Los que servían en las Tierras Umbrías no lo hacían obligados ni porque Nyktos tuviera algo tan valioso como su alma. Se las habría devuelto, y Saion y Rhahar eran lo bastante listos como para guardarse esa información para sí mismos.

—Os salvó la vida —murmuré. Levanté la vista hacia él.

—Las nuestras no son las únicas vidas que ha salvado.

Eso lo sabía, pero aun así... las acciones de Nyktos eran complicadas de entender. Solo pensar en lo que podría haber sucedido de haber logrado yo matarlo se me paraba el corazón y hacía que me doliera el pecho. Agarré el vaso de zumo y lo apuré, pero no hizo gran cosa por aliviar el nudo en mi garganta ni por fortalecer la repentina debilidad alrededor de esa grieta en mi pecho.

—Yo... estaba convencida de que mi deber de matar a Nyktos era la única manera de salvar a mi reino. —Me aclaré la garganta, mi voz era apenas más que un susurro—. Nadie, y quiero decir *nadie*, puede odiarme más por ello de lo que me odio yo.

—¿Sabes? —dijo Saion—. La verdad es que te creo.

Con las puntas de las orejas al rojo vivo, me levanté de la silla. De repente, necesitaba el silencio del que había huido hacía no tanto tiempo.

—Creo que voy a volver a mis aposentos. —Eché un vistazo al joven *draken*, que seguía dormido—. ¿Despertamos a Reaver?

—No te preocupes, estará bien.

—¿Estás seguro?

Parecía un poco incorrecto dejarlo ahí dormido, pero Saion asintió y salió al pasillo, donde me esperó.

—Si lo despiertas, es probable que se ponga un poco... antipático. Con sus dientes, no con sus palabras.

Arqueeé una ceja.

—Entonces, creo que lo dejaré dormir.

—Buena elección.

Fui hacia las escaleras traseras, parecidas a las del final del ala donde estaba la oficina de Nyktos, y abrí la puerta. El lejano sonido de metal contra metal resonaba por el hueco de las escaleras. Saion no mostró reacción alguna ante el sonido, pero la curiosidad hincó sus garras en mí. Fui hacia la puerta que daba al exterior.

—¿A dónde vas?

—A ningún sitio.

—Pues parece que sí que vas a algún sitio, y no es a tu dormitorio —musitó Saion.

Entreabrí la pesada puerta y me asomé. De inmediato, vi a Nyktos entre las sombras del Adarve, un sable en la mano. Me dije que se debía a que era más alto que la docena o así de hombres que estaban con él mientras bloqueaba el golpe de uno de ellos. O que era por cómo se había calentado mi pecho, la tenue vibración de la brasa que le pertenecía a él. Me convencí de que no tenía nada que ver con la anticipación, con el *ansia* que cobraba vida cuando lo veía.

Saion se acercó para ponerse detrás de mí y miró por encima de mi cabeza a los guardias que se enfrentaban por parejas.

—Están entrenando.

—Sí, ya me había dado cuenta —murmuré, cautivada ahora por los movimientos de Nyktos. Había una elegancia depredadora en cómo empleaba su gran cuerpo, cómo saltaba adelante y atrás como si fuese ligero como el aire.

Observé, sin dejar de pensar en cómo había salvado a Saion y a Rhahar mediante un truco astuto. Sin embargo, ¿qué precio habría tenido que pagar una vez que la diversión de Kolis se esfumó? Porque aunque Kolis creyese que Nyktos le era leal, había empalado a dioses en su Adarve.

Nyktos bajó su espada contra su rival con la fuerza suficiente para desarmar al guardia. Atrapó la otra espada al vuelo y luego apuntó con ambas al cuello del hombre.

Un anhelo nervioso revoloteaba dentro de mí mientras Nyktos plantaba una mano sobre el hombro del guardia. Desvié la mirada y enseguida vi a Rhain y a Ector enfrentados a guardias desconocidos. Había habido días en Lasania en los que había tenido que arrastrarme hasta la torre este para entrenar. Días en los que había ansiado poder pasar el tiempo haciendo solo lo que yo eligiera hacer. Pero entrenar me había mantenido ocupada y quizás incluso habría ayudado a mantener a raya esos cambios de humor.

No estaba acostumbrada a existir de este modo, cuando mis únicas opciones eran pasar el tiempo durmiendo, leyendo o rondando por ahí, molestando a los demás con mi mera presencia. No estaba acostumbrada a no tener un *propósito*.

—Creía que ibas a tus aposentos —me recordó Saion.

—Iba, sí. —Me mordisqueé el labio de abajo y vi que Nyktos le hacía un gesto a otro guardia para que se adelantara, uno rubio y musculoso.

—*Iba*. —Saion suspiró—. En pasado. Genial.

Hice caso omiso de su comentario.

—¿Con qué frecuencia entrenan?

—Todos los días. Por lo general, durante unas horas por la mañana.

—Yo solía entrenar todos los días.

—Enhorabuena —contestó en tono seco.

Entrenar era *algo*. Y yo debería estar entrenando para mantener mis reflejos pulidos. Las cosas que podía practicar sola eran limitadas. Giré la cabeza hacia atrás para mirar a Saion, la mente a mil por hora.

—¿Preferirías estar de pie a la puerta de mi habitación mirando una pared o entrenar?

Bajó la vista hacia mí.

—¿Esa es una pregunta trampa? Por supuesto que preferiría estar entrenando.

La determinación se apoderó de mí.

—Entonces, entrenemos.

Sus cejas salieron disparadas hacia arriba.

—Entrenar. ¿Contigo?

—Sí.

Saion hizo un ruido atragantado.

—Lo siento. Eso no va a suceder.

—¿Por qué no? —pregunté, con el ceño fruncido.

—Porque preferiría que Nyktos no me destripara, que es justo lo que ocurriría si levantase una espada contra ti, entrenando o no.

—Eso es ridículo.

—Es lo que hay.

Lo miré boquiabierto.

—Hablas en serio, ¿verdad?

—Sí.

—¿Esa orden os la ha dado Nyktos?

—No con tantas palabras, pero no es una orden que haya que decir en voz alta para que se conozca y comprenda. —Saion suspiró mientras yo me volvía otra vez hacia Nyktos y los guardias—. ¿Por qué tengo la sensación de que estás a punto de hacer algo poco recomendable?

Puede que así fuera, pero no me importaba. No estaba dispuesta a pasarme otro día consumiéndome en mis habitaciones. No *podía* hacerlo. No seguiría limitándome a existir, convertida en un espíritu sin vida que rondaba por los pasillos en lugar de por el bosque. No cuando estaba harta de vivir como si no tuviese voz ni voto en mi vida. Además, ¿no había decidido eso ya? ¿No lo

había expresado en voz alta? Era hora de actuar de acuerdo con esas palabras, porque las cosas tenían que cambiar. Abrí las puertas de par en par y me dirigí al exterior.

—Lo sabía —masculló Saion.

Las mitades de mi vestido revolotearon alrededor de mis piernas mientras cruzaba el patio. Varios de los guardias me vieron de inmediato e interrumpieron su entrenamiento según me acercaba.

Nyktos bloqueó un golpe con el lado de su espada mientras su cabeza volaba en mi dirección. Su rostro era todo ángulos y líneas frías.

—Alto. —Ladró la orden y, por todo el patio, el entrenamiento se interrumpió. Los guardias empezaron a hacer reverencias en mi dirección.

—Alteza —dije, con más educación de la que había empleado en toda mi vida.

Un destello de *eather* apareció en sus fríos ojos grises para unirse al brillo receloso de su mirada cuando se giró del todo hacia mí. Echó un breve vistazo a Saion y luego me devolvió toda su atención.

—¿Estás dando un paseo?

¿Dando un paseo? ¿Como los que daban las damas elegantes de Lasania por los jardines de Wayfair? Casi me reí.

—Me gustaría saber si es posible que Saion entrene conmigo.

—Eh... eh. —La cabeza de Saion giró hacia mí a toda velocidad—. Le he dicho a Sera que eso no es posible.

—Tiene miedo de que lo destripes si lo hace —continué, consciente de que Ector y Rhain se acercaban despacio a nosotros—. Lo cual espero que sea una exageración para disimular el hecho de que solo está nervioso por que pueda resultar que soy mucho mejor con la espada que él.

—Esa no es la razón —se apresuró a decir Saion—. Lo primero que has dicho es la verdad. *Solo* estoy nervioso por que mis *entrañas* puedan acabar por ser *extrañas* para mí.

—¿Por qué habrías de estar preocupado? —lo reté, cruzando las manos—. Dudo de que vayas a hacerme daño; por lo tanto, Nyktos no tendrá ninguna razón para hacerte daño a ti. —Miré al Primigenio—. ¿Correcto?

Nyktos no dijo nada, pero el tono de sus ojos se oscureció.

—No te haría daño a propósito —empezó Saion—, pero soy un dios.

—*Enhorabuena* —lo interrumpí, con el mismo tono que había empleado él antes. Saion entornó los ojos.

—Por tanto, soy mucho más fuerte que tú.

—La fuerza tiene muy poco que ver con la destreza cuando de una espada se trata —dije.

—De hecho, tiene razón —apuntó Ector.

—Ector —Saion se volvió hacia él—. ¿Puedes cerrar la...?

Salté hacia delante, agarré la empuñadura de una de las espadas de Saion y la desenvainé de un tirón. Saion se giró hacia mí, los ojos como platos mientras Ector se atragantaba con una carcajada.

—Tengo una espada —anuncié. Me planté delante de Nyktos y le sonreí—. Hay multitud de razones lógicas por las que debería continuar con mi entrenamiento, pero como tus guardias están demasiado nerviosos para entrenar conmigo, quizá deberías ser tú el que lo hiciera.

—Demonios —murmuró Rhain.

Levanté la espada para ponerla a la altura del cuello de Nyktos.

—¿O tú también estás... *nervioso*?

El silencio se apoderó del patio entero mientras Nyktos me miraba desde lo alto. Unas hebras de *eather* empezaron a girar en unos ojos que se habían caldeado hasta parecer mercurio fundido.

—Nervios es lo último que estoy sintiendo ahora mismo.

Ector se aclaró la garganta, los ojos fijos en la tierra compactada del suelo.

—Bien. —No dejé que mi mente se llevara lo que había dicho directo a los lugares más inapropiados—. Entonces, deberías levantar tu espada.

Lo único que se levantó fue un lado de sus labios.

—¿Y si no lo hago?

—Te encontrarás muy necesitado de alimentarte.

Sus ojos se convirtieron en un fuego de esencia primigenia, prendidos por ira o por algo en lo que opté por no pensar ahora mismo.

—Sí te das cuenta de que la mayoría de los hombres se tomarían como una gran ofensa el hecho de que su futura consorte les pusiera una espada al cuello delante de sus guardias, ¿verdad?

—La cual es una de las razones por las que considero que la mayoría de los hombres se ofenden con mucha facilidad. —La empuñadura de la espada me producía una sensación agradable contra la palma de la mano, el peso era bienvenido—. Pero tú no eres como la mayoría de los hombres, ¿verdad?

—Supongo que no, puesto que la mayoría enviaría a su mujer a sus aposentos por semejante acto.

—Futura mujer —lo corregí con suavidad—. Y si me ordenas que regrese a mis aposentos, puede que mi agarre sobre esta espada resbale un pelín.

—Sin querer, por supuesto.

Consciente de que nos habíamos ganado un público considerable, esbocé una sonrisa tensa.

—*A propósito.*

La breve risa de Nyktos fue áspera, ronca y... *cálida.*

—¿Quieres entrenar conmigo? ¿A qué estás esperando?

—No has levantado tu espada.

—No necesito hacerlo.

Ladeé la cabeza al bajar la vista hacia su arma. La sujetaba con la punta dirigida hacia el suelo, no lista para luchar. Lo cual solo podía significar una cosa: que creía que no necesitaba defenderse. Procuré mantener a raya mi enfado por el insulto no intencionado (o sí), y bajé la espada que sujetaba en alto. Nuestros ojos conectaron mientras empezaba a caminar en círculo despacio a su alrededor. Si creía que no necesitaba defenderse, allá él. Ese sería su error. Esperé hasta que el otro lado de sus labios se curvó hacia arriba.

Entonces atacué.

Nyktos desvió mi golpe a la velocidad del rayo, sin mirarme siquiera.

—Me has atacado por la espalda. —Giró la cabeza hacia mí con una sonrisita de suficiencia—. Debí saber que pelearías sucio.

—Y yo no debí sobreestimar tu destreza.

Arqueó las cejas.

—¿Cómo es eso?

—Incluso un novato sabe que no debe darle la espalda nunca a alguien con una espada. —Di una pasada rápida y limpia con la espada por la parte de atrás de su cuello, con la que corté un poco de pelo que se había soltado de su moño. —Se giró hacia mí, los ojos entornados. Alguien emitió un silbido bajito cuando el mechón de pelo cayó al suelo duro y gris—. Oh. —Fingí abrir mucho los ojos—. Estas espadas de piedra umbra son afiladas.

—*Touché.* —Atacó, no tan deprisa como sabía que podía hacerlo, pero aun así el golpe de su espada al conectar con la mía me sacudió el brazo entero, lo cual demostró que no se estaba reprimiendo del todo.

—Si quieres, a mí me vendría bien cortarme un poco el pelo. —Lancé una estocada hacia su pecho, pero él desvió el golpe con un movimiento lateral de su espada.

—Jamás osaría ni pensar siquiera en cortar un solo mechón de pelo de tu cabeza.

—Es una pena.

Complacida en secreto, imité sus movimientos mientras giraba a mi alrededor, aunque mantuve la espada medio bajada. Era mucho más liviana que la que llevaba él, pero sabía que mis músculos se cansarían de todos modos. También sabía que no tenía ninguna esperanza de defenderme contra él si de verdad decidía dejar de contenerse.

Pero esto no era cuestión de quién ganaba.

—Ahora que tengo tu atención —empecé, sin quitarle el ojo de encima.

—Ahora tienes mi atención más plena. —Casi ronroneó las palabras, la barbilla bajada y los ojos relucientes detrás de sus pestañas. Los músculos de mi bajo vientre se apretaron.

—Comprendo que debo ser vigilada.

—Es bueno oír eso, puesto que ya lo hemos hablado hasta el punto de resultar repetitivo.

Lanzó una estocada. Yo la desvié levantando la espada con ambas manos para bloquear su golpe.

—No había terminado.

—Mis disculpas.

Empezó a hacer una reverencia...

Salí disparada hacia delante, giré en redondo y columpié la empuñadura de la espada hacia atrás para estamparla contra su estómago. Nyktos gruñó una palabrota ruda.

Se oyeron risas amortiguadas y silbidos por el patio mientras me ponía fuera de su alcance cuando se enderezó.

—*Auch* —tosió con una risa. Me giré hacia él con una sonrisa no tan tensa ya.

—Como estaba diciendo, comprendo que crees que es necesario, aunque estoy segura de que Saion preferiría hacerle de canguro a Jadis cuando Reaver la evita para seguirme de sala en sala.

—¿Sabes? —dijo Saion con voz melosa desde la roca sobre la que se había sentado—. En realidad, tendría que pensar largo y tendido sobre cuál sería preferible.

—Yo la vigilaré —se ofreció un guardia. Le eché un rápido vistazo y vi que era el guardia rubio que había visto con Nyktos al llegar—. Da la impresión de que podría ser entretenido.

—Eso no será necesario, Kars —gruñó Nyktos, y aparecieron sus colmillos. Contenta con su reacción, me costó un esfuerzo considerable reprimir mi sonrisa.

—Tampoco quiero verme forzada a permanecer en mis aposentos leyendo o haciendo punto o lo que sea.

—Nadie ha dicho que tuvieras que quedarte en tu habitación todo el tiempo. —Nykto se acercó a mí despacio, la espada en alto cuando se detuvo—. Espera. ¿Haces punto?

—¿Tú qué crees?

—No lo sé. —Deslizó sus colmillos por su labio de abajo—. Pero me da la sensación de que podrías hacer cosas terribles con una aguja de punto.

—Dame un par y lo averiguarás.

Le lancé un espadazo. Nykto dio un salto adelante, bloqueó mi golpe y me agarró del brazo con el que sujetaba la espada con su otra mano. Tiró de mí hacia él. Se me cortó el aliento al sentir su pecho contra el mío.

—A pesar de lo mucho que disfruto de tus amenazas de violencia, deberías pasar menos tiempo haciéndolas y más tiempo explicando por qué me has interrumpido.

—Oh, pero es que me divierte mucho amenazarte —dije, al tiempo que le lanzaba un rodillazo. Se oyeron varias maldiciones y palabrotas entre el público.

Nykto soltó mi muñeca y usó su muslo para evitar un impacto directo contra un lugar muy sensible.

—El vestido que llevabas ayer era una distracción —susurró, y sus ojos se posaron en donde las curvas de mis senos tensaban el encaje negro del corpiño—. Pero este es bastante indecente.

—Como ya te dije, tu incapacidad para evitar que tus ojos se desvíen no es culpa mía.

—Tendría que estar hecho de piedra para que mis ojos no se desviarán. —Un mechón de pelo castaño rojizo cayó contra su mejilla cuando bajó la barbilla—. Pero yo soy solo carne y sangre, mientras que tú eres...

—¿Qué soy?

—Tú eres carne y fuego.

—Entonces, deberías tener cuidado —me burlé—, no vaya a ser que quedes reducido a nada más que brasas y ceniza. —Giré con brusquedad, me solté de su agarre y retrocedí. Le guiñé un ojo—. Necesito algo que hacer.

—¿Aparte de ser una distracción?

—Además de eso.

Nykto se rio, antes de pasar a la acción. Columpió la espada con fuerza... con la fuerza suficiente para haberme desarmado seguro... de haber conectado con mi espada. Esquivé su golpe hacia la izquierda, giré sobre mí

misma y columpié mi propia espada hacia abajo. El impacto resonó por todo el patio.

—Buen movimiento —gritó alguien. Podrían haber sido Kars o Ector. No estaba segura.

No hubo forma de reprimir mi sonrisa cuando se desplegó por mi cara.

—Tengo que entrenar.

Nyktos retiró ese mechón de pelo ahora más corto de su cara al enderezarse.

—¿Sabes que, si querías entrenar, todo lo que tenías que hacer era pedirlo?

Entorné los ojos.

—¿En serio?

—En serio.

Atacó de nuevo. Me colé por debajo de su brazo y giré sobre mí misma con una pierna estirada hacia el lado. Uno de mis delicados zapatos conectó con su zona media mientras dibujaba un gran arco con mi espada hacia arriba y hacia un lado. Los guardias gritaron mientras Nyktos se inclinaba hacia atrás. Mi espada cortó a través del aire, donde había estado su pecho. Retrocedió unos pasos. Sus ojos centelleaban del modo en que lo hacían los de Holland cuando lo sorprendía durante un entrenamiento y aprobaba lo que fuese que hubiera hecho.

Casi flotaba de la euforia mientras giraba a su alrededor.

—Te lo estoy pidiendo ahora.

—Estoy seguro de que hay más. —Mantenía la espada en guardia—. A menos que planees pasar el día entero entrenando. Si no es así, dime qué quieres.

—Quiero asistir a las reuniones de la corte —dije después de un momento—. Ahora. No quiero esperar.

—¿Debería estar tomando notas? —preguntó Rhain desde donde estaba apoyado contra la roca en la que estaba sentado Saion.

—No hace falta. —Esos ojos plateados estaban clavados en los míos—. No olvidaré ni una palabra. —Meneó la espada en mi dirección—. ¿Qué más, *Sera*?

Pronunció mi nombre como un beso, y apenas reprimí un escalofrío.

—Quiero estar involucrada en los planes con respecto a Kolis, en lugar de que te limites a informarme cuando todo ha sido decidido —dije—. O que no me informes en absoluto. Quiero la verdad en lo que respecta a tus planes para él.

—¿Algo más?

Lo había y se me ocurrió justo entonces, algo que debería haber sido obvio en el mismo instante en que Attes se marchó después de habernos dado su mensaje. Bajé la voz para que solo Saion y los que estaban cerca de la roca pudieran oírme.

—No quiero esperar para ir al Valle. Tenemos que hacer algo con respecto a eso, más pronto mejor que más tarde, sin importar el riesgo que eso suponga.

Un músculo palpitó en la mandíbula de Nyktos.

—¿Algo más?

—Quiero ver a mi hermanastra.

—Sera...

Mi espada chocó y luego rebotó contra la de Nyktos.

—Sé que el hechizo solo funciona sobre mí mientras esté en las Tierras Umbrías, y que ir al mundo mortal también es un riesgo, pero es uno que estoy dispuesta a correr. Estoy en mi derecho.

Ese músculo de su mandíbula palpitaba cada vez más deprisa.

—Y sé que estás tratando de mantener las brasas a salvo...

—No solo las brasas. —Desvió mi estocada—. A ti.

Me tambaleé, pero recuperé el equilibrio enseguida.

—Lo... lo aprecio, pero es mi elección, y hasta ahora he hecho todo lo que querías... —Vi el arqueo incrédulo de sus cejas—. En su mayor parte. Necesito informar a Ezra que estamos haciendo todo lo que podemos por detener la Podredumbre, pero que debería estar preparada por si algo se tuerce.

—¿Hay más? —gruñó Nyktos.

¿Más?

—Las cenas —farfullé.

—¿Qué pasa con ellas?

Levanté la espada para bloquear su golpe.

—No quiero cenar sola nunca más —dije en voz baja. Su espada bajó un pelín.

—¿Solo la cena?

Di un espadazo y desvié su arma hacia un lado.

—Solo la cena. Y quiero... quiero ayudar.

—¿Cómo?

Una fina película de sudor empapaba mi frente mientras luchábamos.

—De cualquier modo que se me necesite.

Los ojos de Nyktos se iluminaron.

—¿Y quién determina cómo se te necesita?

—Yo misma —dije. Empezaba a jadear ya, mientras que Nyktos no mostraba ni un solo signo de estar cansando—. Y tú.

Nyktos se detuvo un momento.

Aproveché para atacar. Mi espada silbó a través del aire y le hizo un cortecito en el brazo. Giré en redondo mientras le lanzaba una patada al pecho.

Me agarró del tobillo y no lo soltó. Las mitades del vestido se abrieron. Mi piel, desde medio muslo hasta donde su mano se cerraba en torno a mi tobillo, quedó expuesta a la caricia ardiente de su mirada. Noté la palma callosa de su mano áspera contra mi piel desnuda, y eso hizo que mi sangre bombeara a través de mí en una cascada mareante.

—Estás mirando mis partes inmencionables otra vez —dije sin aliento, y no tenía nada que ver con nuestro enfrentamiento. Sus ojos saltaron hacia los míos.

—Lo sé.

—Pervertido.

Nyktos sonrió, luego soltó mi tobillo y clavó con fuerza su espada en el suelo. Empecé a darme la vuelta, pero él me agarró del brazo y me hizo girar en dirección contraria. Traté de zafarme, pero él fue más rápido y tiró de mí hasta pegar mi espalda a su pecho. Agachó la cabeza mientras deslizaba la mano por mi brazo. El calor de su cuerpo contra mi espalda y su aliento contra la curva de mi cuello me provocaron una intensa oleada de conciencia por todo el cuerpo.

—Eres consciente de que ahora tendré que sacarles los ojos a todos mis guardias, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Porque ellos también han visto tus inmencionables.

—Mereció la pena —gritó alguien.

Nyktos gruñó y sentí el retumbar de advertencia por mi trasero y mi espalda, donde... sentí su miembro duro. Una pesadez dolorosa se asentó en mis senos y más abajo mientras mi pecho subía y bajaba a toda velocidad.

—Eso es innecesario —dije, y cada una de mis respiraciones demasiado agitadas estaba llena de su aroma fresco.

—¿Lo es? —Sus dedos presionaron los tendones justo con la fuerza suficiente para que mi mano se abriera. No había forma de resistirse. La espada corta resbaló de mi mano y cayó al suelo.

—También te hace parecer bastante... *posesivo*. —Giré la cabeza hacia el lado y mi estómago dio una voltereta cuando sus labios rozaron mi mejilla. Bajé la voz para que fuese solo un susurro mientras deslizaba mi mano derecha hacia mi muslo—. De lo que te niegas a reclamar.

Nyktos se puso tenso detrás de mí.

Di un brusco tirón hacia un lado y le di un codazo en el estómago, lo bastante fuerte para agarrarlo desprevenido. Me soltó e hizo ademán de blandir la espada que él mismo había clavado en el suelo, pero yo ni lo intenté.

No la necesitaba.

Nyktos se quedó paralizado mientras se hacía el silencio en el patio. Sus ojos bajaron hacia la daga de piedra umbra que le había plantado delante del cuello, después conectaron con los míos.

Le sonreí.

—Bravo —murmuró.

Estalló una ronda de aplausos y vítores por todo el patio y mi sonrisa se volvió radiante.

—¿Quién entrenará conmigo?

—Estoy seguro de que ya hay una lista extremadamente larga de voluntarios —comentó Ector, y sus palabras fueron recibidas con varias afirmaciones entusiastas.

—Lo haré yo —dijo Nyktos. Su voz removió recuerdos de extremidades enredadas y noches sudorosas—. ¿Vas a bajar esa hoja ahora?

Me reí en voz baja, retiré la daga y la devolví a su sitio.

—¿Mejor?

—No estoy seguro.

Se enderezó sin quitarme los ojos de encima en ningún momento. Un rubor ardiente trepó por mi cuello, así que crucé las manos de nuevo, muy consciente de las miradas ávidas. Me aclaré la garganta, aparté los ojos de los de él y miré a Saion.

—Creo que ahora volveré a mis aposentos.

Saion me miró un instante, luego echó la cabeza atrás y se rio con ganas.

—Por los Hados —murmuró, mientras bajaba de la roca.

—Hasta luego —le dije a Nyktos.

Él observó en medio de un silencio intenso cómo recogía la espada caída de Saion y se la entregaba al dios con la empuñadura por delante. Di un par de pasos hacia las puertas, pero luego me detuve, me giré otra vez hacia Nyktos

y sus guardias y les dediqué la genuflexión más elaborada que fui capaz de hacer.

Hubo risas, incluso de Rhain, que rara vez mostraba su diversión, pero fue la risa profunda y grave de Nyktos la que se grabó en mi interior.

Capítulo 18



Llamaron a la puerta una hora después de haber regresado a mis aposentos. Sin tener claro quién podía ser, abrí la puerta una rendija primero, antes de abrirla del todo cuando vi al joven mortal.

Di un paso a un lado y le permití entrar.

—Hola, Paxton.

Entró en la habitación, apoyándose más en la pierna izquierda. Una cortina de pelo rubio cayó hacia delante cuando hizo una reverencia.

—Su alteza me pidió que viniese a ver si necesitabais agua limpia para un baño.

—Tengo el agua que trajeron esta mañana —le dije.

El joven investigó la sala de baño y vio de inmediato la bañera entera sin utilizar.

—Esa agua tiene que estar helada ya.

Era probable, pero tampoco pensaba sumergirme en ella.

—No te preocupes, me valdrá.

—No es ninguna molestia. —Ya había dado media vuelta y había salido al pasillo.

Era más rápido de lo que esperaba, así que me apresuré a ir tras él.

—De verdad que no...

—Traeré a su alteza. —Paxton fue directo hacia la puerta de al lado de la mía—. Él lo arreglará en un momento.

—De verdad que no tienes que hacer eso.

—No es problema.

—Lo comprendo, pero...

—Él se encargará. Ya lo veréis.

La puerta de Nyktos se abrió antes de que Paxton pudiese llamar a ella siquiera. El Primigenio salió al pasillo y fue como si todo pensamiento coherente me abandonara.

Tenía el pelo mojado. Lo llevaba suelto alrededor de los hombros, y el mechón que yo le había cortado con la espada besaba la curva de su mejilla derecha. No llevaba camisa y todavía había gotas de agua sobre la extensión dura y cincelada de su pecho y su abdomen. Sus pantalones de cuero suave colgaban de manera indecente de sus estrechas caderas, como si apenas le hubiese dado a su cuerpo tiempo suficiente para secarse antes de ponérselos. Ni siquiera los había abrochado.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Nyktos.

—He ido a hacer lo que me habíais pedido, alteza: comprobar si ella querría agua para bañarse, pero dijo que usaría el agua que habían traído esta mañana.

Nyktos dijo algo, pero no estaba del todo segura porque estaba realmente absorta en la espiral de gotas tatuadas que discurría por los lados de su cintura y la parte interna de sus caderas para desaparecer...

—Sera.

Levanté la vista de golpe y parpadeé varias veces.

—Lo siento. ¿Habías dicho algo?

Ahí estaba esa calidez en sus ojos otra vez, la que los volvía plata fundida.

—A lo mejor si dejaras de lanzarme miradas lujuriosas y de comerme con los ojos durante cinco segundos, me oirías.

—No te estoy lanzando miradas lujuriosas —mascullé, y volví a parpadear. Paxton frunció el ceño.

—¿Qué son miradas lujuriosas?

—Mirar a alguien de manera amorosa —repuso Nyktos—. Y bastante impertinente. —Hizo una pausa y sus ojos se cruzaron con los míos—. Como si no tuviese ningún control de a dónde se *desvían* sus ojos.

El chico sonrió antes de agachar la barbilla.

—Sí, eso es justo lo que estabais haciendo.

Me giré hacia Paxton.

—¿No sabes lo que son miradas lujuriosas, pero sabes lo que significan «amoroso» o «impertinente»?

—Pax está bien familiarizado con todas las diversas formas de utilizar la palabra «impertinente» —explicó Nyktos, y la piel del chico se arrugó por los

bordes de sus ojos cuando su sonrisa se ensanchó—. ¿No usaste el agua que te llevaron esta mañana?

—En realidad, no, pero...

—Esa agua tiene que estar helada ya.

Paxton levantó los brazos por los aires.

—Eso es justo lo que he dicho yo.

Nyktos dio un par de pasos, apoyó la mano sobre la cabeza de Paxton al pasar y revolvió el pelo desgreñado del chico. El gesto fue... dulce en cierto modo.

—Yo la calentaré.

—Eso no será necesario —repetí, sin ningún éxito, pues Nyktos pasó por mi lado y entró en el dormitorio. Espera un minuto...—. ¿Cómo vas a calentar el agua?

—Magia —soltó, en un tono ligero que hacía muchísimo que no lo oía utilizar.

—¿En serio? —repuse con sequedad, mientras hacía caso omiso de las tonterías que estaban haciendo mi corazón y mi mente—. ¿Puedes usar *eather* para calentar agua?

—Es un dios Primigenio —aclaró Paxton, con un tono que sonaba increíblemente exasperado para alguien de su edad—. No hay nada que *no pueda* hacer.

—Eso no es del todo cierto. —Nyktos miró de reojo la cama y frunció un poco los labios—. Hay muchas cosas que no puedo hacer.

—Decidme una —lo retó Paxton.

—Conseguir que mi futura consorte siga instrucciones sería una de ellas.

Paxton se echó a reír mientras yo entornaba los ojos en dirección al centro de la espiral de tinta tatuada por la espalda de Nyktos. Crucé los brazos delante del pecho.

—Pues ahora te va a costar aún más.

—Como si eso cambiase algo.

Nyktos se detuvo a la entrada de la sala de baño. Yo avancé con disimulo, seguida de Paxton. Jamás lo admitiría, pero sentía curiosidad por ver cómo pensaba Nyktos calentar el agua.

Sin embargo, como cada vez que yo entraba en la habitación, Nyktos se limitó a quedarse ahí de pie. Sus anchos hombros se pusieron tensos. Se giró hacia atrás para mirar primero a la cama hecha y luego a mí.

—¿Estás calentando el agua con la mente?

—Tiene que tocarla. —Paxton sacudió la cabeza como si hubiese sugerido algo ridículo—. No sé lo que está haciendo.

—Bueno, pues ya somos dos —dije.

Nyktos cerró las puertas y se giró hacia nosotros. Succionó su labio de abajo entre los dientes, con lo que mostró la punta de sus colmillos.

—Pax, ¿por qué no vas a ver si Nektas ha vuelto ya?

—¿Jadis estará con él? —preguntó el chico, que levantó la barbilla de inmediato. Sus ojos brillaban de la emoción.

—Debería. Y estoy seguro de que estará encantado de que lo ayudes a mantenerla entretenida.

—Genial. —Paxton dio media vuelta y arrastró los pies hacia la puerta. Sin embargo, se paró de pronto para hacer una reverencia apresurada por la cintura—. Buen día, altezas.

—Adiós —murmuré, muy confundida por... bueno, por casi todo.

—En verdad, no va a ayudar a Nektas en absoluto —dijo Nyktos cuando Pax ya había desaparecido por el pasillo—. Solo se va a unir a Jadis en todos los líos en los que ella se meta y después, juntos, lo más probable es que aterroricen a Reaver.

Me giré hacia Nyktos, solo para descubrir que se había acercado más de esa forma silenciosa suya. Pasó un momento largo mientras me estudiaba. El silencio y la intensidad de su mirada me estaban poniendo de los nervios. Me aclaré la garganta.

—¿Has... terminado de entrenar con tus guardias? —pregunté, lo cual era una pregunta estúpida, visto que estaba de pie delante de mí.

—Sí. —Sus ojos por fin se apartaron de los míos—. Espera aquí. Tardaré un par de minutos, pero volveré enseguida.

Asentí y, solo cuando salió por mis puertas, me pregunté por qué no había utilizado la puerta que conectaba nuestras habitaciones.

Entonces lo recordé. Era obvio que la puerta estaba cerrada con llave por su lado y solo permanecía abierta cuando a él le parecía conveniente. Aunque, claro, si de verdad podía calentar agua con sus dedos y tenía un caballo de guerra viviendo en su brazalete de plata, lo más probable era que pudiese abrir esa puerta con su mente.

Con un suspiro, volví al diván y me senté. Con los músculos un poco doloridos por haber manejado la espada, cerré los ojos. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, pero fueron más de unos pocos minutos, cuando la puerta que conectaba nuestras habitaciones se abrió de repente, sobresaltándome.

Nyktos esperaba ahí, toda suavidad desaparecida de su cara. La dureza ya familiar había vuelto a la expresión de su mandíbula, y sus ojos se habían enfriado. No había parecido tan frío, tan desconectado, ni siquiera cuando le había cortado el brazo o había sujetado mi daga contra su cuello hacía tan solo una hora.

—Ven. —Sujetó la puerta abierta—. Tengo algo para ti.

—Uhm... —Me levanté despacio y me asomé a la oscuridad de su habitación privada—. ¿Estás seguro?

—No te lo habría pedido si no fuera así. —Esperó—. ¿Vienes o no?

Demasiado curiosa para mi propio bien, logré que mis piernas se pusieran en marcha y lo seguí en silencio a sus habitaciones. Pasamos por delante de su cama sin hacer y se dirigió hacia donde yo sabía que estaba su sala de baño. Entonces abrió la puerta a la sala bañada en una luz suave.

—¿Quieres enseñarme tu sala de baño? —Mis pasos se ralentizaron.

—No exactamente —repuso. Se giró otra vez hacia mí—. Puedes acercarte más.

Los suelos de piedra estaban fríos contra mis pies desnudos mientras avanzaba con cautela. Cuando me detuve a su lado, estaba un poco mareada. Hasta entonces, solo había captado un atisbo de este espacio, cuando él había estado ante el tocador, limpiándose la sangre del ataque de los *dakkais*. Había otra puerta justo enfrente, pero no tenía ni idea de a dónde llevaba. La sala era como todo lo demás en él: vacía excepto por unas pocas botellas bien alineadas en una balda sobre el tocador y la...

Mis ojos se abrieron como platos. La otra vez, solo había visto una esquina de la bañera, pero ahora vi que era al menos tres veces más grande que la de mi habitación, con un reborde lo bastante ancho como para sentarse en él. Lo bastante grande para acoger a varias personas. Quizás incluso a un *draken* pequeño. Tenía sentido. Nyktos era un hombre grande, pero la bañera era...

Estaba llena de agua humeante y burbujas espumosas. Se me comprimió el pecho, aunque no tenía nada que ver con mi respiración. Era por esto que había tardado tanto.

—Baines dijo que no creía que estuvieras haciendo uso de la bañera de tus aposentos —declaró. Noté que me sonrojaba—. Debí darme cuenta de que bañarte en la misma sala en la que te atacaron sería muy poco apetecible.

—No he... —Cualquiera que fuese la mentira que había estado a punto de decir se quedó atorada en el nudo que se había formado en mi garganta.

Contemplé las volutas de vapor que subían desde la bañera y se me enturbió la vista.

—Aquí estarás a salvo —me dijo Nyktos con su tono más suave. Un leve escalofrío me recorrió de arriba abajo—. Yo me aseguraré de ello.

No podía hablar. Aún no. Tenía la boca apretada con tal fuerza que me empezaba a doler la mandíbula. Este era... era un gesto superconsiderado. Me sequé las palmas de las manos, de repente húmedas, contra las caderas. Era demasiado considerado.

—¿Sera?

Respiré hondo por la nariz.

—No tenías por qué haber hecho esto.

—Sí que tenía.

—No. —Negué con la cabeza—. Yo... no me merezco esto.

—Todo el mundo se merece agua limpia para bañarse y la posibilidad de hacerlo en paz.

—No me merezco esto *de ti* —me corregí.

Nyktos se puso tenso a mi lado. No lo miré. No podía hacerlo. Pero sentí la tensión que recorría su cuerpo.

—Lo que no te merecías era que intentasen estrangularte en tu sala de baño.

—Estoy de acuerdo en eso, pero...

—Debes de estar cubierta de una fina capa de polvo del patio. Estoy seguro de que te quieres bañar. Es solo un baño —insistió, pero no era *solo* nada—. Uno que eres más que bienvenida de utilizar a tu libre albedrío.

Giré la cabeza hacia él.

—Esta no es una de las cosas que he pedido.

—Ya lo sé. —No me miró al decirlo—. Sobre la banqueta, encontrarás jabones que puedes usar. Y aquí están las toallas. —Hizo un gesto hacia un toallero contra la pared—. La otra puerta está cerrada con llave, así que no puede entrar nadie desde ahí. Tómate tu tiempo. Yo estaré esperando en el dormitorio.

Nyktos no se demoró. Salió de la sala de baño, cerró la puerta a su espalda y me dejó ahí, las manos un poco temblorosas. Me volví hacia la bañera sin tener muy claro qué pensar de esto... de nada.

Este era un acto de amabilidad. No debería sorprenderme tanto, porque a pesar de los problemas que hubiéramos podido tener, Nyktos era un hombre amable. Era considerado y yo lo sabía, pero este acto inesperado me deshizo un poco por las costuras e hizo que esa grieta en mi pecho pareciese aún más

inestable. Me daba la sensación de estar a una sola respiración de desintegrarme. Y eso era lo último que necesitaba.

Además, tenía unas ganas inmensas de darme un baño. Era muy probable que estuviera cubierta de esa fina capa de polvo y tierra, y esa manera de asearme con prisas me había dejado siempre con sensación de suciedad.

Desenvainé la daga, la coloqué en el reborde y luego me contoneé para quitarme el vestido. Mi pecho apreció de inmediato la libertad. Hice una mueca al quitarme la ropa interior y ver hendiduras rosáceas en la piel de mis senos, en las zonas en que las costuras del corpiño habían estado demasiado apretadas. Tras dejar la ropa y mis prendas íntimas en una pelota más o menos decente, toqué el agua jabonosa. Caliente. Perfecta. Metí los pies en el agua y luego me sumergí en ella. Noté solo un leve escozor en el corte de mi cintura cuando el calor se filtró en mis músculos tensos y los nudos de tensión a lo largo de mi espalda. Mi pelo se esparció por el agua cuando mis hombros se sumergieron por debajo de la superficie. Estiré las piernas y descubrí que ni siquiera llegaba al otro lado.

Esa bañera era de una obscenidad deliciosa.

Me permití deslizarme bajo la superficie y me quedé ahí. Me limité a existir, ni aquí ni ahí. Floté y aguanté la respiración hasta que me ardieron los pulmones y diminutas chispas de luz brotaron detrás de mis párpados cerrados. Solo entonces salí a la superficie, aspirando grandes bocanadas de aire mientras parpadeaba para eliminar el agua de mis pestañas.

Miré de reojo la puerta cerrada y luego me deslicé por el fondo de la bañera para provocar un frenesí de burbujas y remover el aroma de la menta. Me negaba a pensar en el hecho de que a Nyktos se le hubiese ocurrido añadirle eso al agua, puesto que no me pegaba que fuese el tipo de persona que disfruta de un baño de burbujas.

Agarré una de las botellas y me apresuré a frotar el jabón por mi pelo, al tiempo que ignoraba también el hecho de que Nyktos había pensado incluso en dejar dos jarras de agua caliente y limpia al lado de la bañera. Tampoco quise pensar en cómo él me había lavado el pelo cuando llegué a las Tierras Umbrías. Como tampoco pensé en cómo me había *ayudado* a secarme después.

Una vez que mi pelo estuvo libre de jabón, ya no tenía motivos para demorarme más, pero el agua seguía a una temperatura maravillosa y el tamaño de la bañera me recordaba un poco a mi lago. Me dio un vuelco al corazón mientras me deslizaba hacia un rincón. Dejé que mi cabeza reposara

contra el borde y me dediqué a observar la pequeña ventana y el cielo oscuro al otro lado.

Lo que me permitía relajarme no era que la bañera o la habitación fuesen diferentes. Eso lo sabía. Era por quien esperaba justo al otro lado de la puerta. Sabía que estaba a salvo.

No había tenido la intención de que se me cerrasen los ojos ni de amodorrarme tanto como para dormirme. Para ser sincera, jamás habría creído que fuese posible, pero eso fue lo que hice.

El sonido de mi nombre y un roce en la frente, ligero como una pluma, fueron lo que me despertó, igual que había pasado la noche anterior. Mis párpados aletearon y abrí los ojos.

Nyktos estaba sentado sobre el borde de la bañera, el pelo que le había cortado caía suelto hasta rozar su mejilla y la curva de su mandíbula. Se había puesto una camisa holgada negra, pero se la había dejado sin remeter y sin abrochar los botones.

La daga seguía donde yo la había dejado, ahora al lado de su muslo.

—Creo... —Me aclaré la garganta—. Creo que me he dormido.

Nyktos no dijo nada durante un rato largo, y yo bajé la vista para confirmar lo que ya sospechaba. La mayor parte de las burbujas se habían evaporado y habían dejado solo manchas de espumilla desperdigadas por toda la bañera. De pronto, fui muy consciente de que casi todo mi cuerpo era visible para él.

—El agua debe estar fría ya.

—Un poco. —Meforcé a tragar saliva—. ¿De verdad puedes calentar agua con las manos?

Nyktos asintió.

—En realidad, no es magia. Es *eather* que responde a mi voluntad.

A mí eso me sonaba a magia.

—Apuesto a que es muy útil.

—Puede serlo.

Pasó un momento, y luego metió la mano en el agua. Se me aceleró el pulso cuando apareció un resplandor suave alrededor de sus dedos, un poco amortiguado por la espuma. El agua giró con suavidad para formar remolinos en miniatura. Me golpeó una sensación extraña: un cosquilleo por el estómago, las piernas... y entre ellas. Se me cortó la respiración cuando el agua se calentó... cuando yo me calenté.

—¿Mejor? —preguntó Nyktos.

—Sí —susurré, a medida que la sensación cosquillosa amainaba—. Eso ha sido... una experiencia única.

—Mucho —murmuró. Su mirada de ojos brillantes se deslizó por mi cara con tal intensidad que parecía un contacto físico. Luego bajó por la curva de mi cuello, se demoró en el leve moratón que aún había ahí, y después llegó hasta donde mis hombros asomaban a la superficie, antes de seguir descendiendo. Mis pezones se endurecieron ante el peso de su mirada, seguidos casi al instante por los músculos de mi bajo vientre. Sus ojos bajaron aún más, por encima de mi mano, que descansaba sobre mi ombligo, y luego hacia el espacio entre mis muslos separados. Una oleada de calor inundó mis venas cuando un pulso intenso y rápido cruzó a través de mí.

Nyktos levantó la vista a toda velocidad. El aura detrás de sus ojos lucía brillante mientras emanaba hebras de *eather*.

Mi corazón martilleaba contra mis costillas.

—Creo que ahora eres tú el de las *miradas lujuriosas*.

Sus espesas pestañas bajaron para ocultar sus ojos, pero aún sentía su mirada. Había vuelto a donde mis pezones estaban justo por debajo de la superficie del agua.

—Sabes que no tienes por qué permitir que mire lugares tan *inmencionables*.

—Lo sé.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—Y aun así, continuas permitiéndolo.

Una chispa de irritación calentó aún más el fuego en mi sangre.

—Así es. ¿Qué crees que significa? ¿Que estoy tratando de seducirte, Nyktos?

Sus ojos subieron para conectar con los míos de nuevo. Las hebras de esencia giraban despacio.

—¿Lo preguntas en serio? Todo lo que haces es seducir.

—Tú eres el que dijo que me esperaría y luego ha elegido entrar en la sala donde me estaba bañando —le recordé—. Y aun así, ¿crees que soy yo la que intenta seducirte *a ti*? —Los nudillos de la mano que estaba apoyada en el borde de la bañera se pusieron blancos—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí sentado observándome mientras yo no me daba cuenta? —Me separé del rincón de la bañera para sentarme más erguida. El agua resbaló por debajo de las curvas de mis senos—. Mejor aún, ¿cómo estaba tratando de seducirte cuando entraste en mi dormitorio sin ser invitado y contemplaste cómo me daba placer a mí misma? ¿O cuando luego me tocaste?

Hasta el último rincón de su ser se quedó inmóvil. Su pecho. Sus facciones. El *eather* en sus ojos. Sonreí.

—Oh, perdona. ¿No debería haber vuelto a sacar ese tema? ¿Debería haber olvidado que me observaste, deseando que fuesen tus dedos en lugar de los míos los que estaban dentro de mí? ¿O deseabas que fuese tu pene?

El aire se electrificó, al tiempo que se llenaba de poder y sus ojos se clavaban en los míos. Eso debería haberme servido de advertencia, pero estaba enfadada. Con él, por estar comportándose como si yo fuese culpable de su respuesta, y conmigo, porque ese deseo estaba ahí, palpitante y ansioso.

—La cosa es, Nyktos... —y me puse de pie, lo cual desintegró la espuma restante. El agua resbaló por mi estómago, bajó por mis caderas y entre mis piernas—. La cosa es que mi deseo de ti no es algo que no pueda controlar. Es una *elección*. Yo tengo el valor de admitirlo y tú no. Y ahora, si me excusas...

—No. —Las manos de Nyktos aterrizaron sobre mis caderas para impedir que me moviera. Levantó la vista hacia mí; sus ojos eran dos esferas ardientes y giratorias—. No estás excusada.

Capítulo 19



Noté una presión en la garganta y un escalofrío de lo más estúpido por debajo de la tripa en respuesta al tono cortante como el acero de su voz. El calor inconfundible en su mirada. La sensación de hierro candente de sus manos frías sobre mi piel.

—No he pedido permiso —le dije.

—En verdad, sí que lo has hecho. —Sus manos se tensaron, apretaron la piel de mis caderas—. Lo has pedido y yo te he dicho que no.

El pelo mojado cayó sobre mis hombros y mis pechos cuando bajé la barbilla y agarré sus muñecas.

—¿Quieres que me limite a quedarme aquí de pie? —La ira y el deseo de tenerlo eran una mezcla peligrosa y embriagadora—. Porque si es así, deberías darme una toalla. No quería que mi desnudez y tu incapacidad para apartar la mirada pudieran considerarse como otro intento forzado de seducción.

La risa de Nyktos fue humo y fuego al deslizarse por mi estómago, y mi burla anterior volvió para atormentarme, porque daba la impresión de que no iba a quedar nada de mí más que brasas y cenizas.

Apreté los dedos contra su piel.

—Suelta...

—Tenías razón. Sí que te miré más tiempo del que debería mientras dormías en esta bañera, pensando en esa maldita oferta que me hiciste, cuando hay cosas mucho más importantes de las que preocuparse. Contemplé tus pechos... esos jodidos pezones. —Sus pestañas bajaron—. Tus zonas más íntimas. Y sí, me quedé aquí sentado y pensé en cómo sabían. Cómo te sentía

alrededor de mi pene. La pequeña joya que hay ahí y cómo una sola caricia te hace estar más mojada que cualquier cosa que hubiese podido imaginar jamás.

El aire se atascó en mis pulmones y un calor mareante invadió mis sentidos.

—Pero es que pienso en eso cuando ni siquiera lo tengo a la vista —confesó, aunque ahora sí que lo miraba. Sus labios se entreabrieron y revelaron las afiladas puntas de sus colmillos—. Joder, pienso tanto en ello que no hago más que soñarte sobre mi miembro, cabalgándolo.

Di un respingo cuando sus labios rozaron la piel por encima de mi ombligo y sus manos se deslizaron hacia atrás para apretar contra los cachetes de mi culo.

—No hacía más que decirme que no sabías que estaba ahí mientras te tocabas. Eso fue lo único que me impidió meterme entre tus piernas y follarte hasta que ninguno de los dos pudiéramos caminar.

Mis piernas amenazaban con fallar y, de no haber estado él sujetándome, me habría caído.

—Me quedé ahí sentado, observándote... a ti y a toda tu jodida belleza... deseándote con todo mi ser. —Su voz era un susurro sedoso de medianoche. Levantó la cabeza para posar la boca en la zona de debajo de mi ombligo—. Intentaba recordarme todas las razones... y son muchísimas... por las que no puedo reconocer lo que me haces. Por qué no puedo permitirme que seas nada más que una distracción.

Mi corazón trastabilló e hice ademán de apartarme. Sus dedos se abrieron sobre mi culo para impedírmelo.

—Pero en lugar de eso, en lo único que parezco capaz de pensar es en las ganas que tengo de que hagas justo lo contrario a lo que te haya pedido. O en lo mucho que disfruto de tus bromas, tu descaro y tu valentía. Pienso en lo mucho que me divierte esa jodida boca tuya. —Los bordes de sus colmillos rozaron por mi piel y un intenso escalofrío se enroscó alrededor de mi columna—. Me *obsesiono* con cómo te sentía debajo de mí. Suave. Caliente. Cómo me sentí dentro de ti cuando alcanzaste el clímax.

Una serie de cosquilleos, parecidos a cuando había calentado el agua, discurrieron sobre mí en oleadas sucesivas. Me guio de modo que mis rodillas quedasen sobre el suelo de la bañera. Sus manos abandonaron mi culo. Una agarró un puñado de mi pelo mientras él se levantaba y tiraba de mi cabeza hacia atrás de manera que mis muslos apretaran contra el borde de la bañera. El repentino cambio de posiciones hizo que se me acelerara el pulso. Él se

alzaba sobre mí, y la posición en la que había colocado mi cabeza había hecho que mi espalda se arqueara y mis pechos sobresalieran hacia delante y rozaran contra sus muslos.

Mis ojos bajaron, solo un segundo, pero fue todo lo que necesité para ver el duro y grueso bulto de lo que había sentido apretado contra mi espalda en el patio.

Mi corazón tropezó un pelín con la idea de que era probable que Nyktos hubiese estado al borde del precipicio y yo lo hubiese engatusado para caer por él. Y cada rincón temerario de mi ser estaba encantado con ello. Lo deseaba. Lo necesitaba. Levanté la vista hacia él y la lujuria en la expresión brutal de sus facciones, cómo enseñaba los colmillos, fue potente y lo consumió todo. Apoyé las manos en el borde frío de la bañera para mantener el equilibrio.

—¿Eso ha sido lo bastante valiente para ti? —preguntó Nyktos—. ¿Lo bastante real?

Podía decir o incluso hacer muchas cosas, pero la parte impulsiva de mi naturaleza se había aliado con la temeridad. Esa parte de mí era la que tenía el control.

—¿Estás pensando en ello ahora? —pregunté, la voz pastosa y ahumada. La piel arbolada por la excitación—. ¿O estás pensando en cómo te sientes con tu miembro dentro de mi boca? ¿Es eso lo que quieres ahora?

—*Joder* —gruñó, y cerró los ojos de golpe—. ¿Tú qué crees, *liessa*? *Liessa*.

Por todos los dioses, esa única palabra tenía muchísimo poder y, ahora mismo, fue un afrodisíaco asombroso.

—Entonces, demuéstremelo.

Sus ojos se abrieron al instante. Eran pura plata rutilante.

Mis dedos se apretaron contra la porcelana de la bañera.

—Demuéstrame que eso es lo que quieres. ¿O acaso has vuelto a no ser más que labia?

Nyktos no se movió. Su pecho no subió y bajó con su respiración. No lo hizo durante varios segundos.

Y entonces pasó a la acción.

Alargó los brazos para agarrar la solapa de su pantalón de cuero. El sonido del material al rasgarse y de los botones al reventar me provocó una emoción perversa. Abrió sus pantalones de un tirón y cerró la mano alrededor de la base de su pene rígido. Una pequeña gota de líquido ya se había formado en la punta.

Mis labios se entreabrieron en una espiración embriagadora al levantar los ojos hacia los suyos.

—Demuéstralo.

El sonido que emanó de él fue crudo y primitivo y nada mortal. La mano se apretó aún más sobre mi pelo y luego me demostró que eso era exactamente lo que quería.

Nyktos tiró de mí hacia él, pero fui yo la que lo introduje en mi boca. Él siguió acercándose y yo seguí aceptándolo, todo lo que pude, hasta que mis labios llegaron a su mano. Entonces él se retiró despacio, pero solo dejé que retrocediera un poco, agarrando sus caderas de un modo muy similar a como él había agarrado las mías. Su cabeza cayó hacia atrás mientras gemía.

Esto no era seducción. No hubo lametones juguetones ni caricias de prueba. Ningún acople paulatino. Succioné fuerte y hondo, concentrada en mover mi cabeza y mi boca al ritmo de su mano. Sus respiraciones entrecortadas y sus ruidos guturales llenaron la sala. El sabor terroso de su piel y cómo embestía contra mi boca solo aumentaron mi excitación.

Sus caderas empezaron a perder toda sensación de ritmo. Cuando sentí que se ponía rígido, no intentó apartarse, como había hecho la vez anterior. Me sujetó contra él, mi nombre mascullado con los dientes apretados mientras se vaciaba.

Me quedé con él a medida que los espasmos amainaban. Sus músculos tardaron en aflojarse, lo mismo que su agarre. Solo entonces me retiré e... hice lo que había hecho la primera vez: me incliné hacia él para besar una de las gotas tatuadas en la parte interna de su cadera.

Su mano me soltó y me sumergí un poco en la bañera, respirando superficialmente. Pasaron segundos y empecé a levantar la cabeza, preparada para... bueno, para lo que fuese que viniera a continuación.

Nyktos pasó por encima del borde de la bañera y me forzó a echarme hacia atrás. El agua empapó su pantalón de cuero. Abrí los ojos como platos.

—¿Qué estás...? —Mis palabras acabaron en una exclamación ahogada cuando agarró mis brazos y me levantó.

El aire frío rozó mi piel cuando nos hizo girar para sentarme en el borde de la bañera. Sus manos me abandonaron de nuevo y entonces se puso de rodillas, con el agua hasta los muslos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté sin aliento. Un mechón de pelo cayó por su cara justo cuando sus manos aterrizaban sobre mis rodillas.

—Supongo que tu oferta no era un trato unilateral, ¿no?

—No, pero estás empapando tu ropa y...

—La verdad es que no me importa lo más mínimo. —Las palmas de sus manos se deslizaron hacia arriba y presionaron para abrir mis piernas de par en par ante él—. Me has dicho que lo demostrara. Mi pene en tu boca no era en lo único que estaba pensando.

—Nyktos —exclamé, cuando sus hombros sustituyeron a sus manos.

—Saborearte era una de esas cosas —me dijo.

Y eso también lo demostró.

Su boca estuvo sobre mí al instante, su lengua hurgó en lo más profundo, sus labios se cerraron sobre el haz de nervios. Mis caderas dieron una sacudida que las levantó de la bañera, pero él pasó un brazo alrededor de ellas y me forzó a sentarme de nuevo.

Y me... devoró. Lamió. Saboreó. Succionó. Se dio un *festín*. Para alguien con casi ninguna experiencia, desde luego que sabía qué hacer.

O quizá solo fuese que no podía hacerlo mal.

Que yo simplemente estaba así de excitada por él porque era *su* boca sobre mí, *su* lengua dentro de mí.

Fuera como fuere, era magnífico. Los dos lo éramos. Mi cabeza cayó hacia atrás mientras me entregaba a él. Su dedo sustituyó a su lengua, primero solo uno y luego dos. Los introdujo con fuerza, profundo, mientras succionaba sobre ese pedazo de carne palpitante. Mi cabeza se inclinó hacia delante, los ojos como platos, fijos en su cabeza agachada, en su pelo desperdigado por mis muslos. La tensión se apretó y se enroscó mientras yo me mecía contra sus dedos, contra su boca...

Di un grito cuando levantó la cabeza. Sus labios relucientes estaban entreabiertos, sus dedos aún enterrados en mí. Los movía despacio.

—Cuando dije que te quería saborear —murmuró con voz melosa—, no era solo de este modo.

Di un respingo.

—¿Q... qué?

Su cabeza bajó de golpe. El roce de sus colmillos fue un fuego gélido y ardiente, y entonces mordió, perforó la piel justo por encima de esa sensible encrucijada de nervios. El *shock* del mordisco me arrancó un grito. Unas intensas oleadas de placer teñido de dolor me recorrieron entera. Se me pusieron las piernas rígidas. Mis caderas intentaron levantarse, pero él me sujetó abajo, sin dejar de penetrarme con los dedos, adelante y atrás, sin dejar de mover la boca sobre mi clítoris, succionando sobre el pequeño bulto de carne, succionando la sangre de los agujeros gemelos que había dejado por encima. La sensación...

—Es demasiado —exclamé con voz ahogada. Mis manos resbalaron sobre el borde de la bañera. Me retorcí a la desesperada, presionó mis rodillas contra sus hombros. Quería apartarme. Necesitaba estar más cerca—. No... no puedo más. Por favor, *Ash*...

Su gruñido gutural reverberó a través de mí, dentro de mí. Succionó más fuerte, más profundo, y las espirales de placer giraban y giraban. Sufrí un temblor. Agarré un puñado de su pelo. Me estaba deshaciendo.

El placer me sobrepasó y caí en él sin dudarlo, sin vergüenza. Caí por el precipicio y me rompí en mil pedazos de dicha adornada con seda. Todo mi cuerpo temblaba y el orgasmo me dejó flácida. Mi mano resbaló de su pelo y, si no hubiese sido por el agarre de Nyktos sobre mí, seguro que me habría caído.

Gemí cuando tiró de mi piel una última vez, una última succión de sangre mientras sacaba los dedos de mí. Cómo deslizó su lengua, caliente y mojada, por mi mismísimo centro y luego por encima de su mordisco fue alegría pura. Me estremecí y casi me desplomé.

Levantó la cabeza y metió con suavidad mis piernas en el agua. Unas asombrosas espirales de *eather* daban vueltas en sus ojos. Ninguno de los dos hablamos durante varios segundos; cerré los ojos antes de ver ni un asomo del arrepentimiento que seguro que iba a aflorar en su rostro. Puede que eso me convirtiese en una cobarde, pero lo que acababa de experimentar había sido maravilloso. Y en ningún momento de todo ello pensé en nada más que cómo me sentía y cómo estaba haciendo que se sintiera Nyktos. Había sido solo yo misma. No la consorte. No la asesina ni un arma. No un monstruo.

Y no quería que nada arruinara eso.

No cuando sus manos seguían sobre mí, la sensación de su piel un poco menos fría y más bienvenida contra mis caderas.

—Quédate aquí —me dijo Nyktos con voz ruda, y el agua salpicó a nuestro alrededor cuando se levantó—. Por favor.

Asentí, con las palmas de las manos apoyadas en el borde de la bañera. Nyktos salió del agua. Oí cómo se desvestía, cómo unas prendas de ropa mojadas y pesadas caían al suelo. Aún no podía creer que se hubiese metido en la bañera vestido. Una sonrisa cansada tironeó de mis labios.

—Preciosa —murmuró Nyktos.

—¿El qué? —Abrí los ojos al levantar la cabeza. Nyktos estaba al lado de la bañera, una toalla enrollada a la cintura.

—Tú. Tu sonrisa —dijo—. Tú eres preciosa, Sera.

Con las mejillas arrojadas, abrí la boca pero no pude encontrar las palabras. Él se giró para agarrar otra toalla. Fue entonces cuando me di cuenta de que lo había llamado *Ash*.

Oh, por todos los dioses.

Regresó al lado de la bañera, las pestañas entrecerradas, aunque podía sentir su mirada sobre mí. Sobre mi cara. ¿Estaría contando las pecas para ver si habían cambiado? Entonces, su mirada se deslizó hacia las curvas de mis senos, de mis caderas.

—¿Te levantas?

Recé por que mis piernas no me fallaran e hice lo que me pedía. Quedé de frente a la pequeña ventana al otro lado de la bañera y él se acercó por detrás para envolverme en la toalla esponjosa y suave, brazos y todo. Antes de que pudiera darle las gracias, me levantó en volandas de la bañera y me acunó contra su pecho.

La sorpresa me golpeó en oleadas sucesivas, casi tan poderosas como había sido el clímax. El alarde de fuerza se perdió enseguida en el acto en sí. Me quedé muda mientras me llevaba en brazos desde la sala de baño hasta su cama. Me tumbó en el centro, el pelo ya no empapado pero aún bastante mojado. Se quitó la toalla de la cintura y capté un atisbo de la tinta que discurría por la cara interna de sus estrechas caderas y su miembro semierecto antes de que él también se tumbase en la cama a mi lado.

Me quedé ahí, metida en mi capullo de toalla, tapada desde los hombros hasta los muslos, absolutamente perpleja. No era de noche, cuando él insistía en dormir conmigo al alcance de la mano. Esto era diferente. Sí, habíamos disfrutado el uno del otro. Vale, la frustración y quizás un poco de ira habían sido las instigadoras, pero no había habido nada fingido. Lo que habíamos compartido no era consecuencia del deseo propiciado por habernos alimentado uno u otro, pero tampoco era tan ingenua para pensar que significaba que el pasado o el futuro hubiesen cambiado de pronto. Nyktos me quería ahí y ahora, eso había estado claro.

Pero lo que no estaba claro era *esto*.

Igual que no había estado claro cuando habíamos tenido sexo en otras ocasiones y había querido que me quedase en su cama. ¿Acaso creía que debía ser de este modo después? Nyktos... aprendía deprisa, seguía con naturalidad lo que le gustaba a su cuerpo y prestaba atención a cómo respondía yo a lo que él hacía, pero había sido virgen. Su experiencia era limitada en esto. Demonios, *mi propia* experiencia estaba limitada a quitarme

de encima y marcharme, pero sabía lo suficiente como para notar que cuando me llevaba a la cama de noche era distinto de *esto*.

—Estás callada —dijo Nyktos. Lo miré de reojo. Estaba tumbado de espaldas, desnudo como el día que vino al mundo, un brazo metido debajo de su cabeza y el otro sobre su pecho mientras contemplaba el techo—. Tú nunca estás callada.

Se me escapó una risa breve y deslicé la vista también hacia el techo.

—Conozco un reino entero que opinaría otra cosa.

—¿De verdad? —Asentí—. ¿Por qué?

No estaba segura de cómo responder a eso, así que tardé unos momentos.

—Como tu consorte, la mayoría de la gente no debía verme.

Se produjo un momento de silencio.

—¿Qué significa eso?

—Era como con los Elegidos, solo que aún más... no sé cómo explicarlo aparte de decir que no... no existía.

—Claro que existías.

—No es verdad —le dije, sin poder echarle la culpa al whisky por este poco de sinceridad, como había hecho al hablar de Tavius. Quizás esta vez fuese por el orgasmo—. Iba tapada con un velo como los Elegidos y eso era lo que muchos creían que era, pero estaba segura de que mucha gente también se lo cuestionaba porque no estaba en los templos como los otros Elegidos. Sea como fuere, cuando iba velada me regía por las mismas reglas. La gente de Lasania ni siquiera sabía que yo era la verdadera heredera al trono. No sabían que la *princesa* Seraphena existía siquiera. ¿Y los pocos que lo sabían, como los sirvientes de más edad que trabajaban en Wayfair y tenían que sospechar quién era yo? Nunca dijeron nada al respecto. Yo tampoco. Era un fantasma.

Nyktos no dijo nada, pero sentí sus ojos sobre mí.

Como antes, no lo miré, pero no podía soportar el silencio que se hizo entre nosotros, lo cual era irónico, dado el tema de conversación. Me aclaré la garganta.

—En cualquier caso, la verdad es que estoy acostumbrada a estar callada.

—Pero no conmigo.

—Eso es porque sueles irritarme —dije en tono seco, y su respuesta en forma de risa caldeó mi piel. Noté esa extraña sensación placentera en el pecho otra vez y eso era... bueno, podía ser preocupante—. Y porque seducirte requería que hablara, a menos que eso no fuese lo que te gustara. Si hubiese sido así, me habría quedado callada. —En cuanto esas palabras

salieron por mi boca, me encogí un poco—. Tal vez no debería haber dicho eso.

Pasaron varios segundos.

—¿Te habrías convertido en lo que fuese que creyeras que yo quería?

Cerré los ojos y me imaginé dándome un puñetazo en la cara. Fuerte. Repetidas veces. Ni siquiera sabía por qué había sacado ese tema cuando no había nada que deseara más que olvidarlo.

—¿Sera?

Tragué saliva.

—Así es.

Se recolocó un poco y flexionó una pierna.

—Pero hablabas antes de saber que era el Primigenio de la Muerte. Por aquel entonces no estabas callada nunca.

—Como ya te he dicho, me irritabas —repuse, en lugar de decir lo que había saltado de inmediato a mi cabeza: que era porque me sentía escuchada y vista cuando estaba con él. Respetada. Tenida en cuenta. Abrí los ojos y por fin giré la cabeza hacia él. Se le veía relajado, el cuerpo, los ángulos de su cara... Nuestros ojos conectaron. Las palabras bullían en mi garganta, palabras a las que era mejor no dar voz—. Debería irme, estoy segura de que tienes...

—No te vayas —dijo con suavidad. Me quedé paralizada—. Dispongo de unas horas libres antes de tener que hacer nada más. Estoy cansado. Tú también debes estarlo. Así que aquí estamos.

—¿Al alcance de la mano? —susurré.

—Sí —confirmó Nyktos después de un instante.

Asentí, pero tanto él como yo sabíamos que mantenerme en su cama no era necesario durante el día, cuando el palacio y el patio estaban atestados de dioses. Si era sincera, de noche tampoco era necesario en realidad.

De repente, mientras lo miraba, se me ocurrió que a lo mejor... él se había sentido igual de solo que yo, pero durante mucho más tiempo. Y ahora mismo, no teníamos por qué sentirnos así. Cerré los ojos y me limité a permitirme estar ahí, en ese momento y nada más.

—Sera. —Pensé que oí a Nyktos susurrar mi nombre a medida que me iba quedando dormida—. Para mí nunca fuiste un fantasma.



Me desperté un rato después, medio despatarrada sobre la tripa, acalorada y cubierta de algo mucho más grueso y suave que una toalla. Una manta de pieles.

Nyktos.

No estaba ahí. El calor había desaparecido de mi pecho y, mientras estaba ahí tumbada, pensé que tal vez quedarnos dormidos juntos era distinto por completo a despertarnos juntos.

Esa era una intimidad que sabía que ninguno de los dos habíamos experimentado nunca. Una que parecía llegar más profundo que lo que habíamos compartido en la bañera y las palabras dichas después.

Para mí nunca fuiste un fantasma.

Se me comprimió el pecho, luego se relajó. ¿De verdad había dicho eso? Las palabras sonaban como algo que uno conjuraría en un sueño, pero si las había dicho, eran... eran amables y mucho más bonitas de lo que él seguramente pensaba, y yo las valoraría por lo que eran.

Palabras.

Empecé a rodar sobre el costado, pero me paré. Había algo tumbado sobre mis pies. Abrí los ojos una rendija.

Jadis estaba echada sobre la barriga en una postura muy parecida a la mía, sus brazos y piernas inertes y abiertos a los lados. Roncaba muy suavemente y justo entonces sus alas marrones verdosas casi translúcidas se estremecieron antes de quedarse quietas de nuevo. No supe cuánto tiempo pasé mirándola antes de percatarme de que ella no era la única intrusa en la habitación.

Levanté la vista y se me atascó el aire en los pulmones cuando vi a Nektas sentado con los pies apoyados sobre el borde de la cama. Me invadió una sensación perversa de *déjà vu*, pero esta vez había una extraña media sonrisa en su apuesto rostro.

—¿Estás mirando cómo duermo? —pregunté, la voz un poco ronca—. ¿Otra vez?

Se movió un poco, apoyó los codos en los reposabrazos de la butaca y cruzó las manos relajadas en el regazo.

—Es posible.

Fruncí el ceño, me arrebujé mejor bajo la manta y lo miré con suspicacia.

—Eso es... siniestro.

—¿Lo es?

—Sí.

Se encogió de hombros, lo cual llamó mi atención hacia la solitaria trenza negra y carmesí que descansaba ahí.

—Jadis quería verte.

Eché un vistazo a la *draken* que roncaba con suavidad.

—¿Quieres decir que quería echarse la siesta sobre mis pies?

—Bueno, quería despertarte, pero Ash le dijo que necesitabas el descanso —me informó, y mi corazón dio un pequeño brinco—. Pronto fue obvio que eso debía ser verdad, visto que seguiste durmiendo a pesar de todo lo que saltó ella en la cama arriba y abajo. —Arqueeé las cejas—. En cualquier caso, le gusta dormir así —continuó, y le lanzó una mirada cariñosa a su hija dormida—. Creo que es su forma de asegurarse de que no te levantes y la dejes ahí.

—Tiene sentido —farfullé.

—Y como decidió dormir, pensé que podía esperar a que una de las dos os despertara. —Descruzó los tobillos y dejó que una rodilla se flexionase.

—Oh. —Me fijé en su sonrisa. Había algo... satisfecho en ella. De pronto, fui muy consciente del hecho de que Nektas tenía que sospechar qué era lo que me había conducido a estar en la cama de Nyktos en mitad del día. Desnuda—. Esto no es lo que parece.

—¿Qué es lo que parece?

—Que estoy en su cama...

—¿Porque él te quería ahí? —me interrumpió—. ¿Lo mismo que tú? —Cerré la boca de golpe—. A menos que eso no fuese lo que querías y, de algún modo, él te hubiera atrapado aquí. —Una pausa—. Totalmente desnuda.

Entorné los ojos.

—No me atrapó aquí —musité—. Me dejó usar su sala de baño y después estaba cansada.

—No tienes por qué explicarme nada de esto.

—No lo estaba haciendo.

Nektas me miró con expresión insulsa.

—Lo que tú digas.

Tiré del borde de la manta hasta mis ojos al notar que me sonrojaba.

—Creo que voy a seguir durmiendo y ya está.

Su risa fue grave y ronca.

—Antes de que lo hagas, pensé que querías saber que Erlina estuvo aquí hace un rato, mientras dormías.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿Por qué no me ha despertado nad...? —Me interrumpí—. Vale, Nyktos creía que necesitaba el descanso.

—Has dado en el clavo. —Mi cabeza cayó de vuelta en la almohada mientras soltaba un largo suspiro—. Solo intentaba ser considerado —empezó Nektas.

—Lo sé. —Contemplé el techo de piedra umbra.

—¿Y eso te molesta?

—Tal vez —musité—. No lo sé.

—Las emociones irracionales pueden ser un síntoma del Sacrificio.

Mi cabeza se levantó de golpe otra vez y entorné los ojos en dirección al *draken*.

—No estoy siendo irracional.

—Era solo para que lo supieras. —Sonrió—. Erlina dejó las prendas que ha terminado. Volverá cuando vaya a celebrarse la coronación para hacer cualquier retoque de última hora.

Cuando vaya a celebrarse la coronación. Mi estómago dio una voltereta y decidí que no podía pensar en eso ahora mismo. Hacerlo me ponía demasiado nerviosa como para permanecer quieta y, visto que tenía a una bebé *draken* despatarrada sobre mis pies y que yo estaba desnuda, caminar de arriba abajo no era una opción.

—¿Dónde... dónde está Nyktos?

—En la corte.

Mi siguiente inspiración podría haber prendido un fuego incontrolado y me costó un esfuerzo supremo no saltar de la cama y prenderle fuego a algo. Nektas arqueó una ceja.

—Tu expresión en este momento me recuerda a Jadis cuando está a punto de tirarse al suelo y empezar a gritar.

—Es probable que haga algo mucho peor que eso. Le dije... —Dejé la frase en el aire al darme cuenta de que, en realidad, Nyktos no había aceptado cumplir ninguna de las exigencias que había hecho en el patio, ni siquiera la parte sobre el Valle y sobre ir a ver a Ezra. Maldita sea. Me dejé caer otra vez en la cama y gemí con suavidad mientras cerraba los ojos.

—Le dijiste que querías asistir a las reuniones de la corte con él —terminó Nektas por mí. Fruncí el ceño.

—¿Y tú cómo lo sabes? No estabas ahí.

—Ector y Rhain me hicieron un recuento detallado minuto a minuto de todo lo que sucedió.

—Genial. —Lo miré—. Le dije que no quería esperar para ir al Valle.

—No he hablado con él de eso, pero estoy seguro de que tratará el tema pronto —me tranquilizó. Yo no estaba tan segura—. Ash tenía previsto

reunirse con la corte esta tarde, pero estaba *ocupado* con otra cosa. Hubo que reprogramarlo para esta noche.

Nyktos había dicho que tenía unas horas libres antes de que lo necesitaran. ¿No había acudido a la corte por haberse quedado aquí conmigo? ¿O solo había dormido más de lo que tenía pensado? ¿Y por qué estaba yo pensando en ello siquiera? Nada de eso cambiaba el hecho de que no había cumplido lo que le había pedido, creyese o no que necesitaba el descanso.

—¿He de suponer que todavía está en la corte?

—Lo está, pero no la ha celebrado aquí. Como tú y la recién Ascendida Bele rondáis por estos pasillos, decidió celebrar la reunión en Lethe, en el consistorio. Pensó que así sería más seguro hasta la coronación y hasta que a alguien se le ocurra qué hacer con Bele.

—Ni siquiera sabía que se reuniera con la corte en ningún sitio que no fuese aquí —mascullé. Diablos, ni siquiera había visto el edificio en el que habría tenido lugar la coronación. Solo había visto la ciudad de noche y desde la distancia. El edificio del consistorio debería haber sido visible desde los sitios en los que había estado, si en algo se parecían a los viejos de Lasania. Solían ser al aire libre, con unos asientos tipo anfiteatro alrededor de un estrado.

—Suele preferir reunir a la corte ahí —explicó Nektas—. A Ash le gusta que lo vean en Lethe. Su presencia es bienvenida y también es un recordatorio para los que van y vienen de Lethe de que él no es ningún regente ausente.

Y, por supuesto, yo no sabía nada de eso.

—Por todos los dioses, hay tantísimas cosas que no sé sobre Lethe, o incluso sobre las Tierras Umbrías.

—¿Le has preguntado acerca de Lethe? —inquirió Nektas—. ¿Has mostrado algún interés por aprender estas cosas?

Abrí la boca, pero no... no había preguntado.

Nektas me miró.

—Cuando Ash decidió cumplir el trato que había hecho su padre, no quería cargarte a la fuerza con ninguna de las responsabilidades de ser una consorte, algo a lo que sabía que nunca habrías accedido de manera voluntaria. Si hubiese sabido que estabas interesada, estoy seguro de que te habría proporcionado toda la información que quisieras saber. En vez de eso, se enteró de que tú tampoco tuviste nunca ninguna intención de cumplir ese trato. Que tenías *otros* planes. —Cerré la boca de golpe—. Aunque comprende qué te motivaba y lo acepta, ¿por qué habría de pensar que querías saber estas cosas cuando hasta ahora no le habías dicho que quieres ser útil?

—Vale, has hecho un montón de comentarios válidos —admití, la cara roja por la verdad en la mayor parte de lo que había dicho—. Pero es imposible que me haya perdonado de verdad.

—Nunca he dicho que lo hubiera hecho. He dicho que lo comprende, y te diré lo mismo que le dije a él cuando era mucho más joven: el perdón beneficia al que perdona, y es algo fácil de hacer. Comprender es aceptar, y eso es mucho más difícil. —Me sostuvo la mirada mientras Jadis se removía un poco—. Y si Ash no comprendiese y aceptase tus acciones pasadas, no estarías donde estás ahora mismo. No llevarías su olor en tu cuerpo y yo jamás hubiese sentido lo que sentí cuando lo encontré contigo.

—¿Qué sentiste? —susurré. Mi corazón aporreaba en mi pecho.

—Lo que ya había sentido antes. —Volvió a esbozar esa extraña media sonrisa—. Paz.

Capítulo 20



Envuelta en la manta de piel con la que había salido de la habitación de Nyktos, deslicé una mano por las blusas y jerséis suaves que colgaban en mi armario, las mallas tan gruesas como pantalones de montar, los pantalones de cuero suave como los que llevaban con frecuencia Nyktos y los otros, y chalecos, túnicas y vertidos tan sedosos como el surtido de ropa interior que había descubierto en uno de los cajones. Había un montón de colores variados, tanto pasteles como de tonos vívidos, y eran todos míos. Si la ropa que había terminado Erlina era indicativa de su talento y su gusto, el vestido para la coronación sería impactante.

Paz.

Mi corazón retomó ese *staccato* salvaje cuando dejé caer las pieles y agarré una prenda de ropa interior que parecía diseñada para cubrir tan poco de mis partes privadas como era posible. Empecé a ponerme el retal de encaje y me quedé de piedra cuando posé los ojos en dichas partes privadas.

A través de la fina pelusilla pálida, vi que la piel en la que se habían clavado los colmillos de Nyktos estaba roja, pero no había heridas punzantes. Apreté los dedos contra la piel y noté las dos hendiduras superficiales. Fruncí el ceño mientras levantaba la mano hacia el lado de mi cuello, donde el mordisco ya se había difuminado. Había tardado un par de días que las marcas de mi cuello y mi pecho se borrarán, pero ¿esta había tardado solo horas? No tenía sentido. ¿Habría habido algo diferente esta vez?

Tomé nota mental de preguntarle a Nyktos al respecto más tarde, luego retiré la bata nueva de su percha y me puse la prenda afelpada teñida de un oscuro tono gris azulado. Abroché los botones a un lado de mi cintura y fui

hacia las puertas del balcón. El cielo por encima del bosque carmesí estaba de un tono de hierro más oscuro, las estrellas más brillantes y abundantes pero no tan vívidas como cuando había caído la noche. Sin embargo, no debía faltar mucho para que se hiciese de noche; unas pocas horas, si acaso.

Más cansada de lo que debería haber estado después de una siesta, me refugié en el diván y me acurruqué en la gruesa y suave tela de la bata después de haber domado mi pelo en una trenza. Lo que Nektas había dicho volvió a mi mente. No lo de la paz, sino la parte en la que sabía que Nektas había tenido razón.

No le había dado a Nyktos ninguna indicación real de que estuviera interesada en saber nada más allá de lo que planeaba hacer con respecto a Kolis y, bueno... conmigo. Antes de vernos en el patio, jamás había mencionado mi deseo de asistir a las reuniones de la corte o de ser de utilidad. Me había interesado por su ejército y sus planes, pero eso era todo.

Y, por todos los dioses, ahora me sentía como una idiota porque, antes de que Nyktos supiera la verdad, me había dejado espacio porque no había querido que me sintiera abrumada. Era muy probable que estuviese haciendo lo mismo ahora, que estuviese esperando a que yo le diera algún tipo de indicación de que quería ser una consorte real... fuera del dormitorio.

En mi defensa, hasta hace muy poco no había habido ninguna razón para pensar que habría un futuro. Pero aun así, ahora mismo estaba encogida desde la punta del pelo hasta la punta de los pies. Cerré los ojos mientras trataba de averiguar, exactamente, cómo dejarle muy claro a Nyktos que estaba interesada en aprender más sobre Lethe y las Tierras Umbrías. Pedírselo parecía bastante fácil, pero había pasado más tiempo aprendiendo a matar a una persona que entendiendo lo más básico de una comunicación abierta y sincera. O cómo superar esta... sensación de vulnerabilidad que venía con ser abierta. Ni siquiera estaba segura de que fuese *normal* preocuparme por preguntar o decir algo equivocado, como solía hacer. O por no poder hacer que mis pensamientos, que sonaban tan bien en mi cabeza, salieran por mi boca del mismo modo. ¿Sonaría tonta? ¿Volvería para atormentarme después cualquier cosa que dijera? ¿Volvería para hacerme daño?

Hablar las cosas siempre sonaba fácil, pero la ansiedad que me provocaba la mera idea de hacerlo también parecía insalvable.

Pero ¿quería ser... más? ¿No solo su consorte sino una verdadera consorte para las Tierras Umbrías?

Mientras estaba ahí tumbada y me preguntaba eso una y otra vez, debí quedarme dormida. Lo siguiente que supe fue que sentía un calorcillo que

zumbaba en mi pecho. Abrí los ojos, sorprendida de encontrar a Nyktos acucillado al lado del diván.

—Empezaba a pensar que no te ibas a despertar nunca —me dijo—. He llamado a la puerta un par de veces y he dicho tu nombre al entrar.

—Lo siento. —Me aclaré la garganta y me senté, los ojos perdidos en donde su mano descansaba entre sus rodillas. Aún me hormigueaba la mejilla por su contacto—. No puedo creer que me haya quedado dormida otra vez.

La preocupación crispó su rostro y me miró de arriba abajo.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. —Me froté la parte de atrás del cuello para masajear una pequeña contractura.

—¿Ninguna señal de dolor de cabeza o en la mandíbula?

Negué con la cabeza y dejé caer la mano al diván.

—Supongo que solo estoy cansada.

La preocupación pareció aumentar en su mirada.

—No debí...

—¿Qué? —pregunté, cuando no terminó la frase.

—No debí haberme alimentado de ti antes —admitió, y sus ojos se cruzaron con los míos—. Debí saber lo que ocurriría.

—No me importó —lo interrumpí.

—Ya sé que no. —El *eather* palpitó detrás de sus pupilas mientras su voz se profundizaba, lo cual me produjo un escalofrío por toda la piel—. Pero eso no viene a cuento. No bebí mucho, pero el Sacrificio ya se cobra bastante peaje de tu cuerpo. Si te empieza a doler la cabeza, quiero que me lo digas. Podemos evitar que se vuelva tan doloroso como las otras veces.

—Lo haré. —No tenía ningunas ganas de volver a sentir un dolor así—. ¿O sea que no me había imaginado toda la parte de que me hubieses mordido, no?

Ladeó la cabeza, confundido.

—No.

—Tengo preguntas al respecto.

Dos intensos manchurrones afloraron en el centro de sus mejillas y sus hombros se tensaron.

—¿Ah, sí?

Asentí, pendiente de cómo se extendía el rubor por su cara. Pensé que era muy mono.

—No me quedó marca de mordedura...

Su tensión se alivió al instante.

—Eso es porque cerré las heridas.

Mis cejas salieron disparadas.

—Repite eso.

—Cerré las heridas —repitió—. Con la lengua.

Recordaba muy bien el lametón caliente y mojado de su lengua cuando había sacado los dedos de mí. Ahora fui yo la que se sonrojó.

—¿Cómo es posible?

—Me di un mordisquito en el labio, lo suficiente para hacerme un poco de sangre —explicó, y sus ojos se oscurecieron—. Solo tenía una gota sobre la lengua cuando la deslicé por encima de las heridas. Así que, en realidad, mi sangre las curó.

—Oh —susurré. De repente, la suave bata me parecía demasiado gorda y pesada—. ¿Por qué no hiciste eso las otras veces?

—Mi sangre solo curará un mordisco que haya creado yo. No podía eliminar los rastros del mordisco de Taric sin que bebieras de mí, y eso hubiese requerido más que una sola gota. —Apretó la mandíbula—. Pero ¿antes de eso? ¿Después de haberte mordido? —Frunció el ceño—. La verdad es que no sé por qué no lo hice.

—Interesante —murmuré, y él arqueó una ceja—. En cualquier caso, estoy bien. Disfruté mucho de ese baño. Fue una sorpresa... muy agradable. Como lo fueron otras cosas.

—¿Otras cosas?

Como lo que sucedió después. La conversación. Lo que había dicho mientras yo me dormía. Sin embargo, no conseguí forzarme a decir nada de eso, por mucho que lo intentara, o por mucho que quisiese superar sentimientos antiguos de vulnerabilidad.

—Se te da muy bien eso que hiciste con la lengua.

Nyktos me miró pasmado. No hubo ningún destello de engreído orgullo masculino. Solo un tenue rubor y una expresión de sorpresa, como si no pudiese creer que pensase eso. Se aclaró la garganta.

—Me temo que la comida se va a enfriar si tardamos mucho más.

Mis ojos volaron hacia la mesa de al lado de las puertas del balcón, donde solía haber un solo plato tapado.

Esta noche, había dos.

Se me cortó la respiración ante el repentino acelerón de mi corazón. Dos platos tapados. Dos copas. Una botella de vino.

—Dijiste que no querías cenar sola —empezó Nyktos. Yo no podía quitarle el ojo de encima a los dos platos, un nudo cada vez más grande en la

garganta—. Es tarde, así que pensé que quizá no tendrías ganas de ir al comedor —añadió en silencio—. Pero si has cambiado de opinión o si prefieres otra compañía, puedo...

—No. No te vayas. —Me levanté tan deprisa que la cara se me puso del color del Bosque Rojo—. Quiero decir, no he cambiado de opinión.

—Me alegro de oírlo. —Apareció una leve sonrisa—. De lo contrario, empezaba a sentirme bastante incómodo.

No creía que pudiese sentirse tan incómodo como yo en ese momento. Me apresuré hacia la mesa, como si temiera que fuese a ser él el que cambiara de opinión. Y así era. Me entretuve en sentarme.

—¿Qué tal estuvieron las reuniones de la corte? —pregunté, y recé a los Hados por que este no fuese uno de esos momentos en los que proyectaba mis emociones por todas partes.

Nykto me siguió con más calma, antes de ocupar la silla frente a la mía.

—Nada especial. —Se inclinó hacia delante y levantó la tapa de mi plato y luego del suyo—. Un puñado de quejas menores entre vecinos.

—Me sorprende un poco que ese tipo de cosas se discutan ante un Primigenio. —Desdoblé la servilleta y la puse en mi regazo.

Esa sonrisa suya reapareció, algo más amplia ahora al agarrar la botella, y se vio incluso un indicio de colmillo. Mi estómago dio un brinco de lo más distractivo mientras él sacaba el corcho y un dulce olor aromático inundó el aire.

—Pues yo agradezco que me traigan estos asuntos a mí.

—¿Sí? —Observé cómo servía el vino rojo oscuro en nuestras copas.

—Sí. —Agarró un cuchillo de trinchar al tiempo que se relajaba en su silla—. Significa que se sienten lo bastante cómodos para hacerlo. Que no me temen y que se sienten seguros de poder acudir a mí.

—Vaya, no lo había pensado así.

—¿La gente de Lasania no se sentía lo bastante cómoda para llevar ese tipo de problemas ante el rey y la reina?

—Solían hacerlo. Celebraban reuniones en las que podían expresarse preocupaciones o hacer peticiones. —Contemplé los finos tendones de sus manos y dedos mientras terminaba de trinchar la gruesa pechuga y colocaba las lonchas en un montoncito ordenado al lado de la reluciente montaña de verduras—. Pero a medida que empeoró la Podredumbre, las quejas se volvieron más sonoras y se pedían más cosas. Acabaron por suprimir las reuniones. Las protestas empezaron poco después.

—¿Y cómo recibieron eso?

—No muy bien —admití—. La corona reprimió a los quejosos con bastante severidad. Y en lugar de hacer acopio de alimentos o de trasladar granjas a tierras aún inafectadas por la Podredumbre, no hicieron nada. —Mi antigua ira volvió con toda su fuerza—. Se limitaron a esperar a que yo...

—¿Pararas la Podredumbre? —Dejó su cuchillo a un lado. Asentí.

—Así que hicieron muy poco para prepararse en el caso de que yo fallara.

—No fallaste, Sera —me dijo. Lo miré a los ojos—. Convertirte en mi consorte nunca hubiese detenido la Podredumbre.

Lo que decía no era nuevo. Me había enterado de eso en el momento en que descubrí que la Podredumbre no tenía nada que ver con el trato. Pero lo que eso significaba, lo que había hecho Eythos, no lo había registrado del todo hasta ahora mismo. Aspiré una bocanada de aire brusca.

—No he fallado.

Nyktos arqueó una ceja.

—Eso es lo que he dicho.

—No. Quiero decir... ¿sabes lo que dijo Holland sobre esas distintas hebras... de mi destino?

Nyktos entornó los ojos.

—Si estás hablando de ir en busca de Kolis...

—No es eso. —Al menos, no ahora—. Todavía puedo salvar a Lasania. Solo tengo que vivir el tiempo suficiente para transferirte las brasas a ti. Eso detendrá la Podredumbre.

Me miró con los ojos entornados.

—Creo que ya hemos hablado de esto, Sera.

—Lo sé. Es solo que... no sé. No he sido consciente del todo hasta ahora mismo —dije—. Supongo que simplemente estoy acostumbrada a...

—¿Culparte? —sugirió, y yo me encogí de hombros—. ¿Solo porque tu familia te culpaba?

—Ezra nunca lo hizo —susurré.

—Y esta Ezra, ¿reinará mejor que los que pasaron antes que ella?

—Sí. Ya lo está haciendo. Ezra es la reina que Lasania se merece. —Sonreí. Él levantó su plato y se estiró por encima de la mesa.

—Por cierto, espero que vivas más que el tiempo que se tarda en transferirme las brasas —comentó—. Y supongo que descubriré por mí mismo lo apropiada que es esta hermanastra tuya.

—¿Puedo visitarla?

—Eso es lo que quieres, ¿no?

—Sí, pero...

Sus ojos saltaron hacia los míos.

—Iremos mañana, pero no podemos quedarnos mucho tiempo. En otras ocasiones en el pasado he tenido suerte, pero es un riesgo porque otros seres pueden sentir mi presencia en el mundo mortal.

Pensé en los siniestros *gyrms* que habían encontrado el camino hasta mi lago... aunque ellos me habían estado buscando a mí, no a él.

—Lo sé.

—Y debes ser selectiva en la información que compartes con ella —continuó—. Sé que es posible que quieras contarle la verdad acerca de Kolis, pero ese tipo de información sería una sentencia de muerte para ella si se descubriera. Puedes hablarle de la Podredumbre, pero no de la causa.

—Lo entiendo —dije—. No quiero ponerla en peligro.

—Bien. —Intercambió nuestros platos—. Come.

Bajé la vista hacia mi plato y luego miré el que se había llevado él. Estaba perpleja.

—No tenías por qué hacer eso.

—Ya lo sé. —Empezó a trincar el trozo de pollo que aún estaba intacto—. Y antes de que lo comentes, sé que eres más que capaz de cortar tu propia comida, pero había mucha más carne en esa pechuga que en esta, y necesitarás todas las proteínas que puedas consumir.

Fruncí el ceño al mirar desde mi pulcro montoncito de pollo loncheado al que estaba creando él ahora. Parecían casi idénticos en tamaño y calidad, pero la intención detrás de sus acciones era... parecía algo considerado, no que me estuviera tratando como a una niña. Así que me reprimí de hacer ningún comentario cáustico.

—Puede que no lo notes, pero tu cuerpo está usando mucha energía a medida que se pone a tono para la Ascensión.

Pensé en cómo me había quedado dormida al poco de despertarme. Agarré mi tenedor y pinché varios trozos de carne con los delgados dientes. Estaba claro que sí lo estaba notando.

—Gracias —murmuré.

—No tienes por qué dárme las.

—Bueno, pues lo he hecho. —Me metí el tenedor en la boca mientras miraba a Nyktos de reojo. Tenía la cabeza agachada, el mechón de pelo que le había cortado en el patio rozaba su mandíbula. La sonrisa estaba ahí otra vez. *Paz*. Me removí en mi silla—. ¿Y qué pasa con los Estanques de Divanash? ¿Has pensado en eso?

—Sí, lo he pensado. —Masticaba su comida con la misma pulcritud que la cortaba.

Para no hacerme demasiadas esperanzas, bebí un sorbito del dulce oportuno.

—¿Y?

—Y también es un riesgo —dijo—. Eso no ha cambiado.

—Solo porque haya un riesgo no significa que vaya a ocurrir algo.

Arqueó una ceja y me miró de arriba abajo.

—Cierto, pero he aprendido a ser cauto... en exceso. —Ya lo suponía—. Pero... —continuó, tras respirar hondo— no tenemos ni idea de cuándo nos va a hacer llamar Kolis. Podría ser mañana. Podría ser dentro de una semana o más tarde aún. El tiempo no es un lujo.

Asentí, porque estaba de acuerdo.

—A lo mejor, que Kolis retrase la coronación acaba por ser una bendición. Podría darnos algo de tiempo para extraer las brasas antes de que nos convoque.

—Sí, ya lo había pensado, incluso antes de esta tarde.

Pinché una zanahoria.

—¿Pero estabas siendo *cauto en exceso*?

Su copa ocultó en parte su sonrisa.

—Hablé con Nektas cuando volví de la corte —continuó, y crucé los dedos por que el *draken* no hubiese mencionado lo que me había dicho a mí—. Él está de acuerdo.

La emoción vibraba dentro de mí, pero seguía siendo cauta.

—¿Tú también estás de acuerdo?

—No me gusta la idea de que estés ahí fuera sin la protección del título, ya sea aquí o en el mundo mortal. —Dejó su copa en la mesa mientras yo trataba de no adjudicarle ningún significado más profundo a lo que había dicho—. Y no es porque esté intentando controlarte...

—Lo sé —lo interrumpí, y era verdad.

—Vaya, me alivia oír eso. Temía que...

—¿Qué? —pregunté, cuando no terminó la frase.

—Temía que esta situación en la que estamos pudiera hacerte sentir así. —Nykto contempló su copa—. Que haya podido hacerte sentir así porque he usado mi autoridad para impedirte hacer lo que querías y yo... —Frunció el ceño y sacudió la cabeza—. No me gusta.

Lo miré durante lo que pareció una pequeña eternidad sin tener muy claro qué decir. Nykto había empleado su autoridad para impedirme hacer una

lista de cosas bastante larga... cosas que era probable que hubiesen acabado conmigo herida o muerta.

—Hay diferencia entre alguien que intenta controlarte y alguien que intenta protegerte. Sé que puede que no me comporte como si hubiese esa diferencia, pero sé que la hay. —Los ojos de Nyktos se levantaron hacia los míos con un brillo suave—. Lo único que pasa es que tiene que haber un equilibrio, ¿sabes? Uno en el que la necesidad de proteger algo valioso no se interponga en el camino de lo que necesita hacerse.

Nyktos asintió despacio.

—Estoy descubriendo que ese equilibrio no es fácil de encontrar, pero yo también estoy de acuerdo. Según parece, tenemos planes para mañana, y Nektas no estará disponible al día siguiente, así que dentro de tres días irás a los Estanques de Divanash con él.

Intenté reprimir una sonrisa, pero no hubo manera de evitar que se desplegara por mi cara. Tampoco hubo manera de ocultársela a él. Sus ojos se habían iluminado aún más y me pregunté si sería consciente de cómo habían cambiado.

Nyktos apartó la mirada mientras bebía un trago largo de vino.

—Bueno —dijo, tras aclararse la garganta—, he oído que Erlina ha traído las prendas que ha hecho. ¿Te han gustado?

—Son todas preciosas.

—Con un poco de suerte, me distraerán menos.

—Creo que sí.

—Gracias a los Hados.

Me eché atrás en la silla y lo miré por encima del borde de mi copa. Con esa camisa holgada negra, sin remeter por los pantalones, y con el pelo suelto, me recordaba a como había sido cuando había estado con él al lado de mi lago. Un ser poderoso de otro mundo, pero no uno que existiese fuera de mi alcance.

Él es como tú quieras que sea.

Era difícil no verlo como a Ash en estos momentos de tranquilidad.

—Tengo una pregunta para ti —anuncié.

—Pregunta.

—No estoy segura de si debería. Me da la sensación de que los modales dictan que no.

—Nunca me has parecido de las que piensan demasiado en los modales.

—Soy conocida por haber hecho caso de los modales en una ocasión o dos.

Sus ojos se caldearon cuando los posó en mí.

—¿Cuál es tu pregunta?

Bebí otro sorbo de lo que esperaba que sirviera como un pelín de valor líquido.

—Estoy sorprendida de que estés aquí.

—Eso no suena como una pregunta, Sera.

La forma en que decía mi nombre... Los músculos de mi bajo vientre se apretaron aún más.

—Tienes razón. En realidad no ha sido una pregunta. Más bien una afirmación. Es solo que no creía que fueses a querer cenar conmigo.

—Me da la impresión de que no creías que fuese a concederte ninguna de las peticiones que hiciste hoy —comentó.

—¿Tan transparente soy?

—Por lo general, no. Pero en esto, eres tan transparente como una ventana —señaló. Puse los ojos en blanco—. Cenar contigo es una nimiedad —añadió—. Y una fácil de hacer.

—Tiene que ser la primera cosa que haces conmigo que te haya parecido fácil.

Me miró a los ojos.

—No es la primera.

El silencio se alargó entre nosotros y dio la impresión de que el tiempo se había ralentizado para avanzar a paso de tortuga. Contemplé cómo se suavizaban su mirada y los ángulos afilados de su rostro. Empezó a inclinarse hacia delante, pero se dio cuenta y se enderezó. Luego se aclaró la garganta, apartó la vista y eso rompió el extraño hechizo que parecía haber caído sobre nosotros.

En el silencio, busqué algo que decir. Por suerte, recordé algo que había dicho Attes la víspera.

—¿Eras amigo del Cimmeriano? ¿De Dorcan?

Sus ojos volvieron hacia mí.

—Ya te he dicho alguna vez que yo no tengo amigos.

En efecto, lo había dicho, pero pensé en sus guardias y en Nektas, que lo consideraba parte de su familia.

—¿Él te consideraba un amigo?

—No puedo contestar a eso.

—Pero lo conocías —insistí.

Nyktos se movió en su silla, sus ojos bajaron hacia su copa.

—Hacía tiempo que lo conocía. No siempre formó parte de la corte de Hanan.

Esa era más respuesta de la que esperaba.

—Dijiste que podría haber elegido servir en la corte de otro Primigenio, pero él dijo que no era posible. ¿Por qué servía a Hanan si era parte del linaje de Attes?

—Attes no es solo el Primigenio de la Guerra. También es el Primigenio de la Concordia. Prefiere el acuerdo sobre el desacuerdo, así que Vathi es pacífico en gran medida. Al menos, su mitad lo es —explicó—. Los Cimmerianos se pueden poner un poco... nerviosos si no hay sangre que derramar, así que muchos se marchan de Vathi para servir en otras cortes. Hanan tiene muchos.

—¿Porque Hanan es un cobarde y necesita que otros luchen por él?

Nyktos soltó una risa sombría.

—A Hanan le encanta la caza si está en superioridad de condiciones. Así que sí, ese ha sido un comentario bastante acertado.

Esbocé una pequeña sonrisa mientras llevaba una esquina de la servilleta hacia mi barbilla.

—Me resulta extraño que un Primigenio pueda ser un cobarde.

—La fuerza y el poder tienen sus límites, y rara vez cambian a una persona para mejor. —Nyktos llevó su mano al pecho, pero sus palabras hicieron que un escalofrío bajara rodando por mi columna—. Sea como fuere, lo más probable es que Dorcan le haya hecho un juramento de sangre a Hanan. Uno que solo puede romperse con la muerte. Esa sería la única razón para que no pudiera marcharse de esa corte. Un movimiento estúpido por su parte. Habría esperado que fuese más listo que eso.

—Eso es algo raro de esperar de alguien a quien no consideras un amigo —murmuré. Nyktos soltó un bufido. Me mordisqueé el labio al tiempo que me decía que estaba más guapa calladita, pero tenía que saberlo—. Sí tienes amigos.

—Sera...

—Negar que los tienes no cambia el hecho de que la gente te prodigue afecto y se preocupe por ti. Tampoco cambia el hecho de que tú te preocupes por ellos. No pasa nada por tener amigos. —Casi podía sentir cómo me taladraba con la mirada—. Pero siento que tuvieras que matar a otro. —Él se quedó callado—. No habrías tenido que hacerlo si no me hubiera visto —reconocí.

—Al final habría sucedido. Era inevitable.

¿Sería esa la verdadera conclusión ineludible? ¿Que habría más muerte? Si la cosa acababa en guerra entre los Primigenios, la habría.

—Y estás equivocada —me dijo—. No está bien preocuparse por otros cuando eso consigue que los torturen o los maten.

Mis dedos se apretaron alrededor del fuste de mi copa mientras pensaba en lo que había dicho en la sala de baño esa tarde. Todas esas *muchísimas razones* por las que no podía permitirse que yo fuese una distracción.

—¿Kolis? —Nyktos no dijo nada. No necesitaba hacerlo—. Lo siento —susurré. Me miró y, después de un momento, asintió de nuevo—. Nektas dijo... que has sido capaz de convencer a Kolis de que le eres leal.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué te trata así? —pregunté, incapaz de creer que Kolis solo estuviese castigándolo por acciones que considerara meros pulsos de Nyktos—. ¿Es por tu padre?

—Es probable. Pero no es muy diferente de como se porta con otros Primigenios que de verdad le son leales. De un modo o de otro, obtienen y pierden su favor a la misma velocidad que tú te cambias de ropa.

Solté una risita, pero deseé que hubiese dicho la verdad. El instinto me decía que aunque era probable que Kolis fuese cruel con otros, la cosa era distinta con Nyktos. Que aunque la forma en que trataba a Nyktos puede que tuviese su origen en su padre, ahora tenía que ser más que eso. Que tenía algo que ver con lo que había dicho Attes sobre que Nyktos era el favorito de Kolis.

Nyktos guardó silencio unos momentos.

—¿La otra noche? ¿Cuando fui a tu habitación?

—¿Sí? —De algún modo, me había resistido a la tentación de lanzarle pullas sobre lo que había hecho, y en verdad, estaba bastante orgullosa conmigo misma por haberlo conseguido.

—Yo... habría ido antes —confesó—, pero hubo un problema en los Pilares.

—¿Por eso te marchaste con Rhahar? —pregunté, sin permitirme centrarme en lo que había sucedido antes de eso. Nyktos asintió—. ¿Eran almas que necesitaban tu juicio?

—Esa vez no. Eran almas que se negaban a cruzar.

—¿Ocurre a menudo?

—Mucho más a menudo de lo que crees. —Suspiró—. Cada vez hay más almas que se niegan a cruzar y entran a cambio en el Bosque Moribundo. Eso altera a las que ya están ahí.

—No puede ser divertido tener que lidiar con las Tinieblas.

—No lo es, como bien sabes. —Sus dedos tamborileaban con suavidad contra un lado de su copa—. En el momento en que las almas se niegan a cruzar y entran en el bosque, se convierten en Tinieblas. Nektas cree que ese es su fin. Que están perdidas y deberían ser destruidas. De inmediato. Y sé que debería. Ninguna ha vuelto nunca de eso. Pero siempre creo... ¿y si una vuelve? ¿Y si lo consigue? Todavía deberían tener una oportunidad de enfrentarse a la justicia o de recibir redención. Sin embargo, una vez destruidas, ahí se acabó. No hay más oportunidades.

Se me humedecieron los ojos y solté una bocanada de aire temblorosa. Saber que no le gustaba matar a las Tinieblas me comprimió el corazón, en especial porque mis acciones lo habían obligado a hacer justo eso. Que quisiera darles otra oportunidad era otro signo de lo *bueno* que era. Y, por todos los dioses, se merecía una vida mejor que esta. Una que no le permitía ser cariñoso o afectuoso con los demás porque temía que esas emociones pudieran causarles algún daño. En realidad, esta no era una vida siquiera. Yo lo sabía mejor que nadie. Se limitaba a existir, y eso no era justo.

—Espero que tu plan funcione.

Una oscura ceja trepó por su frente.

—¿Es porque por fin estás pensando en un futuro que no implique tu muerte?

—No.

—Por supuesto que no —musitó.

—Está claro que tú deberías ser el verdadero Primigenio de la Vida —expliqué—. No porque sea tu destino, sino porque eres bueno.

Apareció una leve sonrisa, pero no caldeó sus facciones como las de antes.

—Ahí es donde te equivocas. Ya te lo he dicho antes. Tengo un solo hueso amable y decente en el cuerpo, Sera. Pero no soy bueno, y harías bien en recordarlo.

Capítulo 21



Mi corazón dio un vuelco, pero creía en lo que había dicho.

—¿Qué te hace pensar que no eres bueno?

—He... hecho cosas, Sera.

—¿Como matar por necesidad o por obligación? —Nyktos no dijo nada, pero fijó sus ojos en mí, sin parpadear—. ¿O es porque empezaste a disfrutar de matar a aquellos que te invocaban con afán de hacer daño a algún otro? —continué—. Nada de eso cambia que eres inherentemente bueno, Nyktos.

La línea de su mandíbula se tensó.

—¿Y tú cómo puedes saberlo? ¿Qué experiencias vitales han podido darte ese tipo de perspicacia cuando eres, en casi todos los aspectos, una mortal que está a punto de cumplir tan solo veintiún años?

Arqueeé una ceja.

—Lo sé porque estoy aquí sentada, vivita y coleando, cuando muchos otros, incluidos todos tus guardias, y todos los dioses y mortales por igual, me hubiesen matado en cuanto se enteraron de lo que había planeado. —Sus ojos penetrantes se clavaron en mí—. Y sí, esas brasas que hay en mí son lo bastante importantes para mantenerme con vida, pero esas brasas no significan que tengas que ser amable. Podrías haberme encerrado en una mazmorra.

—Esa sigue siendo una opción —comentó, antes de servir vino en su copa y luego en la mía.

—Si fueses a hacer eso, ya lo habrías hecho, en lugar de temer que estés tratando de controlarme. Todo lo que has demostrado es justo lo que estoy

diciendo. —Agarré la copa recién rellena y brindé por él. Nyktos dejó la botella a un lado.

—Todo lo que has demostrado tú es lo que te he dicho antes: que el único hueso decente y amable que hay en mí te pertenece.

Un grado de satisfacción preocupante discurrió a través de mí, igual que lo hizo el impulso de exigirle que demostrara eso. Que ese hueso amable y decente de verdad me pertenecía a mí y solo a mí.

—Sin embargo, no confundas cómo te trato con un reflejo de quién y qué soy —añadió, y bebió otro poco de vino.

—Cómo me... *tratas* no es la única razón por la que sé que eres bueno —lo contradije—. No querías disfrutar de esas muertes y te alejaste antes de que pudieran cambiarte. Lo sé porque sientes las marcas que esas muertes dejaron atrás y las llevas en la piel. Lo sé porque, a pesar de no tener la capacidad para amar, sigues siendo amable y te preocupas por los demás... más que la mayoría.

Sonrió y apartó la mirada.

—No sabes lo que crees que sabes.

—Lo sé porque yo no soy buena.

Los ojos de Nyktos volaron hacia mí.

—¿Crees que no eres buena debido a lo que planeabas hacer?

Solté una risa seca.

—Sí, bueno, esa es solo una gota en un cubo muy profundo y muy sucio lleno de muchas más gotas.

El *eather* se avivó en sus ojos.

—¿Y qué son esas otras gotas?

—Lo averiguarás si tu plan no funciona. Tendrás la oportunidad de ver mi alma cuando muera. No es negra. Es roja. Empapada de la sangre de aquellos a los que he matado. Vidas con las que he acabado y no han dejado las marcas de las que tú hablas. —Las brasas en mi pecho vibraron—. No las siento. No como las sientes tú. Vale, puede que sienta algunos remordimientos, pero nunca duran demasiado. Sentí lo mismo que cuando incrusté ese látigo en la garganta de Tavius y...

—Y no deberías tener ni un segundo de remordimiento por eso —gruñó Nyktos con un destello de sus colmillos.

—Pero sentí lo mismo cuando les arranqué el corazón del pecho a los lores de las islas Vodina, y su único delito real había sido enfadar a mi madre. —Arqueé las cejas en su dirección—. Tampoco sentí casi nada cuando maté al hombre de Croft's Cross que seguramente estaba prostituyendo a sus hijos.

Nadie debería sentirse mal por matar a ese bastardo, pero no fue algo rápido y limpio. El resto de ellos... y deben ser unos... dieciocho la última vez que los conté —murmuré, mientras pensaba en los guardias que era probable que hubiese mandado Tavius. Habían sido catorce antes de eso—. Todo lo que sentí por ellos fue compasión e irritación. ¿Y mi padraastro? Puede que no muriese a mis manos, pero fue consecuencia de mis acciones, y apenas he pensado en ello. Para ser sincera, creo que la única razón por la que alguna vez sentía algo era por las brasas de vida. Si no hubieran estado ahí, probablemente no habría sentido nada. —La vergüenza escaldó el fondo de mi garganta, así que brindé por mí entonces y procedí a apurarme el vino—. Así que sé lo que es bueno porque sé lo que es lo contrario de un modo muy real y cercano.

Nyktos se quedó en silencio mientras me miraba, y me fui dando cuenta poco a poco de que podría haberme guardado todo eso para mí misma. Aunque ¿qué más daba? No tenía ninguna razón para fingir ser nada distinto de lo que era. Aun así, casi deseé haber mantenido la boca cerrada, porque él era la única persona que no me había hecho sentir como el monstruo que acababa de revelar que era.

—Y aun así —dijo al cabo de unos instantes, de ese modo suyo, suave como la medianoche—, estabas dispuesta a ponerte en peligro para proteger a un montón de gente a la que no conoces. Más de una vez. Estabas dispuesta a sacrificarte por las Tierras Umbrías.

Respiré hondo.

—Eso no es lo mismo.

—¿No lo es?

—No. —Me puse de pie, incapaz de seguir ahí sentada—. Estoy cansada. Creo que me voy a ir a la cama...

—No hay tal cosa como un Primigenio bueno.

—¿Qué?

—La esencia que corre por nuestras venas es lo que formó los mundos, lo que creó el aire que respiramos, la tierra que se cultiva y la lluvia que cae de los cielos para llenar los océanos. Es poderosa y antigua. Sin sesgos. Es absoluta. Y al principio, cuando solo existían los Primigenios Antiguos, los Hados y los dragones, los Primigenios no eran buenos ni malos. Solo eran. De una imparcialidad pura. Un equilibrio perfecto, porque no sentían nada, ni amor ni odio.

Nyktos levantó la vista hacia mí antes de continuar.

—Pasaron eones así. Se produjo el nacimiento de muchos Primigenios nuevos, incluido mi padre. Y durante ese tiempo, no morían Primigenios. Cuando estaban listos, se limitaban a entrar en Arcadia. La idea de enfrentarse los unos a los otros ni siquiera se les había pasado por la cabeza, no digamos ya matarse entre ellos. La procreación tenía lugar con el propósito de la creación y, con el tiempo, nacieron dioses. Después mortales. Y durante un tiempo, no hubo guerras ni muertes innecesarias en ninguno de los dos mundos. En el mundo mortal se producían desacuerdos, escaramuzas y demás, pero los Primigenios siempre intervenían, calmaban temperamentos calientes y aliviaban el dolor de cualquier pérdida que hubiese tenido lugar. Pero entonces cayó el primer Primigenio, y eso lo cambió todo.

—¿Cayó?

—En las redes del amor —explicó, y apareció una sonrisa irónica—. Verás, cada vez que los Primigenios y los dioses interactuaban con los mortales, su curiosidad aumentaba, hasta que se sintieron fascinados por el amplio abanico de emociones que experimentaban los mortales... algo que ni mi padre ni Nektas habían creado. Los mortales fueron los primeros en *sentir*, desde el momento en que respiraban su primera bocanada de aire... hasta su último aliento. Y eso era algo que ocurría en ellos de manera natural. Sin embargo, se suponía que los Primigenios estaban más allá de semejantes... necesidades y deseos humanos.

Me volví a sentar despacio.

—¿Por qué?

—Porque las emociones pueden afectar a las decisiones de uno, sin importar lo imparcial que alguien crea ser. Si siente, puede ser coaccionado por las emociones. —Me miró a los ojos—. Entonces un Primigenio se enamoró, y eso preocupó a los Hados. Les preocupaba que el amor, dentro del corazón de un Primigenio, pudiera convertirse en un arma. Intervinieron, con la esperanza de disuadir a otros Primigenios de hacer lo mismo. Para ello, convirtieron a lo que amaban en el arma suprema para utilizarla contra ellos.

—Los convirtieron en su debilidad —susurré—. Nunca supe por qué el amor podía debilitar a los Primigenios. —Negué con la cabeza—. ¿Cómo pueden ser tan poderosos los *Arae* como para crear algo así?

—Porque son la esencia, el *eather*, que creó a los primeros Primigenios —explicó—. Mi padre me contó una vez que durante muchísimo tiempo ni siquiera tenían forma mortal. Simplemente estaban en todo, en todas partes.

Parpadeé despacio, incapaz de comprender siquiera cómo Holland, que era en gran medida de carne y hueso, podía ser también algo que existía en el

viento y en la lluvia.

—Bueno, pues lo que hicieron los *Arae* no parece haber sido tan eficaz.

Nyktos se rio.

—No, no lo fue. La caída de un Primigenio fue como un efecto dominó. Otros Primigenios se enamoraron y, con el tiempo, incluso algunos de los *Arae* empezaron a sentir emociones —me dijo, y pensé en Holland y en la diosa Penellaphe—. Pero enamorarse significó que los Primigenios también empezaron a sentir otras emociones. Placer. Desagrado. Deseo. Celos. Envidia. Odio. Y lo que habían temido los *Arae* se hizo realidad, porque sabían que lo que antes pertenecía solo a los mortales no podía existir dentro del tipo de poder que tenía un Primigenio. Las emociones empezaron a guiar las acciones de los Primigenios, y ese equilibrio de poder que antes no tenía sesgos se volvió tan impredecible como absoluto y se filtró en el mundo mortal. La mismísima naturaleza de los Primigenios cambió. Ahora, la bondad no existe en los Primigenios, no del tipo que se evalúa cuando muere un mortal.

Dejó su copa a un lado y prosiguió con su explicación.

—Desde el momento en que un Primigenio nace o Asciende, la verdadera naturaleza de la esencia primigenia empieza a cambiarnos. Cuanto mayores somos y más poderosa se vuelve esa esencia, más difícil es recordar cuál fue la fuente de esas emociones y ser nada más que la carne muy mortal que contiene poder —dijo—. Y esa esencia, la esencia primigenia que nos permite influir sobre los mortales para que prosperen o decaigan, amen u odien, creen vida o causen muerte, nunca es buena o mala. Es solo absoluta. Impredecible. Cruda. —Sus ojos se levantaron de su copa hacia mí—. Tú has llevado esas brasas en tu interior desde que naciste, Sera, y son parte de ti. Debido a ellas, no eres buena ni mala, no según los estándares mortales que tú entiendes.

Aspiré una bocanada de aire temblorosa.

—¿Estás diciendo que el modo como... como me siento se debe a esas brasas?

—Sí —me dijo—. Pero sigues siendo mortal, Sera, y esa parte de ti *sí* es buena.

—Es...

—Lo es —me interrumpió Nyktos—. No sentirías la acidez de la vergüenza si no lo fuese. O la amargura de la agonía cuando hablaste de matar. Ni siquiera te importaría ser digna o no. Solo acumularías cosas. No serías valiente. Solo serías fuerte.

—Yo... —Me atraganté con mis propias palabras. ¿Podría ser verdad lo que estaba diciendo? Parpadeé para borrar la repentina humedad de mis ojos y clavé la vista en el plato vacío delante de mí. Sí que sentía vergüenza y agonía, incluso confusión por la frialdad de mis acciones. Apreté los ojos con fuerza y me tomé unos segundos, hasta confiar en mi capacidad para hablar —. Pero según los estándares mortales, tú eres bueno.

—Solo porque intento serlo.

—Eso es lo que hacen todos los mortales; bueno, la mayoría de ellos al menos —dije. Volví a abrir los ojos—. Intentan ser buenos, y tú lo intentas con más ahínco que la mayoría de todos ellos.

—Tal vez —murmuró.

Mientras estaba ahí sentada, tratando de asimilar sus palabras, se me ocurrió algo.

—¿Por qué no obligaron los *Arae* a los Primigenios a hacer lo que hiciste tú? ¿A hacer que les extirparan el *kardia*?

—Los *Arae* creen en la libre voluntad. Y sí, visto que son Hados, eso es muy irónico —añadió—. Pero deberían haberlo hecho.

De haberlo hecho, hubiesen salvado muchas vidas e impedido muchos corazones rotos, pero...

—¿De verdad crees que deberían?

—Depende del día. Ahora mismo, no. —Se inclinó hacia delante—. ¿Has terminado de cenar? —Asentí—. Entonces, ¿te reunirás conmigo en mis aposentos?

Se me aceleró el corazón de inmediato al pensar en lo que me aguardaba en los próximos minutos. Porque *algo* me aguardaba. Lo sabía porque dio la impresión de que algo había variado entre nosotros, que había habido un cambio. Tenía que haberlo habido porque no discutí con él ni conmigo misma. Me levanté y fui a la sala de baño a encargarme de mis necesidades personales y a lavarme los dientes. Sentí unos nervios inexplicables cuando salí y lo vi esperando al lado de la puerta que conectaba nuestros dormitorios, con la botella de vino de la cena en la mano.

Cuando Nyktos cerró la puerta a mi espalda y me siguió hacia su habitación, por alguna razón absurda, mi corazón empezó a tropezarse por todas partes. Solo entonces recordé que no llevaba nada más que una ropa interior ínfima debajo de la bata.

Oh, santo cielo.

Nyktos me ofreció la botella de vino al pasar por mi lado, pero negué con la cabeza, tras decidir que ya había bebido más que suficiente esa noche. Me

senté en el borde de la cama y dejé que mis dedos jugaran con los botoncitos mientras él se excusaba y desaparecía en la sala de baño. Todo lo que conseguí hacer durante su ausencia fue echarme hacia atrás palmo y medio o así y remeter las piernas debajo del borde de la bata. Entonces regresó Nyktos.

Descamisado. Los botones de sus pantalones de cuero abiertos.

Ninguna de esas dos cosas ayudó con el nerviosismo que sentía mientras lo observaba caminar hacia mí, el pelo contra su mejilla y la piel bronceada de su cuello, y la parte superior de su pecho húmeda.

Se sentó delante de mí.

—¿Puedo?

Mi estómago decidió unirse a las volteretas de mi corazón, pero asentí.

Como la noche anterior, pescó la trenza entre su pulgar y su dedo índice y, despacio, de un modo casi metódico, deslizó los dedos por ella. Me mordí el labio por dentro cuando su mano rozó la curva de mi seno. Apenas pude sentir el contacto a través de la gruesa tela de la bata, pero aun así noté un escalofrío.

Nyktos desató la cinta del final de la trenza y la deslizó alrededor de su muñeca. A continuación, empezó a deshacer la trenza y no habló hasta que hubo terminado.

—He estado pensando —dijo, y sus espesas pestañas bajaron cuando pasó toda mi melena por encima de mi hombro—. Sobre las exigencias que has hecho.

—Yo no diría que fueron exigencias. —Observé cómo deslizaba los dedos por mi pelo.

—¿Cómo las llamarías?

—Peticiones amables.

Nyktos soltó una carcajada ronca.

—¿Qué parte fue amable, Sera? ¿La de darme una patada o la de ponerme tu daga al cuello?

—La parte en que no te hice daño.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—Hay una exigencia que no hiciste.

—¿Cuál fue esa?

Enroscó uno de mis rizos alrededor de su dedo.

—La oferta que me hiciste en mi oficina. —Mi corazón echó a correr de inmediato—. Esa no fue parte de tus exigencias.

—Sí que lo era. —Respiré hondo.

—¿En serio? —Desenroscó el rizo y lo dejó caer contra mi pecho—. Estoy seguro de que no se me olvidaría algo así si lo hubieses mencionado.

Arrastré los dientes por mi labio de abajo mientras él agarraba otro mechón de pelo.

—La oferta formaba parte de mi petición de ayudar. —Sus pestañas se levantaron y sus ojos de mercurio conectaron con los míos—. De cualquier modo que se me *necesite* —le recordé, mi sangre subió de temperatura. Sus labios se entreabrieron para mostrar un indicio de sus colmillos.

—Es bueno saberlo. —Su voz sonó más ronca, más grave—. Entonces, ¿esa oferta que hiciste? La del placer por placer. ¿Sigue en pie?

Una mezcla de emociones giró en espiral por dentro de mí, al tiempo que apoyaba las manos en la cama. Una anticipación dulce y un deseo cortante como una cuchilla se estrellaron en una especie de avance salvaje que llevaba un ligerísimo toque de algo que no lograba ubicar ni nombrar.

—Sí.

Unas hebras de *eather* emanaron desde detrás de sus pupilas para cruzar sus iris como relámpagos.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. —Y era verdad que lo estaba.

A Nyktos se le escapó un suspiro entrecortado. Levantó una mano y apoyó tan solo las yemas de los dedos contra mi cara. Apenas sentí la leve corriente de energía con él ahí sentado, inmóvil excepto por sus dedos. Los deslizó por mi mejilla. Su piel estaba un poco más caliente; no tanto como antes de golpearlo con aquel fogonazo de *eather*, pero la poca sangre que había tomado de mí esta tarde lo había afectado.

—Treinta y seis —murmuró, y sus dedos resbalaron ahora por el ángulo de mi mandíbula. Su pulgar rozó mi labio de abajo—. Siguen siendo treinta y seis pecas. —Empecé a sonreír—. Quería asegurarme de que las hubiera contado bien. —Sus dedos se extendieron por mi otra mejilla y luego bajaron por un lado de mi cuello hasta una mitad de la bata cerrada sobre mi pecho—. Tienes dos más. —Su mano serpenteó por encima de mi pecho derecho. Lo sopesó a través de la bata, yo solté el aire con un suave gemido—. Justo aquí. —Pasó el pulgar por la zona justo por encima del pezón—. Dos pecas pequeñas justo ahí. Creo que hay otra en el lado.

Mis dedos temblorosos se hundieron en la manta por debajo de mí.

—¿Quieres comprobarlo?

—Sí que quiero.

Me incliné un poco hacia atrás para darle acceso a la escueta fila de botones. Dejé que él tomara la iniciativa. Quería que lo hiciera. Lo necesitaba. Y lo hizo.

Sus dedos danzaron por encima de los botones y los abrieron a toda prisa. La tela se soltó por mis hombros. Nyktos no dijo nada al meter una mano por debajo de uno de los lados de la bata. El *eather* se avivó en sus ojos cuando su piel entró en contacto con la mía.

—Sera... —Mi nombre fue un gruñido mientras abría ambos lados de la bata. Las yemas de sus dedos y las palmas de sus manos callosas me produjeron una aguda oleada de placer, y sentí la intensidad de su mirada mientras revelaba más y más de mí ante sus ojos. La bata resbaló por mi espalda, pero se atoró en mis muñecas. Las puntas de mis pezones cosquillearon y se endurecieron bajo sus ojos escrutadores—. Joder —murmuró, y su garganta subió y bajó al tragar saliva. Ladeó la cabeza. Las puntas de sus dedos rozaron el lado de mi pecho—. Tenía razón. Aquí hay otra peca.

Notaba la piel como si estuviera en llamas.

—¿Crees que hay más?

—Sé que las hay.

—¿Dónde?

Su mano resbaló por mi cintura, después saltó hacia mis rodillas dobladas. Las empujó hacia abajo con suavidad para estirarlas. Luego las separó. Sus labios se entreabrieron aún más cuando vio el retal de encaje negro.

—Lo apruebo.

Me puse roja como un tomate.

—Tienes que agradecerérselo a Erlina.

—Lo hago, lo hago. —Deslizó su mano por la cara interna de mi muslo, paró a medio camino—. Tres pequitas aquí mismo, todas apiñadas. —Sus dos manos subieron ahora por mis muslos hasta la fina prenda de sedoso encaje—. Tus pecas son como una constelación.

Levanté las caderas para que pudiera bajar el encaje por mis piernas y quitarme del todo las braguitas. Sus manos volvieron a mis caderas y solté una exclamación sorprendida cuando tiró de mí hasta el borde de la cama. Se puso de rodillas en el suelo. Un pulso de placer me recorrió de arriba abajo cuando él fijó los ojos en el espacio palpitante entre mis piernas.

—Ese es otro nombre en el que tendré que pensar. Cómo voy a llamar a esta constelación —dijo, y pasó un brazo por debajo de mis caderas al tiempo que colgaba una de mis piernas por encima de su hombro. La posición me

forzó a inclinarme hacia atrás y a apoyarme sobre los codos—. Siempre soy más creativo cuando tengo algo dulce en la lengua.

El aire se atascó en mi garganta cuando Nyktos bajó la cabeza. Su aliento sobre la piel sensible de la zona hizo que mis caderas dieran una sacudida. Hiqué los dedos en la manta al ver que giraba la cabeza, al sentir que deslizaba los labios por la cara interna de mi muslo. Y luego por encima del mismísimo centro de mi ser.

Mi cabeza cayó hacia atrás mientras su lengua trazaba el contorno del regordete botón de carne que había ahí y encontraba, con gran precisión, su camino hasta la ultrasensible encrucijada de nervios. Cuando su boca se cerró sobre mí, solté un grito, temblando. Succionó con suavidad, luego más fuerte, y el sonido que hizo ante la oleada de excitación húmeda vibró a través de todo mi cuerpo. Su cabeza se movió un poco y entonces su lengua estaba dentro de mí. Emitió otro gruñido ronco y yo empecé a mover las caderas al ritmo de su perversa lengua. Nyktos me saboreó. Lamió. Bebió de mí sin hacerme sangre, y el pulso en mi interior no paró de intensificarse. Giró la cabeza de nuevo y el borde de su colmillo rozó la piel turgente. Me rompí en mil pedazos. Deprisa. Fuerte.

Las oleadas de placer aún perduraban cuando su boca abandonó mi piel y se puso en pie. Tenía los labios relucientes e hinchados mientras se quitaba los pantalones. Yo seguía temblando, todos los músculos apretados y en tensión al verlo, grueso y duro en su erección. Mi temblor no había amainado cuando me levantó para empujarme con suavidad más arriba por la cama. Apenas podía respirar cuando sus ojos conectaron con los míos y él se fue acercando a mí, el pelo alrededor de su cara. La falta de aire no era algo malo, no estaba causada por el pánico mientras me guiaba hacia atrás para tumbarme de espaldas. Me quedé ahí, la piel cosquillosa por todo el cuerpo, mientras él apoyaba su peso en sus brazos fuertes. La falta de aire y la tensión en el pecho parecían diferentes.

Todo ello parecía diferente.

Era ese cambio que había percibido antes. Esa variación intangible entre nosotros. Lo que estaba sucediendo era muy diferente a las otras veces. Este no era un deseo alimentado por la necesidad de sangre, de nutrientes, o por la ira. Esto era placer por amor al placer. Y era...

Era como una primera vez para nosotros.

A mí me pareció como una primera vez en todos los aspectos. Cualquier experiencia que hubiese podido tener desapareció de un plumazo. Nada de lo que sabía antes de este momento parecía contar. No podía explicarlo.

Ninguno de los dos se movió, aunque yo estaba temblando otra vez. Me dio la impresión de que él ni respiraba mientras me miraba desde lo alto, sus ojos eran una tormenta de *eather* giratorio. Entonces me moví. Agarré sus mejillas y tiré de su boca hacia la mía. Lo besé porque esto *era* diferente.

Él me devolvió el beso y me saboreé a mí misma en sus labios y en su lengua. Estaba avariciosa. Los *dos* lo estábamos. Nos besamos y nos besamos hasta que él se movió. Metió la mano entre nosotros para cerrarla en torno a su miembro. La sensación de su pene arrastrando por mi humedad fue una promesa seductora de lo que estaba por venir, y no tuve que esperar mucho. Me penetró, y la sensación de él, la presión y la plenitud, me arrancaron un grito. Nyktos se detuvo.

—Estoy bien —dije contra sus labios—. No pares. Por favor.

—No tienes que suplicar nunca —me prometió—. Nunca.

Entonces embistió hasta el final y mi grito se perdió en su gruñido gutural. Se quedó quieto de nuevo, pecho con pecho contra mí, su frente apoyada en la mía. En ese momento, sentí cada respiración que realizaba y cada latido de su corazón. Luego empezó a moverse otra vez, retiradas lentas y regulares y embestidas aún más lujuriosas. Enrosqué el brazo alrededor de su cuello, las piernas alrededor de sus caderas. Él se estremeció mientras se balanceaba con suavidad y yo encontré su boca una vez más cuando el *crescendo* de sensaciones aumentó otra vez.

Nos movimos juntos. Nuestros labios. Nuestras lenguas. Manos. Caderas. Unas embestidas juguetonas, más cortas y superficiales dieron paso a otras más largas y profundas. Mis brazos y mis piernas se apretaron a su alrededor. Él empezó a moverse más deprisa. Más fuerte. La fricción de su pecho contra el mío azuzó el fuego de mi sangre y del centro de mi ser, y esas brasas... vibraban dentro de mí a medida que la piel de Nyktos empezaba a endurecerse contra la mía. Multitud de sombras se arremolinaron bajo su piel y, cuando levantó la cabeza, hebras de *eather* llenaban las venas debajo de sus ojos. Sus rasgos se perfilaron cada vez más mientras embestía una y otra vez, empujándonos cama arriba a medida que la tensión aumentaba y aumentaba.

—Oh, por todos los dioses —susurré, aferrada a la parte de atrás de su cuello. Grité su nombre cuando la tensión estalló de nuevo, esta vez mucho más intensa y abrumadora.

Porque oí la palabra que susurró contra mis labios con esa voz cruda y grave mientras se estremecía, sus caderas incrustadas contra las mías. Esa única palabra hizo que el placer continuara sin fin.

—*Liessa*.

Capítulo 22



Cuando desperté, Nyktos ya no estaba, pero volvió antes de que me levantara, casi como si hubiese percibido que me había despertado. Había encargado que me preparasen un baño y tenía el desayuno listo cuando terminé. Había estado bastante callado mientras comíamos; no distante ni frío, solo callado, y no me permití dar muchas vueltas a las razones de que tuviese tan poco que decir. En lugar de eso, mientras me preparaba, me permití disfrutar de la noche anterior, centrada en lo que me había contado sobre la moralidad de los Primigenios y el placer que había venido después. Esta mañana tenía muchas más opciones de vestimenta y me decidí por un par de mallas con cintas, una blusa blanca y un chaleco negro que había sido confeccionado justo *para mí*. Y me permití disfrutar también de eso. Aparte del vestido de boda que aborrecía, todo lo demás había sido ropa heredada. Pero esta no. La ropa que llenaba ahora el armario me pertenecía solo a mí, y era algo que me producía una extraña sensación de poder, sensación que me acompañó cuando Nyktos y yo salimos del palacio para entrar en el mundo mortal.

A pesar de lo que había dicho Nyktos esa mañana cuando invocaba a Odín de su brazalete plateado, el corcel *no* había superado lo de que hubiese sujetado una daga contra el cuello de Nyktos.

Odín me miró como si se estuviese planteando morderme mientras me acercaba a él. Su actitud no cambió mientras recorriamos la carretera por la que yo había llegado a las Tierras Umbrías, pero eso no había disminuido mi entusiasmo cuando la neblina primigenia nos envolvió.

Iba a ver a Ezra.

Y estaba a punto de ver mi lago.

Dos cosas que había temido no ver nunca más.

La neblina blanca ocultó el mundo y yo me puse tensa. Sabía que sería solo temporal, pero no poder ver todavía me llenaba de inquietud. El brazo de Nyktos se apretó a mi alrededor.

—Solo unos segundos más —murmuró, su voz suave contra mi sien.

Asentí, agarrada al borrén delantero de la montura de Odín. *Segundos*, me recordé, y segundos fueron todo lo que hizo falta para que la neblina se desperdigase y un rayo de luz tenue perforara el breve vacío de oscuridad que vino después.

Luz del sol.

Mis labios se entreabrieron a medida que la neblina se dispersaba para revelar el suelo de piedra umbría de mi lago y las aguas quietas a ambos lados de nosotros. Ver el lago dividirse en dos como si unas paredes invisibles sujetasen el agua era una imagen inquietante.

E impresionante.

Eché la cabeza atrás mientras Odín nos llevaba a través del lago. Solo una luz tenue y fracturada lograba perforar el manto de nubes por encima de nuestras cabezas. El denso olor de la lluvia flotaba en el aire; recé por que eso significara que había caído ya, o que caería pronto, una lluvia muy necesitada, y no esa llovizna que no hacía nada más que aumentar la humedad... algo que ya empezaba a notar bajo la capa, la más fina de las dos nuevas que Erlina había confeccionado para mí. La suave tela pronto sería casi insoportable, pero nos convenía mantener el rostro oculto.

Nyktos levantó la mano una vez que estuvimos en la orilla. El agua cayó de vuelta a su sitio al instante y él me miró de reojo.

—¿Impresionada?

—No.

Soltó una carcajada ronca y urgió a Odín a adentrarse en el bosque de los Olmos Oscuros. Esbocé una sonrisa mientras observaba las pequeñas ondas provocadas por la cascada que caía desde los Picos Elysium y que se extendían por mi lago. Notaba el pecho másuelto que en varias semanas. Mantuve los ojos fijos en el lago hasta que ya no pude ver ni una esquinita del agua; entonces me giré hacia delante y dejé a un lado mis intensas ganas de sentir el agua sobre mi piel y sumergirme bajo su superficie.

—Ojalá pudiéramos entretenernos —dijo Nyktos después de haber avanzado en silencio durante unos minutos. Su mano se recolocó en mi cadera—. Para que pudieses disfrutar de tu lago. —Su pulgar empezó a moverse en círculos distraídos justo por encima de la cinturilla de mis pantalones—.

Cuando todo se solucione y sea seguro hacerlo, te prometo que volveremos a tu lago. Podrás venir tantas veces como quieras.

Apreté los labios y sentí que el fondo de mi garganta de repente ardía de emoción. Era probable que hubiese proyectado algo en ese momento, lo cual no era sorprendente. El lago era como parte de mí, aunque no estaba segura de si el hecho de que fuese un portal de acceso a las Tierras Umbrías tendría algo que ver con ello. Sin embargo, lo que hizo que me escocieran los ojos fue su respuesta.

Su promesa.

—Me gustaría —susurré.

No dijimos nada más mientras Odín serpenteaba entre los densos árboles. El bosque de los Olmos Oscuros estaba en silencio, no se oía ni el más tenue gemido de un espíritu perdido. La brisa ni siquiera penetraba en el bosque. Cuando nos acercamos al límite del bosque y las murallas del castillo de Wayfair aparecieron ante nosotros, me invadió una extraña sensación de nerviosismo.

—Deberíamos ir andando el resto del camino —sugerí—. Cualquier guardia que nos vea ya sospechará de dos personas que salen de este bosque. Y Odín llamará todavía más la atención. —Odín bufó—. Es porque eres muy grande —le dije a la parte de arriba de la cabeza del caballo—. Y muy hermoso.

Volvió a bufar.

Yo suspiré.

Nyktos detuvo el caballo.

—Aprecia los cumplidos.

—Lo dudo.

—Sí que los aprecia. —Nyktos echó pie a tierra con agilidad—. Es solo que le gusta ser dramático.

Odín giró la cabeza hacia Nyktos y resopló otra bocanada de aire con un sonido ofendido. Agarré los brazos de Nyktos y acepté su ayuda. Me levantó por la cintura, muy cerca de mí, y cuando me bajó hacia el suelo, disfruté de un prolongado contacto de cuerpo entero que me provocó una oleada de placer.

Sus manos se demoraron en mis caderas, su peso y su tacto prendieron un agradable zumbido en mi sangre y en mi pecho, donde las brasas se menearon. Elevé la vista hacia la suya. El *eather* en sus ojos había amainado a un tenue pulso detrás de sus pupilas.

—¿Lista? —preguntó.

Yo asentí.

Nyktos no se movió. Yo tampoco, y el tono de sus ojos se calentó al del mercurio fundido. Pensé que a lo mejor me besaba, solo por besarme, aunque no teníamos tiempo para eso. Había algo en verlo en el mundo mortal que lo hacía parecer más imprudente e impulsivo. Más parecido a...

Ash.

Su mandíbula se apretó, sus manos abandonaron mis caderas y encontraron la capucha de mi capa. No comprendí el pequeño estallido de desilusión. Besarse solo por amor a besarse parecía como algo... más.

Y aunque lo que éramos ahora parecía algo diferente a antes, y desde luego no tenía nada que ver con esas apresuradas búsquedas de placer en El Luxe, no éramos *más*.

Nyktos levantó la capucha de mi capa y luego la de la suya. Desvié mis pensamientos de la dirección algo preocupante que habían tomado, di media vuelta hacia la muralla y me puse en marcha.

—Los guardias que suelen patrullar esta sección de la muralla no son los más... astutos —comenté, disfrutando de la sensación y de los crujidos de las ramas caídas bajo mis botas—. Lo más probable es que den por sentado que somos parte del personal del castillo, ya que el bosque de los Olmos Oscuros...

—¿Es propiedad privada? —Nyktos sonrió cuando le lancé una mirada ceñuda desde debajo de la capucha de mi capa.

—Oh, me alegro de que lo reconozcas por fin. —Nyktos se rio bajito—. Pero iba a decir que ya que todo el mundo evita el bosque de los Olmos Oscuros y no se puede acceder a él desde fuera del recinto de Wayfair —continué—, lo más probable es que piensen que ni siquiera entramos en él... —Dejé la frase en el aire cuando salimos de debajo de los últimos olmos con sus gruesas ramas.

Me quedé boquiabierta por lo que vi. Nyktos se paró.

—¿Va algo mal?

—Las puertas de Wayfair están abiertas. —Miré hacia ahí pasmada—. Y hay... gente.

Había gente por todas partes. No nobles, sino la gente de Lasania. Pululaban por las inmediaciones de la muralla, los rostros relucientes de sudor mientras unos acarreaban cestas y otros brazadas enteras de sacos.

—Y eso no es normal, supongo.

—No. —Sacudí la cabeza, confundida—. No es normal en absoluto.

Eché a andar, medio temerosa de que hubiese habido algún tipo de revuelta. Si fuese así, no podía culpar a la gente por defender sus intereses, pero era probable que la cosa no hubiese acabado bien para los gobernantes.

Empezó a caer una fina llovizna y muchos de los que estaban en el patio levantaron las capuchas cosidas a sus camisas y chalecos. Apreté el paso mientras cruzábamos el terreno rocoso e irregular y pasábamos por las puertas. Había guardias apostados en la parte más oriental del patio, pero ninguno vestido con los ridículos pantalones bombachos y chalecos abullonados color ciruela de la guardia real. Guiñé los ojos y escudriñé las muchas entradas al ala este de Wayfair, buscándolos.

Las puertas allí estaban abiertas, sin protección.

Casi tropecé conmigo misma cuando vi a una madre joven con sus dos hijos pelirrojos sentados bajo uno de los jacarandás de tonos rosados y morados. Sus camisas de lino blanco y sus vestidos sencillos dejaban claro que no eran nobles.

Sorprendida por lo que estaba viendo, hasta que no estuvimos cerca de las entradas próximas a las cocinas no me di cuenta de que la gente se había percatado de nuestra presencia.

Los pasos se ralentizaban. Algunos se pararon por completo. Un guardia se frotó la nuca, con el ceño fruncido, mientras miraba a su alrededor. Un padre que sujetaba la mano de una niña pequeña que se tambaleaba a su lado la acercó más a él, su otro brazo cargado con un saco. Otras personas levantaron la vista hacia el cielo, como si buscasen una explicación de la repentina bajada de la temperatura.

Era *verdad* que el aire se había enfriado.

No mucho, pero lo suficiente como para que la gente se diera cuenta y nos lanzara miradas nerviosas que rebotaban en nosotros y luego se apartaban a toda prisa.

—Me sienten —explicó Nyktos en voz baja—. No saben lo que están sintiendo, pero saben que hay *algo* entre ellos.

Fruncí el ceño.

—¿Pasa esto cada vez que visitas el mundo mortal?

—No, pero suelo evitar los lugares muy concurridos justo por eso —dijo—. Un puñado de mortales tiene poco impacto, pero ¿tantos como estos? Hacen que le esencia empiece a bombear y se convierta casi en una entidad tangible... no vista pero sentida. Y lo que sienten los inquieta.

Porque lo que sentían era la muerte.

Levanté la vista hacia Nyktos cuando entramos en el vestíbulo, pero su cara quedaba oculta bajo la capucha.

—¿Te molesta? —le pregunté en voz baja—. Su reacción.

—Lo que sienten es natural —repuso—. No me molesta.

Di un paso a un lado para dejar lugar a una doncella que se dirigía a las cocinas a toda prisa, los brazos cargados de platos. Se quedó pálida cuando pasó por delante de nosotros, pero no nos miró antes de desaparecer en las entrañas del castillo.

—Sé sincero.

—Lo soy. —Los dedos de Nyktos rozaron los míos, lo cual creó un leve calambrazo de energía—. Lo que sienten es instintivo, y ese instinto les dice que no se queden mucho tiempo cerca de mí. Y no deberían.

Porque todos los Primigenios afectaban a los mortales solo con estar en su compañía. El tiempo que tardaba un mortal en sentir el efecto de un Primigenio variaba. Algunos mortales eran más susceptibles a la violencia o a la lujuria, y a algunos Primigenios les gustaba *asegurarse* de que su presencia se sintiera, pero Nyktos era un Primigenio de la Muerte. Su presencia podía matar, si no tenía cuidado.

—¿Cómo puede molestarme su sentido de la supervivencia? —concluyó Nyktos.

Pero a Kolis sí le había molestado.

Era parte de la razón que había causado sus celos hacia su hermano... el miedo que incluso yo percibía en los que pasaban mientras caminábamos por un pasillo utilizado sobre todo por sirvientes.

Me mordisqueé el labio y mis pasos se ralentizaron. La inquietud aumentó. Tenía mucho que ver con el hecho de que nadie se había parado a preguntarnos qué hacíamos ahí. Eso hizo que aumentara mi miedo a que se hubiese producido algún tipo de revuelta, pero también se debía a que la última vez que había caminado por este pasillo había sido el último día que había pasado en el mundo mortal.

Mi instinto me guio hacia el único sitio que no quería volver a ver.

El Gran Salón.

La mano de Nyktos rozó la mía una vez más.

—¿Estás bien?

Aunque mi estómago daba vueltas a la misma velocidad que los ventiladores por encima de nuestra cabeza, asentí.

—Sí. Sí. —Me aclaré la garganta—. Solo estoy preocupada por Ezra.

Notaba la mirada de Nyktos sobre mí mientras me forzaba a pasar entre las columnas de mármol talladas con volutas doradas. *Inspira*, me recordé, el pecho comprimido de todos modos.

El Gran Salón estaba igual a como lo recordaba. En su mayor parte.

Unos estandartes malvas colgaban del techo abovedado de cristal. Mostraban el escudo real dorado: una corona de hojas con una espada atravesada en el centro. Todavía me recordaban a alguien apuñalado en el centro de la cabeza. *Contén*. En el salón había mucha menos gente. Mis ojos se deslizaron por el mármol y la piedra caliza y sobre las vetas doradas. La grieta en el suelo era nueva, provocada por la llegada de Nyktos cuando vio lo que Tavius me había estado haciendo. *Espira*. Empecé a mirar la estatua de Kolis...

La mano de Nyktos se cerró en torno a la mía y me sobresalté. Mis ojos volaron hacia él. Tenía la cabeza inclinada hacia delante.

—Creo que he encontrado a tu hermanastra. —Entonces me dio un apretoncito suave en la mano antes de soltarla.

Tragué saliva y meforcé a mirar más allá de la estatua ante la que me habían obligado a arrodillarme mientras mi hermanastro me destrozaba la espalda con un látigo.

Dos tronos de cuarzo y diamantes se alzaban sobre el estrado elevado al final del Gran Salón. Ninguno de los dos estaba cubierto de tela blanca ni tenía rosas negras desperdigadas para lamentar la pérdida del antiguo rey.

El rey al que, en última instancia, había matado yo.

Hice una mueca y me recordé que mis sentimientos al respecto tenían más que ver con las brasas que conmigo.

Los tronos estaban vacíos, pero vi a Ezra. De repente, me costaba menos respirar.

Ezra estaba sentada en una silla mucho menos elaborada al pie del estrado, su pelo castaño claro recogido en un pulcro moño. No había ninguna corona sobre su cabeza mientras escuchaba a un hombre hablarle desde el otro lado de la mesa, uno que se inclinaba sobre una montaña de pergaminos. La ropa del hombre y su postura parecían *nobles*, y el rubor enfadado de su piel aceitunada indicaba que no estaba contento. Había guardias de pie detrás de Ezra, dos a su izquierda y dos a su derecha. Iban vestidos como los de la muralla: túnicas, pantalones ceñidos y armadura.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba cuando vi que Ezra, a pesar de la humedad, llevaba un elegante chaleco a medida sin volantes ni florituras innecesarias. Mi sonrisa se ensanchó cuando vi la expresión familiar

de su mandíbula testaruda al responder a lo que fuese que le estuviera diciendo el hombre. Estaba segura de que era algo deliciosamente cortante, aunque inteligente y perspicaz.

—Creo que está recibiendo a sus súbditos —comentó Nyktos.

Con el corazón más apaciguado, asentí. Eso era justo lo que estaba haciendo Ezra y, como había imaginado, no lo hacía desde un trono o desde un balcón, lejos de la gente. Se sentaba con ellos.

Y también les había abierto las puertas de Wayfair.

La cabeza de Nyktos giró de pronto. Un guardia se acercaba despacio a nosotros, la mano en la empuñadura de su espada.

Se paró a varios metros, y vi cómo tragaba saliva.

—La reina está viendo ahora a los últimos de los que deseaban hablar con ella hoy —anunció, y me agradó oír que la llamaban «la reina»—. Pueden acudir al encargado de los archivos en la garita de entrada a fin de concertar una cita para verla mañana.

También me agradó constatar que lo que estaba haciendo Ezra parecía ser más que solo recibir a la gente un día o dos a la semana.

—No podemos regresar mañana —dijo Nyktos, y habría jurado que el aire se había enfriado un poco—. Necesitamos hablar con la reina hoy, y cuanto antes.

El guardia palideció de manera notable al mirar a la oscura profundidad de la capucha de Nyktos.

Le lancé una mirada significativa al Primigenio y luego di un paso al frente.

—Es verdad que necesitamos hablar con ella hoy —dije, con el tono más suave que pude—. Y creo que nos hará un hueco si le dices que ha venido Sera a hablar con ella.

El guardia no se movió, pero sus ojos como platos saltaron de Nyktos a mí y vuelta. Noté que estaba a punto de mantenerse firme.

—Ve —le urgió Nyktos, al tiempo que se acercaba un paso de esa manera silenciosa y antinatural suya. Incluyó la cabeza hacia atrás para dejar que la capucha resbalara unos centímetros—. Y habla con tu reina. *Ahora*.

Fuera lo que fuese lo que hubiera oído o visto el guardia, se puso en marcha al instante. Dio media vuelta y se alejó a toda prisa.

Me giré hacia Nyktos.

—¿Has utilizado coacción?

—No. —Se rio con suavidad—. Creo que solo lo he asustado.

—Maleducado —murmuré, pero eché a andar por la segunda hilera de columnas que rodeaban el espacio principal y entré en la salita privada amueblada con sillas y sofás.

Nyktos se rio otra vez.

—Quizá.

Resoplé, divertida, y escudriñé a todos los presentes en la sala. Me dije que no estaba buscando a una persona en particular, pero en cualquier caso no la vi. Nos acercamos al estrado justo a tiempo de ver al guardia hacer acopio de valor para interrumpir a su reina. Vi el momento exacto en que dijo mi nombre.

Ezra se quedó tiesa durante una décima de segundo, luego se levantó de un salto y apretó una mano contra su delgada cintura. El noble que tenía enfrente se apresuró a seguirla mientras ella miraba a su alrededor. Esperé, a sabiendas de que Ezra recordaría que yo solía optar por esta salita las pocas veces que estaba en el Gran Salón.

Dio un paso adelante antes de girar a toda velocidad. Cuando nos vio, se quedó parada una vez más, supuse que por la incredulidad. Pero Ezra no era propensa al pánico. Era lógica y serena en todo, como también lo fue entonces.

Se giró hacia el hombre y se excusó. El noble no estaba emocionado que digamos, pero ella le dio la espalda de todos modos. Habló con sus guardias, que se desperdigaron al instante para despejar el Gran Salón, llevándose al noble con ellos.

Nyktos se quedó en silencio mientras Ezra venía hacia nosotros. Las puertas del salón se cerraron y solo dos guardias permanecieron dentro, apostados delante de ellas.

Ezra se detuvo en la cima del corto tramo de escaleras.

—¿Seraphena? —Su voz era apenas un susurro. Miró a mi lado y vi cómo tragaba saliva.

Di un paso al frente y retiré la capucha de mi capa.

—Ezra. —Dio un respingo, los ojos como platos—. ¿O debería decir reina Ezmeria? —añadí, con una reverencia.

—Ni se te ocurra hacer eso. —Ezra vino hacia mí, alargó los brazos pero se detuvo antes de tocarme—. Soy Ezra. Solo Ezra para ti.

Sentí una punzada de desilusión al ver que la idea de tocarme aún le resultaba incómoda, pero cuando me enderecé y vi que Nyktos se había acercado, me di cuenta de que su reacción podía haber tenido más que ver con eso.

—Por todos los dioses, pensé que el guardia había oído el nombre mal —dijo. Miró a Nyktos con los ojos marrones muy abiertos—. No creí que fuese a...

—Verme nunca más —terminé, y ella asintió—. ¿Porque se suponía que tenía que matar a este? —añadí, y señalé a Nyktos con el pulgar.

—Qué simpática —comentó Nyktos con sequedad en voz baja.

Todo el color desapareció de la cara de Ezra, y no estaba segura de si era por lo que yo había dicho o porque Nyktos se había quitado la capucha.

Estaba claro que Ezra no había olvidado el aspecto que tenía la última vez que lo había visto.

—Creo que necesito sentarme. —Sin embargo, se dio cuenta de su omisión justo antes de hacerlo y empezó a arrodillarse a cambio—. Lo siento, alteza, yo...

—Eso es innecesario —la interrumpió él—. Por favor, siéntate. No tenemos mucho tiempo y temo que puedas desmayarte si sigues de pie.

Ezra parpadeó despacio.

—No me he desmayado nunca.

El Primigenio sonrió, revelando solo una puntita de un colmillo.

—Siempre hay una primera vez.

—Por favor, siéntate —intervine—. Él tiene razón. No disponemos de mucho tiempo y hay algo de lo que necesito hablarte.

Ezra se sentó en una butaca.

—¿Tiene que ver con la parte de supuestamente tener que matarlo?

Me atraganté con una carcajada mientras me sentaba en el sofá al lado de su butaca. Nyktos cruzó los brazos y se quedó de pie.

—En parte sí —dije. Paseé la vista por la sala ahora vacía del Gran Salón y mis ojos se toparon con la estatua de Kolis. La miré durante un segundo, tragué saliva.

—Estoy segura de que tienes muchas preguntas.

—Un montón —murmuró.

—Yo también —confesé—. Pero como te he dicho, no podemos quedarnos mucho tiempo, así que tengo que ir directa al grano. —Aspiré una bocanada de aire poco profunda y recordé lo que Nyktos me había advertido que podía y no podía compartir—. Lo que pensábamos que terminaría con la Podredumbre estaba equivocado. El trato que hizo mi antepasado no provocó la Podredumbre cuando yo nací.

Ezra apretó el reposabrazos de la butaca y nos miró de uno a otra.

—No sé demasiado acerca de tratos, así que por favor perdonad mi ignorancia al respecto, pero ¿el trato expiró una vez cumplido?

—O se creía que se rescindía en favor del invocador si mataba al Primigenio —apuntó Nyktos, su voz engañosamente serena.

—Y eso —confirmó Ezra—. Eso también.

Me giré hacia Nyktos, los ojos entornados. Él arqueó las cejas.

—¿Qué?

—Solo para que lo sepas, nunca fui una gran fan del trato —aportó Ezra.

—¿Porque no sería muy inteligente intentar matar a un Primigenio? —conjeturó Nyktos.

—También, pero sobre todo porque no era justo para Sera.

Eso no era nuevo para mí, aunque seguía siendo agradable oírlo.

Nyktos no dijo nada, pero miró a Ezra con un pelín menos de intensidad que antes.

Respiré hondo otra vez y me giré hacia Ezra de nuevo. Tenía las cejas fruncidas, el ceño cubierto de finas arrugas mientras nos miraba.

—Se habrían producido cambios cuando el trato se cumpliera. El clima volvería a lo que era antes, menos templado, cosa que me da la impresión de que ya ha sucedido. —Eso explicaba los veranos más largos y calurosos llenos de sequía y las violentas tormentas—. El suelo no volvería a ser tan fértil como era antes, gracias al trato, pero Lasania hubiese vuelto a como se suponía que debía ser, cosa que no incluía la Podredumbre.

Ezra se echó hacia atrás y casi pude ver cómo daba vueltas a esa información en su cabeza.

—Entonces, ¿qué es la Podredumbre? —preguntó.

—¿Le crees? ¿Así de fácil? —preguntó Nyktos antes de que yo pudiera contestar—. ¿No creíais vosotras y vuestras familias, sus antepasados, que el trato era la causa de la Podredumbre?

—Le creo —dijo Ezra, y levantó la barbilla.

—¿Es porque yo estoy aquí?

—Bueno, tu presencia podría tener un poco que ver con ello.

Nyktosladeó la cabeza.

—Un poco.

—Solo un poquito —confirmó Ezra—. Pero sé lo importante que era para Sera salvar a Lasania. No mentiría sobre algo, sabiendo lo que significaba para su reino.

Su reino.

Cerré los ojos un instante.

—Lasania nunca fue mío.

—Eso no es verdad. La reina deberías ser tú, Sera. No yo. Si yo soy capaz de reconocerlo, tú también deberías poder.

Cerré los dedos alrededor de mis rodillas.

—Bueno, pero la reina ahora eres tú y eso es todo lo que importa. Tú podrás soportar y gestionar lo que estoy a punto de decirte, a diferencia de mi... —Me interrumpí, me tomé un momento y luego continué—: La Podredumbre tiene un origen distinto por completo. Algo mucho más complicado que un trato.

Ezra se quedó callada un momento.

—Y lo que sea eso, ¿no puedes decírmelo?

—Exacto —dije en voz baja.

—Entonces... —Sus hombros se tensaron—. Entonces, ¿no hay ninguna manera de detener la Podredumbre?

—Vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para detenerla. Lo juro —le prometí—. Pero no hay nada asegurado. Cabe la posibilidad...

—Apenas —gruñó Nyktos.

—Una posibilidad pequeña —me corregí—, de que fallemos. Por eso he venido hoy. Quería advertirte para que pudieras preparar las cosas. —Pensé en lo que me había contado Holland y en la gente ahí afuera, con sus cestas y sus sacos—. Aunque creo que ya has empezado a hacerlo.

—Sí. Así es —afirmó, y sus manos se relajaron sobre los reposabrazos de la butaca—. Ya sabes lo que opinaba sobre cómo estaban lidiando con el tema de la Podredumbre. Siempre creí que deberíamos estar haciendo todo lo posible por abastecer las despensas de la gente, no solo la nuestra.

—¿La gente que vimos al entrar? —preguntó Nyktos, y eso era lo primero no antagónico que decía.

—Hemos empezado una especie de banco de alimentos al que la gente puede venir en determinados días, a determinadas horas, si lo necesitan —explicó—. También he iniciado conversaciones con el rey y la reina de Terra, con la esperanza de fortalecer su fe en Lasania. Creo que estoy teniendo bastante éxito ahí. —Esbozó una leve sonrisa—. Creo que solo teníamos que demostrar que una alianza con nosotros era beneficiosa. Algo que mi padre, que los dioses acojan su alma, nunca fue muy diestro a la hora de transmitir.

Conseguí reprimir una mueca. Ezra había querido a su padre y yo... Deslicé los ojos hacia el que hubiese sido su trono.

—¿Y cómo lo estás logrando? —preguntó Nyktos.

Solté una exclamación ahogada y parpadeé. No creía que Nyktos sintiese demasiada curiosidad por lo que estaba haciendo Ezra. Tal vez solo intentase evitar que yo contara lo que había causado.

Cosa que era muy probable que hubiese hecho.

Y Ezra no necesitaba saber eso.

—Ellos tienen muchos campos fértiles preparados para acoger cosechas, no como nosotros —explicó—. Pero nosotros tenemos una cosa en abundancia que Terra no tiene. Mano de obra. Mano de obra pagada para aquellos que deseen mudarse a Terra, al menos durante parte del año. Nuestras conversaciones avanzan a buen ritmo. —Eso era muy ingenioso—. Pero si la Podredumbre continúa extendiéndose... —Se calló a media frase y yo asentí.

—¿Se ha extendido?

—Un poco. Hemos perdido unas cuantas granjas más, pero no se ha acelerado ni nada de eso —confirmó. Pensé en los Massey, consciente de que su granja tenía que ser una de las perdidas—. Es bueno saber esto... lo que me has contado. Me da, bueno, no sé cómo decirlo de otro modo, pero me da esperanza.

Arqueeé las cejas.

—¿No creías que fuese a conseguir matarlo?

—No estaba del todo segura de que fueses a conseguir toda la parte de «hacer que se enamorase» —me corrigió.

—Vaya —murmuré.

—Eres un poco... temperamental. Y los que están a tu alrededor sí que tienen una tendencia a acabar apuñalados —empezó, con una sonrisa tímida—. Suponía que acabarías consiguiendo que te mataran después de perder la paciencia y limitarte a apuñalarlo.

Nyktos soltó una carcajada breve.

—Vaya, eso sí que es perspicacia.

Lo miré con los ojos entornados. Ezra, por su parte, abrió la boca, la cerró y luego pareció intentarlo de nuevo.

—Estoy muy... confundida contigo.

Nyktos la miró desde lo alto con expresión perpleja.

—¿Lo estás?

Ezra asintió.

—Eres la Muerte.

—En efecto.

—Pues no eres muy tipo Muerte.

Nyktos ladeó la cabeza.

—¿Y cómo es alguien... tipo Muerte?

—No podemos quedarnos mucho más —los interrumpí, medio temerosa de lo que pudiera decir Ezra.

—¿Tenéis que iros ya? —preguntó Ezra—. Mari está con su padre ahora mismo, pero debería volver pronto.

—De verdad que me encantaría verla, pero no podemos. —Eché un vistazo hacia las puertas—. ¿Dónde está...? —Me callé antes de preguntarlo. No necesitaba saber dónde estaba mi madre. No me importaba—. ¿Cómo está tu consorte?

—Perfecta. —Esbozó una sonrisa radiante que iluminó toda su cara. Ese era el aspecto que tenía ser *más*—. Está realmente perfecta.

—Bien. Me alegro de oírlo.

Me miró con ojos penetrantes y noté que había un montón de cosas que quería preguntar. Que quería decir.

—Yo... después de todo lo que pasó aquí, envié una misiva a las islas Vodina para preguntar por sir Holland, pero aún no he recibido contestación.

—Oh. —Sonreí—. Tengo entendido que está bien.

—¿De verdad? —Su mirada se afiló.

—Es la hora —intervino Nyktos para cortar la ristra de preguntas que Ezra seguro que tenía en la punta de la lengua.

Era duro, pero me levanté al instante.

—¿Volveré a verte alguna vez? —preguntó Ezra, igual que se lo había preguntado yo a Holland.

Le di una respuesta mucho más esperanzadora.

—Eso creo.

—Yo también lo espero. De verdad. —Su voz se volvió más emotiva—. Te echo de menos.

El aire que solté salió tembloroso.

—Yo también te echo de menos. —Di media vuelta y me apresuré a reunirme con Nyktos en las escaleras a medida que el ardor de mi garganta aumentaba.

—¿Sera? —Ezra se levantó al llamarme—. ¿Recuerdas lo que dijiste sobre las tierras afectadas por la Podredumbre? ¿Y por qué no podían utilizarse para construir casas para los que vivían en peores condiciones apelotonados en Croft's Cross?

Frunció el ceño.

—¿Sí?

—Ahí es donde están ahora Mari y su padre. En las tierras baldías. Van a construir casas. Nada extravagante, pero descubrí un montón de madera almacenada... la suficiente para empezar, al menos —me contó—. Fue idea tuya. Pensé que debías saberlo.



Cuando salí del Gran Salón me encontraba mucho mejor que cuando había llegado. Notaba el pecho más suelto, aunque la tristeza perduraba.

Esperaba volver a ver a Ezra. Y a Marisol.

Miré de reojo a la figura silenciosa a mi lado. Nyktos iba callado mientras caminábamos por el pasillo. Ya había levantado su capucha y yo también lo haría, en cuanto estuviésemos fuera.

—Me alegro de...

Doblamos la esquina y nos encontramos cara a cara con... ella.

Mi madre.

Me paré en seco.

Ella se detuvo.

Ninguna de las dos dijo nada mientras nos mirábamos. El gruñido grave de desagrado procedente de Nyktos me hizo percatarme de que había dado un paso atrás.

—Tienes buen aspecto —dije, saliendo de mi estupor. Y era verdad. Su pelo, solo un tono o dos más oscuro que el mío, estaba perfectamente recogido en un peinado elaborado. Una gema ámbar centelleaba en su cuello, y el vestido lavanda que envolvía su figura era perfecto para ella. No obstante, había sombras bajo sus ojos. Quizás unas cuantas arrugas más de las que recordaba.

Cruzó sus manos, unas manos desprovistas de joyas.

—Tú también. —La sorpresa estaba grabada a fuego en cada uno de sus rasgos; rasgos que compartía con ella, excepto por que todo en ella era más refinado. Reprimí la contestación cáustica que noté en la punta de la lengua —. Un guardia dijo que había llegado alguien con tu nombre —continuó, al tiempo que le lanzaba una mirada rápida e insegura a la figura que estaba a mi lado. Con la cara oculta, no tenía ni idea de quién estaba ahí—. No creí que fuese verdad.

—Pues lo era. —Planté una sonrisa tensa en mis labios. Ella también tendría preguntas, pero donde las de Ezra hubiesen estado motivadas por la

curiosidad, las de mi madre habrían tenido su origen en su convicción de que yo había fallado.

Y no quería ver eso llenando su cara una vez que la sorpresa se diluyera. No quería oírlo en su voz.

Ya lo había oído lo suficiente a lo largo de mi vida. No tenía ninguna necesidad de verla. Ni de oírla. Ni de volver a mirarla nunca más. Y me di cuenta de que ese era un alivio muy bienvenido.

—He venido a hablar con Ezra y ya lo he hecho. Ahora, debo irme. Si me excusas... —Pasé por su lado, dejando bastante distancia con ella, mientras ponía un pie delante del otro.

—Seraphena.

Me paré y levanté los ojos hacia Nyktos. No veía nada de su cara, pero su desagrado empezaba a convertirse en lo que él había dicho fuera: una entidad tangible, invisible pero perceptible. Despacio, me giré hacia mi madre.

—Yo... —Lanzó una mirada nerviosa en dirección a Nyktos—. No sabía que Tavius estaba planeando lo que hizo...

—Eso no importa —dijo Nyktos, al tiempo que retiraba la capucha.

Mi madre soltó una exclamación y se tambaleó hacia atrás, su mano revoloteó hasta su pecho. Se dejó caer de rodillas, el vestido lavanda arremolinado en el suelo cuando apoyó una mano temblorosa en el mármol.

—Alteza...

El labio de Nyktos se enroscó en una mueca de repulsa.

—Tenías que saber que tu hijastro era capaz de hacer daño a tu hija, y aun así... no hiciste nada para evitarlo. —El *eather* crepitó en sus ojos—. Su muerte no era la única que se debía ese día. El hecho de que aún respires se debe a una gracia que no mereces.

Palideció al tono de mi pelo.

—Gr... gracias —dijo, temblando.

—No me des las gracias a mí. No fui yo el que salvó tu vida. Yo quería acabar con ella. Para colocarte donde mereces estar, al lado de ese bastardo mortal al que hubieses coronado rey —aclaró Nyktos, y la esencia ondulaba ahora por toda su piel—. Fue tu *hija*. Por razones desconocidas para mí, me dijo que no lo hiciera. Es a ella a quien deberías pasar el resto de tu innmerecida vida dando las gracias.

Capítulo 23



Horas después de haber vuelto del mundo mortal y de haber pasado gran parte de la tarde entrenando con Bele, que había estado más que contenta de hacerme caer de culo repetidas veces, estaba completa y gloriosamente agotada.

Las puntas del pelo de Nyktos me hacían cosquillas en la mejilla mientras sus labios rozaban mi frente, su corazón latía tan deprisa como el mío. Me mordí el labio y mis uñas resbalaron por los músculos apretados a lo largo de su columna, y mi espalda se arqueó cuando él se estremeció por encima de mí y muy hondo dentro de mí.

Su gemido crudo y ardiente cuando se unió a mí en el clímax produjo un estallido de euforia ondulante a través de mi cuerpo, casi tan potente como las oleadas de placer que había experimentado solo unos momentos antes.

Y ese era un... un descubrimiento nuevo para mí... el éxtasis que venía de saber que él estaba igual de satisfecho que yo. No era como si no me hubiese importado si mis parejas anteriores encontraban placer o no. Era más bien que, bueno, nunca había pensado en ello.

Así que quizá *no* me había importado...

Pero cuando se trataba de Nyktos, sí me importaba.

Sus dedos fríos alisaron mi pelo húmedo al tiempo que depositaba un beso dulce en mi frente. Mi corazón dio un saltito absurdo.

Salió de mí y rodó hacia el costado, y yo lo eché de menos al instante.

Nyktos se quedó callado mientras su mano se deslizaba por la curva de mi hombro, a lo largo de mi clavícula, y luego más abajo, por encima de la punta

de mi pezón. Yo también me quedé callada, tumbada quieta mientras dejaba que él explorara. Deleitándome en ello.

Las ásperas yemas de sus dedos danzaron sobre un pezón fruncido, me sacaron un rápido jadeo antes de continuar su camino por las curvas y los valles de mi cuerpo. Encontraba un poco extraño que su contacto pudiese despertar mis sentidos de esta manera, que pudiera llevarme al borde del precipicio y al mismo tiempo proporcionarme una calma tan pacífica. Mis ojos aletearon antes de cerrarse y mis pensamientos deambularon en el silencio.

Nuestro viaje a Lasania estaba en primer plano de mi mente. Saber que Ezra tenías las cosas más que controladas era un enorme alivio. Giré la cabeza un poco hacia Nyktos.

—Sé que es probable que pienses que el viaje de hoy era innecesario.

—No creo eso.

—¿De verdad? —Abrí los ojos. La suave luz mantecosa del farol cercano proyectaba un resplandor cálido sobre la mitad de su cara—. Porque... creo que sabía... no, *sabía* que Ezra se estaría preparando pasara lo que pasare, aunque Holland no hubiese dicho nada. Pero tenía que asegurarme.

—Lo comprendo. —Sus espesas pestañas ocultaban sus ojos, cuya ávida mirada seguía el recorrido de sus dedos—. Y también comprendo que a lo mejor solo necesitabas verla.

Mi pecho se calentó y se hinchó. Era muy probable que *ese* hubiese sido el motivo de ir a verla, porque alguna parte de mí, un temor arraigado muy profundo, temía que no volvería a tener la oportunidad de verla nunca.

El plan de Nyktos funcionará, me repetí una y otra vez hasta que ese miedo disminuyó. Me aclaré la garganta, centrada en el hecho de que Nyktos no estaba irritado por el arriesgado viaje. Podría haberlo estado; como poco, podría haber señalado que había sido innecesario.

Por todos los dioses, sabía que yo seguramente lo habría hecho.

Lo cual me hacía sentir que tenía más de mi madre en mí de lo que querría reconocer. Me moví incómoda con la idea.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Nyktos, los dedos quietos de pronto en mi cadera. Posé los ojos en el techo.

—¿He proyectado algo?

—Sí. —Hizo una pausa—. Sabía ácido y... algo amargo.

Arqueeé las cejas.

—No estoy segura de en qué se traduce eso.

—En confusión —contestó—. Y vergüenza.

—Genial —musité, y noté que me sonrojaba—. Debes encontrarte a menudo con malos sabores en la boca.

—A veces. —Su mano se cerró alrededor de mi cadera—. ¿Me vas a contar en qué estabas pensando?

—¿Tengo que hacerlo?

Se rio un poco.

—No.

Fruncí los labios.

—¿Quieres que lo haga?

—No te lo hubiese preguntado si no quisiera, pero estoy seguro de que eso ya lo sabes.

Sí, lo sabía.

—Estaba... pensando en mi madre.

Nyktos se acercó más a mí de modo que su pecho tocara mi brazo y una de sus piernas rozara la mía.

—Desearía que no lo hicieras.

—Yo también. —Suspiré.

Sus dedos abandonaron mi cadera para ir donde varios rizos estaban enredados unos con otros sobre mi brazo. Empezó a desenredarlos.

—¿Es por lo que le dije?

—Por todos los dioses, no. —Mis ojos volaron hacia los suyos—. Desearía poder volver a ver el momento una y otra vez: cómo solo pudo mirarte boquiabierto mientras nos alejábamos.

Esbozó una leve sonrisa.

—Bueno, pero es probable que hubiese debido mantener la boca cerrada. Es tu madre. Te corresponde a ti lidiar con ella.

—Pero es que... no quiero lidiar con ella. Me he dado cuenta hoy. Por eso no... ya sabes, no discutí con ella. Sobre todo porque sabía que solo conseguiría cabrearme. Pero también porque... —Fruncí el ceño—. Porque simplemente no me importa. Mi confusión o mi vergüenza o lo que fuese que hayas detectado tenía que ver con haber pensado que hay partes de mí que son como ella. Y... no me gusta la idea.

—Creo que todos tenemos partes que son como nuestros padres, pero eso no significa que *seamos* ellos.

—Cierto —murmuré, al tiempo que me preguntaba por millonésima vez cómo sería mi padre.

—¿Y lo de que no te importe? No es necesariamente algo malo. —Enroscó un mechón de pelo en un dedo—. Solo porque alguien comparta

sangre contigo no significa que se merezca ni tu tiempo ni tus pensamientos.

—Tienes razón. —Lo miré con atención—. Tú, más que nadie, lo entendería.

Los dedos de Nyktos se detuvieron en torno al rizo.

—Sí, así es —dijo, y la repentina inexpresividad de la frase me alarmó—. Y es por eso que ninguno de los dos vamos a pasar ni un segundo más pensando en aquellos con los que, por desgracia, estamos emparentados.

Rodó su gran cuerpo encima del mío y entonces, en cuestión de segundos, ya no era capaz de pensar en nada más que en él y en la forma en que besaba. Y en cómo utilizaba su boca y su lengua. Sus dedos y su pene. Y borró esos otros pensamientos.

Incluso el miedo que se aferraba como una sombra y atormentaba como un fantasma.



A la mañana siguiente, con el pelo aún húmedo, lo fui recogiendo en una trenza mientras caminaba con Ector hacia la oficina de Nyktos. Según lo que me había dicho Orphine durante el desayuno, debía reunirme con el Primigenio ahí cuando estuviera lista. Puesto que el viaje al Valle no estaba programado hasta el día siguiente, esperaba que Nyktos quisiera satisfacer otra de mis exigencias.

Entrenar.

Pero no estaba segura, y no era como si hubiese tenido ocasión de preguntárselo a Nyktos esta mañana. Cuando desperté, el ya no estaba.

Ahora, usé una de las últimas cintas que pude encontrar en la sala de baño para atar la trenza, y tomé nota mental de preguntar por todas las demás que me había ido quitando Nyktos cada vez que deshacía mi trenza. Siempre se las ponía alrededor de la muñeca, pero después de eso no volvía a verlas. ¿Qué hacía con ellas? ¿Usarlas en su propio pelo? Me concentré en eso, en lugar de en la sangre que había visto antes al cepillarme los dientes. Me negaba a pensar en eso.

—Estás sonriendo —comentó Ector, que había bajado la vista hacia mí—. Me da la sensación de que debería preocuparme cuando lo haces.

Resoplé, divertida.

—No hay de qué preocuparse.

—Ajá.

Sentí que mi sonrisa se ensanchaba al empezar a bajar las escaleras y pensar en la noche anterior. Cada momento había parecido sacado de una especie de sueño salvaje. Nyktos había compartido la cena conmigo otra vez y luego nos habíamos compartido el uno al otro. Y cuando su gran corpachón temblaba tras el clímax, había vuelto a susurrar esa palabra contra mis labios.

Liessa.

Algo precioso.

Algo poderoso.

Reina.

Capté un atisbo de Lailah, que se metía por el pasillo de nuestra derecha cuando nosotros cruzábamos el vestíbulo, Reaver volando cerca de su hombro. Entonces giramos hacia la oficina de Nyktos y las brasas de mi pecho se calentaron y se menearon. Noté también un rápido movimiento como de aleteo en el pecho, que me hizo sentir un poco tonta y luego un poco *temeraria* cuando entramos en la oficina y vi a Nyktos en su mesa, escribiendo en el Libro de los Muertos. Tenía el pelo retirado de los afilados e impactantes ángulos de su cara.

Mi corazón dio un brinco cuando levantó la cabeza. Sus luminosos ojos plateados conectaron con los míos y, de inmediato, mi piel parecía más caliente de lo que debería. ¿Los estallidos de calor serían un síntoma del Sacrificio? Se lo preguntaría a Aios la próxima vez que la viera. No a Nektas, eso seguro.

—Llegáis en el momento justo. —Nyktos cerró el Libro de los Muertos y se levantó al tiempo que ataba el tomo con hilo de bramante. Iba vestido como en sus aposentos: nada de túnicas sofisticadas, solo una camisa negra holgada con las mangas enrolladas hasta los codos, y sus habituales pantalones de cuero. Se giró hacia el aparador—. Acabo de terminar.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Ector.

—No, pero no estaré disponible esta mañana. —Nyktos guardó el tomo mientras yo sentía una oleada de anticipación—. A menos que haya una emergencia.

—Entendido. —Ector me lanzó con disimulo una mirada pícara.

—Gracias —le dijo Nyktos al girar en torno a su escritorio.

Ector hizo una reverencia y, con un vistazo rápido en mi dirección, salió de la oficina y me dejó a solas con el Primigenio.

Las cosas parecían *diferentes*, de un modo inexplicable.

Necesitaba recuperar el control de mi corazón desbocado.

—¿Cuántas almas compartían, por casualidad, el mismo nombre hoy?

Nyktos me lanzó una pequeña sonrisa mientras cruzaba la oficina que hizo muy poco por apaciguar mi corazón.

—Esta mañana, ninguna.

—Supongo que era porque no estabas tan distraído. —Crucé las manos.

—Visto lo silencioso que estaba todo —dijo, justo cuando se paraba delante de mí y bajaba la vista hacia las curvas de mis pechos, ensalzadas por el chaleco— y que no había senos a pocos centímetros de mi cara, estaba bastante concentrado.

Reprimí una sonrisa.

—Bueno, deberías estar contento de ver que no hay ningún peligro de que mis pechos vayan a producir semejante distracción hoy.

—Siempre son una distracción —murmuró, y agarró mi trenza.

—Lo cual es más un defecto por tu parte que culpa de mis pechos.

Deslizó el pulgar por mi pelo.

—Eso me han dicho.

—Entonces, deberías saberlo —le dije. Disfrutaba de esa cháchara bromista y desenfadada; me recordaba al tiempo anterior a que se supiese mi traición.

Esa sonrisa rápida volvió a su cara. Pasó la trenza por encima de mi hombro para dejarla caer por mi espalda.

—Ven —dijo, al tiempo que daba un paso atrás y se dirigía a las puertas de la oficina.

Con una ceja arqueada, lo seguí al pasillo y luego por él en dirección a las escaleras traseras. Abrió una pesada puerta a nuestra derecha, la última al final del pasillo, y me asomé por su lado. No había nada más que un abismo negro.

—¿Qué es esto?

Giró la cabeza hacia un lado y una serie de antorchas se prendieron por la pared con una lluvia de chispas. Una detrás de otra, se encendieron para envolver las estrechas y empinadas escaleras de caracol en un resplandor ondulante y anaranjado.

—Unas escaleras.

Le lancé una mirada insulsa.

—Eres de gran ayuda.

—No creo que digas eso como cumplido. —Empezó a bajar las escaleras —. Pero me lo tomaré como tal.

—Tú mismo —murmuré, deslizando las manos por las paredes húmedas mientras descendía detrás de él. El olor mohoso y rancio que se acumulaba en

el espacio estrecho me recordaba al laberinto de cámaras bajo el castillo de Wayfair que conducía a túneles que luego se extendían por toda la ciudad.

—Te alegrará saber que, cuando Ascendas, podrás utilizar la esencia del mismo modo en que acabo de hacerlo yo —afirmó, con un gesto hacia las titilantes antorchas.

Contemplé la anchura de sus musculosos hombros, mis manos aún sobre la pared. Me gustaba lo confiado que se mostraba en el resultado de su plan. Era tranquilizador.

—¿O sea que podré encender fuego con mi mente, proyectar luz y moverme superrápido sin apenas esfuerzo?

—No podrás generar electricidad. Eso es algo que solo un Primigenio puede hacer, pero ¿encender fuegos y moverte rápido? Sí. Y eso es algo que no haces con la mente. Lo haces con tu *voluntad*.

Seguía los giros bruscos de las escaleras con una soltura que sugería que este era un espacio bien conocido para él.

—Suenas como que esas dos cosas son lo mismo, pero lo que tú digas.

—No lo son. Tu mente necesita pensar. Necesita tiempo. Tu voluntad solo es. Es algo inmediato.

Hice una mueca hacia su espalda.

—Sea como fuere, voy a ser muy perezosa.

Nyktos se rio entre dientes.

—Cuidado —me advirtió, y se giró para tomar una de mis manos de la pared—. Este último escalón de aquí es bastante alto. Como palmo y medio o así.

Las brasas dieron unos brinquitos alegres en respuesta a su contacto. O quizá fue mi corazón. Ya no estaba segura. Agarrada a su mano, bajé el último escalón, directa a la boca de un pasillo ancho iluminado por antorchas.

Se me comprimió el pecho al ver las paredes húmedas de piedra umbría y los barrotes. Las *filas* de barrotes del color de huesos descoloridos a ambos lados del pasillo. Celdas.

—¿Debería preocuparme?

Fue el turno de Nyktos de lanzarme una mirada insulsa.

—De verdad que espero que esa no sea una pregunta seria.

No dije nada mientras observaba los barrotes que cerraban las celdas. No eran del todo lisos o rectos. Algunos eran retorcidos y, dentro de las celdas, vi cadenas que se parecían a los barrotes. Empecé a caminar hacia ellas al darme cuenta de que tenían cosas grabadas. Símbolos.

—Meterte ahora en una celda, después de todo —dijo, y me impidió seguir avanzando pues aún no había soltado mi mano—, y sobre todo después de cerrar contigo lo que es probable que sea un trato desacertado pero muy entretenido no tendría mucho sentido, ¿no crees?

Giré la cabeza hacia él, despacio.

—¿Desacertado?

Sus ojos centellearon a la luz del fuego.

—También he dicho «muy entretenido».

Empecé a señalar que una cosa no borraba lo que había dicho antes, pero entonces recordé otra cosa que también había dicho: que su atracción hacia mí y el trato subsiguiente de placer por placer que habíamos hecho era algo que consideraba una distracción. Aunque yo empezaba a pensar que *distracción* era una palabra en clave para *afecto*.

Y sabía lo que Nyktos pensaba que les ocurriría a aquellos por los que se permitía preocuparse o sentir afecto.

Parte de mí también empezaba a pensar que esa era la verdadera razón de que hubiese hecho que le extirparan el *kardia*: no para protegerse a sí mismo sino para proteger a los demás.

Me giré otra vez hacia las celdas y corté en seco la oleada de tristeza antes de que él pudiera detectarla.

—¿Los barrotes? ¿Soy yo o se parecen a huesos de verdad... igual que las cadenas?

—Lo son —Nyktos echó a andar y me llevó con él—. Huesos que una vez pertenecieron a dioses o a hijos de dioses.

Hice una mueca de asco.

—¿Como los que sepultaron a los del Bosque Rojo? —Nyktos asintió—. ¿Qué hay tallado en ellos?

—Conjuros primigenios que los hacen muy difíciles de romper —explicó, mientras continuamos andando por el pasillo de celdas que daba la impresión de no tener fin. Tenía que haber docenas—. Los huesos contendrán incluso a un Primigenio, una vez debilitado. La única cosa sobre la que no tienen efecto es sobre un ser de dos mundos.

—Vida dual. Como los *drakens* —murmuré, al recordar que me había dicho algo por el estilo una vez—. ¿Dijiste que tu padre había creado otros seres como los *drakens*?

—Sí, creó más formas de vida dual —confirmó Nyktos cuando llegamos al final del pasillo, donde se bifurcaba en otros dos. Me condujo hacia la izquierda, donde una espada de piedra umbra sujetaba una puerta abierta: la

espada atravesaba la madera y estaba incrustada en la piedra detrás de ella. Fruncí el ceño en dirección al arma y negué con la cabeza—. Pero los *drakens* son como los *Arae*. Los dragones de los que proceden son de antigua creación. Lo que mi padre creó después de los *drakens* fueron dioses, y si alguna vez se creasen más seres de vida dual, esos también serían una especie de dioses.

—¿Qué otras criaturas de vida dual creó?

—Hay solo dos. Unas que pueden adoptar la forma de grandes felinos. Se llaman *guivernos* y, por lo general, pueden encontrarse en Sirta. Son luchadores feroces en ambas formas, y la mayoría de los dioses saben que no deben dejarse arrinconar por un guiverno cabreado.

No me sorprendió que unos dioses que podían adoptar la forma de semejantes depredadores pudieran encontrarse en la corte de Hanan.

—Y después están los *ceeren* —continuó, y no pude evitar preguntarme si era consciente de que no había soltado mi mano—. Suelen encontrarse en las islas Triton.

Contuve la respiración de golpe.

—¿Viven en el agua?

—Pueden hacerlo. —Arqueó una ceja—. ¿Has oído hablar de ellos?

—He oído historias sobre ellos. Historias viejas. Leyendas de marineros seducidos por criaturas preciosas en medio del mar que eran mitad mortales, mitad... pez. —Arrugué la nariz—. No estoy muy segura de cómo se puede ser mitad pez.

Sonrió mientras pasábamos por delante de varias cámaras más burdas que supuse que estaban destinadas a convertirse en más celdas. Solo un puñado tenía puertas, y procuré no pensar en lo profundo bajo tierra que debíamos estar.

—Sí, son criaturas únicas de ver cuando adoptan esa forma. Estoy seguro de que las verás antes o después.

Tenía muchas ganas de ver a un *ceeren*.

—¿Y esos son los únicos que pueden cambiar de forma?

Apareció una leve sonrisa.

—Algunos Primigenios pueden, y unos pocos dioses. —Nykto se detuvo al final del pasillo, empujó una puerta para abrirla, soltó mi mano y entró—. Hemos llegado.

Las llamas de docenas de apliques de pared proyectaban un suave resplandor por toda la amplia cámara, que parecía tallada en piedra umbra, las paredes no tan lisas como los suelos de los pisos de arriba. A un lado, había

una especie de mesa de piedra que salía de la pared, un poco más alta que mi cintura, pero lo que había en medio de la sala fue lo que llamó y retuvo mi atención. Caminé despacio hacia ahí. Era un... una gran extensión de agua. Como un lago, pero no.

La puerta se cerró detrás de mí y Nyktos se reunió conmigo.

—Es un estanque —explicó.

—¿Un estanque? —repetí, las manos cruzadas debajo de la barbilla.

—Sí, como una bañera muy grande. Este extremo —dijo, e hizo un gesto hacia donde el agua resbalaba sobre varios escalones— es bastante poco profundo, pero se va haciendo más hondo poco a poco. En el otro extremo, donde llega a cubrir incluso por encima de mi cabeza, unos pequeños molinos mantienen el agua en movimiento, y los minerales que se desprenden de la piedra umbra ayudan a preservar el agua limpia y fresca. —Eché la cabeza atrás para contemplar el techo bajo—. Encima de nosotros están las cocinas, cuyos fuegos ayudan a mantener esta cámara caldeada. Es lo más cercano que pude conseguir a un lago.

Lo miré a toda velocidad.

—¿Tú creaste esto? ¿Con *eather*?

—Emplear esa cantidad de energía para crear algo como esto podría haber desestabilizado el palacio entero. No, esto lo hicimos a mano —dijo, y abrí los ojos como platos—. No lo hice solo. Rhain y Ector ayudaron a excavar la piedra. Incluso Saion y Rhahar echaron una mano a lo largo de los años. También Nektas. —Esbozó otra sonrisa—. Bele se dedicó más bien a quedarse a un lado y a supervisar las obras.

Me reí al oír eso.

—¿Cuánto tiempo tardasteis?

—Muchos años, pero mereció la pena. —El orgullo tiñó su tono—. Sobre todo cuando cuesta dormir o la mente necesita un sitio tranquilo.

Levanté la vista hacia él, que había deslizado la mirada hacia las aguas oscuras y centelleantes que tanto me recordaban a mi lago. Me pregunté con qué frecuencia desaparecía en este lugar, un sitio que supe que era especial, basada en su tono y en cómo lo contemplaba. Quizás incluso fuese un poco sagrado para él. También me pregunté por qué habría decidido enseñármelo.

Echas de menos tu lago, ¿verdad?

Ese movimiento fugaz, como un aleteo, volvió a mi pecho. Volví a posar los ojos en el estanque.

—¿Por qué ibas a mi lago si tenías esto?

Nyktos se quedó callado durante tanto tiempo que lo miré. Seguía con los ojos fijos en el estanque.

—Porque era tu lago.

Capítulo 24



De todo lo que había esperado que dijera, eso ni siquiera estaba en la lista.

—¿Qué quieres decir? —Giré el cuerpo hacia él—. Cuando me viste en mi lago, parecías sorprendido de que estuviera ahí.

—*Estaba* sorprendido de que estuvieras ahí. —Bajó la vista hacia mí—. En las muchas ocasiones que había ido, no habías aparecido nunca.

—Pero ¿sabías que era mi lago antes de esa noche?

—Sí.

Arqueeé las cejas.

—Voy a necesitar un poco más de explicación.

Se quedó callado un momento.

—Antes de que mi padre muriera, me contó lo del trato que había hecho con tu antepasado. No me dijo por qué, pero creo que lo habría sabido aunque no me lo hubiera contado.

—¿Debido a cómo habían cambiado las Tierras Umbrías?

Nyktos negó con la cabeza.

—Eso era lo que pensaba hasta que me enteré de lo de las brasas. Te sentí... o al menos la brasa que me pertenecía. —Ladeó la cabeza al tiempo que pellizcaba su labio inferior con los colmillos—. Encargué a Lathan y a Ector que te vigilaran a partir de tu diecisiete cumpleaños, pero yo... había ido a verte ya antes. Sentía curiosidad por ti. —Sus ojos se cruzaron con los míos—. Te había visto cruzar el bosque. Sentarte al lado del lago. Nunca me quedé demasiado tiempo, así que nunca te vi hacer nada más que meter los pies en el agua, pero sabía que ibas ahí.

—No tenía ni idea —murmuré, sorprendida—. De verdad que tengo que ser más observadora. —Nyktos me lanzó una mirada irónica—. ¿Por qué no me hablaste nunca? —pregunté.

—¿Por qué? —Soltó una carcajada ronca y se pasó una mano por el pelo—. Porque aunque puede que sea el Primigenio más joven, más joven incluso que la mayoría de los dioses, tú eras una niña y yo era un hombre adulto, según los estándares mortales. Tienes que saber que es muy probable que te hubiera inquietado que se te acercara un hombre desconocido en el bosque.

Lo pensé un poco.

—En verdad, sí, eso habría sido muy siniestro.

—Exacto.

—¿Y observar cómo paseaba por el bosque no es siniestro? —Crucé los brazos. Sus ojos volvieron al estanque.

—Creo que rayaba en lo siniestro.

Se me escapó una risita callada.

—Te estoy tomando el pelo. Si yo fuese tú, también habría sentido curiosidad. Excepto por que es probable que a mí me hubiera dado igual ser siniestra y habría hablado contigo. —Nyktos sonrió al oír eso—. En cualquier caso, eso no contesta a por qué te molestabas en ir a mi lago cuando tenías esto. —Asentí en dirección al estanque—. Venir aquí tiene que ser mucho más fácil que entrar en el mundo mortal, aunque puedas hacer eso de sombrambular.

—No sé. El lago es diferente y yo... —Frunció el ceño y se rascó la mandíbula—. Supongo que me sentía atraído por él. Atraído por ti.

—¿Debido a la brasa?

—Quizá. —Se aclaró la garganta—. Sea como fuere, había tenido la intención de enseñarte esto porque sé que te gusta el agua, pero si te lo hubiese enseñado antes, habría tenido que...

Habría tenido que explicarme por qué había creado algo así. Sus visitas a mi lago. Lo de observarme. Y no había estado preparado. Miré hacia atrás, hacia el estanque. Además, me daba la impresión de que este sitio era un santuario para él, aunque lo utilizaran otras personas. Igual que mi lago lo había sido para mí. Compartir esto era otra cosa que no había estado preparado para hacer.

Hasta ahora.

Respiré hondo, asombrada y... *conmovida*.

Nyktos se giró hacia mí.

—Enseñarte este estanque no es la única razón por la que te he traído aquí. ¿Recuerdas cuando te dije que había formas en las que podíamos extraer el *eather* otra vez de ti? ¿Ver cómo puedes utilizarlo?

Hasta el último rincón de mi ser se centró en eso, tras archivar en mi mente todo lo que me había contado para pensar en ello más tarde.

—Sí.

—Pensé que podíamos intentarlo esta mañana. Y este es un lugar al que muy pocas personas aparte de mí se aventurarán. Así que no debería haber ningún riesgo de que nadie más vea lo que eres capaz de hacer o de que quede sin querer atrapado entre fuego cruzado.

Le emoción zumbaba a través de mí, así como un pelín de agitación.

—¿Estás seguro de que no puedo hacerte daño?

Nyktos asintió.

—Hace falta un poco más que un fogonazo de *eather* para hacer daño a un Primigenio.

—Pero te hice daño.

—Fue solo una punzada.

—Puso tu piel fría otra vez.

—Fue una punzada gélida —se corrigió—. No me vas a hacer daño, Sera. Ni siquiera sabemos si vas a volver a tener un arrebató así. —Sus ojos centelleaban—. Pero si te comportas, entonces quizá puedas nadar un ratito.

—¿Si me comporto? —Mis cejas salieron disparadas hacia arriba mientras hacía caso omiso de la emoción alegre ante esa perspectiva—. ¿Como si fuese una niña a la que has observado de un modo siniestro mientras paseaba por el bosque?

—Justo. —Sus labios querían sonreír—. ¿Eso te ha hecho sentir como que podrías conjurar la esencia?

—No, pero me ha hecho sentir como que debería darte un puñetazo. —Lo miré con los ojos entornados—. ¿Acabas de intentar engatusarme para que usara el *eather*?

—Sip.

Me reí.

—Oh, vas a tener que hacerlo mejor que eso. Hace falta mucho para enfadarme.

—Quiero que repitas lo que acabas de decir y te preguntes si es verdad —contestó. Frunció los labios.

—Deja que lo diga de otra manera: hace falta mucho para enfadarme *tanto*. Tengo mucho más control del que imaginas.

Había esperado algún tipo de respuesta sarcástica (y con razón), pero no hubo ninguna. Nyktos me miró durante un instante.

—Déjame ver tu daga.

—¿Cómo sabes que la llevo?

—Siempre la llevas, Sera. Dámela. —Hizo una pausa, la mano extendida—. Por favor.

—Odio cuando dices «por favor» —refunfuñé. Me incliné hacia delante, metí la mano en la caña de mi bota y saqué la daga antes de enderezarme.

—Qué cosa más extraña para odiar.

La deposité con el mango por delante en la palma de su mano.

—Sí, eso parece.

—Gracias. —Nyktos giró con brusquedad y lanzó la daga.

Me quedé boquiabierta mientras volaba por el aire, hasta incrustarse en la pared por encima de la mesa con tal fuerza que el mango se quedó ahí vibrando.

—¿Qué demonios? —Mi cabeza voló hacia él—. Ahora sí que me estás irritando.

Nyktos sonrió, y eso también fue irritante.

—Ahora mismo, la esencia está atada a emociones extremas. Será distinto cuando hayas Ascendido, pero antes de eso, puede manifestarse cuando estás muy enfadada o frustrada. Tristeza extrema. Dolor. —Empezó a caminar en círculo a mi alrededor, como había hecho en el patio—. Tengo la sensación de que si te derroto en una pelea, acabarás bastante frustrada.

—¿Y por eso has tirado mi daga contra una pared?

—He tirado la daga contra la pared porque no quiero que me apuñales otra vez; tampoco quiero que me cortes más el pelo. —Abrí la boca—. Y no intentes decirme siquiera que no me apuñalarías —se me adelantó—. Porque lo harías.

—Eres tan sabelotodo —mascullé, y empecé a imitar sus movimientos. Nyktos esbozó una sonrisilla de suficiencia.

—Si conseguimos sacar el *eather* de ti otra vez, entonces podremos pasar a usos más controlados.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —Me acerqué más a él—. ¿Luchar cuerpo a cuerpo hasta que me frustre y utilice las brasas?

—Me da la sensación de que solo voy a conseguir cansarte antes, pero ese es el plan.

Levanté la mano derecha y extendí mi dedo corazón, aun cuando la adrenalina había empezado a surcar mis venas. Era probable que Nyktos

tuviese razón, pero echaba de menos entrenar. Pelear.

—Por si desconoces el significado de eso: que te follen.

Nyktos se rio bajito.

—Si te comportas, a lo mejor te follo yo a ti.

Una oleada de calor muy inapropiada recorrió todo mi cuerpo. Echaba chispas por los ojos cuando me abalancé sobre él. Columpié el brazo hacia...

Nada.

Me tambaleé en el espacio vacío donde había estado Nyktos hacía un segundo. Recuperé el equilibrio antes de caer y levanté la vista.

Estaba a varios pasos de mí.

—Vas a tener que ser más rápida que eso.

Solté un bufido ya indignado y me lancé a por él otra vez. Di una patada... nada más que al aire. Empecé a girar cuando sentí un roce suave por el centro de la espalda. Di media vuelta al tiempo que lanzaba un codazo hacia atrás, pero él se había alejado de mí otra vez con ese sombrambular.

—Un día, voy a sombrambular mi puño directo a tu cara —le advertí.

Nyktos se echó a reír.

—¿Significa eso que en realidad no tienes pensado tirar tu vida a la basura?

Rechiné los dientes y avancé. Sabía que me estaba haciendo rabiar a propósito. Quería que me enfadase y estaba empezando a funcionar.

—¿Sabes lo que creo?

—¿Hmm? —Nyktos bajó la vista hacia su camisa, retiró de ella una pelusa.

—Creo que no haces más que sombrambular porque sabes que te acabaré dando un puñetazo o una patada si dejas de hacerlo.

—Lo sé. —Me guiñó un ojo—. Pero esto es más divertido.

Nyktos desapareció justo cuando columpié el brazo, solo para reaparecer detrás de mí. Continuó de ese modo durante un rato y yo empecé a sudar. No me moví cuando lo sentí detrás de mí, a sabiendas de que sombrambularía antes de que pudiera responder.

—¿Ya te estás cansando? —preguntó.

—Un poco —susurré. Se produjo un momento de silencio.

—Podría ser por el Sacrificio...

Giré en redondo para darle una patada. Esta vez sí lo alcancé: mi bota impactó contra su estómago. Nyktos soltó un quejido gutural mientras se tambaleaba hacia atrás. Sus ojos brillantes se cruzaron con los míos.

—Meros truquitos.

Con una sonrisa, me lancé a la carga y, esta vez, cuando desapareció, supe a dónde iría. Giré en redondo y levanté la rodilla a toda velocidad. Nyktos me bloqueó.

Chasqueó la lengua bajito.

—Nunca serás lo bastante rápida. —Entonces se movió, para acabar detrás de mí. Un brazo se cerró en torno a mi cintura y luego me alejó haciéndome girar sobre mí misma—. Da igual cuánto lo intentes. —Recuperé el equilibrio y empujé la trenza por encima de mi hombro mientras mi corazón empezaba a acelerarse. Sombrambuló delante de mí en lugar de detrás, como había esperado, y me agarró de la barbilla. No me hacía ningún daño—. Soy un Primigenio.

—Enhorabuena —escupí. La palabra despertó un recuerdo que hizo que las brasas de mi pecho vibraran cuando alargué los brazos hacia él, solo que esta vez, estaba cerca del borde del estanque.

Me di cuenta de pronto de que esto era lo que había estado haciendo Taric. Cuando me enfrenté a él en el salón del trono. Recordar eso sí que me cabreó. Porque había estado totalmente indefensa entonces. Pelear con él ni había tenido ningún sentido. No había sido lo bastante rápida. Igual que no lo era ahora. La grieta de mi pecho vibró; la sensación era más y más fuerte mientras continuábamos peleando. Nyktos me lanzaba pullas y yo era demasiado lenta. Pasó una y otra vez, hasta que mi pecho y mi piel parecían un fuego.

Nyktos sombrambuló una vez más. Luego estaba detrás de mí y cerró los brazos a mi alrededor antes de que pudiese respirar siquiera.

—Maldita sea —gruñí.

Su risa fue ronca cuando tiró de mí hacia atrás contra su duro pecho.

—Ahora, ¿cómo te soltarías de mi agarre? No puedes agarrar esa daga ni ninguna otra arma, aunque las tuvieras. ¿Qué harías?

Forcejeé contra su agarre, pero solo conseguí que me pegara más a él.

—¿Gritar muy fuerte?

—No.

—¿Suplicar? —sugerí, y me puse tensa al sentir su aliento contra el lado de mi cuello.

—Hay muy pocas cosas por las que me interesaría oírte suplicar, y tu vida no es una de ellas —musitó—. Puedo sentir cómo la esencia aumenta en tu interior. Está ahí. Cargando el aire. Puedes invocar al *eather*. Desear que se manifieste en forma de energía que podría liberarte de mi agarre. No me harás daño.

O también la había sentido. Palabra clave: *había*.

—No me preocupa nada hacerte daño.

Su aliento frío acarició mi oreja.

—Entonces, ¿qué te impide actuar?

—Esas pocas cosas por las que te interesaría oírme suplicar.

Nyktos se quedó callado detrás de mí.

Sonreí y apreté la cabeza hacia atrás contra su pecho. Sabía que debería estar concentrada en esto, pero no podía conjurar esas brasas, aunque sintiese su poder. Y ahora me sentía impulsiva.

Y más que un poco temeraria.

—Apuesto a que puedo adivinar al menos una de esas cosas —le dije. Hubo un momento de silencio.

—¿Y cuál sería?

—No sé si debería decírla. —Giré la cabeza hacia él—. Puede que sea demasiado atrevida.

—No hay ni una sola parte de mí que crea que estés preocupada por ser demasiado atrevida.

—Pero puede que encuentres que oírme hablar de ello... te distrae.

Los brazos de Nyktos se recolocaron un poco a mi alrededor. Tiró de mí hasta que estuve de puntillas, inclinada hacia atrás, solo unos centímetros, pero noté la dureza contra mis riñones.

—Ya estoy distraído.

Me mordí el labio de abajo y el calor inundó mi sangre.

—Puede que acabes *más* distraído.

—Dime por lo que crees que me gustaría oírte suplicar —me ordenó, su voz llena de seda y sombras—. ¿O eres tú la que se ha convertido en poco más que labia?

Me reí, el sonido profundo y seductor. Me estiré todo lo que pude, acerqué la boca a la suya.

—Tu *pene* —susurré, y entonces le di un pisotón. Con todas mis fuerzas.

Nyktos gruñó, seguramente más por la sorpresa que por dolor, pero su agarre se aflojó y yo aproveché para retorcerme y soltarme de su abrazo. Me alejé y luego me volví para mirarlo. Retrocedí un poco más por el suelo de tierra compactada y piedra.

—Así es como me soltaría.

El *eather* inundó sus ojos mientras esa exuberante boca carnosa se curvaba por los lados.

—¿Ese es tu gran plan de batalla cuando no tengas acceso a armas? ¿Hablar de penes?

—Si funciona, ¿por qué no? —Lancé una mirada significativa al grueso bulto claramente visible en sus pantalones de cuero—. Y esta vez desde luego que ha funcionado.

—Quizás un poco demasiado bien.

—¿Ah, sí?

Nyktos no dijo nada, pero vino hacia mí en ademán depredador. La emoción de la anticipación bombeaba ardiente a través de mí, se mezcló con la adrenalina. Esperé hasta que estuviera a poco más de un palmo de mí. Entonces di un paso rápido a la izquierda y me colé por debajo de su brazo. Él giró en redondo y me agarró, olvidado ya el sombrambular.

Tiró de mí hacia él una vez más, mi espalda contra su pecho, un brazo cruzado por encima de la parte superior de mi pecho.

—Eso ha sido demasiado fácil, Sera. —Su otra mano aterrizó sobre mi bajo vientre y di un respingo—. No creo que estés intentando evitar en serio que te atrape.

Se me cortó la respiración cuando su mano se deslizó hacia abajo, por encima de las cintas que discurrían por la parte delantera de mis pantalones.

—¿Tú qué piensas? —continuó, pero yo no podía ni pensar—. Yo diría que es obvio. —Su mano continuó su descenso, se coló entre mis piernas. Una aguda punzada de deseo me recorrió entera—. Querías que te atrapara.

Se me escapó un gemido entrecortado cuando sus dedos presionaron contra el centro de mi ser.

—No me gusta que me atrapen. —Mis caderas se sacudieron cuando sus dedos empezaron a trazar círculos apretados—. Nunca.

Nyktos se rio.

—Mentirosa.

Era verdad que mentía. También estaba empezando a jadear, y no tenía nada que ver con el entrenamiento. Me estremecí, aferrada al antebrazo cruzado sobre mi pecho mientras sus dedos seguían frotándome por encima de mis pantalones.

—Aunque que te atrapen de este modo no está tan mal. —Me tragué un gemido cuando sus dedos presionaron justo contra el sensible haz de nervios—. ¿Todos los Primigenios luchan de esta manera?

El sonido que hizo Nyktos contra mi espalda no debería haberme excitado, pero lo hizo, y sonreí. Tiré de su antebrazo al tiempo que estiraba la

pierna hacia atrás y la enroscaba alrededor de la suya. Me retorcí con fuerza en un intento por quitármelo de encima.

—Movimiento equivocado —gruñó. Me levantó en volandas y nos giró hacia la vieja mesa de piedra—. Pero esta vez tampoco creo que lo hayas intentado con demasiado ahínco.

Solté una exclamación cuando me empujó hacia abajo hasta que mi estómago estuvo adherido a la mesa. Mis pies apenas rozaban el suelo y empecé a darme la vuelta, pero de repente él estaba sobre mí, su pecho contra mi espalda y sus piernas enredadas con las mías. Metió el antebrazo derecho entre mi mejilla y la piedra, y todo lo que veía eran sus nudillos blancos y mi daga, que seguía incrustada en la pared por encima de mí.

Estaba atrapada.

Mis dedos se enroscaron contra la áspera piedra mientras esperaba a que el pánico me golpeará y mi pecho se comprimiera. Pero cuando aspiré una bocanada de aire, todo lo que pude saborear fue su aroma cítrico. Todo lo que pude sentir fue a Nyktos detrás de mí, cómo su pecho subía y bajaba contra mi espalda, cómo su aliento rozaba mi mejilla y sus caderas empujaban contra mi trasero. El pánico no me encontró en absoluto. Lo único que lo hizo fue un aluvión de deseo, caliente e impactante.

El pecho de Nyktos se hinchó de pronto contra mi espalda.

—Te gusta —dijo, y sonaba un poco asombrado, quizás incluso consternado. Pero también sonaba muy *interesado* cuando llevó una mano a mi cadera—. Te gusta de *este modo*.

Estaba atrapada. Dominada. Vulnerable a sus caprichos. Y... no solo me gustaba. Me *encantaba*. Noté la humedad del deseo entre mis piernas, porque eran *sus* caprichos a los que estaba *abierta*. Era él el que estaba tomando el control.

—*Saboreo* tu deseo. —Los labios de Nyktos rozaron mi mejilla—. Especiado. Ahumado. —Gruñó al tiempo que empujaba con sus caderas. Me estremecí al sentirlo—. Ni siquiera tengo que intentar leer tus emociones.

Mis dedos temblaron contra la piedra cuando esa maldita mano suya encontró el camino entre mis muslos una vez más. Cerré los ojos y me restregué contra sus dedos.

—Sí... me gusta.

—¿Por qué? —Había curiosidad en su tono y eso suavizó por un momento el filo duro como el granito de la lujuria en su voz—. Dímelo.

Al aire que inspiré le costó llegar a mis pulmones, y tenía todo que ver con la forma en que me tocaba.

—Yo... —Gemí mientras él seguía con sus juegos de manos—. No lo sé.

—Creo que sí que lo sabes. —Su mano fue a las cintas de mis pantalones, encontró el nudo. Dio unos tironcitos y luego la cintura se aflojó... igual que todos mis músculos—. O quizás esté equivocado y de verdad no lo sepas. —Metió la mano entre las solapas de los pantalones y debajo de la ropa interior. Y entonces sus dedos estaban presionando contra la humedad, presionando contra mí—. Pero en lo que no me equivoco es en que esto te gusta.

No, no se equivocaba para nada.

Gemí cuando introdujo un dedo. Luego otro. Con la forma en que sus piernas estaban encajadas entre las mías, estaba abierta a él, y había muy poco que pudiera hacer con su peso inmovilizándome. Otro pulso de deseo rodó a través de mí.

—Me gusta... —Gemí cuando su peso se asentó aún más sobre mí. Mis piernas apretaron las suyas y agarré su puño cerrado apoyado en la mesa.

—¿Qué es lo que te gusta? —Su voz era un susurro acalorado contra mi oreja—. ¿Que te dominen?

Todo mi cuerpo se estremeció cuando la tensión se enroscó de manera lujuriosa en la boca de mi estómago.

—Me gusta... *someterme a ti*.

—*Joder*. —Su cuerpo se sacudió con un resoplido tembloroso—. Tú nunca te sometes a mí.

Giré la mejilla, abrí los ojos y su mirada conectó con la mía de inmediato.

—Ahora me estoy sometiendo.

El *eather* se filtró hasta las venas de sus mejillas cuando sus dedos se detuvieron dentro de mí.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Ahora? ¿Así?

Me sonrojé.

—Creo que puedes sentir que así es.

Sus dedos se enroscaron un pelín dentro de mí y me arrancaron un agudo grito de placer.

—Sí, lo siento.

Tragué saliva.

—Sé que puedo permitir que esto ocurra —susurré, y ni siquiera estaba segura de si él entendía lo que estaba diciendo. Lo que quería decir.

Nykto se quedó muy quieto, luego metió y sacó los dedos un par de veces más, y después se separó un poco.

—Creo que lo entiendo.

¿Lo entendía? ¿Entendía que quería... no, que *necesitaba* control en mi vida? En las decisiones que tomaba, sin importar si eran muy importantes o no. Que no me dejaría dominar en una conversación, ni me sometería a la autoridad o en una batalla. Pero ¿con él, con *esto*? Podía. Podía relajarme y dejar que me tomara porque sabía que estaba a salvo con él. Porque... confiaba en él. Me sostuvo la mirada mientras bajaba mis pantalones y mi ropa interior hasta mis rodillas, hasta donde podían ir. No apartó la mirada mientras abría sus propios pantalones y los bajaba justo lo suficiente para sujetar su pene en la mano. Ni parpadeé cuando sentí la cabeza contra mi culo y luego cuando empujó dentro de mí.

Y supe entonces, sin ninguna duda, que lo entendía.

Se inclinó sobre mí, su pecho besaba mi espalda mientras su pene me expandía, me llenaba.

Y esto no tuvo nada que ver con la última vez.

Ni con las veces anteriores a esa.

Nyktos me tomó por detrás, su gran cuerpo me tenía encajonada a medida que cada embestida llegaba más profundo, casi como un castigo en su placer. Atrapada como estaba entre él y la piedra, no podía moverme. Y sí me gustó el completo control que él tenía, el dominio crudo de su agarre y de sus embestidas que hacían que el placer se intensificara y palpitara como loco. Sus respiraciones salían en gruñidos cortos contra mi mejilla, clavé las uñas en su mano.

Quizás haya sido el creciente placer el que soltó mi lengua. O lo aislado de la cámara tan lejos bajo tierra, con el suave sonido del agua del estanque y la libertad de no necesitar controlar nada. Fuera lo que fuere, empecé a susurrar peticiones escandalosas en nuestro aliento compartido. Palabras que jamás le había dicho a nadie.

Más fuerte.

Tómame.

Fóllame.

Y lo hizo. Me tomó más fuerte y más rápido, me folló. La mano debajo de la mía se abrió, sus dedos se entrelazaron con los míos. Sujetó mi mano mientras sus caderas embestían y apretaban contra las mías, y su respiración abandonó mi mejilla. El único preaviso que tuve fue el roce de su nariz, y entonces sentí el arañazo en el lado de mi cuello. No perforó mi piel ni me hizo sangre, pero la sensación de sus colmillos, afilados y preparados a la altura de mi vena, me hizo caer por el precipicio. El clímax fue casi demasiado. Me rompí de un modo que rayaba en lo doloroso, y él cayó

después, apretando su cuerpo contra el mío con tal fuerza que no había ni un pelo de espacio entre nosotros. Nada.

El cuerpo de Nyktos aún se estremecía cuando empezó a ralentizar sus movimientos detrás de mí; la presión de sus colmillos contra mi piel intacta se aflojó.

—Siempre estarás a salvo conmigo, *liessa* —me susurró.

Capítulo 25



Debí de comportarme muy bien, porque un rato después nos metimos en el estanque.

El agua, oscura como la medianoche, estaba más caliente que la de mi lago, pero seguía siendo refrescante. Avancé por el resbaladizo estanque bajo la atenta mirada de Nyktos. Se mantuvo cerca de mí, como si temiera que me aventurase demasiado lejos y me ahogara. Me pregunté si los minerales que había mencionado aliviarían mis músculos doloridos. Me permití sumergirme bajo la superficie para deleitarme en la sensación del agua discurriendo por mi cara y por encima de mi cabeza. O quizá fuese el orgasmo. Sonreí debajo del agua. Puede que fuesen las dos cosas. Permanecí bajo el agua, los ojos cerrados y los brazos abiertos a los lados, flotando...

Un pecho frío tocó el mío y me sobresalté. Los brazos de Nyktos se cerraron en torno a mi cintura y me izaron. Abrí los ojos cuando mi cabeza salió a la superficie. Aferrada a sus hombros, aspiré una gran bocanada de aire y levanté la vista hacia él.

Retiró de mi cara el pelo mojado pegado a mis mejillas.

—Empezabas a preocuparme.

—Perdona. —Me puse roja. No había pensado en lo que vería otra persona cuando me mantenía así debajo del agua—. No me había dado cuenta de que había estado ahí abajo tanto tiempo.

Sus ojos buscaron los míos.

—Han sido casi dos minutos.

Arqueé las cejas, sorprendida.

—¿Llevabas la cuenta?

Asintió y bajó el brazo de mi cintura mientras deslizaba la mano por mi mandíbula.

—¿Por qué haces eso?

—La... la verdad es que no lo sé. —Me mordí el labio mientras retrocedía un poco. El agua ahí me llegaba hasta el pecho, pero en Nyktos apenas tocaba su ombligo y no lograba concentrarme cuando el agua retiraba el pelo de su cara y resbalaba por su pecho—. Es solo algo que llevo haciendo desde niña —expliqué, los brazos apoyados ahora en el borde de la fría pared de piedra—. A lo mejor empecé a hacerlo porque en lugar de sentir como que no podía respirar, ¿era yo la que la controlaba y no era la respiración la que me controlaba a mí? No lo sé. Pero me hacía sentir que yo tenía el control. No que era débil o algo. —Me encogí de hombros. Nyktos no dijo nada—. Aunque, claro, ni siquiera estoy segura de que eso tenga sentido. Es solo una costumbre rara mía. —Me aclaré la garganta—. Bueno, por lo demás, supongo que hoy ha sido un fracaso.

—En realidad, no. —El agua se removió cuando se acercó a mí—. Como te he dicho, noté la esencia en ti. Para ser sincero, es probable que la sintiera en el bosque aquella noche, pero estaba...

Miré atrás para verlo sumergirse bajo el agua y luego emerger unos segundos más tarde. Brotó del agua como el dios Primigenio que era y me quedé un poco aturdida observando cómo los músculos de su pecho y sus bíceps hacían todo tipo de cosas interesantes cuando levantó los brazos para pasar las manos por su cara y echarse el pelo hacia atrás.

—Creo que podemos sacarlo —dijo, y se reunió conmigo en la pared. Me miró—. Debes recordar que no es frecuente que los dioses sean capaces de utilizar su *eather* de ese modo durante el Sacrificio. Tú vas muy adelantada en el juego.

Asentí y apoyé la barbilla en el brazo.

—Pero se supone que no debería estar *en* el juego siquiera.

—Es lo que hay. —Nyktos se quedó callado unos momentos—. ¿Alguna vez te he hablado de Lathan cuando era más joven?

No lo había hecho, así que negué con la cabeza.

—Él tenía... sensaciones extrañas. Siempre le sucedía de noche, justo cuando estaba a punto de dormirse —me contó, apoyando la barbilla en el brazo como la tenía yo—. Sin previo aviso, sentía una presión repentina en el pecho y en la garganta. Como si no pudiera respirar. —Me quedé paralizada—. Siempre era rápido y repentino, y hacía que boqueara en busca de aire.

Decía que los ataques llegaban a ráfagas, varias noches seguidas y luego nada durante semanas. Solía temer que lo visitara un *seky*.

—¿Un qué?

Nyktos me miró de reojo.

—Es una criatura que puede encontrarse en el Abismo y que se deleita en una forma particular de tortura. Se sienta sobre tu pecho y te roba el *eather* a través de tu respiración.

—¿Qué diablos? —musité, con un escalofrío. Nyktos se rio bajito.

—Mi padre nunca permitía que los *seky*s salieran del Abismo. Lathan lo sabía, pero era lo único que tenía sentido. Le sucedió durante años, pero nunca me fijé hasta que una noche le vi hacerlo: sufrió un espasmo, como si se despertara de golpe, y boqueó en busca de aire. Nektas estaba con nosotros. También lo vio. Le enseñó a Lathan técnicas de respiración parecidas a las que te he visto utilizar a ti.

—¿Sabía... sabía qué provocaba los ataques?

—Lathan no estaba seguro, pero Nektas dijo que creía que era ansiedad. Que aunque Lathan no pensara en nada mientras se estaba quedando dormido, las cosas en las que pensaba mientras estaba despierto lo acorralaban cuando su mente estaba...

—¿Tranquila? —susurré. Sus ojos saltaron hacia mí de nuevo.

—Sí.

Contemplé las paredes de la cámara. Me empezaban a invadir las dudas.

—¿Intentas decirme que una divinidad tenía problemas de ansiedad? ¿O tratas de hacerme sentir mejor por perder los papeles sin ninguna razón aparente?

—En primer lugar, no creo que pierdas los papeles. En segundo, lo que te hace sentir como que no puedes respirar no es una razón buena ni mala. Solo es —dijo, y yo arqueé una ceja—. Y por último, haces que suene como que sea imposible que Lathan tuviera ansiedad.

—Porque una divinidad es poderosa. Fuerte. Lo que sea.

—Tú tienes brasas de vida en ti. Brasas primigenias. —Su pierna rozó la mía debajo del agua cuando giró el cuerpo hacia mí—. Eres fuerte. Lathan tenía la misma valentía temeraria que tú. Nada de eso tiene nada que ver con la mente.

Valiente.

Fuerte.

Abrí la boca, pero me quedé callada unos instantes.

—¿Alguna... alguna vez paró antes de que... antes de que muriera?

—Había años en que no lo sentía. Luego, en algún momento, la cosa se repetía. —Despegó varios mechones de pelo de mi brazo y los extendió por mi espalda—. Pero consiguió gestionarlo mejor una vez que aceptó que no era un *sekya* que quisiera torturarlo.

Enterré la barbilla entre los brazos.

—Cuando era más joven, contenía la respiración siempre que me sentía así, no solo debajo del agua. —Noté que me sonrojaba otra vez—. Eso fue antes de que Holland se diera cuenta. Uno podría pensar que eso haría que la sensación de no ser capaz de respirar empeorara, pero no sé, para mí tenía el efecto contrario. No sé por qué.

—Ni siquiera yo sé por qué el cuerpo y la mente hacen lo que hacen la mitad del tiempo —admitió. Y por alguna razón eso me hizo sonreír un poco—. No creo que ninguno de los Primigenios lo sepa. Pero si hacer eso te ayuda y no te hace daño, haz lo que tengas que hacer. —Bajó la cabeza hacia la mía—. Sea como fuere, no eres débil, Sera. No lo eres en el aspecto físico, pero lo que es más importante, no lo eres en el aspecto mental. Eres una de las personas más fuertes que he conocido nunca, mortal o no. —Las yemas de sus dedos rozaron la curva de mi brazo—. Con o sin brasas.

La grieta de mi pecho palpitó. Un nudo de emoción trepó tan deprisa por mi garganta que, aunque hubiese sabido cómo responder a eso, no habría podido hacerlo. El fondo de mi garganta quemaba y me apresuré a parpadear para eliminar una humedad que sabía que no tenía nada que ver con estar en el agua. Sabía que era probable que estuviese proyectando un montón de sentimientos embarullados, pero él había dicho que yo era fuerte. No las brasas. Yo. Y eso importaba.

Porque me recordaba que yo importaba.

Me aparté de la pared, le di la espalda a Nyktos y me dejé sumergir debajo del agua antes de que el nudo de emoción decidiera hacer acto de aparición en forma de lagrimones calientes. No supe cuánto tiempo me quedé bajo el agua, pero Nyktos no vino a sacarme esta vez. Eso sí, estaba esperando cuando salí a la superficie. Pendiente de mí. Nuestros ojos se cruzaron.

—Empiezo a pensar que a lo mejor tienes un poco de sangre *ceeren* en tu linaje —comentó con una leve sonrisa.

—Cállate. —Empujé una mano por el agua para lanzarle una pequeña ola que se estrelló contra su pecho. Arqueó las cejas.

—¿Acabas de... salpicarme?

Me encogí de hombros.

—Quizá.

Nyktos me miró durante varios segundos. Luego colocó la palma de la mano sobre el agua, pero no la deslizó por ella como había hecho yo. El aire se cargó de poder y entonces el agua empezó a elevarse bajo la palma de su mano, girando para formar un pequeño ciclón. Me quedé boquiabierta mientras el agua giraba en espiral, el cono cada vez más ancho y más alto hasta que ya no podía ver a Nyktos detrás de él.

—Sé que estás tan impresionada que no dices nada —murmuró con voz melosa desde detrás del cono—, pero yo cerraría la boca si fuera tú.

La cerré de golpe y eso fue todo lo que pude hacer cuando el ciclón de agua se curvó y cayó. Un sonido que fue medio alarido medio carcajada brotó por mi boca cuando la tromba de agua cayó sobre mí como si me hubiese quedado atrapada bajo una tormenta torrencial. Me tambaleé hacia atrás al tiempo que retiraba el pelo de mi cara.

—Vale, eso no es justo.

—Lo sé.

Con una sonrisa, me acerqué más a él.

—Hazlo otra vez.

Nyktos se rio.

—Siempre tan exigente.

Pero lo hizo otra vez. Y otra. Moldeó el agua para crear múltiples embudos pequeños y luego otros más grandes que cambiaban de forma, desde una criatura alada hasta un gran lobo corriendo que revolvió el agua del estanque en un frenesí espumoso. Estaba asombrada y divertida a partes iguales, y completamente fascinada con Nyktos cuando por fin se reunió conmigo en el centro del estanque y pasó un brazo con seguridad alrededor de mi cintura mientras el agua se agitaba por todas partes a nuestro alrededor. No porque pudiera crear cosas así a partir del agua, sino porque él, un Primigenio de la Muerte, *jugaba*.

A medida que nuestro tiempo a solas llegaba a su fin, despacio pero demasiado deprisa, sentí ese cambio notable otra vez. Esa variación intangible entre nosotros cuando fue a buscar unas toallas de una balda al fondo de la cámara. En mí, mientras me vestía, pues me costaba mantener los ojos lejos de él y la sonrisa lejos de mi cara. En él, en las líneas relajadas de su rostro que lo hacían parecer tan joven cuando se tomó el tiempo de secar el agua de mi pelo. Y no pude evitar pensar que eso parecía... *más*.

Que *nosotros* parecíamos más.



Pasé el resto del día con los *drakens* jóvenes y con Aios y, aunque no hubiese pasado la mañana entrenando y luego jugando en el estanque, las horas pasadas tratando de evitar que Jadis intentara volar o prenderle fuego a algo cada pocos minutos me habrían agotado lo suficiente.

Solo tuve un momento para simplemente respirar sin temor a que algo se torciera de manera épica cuando Jadis correteó hasta donde yo estaba sentada en el sofá y levantó sus delgados bracitos escamosos hacia mí. Me agaché para levantarla, pero con un centelleante fogonazo plateado, cambió a su forma mortal, justo ahí y en ese momento, desnuda como el día que llegó al mundo.

Eso hizo que Reaver graznara de pronto y saliera pitando de la sala más deprisa de lo que le había visto volar jamás. Me dieron ciertas ganas de seguirlo, pero Ector asomó la cabeza por la puerta, vio lo que había pasado y volvió de inmediato al pasillo. Era obvio que no quería tener nada que ver con lo que estaba sucediendo.

Por suerte, Aios estaba preparada para esa desnudez repentina. Sacó como por arte de magia un pequeño camisón azul clarito y consiguió pasarlo por encima de la cabeza morena de Jadis mientras la niña prácticamente trepaba a mis brazos y enterraba la cara en mi pelo. Se quedó inconsciente en cuestión de segundos.

—Ojalá pudiera dormirme yo con tanta facilidad. —Aios se sentó en el suelo al lado de los platos con los restos de comida. Yo había conseguido que Jadis comiera de un tenedor otra vez, pero si le hubiese quitado los ojos de encima durante más de un segundo, lo más probable era que habría perdido un dedo—. Y no te preocupes por la posibilidad de despertarla. El palacio podría caerse sobre nuestras cabezas y ella seguiría durmiendo.

—Debe ser una gozada. —Me recosté contra el reposabrazos del sofá y contemplé las finas ondas oscuras de su pelo—. Me pregunto por qué se ha transformado. La he visto dormir otras veces en su forma de *draken*.

—Ninguno de los *drakens* duerme en su forma mortal a menos que se sienta a salvo. —Aios retiró un mechón de pelo rojo vino de su cara antes de cruzar las piernas. Me fijé en que las sombras se habían difuminado un poco de sus ojos—. Sobre todo de pequeños. Así que solo significa que se siente cómoda contigo.

—Oh —murmuré. Miré a Jadis otra vez. Había girado un poco la cabeza, una mejilla rosácea a la vista mientras mantenía las manos aferradas a mi pelo. Sus pestañas eran de un espesor increíble—. Creo que es mi pelo. Nektas dijo que el color podría recordarle a su madre.

—Tiene sentido. —La sonrisa de Aios fue débil, los ojos perdidos en la niñita dormida—. En cierto modo, es triste, pero también un poco dulce si ese es el caso. —Levantó la vista hacia mí—. No he tenido ocasión de preguntarte cómo has encajado el retraso de la coronación y la noticia de que seréis citados por Kolis.

Sin separar los brazos de Jadis, eché la cabeza atrás.

—En realidad, no me he permitido pensar demasiado en ello —admití, con una sonrisa irónica—. Supongo que no es el mejor método, pero la situación no puede cambiarse.

—En efecto, no puede.

Asentí, aunque tal vez pudiéramos cambiar algo si fuésemos capaces de encontrar a Delfai antes de que Kolis nos citara. Sin embargo, si no lo lográramos y yo me pareciese a Sotoria... pero no dije nada de eso. Aios no sabía esa parte y, si se enteraba de que yo era la *graeca* de Kolis, estaba segura de que esas sombras regresarían. Pero tampoco me estaba permitiendo a mí misma darle muchas vueltas al tema. Si lo hacía, acabaría hecha polvo.

El sonido de unas pisadas que se acercaban atrajo nuestra atención hacia las puertas. Conseguí evitar mostrar ninguna sorpresa. Reaver había vuelto, ahora en su forma mortal, vestido con unos holgados pantalones oscuros y una camiseta normal y corriente. Llevaba un rollo de algo blanco en las manos.

Su pelo rubio ocultaba la mayor parte de sus rasgos angulosos cuando llegó hasta donde estábamos y se arrodilló al lado del sofá.

—Querrá su manta —dijo, con esa voz suya, extrañamente seria. Un tono que parecía demasiado maduro para un chiquillo que no aparentaba más de diez años.

—Eso ha sido muy considerado por tu parte, Reaver —le dijo Aios.

El niño encogió un hombro pequeño y pasó la suave manta por encima de los hombros de Jadis con mi ayuda. Una vez que se aseguró de que estuviera bien tapada, se sentó en el suelo cerca de nosotros.

Miré de reojo a Aios.

Ella me sonrió.

Reaver levantó la vista hacia mí con ojos expectantes color rubí, como si esperase algo. El qué, no tenía ni idea, lo cual me recordó enseguida lo mal

que se me daban los niños.

—¿Quieres comer algo? —Aios le ofreció un bol de fruta variada—. Estoy segura de que Jadis no ha metido las manos en esto.

Solté una carcajada suave y Reaver vaciló un instante antes de asentir. Era probable que la fruta fuese la única comida sobre la que Jadis no había puesto sus dedos... unos dedos pegajosos que ahora estaban cerrados con fuerza en torno a mi pelo.

—¿Sabes cuándo vuelve Nektas?

—Más tarde —contestó Reaver, mientras mordisqueaba un trozo de fresa—. Creo que ha ido a Vathi a visitar a Aurelia.

—¿Aurelia? —murmuré, mientras reprimía un bostezo.

—Es una *draken* de la corte de Attes —repuso Aios, mirándome de reojo—. La he visto un par de veces. Es bastante agradable. —Le sirvió a Reaver un vaso de agua, algo que no había podido beber con Jadis persiguiéndolo sin parar. Sus ojos conectaron con los míos otra vez—. Quizás haya ido a ver si ella sabe algo de ese *draken* que vino aquí.

Tendría sentido.

—No sé. —Reaver aceptó la servilleta que le ofrecía Aios y la dejó sobre una rodilla flexionada—. Pero creo que a Nek le gusta.

Arqueeé las cejas ante el apodo y ante la idea de que a Nektas pudiera gustarle alguien en ese sentido cuando estaba claro que aún estaba enamorado de su mujer.

Aios le sonrió al chiquillo.

—¿Y por qué habrías de creer eso?

Reaver se encogió de hombros mientras apuraba una rodaja de melón.

—Siempre sonrío cuando mencionan su nombre.

—Eso no significa que le guste de ese modo —dijo Aios.

Reaver le lanzó una mirada muy seria.

—Entonces, ¿por qué sonrío Bele cuando alguien dice tu nombre?

Sonreí al ver la cara de Aios teñirse de una docena de tonos de rosa, y pensé en cómo las había visto interactuar la una con la otra. Ya había pensado que podía haber algo entre ellas.

—Eso es porque Bele es tonta. —Aios se aclaró la garganta—. ¿Nykto ha ido con él?

Mi corazón dio un brinco de inmediato y ahora fue mi cara la que debía de estar de una docena de tonos de rojo. Me concentré en acariciar el centro de la espalda de Jadis. Mientras Reaver le contaba a Aios que había visto al Primigenio fuera, trabajando con los guardias, y luego procedía a preguntarle

por qué algunos melones eran dulces y otros amargos, contemplé el reluciente techo negro.

Nyktos.

Repetí su nombre una y otra vez en mi mente, pero por muchas veces que lo dijera, no parecía encajar bien. Y sabía por qué. Era todo culpa de *Nek*.

Porque, en algún momento, había empezado a ver a Nyktos como quería verlo.

Y eso parecía un problema, porque pensar en él como Nyktos parecía sensato. No *más*. *Ahora mismo*, Nyktos era placer por amor a sentir placer, y esa era la forma más fácil de encarar esta unión con él. No había ninguna garantía de que lo que este Delfai supiera sobre cómo extraer las brasas fuese a funcionar. Aun así, seguía sin haber ninguna promesa de futuro, no hasta que hubiésemos lidiado con Kolis y devuelto algún tipo de orden a Iliseeum.

Por otra parte, pensar en él como Ash se parecía mucho más a la existencia de infinitas posibilidades. Ash parecía *más*, y nunca podría haber más con él.

Jadis se removió un poco cuando mi pecho se comprimíó. Me pregunté por centésima vez qué narices estaba haciendo ahí, repasando un plan cuestionable, cuando tenía un deber, un destino. Cuando la gente estaba muriendo porque yo estaba aquí. Y si Kolis descubría alguna vez todo el tema del alma... haría justo lo que nos había advertido Penellaphe.

La presión aumentó porque... sabía por qué no había vuelto a intentar escapar. No era porque temiese que fueran a atraparme de nuevo. No era por el plan. Era por el motivo de querer que su plan funcionase. Estaban todas las razones obvias: detener a Kolis, acabar con la Podredumbre y devolver a Nyktos a *su* legítimo destino como Rey de los Dioses. Pero yo tenía otras razones, unas puramente egoístas.

No quería hacer lo que tendría que hacer para debilitar a Kolis.

En vez de eso, quería un futuro propio, en el que pudiera intentar que esa parte de mí siguiese siendo buena... justo como hacía Nyktos. Un futuro que tuviese más momentos como los que había compartido con él antes. Momentos de *paz*. Quería años como había tenido su amigo Lathan, en los que no pugnaba por recuperar la respiración cuando las cosas se volvían abrumadoras. Quizás incluso momentos como este, en el que sujetara en brazos a un niño dormido, uno que fuese mío. Quería un futuro en el que yo...

Intenté impedir que ese pensamiento se formase del todo, pero era demasiado tarde. El *porqué* detrás de lo que quería ya estaba del todo

formado, y me ocurrieron unas cosas de lo más extrañas y aterradoras mientras apretaba a Jadis más fuerte contra mí.

Nyktos... era todo lo que ya sabía. Un Primigenio que quería dar a las Tinieblas la oportunidad de enfrentarse a la justicia o a la redención, en lugar de a la nada de la muerte definitiva. Se preocupaba y pensaba en los demás, aun con gran riesgo para sí mismo. Lo que había hecho por Saion y Rhahar y muchos otros era evidencia no solo de eso, sino también de que estaba teniendo éxito en intentar ser bueno. *Inspira*.

Nyktos era un protector con muchos más que *un solo hueso decente*, aunque parte de eso sí me pertenecía a mí y solo a mí.

No necesitaba que lo demostrara porque ya lo había hecho, hacía tres años, cuando se había negado a llevarme como su consorte. Solo que no me había percatado entonces, y los dioses sabían que la cosa no había salido como él esperaba, pero había querido darme esa libertad. *Contén*. Y lo había demostrado una y otra vez desde entonces, cuando evitó que me mataran en El Luxe y cuando no me tocó ni un pelo de la cabeza cuando lo apuñalé en el corazón. Le había parado los pies a Tavius cuando nadie más quería o podía hacerlo. Me había vuelto a salvar la vida al darme un antídoto muy raro contra una toxina letal, y lo hizo antes de saber siquiera de la existencia de las brasas. Le había bajado los humos a mi madre de forma notable y más. Luego estaba lo que había afirmado Rhain después de que los Cimmerianos llegasen a las puertas del Adarve: ese sacrificio desconocido que Nyktos negaba. *Espira*.

Incluso después de enterarse de lo que yo había planeado hacer, había seguido demostrándolo. Nadie, ni siquiera yo, habría culpado a Nyktos si me hubiera encerrado en una de esas muchas celdas que había visto antes. Pero no lo había hecho. Se había enfadado, con razón, pero su enfado no había durado demasiado.

Eso lo sabía. Después de todo, me había dado su sangre porque no me quería ver con dolor.

Nektas había tenido razón.

Nyktos sí *comprendía* mis acciones. Las *aceptaba*. Dos cosas que incluso yo sabía que eran mucho más importantes que el perdón. Nyktos *me* conocía. *Me* escuchaba. Y se había asegurado de que comprendiera que una parte de mí sí era buena. Que él no me veía como a un fantasma. Ni como a un monstruo. *Me* veía como alguien fuerte y valiente, con o sin brasas, y ahora sabía que había estado diciendo la verdad cuando afirmaba estar más enfadado sobre lo que creía que era mi falta de consideración por mi vida. Y

sabía que se preocupaba por mí, a pesar de su determinación por no verme como a nada más que a una consorte en título. A pesar de su incapacidad muy real para amar. Y por eso, por todo eso...

Yo quería más.

Quería ser su mujer.

Su pareja.

Su reina.

Quería ser la consorte de Nyktos.



Temerosa de que Jadis pudiera estar cayendo, apreté los brazos a su alrededor por instinto cuando noté que su peso se levantaba de mi pecho.

—No pasa nada. Yo la tengo.

Mis párpados aletearon antes de abrir los ojos, perpleja al oír el sonido de la voz de Nektas. Estaba sentado al lado de mi cadera, concentrado en desenredar con cuidado los dedos de su hija de mi pelo. Estaba claro que la niña seguía dormida, las piernas flácidas, aunque parecía empeñada en seguir aferrada a mi pelo.

—No quiere soltarlo —comentó Nektas con una leve sonrisa.

Me di cuenta entonces de que debía de haberme quedado dormida. Bajé la vista hacia el suelo y vi que Aios y los platos habían desaparecido. Mis ojos saltaron hacia donde Reaver estaba hecho un ovillo en una butaca al lado del sofá, los ojos abiertos pero soñolientos.

—Nunca la he visto dormir tanto. —Reaver se frotó las mejillas—. Jamás.

¿Cuánto tiempo llevábamos dormidas? No estaba segura y tampoco importaba, porque acababa de darme cuenta de que mi pecho vibraba con suavidad, lo cual solo podía significar una cosa. Mis ojos se posaron otra vez en las manos de Nektas. Nyktos estaba aquí. En esta sala.

Todo lo que había estado pensando justo antes de dormirme volvió a mí como una avalancha. Lo que sabía. Lo que quería. Oh, por todos los dioses. Mi corazón latía desbocado en todas direcciones, y estaba a un segundo de arrancar mi pelo de las manos de Jadis y salir corriendo de la habitación como si me hubiese despertado para descubrir que había un *sekya* sentado sobre mi pecho. Tal vez fuese una reacción un poco extrema, pero no sabía qué pensar acerca de nada de esto. Qué hacer o cómo actuar. Desear algo que podía tener

era una sensación desconocida para mí. Porque, igual que Nyktos, me había pasado la vida entera solo existiendo, y desear se parecía mucho a vivir.

Y eso me asustaba aún más, puesto que había muchas opciones de que echara a perder un posible futuro con Nyktos, si es que acababa por haberlo. Un futuro que podía ser real. Yo no era solo una persona desordenada. Era *el* desorden. Y *era* temperamental. Violenta. Testaruda. Propensa a los cambios de humor, ansiosa en un momento y confiada en exceso al siguiente. Apenas podía lidiar conmigo misma la mayoría de los días, pero quería que Nyktos fuese capaz de tratar conmigo. Me faltaba el aliento mientras Nektas soltaba el penúltimo enredo de los dedos de Jadis.

—Esto es todo culpa tuya —musité en voz baja. Las manos de Nektas se pararon a medio desenredo.

—¿El qué?

—Todo —refunfuñé—. Excepto la actual situación con Jadis y mi pelo.

—Hacía mucho tiempo que nadie me culpaba de casi todo sin tener ni idea de lo que había hecho. —Esbozó una sonrisa perpleja—. Es curioso, creo que lo echaba de menos. —Los ojos de Nektas conectaron con los míos...

Me puse tensa.

Sus ojos refulgieron de un tono azul tan brillante e intenso que por un momento parecieron zafiros pulidos, antes de recuperar el habitual color rojo oscuro que conocía.

—Tus ojos —susurré, justo cuando por fin liberaba la mano de su hija de mi pelo y la estrechaba a ella y a su manta contra su ancho pecho—. No estoy segura de si eres consciente de ello, pero acaban de cambiar de color durante un par de segundos.

Todo en Nektas cambió en un instante. La sonrisa se esfumó. Sus rasgos se afilaron y las tenues aristas de sus escamas se volvieron más prominentes.

—¿De qué color se han vuelto?

—Azules. —Miré de reojo a Reaver, que parecía estar todavía medio dormido—. Un azul superintenso y brillante. —Me dio la impresión de que su piel había perdido un poco del vivo tono cobrizo que solía tener, pero no estaba segura—. ¿Es normal?

—A veces —murmuró. Luego se inclinó hacia delante para darme un beso en la frente que me dejó muda de la sorpresa—. Gracias por haber cuidado de los jovenzuelos.

Observé a Nektas levantarse, sin tener muy claro cómo había cuidado de ellos, a menos que quedarme dormida contara. Reaver se bajó a toda prisa de su butaca cuando Nektas dio un paso a un lado, y entonces por fin lo vi.

Nyktos estaba apoyado contra la pared desnuda, los brazos cruzados sobre la túnica gris oscura que debía haberse puesto cuando volvimos arriba. Tenía la cabeza ladeada y dejé de pensar al instante en ojos de colores cambiantes, porque la expresión de su cara era *suave* y cálida.

Nektas se paró al lado del Primigenio para decirle algo en voz demasiado baja para que yo pudiera oírlo. Fuera lo que fuere lo que le dijo hizo que Nyktos se separara de la pared. Descruzó los brazos y deslizó los ojos hacia mí.

Me resistí al impulso de esconderme entre los cojines.

Nektas asintió a algo que dijo Nyktos, luego se volvió hacia Reaver. El chico se despidió de mí con un gesto de la mano y entonces el trío desapareció por el pasillo. Estábamos solos y Nyktos caminaba hacia mí. Estaba hecha un desastre y solo conseguí sentarme cuando llegó hasta mí para instalarse donde había estado sentado Nektas, mientras yo me entretenía en enderezar mi chaleco.

—Veo que a alguien le gusta tu pelo tanto como a mí.

—Sí —susurré, y eso fue todo lo que dije. Se produjo un momento de silencio.

—¿Estás bien?

—Cr... creo que tengo el pelo pegajoso. —Cerré los ojos y me ordené recuperar la compostura. No había ninguna razón para actuar de un modo tan extraño. Mi gran epifanía innecesaria no cambiaba a Nyktos, y tenía que tratar esto del mismo modo que trataba la inminente llamada de Kolis o el tema de a quién pertenecía el alma que había dentro de mí: tenía que lidiar con ello... no lidiando con ello.

Sonaba como un buen plan.

Miré a Nyktos de reojo. La tensión se había acumulado en las líneas de su boca y de su frente. De pronto me preocupé.

Sus ojos estudiaron mi cara con tal intensidad que me pregunté si estaría contando mis pecas otra vez. O si habría estado proyectando mi alocada mezcla de emociones antes y él estaría tratando de averiguar qué las había causado. De verdad que esperaba que fuese lo primero.

No era ninguna de las dos.

—Has estado durmiendo mucho más últimamente —dijo. Sentí un poco de alivio, pero fue breve.

—Lo sé. Pero me encuentro bien —añadí a toda prisa—. Sin dolores de cabeza ni nada, pero es verdad que antes no dormía tanto. Supongo que es por el Sacrificio —admití en voz alta por fin... y a mí misma. Nyktos asintió.

—Puede que haya sido por el entrenamiento de esta mañana.

—No quiero parar.

Se echó atrás cuando columpié mis piernas al suelo y me senté más al borde del sofá.

—No estoy sugiriendo que lo hagamos.

—Me da la sensación de que viene un *pero*.

Nykto todavía me observaba con atención. Con demasiada atención.

—Has visto los ojos de Nektas cambiar de color.

Fruncí el ceño.

—Al azul. ¿Les pasa algo?

—No —respondió, al tiempo que retiraba unos rizos enredados de mi hombro—. Yo nunca los he visto de ese color, pero todos los *drakens* solían tener los ojos azules.

—¿En serio? —La sorpresa parpadeó a través de mí—. ¿Por qué son rojos ahora?

—Se volvieron así cuando Kolis le quitó las brasas de vida a mi padre —explicó—. Es una especie de *notam*... un vínculo primigenio entre los *drakens* y el verdadero Primigenio de la Vida. Se rompió cuando robaron las brasas y su color de ojos ha permanecido así puesto que no ha habido un verdadero Primigenio de la Vida... un verdadero Primigenio de la Vida que haya Ascendido.

—Entonces, ¿por qué acaban de...? —Contuve la respiración y de golpe me levanté—. ¿Han cambiado un momento debido a mí? Pero si yo no he Ascendido. Como es obvio.

—Las brasas podrían estar haciéndose más fuertes en ti, y ese vínculo primigenio innato entre los *drakens* y el verdadero Primigenio de la Vida habría respondido a ellas por un momento.

Crucé los brazos.

—Vale. Quiero decir, tampoco es gran cosa, ¿no?

—En general, el aumento en la fuerza de unas brasas primigenias no es gran cosa —convino... o no, porque la preocupación estaba clara en sus profundos ojos plateados.

—Entonces, ¿cuál es la gran cosa?

Nykto no contestó durante un buen rato.

—Podría significar que estás más cerca de la Ascensión de lo que creíamos.

Capítulo 26



Estar más cerca de mi Ascensión sí que era *gran cosa*.

Porque estar más cerca de ella con estas brasas todavía dentro de mí también significaba estar más cerca de mi muerte. Ni siquiera la sangre de Nyktos podría salvarme, porque requeriría más que solo su sangre.

Requeriría su amor.

Algo que Nyktos había evitado sentir con la extirpación del *kardia*.

Así que teníamos que sacar esas brasas de mí, y hoy era el primer paso importante en esa dirección.

El cielo solo empezaba a clarear cuando Nyktos y yo salimos de palacio a la mañana siguiente en dirección a las cuadras. Mi nueva capa de tono hierro, ribeteada de plata, aleteaba alrededor de mis botas, la tela suave y caliente, y deseé de todo corazón que las cosas no se pusieran feas y acabase estropeando mi ropa nueva.

Me mordisqueé el labio inferior y levanté la vista hacia Nyktos. En algún momento de la víspera, había decidido que él no necesitaba saber cómo me sentía. Que a mí me *importaba* él, pero no parecía justo colgarle eso sobre la cabeza, a pesar de que sabía que yo también le importaba a él... y a pesar de pensar que lo que yo sentía podía ser algo más.

Tenía el pelo recogido en un moño pulcro en la base del cuello, todo excepto ese mechón que yo le había cortado y descansaba contra la parte alta de su pómulos. Había continuado cumpliendo el trato, *ambos* tratos, que había hecho conmigo: cenábamos juntos y luego demostraba que era de una rapidez excepcional cuando de aprender a utilizar su lengua se trataba. Me sonrojé al pensar en su cabeza entre mis piernas y su boca sobre mí, haciendo todo tipo

de cosas perversas y maravillosas durante lo que parecía una pequeña eternidad.

Nyktos bajó la vista hacia mí cuando nos acercábamos a los establos.

—¿En qué estás pensando?

Mis ojos se abrieron un pelín y luego los entorné en su dirección.

—Deja de leer mis emociones.

—No lo hago.

—Pues desde luego no suena como...

Solté una exclamación cuando Nyktos sombrambuló sin previo aviso y me agarró de los brazos. En un abrir y cerrar de ojos me tenía contra la pared de las cuadras, toda la parte delantera de su cuerpo contra el mío. Se me cortó la respiración al levantar la vista hacia él. Hebras de *eather* iridiscente se filtraban en sus iris.

Entonces, su boca estaba sobre la mía.

Nyktos me besó y, *por todos los dioses*, besaba como si su mismísima vida dependiera de ello, y este fue uno de esos momentos. No hubo ninguna pasión contenida ni reprimida. Lo dio todo. Labios, lengua, colmillos... estos últimos rozaron, arañaron, tentaron... Cuando su boca abandonó la mía, notaba las rodillas débiles.

—Estabas proyectando —susurró contra mis labios palpitantes—. Deseo. —Su lengua rozó mi labio de abajo y solté una exclamación ahogada—. Ahumado y espeso. Si sigues pensando en lo que sea que tengas en mente, jamás llegaremos al Valle.

Agarré la parte delantera de su capa y me resistí al impulso de tirar de su boca de vuelta a la mía.

—Eso no sería... responsable por nuestra parte.

—Desde luego que no —convino él, mientras deslizaba las manos por mis brazos cubiertos por la capa—. Así que compórtate.

—Tú eres el que me ha empujado contra esta pared y me está besando — señalé.

—Diría que tú eres la que me ha impulsado a hacerlo. —Sus labios rozaron los míos—. Aunque he estado buscando una razón para besarte desde el momento en que has lamido esa gota de zumo de tus labios durante el desayuno.

—No necesitas una razón —le dije—. Todo lo que necesitas es un deseo.

—Lo tendré presente. —Su frente tocó la mía. Ninguno de los dos se movió durante unos segundos y casi deseé que nos pudiéramos quedar así. Pero ese era un pensamiento tonto. Al final, Nyktos dio un paso atrás.

Me separé de la pared y vi que un puñado de guardias estaban agrupados no muy lejos. Nyktos debió darse cuenta de su presencia mucho antes que yo, pero eso no lo había detenido. Lo cual me confundía un poco, ahora que volvíamos a ser responsables y nos pusimos en marcha. Su gesto... su beso... había sido bastante público. Y, bueno, no estaba precisamente acostumbrada a que nadie reconociese siquiera mi existencia en público.

Me llegó el olor a paja y heno cuando entramos en las cuadras. Enseguida vi que estaban desiertas, excepto por los caballos.

—¿Dónde está Nektas?

Nyktos me condujo hacia la fila de atrás de las cuadras; su mano en mi espalda era una presencia que me serenaba y devolvía mis pies al suelo.

—Se reunirá con nosotros por el camino.

—¿En su forma de *draken*?

—No, vendrá a caballo. Será más rápido y más fácil viajar así una vez dentro del Valle.

Lo cual significaba que sería más rápido y más fácil para *mí* viajar así. No para Nektas, que podría ir volando. Aunque habría apostado a que Nyktos quería al *draken* en su forma mortal a mi lado.

Se detuvo en el pasillo. La tenue luz del interior centelleaba sobre su brazalete de plata mientras abría la puerta de una cuadra.

—Te presento a Gala.

Me asomé por un lado de él y entreabrí los labios al ver a una espectacular yegua de pie en medio del box, ya ensillada y entretenida con algo de heno. Era casi tan grande como Odín, bastante más grande que la mayoría de los caballos en el mundo mortal. Su capa tenía un toque tordo único, con pelos blancos sobre una base negra que le daba una tonalidad azulada.

La paja crujió bajo mis botas cuando fui hasta ella. Gala levantó la cabeza y movió las orejas al ver que me acercaba.

—Es preciosa —murmuré. Levanté la mano despacio hacia ella, que se quedó muy quieta para dejar que deslizara los dedos por su morro ancho y suave.

—Me alegro de que te guste. —Nyktos había entrado en la cuadra detrás de mí sin hacer ni un ruido—. Después de todo, es tuya.

Mi cabeza voló hacia él.

—Repíte eso.

—Planeaba regalártela por la coronación. —Nyktos pasó por mi lado para comprobar las correas de la montura—. Pero no he visto ninguna razón para esperar.

Gala empujó mi mano con el morro, ya que había dejado de acariciarla por la sorpresa.

—Estás sorprendida. —Nyktos me miró, las hebras de *eather* ahora tenues en sus ojos plateados—. Y no, no estoy leyendo tus emociones. Lo veo en tu cara.

Parpadeé.

—Es solo que... no esperaba ningún regalo. —Me aclaré la garganta—. Gracias.

—¿En el mundo mortal no es costumbre regalar algo el día de la boda? —Nyktos se giró hacia la pared detrás del caballo, donde varias espadas cortas estaban envainadas y fijadas al muro. Hubiese pensado que era un sitio extraño para guardar armas, aunque bien es verdad que parecía haber armas almacenadas en casi todas las habitaciones.

—Sí lo es. —Me concentré en los preciosos ojos de ciervo de Gala mientras a mí me escocían los míos—. Pero yo no tengo ningún regalo para ti.

—No creo que sea costumbre que la novia le regale nada al novio, ¿o sí? —Nyktos se acercó a Gala, los ojos ocultos por sus espesas pestañas, aunque aún podía sentir su mirada sobre mí—. Además, tú ya me estás dando un regalo. Las brasas.

—Es más bien tu padre el que te da ese regalo. —Rasqué a Gala detrás de una oreja—. Nunca he tenido un caballo.

Nyktos se acercó más.

—Supongo que eso no fue por falta de caballos disponibles. Las cuadras de una corona suelen estar llenas. —Me encogí de hombros—. ¿Creía tu madre que la consorte prometida a un Primigenio no se merecía su propio caballo?

Se me comprimió el pecho.

—Supongo que mi madre creía que no era necesario que tuviese uno. No se me permitió salir del recinto de Wayfair hasta que tuve diecisiete años. Lo único que necesitaba era saber montar, y Holland se encargó de enseñarme eso. —Acaricié el costado de Gala y meforcé a soltar el aire, despacio, con suavidad—. ¿Tú irás montado en Odín?

—En el camino de vuelta. —Nyktos levantó las riendas—. Tendrás que compartir a Gala conmigo de momento.

—No es ningún problema.

Agarré el borrén delantero de la silla y me monté a caballo. Las hebras de *eather* se avivaron en los ojos de Nyktos mientras esbozaba una leve sonrisa.

—Me da la sensación de que tendré que recordarte que has dicho eso en algún momento del futuro cercano.

—Es probable.

Nykto rio mientras se montaba con agilidad detrás de mí. Todos mis sentidos fueron de inmediato hiperconscientes de la proximidad de su cuerpo, la presión de sus muslos contra los míos, el brazo alrededor de mi cintura y la sensación de su pecho contra mi espalda. Me había quedado dormida entre sus brazos la noche anterior, y había parecido distinto a cuando me mantenía al alcance de la mano. Nuestras piernas habían estado enredadas. Sus dos brazos envueltos a mi alrededor. Una de sus rodillas metida entre las mías. No había estado en la cama cuando desperté, pero sí en las dependencias más allá de la sala de baño. Me había quedado en la cama y lo había oído hablar con quien me dio la impresión de que era Rhain.

—Has dicho que no te permitían salir de Wayfair hasta después de que te rechazara como consorte —dijo, y supuse que mi intento de ser educada con respecto al marco temporal había sido innecesario—. Sin embargo, sí salías para ir al bosque de los Olmos Oscuros.

Fruncí el ceño mientras él se estiraba a mi alrededor para agarrar las riendas. Sabía que Nykto había hecho que sus guardias, Lathan y Ector, mantuvieran un ojo puesto en mí, pero había sido después de haberme rechazado.

—Técnicamente, los Olmos Oscuros son parte de Wayfair —le informé—. ¿Esa fue una de las veces en las que me estuviste observando?

Guió a Gala fuera de la cuadra.

—No tienes que hacerlo sonar como si te estuviese acosando.

—¿No lo hacías?

—No —musitó.

Mis labios se curvaron un pelín, pero entonces se me ocurrió otra cosa.

—Exactamente, ¿cuánto vieron Lathan y Ector de mis... excursiones en el mundo mortal?

—Lo suficiente.

Abrí los ojos como platos mientras salíamos del edificio. Deduje que Nykto debía estar al tanto de mis excursiones a El Luxe y quizás incluso de lo que había hecho ahí. Sin embargo, no sentí ninguna vergüenza. No había ninguna razón para ello. Él me había rechazado entonces. O me había dejado libre. Lo que fuera.

Un movimiento en el Adarve llamó mi atención. Los guardias hacían reverencias ahí arriba a nuestro paso. No reconocí a ninguno de ellos, pero

mis mejillas se calentaron al recordar lo que habían visto. Aunque solo estuviesen inclinándose ante Nyktos, yo no estaba acostumbrada a semejantes muestras de respeto.

La mano de Nyktos abandonó mi cadera para levantar la capucha de mi capa mientras yo paseaba la mirada por los terrenos circundantes. La carretera que llevaba hasta el palacio se bifurcaba, un camino conducía hacia el noroeste y el otro hacia el noreste, en dirección a Lethe. Gala siguió el camino más estrecho hacia la izquierda. Abroché el cierre superior de la capa para mantener la capucha en su sitio y eché un vistazo hacia las murallas del Adarve, contenta de verlas limpias.

—¿A dónde creen tus guardias que vamos? —pregunté.

—Supongo que creen que te estoy llevando a los Pilares. —La mano de Nyktos regresó a mi cadera—. Pero estoy seguro de que algunos sentirán curiosidad. Kars tenía preguntas.

Recordaba bien al guardia del patio.

—¿Y qué le has dicho? —pregunté.

—Que no era asunto suyo.

Solté una carcajada al oír eso.

—Pero supongo que todos saben cuáles eran tus planes anteriores con respecto a Kolis, ¿no?

Su barbilla rozó la parte de arriba de mi cabeza.

—Creo que ya sabes la respuesta a eso, Sera.

En efecto. Sus guardias lo sabían. Casi comenté que yo era la única a la que había mantenido en la ignorancia, pero conseguí reprimirme. Contemplé las ramas llenas de hojas carmesís en el bosque cercano y recordé lo que había dicho Nektas acerca de mi aparente falta de interés en el mundo aquí. En la vida de Nyktos.

Levanté la vista hacia el cielo gris salpicado de estrellas. No había nadie más en la carretera. No había viento. No había ningún olor aparte del cítrico y fresco de Nyktos. El único sonido era el repiqueteo de los cascos de Gala sobre la tierra compactada mientras hacía acopio de valor para volver a preguntar. No sabía por qué me sentía nerviosa por hacerlo. Lo peor que podía pasar era que él se mostrase evasivo o se negase de plano a contestar.

Aspiré una bocanada de aire escasa.

—Yo... me gustaría saber cuáles eran tus planes anteriores.

Nyktos guardó silencio.

Apreté la mandíbula hasta que pensé que mis muelas podrían romperse, y traté de ignorar la punzada de desilusión que sentía.

—Tenías razón, ¿sabes? —dijo, interrumpiendo el silencio. No tenía ni idea de en qué tenía razón—. El día que me preguntaste si había aceptado esta forma de vida. No lo he hecho. Desde el momento en que Ascendí, he buscado una manera de destruir a Kolis. De debilitarlo lo suficiente como para poder sepultarlo. Como bien sabes, no encontré nada útil.

Puede que la sorpresa que parpadeaba en mi interior me haya impedido cometer el mismo error de antes al señalar que sí lo había encontrado.

—¿Por eso tienes un ejército?

—Es la razón de que empezara a construir uno. —Se quedó callado varios segundos—. ¿Sabes algo sobre la guerra, Sera?

—Lasania ha estado al borde de la guerra más que unas pocas veces, por lo general con las islas Vodina, pero también hubo otros reinos que buscaron explotarnos cuando la Podredumbre empezó a extenderse —dije—. Aunque yo no tomara parte en las conversaciones entre mi madre y el rey, siempre sabía cuándo estábamos al borde del precipicio otra vez. Los ejércitos intensificaban su entrenamiento, llamaban a filas a los que estaban en edad de luchar, y se hacía todo lo posible por garantizar que los soldados estuviesen tan bien alimentados como los nobles.

—Pero tu reino no fue a la guerra nunca.

—No desde que yo nací, por suerte. —El sonido de las ramas secas al agitarse llamó mi atención hacia el bosque. Me puse tensa al ver un gran *draken* color ónice planeando por encima de los árboles.

—Ehthawn —comentó Nyktos—. Debía de estar cerca y nos vio salir. Solo está manteniendo un ojo puesto sobre nosotros. —Asentí, más relajada—. Ha habido épocas en que los Primigenios han luchado por una ofensa u otra —continuó Nyktos—. Al final, ellos permanecen en pie después de que miles hayan caído. Todo porque uno se sintió insultado. Sin embargo, esas escaramuzas nunca fueron guerras. Si yo me enfrentara a Kolis, sería una guerra de Primigenios, y se propagaría al mundo mortal. Morirían *cientos* de miles, si no más.

Se me heló la sangre.

—Pero entonces te encontré a ti.

Eché la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Tú no me encontraste. Tu padre básicamente... me entregó a ti.

—Esa es una forma de verlo. —Se recolocó un poco, apretó el brazo alrededor de mi cintura y tiró de mí hacia atrás para pegarme bien a su pecho. Volví a girarme hacia delante, sin tener muy claro si era consciente siquiera de lo que hacía—. Hasta el momento en que descubrí que llevabas las brasas

en tu interior, no tenía ninguna esperanza de no entrar en esa guerra. Parecía inevitable. No solo por lo que Kolis les ha causado a las Tierras Umbrías, sino porque, al final, pondrá el ojo en el mundo mortal. Ya ha empezado.

La parte de atrás de mi cuello hormigueaba cuando por fin superamos el final del Adarve y un mar de impolutos árboles carmesís se alzaba a ambos lados de la carretera.

—Kolis cree que todos los mortales deberían estar al servicio de los Primigenios y los dioses. Que sus vidas deberían dedicarse a satisfacer los deseos y caprichos de quienes son más evolucionados que ellos —continuó, y se me hizo un nudo en el estómago—. Que los que no adoran a los Primigenios con dedicación y respeto deberían ser castigados. Ya ha ordenado a los Primigenios y a los dioses que castigasen a los mortales con más dureza, incluso por las ofensas más insignificantes. Puede que no hayas visto esto todavía en tu reino, o tal vez no te dieras cuenta, pero incluso no inclinarse ante la estatua de un Primigenio podía suponer la muerte en otros sitios.

Di un respingo, sobresaltada.

—Aunque no soy partidario de la idea de provocar el tipo de caos que causaría una guerra entre Primigenios, la guerra, como he dicho, parecía inevitable.

—¿Hasta que llegué yo? —Un peso se asentó sobre mi pecho y meforcé a respirar hondo y con calma—. Tu plan. ¿Crees que si funciona evitará la guerra?

—Mi plan *va* a funcionar —me corrigió—. Una vez que yo tenga las brasas. Kolis quedará desprovisto de su gloria como Rey de los Dioses. Ya solo eso lo debilitará, pero puede que no sea suficiente para sepultarlo. No caerá con facilidad. Luchará.

—¿Y los otros Primigenios? —Ahora pude ver los daños que había dejado el *draken* en el Bosque Rojo. Zonas vacías donde antaño los árboles se estiraban hacia el cielo—. ¿Qué harán?

—Algunos puede que opten por permanecer neutrales.

Retraje los labios.

—Eso es una mierda.

Nyktos se rio ante mi elección de palabras.

—Lo es, pero Kolis tendrá sus partidarios. No solo sus dioses, sino cortes que han sido capaces de gobernar con poco orden, o ninguno, capaces de hacerles lo que quisieran a quienes quisieran, preocupados solo por evitar la ira de Kolis. Primigenios que disfrutaban del modo que son ahora las cosas y que no querían volver a como eran cuando reinaba mi padre.

—¿Cómo reinaba tu padre?

—Eso fue antes de que yo naciera. Pero, por lo que sé, reinaba con justicia. No era perfecto, pero no permitiría lo que ocurre ahora en Dalos.

Para ser sinceros, ¿acaso importaba cómo reinaba su padre, siempre y cuando no fuese como lo hacía Kolis?

—Pero ¿habrá Primigenios que luchen contra él? ¿Quién ayudaría?

—Yo también tengo partidarios. Ninguno tiene ejércitos como el mío o como el de Kolis, pero desposeer a Kolis de su título de Rey de los Dioses y alzarme como el verdadero Primigenio de la Vida podría bastar para convencer a otros de abandonar a Kolis —explicó—. El alcance de la destrucción subsiguiente dependerá de a cuántos Primigenios podamos convencer.

Mi mano se apretó sobre el borrén delantero.

—Hay muchas posibilidades abiertas. Ninguna garantía de que el plan vaya a debilitar a Kolis lo suficiente o a incitar a otros Primigenios a abandonarlo.

—Nunca hay garantías —dijo con voz queda.

Tenía razón, y eso me hizo pensar en la extraña profecía.

—¿Recuerdas lo que había visto Penellaphe en su visión? Lo hizo parecer como si Kolis se hubiera ido a dormir.

—O estuviera sepultado.

Asentí.

—Pero también sonó como si se despertara de nuevo.

—Las profecías solo son posibilidades —repuso Nyktos—. Partes de ellas pueden llegar a ocurrir o no. Ellas tampoco dan ninguna garantía.

No obstante, yo quería garantías cuando las vidas de cientos de miles estaban en juego. Y se me ocurría solo una.

Yo.

Yo podría evitar una guerra entre Primigenios, pero el plan de Nyktos podría torcerse. Podríamos convencer a los Primigenios suficientes como para poder derrotar a Kolis sin guerra, y yo podría cumplir mi destino, aunque no del modo que había sugerido Holland.

Noté que Gala había ralentizado el paso a medida que nos acercábamos despacio a donde convergían el Bosque Rojo y el Bosque Moribundo. Unos instantes después, abandonamos la carretera.

—¿Los Pilares están dentro del Bosque Rojo? —pregunté.

—No. —Nyktos guio a la yegua entre los árboles—. Quiero enseñarte algo.

Curiosa, me quedé callada mientras continuábamos adelante, bajo la gran sombra de Ehtawn. No pude evitar preguntarme qué aspecto tendría el bosque a la luz del sol. Cuán intenso sería el color de las hojas. Cuán impresionante. Una vez que la Podredumbre desapareciese, el sol regresaría a las Tierras Umbrías, y en ese mismo momento decidí, sin ninguna duda, que yo estaría ahí para verlo.

Mi emoción aumentó, pero sentía más cosas. El aire que aspiré no encontró restricción alguna, profundo y elevador. Ninguna amenaza de pánico hizo que pareciera precario o insuficiente, pero notaba una sensación temblorosa en la parte de atrás de la cabeza y un revoloteo en el estómago y el pecho. Me recordaba a cuando me quitaba un corpiño demasiado apretado. Una *liberación* incluso más seductora que la que sentía en brazos de Nyktos acompañó a la emoción de decidir algo tan simple como querer ver las hojas de un árbol a la luz del sol. Pero era mi decisión.

Mi elección.

De nadie más. Ni de mi madre ni de mi antepasado. Ni de Nyktos. Ni siquiera de los Hados. Toda mía.

—Ya estamos —dijo Nyktos en voz baja, sacándome de mi ensimismamiento.

Empecé a girarme hacia él, pero me agarró de la barbilla. La corriente de energía hizo que las brasas de mi pecho se calentaran. Dirigió mi mirada hacia abajo, más allá de la reluciente corteza gris hasta la hierba seca y gris...

Solté una exclamación.

Había brotado una enredadera de la tierra muerta al pie de un árbol de sangre. Verde oscura y frágil, se enroscaba y trepaba por la parte de abajo del tronco. Había pequeños capullos desperdigados a lo largo de todo el tallo, pero uno había florecido.

Era la mitad de grande que mi mano, con pétalos del color de la luz de la luna, replegados y cerrados para revelar solo una fina franja carmesí. Era lo que había visto a Nyktos ir a comprobar al Bosque Rojo otras veces.

—Las amapolas —susurré—. Las amapolas venenosas y temperamentales que te recuerdan a mí.

—Las amapolas poderosas y preciosas que también me dan esperanza —repuso Nyktos, que deslizó el pulgar por mi labio de abajo antes de devolverlo a mi cadera—. Esas amapolas son la esperanza de vida. El poder de esas brasas. La prueba de que la vida no puede ser derrotada, ni siquiera por la muerte.



Nektas nos esperaba en la carretera justo fuera del Adarve, envuelto en una capa y sentado sobre un caballo castaño. Nos saludó con un asentimiento y luego continuamos nuestro camino. No sabía si debería sentirme aliviada por que el viaje hubiese transcurrido sin incidentes o preocupada por que hubiese sido demasiado tranquilo. Con el tiempo, a medida que los tres cabalgábamos bajo la sombra de Ehtawn, el bosque a ambos lados de la carretera dio paso a tierra llana y yerma.

—¿Qué solía haber aquí? —pregunté.

—Lagos —dijo Nyktos—. Igual que en la carretera de entrada a las Tierras Umbrías. Había lagos a ambos lados.

—Aunque estos eran mucho más profundos —aportó Nektas—. Y eran del color de zafiros pulidos.

—Suenas precioso —murmuré, mientras el pulgar de Nyktos se movía sobre mi cadera otra vez. Incluso a través de la capa y los pantalones, podía sentir cómo trazaba las mismas líneas lentas y rectas que había trazado sobre mi muslo en su oficina mientras hablaba con Attes. Me distraía por completo de un modo de lo más placentero y también parecía... íntimo. Me gustaba.

—¿Volverán una vez que la Podredumbre desaparezca? —pregunté.

—La verdad es que no lo sé —reconoció Nyktos, que cambió las riendas a su otra mano—. Los ríos que solían alimentar estos lagos y arroyos dejaron de fluir hacia las Tierras Umbrías. Es posible que cuando la Podredumbre desaparezca, alimenten otra vez estas zonas.

Empecé a preguntar cómo, exactamente, habían dejado de fluir los ríos hacia las Tierras Umbrías, pero justo entonces me fijé en que el cielo delante de nosotros había empezado a cambiar de color: un cambio gradual a gris hierro con tenues trazos de rosa.

—Nos estamos acercando a los Pilares —explicó Nyktos, al ver a dónde habían volado mis ojos—. Y al Abismo. Lo que ves es el humo de los fuegos que oscurecen el cielo y lo cambian de color.

Cuando me di cuenta de lo que podían ser los fuegos, me puse rígida.

—¿Los fosos?

Nektas nos miró de reojo, una sonrisa irónica en los labios.

—Jamás dejan de arder.

Los Fosos de Llamas Eternas era donde condenaban a las almas que habían cometido los crímenes más atroces... algunas por toda la eternidad.

Y ahí era donde estaba Tavius.

Una sonrisa algo retorcida tironeó de mis labios. Y a lo mejor debería haberme sentido inquieta por eso, pero no lo hice.

Seguimos adelante, sin ver ni una señal de vida más. Entonces, el terreno empezó a subir con suavidad y las estrellas se fueron atenuando hasta que dejaron de verse, ocultas ahora tras... *nubes*, algo que no había visto nunca en las Tierras Umbrías. Pero estas nubes estaban demasiado cerca del suelo. Me recordaban a cuando las tormentas se enconaban y se acumulaban sobre el mar Stroud. Me senté más erguida, los ojos guiñados mientras Gala relinchaba con suavidad. Las brasas de mi pecho vibraron e hicieron que me hormigueara la piel.

Lo que estaba viendo no eran nubes.

Era niebla, densa y pesada. Oscurecía la tierra y el cielo, y dejaba solo la carretera visible. Bajé la vista y descubrí zarcillos de niebla que se extendían sobre la carretera, pero sabía que esto no era normal. Era la esencia de los Primigenios, y cuanto más la miraba, mejor distinguía parches más oscuros en su interior. Formas. Había formas dentro de la niebla... *cuerpos*... que se deslizaban despacio por ella. Giré la cabeza a toda velocidad hacia un costado, para mirar más allá de Nektas hacia el otro lado de la carretera. Ahí también había formas.

Me refugié en el pecho de Nyktos.

—¿Qué hay dentro de la niebla?

—Las almas de los recién fallecidos. —Sus brazos se apretaron a mi alrededor—. Esperan a entrar en los Pilares.

Con los ojos fijos en la neblina, me llevé una mano al centro del pecho, donde las brasas seguían zumbando e irradiaban calor a toda mi zona media. Debía haber cientos de almas dentro de la niebla.

—¿Estás bien? —me preguntó Nyktos en voz baja, tras bajar la cabeza hacia la mía.

Asentí al tiempo que cerraba el puño. Las palmas de mis manos empezaban a calentarse.

—Las brasas están vibrando como hacen justo antes de que las use.

—Las brasas de vida están respondiendo a las almas. —Nektas acercó su caballo al nuestro mientras la neblina avanzaba hacia nosotros sin descanso, estrechando la carretera cada vez más—. Cuando Eythos era el Primigenio de la Vida, siempre encontraba difícil estar cerca de los Pilares, cerca de la muerte en tales cantidades. Lo... desgastaba.

Al darme cuenta de que Nyktos escuchaba con la misma atención que yo, bajé el puño a mi regazo.

—Una vez me dijo que era difícil ignorar la atracción... el instinto de intervenir. —Nektas desvió la mirada hacia el cielo—. Sabía que la muerte era una forma de vida. Una parte del ciclo que debe continuar ininterrumpido, pero lo entristecía, en especial aquí. Él no podía ver las almas como las veía su hermano, como las ve ahora Nyktos, pero conocía cada uno de sus nombres. Conocía sus vidas, sin importar lo cortas o largas que hubiesen sido. Los que habían tenido las vidas más breves eran los que más lo alteraban.

Mis ojos volvieron a las almas envueltas en neblina. Supuse que la habilidad de Eythos para conocer la vida de los que habían muerto era como cuando a su hijo le venían los nombres de los fallecidos para escribirlos en el Libro de los Muertos. Simplemente lo sabía. En ese momento, me sentí agradecida de no saber nada sobre las almas de la neblina. De que las brasas no fuesen *tan* fuertes en mi interior. Hacer caso omiso del impulso de utilizarlas ya era bastante difícil de por sí.

—¿Pueden vernos? —pregunté.

—No. No pueden vernos ni oírnos. Ni siquiera se ven unas a otras —me dijo Nyktos. Noté una pesadumbre en el pecho.

—Eso suena... solitario.

—Es solo durante un tiempo breve, uno que no recordarán una vez que pasen a través de los Pilares. —Nyktos alargó la mano para ponerla sobre la mía. El contacto me sobresaltó y levanté la vista hacia él—. ¿Te desgasta? —Habló en voz baja—. ¿La necesidad de utilizar las brasas?

—No. —Seguí con la vista al frente.

—Mentirosa —susurró, y habría jurado que el brazo que tenía a mi alrededor se apretó aún más.

—Eythos no podía estar cerca de los Pilares más que unos pocos minutos. Si acaso —continuó Nektas después de un instante—. Tenía que marcharse, consciente de que era la única manera de evitar utilizar las brasas. Y aun así, tú eres capaz de aguantar en presencia de todas estas almas.

Miré al *draken*.

—Yo solo tengo dos brasas. Él era el Primigenio de la Vida. Es probable que a mí no me afecten tanto como lo afectaban a él.

Los ojos carmesís de Nektas se posaron en mí.

—Llevas dos brasas primigenias en tu interior. Eso es más que suficiente para sentir el mismo impacto que sentía él.

—Eso es verdad —confirmó Nyktos.

—¿Cómo es posible cuando no sé nada sobre las almas en la neblina?

—¿Lo has intentado?

Fruncí el ceño. No lo había hecho, pero tampoco había intentado utilizar las brasas. Era como si ellas... simplemente hicieran lo que tenían que hacer cuando alguien estaba muriendo o herido.

—Eres más fuerte de lo que piensas, *meyaah liessa*. —Nektas esbozó una sonrisilla y yo lo fulminé con la mirada.

—Las brasas, quieres decir —lo corregí.

—No se ha equivocado de palabras. —El pulgar de Nyktos se deslizaba adelante y atrás—. Habla de ti. No de las brasas.

Me quedé callada mientras continuábamos nuestro ascenso, un poco aliviada de saber que la necesidad que sentía de utilizar las brasas no se debía a mi incapacidad para controlarme. Y también un poco desorientada al pensar que, de algún modo, las tenía mejor controladas que Eythos. Tanto Nyktos como Nektas tenían que estar equivocados, pero la pregunta de Nektas reverberaba en mi mente, y me encontré con la vista fija en la neblina, concentrada en una de las formas. Pasaron varios segundos y me... me dio la impresión de que la forma se volvía más nítida. Una cabeza y unos hombros inconfundibles de pronto. La niebla pareció diluirse alrededor del alma mientras las brasas palpitaban...

Aspiré una bocanada de aire brusca y me giré hacia delante a toda prisa. Con el corazón desacompasado, decidí que no necesitaba saber si era capaz de dar nombre a los muertos o conocer sus vidas. No tenía ningún sentido cuando las brasas pronto estarían dentro de Nyktos.

Pero las brasas continuaron palpitando.



La neblina se había retirado de la carretera y el cielo, cada vez más extendida por la tierra a los lados. Aquí había aún más almas, pero no me atrevía a mirar la neblina con demasiada atención.

Nektas levantó la barbilla y yo seguí la dirección de su mirada para ver a Ehtawn virar hacia nuestra izquierda, sus largas alas cortando a través de las efímeras estelas de niebla.

Lo observé hasta que ya no pude verlo más.

—¿A dónde va?

—Debe estar comprobando algo —contestó Nyktos, mientras Nektas le lanzaba una mirada rápida. Justo entonces, llegamos a la cima de la colina, las estrellas regresaron y los Pilares se alzaron ante nosotros.

Los Pilares, como todo lo demás en las Tierras Umbrías, estaban hechos de piedra umbra. Dos oscuras columnas negras surgían de la niebla, a varios metros la una de la otra, y se estiraban tan alto hacia el cielo color hierro ahora con trazos violetas que no veía dónde acababan o si acababan siquiera. Parecían tener marcas sobre ellas, similares a las que había visto en el Templo Sombrío: un círculo con una línea vertical atravesada. Cuando empezamos a descender la colina, mi atención fue más abajo.

La carretera que teníamos por delante se bifurcaba para convertirse en una encrucijada. La encrucijada no estaba vacía. Tres figuras esperaban a caballo. Todas con capas y capuchas, vestidas de blanco. Cada caballo iba también envuelto en el mismo color pálido. Las capas y capuchas ondulaban con suavidad a su alrededor, pero no había brisa alguna.

Y esos caballos tampoco eran del todo normales que digamos.

Lo que podía ver de ellos debajo de sus mortajas me recordó a las Tinieblas: poco más que esqueleto y tendones.

—Eso es muy perturbador —susurré. Nyktos soltó una risa ronca.

—En efecto.

—¿Qué son?

—Son Polemus, Peinea y Loimus —repuso Nektas. Fruncí el ceño.

—¿Esos son sus nombres?

—Bueno, es más una personificación de quiénes son que verdaderos nombres —aclaró Nyktos—. Es idioma primigenio.

—Y son... —empezó Nektas, pero se encogió de hombros al tiempo que miraba a Nyktos—. Bueno, supongo que podrías llamarlos «jinetes».

Mis cejas treparon por mi frente y Nyktos soltó una carcajada.

—¿De qué? —pregunté. Empezaba a asustarme. Aparte de sus capas, ninguno de ellos se había movido. Ni un centímetro.

—Del *fin* —dijo Nyktos, y yo me puse rígida—. Sus nombres significan «guerra», «pestilencia» y «hambre». Y cuando cabalgan, llevan el fin a dondequiera que vayan porque la muerte siempre los sigue.

—¿Qué diablos? —susurré, los ojos abiertos de par en par según nos acercábamos a los tres jinetes.

Nyktos volvió a reírse. El sonido retumbó contra mi espalda y me alegré muchísimo de que encontrase eso divertido.

—Por suerte, solo los puede invocar el verdadero Primigenio de la Vida.

—Sí. —Me aclaré la garganta—. Por suerte.

Los tres jinetes levantaron la cabeza cuando ralentizamos el paso y luego nos paramos ante ellos. No veía nada dentro de sus capas y sus capuchas, pero tampoco quería. No necesitaba que me atormentase la pesadilla que seguro que existía en su interior.

Entonces los caballos se movieron, bajaron sus cabezas veladas mientras cada uno flexionaba una pata delantera. Ellos y los jinetes hicieron una *reverencia*.

—Vaya —murmuró Nektas, la cabeza ladeada—. Hacía mucho que no veía eso.

Miré atrás hacia Nyktos, que contemplaba a los jinetes con los ojos bien abiertos y luminosos. Unas líneas tensas y pálidas enmarcaban su boca.

—Yo no los había visto hacer eso nunca. —Parpadeó varias veces y parte del brillo menguó mientras bajaba la vista hacia mí y se aclaraba la garganta—. La entrada al Valle está a pocos metros a nuestra derecha. —Yo no veía nada más que neblina giratoria blanca con tintes plateados—. No puedo ir más allá en esa dirección —me dijo. Su mano se separó de mi cadera y su brazo se aflojó alrededor de mí.

Me giré y vi a Nektas pasar por delante de los jinetes, que habían vuelto a sus posiciones de una quietud siniestra. Nyktos se bajó de Gala. Luego soltó las dos espadas cortas que había llevado consigo y las fijó a los costados de mi yegua.

—Solo por si acaso. —Después me pasó las riendas, pero su mano permaneció cerrada sobre la mía. Sus oscuros ojos plateados conectaron con los míos y sentí ese mismo movimiento de aleteo en el pecho y el estómago cuando dijo—: Sera es muy importante para mí, Nektas.

—Lo sé —respondió el *draken*.

Pensé que era una cosa extraña para que dijera Nyktos. Pero había dicho que yo era muy importante. Para él. No las brasas. Yo. Y quizás esa fuese la razón de que farfullase lo que solté.

—Quiero ser tu consorte, Nyktos.

En el mismo momento en que esas palabras salieron por mi boca, me entraron ganas de tirarme de cabeza debajo de las mortajas de los jinetes. Entreabrí los labios, pero no entraba nada de aire en mis pulmones. Se me había parado el corazón. El *mundo* entero se había parado mientras miraba a Nyktos desde lo alto.

¿Qué demonios me pasaba? ¿No había decidido mantener mi gran boca cerrada?

Nykto estaba quieto como una estatua mientras me miraba desde el suelo. Pasaron unos segundos y, en ese tiempo, sentí cómo toda la sangre desaparecía a toda velocidad de mi cara antes de volver a inundarla. Mi pecho empezó a comprimirse y a doler.

Nykto se movió, levantó su otra mano a mi mejilla.

—Respira —susurró.

Aspiré una bocanada de aire, temblando de la cabeza a los pies.

Su pulgar trazó esa línea por mi barbilla, justo por debajo de mi labio, y mi corazón latía demasiado deprisa para alguien que estaba sentado. Porque la forma en que me miraba, las hebras de *eather* que empezaban a extenderse hacia fuera desde detrás de sus pupilas, parecían... *más*. Cosa que sabía que era imposible, y aun así...

Levantó la mano que sujetaba hacia su boca y me dio un beso en los nudillos. Después, despacio, le dio la vuelta y depositó otro beso en la palma. Todo ello sin apartar esos ahora ardientes ojos de mercurio de mí.

—Te estaré esperando, *liessa*.

Capítulo 27



La luz del sol.

Eso fue en lo primero que me fijé cuando la densa neblina giratoria se desperdigó poco a poco mientras avanzábamos por lo que sonaba como una carretera de piedra. Había pasado mucho tiempo desde que viera la luz del sol. Desde que sintiera su calor sobre mi piel. Levanté la vista, los ojos escocidos por el brillo cuando retiré mi capucha. El cielo estaba pintado de vívidos azules y un blanco suave, pero no había sol y, a medida que la neblina primigenia continuaba retirándose y difuminándose, empezaron a ser visibles unas espectaculares y ondulantes colinas verdes llenas de árboles con flores moradas y rosadas cuyas ramas llegaban hasta el suelo. El paisaje parecía un cuadro. No había gente. Ni casas ni ningún otro signo de vida. Con las manos firmes sobre las riendas de Gala, bajé la vista. Mis cejas salieron disparadas hacia arriba al ver la carretera centellear.

—¿Eso son... diamantes? —pregunté.

—Diamantes machacados. El Valle se formó a partir de las lágrimas de alegría de los dioses y los Primigenios más antiguos —explicó Nektas—. Los encontrarás por todas partes.

Lo miré. Me estaba sonriendo, cosa que creía que no había parado de hacer desde que dejamos a Nyktos en la encrucijada. Cuando me había dado la sensación de que Nyktos parecía querer darme un beso de despedida y, de algún modo, pensé que eso era casi tan bueno como que lo hiciera de verdad.

Nektas seguía sonriendo.

—Oh, cállate —musité.

—Pero si no he dicho nada.

—No ha hecho falta. —Más de la neblina se despejó y vi que la carretera de diamantes parecía interminable. Serpenteaba por las colinas herbosas y entre los floridos árboles llorones, cuyas ramas pendulares casi llegaban al suelo.

—No sabía que pudieras leer los pensamientos.

Le lancé una mirada ceñuda.

Su sonrisa no se borró, ni por un segundo, pero acercó más a su caballo. Guardó silencio solo unos instantes.

—¿Es verdad? ¿Lo que le has dicho en la encrucijada?

Se me caldeó la cara, y no tenía nada que ver con el sol. Todavía no podía creerme que hubiera soltado justo eso, pero así era y no podía decir que me arrepintiera, la verdad. A lo mejor había estado equivocada al pensar que era mejor que Nyktos no lo supiera.

—Sí —dije al final—. Lo decía muy en serio.

Seguimos adelante unos metros más.

—Él te importa.

No era una pregunta sino una afirmación de un hecho. La verdad. Abrí la boca al mirar a Nektas, mi estómago dio una voltereta como si me hubiese caído de Gala... la yegua que Nyktos me había regalado.

—Así es —susurré. Su sonrisa aún perduraba y arqueó una ceja.

—Ya lo sé.

—Bueno, pues me alegro de que haya quedado claro. —Me giré hacia la carretera al tiempo que aclaraba mi garganta.

—Lo supe antes de que estuvieras lista para admitirlo ante ti misma.

—Enhorabuena —mascullé.

—¿Por qué crees que te dije que acudieras a él cuando necesitaba alimentarse? —continuó, como si yo no hubiese dicho nada—. Sabía que necesitabas ayudarlo. No que quisieras hacerlo. No que creyeras que debías hacerlo. Sino que lo *necesitabas*.

—¿Eso lo oliste también en mí? —pregunté con un suspiro. Nektas soltó una carcajada.

—Lo vi cuando no fuiste capaz de contestar a la pregunta de si hubieses seguido adelante con tu plan de haberte enterado que no salvaría a tu gente.

El aire que inspiré no pareció llegar a ningún sitio. Esa pregunta me había dejado tan incómoda entonces como lo hacía ahora.

—Sigo sin poder contestar a eso —admití con voz ronca—. Parte de mí dice que sí, porque haría cualquier cosa por salvar Lasania. Cualquier cosa.

Pero la otra parte dice que no. Aunque si lo hubiera hecho, no habría habido necesidad de matarme. Creo que eso... eso habría hecho el trabajo por ti.

Sentía la mirada de Nektas sobre mí.

—Si ese es el caso, entonces tengo más razón incluso de la que creía. — Le lancé una mirada rápida, pero él miraba adelante ahora, sus cejas oscuras fruncidas en su frente—. ¿Sabes? —empezó, después de unos momentos de silencio—, también te llevé con él esa noche porque sabía que él no te haría daño.

Mi estómago dio otra voltereta.

—Pero la noche del Bosque Moribundo sí pensaste que me haría daño.

—Eso fue diferente. Cuando los Primigenios adoptan su forma verdadera por ira, no son ellos mismos. Se *convierten* en ira y poder y son capaces de atacar a cualquiera. Y aunque sabía que él nunca te haría daño por ira en su forma habitual, no sabía lo que haría en esa otra. —Sus ojos tocaron los míos un instante—. Pero ahora lo sé. Él mismo se contuvo. No porque yo estuviera ahí. Podría haberme destrozado. Pero se contuvo. Ahora lo sé.

—¿Sabes qué?

—Que lo que siente por ti va más allá del cariño. Le importas.

—Yo... también lo sé.

Se quedó callado un poco.

—¿Sabes lo que se hizo a sí mismo? ¿Y por qué?

Tragué saliva con esfuerzo y asentí.

—Hizo que le extirparan el *kardia* porque no quería que el amor se convirtiera en una debilidad o pudiera ser utilizado como un arma.

—Uno pensaría que es porque Ash no quiere convertirse en su padre — admitió después de un instante—. Eythos cambió después de haber perdido a Mycella. Seguía siendo bueno, pero perdió la mayor parte de su alegría cuando Mycella murió. Si no hubiese sido por Ash, creo que se habría ido consumiendo hasta sumirse en la estasis.

Me pregunté si sería lo mismo para Nektas. Si no fuese por Jadis, ¿él también se consumiría?

—Ash creció viendo esa pérdida y esa tristeza cada vez que miraba a los ojos de su padre. Él mismo la sentía, sin haber conocido nunca el tacto de su madre o el sonido de su voz —continuó Nektas—. Pero Ash no teme convertirse en su padre. Teme convertirse en su tío.

Di un respingo.

—Él nunca podría convertirse en Kolis.

—Yo tampoco lo creo, pero ni siquiera yo esperé nunca que Kolis llegara a tales extremos. —Hubo una pausa—. Nunca fue como Eythos. Era un poco más reservado. Más frío. Prefería la soledad. Parte de ello se debía a la esencia primigenia que corría por sus venas. Él es la Muerte, y la Muerte no quiere compañía. Y a medida que Ash se hace mayor, empiezo a ver un pelín de eso en él —afirmó, y se me comprimió el corazón—. La vida y la muerte no son muy distintas. Ambas son naturales, un ciclo necesario, pues no puede haber vida sin muerte, pero donde a Eythos lo aclamaban y le daban la bienvenida, a Kolis lo temían y lo rehuían. Eso alimentaría los celos de los mejores de nosotros, y él tenía celos de su hermano. Todavía los tiene, incluso ahora.

Nektas se rio sin alegría alguna. Sacudió la cabeza antes de seguir hablando.

—Pero Kolis no cambió hasta que experimentó el amor y la pérdida. Fue entonces cuando empezó a convertirse en lo que es hoy. El amor puede infundirle a una persona vida e inspiración, y su pérdida puede pudrir y mancillar la mente de otra. Eso es lo que más teme Ash. —Sus ojos encontraron los míos otra vez—. Amar a alguien. Perder a esa persona. Luego convertirse en algo aún peor que Kolis.

Tragué saliva. Esas razones me parecían aún más tristes.

—Pero estamos hablando de que otra persona le importe. No que la ame. Eso son dos cosas distintas. Y sé que para él es imposible sentir tal cosa.

—¿Crees que son tan distintas? —preguntó Nektas—. Porque estamos hablando del tipo de afecto que te permite ponerte en peligro por la persona que te importa. El tipo que no te impide sentirlo, aunque sepas que esas emociones no serán recíprocas. Aunque conozcas los riesgos. Y aun así, todavía puedes encontrar paz.

—Él *no puede* amarme.

—No estoy hablando de él.

Di otro respingo.

—Yo... yo no lo amo —negué, aunque las palabras sonaron un poco huecas—. Ni siquiera sé lo que es eso.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

Cerré la boca de golpe. Una extraña mezcla de emociones mareantes barrió mi interior y sentí como si estuviera cayendo y volando al mismo tiempo.

—No puedo pensar en esto.

—¿Por qué? ¿Porque temes que puedas amarlo y él no pueda sentir lo mismo?

—No. Ni siquiera es por eso. No quiero pensar en ello porque me aterra —admití sin ninguna vergüenza.

—Como debería ser.

Le lancé una mirada ceñuda.

—Eso es muy tranquilizador.

Nektas se echó a reír y tuve ciertas ganas de pegarle antes de apartar la mirada. No quería ni pensar en la idea del amor. Era más fácil reconocer que Nyktos me importaba. Que me importaba mucho. Pero eso no era amor. Y esta era una conversación con la que no quería seguir.

Contemplé las colinas y las ramas pendulares llenas de flores que danzaban a apenas unos centímetros del suelo.

—¿Todo el Valle tiene este aspecto?

—Algunas zonas comunes, sí —contestó—. Pero la mayor parte del Valle está en constante cambio para satisfacer el ideal de paraíso de cada alma y convertirse en lo que sea que desee.

—Guau —murmuré.

En el Valle, todos los aspectos de las necesidades y los deseos de un alma se satisfacen, incluso lo que ven. Arcadia es muy parecido. Se recolocó un poco en su montura.

—Mira a tu derecha y arriba, hacia el cielo. ¿Lo ves?

Seguí sus instrucciones y guiñé los ojos hasta que vi una neblina reluciente acumularse a lo largo de las colinas.

—¿La neblina?

—Se llama Velo —explicó—. Está hecho de neblina primigenia y oculta el Valle de aquellos que no entran en él por medios más naturales.

Como al morir.

Cuanto más avanzábamos por la carretera de diamantes, más consciente era de la neblina que se acumulaba y espesaba para ocultar todo lo que había al otro lado. Igual que de camino a los Pilares, el Velo fue acercándose poco a poco a la carretera y, en el silencio, no pude evitar preguntarme si yo entraría en el Valle al morir, si el plan de Nyktos no funcionaba. O si encontraría la paz eterna en Arcadia si el plan sí funcionaba. ¿De verdad eran responsables las brasas primigenias de esa moralidad no tan mortal? ¿O al final se reduciría todo a que Nyktos interviniera cuando yo muriese y se asegurara de que encontrara paz en lugar de castigo?

Me estremecí ante lo que ahora me parecían pensamientos mórbidos, lo cual era raro. En el pasado, había pensado mucho en la muerte y había aceptado que era algo inevitable, más pronto que tarde. Pero ahora, incluso pensar en la muerte parecía diferente. Un final prematuro que ya no aceptaba porque había esperanza. Un posible futuro que ofrecía un...

Un suave zumbido me sacó de mi ensimismamiento. Fruncí el ceño y miré a mi derecha. El sonido no era un zumbido. Era una voz. *Varias voces*. Cantando. Mis manos se aflojaron en torno a las riendas de Gala y luego se apretaron otra vez mientras me esforzaba por oír las palabras. Eran en un idioma diferente, uno que parecía antiguo, y las brasas zumbaron en respuesta. Pero el sonido... las voces y la melodía... Eran una oración. Una celebración. Evocadora a medida que las voces subían y bajaban, como si me llamaran. Se me anegaron los ojos de lágrimas. Era el sonido más hermoso que había oído en la vida.

Nektas agarró mis riendas de repente y detuvo a Gala.

—Para.

—¿Qué? —susurré con voz ronca.

—Te estás acercando demasiado —me advirtió, el rostro crispado—. No puedes ir allí.

—¿Ir a dónde...? —Solté una exclamación de sorpresa al darme cuenta de que estaba a apenas unos palmos del Velo, más cerca de la armonía. Parpadeé para eliminar las lágrimas y miré a Nektas—. No pretendía hacer eso.

—Lo sé. —Tiró con suavidad de las riendas para devolver a Gala al centro de la carretera—. ¿Oyes sus canciones?

Asentí, el corazón acelerado.

—Son las sirenas cantando.

—¿Las sirenas?

—Son las guardianas del Valle. Y han percibido nuestra presencia.

Mi atención volvió despacio hacia la neblina.

—¿Por qué cantan?

—Solo los *drakens* y los que han Ascendido pueden viajar al Valle —explicó—. Siempre que las sirenas perciben algo que no debería estar tan cerca, cantan para atraer a los intrusos hacia el Velo. Ni siquiera tú con tus brasas primigenias sobrevivirías a eso.

Con la piel helada, bajé la vista hacia mis nudillos blancos en torno a las riendas y hacia la mano de Nektas. Las sirenas siguieron cantando. Los dedos del *draken* seguían bien cerrados alrededor de las riendas y ahí se quedaron.



Unas horas más tarde, las sirenas por fin dejaron de cantar. Nektas soltó su agarre sobre mis riendas y la tensión rígida se alivió de mis músculos. Me dolía todo por el esfuerzo de contenerme. Había estado cerca de saltar de la montura y cruzar el Velo un montón de veces. Ni siquiera haber tomado un tentempié de cecina que había llevado Nektas consigo había ayudado, y eso que la comida solía ser la distracción suprema.

Y tendría que volver a pasar por lo mismo en el camino de salida.

No tenía ningunas ganas de repetir la experiencia, pero justo entonces llegamos a la cima de una colina y todo pensamiento sobre las sirenas y su llamada se esfumó de mi cabeza cuando un horizonte rocoso se alzó delante de nosotros. Era una montaña de escarpados acantilados verticales de pura piedra umbra y algo más... algo que centelleaba carmesí. Me recordó al pelo de Nektas.

—Por todos los dioses, espero que no tengamos que subir esa cosa —musité—. Si es así, creo que me la jugaré con las sirenas.

Nektas se rio.

—Por suerte, los Estanques de Divanash están debajo.

—¿Debajo de todo eso? —La montaña era una fortaleza de piedra, una imagen imponente entre toda la belleza.

Me miró de reojo.

—¿Eres claustrofóbica?

—No lo creo.

—Bueno, supongo que estamos a punto de averiguarlo, ¿verdad?

Esto va a ser divertido, pensé mientras avanzábamos por el pie de las montañas antes de por fin parar cuando Nektas vio la estrecha ranura de una entrada por la que no sabía cómo iba a caber yo, no digamos ya Nektas. Dejamos a los caballos atados bajo un árbol llorón, donde podrían pastar un poco y descansar. Con una última caricia detrás de las orejas de Gala, seguí a Nektas. Apenas pudimos colarnos por la abertura de costado y emergimos a la más completa oscuridad.

Se me cortó la respiración al no ver nada, así que me quedé quieta. Alargué los brazos a ciegas. Palpé la pared lisa y fría detrás de mí, pero nada a mi izquierda. Rebusqué en la oscuridad, pero no ni siquiera lograba ver al *draken*. *Inspira*. Se me comprimió la garganta.

—¿Nektas? —grazné.

—Estoy aquí. —Sus manos se cerraron sobre las mías, calientes y firmes.
Espira.

—¿Ves algo?

—Sí. —Empezó a guiarme hacia delante.

—Los *drakens* deben tener muy buena vista —murmuré, y mi voz pareció flotar en el aire de aroma dulce. *Inspira.*

—Tenemos unos sentidos asombrosos.

Me aferré a su mano mientras hacía esfuerzos desesperados por no pensar en el hecho de que no veía nada y podía haber cualquier cosa a centímetros de mí. *Contén. Dakkais. Barrats.* Arañas gigantes. Santo cielo, eso no estaba ayudando. *Espira.*

—Dijiste que habías olido la muerte sobre mí antes.

—Lo hice. Aún la huelo —repuso, su voz parecía incorpórea, aunque iba aferrada a su mano como una niña asustada—. Huelo a Ash sobre ti. —Hice una mueca—. Y también huelo la muerte —añadió—. Tu cuerpo. Está muriendo.

—¿Qué diablos? —exclamé. Tiré de mi mano, pero Nektas no la soltó.

—Estás muriendo de manera activa, Sera. El Sacrificio te está matando. Lo sabes.

—Sí, lo sé. —Respiré aún más hondo—. Pero que lo digas cuando estoy debajo de una montaña y no veo una mierda lo pone en una perspectiva totalmente distinta.

—No veo por qué.

—Es probable que sea porque tú puedes ver y no te estás muriendo activamente.

—Ahí tienes razón. —Hizo una pausa—. Mis disculpas.

—Por todos los dioses —mascullé. Pasaron unos segundos con solo el sonido de nuestras pisadas—. ¿Te huelo mal? —Nektas se echó a reír. Entorné los ojos—. No hay nada gracioso en mi pregunta.

—Sí que lo hay —me contradijo—. La muerte no huele mal. Lleva el mismo olor de la vida pero más debilitado. Huele a lilas.

Lilas.

Yo había olido eso antes. Lilas marchitas. Me pregunté si eso sería lo que olía Nektas en mí. Me contuve de preguntarlo. Preferiría que pensara que olía como una tormenta de verano... sin importar cómo fuera ese olor.

Continuamos por el túnel durante un rato, aunque me pareció que no íbamos en línea recta. Estaba a punto de preguntar si Nektas se había perdido cuando oí el sonido del agua y después vi un puntito de luz que fue

aumentando poco a poco. Luz del sol, gracias a los dioses. Pronto, pude ver a Nektas delante de mí.

Sus pasos se ralentizaron.

—Quédate aquí mismo.

—No sé dónde esperas que vaya —repuse cuando él soltó mi mano.

—Contigo, nunca se sabe. —Bajó de un salto—. En cuanto te dan la espalda unos segundos, echas a correr.

—Eso no es verdad.

Ya abajo, se volvió hacia mí y me ofreció sus manos. Las acepté en lugar de darle una patada. Me ayudó a bajar la caída de más de un metro. El ambiente ahí era bastante más cálido y húmedo. Mucho más dulce. Di un paso y de inmediato vi por qué. Unas gruesas ramas cargadas de lilas serpenteaban por el suelo, trepaban por las paredes de la caverna y se extendían por el techo hasta casi ahogar la luz que entraba por la abertura en lo alto.

—Vaya, esas son muchas lilas. —Miré a mi alrededor—. ¿Es por eso que la muerte huele a lilas?

—No sé por qué la muerte huele así, pero las lilas son especiales. Representan una renovación, y tanto la vida como la muerte son eso: una renovación. —Nektas siguió adelante—. Si alguna vez ves lilas como estas cerca del agua en el mundo real, ten por seguro que estás cerca de un portal a Iliseeum... a Dalos, en particular.

Pensé en mi lago.

—¿Y si no hay ninguna?

—Entonces lo más probable es que el portal conduzca a las Tierras Umbrías —contestó—. Ahí está.

Di un paso a un lado para esquivar a Nektas y vi un saliente rocoso que se alzaba más o menos hasta la altura de mi cintura y formaba un círculo irregular del tamaño aproximado de Nektas en su forma de *draken*. Las aguas de los Estanques de Divanash estaban tranquilas y claras cuando nos acercamos.

—Bueno, ¿ahora qué hacemos? —Apoyé las manos en la pared del estanque—. ¿Preguntar dónde está, sin más?

—Algo así. Necesitaremos una gota de tu sangre.

—¿Solo una gota? —Metí la mano entre ambos lados de mi capa y desenvainé la daga de mi muslo.

—Solo una gota —confirmó—. Pero también tienes que entregar algo que nadie más sepa.

Por todos los dioses. Había olvidado esa parte. Fruncí el ceño mientras contemplaba los Estanques.

—Una vez que hagas eso, los Estanques deberían hacerte saber que puedes proceder. Pregunta qué o a quién buscas y los Estanques responderán. —Ladeó la cabeza—. Con suerte.

Vacilé un instante, mi mano y la daga suspendidas sobre el agua.

—¿Con suerte?

Nektas se encogió de hombros.

—Jamás los he visto funcionar.

—Genial —musité, sacudiendo la cabeza. Algo que nadie más sepa—. Así que, básicamente, ¿tengo que contar un secreto o algo así?

—Esa es la cosa. Es una especie de intercambio. Una respuesta a una verdad, una que nadie más sepa... quizá ni siquiera uno mismo.

—¿Ni siquiera uno mismo? —repetí en voz baja, y fruncí aún más el ceño. Empecé a preguntarme qué demonios significaba eso, pero me dio la impresión de que comprendía qué tipo de verdad estaba buscando. Una que te resultara incómodo admitir.

Por todos los dioses, había un montón de verdades incómodas. Y no había tiempo suficiente en el día para enumerarlas, empezando por cómo me sentía con respecto a mi madre y terminando con lo que tal vez sintiera por Nyktos. Había un montón de verdades asfixiantes y picajosas entre esas dos cosas mientras las repasaba en mi cabeza.

Pero había una que era la que más me incomodaba. Una que me dejaba con la sensación de estar expuesta y desnuda. Vulnerable.

Me empezó a hormiguear la piel. Procedí entonces a pincharme el dedo con la más ligera de las presiones. La daga de filo letal cortó mi piel y la sangre brotó al instante. Estiré el brazo sobre los Estanques y observé cómo la sangre manaba de mi dedo mientras susurraba unas palabras que escaldaron mi garganta.

—El día que tomé demasiada poción somnífera no fue un accidente ni una decisión impulsiva. —Me temblaba la mano—. No quería despertar.

La caverna se sumió en un silencio absoluto, excepto por el zumbido en mis oídos cuando la gota de sangre cayó de mi dedo y salpicó la superficie del agua.

Un silbido golpeó el aire de la caverna mientras retiraba la mano. El agua cobró vida de golpe y empezó a burbujear y a agitarse. El espacio por encima de los Estanques se llenó de vapor. Con una exclamación, di un paso atrás. El

agua salpicada giró como loca antes de colapsarse de vuelta dentro de los Estanques.

—Creo que eso significa que han aceptado tu respuesta, *meyaah liessa* —dijo Nektas en voz baja.

No lo miré. Fingí que no había oído lo que acababa de admitir.

—Muéstrame a Delfai, un dios de la Adivinación —dije—. Por favor.

La sangre se hundió y se diluyó mientras las aguas ondulaban y giraban hasta engullirla entera. Nektas se acercó más al ver que se formaban unas nubes muy profundo bajo la superficie, primero blancas y luego más oscuras. Cuando las nubes empezaron a cobrar forma, me recordaron a las almas dentro de la neblina, solo que esto no era ninguna imagen difuminada. El color se filtró en las aguas y un azul pastel rodó sobre la superficie. Un cielo. Pinos verde oscuro surgieron detrás de una espectacular fortaleza de piedra marfileña, cada aguja de los árboles reluciente.

Solté una exclamación cuando otra onda desintegró el cielo y los pinos y borró la mansión.

—Espero de todo corazón que eso no haya sido todo, porque no me ha dicho absolutamente nada.

Nektas se asomó por encima de mi cabeza.

—No lo creo —dijo—. Mira.

El agua estaba cambiando de color otra vez y unas formas se hicieron visibles. Me puse tensa. Aparecieron una cabeza y unos hombros. Un cuerpo. Luego otro. Uno era más alto, con piel que me recordaba a joyas de ámbar, y pelo tan negro como las rosas de floración nocturna. Era un hombre, su cara ovalada se ladeó. Parecía más o menos de la edad que había creído que tenía Holland, en su tercera o cuarta década de vida. Tenía algo en las manos. Estaba triturando algo en un bol de cerámica mientras sus labios se movían en silencio. Parecía estar hablando con alguien...

—Ese es Delfai —dijo Nektas, que se inclinó un poco hacia un lado para apoyar una mano en el borde del estanque—. Con aspecto de estar vivito y coleando.

Fuera quien fuere con quien estaba hablando empezaba a cobrar forma en las aguas. Abundante pelo castaño claro, largo y liso hasta los hombros. Piel rosada besada por el sol. Un rostro con forma de corazón. Se me cortó la respiración de la sorpresa. Era una cara que reconocía, una mucho más rellena y con unos ojos verdes más brillantes y más vivos de lo que los recordaba.

—La conozco —susurré, estupefacta, mientras la veía sonreír en respuesta a lo que fuese que le estuviera mostrando Delfai en el bol—. Es Kayleigh

Balfour. La princesa de Irelone. Delfai está en Irelone... en la mansión fortaleza de Cauldra Manor.

Capítulo 28



—Tiene que ser el destino —declaró Nektas mientras recorriamos el camino de vuelta por el Valle—. Que Delfai estuviera en este momento exacto con alguien a quien conoces.

—Tal vez. —Con los brazos y las piernas ya en tensión, preparada para las sirenas, mantuve los ojos al frente—. O puede que fuese algo que este Delfai sabía... Los dioses de la Adivinación podían ver el pasado, el presente y el futuro, ¿no? A lo mejor sabía que debía entablar amistad con Kayleigh...

Nektas asintió.

—No lo saben todo de manera innata. Debe de haber sido algo que Delfai había decidido investigar o le habían pedido hacerlo. Pero si es así, eso significa que te debe estar esperando.

Lo pensé un poco.

—Fue Penellaphe la que le dijo a Nyktos que fuese en busca de Delfai. No sé cuántos años tiene ella, pero ¿podría haber sido la diosa la que le hubiese dicho algo a Delfai?

—Penellaphe era joven cuando Kolis robó las brasas de Eythos, pero lo bastante mayor como para recordar a los dioses de la Adivinación —comentó Nektas—. Tendría sentido que buscara a un dios de la Adivinación para aprender más acerca de su visión.

Y Holland podría haberse paseado otra vez al borde de esa fina línea de la interferencia. Sea como fuere, no había sido una coincidencia para nada.

—¿Sabías que la princesa Kayleigh estaba prometida con mi hermanastro? —dije, pues no le había dicho a Nektas de qué la conocía—.

Vino de visita a Lasania con sus padres, el rey Saegar y la reina Geneva. Para conocer a Tavius. Mi hermanastro era un... imbécil incorregible.

—Ya me lo había imaginado. —Nektas se inclinó hacia mí para enderezar mi capucha, que debía de haber resbalado—. Visto lo mucho que le divierte a Ash *visitarlo* en el Abismo.

—¿Lo hace a menudo?

—Más de lo que lo ha hecho con ninguna otra alma en mucho tiempo.

Apreté los labios para reprimir mi sonrisa, porque incluso yo era capaz de reconocer que esa era una cosa retorcida en la que encontrar placer. Me aclaré la garganta.

—De todos modos, se portó muy bien con ella. Al principio. No duró mucho. Una tarde, la encontré llorando después de haber dado un paseo a solas con él por los jardines. No sé lo que ocurrió, pero sé que debió de ser algo terrible porque cuando le advertí sobre él, no se sorprendió en absoluto de lo que le dije.

—Entonces, ¿no se casó con él? —preguntó Nektas y, cuando negué con la cabeza, él agachó la suya—. ¿Pudo escapar de un compromiso así? Tenía la impresión de que eso no es normal en el mundo mortal entre nobles.

—No lo es. —Mis labios esbozaron por su cuenta una leve sonrisa—. Bueno, trazamos un plan para que... no estuviese disponible para el enlace.

Sus cejas se arquearon debajo de su capucha.

—¿Y cómo lo conseguiste?

—Obtuve una poción de un curandero que conocía, que podía hacerla parecer enferma... lo bastante como para tener que posponer el enlace. —Me reí ante su sonrisa—. Funcionó. Kayleigh convenció a sus padres de que tenía que deberse al clima más cálido y húmedo de Lasania, y se la llevaron a casa. No sé si se creyeron lo del problema del clima, aunque es verdad que Irelone es mucho más fresco, pero... la quieren. Eso quedó claro, cuando no la forzaron a quedarse en Lasania ni la obligaron luego a volver.

—Muy astuto por parte de las dos —musitó—. Aunque es una pena que alguien tenga que recurrir a ese tipo de tácticas.

—Cierto —murmuré—. Tavius, mi madre y el rey Ernald nunca supieron a ciencia cierta que yo había interferido, aunque creo que sospechaban algo. —Me encogí de hombros—. ¿Si no lo hubiese hecho? ¿Habría alterado eso la decisión de Delfai? ¿No habríamos sido capaces de localizarlo en el mundo mortal? Quiero decir, todo ello tiene que estar conectado... cada elección de hacer o no hacer algo crea una reacción en cadena. No puedes evitar preguntarte exactamente cuántas cosas están predeterminadas.

—Te volverás loca si piensas en eso —repuso Nektas—. Pero ninguna de nuestras decisiones está predeterminada. El destino no es una cosa absoluta. El destino es solo una serie de posibilidades.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso? —pregunté.

—Porque yo estaba ahí cuando los mortales fueron creados. Aporté mi fuego para infundir vida a su carne —me recordó—. Los mortales fueron creados a imagen de los Primigenios, pero también se les dio más.

—La capacidad para sentir emociones.

—Y libre voluntad —dijo—. El destino no usurpa eso, sin importar lo mucho que es probable que los *Arae* desearan hacerlo en algunas situaciones. El destino solo ve todos los posibles resultados de la libre voluntad.

Sentí algo de alivio al saber eso, al saber que las decisiones tomadas, ya fueran buenas o malas, eran elecciones hechas de manera activa y no el resultado desgraciado de seguir una serie de eventos ya decididos. Miré a Nektas mientras el Velo que protegía el Valle continuaba avanzando a ritmo constante hacia la carretera; empecé a oír las sirenas cantando una vez más.

—¿Los Primigenios tienen libre voluntad?

—Al principio no la tenían.

Recordé lo que me había dicho Nyktos.

—¿Su capacidad para empezar a sentir emoción fue lo que cambió eso?

Nektas asintió.

—Nada es más poderoso, nada cambia más la vida y el mundo que la capacidad para sentir. Para experimentar emoción. Para amar. Odiar. Desear. Para preocuparse por uno mismo. Para preocuparse por otro.



Nyktos no nos estaba aguardando en la encrucijada cuando salimos del Valle como había esperado que hiciera. Los siniestros jinetes, sin embargo, sí que estaban y volvieron a inclinarse ante nosotros cuando pasamos por delante. Supuse que Nyktos se habría entretenido con algo, ya fuera en los Pilares en sí o en Lethe. Nektas no parecía preocupado, así que no creí que hubiese pasado nada demasiado grave.

No miré a las almas que esperaban a cruzar entre los Pilares, aunque las brasas palparon y mis músculos ya estaban tensos y doloridos de haberme resistido a la llamada de las sirenas. Pero la neblina primigenia por fin disminuyó y pude ver carmesí en la distancia, centelleante bajo la brillante luz

de las estrellas. Mordisqueé un pedazo de queso que Nektas me había pasado mientras mis pensamientos rebotaban de una cosa a otra e ignoraba el leve dolor que empezaba a acumularse en mis sienes. Cuando llegásemos al palacio, dejaría de ignorarlo. Tal vez no fuera el Sacrificio, pero no me arriesgaría por si acaso.

—¿Sera?

Me terminé el trozo de queso y miré a Nektas.

—¿Sí?

—¿Estás bien? —preguntó. Me miró de reojo y luego dirigió la mirada al frente otra vez.

Tardé un momento en darme cuenta de qué me estaba preguntando y, cuando lo hice, un intenso calor me recorrió de arriba abajo. Mis manos se apretaron sobre las riendas de Gala. Noté como si mi lengua se hubiese engrosado, más pesada e inútil ahora, al tiempo que mi corazón empezaba a aporrear en mi pecho.

¿Estás bien?

Una pregunta sencilla. Y una que mucha gente respondería con facilidad, supuse. Una que yo misma hubiese podido contestar esa mañana sin vacilar ni pensar demasiado. *¿Estás bien?* Ahora, la pregunta iba cargada de significado, porque no solo los Estanques de Divanash conocían un secreto que nadie más sabía. Nektas también lo conocía.

—Yo... creo que sí —dije al cabo de unos instantes, tras repeler esa oleada incómoda y cosquillosa—. Lo estaré —añadí con un encogimiento de hombros—. Siempre lo estoy.

—No todo el mundo puede estar siempre bien —dijo con voz queda—. Así que si alguna vez encuentras que no lo estás, puedes hablar conmigo. Juntos, nos aseguraremos de que estés bien. ¿Vale?

Con la garganta y los ojos escocidos, giré la cabeza hacia él a toda velocidad. Su mirada seguía fija al frente, y no supe si lo hacía a propósito o no. A lo mejor sabía que así era más fácil.

—Vale —susurré.

—Bien —contestó y, durante un rato, eso fue todo lo que dijimos. Se hizo el silencio entre nosotros y un nudo se encajó en lo más profundo de mi pecho, donde se había formado esa grieta.

Estaba conmovida por su oferta, un poco descolocada, tras haberme pescado con la guardia baja. Había sido una... amabilidad inesperada, y me daba ganas de tirarme de cabeza al suelo y al mismo tiempo quería abrazar al *draken*.

—Alto —ordenó Nektas con brusquedad.

Sacada de golpe de mi ensimismamiento, frené a Gala al tiempo que afloraba la preocupación.

—¿Qué pasa?

Nektas echó la cabeza atrás para olisquear el aire.

—Estamos a punto de tener compañía. —Bajó la barbilla y escudriñó la tierra a nuestro alrededor, llana y baldía excepto por grandes rocas y árboles muertos y desperdigados que debían haber crecido antes de los lagos que habían fluido por ahí antaño—. Y no será de naturaleza amistosa.

—Genial. —Alargué la mano por el flanco de Gala y desenganché una de las espadas cortas que Nyktos había asegurado ahí—. Ya me parecía que este viaje estaba siendo demasiado tranquilo. —Seguí la dirección de su mirada, pero no vi nada al principio. Después, un movimiento al lado de uno de los enclenques árboles huecos cerca de la carretera llamó mi atención. Guiñé los ojos al tiempo que apretaba la mano en torno a la empuñadura de la espada.

—No ataques primero —me advirtió Nektas en voz baja. Unos dedos largos y delgados se cerraron en torno al borde del tronco, de un color barro marrón grisáceo. Los dedos se enroscaron y se clavaron en la corteza. Garras. Me puse rígida. Un brazo fino empezó a asomar, su piel parecía dura y agrietada, como... corteza—. Puede que nos dejen pasar sin incidentes. Avanza despacio. Mantente alerta.

Observé esa mano sobre el árbol mientras urgía a Gala a seguir andando.

—¿Qué son?

Nektas acercó su caballo al mío.

—Son ninfas, y son muy ancianas. Solían ser criaturas amables y benévolas que vivían en los bosques y lagos de todo Iliseeum y cuidaban de la tierra que las alimentaba. Amigas de los dragones y luego de los Primigenios y de los dioses —dijo. Me concentré en la parte de *solían* de esa afirmación y en el tiempo pasado del resto de la descripción—. Pero ahora son otra repercusión más de las acciones de Kolis. Cuando robó las brasas de Eythos, eso las corrompió. Las convirtió en criaturas de pesadilla que se alimentan del dolor y la tortura.

—Oh —susurré—. Suenan encantadoras.

—Solían ser unas de las criaturas más encantadoras que podías ver jamás en Iliseeum —rebatí.

No me permití sentir la punzada de tristeza que acompañó a la idea de que Kolis las había corrompido. No me haría ningún favor hacer eso y que luego decidieran no dejarnos pasar.

—¿Estaban aquí cuando viajamos hacia los Pilares?

—Siempre están aquí.

Pensé en cómo tanto Nyktos como él habían estado pendientes de nuestros alrededores.

—¿Son lo que impulsó a Ehthawn a alejarse?

—Es probable. —La mano de Nektas descansaba sobre la espada amarrada a su caballo—. No suelen atacar a un Primigenio o a su consorte. Todo lo demás son blancos factibles. Ni el fuego de *draken* ni el *eather* las afecta. La única manera de detenerlas es cortarles la cabeza.

—Genial —murmuré mientras pasábamos por el árbol desde donde acechaba la ninfa. Entonces vi a otra detrás de una roca—. ¿Cuántas crees que hay aquí?

—Podría haber cientos —contestó, y me dio un vuelco el corazón—. Pero he visto solo a una docena o así cerca de la carretera.

—Debe ser esa maravillosa vista de *draken*, porque yo solo he visto a dos.

—Lo es. También sé qué buscar.

Viajamos varios minutos más en un silencio tenso. Vi a una más. Esta vez, un poco más de la ninfa. Una pierna larguirucha. Un pie enganchado a la corteza.

Ya podíamos divisar un poco más del Adarve y empezaba a sentirme algo esperanzada de que nos dejarían pasar cuando oí a Nektas mascullar.

—Mierda.

Entonces la vi.

Una ninfa acucillada en el centro del camino, los hombros encorvados y tan pequeña que se había fundido con la carretera en sí.

Se irguió despacio y, por todos los dioses, me encantaría ver cómo eran esas cosas antes de que cambiaran, porque esta criatura era una verdadera pesadilla. Piel como corteza, retorcida y nudosa. Garras por dedos, tanto en las manos como en los pies. Rasgos faciales agrietados y distorsionados. Cráneo sin pelo, con una coronilla de hueso visto e irregular.

—Quiero oíros chillar —bufó la ninfa con una voz gutural y mojada—. Como un río quiero veros sangrar. —Se puso en movimiento de pronto y echó a correr hacia nosotros.

Nektas sacó una daga de la manga de su capa, la lanzó y le dio a la criatura entre los ojos. La ninfa se tambaleó hacia atrás aullando, agitando los brazos en todas direcciones en su intento de agarrar la hoja incrustada en su cabeza.

El aire se llenó de siseos y bufidos a ambos lados de la carretera. Maldije y eché pie a tierra. Nektas hizo otro tanto. Eran como una masa informe que parecía brotar del suelo irregular de la hondonada, de los árboles y de las piedras.

—Yo me encargo de este lado —dijo Nektas. Dio unos pasos al frente y columpió la espada de piedra umbra a través del cuello de la ninfa de la carretera para descabezarla. La criatura se desintegró en centelleante polvo plateado—. ¿Te encargas del otro?

Me preparé para la pelea.

—Había pensado dejar que hicieran lo que quisiesen, pero supongo...

Sonrió desde las sombras de su capucha mientras giraba hacia el lado derecho de la carretera.

Las ninfas convergieron sobre nosotros. Una iba por delante de las otras.

—Necesidad. Voracidad. Sangrad —bufó, al tiempo que saltaba.

Di un paso al frente y columpié la espada directa a través de ella cuando aterrizó. La hoja cortó limpiamente el cuello de la ninfa. Mientras la criatura se desintegraba, di media vuelta para acabar con una segunda ninfa, que también explotó en mil pedazos.

Otras dos cruzaron la carretera al unísono.

—Repulsión —escupió una.

—Aversión —borboteó otra.

Giré en redondo para darle a la primera ninfa una patada en la rodilla. La pierna de la criatura crujió y se rompió por el centro.

—Puaj —susurré, mientras cortaba el cuello de la otra y después de la primera, que ya venía cojeando hacia mí.

Al echar un vistazo hacia el otro lado de la carretera, vi cómo Nektas cortaba de manera metódica a través de las ninfas. Giré la cabeza de vuelta a toda velocidad y di un salto a un lado, con lo que evité por poco las garras de otra ninfa.

—Despojo. Cojo. Rojo. —La ninfa giró en redondo.

—¿Siempre hablan así? —le grité a Nektas mientras atravesaba el cuello de esa con mi espada. Parecía que ya solo quedaban unas pocas.

Nektas empujó a una ninfa hacia atrás al tiempo que incrustaba su espada en otra.

—Si consideras que hacer rimas absurdas es hablar, sí.

La vibración de las brasas en mi pecho era un susurro en mi sangre cuando lancé otro espadazo. Una mano seca arañó el aire a apenas unos centímetros de mi cara al girar. Con una maldición, me eché atrás y di media

vuelta al tiempo que arremetía con la espada hacia atrás. La hoja atravesó el pecho de la ninfa y una nubecilla de polvo brotó de él, espeso y centelleante. Luego levanté la espada para cortarle el cuello.

Un caballo relinchó nervioso. El sonido hizo que se me cayera el alma a los pies. Una ninfa echó a correr hacia los caballos.

—El pavor es mi valor —bufó—. El dolor es tu amor.

—Eso ni siquiera tiene sentido. —Salí corriendo detrás de la ninfa—. Oh, no, ni se te ocurra. No los vas a tocar.

Agarré a la ninfa del hombro, su piel áspera y seca bajo la mía, justo cuando le lanzaba un zarpazo a Gala. Sabía que no sería lo bastante rápida con la espada. La ninfa le hincaría las garras a la yegua. La furia se arraigó en lo más profundo de mi ser y atizó las brasas. Pasaron varias cosas al mismo tiempo.

Las brasas vibraron como locas en mi pecho, el calor inundó mis venas y una luz blanca y plateada anegó la periferia de mi visión a medida que el poder se acumulaba, aumentaba en mi interior y cargaba el aire. Solté una exclamación cuando el *eather* chisporroteó por mi mano. Me eché atrás con brusquedad, pero era demasiado tarde. La esencia fluyó por encima de la ninfa y se filtró a través del caparazón de su piel. La luz llenó los cientos de diminutas grietas que recorrían su cuerpo y que la iluminaron desde dentro y luego desde fuera. El *eather* rebosó por su boca abierta y por sus ojos.

Y la ninfa explotó.

Una ola de poder se expandió en todas direcciones, tan intensa que el estallido de *eather* me hizo caer de culo cuando impactó contra mí.

—Madre mía —susurré, aturdida, pero eso no me impidió levantar la espada cuando una sombra cayó sobre mí. Nektas me miraba desde lo alto—. Creía que habías dicho que el *eather* no les hacía nada.

—No debería —afirmó—. Solo el Primigenio de la Vida puede manejar el tipo de *eather* que puede matar a una ninfa. —Nektas echó su capucha hacia atrás—. Es el mismo tipo de poder que puede matar a otro Primigenio.



Nektas dijo muy poco durante el resto del camino de vuelta al palacio, lo cual me dejó un poco inquieta.

Yo no era una Primigenia, así que no podía comprender cómo podía tener el tipo de *eather* en mí que podía matar a otro Primigenio. Ni cómo las brasas

podían ser *tan* fuertes.

Y había golpeado a Nyktos con ese *eather*. Podría haberlo...

Por todos los dioses, ni siquiera podía permitirme terminar ese pensamiento... clara indicación de cuánto había cambiado. Lo que tenía que hacer era trabajar en controlar las brasas hasta que Nyktos las sacara de mí.

Después de darle a Gala un cepillado rápido y algo de alfalfa, me despedí de Nektas al entrar en palacio, con la promesa de ir directa a ver a Nyktos. El *draken*, por su parte, se marchó a ver a Jadis, que estaba en las montañas que yo aún no había visto.

Pensando que Nyktos debía estar en su oficina, me encaminé hacia ahí y entré en el pasillo. Unos segundos después, sonreí ante la sensación de las brasas que se meneaban en mi pecho. Entré en la antesala y vi que la puerta estaba entreabierta cuando empujé una de las hojas.

Me paré en seco. Su nombre se marchitó y murió en mis labios antes de que pudiera convertirse en un susurro siquiera. No podía entender lo que estaba viendo. Era como si mi mente no pudiese procesar lo que mis ojos me estaban diciendo.

Que Nyktos estaba sentado en el sofá, una mano laxa en el cojín a su lado, la otra aferrada al reposabrazos con los nudillos blancos. El cuerpo tenso, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, las despampanantes líneas de su cara tensas y la piel más pálida de lo que debería ser.

Y que no estaba solo.

Ni de lejos.

Alguien estaba en su *regazo*. Una mujer. Una mujer delgada y larga con un reluciente vestido violeta estaba en *su* regazo. Sentada a horcajadas encima de él. Sus bucles rubios dorados caían contra el pecho de él y ocultaban su cara mientras se aferraba a *sus* hombros, dedos pálidos enterrados en la camisa oscura... mientras se movía contra él. No podía ver su cara, pero sabía quién era.

Veses.

La Primigenia de los Ritos y la Prosperidad estaba sentada en el regazo de Nyktos. Tocándolo. Cabalgándolo. *Alimentándose* de su cuello.

Capítulo 29



Mi corazón se aceleró y luego se frenó cuando mi cuerpo se incendió antes de quedarse helado. No sentía absolutamente nada mientras me quedaba ahí plantada, mirando a Nyktos. A Veses. A *ellos*. Intenté encontrarle un sentido a lo que estaba viendo... a por qué estaba con otra persona, no digamos ya con *ella*, a la que él había descrito como «de lo peor que hay».

No tenía sentido.

No podía tenerlo.

A lo mejor me había golpeado la cabeza al luchar con las ninfas y estaba alucinando, porque eso parecía más plausible que esto. Que verla alimentarse de Nyktos. Que verlos *juntos*.

Porque le había dicho que quería ser su consorte.

Él me había llamado *liessa*. Alguien a quien encontraba preciosa. Alguien a quien consideraba poderosa.

Alguien que se convertiría en su reina.

Entonces ella gimió, el sonido ahumado y sensual. El reposabrazos del sofá crujió cuando Nyktos apretó la mano, y ese sonido, *esos sonidos*, me sacaron de golpe de mi aturdimiento consternado.

Mi mente. Mi cuerpo. Cada parte de mí procesó lo que estaba viendo. Las emociones llegaron en una marea abrumadora, me inundaron por dentro, intensas y repentinas, cuando vi la cabeza de Nyktos moverse perezosa. Me estremecí bajo el peso caliente y opresivo del... del *dolor*. Una agonía cruda y ácida empapó cada poro de mi piel. Un *dolor* asfixiante y abrumador cortó a través de músculos y hueso. La grieta de mi pecho empezó a temblar mientras mi piel hormigueaba debido al calor.

A algo más.

La cabeza dorada de Veses se levantó al oír el sonido del aire sibilante entre mis labios entreabiertos. Dos profundas heridas rojas y punzantes marcaban el lado del cuello de Nyktos. Su pelo espeso y brillante resbaló hacia atrás por encima de un hombro delgado cuando la Primigenia me miró. La carnosa boca empapada de sangre destacaba de manera grotesca contra la delicadeza de su belleza. La sorpresa titiló en su cara, luego sus luminosos ojos plateados se abrieron como platos y conectaron con los míos mientras su lengua rosada resbalaba por su labio inferior. Lamió la sangre que había ahí. La sangre de *Nyktos*.

Se me llenó la garganta de bilis amarga. Me atraganté con ella, aún clavada en el sitio, incapaz de moverme mientras Veses me miraba de arriba abajo. Me evaluaba. La forma en que enroscó el labio me indicó que lo que veía le parecía poca cosa y, por todos los dioses, lo *sentí* en lo más profundo de mi ser mientras la miraba. Los miraba. Dos Primigenios bellos y poderosos. Juntos.

Las cejas de Veses se arquearon. Y esa mueca mordaz se transformó en una sonrisa de una belleza dolorosa.

—Así que esta es ella, ¿verdad? —preguntó con esa voz seductora que recordaba, antes de echarse a reír.

La cabeza de Nyktos giró despacio. Sus ojos aletearon antes de abrirse y eso... eso fue todo lo que pude aguantar.

No hubo pensamiento alguno detrás de mis acciones. Fue puro instinto. Me tambaleé un paso hacia atrás, pero choqué con la puerta. Con el corazón tronando de nuevo, di media vuelta.

Veses se rio con ganas.

Y esa risa afilada como una cuchilla me siguió mientras salía de la oficina. Se quedó pegada a mi piel, porque nunca me había sentido tan ingenua, tan tonta. Esa risa permaneció conmigo mientras mi pecho se estremecía con violencia. Aunque fueron las palabras de Nyktos las que me atormentaban mientras echaba a correr.

Sera es muy importante para mí.

Corrí a ciegas, la garganta cerrada.

Eres una de las personas más fuertes que he conocido nunca.

Abrí la puerta mientras las brasas en mi pecho latían y se unían a la agonía palpitante.

Para mí nunca fuiste un fantasma.

Alguna necesidad desconocida me incitó a bajar por las estrechas escaleras con olor a humedad.

Liessa.

Mis botas resbalaron en las escaleras. Me caí de culo y el fogonazo de dolor mortecino no fue nada comparado con el dolor que me trituraba desde dentro. Jamás había sentido nada igual en toda mi vida, pero me puse en pie como pude y seguí adelante. Ni siquiera cuando mi familia se iba a nuestras fincas en el campo y yo era demasiado pequeña para entender por qué me habían dejado atrás. Ni siquiera el violento bofetón que me había dado mi madre la noche de mi diecisiete cumpleaños había dolido tanto. Ese dolor no había sido tan profundo. No me había robado cada respiración demasiado escasa.

Salvé la caída entre el último escalón y el suelo con un gruñido, pero no ralenticé el paso. Corrí por delante de las celdas, desesperada por dejar atrás lo que había visto. Por escapar de las palabras de Nyktos.

Eres valiente y fuerte.

Los barrotes que cerraban las celdas no eran más que un borrón cuando pasé por su lado. Llegué al final del primer pasillo y giré a la izquierda mientras la presión se cerraba sobre mi pecho.

Serás una consorte más que digna de sus espadas y sus escudos.

Las paredes de piedra umbra parecían cerrarse sobre mí mientras intentaba escapar de mí misma.

De mi estúpido corazón.

De mis absurdas ideas sobre él, sobre Nyktos. Sobre lo que yo podía significar para él. Sobre lo que él significaba para mí. No había forma de escapar de ellas. Choqué contra la pared del fondo del pasillo. Cada bocanada de aire que inspiraba dolía mientras apretaba la frente contra la madera, los ojos cerrados con fuerza contra la humedad que los anegaba. Pero era demasiado tarde. Tenía las mejillas mojadas, aunque no lloré. No me lo permití.

Apreté la mandíbula con fuerza y estampé la palma de la mano contra la puerta. Buscaba ira. Furia. Pero lo único que encontré fue tristeza. Dolor. Decepción. Con él. Conmigo.

No debí haber hecho ese trato con él. Nunca fue placer por placer. Me había estado mintiendo antes. Ahora lo veía claro. No habría estado tan destrozada por lo que mi traición le había hecho si se hubiera tratado solo de eso. No le habría querido a él y solo a él.

¿Y él me había exigido que no buscara placer con nadie más? ¿Cómo se atrevía?

Con las manos temblorosas y el pecho dolorido, encontré el picaporte y abrí la puerta de un tirón. Me tambaleé hacia la caverna en penumbra y cerré la puerta a mi espalda. Retrocedí y me planté las manos sobre la cara mientras el estanque fluía con suavidad detrás de mí. Tenía los dedos mojados y... no debería haber permitido esto.

«Oh, por todos los dioses», susurré con voz ronca, temblando.

No debí permitirme sentir nada. Debí haberlo sabido. Me habían entrenado mejor que esto. Era lista. Feroz. Vacía. Astuta...

Me asaltó la imagen de Veses enroscada alrededor de Nyktos, la vi moviéndose contra él. Alimentándose de él. Y recordé lo que el mordisco de Nyktos me había hecho. No podía olvidar lo asombroso que había sido ese placer. ¿Veses habría hecho que su mordisco doliera, como había hecho Taric conmigo? ¿O le había proporcionado el mismo tipo de placer que me había proporcionado Nyktos a mí? Vi sus nudillos blancos mientras agarraba el reposabrazos del sofá. Veses tenía la sangre de Nyktos dentro de ella. ¿Tendría algo más dentro de ella? Con su vestido, no pude...

Sufrí una arcada. Di media vuelta, me doblé por la cintura y me agarré las rodillas mientras la grieta en mi pecho temblaba y temblaba. Me enderecé de golpe, la vista recta al frente pero sin ver nada de la belleza oscura del estanque. Su estanque.

Nyktos me había dicho que no había habido nadie antes de mí. ¿Y su supuesta falta de experiencia? ¿Lo que pensé de que aprendía rápido? Cerré los ojos, pero eso no me impidió ver a Veses de nuevo, tan cómoda mientras lo tocaba. Una vez más, la vi sentada en su regazo, y me encogí sobre mí misma.

Debí haberlo sabido, *joder*.

Nyktos no podía amar. A lo mejor podía preocuparse por los demás, pero lo que fuese que impidiera que alguien hiciese eso tenía que venir del mismo sitio que venía el amor. Del mismo sitio en donde estaban las ataduras. Vínculos que discurrían más profundos que la sangre. Debí haber imaginado que no habría tal lealtad para mí.

Me reí, el sonido sorprendente y extraño. Abrí los ojos. Empezaba a tener calor. Levanté la mano hacia el broche de mi capa y la abrí de un tirón. Luego la dejé resbalar al suelo, donde se quedó temblando. Me habría importado una mierda si hubiera dormido con la mitad del mundo mortal y de Iliseeum antes de mí, pero había mentido, y ninguna de mis mentiras hacían que la suya

doliera menos. Porque lo que había visto había sido *hoy*. No *antes*. La tenía en su oficina, en su regazo, y ella había estado alimentándose de él, haciendo solo los dioses sabían qué más. Después de mí.

Después de que me dijera lo valiente y fuerte que yo era. Lo digna que era. Después de decirme que nunca había sido un fantasma para él. Después de haberme sentido a salvo con él. Despacio, me giré hacia la mesa de piedra y... pude *vernos* ahí.

Por fin llegó la ira. Se estrelló en tromba contra mí, llenó mis venas y se filtró en mis huesos. La furia inundó la grieta de mi pecho, se tragó las brasas vibrantes, y lo que surgió como una avalancha parecía tan podrido y putrefacto como las ninfas. Un intenso fuego me quemó por dentro, abrasó mis pulmones, y yo no podía apartar los ojos de la mesa de piedra. A salvo. Me había sentido a salvo ahí con él. Lo bastante a salvo para permitirme *querer más*. Sentir. Vivir. Esperar. Desear. La presión aumentó y aumentó. El aire se cargó de poder a mi alrededor, luego se quedó muy quieto. El agua dejó de susurrar. Temblando, di un paso adelante, abrí la boca... El sonido que brotó de mí me hizo daño en los oídos, y con él llegó un tsunami de dolor y furia y poder. Un poder antiguo e infinito. *Liberado*.

La mesa de piedra se desintegró para quedar reducida a cenizas.

Sombras y luces tenues y parpadeantes danzaron sobre la pared ahora desnuda. Me miré las manos... los dedos desplegados e iluminados desde el *interior*. Una luz plateada presionaba contra las mangas de mi blusa mientras temblaba. El polvo aún caía, impregnaba mis mejillas mojadas. Mi sangre y mis pulmones aún ardían. Y seguía temblando... no, no era yo la que temblaba. Eran las paredes y el alto techo abovedado.

Con el corazón trastabillado, me giré hacia el estanque. El agua se agitaba y ondulaba con violencia, pero sin hacer ningún ruido. El polvo caía ahora en cortinas más densas, como nieve. El pánico afloró cuando vi que la capa parecía vibrar en el suelo. El dolor incendió mi pecho. Dolor real. No estaba respirando. Estaba conteniendo la respiración.

Forcé a mi boca a abrirse e inspirar, pero notaba la garganta abultada y escamosa. Solo unos delgados hilillos de aire conseguían entrar por ella. Repasé la técnica de Holland a la desesperada, pugnando por controlarme.

Me sobresalté al ver que se abría una fisura en la pared. Otra se formó en el suelo con un estruendo parecido a un trueno.

Oh, por todos los dioses, yo estaba haciendo esto.

Necesitaba respirar, pero tenía que calmarme primero. Frenética, busqué el velo en mi mente mientras me dejaba caer sobre las rodillas y las manos.

En un rincón lejano de mi mente, sabía que estaba respirando demasiado deprisa. Ese era el problema, pero no lograba encontrar el vacío, el lienzo en blanco que tanto odiaba. No lograba encontrarme en la calma porque no estaba segura de si me reconocería siquiera si lo hiciese. De si sabría siquiera quién o qué era.

Una serie de escalofríos subieron a toda velocidad por mi cuello y por la parte de atrás de mi cabeza. Mis dedos se enroscaron contra el suelo de piedra umbra a medida que las grietas se extendían debajo de mí como una fina telaraña. Las brasas en mi pecho vibraron a medida que las fracturas del suelo se profundizaban. La periferia de mi visión se volvió blanca. Empezaron a estallar estrellas ante mis ojos.

Había algo... algo dentro de las grietas del suelo, crecía y se expandía...

Salieron raíces serpenteantes de la tierra y la piedra agrietada, se enroscaron alrededor de mis manos como enredaderas, envolvieron mis muñecas, mis brazos. Se me agarrotó el estómago. ¿Qué... qué estaba pasando?

Podía ver las raíces cenicientas, pero no sentía su peso contra mi piel. Tampoco sentía mis piernas ni mi cara. Oh, por todos los dioses, ¿habría llegado la hora? ¿Estaría muriendo y el suelo surgía para reclamar mi cadáver? Eso parecía. Parecía como si el mundo estuviera desapareciendo debajo de mí y ya no podía sentir mi cuerpo. Estaba desconectada. Flotaba. Me alejaba...

Unos brazos se envolvieron alrededor de los míos, tiraron de mí hacia atrás contra un pecho. Las raíces de mis brazos se rompieron y luego quedaron reducidas a cenizas cuando cayeron al suelo. *Sera*. Oí mi nombre. Oí que lo decían una y otra vez hasta que consiguió llegar a mi conciencia.

—¡Sera! —gritó Nyktos. Me arrastró hacia atrás, mientras las raíces se estiraban hacia nosotros desde las nuevas grietas que se estaban abriendo debajo de mí. Se extendieron por mis piernas, por las de Nyktos. El Primigenio maldijo y me soltó el tiempo suficiente para agarrar una de las raíces y romperla para quitárnosla de encima—. Tienes que respirar más despacio. Escúchame —dijo, su voz más suave—. Pon la lengua detrás de tus incisivos superiores. —La orden fue tal sorpresa que hice lo que me había dicho—. Mantén la lengua ahí y la boca cerrada. —Se inclinó hacia atrás y enderezó mi postura, conmigo pegada a su cuerpo, aun cuando las raíces reptaban por nuestros cuerpos, cruzaron por delante de mi pecho. Di un respingo con un gemido cuando las enredaderas se enroscaron en nuestras cinturas. Nyktos agarró las raíces de nuevo y las arrancó de nosotros—.

Ignóralas. Cierra los ojos y escúchame. Concéntrate solo en mí. Quiero que sueltes al aire mientras cuento hasta cuatro. No inspires. Solo espira. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Ahora inspira mientras vuelvo a contar igual. —Puso una mano en un lado de mi cuello y su pulgar dibujó trazos cortos sobre mi vena mientras contaba—. Ahora espira con la misma cuenta. No pares.

Seguí sus instrucciones, no muy distintas de lo que me había enseñado Holland. Inspiraba contando hasta cuatro y luego soltaba el aire durante el mismo tiempo. Nyktos repitió sus instrucciones en voz baja, su pecho subía y bajaba contra mi espalda al mismo ritmo que el mío. Inspira. Espira. Sube. Baja. Una y otra vez, mientras las raíces se enroscaban a nuestro alrededor. Golpeaban ya la mano que estaba en mi cuello, nuestros hombros...

—No está funcionando —dijo una voz rasposa desde las sombras. Sonaba muy muy lejana. Abrí los ojos y encontré a Rhain en cuclillas delante de mí. Tenía los ojos muy abiertos, empeñado en romper trozos de raíces—. Tienes que detener esto, Nyktos. —El polvo negro caía sobre sus mejillas y se mezclaba con su pelo dorado rojizo—. Antes de que sea demasiado tarde.

Nyktos maldijo detrás de mí. La mano de mi cuello hizo girar mi cabeza. Nyktos me miró desde lo alto, su piel demasiado pálida y demasiado fina, aunque no había sombras bajo ella. No había *eather* llenando sus venas. Tenía marcas rojas en el cuello. Heridas punzantes.

Di un respingo y forcejeé contra su agarre.

—Hazlo. —Rhain arrancó otra raíz—. Hazlo ahora, o Sera no solo va a conseguir morir, sino que va a hacer que todo este maldito palacio caiga sobre nuestras cabezas.

—Joder —gruñó el Primigenio, agarró la parte de atrás de mi cabeza—. Lo siento. Lo siento muchísimo. —Su frente tocó la mía un instante, y entonces se apartó—. Escúchame, Seraphena. —El *eather* giró en sus ojos, y su voz... sonaba más profunda, más lenta—. *Deja de pelear conmigo y escucha.*

Dejé de forcejear.

Escuché.

Esperé.

Un recipiente vacío otra vez.

Un lienzo en blanco.

Y cuando Nyktos habló otra vez, fue solo una palabra, al mismo tiempo un susurro y un grito que llegó muy profundo dentro de mí, que me inmovilizó y tomó el control.

Duerme.

Capítulo 30



Soñé con mi lago.

Estaba nadando. Así fue como supe que estaba soñando. Yo nunca había aprendido a nadar, pero ahora me deslizaba con fluidez por la fría agua color medianoche. No estaba sola. Había una figura solitaria sentada en la orilla, observando.

Un lobo blanco.

El lobo esperaba en las sombras de los olmos, su espeso pelaje de un lustroso tono plateado bajo los rayos fracturados de la luna.

No supe cuánto tiempo estuve soñando, pero nadé y nadé, llena de *paz*. Rodeada de ella.

El lobo esperó.

Mis brazos y mis piernas no se cansaron. Mi piel no se arrugó ni se frunció. Tampoco sentí hambre ni sed. Nadé por encima del agua y luego por debajo.

Y la bestia esperó.



—Sera.

Parpadeé despacio, hasta que conseguí abrir unos ojos que parecían suturados. Tardé unos segundos en que mi vista se aclarase y en conseguir unir las piezas de la barbilla y las mejillas redondeadas, el pelo color ónice y los ojos rasgados por los bordes, los iris de un luminoso tono plateado.

—¿Bele? —grazné, e hice una mueca por lo rasposa que noté la garganta.

—Me llamo Nell.

Aspiré una bocanada de aire brusca, rodeada por el aroma a cítricos y a aire fresco.

—¿Qu... qué?

Una sonrisa fácil estiró los labios carnosos de la mujer.

—Estoy de broma. —La diosa se giró hacia atrás—. Por fin se ha despertado —gritó.

Hice una mueca, los oídos extrañamente sensibles. ¿Por fin *se ha despertado*? Bele desapareció de mi vista y vi unas paredes negras y lisas y un sofá largo y ancho. Giré la cabeza y mi corazón se detuvo cuando mis ojos se posaron en la pequeña caja de madera sobre la mesilla.

Estaba en el dormitorio del Primigenio.

Los recuerdos volvieron a mí de golpe: imágenes de él y *ella* en su oficina, las marcas del mordisco sobre el cuello de Nyktos, y la demoledora agonía de mi huida desquiciada al estanque debajo del palacio. La desilusión. El corazón roto...

No.

No reviviría eso. No volvería a sentir eso otra vez. Nada de ello. Empecé a sentarme...

—Mejor no hagamos eso todavía. —Rhain entró en los aposentos, las correas diseñadas para sujetar sus armas colgaban sueltas por delante de su pecho.

Me quedé quieta al recordar que él también había estado debajo del palacio, rompiendo... raíces que habían crecido de las grietas que yo había creado en los cimientos, testigo de mi más absoluta pérdida de control. Me puse roja como un tomate.

Rhain se acercó a la cama a la que no tenía ni idea de cómo había llegado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, el ceño fruncido mientras se sentaba en el borde del colchón. Sonaba preocupado pero también... aliviado. No entendía por qué habría de sentir ninguna de esas dos cosas.

Ni por qué estaba en estas habitaciones.

—Bien —susurré, ronca. Miré a mi alrededor y vi solo a Bele, que esperaba cerca del sofá, envuelta en el gris de la guardia—. Sedienta.

—Bele —dijo Rhain—. ¿Me haces un favor y nos consigues un poco de agua y zumo, por favor?

—¿Tengo aspecto de querer hacerte un favor? —replicó Bele.

La respuesta sería que no.

Rhain le lanzó una mirada ceñuda desde la cama. Bele suspiró de manera exagerada y puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas —musitó—. Estaré *encantada* de hacerlo.

Los labios del dios se curvaron un pelín cuando la vio dirigirse a paso airado hacia las puertas.

—Gracias.

Bele le hizo un gesto obsceno.

La risa suave de Rhain se diluyó cuando volvió a poner toda su atención en mí.

—¿Te duele la cabeza? ¿La mandíbula?

—No. —Mi inquietud aumentó, unida a una creciente confusión—. ¿Debería?

—No estoy seguro. —Se encogió de hombros y nada de eso era demasiado tranquilizador, la verdad—. ¿Quieres intentar sentarte, a ver qué pasa?

—No lo sé. —Lo miré, aún más confundida—. ¿Quiero?

Esbozó una sonrisa rápida, una que no había visto en él desde que se había enterado de mi traición. Desapareció enseguida.

—Intentémoslo.

Tenía muchas preguntas, empezando por qué había pasado, exactamente, debajo del palacio y terminando por la que no quería hacer: ¿dónde estaba Nyktos? Aunque en realidad no quería saber dónde estaba. Planté las manos en el mullido colchón y empujé.

—Despacio. —Rhain se inclinó hacia delante para ayudar. Su mano rozó mi brazo... mi brazo desnudo. Una corriente de energía zumbó de mi piel a la suya. Rhain bufó y retiró la mano de inmediato.

—Perdona —exclamé—. ¿Te he hecho daño?

—No. —Parpadeó de prisa—. Es solo que no esperaba que la carga de energía fuese tan fuerte.

Había sido parecido a lo que yo sentía cuando mi piel entraba en contacto con... con la de Nyktos, aunque a mí esto no me había parecido *tan* fuerte. La manta resbaló cuando me senté, cayó hasta mi cintura y reveló que estaba completamente desnuda. Me apresuré a levantar las suaves pieles hasta mi barbilla y mis ojos volaron hacia Rhain.

—¿Por qué estoy desnuda? Y por favor dime que no fuiste tú el que me desvistió.

Rhain esbozó una sonrisilla de suficiencia.

—No te preocupes. No estoy ni remotamente interesado en lo que me acabas de enseñar. Ahora bien, si hubieses sido Saion o Ector, me hubiese apuntado al espectáculo.

—No te he enseñado nada —refunfuñé, aferrada a la manta—. A propósito.

Observó cómo me recostaba contra el cabecero tapizado.

—Por cierto, eso lo hicieron Aios o Bele. Estabas empanada en polvo y tierra, y Nyktos no quería que te despertaras cubierta de suciedad.

Mi corazón se retorció demasiado fuerte.

—Qué considerado por su parte.

Rhain ladeó la cabeza una vez más y entornó los ojos.

Miré a las puertas de nuevo, luego a la que conducía a la sala de baño. Las dos estaban cerradas. Volví a centrarme en Rhain.

—¿Qué diablos ha pasado?

—Esperaba que tú pudieras contestar a eso para mí.

—Acabo de despertarme. ¿Cómo se supone que habría de saberlo yo?

—Me refería a lo que pasó antes de que te volvieras loca y casi derribaras el palacio entero —repuso. Me puse tensa—. Jamás había visto nada semejante. Ni siquiera por parte de un Primigenio en su Sacrificio. —Levantó un poco la barbilla—. Eres poderosa, Sera.

—Gracias —murmuré.

—No estoy seguro de que sea un cumplido —replicó—. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Tardé unos instantes en poner en orden los recuerdos inconexos abrumados por el pánico.

—Yo... hice añicos una mesa, y todo el palacio empezó a temblar. Y había unas raíces que salían del suelo. —Sacudí la cabeza—. Después... Nyktos estaba ahí. Tú también. Y yo estaba...

—¿Volviéndote loca?

Arqueeé una ceja.

—Esa es una forma de describirlo —musité—. No pretendía perder el control y hacer lo que sea que estuviese haciendo. Simplemente ocurrió y yo... —Me puse aún más roja—. Me entró el pánico. —Había más recuerdos lejanos de Rhain diciéndole algo a Nyktos—. Eso es lo último que recuerdo.

Bele volvió a la habitación justo entonces, con un vaso en una mano y una jarra en la otra. Las dagas que llevaba amarradas a las caderas y a los muslos centellearon ominosas a la luz de los faroles cercanos mientras se acercaba.

—Me da la sensación de que me he perdido algo —dije. Miré el vaso que sujetaba Bele, con ganas de arrancárselo de las manos.

Bele soltó una carcajada.

Rhain le lanzó otra mirada ceñuda, pero me dio la impresión de que ella no se daba ni cuenta... o de que no le importaba, si la había visto. Rhain tomó el vaso de sus manos y me lo pasó, con cuidado de que sus dedos no entraran en contacto con los míos.

Cosa que me preocupó aún más. Sin embargo, el comportamiento de Rhain me tenía perpleja.

—¿Por qué estás siendo tan amable conmigo? —dije de sopetón.

Bele soltó una sonora carcajada al tiempo que Rhain se echaba atrás más de un palmo.

—No sé a qué te refieres —se defendió.

—No te gusto. Los dos lo sabemos —señalé, y observé cómo las mejillas de Rhain se teñían de rosa—. Pero aquí estás y te estás mostrando bastante amable. Así que ¿acaso morí o algo así?

—Bueno. —Bele hizo que la palabra se alargara en su boca.

Mi inquietud aumentó aún más. Me llevé el vaso a los labios reseco. El primer trago de agua fue una bendición. Bebí con ansia, los ojos cerrados mientras engullía el líquido fresco.

—Más despacio —me aconsejó Rhain con suavidad—. Hace tiempo que no comes y no querría que el agua te sentara mal por beber demasiado deprisa.

¿Hacía tiempo que no comía? Había tomado un desayuno copioso, y no podía haber pasado tanto de eso. Miré de uno a otra. A menos que hubiese pasado más tiempo del que creía... Bebí el agua *a sorbitos*.

—Exactamente, ¿cuánto tiempo he estado dormida?

—Tres días —contestó Bele.

Me atraganté y escupí agua por toda mi barbilla y sobre los brazos de Rhain.

—¿No podías haber esperado a que terminara de tragar? —le preguntó a la diosa. Bele se encogió de hombros.

—Visto todo lo que está bebiendo, eso hubiese sido dentro de una hora.

—Lo siento. —Me pasé el brazo por la barbilla—. ¿Llevo *tres días* dormida? ¿Cómo es posible?

—El Sacrificio. —Rhain tomó mi vaso para dejarlo en la mesilla—. Y no es que duermas en realidad. Es estasis. Puede ocurrir cuando el cuerpo está demasiado cansado. En líneas generales, tu cuerpo se apaga para darse tiempo

de reponer la energía gastada cuando estás en el Sacrificio. No siempre ocurre —dijo, y entonces recordé haberle oído algo por el estilo a Nyktos—. Todo depende de cuánta energía hayas estado utilizando y de lo que hayas estado haciendo para reponer la energía perdida.

—Yo dormí una vez durante cuatro días. —Bele cruzó los brazos—. Fue como hibernar. La verdad es que en cierto modo me gustaría poder hacer eso ahora.

Rhain suspiró. Yo aparté la vista de ella e hice ademán de recuperar mi agua. Rhain agarró el vaso y me lo dio. Lo apuré, deseando que fuera whisky.

—Sea como fuere, te agotaste, así que tu cuerpo te ha dado tiempo para recuperarte.

—Tienes suerte de que fuesen solo tres días. —Bele volvió a la mesa para agarrar la jarra de lo que esperaba que fuese zumo—. ¿Podrías haberte quedado así durante semanas?

—¿Semanas? ¿Eso puede pasar? —farfullé. Rhain asintió.

—Les ha pasado a dioses que no se han estado alimentando. Aunque la mayoría de los que están en su Sacrificio no sobreviven a ese tipo de agotamiento de energía.

Fruncí el ceño.

—¿Lo de las raíces que salían del suelo? ¿Eso es lo que suele ocurrir?

Rhain se rio.

—Diablos, no, no es lo normal. Eso solo ocurre cuando los Primigenios entran en estasis. Las raíces... su cometido es proteger al Primigenio mientras descansa. Te estaban protegiendo.

—Me estaban *asfixiando*.

—Intentaban cubrirte para mantenerte a salvo. Vale, deja que te lo explique de otro modo —continuó Rhain cuando vio mi cara de incredulidad—. Los Primigenios son parte de la mismísima materia de los mundos. Las raíces los mantienen conectados a los mundos cuando descansan. ¿Lo entiendes?

—Sí —susurré. Rhain guiñó los ojos.

—No lo entiendes.

—No. —Me giré hacia Bele—. Pero sea como fuere, no soy una Primigenia.

—Pero tienes brasas *primigenias* en tu interior. Así que en realidad, sí, básicamente eres una Primigenia en su Sacrificio. —Bele rellenó mi vaso—. Eres una pelotita de especialidad.

Rhain parecía muy poco impresionado por ese comentario.

—Solo tienes que asegurarte de que eso no suceda de nuevo —comentó Rhain, mientras tomaba el vaso de manos de Bele—. Porque la próxima vez que te vayas a dormir, puede que no despiertes.

—Como... nunca más —añadió Bele, mientras yo bebía un trago de dulce zumo de frutas, que hizo mucho más por aliviar la aspereza de mi garganta—. Es bastante común que... que te prepares para morir durante el Sacrificio.

—Bele —gruñó Rhain.

—¿Qué? Es verdad. Yo le dije a mi madre que quería una ceremonia si moría —prosiguió—. Una grande y ostentosa, llena de oraciones interminables a los Primigenios y una ristra incontable de asistentes para hablar solo de lo genial que había sido. Quería sollozos ruidosos y sentidos, no solo unas pocas lágrimas. Me refiero a un llanto absoluto y desgarrador. El tipo de llanto en el que te caen los mocos por la cara. —La piel por encima de sus cejas se arrugó al tiempo que fruncía los labios—. Y al menos una buena pelea mientras mi cuerpo ardía. Una de esas que pueden incluso derribar la pira.

Miré a Bele, pasmada.

—Guau.

—Eso más o menos lo resume todo —comentó Rhain.

Lo miré y entonces recordé lo que le había estado diciendo a Nyktos. *Tienes que detener esto. Hazlo.* Y recordé haberme quedado vacía. En blanco. Apreté las manos alrededor del vaso.

—Yo no me fui a dormir.

—No tú sola, no —confirmó Rhain.

—Nyktos... usó *coacción* sobre mí.

—No quería hacerlo —lo excusó Rhain, y eso también lo recordé. Recordé cómo Nyktos había intentado que respirara con calma. Sus reticencias casi palpables—. Pero si no lo hubiese hecho, no estarías aquí ahora mismo. Si no acababas por hacer caer al palacio sobre todos nosotros, podrías haber entrado en tu Ascensión. Y eso te habría matado. ¿Lo entiendes? Porque lo más probable era que eso fuese lo que estaba ocurriendo. Te estabas forzando a Ascender.

No me estaba forzando a hacer una mierda, pero entendía lo que decía.

—Lo... lo comprendo —dije, y me costó un mundo—. Entiendo por qué tuvo que hacerlo, pero eso no significa que me guste.

Rhain abrió mucho las aletas de la nariz.

—Una vez más, no creo que lo entiendas.

La ira se avivó en mi interior mientras le sostenía la mirada.

—Me he pasado la vida entera sin poder hacer uso de mi voluntad, pero era consciente de que no tenía ningún control. Con la coacción, no tengo ninguna conciencia. Puede que a ti no te parezca diferente o creas que no tiene importancia, pero para mí la tiene. Aunque, como he dicho, entiendo por qué lo hizo. La alternativa habría sido la muerte.

Algo cruzó su rostro, pero desapareció antes de que pudiera entender qué era.

—Simplemente no se lo tengas en cuenta. —Apartó la mirada—. Él haría eso por ti.

De repente recordé otra cosa que había dicho Rhain: que no tenía ni idea de lo que Nyktos había sacrificado por mí.

El zumo osciló en el vaso cuando Bele se dejó caer en un lado de la cama, con armas y todo. Rhain le lanzó una mirada exasperada.

Despejé mis pensamientos y bebí un trago con cuidado mientras me centraba otra vez en lo importante.

—Vale, ¿cómo evitamos que esto suceda otra vez? —pregunté—. Lo de caer en estasis...

—¿Y probablemente morir? —terminó Bele por mí.

—Sí —musité—. Eso.

—Comiendo. Muchas proteínas. —Bele se apoyó en el cabecero de la cama—. También chocolate, si no recuerdo mal.

Chocolate. Ahora entendía por qué solían traérmelo con la comida y por qué Nyktos estaba tan obsesionado con lo que comía.

—Actividad física —aportó Rhain—. Eso ayuda.

—Y sí, eso suena contraproducente —admitió Bele—. Pero hay ciencia detrás de ello que nunca me he molestado en aprender. Dormir. No eso de dormir como un muerto que estabas haciendo ahora, pero un sueño normal de ocho horas por noche, a la vieja usanza.

—No creo que haya dormido ocho horas varias noches seguidas en toda mi vida —comenté—. Eso sí, con lo del chocolate no tendré problema.

—La sangre también ayuda. —Bele arqueó una ceja y yo la miré de reojo—. Sangre de un dios, quiero decir. O de un Primigenio. —Me guiñó un ojo—. La beberías igual que estás engullendo ese zumo —comentó, y bajé la vista hacia mi vaso—. Puede ser un poco rara de ese modo si no la mantienes caliente. Se pone un poco espesa y coagulada.

—Por los Hados —musitó Rhain, y se pasó una mano por la cara.

A mí se me revolvió un poco el estómago, así que me apoyé en el cabecero de la cama. Debí prestar más atención a Nyktos cuando me advertía

sobre el Sacrificio, en lugar de enfadarme por sus comentarios cuando solo quería asegurarse de que estaba comiendo y descansando lo suficiente. Bajé el vaso y miré más allá de Bele, hacia las puertas de la habitación.

—¿Ha estado alguien más aquí mientras estuve descansando?

—No que yo sepa —dijo Bele.

Miré a Rhain, que contemplaba la jarra. ¿Acaso ninguno de los dos sabía lo de la visita de Veses? Rhain debía de haber estado cerca para encontrarme al lado del estanque con Nyktos, pero eso no significaba que supiera que la Primigenia había estado aquí. Por lo que sabía, los dioses no podían percibir la llegada de un Primigenio como podía hacerlo otro Primigenio.

—¿Dónde está Nyktos? —No pude evitar preguntarlo.

—En los Pilares, lidiando con unas almas nerviosas. —Bele estiró sus largas piernas y apoyó sus tobillos cruzados en el regazo de Rhain—. Es probable que le vaya a sentar fatal que decidieras despertar por fin cuando él no estaba aquí. —Lo dudaba—. Ha estado aquí durante casi todo el tiempo que has pasado dormida, ¿sabes? —comentó Bele, mientras Rhain empujaba sus botas de su regazo—. Durmiendo a tu lado. Sin alejarse más allá que a su oficina a menos que no tuviera otro remedio. Cloqueando a tu alrededor como una gallina de la muerte.

Mis dedos se apretaron contra el vaso. Sus comentarios cortaron directamente a través de mi pecho.

—Estaría preocupado por las brasas. Si yo muero, desaparecen conmigo.

—Sí, bueno, no creo que fuese eso. —Bele volvió a plantar los pies en el regazo de Rhain—. Estaba preocupado, ¿verdad, Rhain?

—Sí —refunfuñó Rhain, sin molestarse en retirar sus pies esta vez—. En serio, he creído que iba a matar a Ector al menos cinco veces en los últimos tres días.

Bele sonrió al oír eso.

Y yo... no sabía qué hacer con respecto a nada de esto. Rhain y Bele empezaron a discutir sobre si Ector se había merecido las muchas amenazas de muerte que había recibido. Entendía lo bastante sobre emociones en general para saber que a uno podía importarle otra persona y aun así hacer cosas que podrían... herirla. Queriendo o sin querer. Lo había visto las veces suficientes en el mundo mortal y dudaba de que los Primigenios fuesen nada distinto, puesto que sus emociones provenían de los mortales. Y ahora, con un poco de distancia con lo que había visto en su oficina, podía reconocer que le importaba a Nyktos y se preocupaba por mí. Lo había demostrado. Aunque lo que había visto probaba lo superficiales que eran esos sentimientos. No solo

eso, estaba claro que me había mentido acerca de su relación con Veses, lo que sentía por ella. ¿Quién sabía sobre qué más podría haber mentido? Pero yo también...

Me importaba demasiado.

De otro modo, no habría reaccionado como lo hice. Habría estado más enfadada que dolida. No me habría dado la sensación de que se me estaba rompiendo el corazón. Sentía cosas por él, y eso nunca fue parte del trato que habíamos hecho. Esas no fueron nunca las cartas que me habían repartido en la vida. Pero le había abierto la puerta, me había permitido sentirme a salvo con él y querer más de lo que debería. Y eso había sido culpa mía. ¿Y cuál era su culpa? ¿El error que había cometido él? Haber entrado por esa puerta abierta.

Y ese parecía un error imperdonable.

Por parte de ambos.

Porque podríamos haber tenido lo que le había ofrecido en ese trato. Placer por amor a sentir placer. Follar y nada más. Nada de largas conversaciones sobre la ansiedad o sobre mis miedos acerca del tipo de persona que yo era. Él no tenía que preguntar sobre mi vida en Lasania y yo no tenía que haberme preguntado sobre la suya.

Contemplé el oscuro zumo rojo rubí con los ojos ardiendo. Si era sincera conmigo misma, nunca habría podido ser solo físico. Él había empezado a importarme cuando había estado decidida a matarlo. Había empezado a querer *más* incluso entonces.

Cerré los ojos, hice un esfuerzo mental por que el ardor desapareciera y centré mis pensamientos en lo que vendría a continuación. Lo que había visto entre Veses y él no cambiaba el hecho de que había asuntos mucho más importantes de los que ocuparse. Teníamos que encontrar a Delfai en Irelone. Extraer las brasas. Lidar con Kolis. Todas cosas que requerían que Nyktos y yo trabajásemos juntos. Pero lo más importante era que no podía perder el control otra vez. Hacerlo era demasiado peligroso. Para los demás. Para mí.

Y al contrario de lo que creía Nyktos, no quería morir. No cuando existía la posibilidad de un futuro que no estaría dictado por un destino que nunca había aceptado. Una vida que me perteneciera a mí y a nadie más. Necesitaba sobrevivir para vivir eso.

Porque quería eso.

Me lo merecía.

Lo cual significaba que tenía que convertirme en la consorte de Nyktos. Hasta que lidiáramos con Kolis, necesitaba la protección que me ofrecería el

título. Pero no podía ser nada más que eso. Era lo bastante madura para reconocerlo, por mucho que disfrutara de estar entre los brazos de Nyktos. Por mucho que lo deseara. Porque todo el tema físico conducía a querer más. A sentimientos. Y eso no era seguro. Ni para mí. Ni para los demás. El pecho me dolía incluso ahora, señal clara de que quería demasiado.

Pero ¿una vez que lidiáramos con Kolis? Podía querer hasta que mi corazón se hartara... y lo que quería era libertad.

Sabía lo que tenía que hacer.

La determinación cobró forma cuando abrí los ojos. Bele y Rhain seguían discutiendo. Sobre qué, no tenía ni idea, pero Rhain me observaba. Me incliné por delante de Bele para dejar el vaso en la mesilla.

—¿Qué estás haciendo?

—Salir de esta cama. —Tiré de la manta de piel, pero la mitad estaba atascada tanto debajo de ella como de Rhain—. ¿Podríais moveros? Si no, voy a tener que levantarme de la cama completamente desnuda.

—Yo no tengo ningún problema con eso, la verdad —comentó Bele—. Aunque puede que Nyktos sí.

—Ese es su problema, no el mío —dije—. Y la última vez que lo comprobé, soy más que capaz de decidir cuánto tiempo quiero estar en la cama.

—No es una cuestión de ser capaz ni de controlarte —objetó Rhain—. Es una cuestión de asegurarnos de que estés lista para levantarte y moverte por ahí. No estabas echándote la siesta, Sera. Estabas en *estasis*... algo a lo que no deberías haber sido capaz de sobrevivir. Puede que en tu mente pienses que estás bien, pero físicamente quizá no lo estés.

Ahí tenía razón, eso podía admitirlo, pero no quería estar en la cama de Nyktos cuando regresara. No podía estar ahí.

—Necesito usar la sala de baño.

—¿Por qué no te has limitado a decir eso? —Bele suspiró mientras rodaba para levantarse de la cama.

Rhain vaciló un instante. La expresión de su cara indicaba que no me creía del todo, pero él también se levantó. Recogí la manta a mi alrededor y me arrastré hacia el otro lado de la cama. Me puse en pie, agradecida de descubrir que mis piernas no cedían bajo mi peso. Aunque sí que las notaba un poco raras... un poco cosquillosas por la falta de movimiento. Sujeté la manta cerca del cuerpo y fui directa hacia el estrecho pasillo que conectaba ambas habitaciones.

—¿A dónde vas? —preguntó Bele.

—A mi sala de baño. Y ahí es donde me voy a quedar —anuncié con toda la autoridad que pude enrollada en una manta.

Ninguno de los dos me detuvo, aunque sí que me siguieron. Mis aposentos estaban como los había dejado. Las cortinas de las puertas del balcón estaban retiradas y se veía el cielo gris oscuro. Era de noche. Uno de mis acompañantes encendió las luces de las paredes mientras me dirigía descalza hacia la sala de baño. Agarré la bata por el camino y cerré la puerta, sin permitirme pensar en lo que había sucedido en ese sitio. Necesitaba superarlo porque no volvería a utilizar la sala de baño de Nyktos nunca más.

Hice caso omiso de la punzada de desilusión que sentía mientras me ocupaba de mis necesidades personales.

—¿Pueden subirme agua caliente? —pregunté a través de la puerta.

Me llegó una respuesta afirmativa amortiguada, así que esperé. Me tomé el tiempo en el silencio de la sala de baño para encontrar calma. Busqué el velo y esta vez no fue un fracaso. Encontré ese vacío, la cosa que me permitía bloquear la desilusión, el dolor y la ira. También selló el deseo... no, la necesidad... de saber exactamente qué había estado haciendo Nyktos con Veses, hasta el último detalle desagradable. Agarré todas esas emociones revueltas y, en mi mente, las encerré en una caja indestructible hecha de piedra umbra.

Llamaron a la puerta. Solté todo el aire despacio y dejé que el vacío invadiese cada rincón de mi ser antes de abrirla una rendija. No era Baines con el agua, sino Rhain. Me eché atrás mientras él llenaba la bañera y le di las gracias cuando terminó.

—Me encargaré de que te suban también algo de comida —anunció Rhain. Luego se marchó, cerrando la puerta a su espalda.

Me di el baño más rápido de toda mi vida, pero conseguí meter el culo en la bañera en sí. Esta vez, sin embargo, me coloqué de cara a la puerta, aunque ni así dejó de tronar mi corazón durante todo el rato.

Fue un éxito; uno menor, pero aun así. Me peiné de prisa para desenredar mi pelo mojado y luego lo trencé, porque mi estómago había decidido despertarse en algún momento durante el baño. Estaba hambrienta.

Cuando salí, solo quedaba Bele en mis aposentos, aunque de entrada no la vi, pues tenía los ojos clavados en el plato tapado que había sobre la mesa.

—Es sopa —me informó Bele, y mis ojos volaron de vuelta al sofá en el que se había plantado, las piernas estiradas y los tobillos cruzados sobre el reposabrazos—. Fácil de digerir.

—Gracias —murmuré, y me apresuré hacia la mesa. Me aguardaba un bol de sopa bastante grande, junto con dos rebanadas de pan y un trozo de chocolate. Lo devoré todo en silencio.

—¿Aún tienes hambre? —preguntó Bele.

Me eché atrás en la silla y me planteé por un instante pedir más, pero ya notaba el estómago demasiado estirado y me merecía la botella de vino que tenía ahí cerca.

—Estoy bien. —Eché un vistazo hacia el sofá. Lo único que pude ver fue la parte de atrás de su cabeza oscura y los puntiagudos extremos de sus botas. Agarré la botella de vino y la copa, me levanté y fui hacia la cama, desde donde podía verla. Me senté en el borde.

—¿Vas a vigilarme tú hasta que vuelva Nyktos?

—Nop. Orphine está por aquí. —Movía sus pies adelante y atrás—. Estoy aquí porque soy muy cotilla.

Mis cejas volaron hacia arriba.

—Estaba aquí, ¿sabes? —continuó después de un momento—, cuando el maldito palacio entero empezó a temblar el otro día. Al principio, pensé que era otro ataque e incluso me emocioné un poco. Así de aburrida he estado. Pero cuando miré afuera y no vi nada, pensé que Nyktos estaba de mal humor. Esa era la única explicación lógica, pues ni siquiera los dioses más viejos y poderosos podrían hacer que el palacio entero se sacudiera.

Me serví media copa de vino, pero luego, al pensarlo mejor, la llené hasta arriba. Era probable que la necesitara para cuando Nyktos hiciera acto de presencia.

—Pero resultó que eras tú. —Bele estiró el cuello para mirar hacia atrás en mi dirección—. Una mortal con brasas primigenias en pleno Sacrificio. —Bebí un trago largo ante ese repaso innecesario de la situación—. Cómo... joder, ¿qué demonios? ¿Cómo es posible? Vale, entiendo que eres superespecial, pero... por todos los Hados —musitó Bele, y yo solo pude asentir en silenciosa aquiescencia ante la incredulidad de su tono—. En cualquier caso, ¿qué te cabreó? —Bebí otro trago de vino—. Y sé que debió haber algo, porque esa es prácticamente la única cosa que pone al *eather* en marcha durante el Sacrificio. —Entonces se sentó—. Cuando yo estaba en mi Sacrificio y cerca de la Ascensión, rompía ventanas cada vez que me alteraba siquiera un poco por cualquier cosa. Rompí muchas. Para cuando terminé mi Sacrificio, no quedaban ventanas intactas en mi casa.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que puede que tengas problemas de control de ira? —le pregunté.

Bele resopló con desdén.

—Lo dice la persona probablemente más discutidora y combativa que he conocido en mi vida.

—Yo no soy combativa —me defendí, tras fruncir el ceño. Bele arqueó las cejas—. Soy... resuelta.

—Agresivamente resuelta —insistió—. Como debes ser. Como todos nosotros deberíamos ser. Así que no es ninguna vergüenza.

—Vale —murmuré, y bebí otro trago. El vino dulce calentó mi sangre—. ¿Por qué estás aquí de verdad, Bele?

—Esa ha sido una pregunta un poco maleducada.

La miré.

Bele no había hecho nada mal, pero cuando encontraba ese velo de vacío, no era fácil ponérselo y quitárselo a voluntad. Cuanto más me permitía sentir algo, más difícil era encontrar ese vacío tranquilo. Por eso me había costado tanto encontrarlo dentro de mí para bloquear mis emociones. Me había mantenido abierta durante demasiado tiempo.

Y ahora pensaba mantenerlo puesto.

Hasta que Bele habló.

—Sé que Vesés estuvo aquí.

Capítulo 31



Mi mano se apretó sobre el fuste de la copa mientras Bele hablaba.

—Ector y Saion acababan de partir hacia Lethe, y yo estaba esperando a que llegara Aios. Iba de camino a las cocinas, sin meterme en los asuntos de nadie, cuando la vi entrar en la oficina de Nyktos —me contó—. Y bueno, pensé... genial, esa zorra está aquí.

Empecé a levantar la copa hacia mis labios, pero vi que estaba vacía. Me planteé rellenarla, pero decidí que había un punto entre la primera copa y la segunda en el que el coraje líquido se convertía en ridículo líquido.

—Había creído que las cosas cambiarían —continuó, y mis ojos volaron hacia ella. Bele se puso de pie y cruzó los brazos—. Que Veses no... vendría de visita ahora que Nyktos iba a tomar a una consorte.

—Bueno, pues al parecer no han cambiado —mascullé, y me limpié las manos en la suave bata. Bele abrió la boca y la cerró. Pasaron varios segundos.

—No sé lo que está pasando ahí... entre Veses y Nyktos —comentó, y el vino se agrió de inmediato en mi estómago—. Demonios, ni siquiera sé bien qué está pasando entre Nyktos y tú. Ninguno de nosotros lo sabe.

—Por favor, dime que sus guardias no pasan el rato por ahí sentados hablando de Nyktos y de mí —supliqué.

—No pasamos el rato sentados hablando de vosotros. Solemos estar de pie cuando lo hacemos —contestó, y yo suspiré—. Ninguno de nosotros lo entiende del todo. Lo vuestro. Nyktos no quería una consorte. No necesitaba una. Y tú querías matarlo... o creías que necesitabas hacerlo. Lo que sea. Pero he visto la forma en que lo miras —añadió, y mis mejillas se caldearon—. He

visto lo cómoda que estás cuando lo tocas. Muy pocas personas se atreverían a pensar siquiera en hacer algo así.

Veses, sí.

Y lo hacía.

Mi fachada de vacío se agrietó un poco. Me levanté y fui hacia la mesa. Necesitaba andar.

—Y a él nunca lo había visto tan implicado con otra persona como lo está contigo. Tan irritantemente preocupado.

¿Irritantemente preocupado? Casi me reí.

—Son las brasas, Bele. Es importante que yo siga viva.

Arrugó la nariz.

—Si fuesen solo las brasas, no nos habría asesinado con palabras la mañana que soltó ese discurso en el salón del trono acerca de lo valiente que eras.

—¿Qué?

—Sip. Después de que te marcharas con Orphine y la mayoría de los otros guardias volvieran a sus puestos, la tomó con el resto de nosotros. —Sonrió—. De verdad, a Nyktos se le pueden ocurrir unas amenazas impresionantes y creativas, y las pronuncia con tal frialdad que nadie duda de su sinceridad.

—No sabía que os hubiera dicho nada a vosotros —murmuré, pues había pensado que para eso había sido su discurso. Puede que hiciera hincapié en hablar con sus guardias de mayor confianza directamente porque temiera que fuese más probable que ellos me ayudaran a escapar. O puede que solo quisiese asegurarse de que fueran más agradables conmigo. Sacudí la cabeza. Daba igual en un sentido u otro. A Nyktos le importaba cómo me trataban. Lo que estuviese haciendo con Veses no cambiaba eso.

—En cualquier caso, supongo que viste algo —dijo Bele, y eso atrajo mi atención de vuelta a ella—. Porque eso es lo único que se me ocurre que pudiera hacer que te enfadaras tanto.

—¿Por qué habrías de pensar eso? —Me senté e incliné la silla hacia atrás para poner las puntas de los pies en el borde de la mesa.

—Porque los he visto juntos otras veces.

Dejé de respirar, solo unos segundos, mientras la miraba. Luego respiré hondo y contuve el aire mientras asimilaba la noticia de que lo que había visto no había sido algo excepcional. Tampoco había creído que lo fuera, pero supuse que yo había querido que fuera así.

—¿Qué...? —Tragué saliva, mientras me decía que no necesitaba saber nada más. Dejé que la silla se apoyase sobre las cuatro patas y bajé los pies al

suelo. El movimiento no me impidió hacer la pregunta—. ¿Qué viste? ¿Los viste follando?

—Por los Hados, no. Eso me hubiese dejado traumatizada. Hubiese sido como toparse con tu hermano teniendo sexo. —Se estremeció, dio media vuelta y volvió al sofá—. La vi alimentándose de él. Eso no siempre incluye o conduce a tener sexo.

Supuse que no, pero la forma en que se había estado moviendo Vesés... Me mordí un lado del labio para reprimir esos pensamientos. No necesitaba revivir lo que había visto.

—¿Cuándo los viste?

Bele se tumbó de espaldas una vez más y volvió a colocar los pies en el reposabrazos del sofá.

—Hace un año o así. Yo volvía de investigar un poco por la corte de Dalos y tenía algunas noticias que comunicarle a Nyktos. Entré en la oficina y los agarré en plena faena. Jamás en mi vida he *desaparecido* de un sitio tan deprisa como aquel día. —Apartó la mirada y arrastró sus afilados dientes por su labio de abajo mientras yo asimilaba que esta cosa con Vesés llevaba ocurriendo desde hacía un año. Un año entero—. En realidad, ni siquiera debería estar hablando de esto.

Fui hasta la cama y volví a sentarme en el borde.

—¿Porque Nyktos se enfadaría contigo?

—Me importa una mierda si se enfada. No me entiendas mal. Quiero a Nyktos como si fuese mi propio hermano. Igual que hace Aios. Pero si no quiere que la gente hable de lo que ha estado haciendo, debería asegurarse de que nadie se enterase —sentenció—. No debería estar hablando de esto porque no sé qué demonios vi aquel día. Quiero decir, sé lo que vi, pero no lo entiendo.

Yo tampoco.

—Aios dice que Vesés era decente antes, pero después de algunas de las cosas espantosas que le he visto hacer en Dalos, me cuesta creerlo. —Los ojos de Bele centellearon con un fogonazo intenso de *eather* y luego se calmaron—. Nyktos sabe qué tipo de Primigenia es. No solo eso, Vesés apoya a Kolis. Nyktos no confía en ella. No le gusta.

Una mezcla de emociones encontradas brotó en mi interior, pero las sofiqué antes de poder hallarles un sentido. En lugar de eso, las mantuve encerradas bajo llave en esa caja.

—Si ese es el caso, ¿por qué le permitiría alimentarse de él... durante al menos el último año?

—Como he dicho, eso es lo que no entiendo. —Bele contempló el techo—. ¿Por qué le permitiría hacer algo así? Tiene que haber una razón.

Me miré las manos... las uñas rotas y descascarilladas por haber arañado el suelo. No se me ocurría ni una sola razón que no solo explicara sino que tuviera sentido para por qué Nyktos permitiría a Veses alimentarse de él. Enrosqué los dedos para esconder mis uñas. No quería pensar en esas razones; no quería pensar en nada de esto.

De repente, las brasas se menearon y cobraron vida en mi interior. Se estiraron como si acabasen de despertarse. Me puse tensa y mis ojos volaron hacia la puerta, el corazón acelerado.

Bele siguió la dirección de mi mirada.

—¿Qué?

—Él viene —anuncié.

—Jodidas brasas primigenias especiales —musitó—. ¿Por qué no puedo sentir yo eso cuando técnicamente he Ascendido? —continuó—. Todo esto es una mierda.

La puerta se abrió, pero no la principal. Nyktos entró por la puerta que conectaba nuestras habitaciones, pero se paró en seco al posar los ojos en mí.

Dio la impresión de que el tiempo se detenía mientras nos mirábamos, y sentí un repentino impulso de levantarme e ir con él. Incluso llegué a inclinarme hacia delante para levantarme, antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo y contenerme.

Fue Nyktos el que se movió entonces. Vino directo hacia la cama. El gris acero de su túnica y el brocado plateado a la altura del cuello y por delante del pecho y el abdomen me recordaba al color de sus ojos y las hebras de *eather* en ellos. Se detuvo de nuevo, como si acabase de darse cuenta de la presencia de Bele.

Ella echó la cabeza hacia atrás y le sonrió desde el sofá.

—Hola.

—¿Puedes dejarnos solos un momento? —preguntó.

—Pero si justo empezaba a ponerme cómoda —protestó Bele.

Nyktos la miró y, lo que fuese que vio Bele, la puso en marcha.

—Muy bien. —Se levantó deprisa—. Os dejaré solos *varios* momentos —dijo, y yo casi alargué un brazo hacia ella para impedir que se fuera.

Sabía lo que venía a continuación y no estaba preparada.

Pero no era una cobarde. Eso fue lo que me dije mientras la observaba salir despacio de la habitación y cerrar la puerta a su espalda. Puede que

hubiese sido tonta e ingenua... demasiado *temeraria* esta vez, de un modo que no había experimentado nunca... pero no volvería a huir.

Consciente de la mirada de Nyktos sobre mí, aparté la atención de la puerta. Nuestros ojos se cruzaron. Solo se veían unas leves trazas de *eather* en los suyos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Perfecta para alguien que lleva tres días en estasis —dije, orgullosa de lo serena y poco molesta que sonaba mi voz.

Algo que no reconocí titiló en sus ojos. Miró de reojo hacia la sala de baño y luego posó los ojos en mí. No dijo nada. Se hizo el silencio entre nosotros. Fui yo la que lo interrumpió.

—He averiguado dónde está Delfai.

—Lo sé. Me lo dijo Nektas. Está en Irelone.

—Entonces, tengo que ir ahí...

—No quiero hablar de eso ahora mismo —me interrumpió. Respiró hondo—. Quiero decir, no estoy aquí para eso.

El vacío impenetrable parecía más una fachada en ese momento.

—¿De qué quieres hablar?

Dio otro paso al frente antes de pararse otra vez.

—Lo siento.

Todos los músculos de mi cuerpo se pusieron en tensión.

—¿Por lo de la coacción? —Agité una mano por el aire—. No me gustó, pero entiendo por qué lo hiciste. Dudo de que nadie quiera reconstruir este palacio.

Frunció el ceño mientras sus ojos recorrían mi cara.

—Es verdad que tengo que disculparme por eso. No me gusta utilizarla, ni siquiera cuando es necesario.

—Lo sé.

El *eather* se paró en sus ojos mientras me miraba.

—Pero lo que de verdad quiero es disculparme por lo que crees que viste.

La incredulidad sacudió el vacío y amenazó con ponerlo patas arriba.

—Sé muy bien lo que vi.

—No, no lo sabes.

La ira se avivó en mi interior, pero me negué a dejar que prendiera. Sabía que no pararía ahí, porque una emoción mucho más peligrosa acechaba detrás de ella. Una que dolía. Una que podía hacer daño a otras personas.

—Te vi con la Primigenia a la que describiste como «de lo peor que hay» sentada en tu regazo. Se estaba restregando contra ti mientras bebía de tu

cuello. ¿No es eso lo que vi?

—Ella no estaba... —La tensión enmarcaba su boca.

—¿No estaba qué? Dime cómo lo que vi no era lo que parecía —exigí—. Que no era la primera vez que pasaba.

Sus ojos se afilaron.

—¿Qué has dicho?

—¿Acaso importa? —Pensé en la confusión de Bele sobre por qué permitiría Nyktos esto. Pensé en mi propia confusión—. ¿Y bien? *No era* la primera vez, ¿verdad?

Me miró en silencio durante unos momentos.

—No.

Ya lo sabía. Ni siquiera estaba segura de por qué lo había preguntado. No sabía por qué seguía abriendo la boca.

—¿Por qué estabas con ella?

El resplandor se apagó un poco en sus ojos.

—Porque lo estaba.

—*Porque lo estaba* —me oí repetir mientras lo miraba. Se me escapó una risa estupefacta, pero al mismo tiempo se me cayó el alma a los pies—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Nyktos apartó la mirada. Silencio.

¿Cómo no? Claro que guardaría silencio ahora. Noté otra chispa de furia, más fuerte que antes.

—Cuando hice ese trato contigo... el del placer por placer... debí haberte hecho la misma exigencia que me hiciste tú. Que ese tipo de intimidades se limitaran a nosotros dos. Fue error mío. —Las brasas de mi pecho vibraron mientras forzaba al aire a entrar y salir despacio de mis pulmones. Sin embargo, la ira permitió que algo de la amargura se filtrase fuera de la caja y saliera a la superficie—. O como muy poco, debimos discutir con quién más ibas a compartir esas intimidades, de modo que pudiese estar preparada en el caso de que me diera por encontrarte en un renuncio unas horas después de haberte dicho que quería ser tu consorte.

Nyktos se encogió al oír eso.

El Primigenio se *encogió* de verdad. Debí celebrar el golpe que había tenido toda la intención de infligir, pero no pude. No me agradó. Me puse de pie y fui hasta la chimenea.

—No tenemos que hablar de esto.

—Yo creo que sí.

—No tenemos que hacerlo, porque no me importa.

—Eso no es verdad —me contradijo. Me giré hacia él y ni siquiera me sorprendí al ver que me había seguido de esa irritante forma sombrambulante suya—. Lo que pasó en el estanque se debió a que sí te importa, y yo... —Apartó la mirada de nuevo. Su pecho se hinchó con brusquedad—. Lo que importa es que hice que perdieras el control. Te hice daño. —Sus ojos volvieron a cruzarse con los míos, ahora llenos de hebras giratorias de *eather*—. No quería hacerlo. Jamás quise eso. Y odio haberte hecho daño. Lo siento, Sera.

Di un paso atrás, una reacción física que no pude evitar porque sonaba sincero. Como si *de verdad* supiera que me había hecho daño. Que tenía una razón para sentirme dolida. De alguna manera, que él lo reconociera era mucho peor de lo que hubiese podido imaginar. Sentí cómo mi fachada se debilitaba aún más.

—No te disculpes —dije cuando por fin encontré mi voz. Crucé los brazos delante del pecho—. Lo que heriste fue mi ego. Eso es todo.

Nyktos negó con la cabeza.

—Sera...

—Soy yo la que lo siente.

Dio un respingo y abrió los ojos como platos.

—¿Qué es lo que sientes?

—Lo que crees saber —repuse, repitiendo sus palabras—. Fui una tonta y una ingenua al creerte cuando dijiste que no había habido nadie antes que yo. Debí ver la mentira en eso la primera vez que estuvimos juntos. Así es como has herido mi ego.

Abrió mucho las aletas de la nariz.

—Eso no era mentira.

—Creo que es hora de que *tú* dejes de mentir.

—Nunca he deseado a nadie más que a ti, Sera.

Me reí, el sonido frío mientras me negaba a dejar que sus palabras calaran. Porque no podía confiar en él, y no podía confiar en lo que yo haría con esas palabras.

—Sé lo que crees que viste, Sera, pero no estábamos teniendo sexo —insistió. Sus ojos refulgieron de un plateado intenso cuando los míos saltaron hacia él—. Si eso es lo que crees que viste, estás equivocada. No tengo absolutamente nada que ganar mintiendo.

Di un paso atrás, pero luego me detuve. No estaba segura de qué podía ganar él mintiendo, y tampoco estaba segura de qué ganaría yo con la pizca de alivio que sentí.

—Entonces, ¿qué es lo que vi? —pregunté otra vez porque, como ya había demostrado, era tonta de remate.

Un músculo se abultó a lo largo de su mandíbula, y me permití echar una ojeada a su cuello. No había ninguna marca de mordisco, pero todavía podía verla en mi mente.

—Lo que viste es... es complicado.

Respiré hondo, confundida. Estaba perdiendo el control de mi ira a toda velocidad.

—Una vez más, ¿eso es todo lo que tienes que decir? No te molestes en contestar. No me importa que estuvieras con ella. Eso no es... —Me interrumpí con otra carcajada. *Deja de mentir*. Me puse tensa al darme cuenta de que no había apariencias que salvar. Cuando perdí el control debajo del palacio, había dejado muy claros mis sentimientos—. ¿Sabes qué? Verte con ella sí hirió mis sentimientos. No sé por qué. No debería haber sido así. No me has hecho ninguna promesa. Y yo no te he pedido ninguna. Esta unión entre nosotros nunca fue algo que alguno de los dos deseara. No tenemos que hablar más de lo que estabas o no estabas haciendo. Sé lo que vi. Te has disculpado. Ya está. Es lo que hay.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que ese trato que hicimos... ha terminado. Lo único entre nosotros ahora son estas estúpidas brasas. Las quiero lejos de mí, y después seré yo la que se vaya lejos.

Dio un paso cauteloso hacia mí.

—¿Lejos de qué, exactamente?

—Lejos de aquí —dije—. De ti.

Se formaron unas oquedades debajo de sus pómulos.

—No puedes irte lejos de mí.

Me puse rígida.

—Si dices eso porque debo convertirme en tu consorte, entiendo todas las razones para ello. Pero lo seré solo en nombre. Y una vez que extraigas las brasas y Kolis sea derrotado, quiero olvidarme de todo esto. Quiero mi libertad. Ese es el trato que debí haber hecho contigo.

El *eather* giraba como loco en sus ojos.

—¿Es ese el trato que estás pidiendo ahora?

Levanté la barbilla, los brazos apretados contra mí para impedir que temblaran. Tenía que sujetarlos así, o ese temblor se trasladaría a mi pecho. Y tuve que decir lo que dije a continuación porque no podía volver a sentir ese dolor. No podía volver a perder el control.

—Sí.

Nyktos se quedó quieto como una estatua.

—Entonces, que así sea —dijo, y las palabras parecieron un juramento.

Un vínculo.

Irrompible.

Capítulo 32



—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó Orphine, mirándome de reojo mientras caminábamos hacia las escaleras a la mañana siguiente.

Esta era la segunda vez que me lo preguntaba, y las dos veces que lo había hecho, me había sorprendido.

—Sí, muy bien.

Orphine no dijo nada, pero la duda se asentó en su cara. No me creía.

Estaba cansada y no de muy buen humor. Apenas había dormido la noche anterior y no estaba segura de si eso tenía que ver con haber estado inconsciente durante tres días o si se debía a mi conversación con Nyktos.

O a cómo no hacía más que mirar a la puerta que conectaba nuestros cuartos, al tiempo que me preguntaba por qué Nyktos de repente no creía ya que tuviese que mantenerme al alcance de la mano.

Y me odiaba un poco por preguntármelo siquiera.

Pero estaba bien.

Vacía. En blanco.

Lo cual era perfecto. Tenía planes. Algo que había decidido en medio de mi sesión maratoniana de paseo nocturno. Tenía que hablar del viaje a Irelone, y lo haría con la mayor madurez y desconexión posibles.

Si podía manejar a mi madre, podía manejar a Nyktos.

Las brasas de mi pecho vibraron cuando llegamos al pasillo de la planta baja, pero dudé en la antesala en penumbra. Las puertas estaban abiertas de par en par. Hacía unos días, no habría dudado ni un instante en entrar sin más. Consciente de que Orphine me observaba, levanté una mano para llamar. Pero entonces recordé algo que había dicho Bele: si Nyktos no quería que la gente

hablara, debería asegurarse de que la gente no encontrara nada acerca de qué hablar, ¿verdad? Aunque en realidad...

—Puedes pasar —sonó la voz de Nyktos desde el interior de la oficina. Me quedé paralizada, la mano suspendida en el aire—. Cuando estés preparada —añadió Nyktos después de un momento.

Bajé la mano, hice caso omiso de cómo me miraba Orphine y cerré los ojos un instante para mascullar en silencio una retahíla de palabrotas. Después abrí la puerta.

Rhain estaba de pie a la derecha de Nyktos, y él estaba sentado detrás del escritorio. Cuando entré, cerró uno de los Libros de los Muertos. Llevaba el pelo recogido hacia atrás y pensé que... parecía más pálido por los bordes de los ojos y la boca. También había sombras debajo de sus ojos. Su mirada apagada recorrió mi gruesa trenza, mi chaleco y los pantalones a medida, como mallas gordas. Eso fue en todo lo que me permití fijarme al entrar, aunque algo que no debería sentir afloró al ver su palidez y esas sombras: preocupación.

—Nunca te había visto llamar a la puerta. —Los ojos de Nyktos subieron hacia los míos y el resplandor del *eather* palpitó tenue detrás de sus pupilas.

—No quería interrumpir —expliqué. Rhain me miró incrédulo.

—Esa es otra cosa por la que nunca te había visto preocuparte en el pasado. —Nyktos se inclinó hacia atrás en su silla. Llevaba una túnica gris oscura, aunque sin brocado plateado.

—Bueno, pues he aprendido a llamar a la puerta —repuse.

Las comisuras de su boca se tensaron.

Crucé las manos y me recordé que debía respirar hondo y despacio, y que no debía, como lo había descrito Rhain de manera sucinta, volverme loca.

—Esperaba poder robar un momento de tu tiempo. —Eché un vistazo a Rhain, que seguía mirándome como si no me hubiese visto jamás—. Si no, puedo volver más tarde.

—¿Te encuentras mal? —soltó Rhain de pronto.

—Me encuentro bastante bien —le informé—. Y no sé por qué me pregunta la gente eso todo el rato.

—¿Todo el rato? —inquirió Nyktos.

—Orphine me ha preguntado si estoy bien como dos docenas de veces —dije, aunque era una gran exageración.

—Es probable que sea porque estás siendo... —Rhain frunció el ceño—. Educada.

Mi expresión era fiel reflejo de la suya.

—No sé por qué eso haría pensar a nadie que no estoy bien.

—¿Te has conocido a ti misma alguna vez? —contraatacó Rhain.

Nyktos lo miró y el dios suspiró.

—Me voy un rato al Adarve. —Hizo una reverencia y después, con una última mirada cauta en mi dirección, nos dejó.

Solos.

Nyktos me observó, sin moverse de su silla. Levantó una mano para cerrarla en torno a su barbilla.

Me senté en el borde de la silla frente a su escritorio.

—No te quitaré mucho tiempo...

—Puedes tener todo el tiempo que desees, Seraphena.

Seraphena.

Por los dioses, quería odiar cómo enroscaba la lengua alrededor de mi nombre, pues lo hacía sonar al mismo tiempo como un susurro lujurioso y una oración reverente.

Mantuve las manos cruzadas.

—Gracias, pero no creo que necesitemos demasiado. Estoy segura de que estás ocupado.

Deslizó el pulgar por su labio de abajo sin apartar los ojos de mí. Pensé que no había parpadeado ni una sola vez.

—¿De qué quieres hablar que no requerirá mucho tiempo?

Algo en su tono me dejó un poco descolocada. Había una... suavidad.

—Quiero hablar de Irelone. Me gustaría ir cuanto antes. He pensado que Nektas podría venir conmigo.

—Yo iré contigo —declaró, y el *eather* se avivó detrás de sus pupilas—. Necesito oír con exactitud todo lo que diga Delfai acerca de las brasas para asegurarme de que puedo llevar a cabo el proceso de retirarlas.

La irritación bulló en lo más profundo de mi ser. Viajar con Nyktos a cualquier parte era... bueno, poco oportuno. Y estaba segura de que Nektas le podría comunicar con precisión cualquier detalle pertinente. Aun así, reprimí mi irritación.

—Vale.

Nyktos arqueó una ceja.

—¿Vale?

Asentí. Los ojos de Nyktos se entornaron un pelín mientras deslizaba el pulgar por su labio una vez más.

—Supongo que te gustaría partir ahora mismo.

—Así es.

—A mí me gustaría esperar hasta mañana.

Rechiné los dientes.

—¿Y por qué te gustaría hacer eso?

—Porque avistamos a uno de los *drakens* de Kyn esta mañana sobre la bahía Negra —me informó. Me puse tensa—. El *draken* no ha tomado ninguna acción contra nosotros. Solo ha estado volando en círculo por los límites de nuestro territorio.

Nosotros. Nuestro.

Me retorcí las manos.

—¿Qué crees que está haciendo?

—Explorar. Es probable que lo haga para ver cuántos guardias tenemos en el Adarve —conjeturó, y me puse aún más tensa mientras él deslizaba la punta de sus colmillos por su labio—. Y seguramente también quiera echar un buen vistazo a los ejércitos, cosa que no podrá hacer.

—¿Los otros Primigenios conocen el tamaño del ejército?

—Solo saben que tengo uno y que es de un tamaño considerable. Pero ni siquiera Dorcan conocía el tamaño exacto —contestó—. En cualquier caso, preferiría estar aquí, solo por si mis sospechas están equivocadas.

—Es comprensible —convine—. Si el *draken* ataca, quiero ayudar.

—Por supuesto.

Ahora fue mi turno de mirarlo confundida.

—¿Por supuesto? ¿No vas a exigir que me quede atrás?

—He aprendido a no pedirte eso —repuso—. Ni a esperar que te quedes al margen cuando necesitas ayudar. Cuando quieres hacerlo.

—Entonces, ¿no estás preocupado por que consiga que me maten... a mí y a las brasas?

—Eso es algo que me preocupa a cada segundo —admitió—, pero también he aprendido que es algo con lo que tendré que lidiar. —Se movió en la silla—. Además, ese otro trato que hiciste, el del patio, incluía que querías ayudar. Yo lo acepté. Eso no ha cambiado.

Parpadeé deprisa. Había pensado que todos nuestros acuerdos habían quedado anulados.

—Entonces, partimos por la mañana.

Nyktos asintió. Pasó un momento.

—Nektas me dijo que conocías a la mujer con la que estaba Delfai. ¿Es así? ¿Es la joven de la que has hablado alguna vez?

—Es la princesa Kayleigh, exprometida de Tavius —dije con un asentimiento—. Debería estar en la fortaleza de Cauldra Manor, en Massene,

un pueblo de Irelone, cerca de la capital. Recuerdo haberle oído decir que era la casa familiar de los Balfour. Espero que haya un portal cerca.

Nykto sonrió entonces, una sonrisa un poco más ancha, más cálida.

—Tuvimos suerte de que hubiese uno tan cerca de Wayfair, pero no hay ninguno en Irelone que me fiaría de usar. Sin embargo, no necesitamos un portal. Iremos sombrambulando.

Empecé a preguntar cómo sería posible, pero entonces recordé cómo me había sacado del Gran Salón en Wayfair.

—O sea que vas a tener que dejarme inconsciente.

—Haré todo lo posible por asegurarme de que no sientas ningún dolor y sea rápido —me tranquilizó—. La única alternativa es que entremos por Spessa's End o Pompay, donde están los portales más próximos a Irelone, pero eso nos llevaría algo más de tiempo.

—Está bien —le dije—. Lo aguantaré.

—Sé que lo harás. —Una pausa—. Puedes aguantar cualquier cosa.

Me quedé de piedra, descolocada otra vez por su tono demasiado suave. Seguía mirándome con atención, con la suficiente como para hacer que me hormigueara la piel. Me alegré de que no tuviéramos nada más que discutir. Descrucé las manos y empecé a levantarme...

—Nektas me dijo que os topasteis con las ninfas durante el regreso desde el Valle.

—Así es. —Me quedé tensa al borde de la silla, como un pájaro posado en un acantilado y a punto de emprender el vuelo—. Las había olvidado.

—Mataste a una —dijo—. Con *eather*. —Asentí—. No deberías ser capaz de hacerlo.

—Eso fue lo que dijo Nektas. Las brasas... supongo que es verdad que son muy poderosas. Pero pronto serán algo de lo que no tendré que preocuparme. —Me aclaré la garganta—. No quiero entretenerte...

—No quiero que hagas esto.

Me invadió la confusión una vez más.

—¿Que haga qué?

—Esto.

Esperé algo más de explicación. No hubo ninguna.

—Voy a necesitar que lo expliques un poco.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—No necesitas convertirte en alguien que no eres.

Los músculos a los lados de mi columna se agarrotaron.

—No lo hago.

—Estás siendo amistosa. Comprensiva. Reservada. Incluso educada. —
Soltó una retahíla de lo que la mayoría de la gente consideraría características admirables.

—No es fingido.

—No he sugerido que lo fuera.

Fruncí el ceño.

—Entonces, ¿qué es lo que estás sugiriendo, exactamente, alteza? Porque no entiendo por qué querías ahora exigir que fuese... ¿qué? ¿Más discutidora? ¿Más irracional?

—Como te he dicho en alguna ocasión, me divertía bastante el lado más... temerario de tu naturaleza.

Por fuera, me quedé muy quieta. Por dentro, sin embargo, estaba temblando.

—Pero ¿esto? —Bajó la mano a la superficie de la mesa—. Así es como te educaron para ser, ¿verdad? —Reprimí una exclamación—. Acomodadiza. Sumisa. Callada. —Hizo una pausa—. Vacía.

Una intensa espiral de cosquilleo recorrió mi nuca y mis ojos conectaron con los suyos. Con una mirada que continuaba siendo intensa e... inquisitiva. Agarré los reposabrazos de la silla con fuerza.

—Estás tratando de leer mis emociones.

—Sí —confirmó sin un ápice de vergüenza—. Y no siento nada.

Se me secó la boca.

—¿Y?

—No ha habido una sola vez que haya estado en tu presencia durante más de un puñado de minutos en la que no te haya sentido proyectar una emoción, ya fuese alegría, deseo o ira —comentó—. Desde el primer momento en que te vi en el bosque de los Olmos Oscuros hasta que intenté ralentizar tu respiración bajo el palacio. —Empecé a temblar y mi calma se agrietó—. Esta no eres tú. Nunca has sido así conmigo. —La palma de su mano se aplanó sobre la mesa—. Ya sea porque te había enfadado o por otra cosa, siempre habías sido tú misma. Te has ganado con creces el derecho a ser tú misma. A pensar lo que quieras, a sentir lo que quieras. Eso no debería cambiar.

—¿No debería? —susurré.

—No. —Un músculo palpitó en su mandíbula—. Independientemente de lo que te haya hecho.

¿Lo que me había...? Me prohibí terminar ese pensamiento.

—El problema de eso es que mis sentimientos podrían haberme matado y haber destruido el palacio.

—No fueron tus sentimientos —me corrigió en voz baja—. Sino lo que yo les había hecho. Lo que ocurrió fue culpa mía, Sera. No tuya. —Sus ojos no vacilaron ni un instante—. No necesitas cambiar. Y por... por egoísta que esto pueda sonar, no quiero que lo hagas.

—Yo no quiero ser así —susurré, antes de poder evitarlo.

Nyktos dio un respingo, retrocedió incluso, y las sombras asomaron bajo su piel durante un breve segundo.

Mis uñas rotas arañaron los reposabrazos de madera y me concentré en mi respiración hasta que el abismo del que había procedido ese susurro agónico quedó sellado una vez más.

—Pero no puedo volver a sentirme así jamás. Así que no siempre podemos tener lo que queremos. —Me puse de pie—. Ni siquiera los Primigenios.

—Sera. —Se levantó, las dos manos planas sobre la mesa—. Yo no... —Hizo una mueca, bufó con los dientes apretados y levantó su mano derecha de la mesa para mirarla. Abrió las aletas de la nariz—. Mierda.

—¿Qué? —Mis ojos rebuscaron en su cara cuando no respondió—. ¿Qué pasa?

Nyktos giró la mano de modo que la palma quedara hacia mí. Entreabrí los labios al ver la raya negra rojiza que cortaba a través de un círculo que parecía tatuado en el centro de su mano.

—Kolis —gruñó, los ojos ahora llenos de vívidas hebras de *eather*—. Nos ha convocado.



Nunca había visto a tanta gente en la oficina de Nyktos al mismo tiempo.

Todos y cada uno de sus guardias de mayor confianza estaban presentes, incluidos Aios y Nektas, que habían llegado con los dos *drakens* más jóvenes. Jadis estaba en su forma mortal, acurrucada contra el pecho de su padre y profundamente dormida con lo que parecía ser la mitad de su mano dentro de la boca.

Bajé la vista a mi regazo. De algún modo, había acabado sentada en el sofá con Reaver, que estaba despierto pero en esos momentos tenía su cabeza con forma de diamante apoyada en mi rodilla. Me dio la impresión de que lo había hecho para impedirme dar repetidos golpes con el pie en el suelo.

Parte de mí pensó que quizás había percibido mi nerviosismo y estaba respondiendo a él, cosa que no parecía muy normal.

Mis ojos se deslizaron hacia mis muñecas desnudas. El hechizo estaba ahí, invisible para mí, pero no funcionaría fuera de las Tierras Umbrías. Podrían *retenerme* en Dalos.

—Os ha llamado antes de lo que imaginaba —comentó Nektas, que mecía con suavidad a Jadis desde donde estaba detrás del escritorio de Nyktos—. Había pensado que se tomaría su tiempo, solo para fastidiar.

—Eso era lo que yo había esperado —convino Nyktos, apoyado contra la parte delantera de su escritorio, los brazos cruzados delante del pecho. Igual que la última vez que lo había mirado, él me estaba observando a mí. Solo a mí.

—Esperad. Estoy confundido —intervino Ector. Theon soltó una carcajada.

—Eso no le sorprende a nadie.

Ector le hizo caso omiso.

—Ir a Dalos no va a ser divertido, pero conseguir su permiso significa coronarla como consorte más pronto que tarde, lo cual le dará la protección que has estado buscando.

—Así es —afirmó Nyktos—, pero habría sido preferible sacar las brasas de Sera primero.

Aios frunció el ceño mientras intercambiaba una mirada con Bele.

—¿Estás preocupado por que Kolis pueda percibirlos en ella ahora que se han vuelto más fuertes?

Giré la cabeza hacia Nyktos entonces. Ni siquiera se me había ocurrido eso.

—¿Lo hará?

—Puede que sea capaz de sentir algo que indique que no eres una divinidad normal y corriente. —Solo un tenue resplandor de *eather* palpitaba detrás de sus pupilas—. Pero si sucediera, podríamos explicarlo con facilidad.

—¿Cómo?

—Sangre —respondió Nektas, sin dejar de frotar la espalda de Jadis. Uno de sus piecillos asomaba por el borde de su manta—. Sangre de Nyktos. Cualquiera que beba la suficiente sangre de un Primigenio emana después algunas vibraciones primigenias hasta que su organismo absorbe la sangre del todo.

—Oh. —Me hubiese gustado relajarme con eso, pero teníamos un problema mucho más grande con el hecho de tener que encontrarme cara a

cara con Kolis.

—Bueno, siempre que seas agradable con Kolis, te dará su permiso —indicó Saion—. Muy agradable, Nyktos.

—Sí, buena suerte con eso —musitó Lailah. Miré hacia donde estaba al lado de un silencioso Rhain, una mano apoyada en la empuñadura de una de las espadas que llevaba amarradas a la cadera.

—No es él quien más me preocupa. —Ector lanzó una mirada significativa en mi dirección y Rhahar tosió con disimulo.

Pensé en lo que había dicho Nektas sobre la forma en que Nyktos había convencido a Kolis de que era leal.

—Exactamente, ¿cuán agradables tenemos que ser?

—Haréis todo lo que Kolis os pida —declaró Rhain, que hablaba entonces por primera vez—. Sin importar lo desagradable o vil que te parezca. Habrá solo unas pocas cosas a las que Nyktos podrá negarse en tu nombre.

La presión se asentó en mi pecho. Empecé a preguntar qué tipo de cosas, pero me callé cuando vi endurecerse los rasgos de Nyktos. Reaver me dio un empujoncito con el morro en la mano para llamar mi atención. Empujó la palma de mi mano otra vez. Tragué saliva y deslicé los dedos por su frente, con cuidado de ser suave con los pequeños bultos que habían brotado por la coronilla de su cabeza con forma de diamante. Un día, se convertirían en cuernos más grandes que mi mano, o tal vez como la mitad de mi brazo.

—Eso significa nada de amenazar con sacarle los ojos y dárselos de comer cuando, inevitablemente, te irrite —me advirtió Rhahar, la suave y lustrosa piel marrón de su mejilla centelleaba bajo la luz del aplique a su lado.

—¿Cómo te has enterado de eso? —exclamé.

—Todo el mundo se ha enterado de cómo amenazaste a Attes. —Nyktos esbozó una sonrisa.

—De hecho, nos lo contó él mismo a Theon y a mí cuando se marchaba ese día —apuntó Lailah—. Le había parecido bastante divertido.

Theon frunció el ceño.

—Incluso le había puesto cachondo en cierto modo —añadió. Un retumbar grave emanó de Nyktos y el aire se cargó de electricidad. Theon levantó las manos—. Perdón. Olvidad que he mencionado eso.

Fulminé a Nyktos con la mirada y tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no decir nada. Menuda *cara más dura*, enfadarse porque otra persona pudiera sentirse atraída por mí (sin importar lo rara que fuese esa atracción) cuando lo que más me gustaría en ese momento sería prender fuego

al sofá en el que estaba sentada debido a lo que él había estado haciendo ahí con Veses...

Los ojos de Nyktos saltaron hacia los míos, el pulso del *eather* más brillante. Le sostuve la mirada durante un momento y luego la aparté. Mis ojos se cruzaron con los de Rhain, que nos observaba, los labios apretados en una fina línea tensa.

—Entonces, ¿cuándo os vais? —preguntó Saion, al tiempo que se echaba atrás en su silla y plantaba la bota en el borde del escritorio.

Nyktos le dio un golpe a su pie para retirarlo de la mesa.

—Cuando volvamos de Irelone y hayamos extraído las brasas.

Me puse tensa, mi mano dejó de moverse.

—Vale. —Saion levantó la barbilla—. Nosotros aguantaremos el tirón aquí abajo.

—Espera —intervine. Reaver giró la cabeza hacia Nyktos—. No sabemos cuánto tiempo vamos a tardar.

—Sabemos dónde empezar a buscar a Delfai —repuso Nyktos—. Y tardaremos el tiempo que sea necesario.

Miré de reojo a Nektas. El *draken* no dijo nada, ocupado en intentar remeter el pie de Jadis debajo de la manta.

—¿Cuánto tiempo tardó Kolis en enfadarse la última vez que te demoraste en responder a una llamada suya?

Nyktos no dijo nada.

Todo el mundo estudiaba con gran atención el suelo, el techo o los unos a los otros. Todos excepto Rhain.

—Menos de un día.

—Joder —gruñó Nyktos. Se separó del escritorio y se giró hacia el dios—. Normalmente, espero esa mierda de *este*. —Hizo un gesto con la barbilla.

—Eh —refunfuñó Ector—. Esta vez he mantenido la boca cerrada.

Rhain no se amilanó, pero sí dio un paso atrás.

—Sera debería saber lo que costará el retraso.

—Estoy casi segura que él quería justo lo contrario —murmuró Bele—. Sea como fuere, lo tenemos controlado.

Theon asintió.

—Así es.

—No —dije yo.

Todas las cabezas se giraron hacia mí, incluso la de Nektas y la de Reaver. Pero Nyktos fue el único en hablar.

—Sera...

—No —repetí, y Reaver se irguió sobre los cuartos traseros, sin quitarle el ojo de encima al Primigenio—. No quiero formar parte de lo que sea que Kolis vaya a hacer en represalia por no haber respondido a su llamada a tiempo.

El *eather* se filtró en la piel de las mejillas de Nyktos.

—Tú eres más importante que...

—No lo digas —le advertí mientras él daba un paso adelante—. Las...

Reaver me sobresaltó al desplegar las alas de pronto. Me incliné hacia atrás cuando estiró su delgado cuello y levantó la cabeza.

Nyktos se paró en seco cuando un retumbar grave brotó del pecho de Reaver y una nubecilla de humo salió de sus ollares.

Estupefacta, miré al pequeño *draken*. Mis ojos volaron a Nyktos, y luego a Nektas, que había empezado a sonreír.

—¡Ja! —exclamé, al tiempo que alargaba la mano para acariciar la cabeza de Reaver—. Buen ReaverButt.

Reaver vibraba mientras miraba a Nyktos con suspicacia. Emitió un sonido grave, como un castañeteo.

—Joder —dijo Theon alargando la palabra. Su boca se crispó, como si tratara de reprimir una carcajada, batalla que perdió—. Eso parece un poco... equivocado.

—Son las brasas —conjeturé—. Es probable que esté respondiendo a eso.

—No, eres tú. —Nyktos me miró—. Te está protegiendo *a ti*.

Fruncí el ceño hacia la parte de atrás de la cabeza de Reaver.

—Tú no vas a hacerme nada.

Nyktos suspiró.

—Reaver lo sabe, pero quiere hacerme saber que no aprecia que te disguste.

Solté una carcajada irónica.

—Bueno, pues va a estar muy ocupado, entonces.

Alguien (sonó como Aios esta vez) se rio en voz baja. Reaver se asentó a mi lado y volvió a apoyar la cabeza en mi rodilla. Esta vez, no tuvo que empujar mi mano con el morro. Empecé a acariciarlo de inmediato.

—Puedes dejar de sonreír cuando te dé la gana —dijo Nyktos sin mirar a Nektas.

—Lo sé —repuso el *draken*, aún sonriendo.

—Contestamos a la llamada de Kolis —dije, tras levantar la cabeza hacia Nyktos—. No esperamos. Nos encargamos de esto primero.

Un músculo se apretó en la mandíbula de Nyktos.

—Entonces, partimos dentro de una hora.



Aios me había seguido a mis aposentos y se había ofrecido a ayudar a escoger el atuendo apropiado.

—¿Lo que llevo puesto no es apropiado?

—Lo es. —Estaba de espaldas a mí mientras rebuscaba entre las prendas del armario.

—¿Pero?

—Pero a Kolis le parecerá demasiado casual —dijo, aunque eso era lo último que me preocupaba que pensara—. Y lo considerará una falta de respeto.

Crucé los brazos delante del pecho.

—Parece que considera muchas cosas una falta de respeto.

—Así es. —Aios sacó un oscuro vestido carmesí que había fabricado Erlina. Yo casi ni lo había mirado cuando rebusqué entre la ropa antes. No porque no fuese precioso sino porque no estaba segura de dónde o por qué me pondría algo tan elegante—. Este valdrá.

Me aferré a la irritación en lugar de centrarme en el miedo que empezaba a cernirse sobre mí. Agarré el vestido y, con la ayuda de Aios, me cambié.

—Te queda precioso —murmuró la diosa al dar un paso atrás jugueteando con la cadena alrededor de su cuello.

—Gracias. —Deslicé las manos por el terciopelo y el encaje. El vestido estaba confeccionado a la perfección: abrazaba mis pechos, era suelto en la cintura y apretado en las caderas. No había ningún peligro de perderlo, pues el escote rodeaba mi cuello por detrás y pasaba por encima de un hombro. Habían cosido una fina capa de encaje sobre el corpiño y las caderas, y la falda tenía rajas a ambos lados, algo que tenía que ser la moda en Iliseeum y a mí me venía de perlas para llevar la vaina de mi daga amarrada a la parte superior del muslo.

—Eres igual que Bele —comentó Aios—. A ella también le encanta guardar armas aquí y allá.

—Ojalá tuviese alguna más.

—Sí. —Esbozó una sonrisa tensa mientras echaba un rápido vistazo a las puertas cerradas del cuarto. Nyktos había dicho que iría a buscarme cuando llegase la hora de partir. En esos momentos estaba aún con los otros,

repasando la situación para cuando él no estuviera—. Con suerte, no estaréis ahí el tiempo suficiente para preocuparte por otros atuendos.

Mi corazón tropezó. No quería ni pensar en la posibilidad de que este no fuese un viaje relámpago de ida y vuelta. Ni en el juramento que había hecho Nyktos.

Ni en las cosas terribles de las que había hablado Rhain.

—¿Puedo... puedo preguntarte algo?

—Por supuesto. —Alisé la falda del vestido al enderezarme.

—¿Intentarás ir a por Kolis cuando estés ahí? —preguntó Aios.

Su pregunta franca me tomó desprevenida. Negué con la cabeza.

Ella apretó los labios y apartó la mirada.

—Espero que digas la verdad. No entiendo por qué quisiste intentar algo como eso antes, y me preocupa que puedas hacerlo otra vez.

—Entonces era diferente. Creía que no había más opciones —expliqué, consciente del peso incómodo de mis palabras. De la culpa—. Ahora sí las hay.

Aios se quedó callada un momento.

—¿Por qué creerías que esa era una opción en primer lugar? —Sus ojos se cruzaron con los míos—. Eres valiente. Fuerte. Tienes brasas dentro de ti, brasas fuertes, pero ¿cómo podías creer siquiera que podrías hacer daño de algún modo a un Primigenio?

—Tengo razones para creer que puedo.

—Sean cuales fueren esas razones, estás equivocada.

Las sandalias de tacón apenas hicieron ruido cuando di un paso hacia ella.

—Hay algo que tú no... —Solté un bufido de exasperación. No tenía ganas de mentir más—. Soy la *graeca* de Kolis.

El pecho de Aios se hinchó con una inspiración repentina.

—Eso es imposible.

—Tengo el alma de Sotoria —dije, y le di una breve explicación de cómo lo sabía—. Eythos puso su alma en mi linaje, junto con las brasas —dije en voz baja, aunque no había nadie cerca para oírnos—. Eythos sabía lo que estaba haciendo cuando puso su alma ahí junto con las brasas. Estaba creando un... un arma. Yo soy la debilidad de Kolis. Si hubiese logrado llegar hasta él, podría haberlo detenido. Por eso me marché.

—Pero... —Se formaron unas arrugas sobre sus cejas mientras negaba con la cabeza—. No *tienes* el alma de Sotoria. *Eres* Sotoria.

Aspiré una bocanada de aire brusca.

—Soy Sera. No soy ella.

—Lo sé. Lo siento. Tú eres tú. —Sus dedos volaron otra vez hacia la fina cadena—. Es... es que no esperaba que dijeras eso.

Me reí sin demasiado humor.

—Sí, bueno, yo tampoco esperaba oírlo cuando Holland me lo contó.

Soltó el aire despacio.

—Si Kolis descubriera...

—Ese era mi propósito cuando me marché la otra vez —proseguí—. No sé si me parezco a ella o no. Esperaba parecerme, porque así no tendría que... seducirlo. —Se me agrió el estómago—. Así que por eso me fui. No fue solo lo que has dicho. Es mi destino. Siempre *ha sido* mi destino. Convertirme en la consorte de Nyktos no lo es. Nunca lo ha sido.

—¿Tu destino no puede ser ambas cosas? —Mis ojos volaron hacia los suyos y mi mente fue de inmediato a cómo había querido ser la consorte de Nyktos—. Ahora lo entiendo —murmuró Aios. Frunció los labios, pensativa—. Por eso quería Nyktos retrasar esto. No se habría arriesgado a que Kolis descargara su frustración sobre las Tierras Umbrías por ninguna otra razón. —Pasó su trenza hacia atrás por encima de uno de sus hombros—. ¿Ya no esperas parecerte a Sotoria?

Se me quedó la piel helada con mi reticencia a responder a la pregunta. A decir la verdad. Pero lo hice.

—No —susurré—. Y no debería sentirme así, ni siquiera con el plan de Nyktos. Porque aún podría hacer algo. Aún podría intentarlo. Es para lo que me he estado preparando toda...

—Nunca te he contado cómo fue mi tiempo con Kolis, ¿verdad? —Parpadeé, confundida, y negué con la cabeza—. Yo, igual que Gemma, era una de sus favoritas. —Aios se rio, pero esta risa fue como esquirlas de cristal—. Me tenía en una jaula. —Mis labios se entreabrieron cuando el horror se apoderó de mí—. Eso sí, era una jaula grande de huesos dorados.

—Como si eso hiciese que estuviese bien —solté. Su sonrisa lucía tensa.

—No lo hace, pero... —Tragó saliva—. Por desagradable que me resulte decirlo y por difícil que sea de comprender, la jaula no era tan mala como lo que ocurría cuando Kolis se aburría de sus favoritas. Y eso era algo que sucedía siempre. A veces, en cuestión de días o semanas. Otras veces, pasaban meses o incluso años.

¿Años? ¿Dentro de una jaula? Yo me...

Yo me volvería loca en solo unos días.

Me senté en el borde del sofá, solo porque pensé que me caería al suelo si no lo hacía.

—Verás, su corte no tiene ley, pero aun así está llena de reglas desconocidas que, si rompes, acabas muerto. No hay otra manera de explicarlo. Solo los más crueles y manipuladores sobreviven en Dalos. —Sus dedos retorcieron la cadena—. Pero sus favoritas siempre estaban protegidas. Y sí, a menudo tenía más de una a la vez. Todas sus necesidades o deseos, excepto la libertad, eran concedidos. Platos de lo más sofisticados. Joyas. Pielles preciosas. —Sus dedos se quedaron parados—. Nadie podía hablar con nosotras. Ni tocarnos. A menudo mataba a sus propios guardias cuando creía que miraban demasiado tiempo en nuestra dirección. El nunca... nunca forzaba a sus favoritas. Apenas las tocaba. Ni siquiera las que se le ofrecían como forma de escapar.

Eso no me lo había esperado.

—Solo nos quería ahí, como adornos bonitos a los que podía visitar cuando le viniera en gana para contemplarlos. Y que no podían hacer nada más que escuchar su cháchara durante horas interminables, sobre cómo Eythos era el verdadero villano y lo injustamente que lo habían tratado a él. —Puso los ojos en blanco—. Por todos los Hados, hubo momentos en los que de verdad habría preferido clavarme una daga en los oídos antes que seguir escuchándolo. Pero Kolis... podía ser engañosamente encantador cuando quería. Lo suficiente como para empezar a relajarte en su presencia, quizás incluso bajar la guardia, aunque supieras que no debías. Creo que esa es una de las peores cosas de él: su habilidad para conseguir que alguien dude de lo que sabe que es verdad. Que de algún modo se sorprenda cuando esa fachada encantadora desaparece. Lo ves como lo que siempre supiste que era cuando te tira a las serpientes.

—¿Qué... qué quieres decir? Con lo de las serpientes —pregunté, medio temerosa de la respuesta.

—Otros dioses. Primigenios. Divinidades. Los que lo sirven. Para ser sincera, no debería referirme siquiera a ellos como serpientes. Es un insulto para estas.

—En verdad, no creo que puedas insultar a las serpientes. Son lo peor.

Aios esbozó una sonrisa, pero desapareció pronto.

—Todo el mundo en su corte sabe que Kolis siempre acaba por cansarse de sus favoritas. Así que esperan mientras a ti te rocían de cosas que ellos quieren, mientras matan a sus amigos o incluso a sus familiares por el crimen de mirar en tu dirección. Saben que se resarcirán. El momento en que una favorita recuperaba su libertad solía ser el último momento de su vida. Las cosas que esas serpientes les hacían a personas que no habían hecho nada

malo, cuyo único crimen había sido convertirse en el objeto involuntario de la obsesión de Kolis... —Aspiró una bocanada de aire rápida mientras mi estómago se revolvía cada vez más—. Y Kolis no hacía nada. Ni cuando les pegaban palizas. Las violaban. Las mataban. Eso era lo que más placer le proporcionaba: observar cómo a aquellas a las que había elegido y mimado las destrozaban y las reducían a la nada. Si sobrevivías a la liberación inicial, ahí era cuando empezaba la verdadera diversión. Te vigilaban sus personas de mayor confianza... y se les permitía hacerte lo que quisieran. Podían matarte, si era lo que les apetecía. No tenías ningún derecho. Era como un juego. Ver cuánto tiempo sobrevivías. A menudo hacían apuestas. Una vez, una de sus favoritas descartadas se quedó embarazada. No fue elección suya. Tampoco lo fue cuando vi a Kolis quitarle al bebé de los brazos y clavar una daga en el corazón del pobre niño.

Apreté el dorso de la mano contra mi boca. La bilis trepó por mi garganta.

—¿Cómo...? —Me aclaré la garganta—. ¿Cómo escapaste?

—Sobreviví —dijo, y el horror de lo que su supervivencia debía haber conllevado atormentó esos momentos de silencio—. Y cuando se me presentó la oportunidad de salir de Dalos, destripé a uno de sus guardias favoritos y escapé. —Mis labios se estiraron en una sonrisa de placer vengativo—. Veo que lo apruebas.

—Sí. Espero que haya dolido.

El resplandor del *eather* brilló con intensidad en sus ojos.

—Así fue.

—Lo... lo siento muchísimo —susurré—. No puedo ni empezar a entender cómo podría alguien hacer o permitir eso. Cualquier parte de ello.

—La mayoría no puede, y deberíamos estar agradecidos por ello.

Asentí.

—Eres... muy fuerte. Espero que lo sepas. Aunque desearía que no tuvieras que saberlo.

—Algunos días no me siento así, pero gracias. —Levantó la barbilla—. Fue hace mucho. He tenido tiempo para procesar lo que me hicieron. Tengo suerte de tener a gente buena a mi alrededor, como Bele o Nyktos.

Pero eso no significaba que los horrores no la encontraran con frecuencia, y tenía que estar reviviéndolos en esos mismos momentos.

Aios se acercó a mí, se arrodilló y me agarró la mano.

—No te he contado eso para que sientas pena por mí.

—Lo sé. —Le di un apretoncito en los dedos.

—Te lo he contado porque no se me ocurría otra manera de decirte lo que sé que es verdad... solo por si decides seguir lo que crees que es tu destino. No importa qué alma lleves dentro. —Aios levantó nuestras manos unidas—. Lo único que importa es si Kolis es capaz de amar otra vez, incluso a su *graeca*. Y no lo es. No hay nada más que podredumbre y putrefacción donde debería estar su *kardia*. Kolis no tiene ninguna debilidad.

Capítulo 33



Aios se marchó poco después de eso, pero el horror que ella y demasiadas otras habían experimentado perduró en la habitación mientras esperaba a Nyktos.

Me sentía enferma, tanto a nivel mental como físico, así que cerré los ojos. No necesitaba detalles acerca de cómo había sobrevivido para saber que Kolis y todos y cada uno de los individuos que habían tomado parte en su *supervivencia* deberían ser destruidos hasta que no quedara nada de ellos, ni siquiera cenizas.

Por lo general, no acostumbraba a hacer recuento y comparar pérdidas para ver quién había sufrido las mayores, pero costaba no hacerlo en este caso. Nada de lo que yo había experimentado en toda mi vida podía compararse con lo que Aios, Gemma y muchísimas más habían sufrido.

Tenía las pestañas húmedas mientras me obligaba a aspirar una bocanada de aire larga y profunda. Agarré lo que había compartido Aios conmigo y lo guardé en el mismo sitio en el que había escondido mis emociones. Tenía que hacerlo. Era la única manera en que podía ignorar la voz que susurraba en mis pensamientos.

Eres su debilidad.

Aios tenía que estar equivocada. Todo el mundo tenía alguna debilidad.

Las brasas de mi pecho vibraron para alertarme de la presencia de Nyktos. Oí que llamaban a la puerta que conectaba nuestras habitaciones y me apresuré a secarme las mejillas.

—Adelante —dije en voz alta, tras aclararme la garganta.

La luz centelleó sobre el brazalete que rodeaba el bíceps de Nyktos cuando entró. Él también se había cambiado: ahora llevaba pantalones de cuero negros y una túnica color medianoche que se ajustaba a la perfección a sus anchos hombros y su tonificada cintura. El habitual brocado plateado ribeteaba el cuello y cruzaba el pecho. Algo de verlo vestido casi por entero de negro me dejó con una extraña sensación de inquietud.

A lo mejor era porque me parecía diferente así vestido... más depredador de lo normal. Intocable. De otro mundo.

Primigenio.

Me levanté, un poco inestable, y me giré hacia él. Se detuvo y sus ojos recorrieron toda la longitud de mi pelo, que rozaba la curva de mi cadera.

—Aios eligió el vestido —dije, y abrí los brazos a los lados—. Dijo que era probable que Kolis se ofendiera si llevaba pantalones o algo.

Su garganta subió y bajó al tragar saliva.

—El vestido es precioso. —Su pecho se hinchó con una respiración profunda y temblorosa—. Tú eres preciosa.

Di un paso atrás, aunque mi estúpido corazón dio un brinquito idiota y feliz.

—No digas eso.

Ese mechón de pelo más corto resbaló por su mejilla cuando ladeó la cabeza y levantó los ojos hacia los míos.

—Lo siento. Es verdad. —Su cabeza se enderezó. Pasó un momento—. Sé que ahora las cosas son... diferentes entre nosotros. —Casi me reí, pero conseguí reprimirme—. Pero nada de eso puede importar ahora mismo. Tenemos que dejar todo a un lado —continuó—. ¿Recuerdas cómo actué cuando Attes estuvo aquí?

—Como para olvidarlo —musité.

—Será igual en Dalos —me dijo—. Si actuamos como si no pudiésemos soportar estar en la presencia del otro en lugar de parecer como si hubiese algún tipo de atracción entre nosotros, habrá preguntas. Necesito saber si eres capaz de hacerlo.

Mi columna se puso rígida.

—¿Acaso tengo elección?

—Estabas dispuesta a fingir estar enamorada de mí para seducirme, así que *creo* que estarías dispuesta a hacer lo mismo para conservar la vida —replicó. Yo cerré los puños.

—No fingía estar *enamorada* de ti.

Nyktos me miró ceñudo.

—No estabas fingiendo en absoluto.

Noté un hormigueo en la parte de atrás del cuello.

—Eso no es lo que he dicho.

—Lo sé, pero eso no cambia la verdad. Nunca fue una actuación. Nada de ello.

Aspiré una bocanada de aire sibilante.

—Enhorabuena por darte cuenta cuando ya es demasiado tarde —espeté, cortante.

El *eather* palpitó con suavidad detrás de sus ojos.

—¿Demasiado tarde para qué? —Crucé los brazos delante del pecho, pero no dije nada—. ¿Para querer ser mi consorte? ¿Más que en título? —Nykτος se acercó de esa forma silenciosa suya—. ¿Para la gente de las Tierras Umbrías y, con el tiempo, para Iliseeum? ¿Para mí?

Las brasas de mi pecho vibraron al tiempo que mi piel se volvía cosquillosa y se calentaba.

—¿Por qué querías hablar de esto justo ahora?

—No lo sé. —Una expresión de perplejidad sincera cruzó su cara de costumbre estoica—. Porque no entiendo por qué querías eso de mí... por qué querías más... cuando sabes que soy incapaz de darte lo que te mereces.

—¿Y qué es lo que me merezco?

—Mereces a alguien que te quiera, de manera incondicional e irrevocable. Alguien que tenga el valor de permitirse sentir eso —añadió. Mis brazos resbalaron de mis manos mientras lo miraba pasmada. Él apartó la vista, enderezó los hombros—. Estabas triste. Antes de entrar en la habitación, pude saborear tu aflicción. Ácida y pesada. —Sus ojos volvieron a los míos—. Cuando antes no podía percibir nada en ti.

No me sorprendió saber que había proyectado eso con fuerza.

—Aios me habló del tiempo que pasó en Dalos.

—¿Lo hizo? —La sorpresa llenó su tono. Asentí.

—Estaba preocupada por que pudiera intentar algo para detener a Kolis.

—¿Y tiene razones para preocuparse?

Debería, pero... negué con la cabeza.

—Quiero tener un futuro. Una vida que pueda controlar. No la muerte. Quiero sobrevivir a esto.

—¿Para por fin poder vivir? ¿Ser libre?

Con el pecho apesadumbrado, asentí una vez más y me aparté de él. Un reloj invisible avanzaba inexorable sobre nuestras cabezas, y sabía que no podía posponer esto, pero también sabía que si me permitía sentir más que lo

que ya había escapado durante mi conversación con Aios, también descubriría que estaba lo que Nyktos decía que no estaba: asustada.

Me froté los brazos con las manos.

—¿Qué pasa si... si me reconoce como Sotoria?

—Entonces habrá una guerra —sentenció.

Me dio un vuelco al corazón y me giré hacia él a toda velocidad. No había habido ninguna vacilación en su respuesta. Ni un segundo.

—Nyktos...

—No le perteneces. No le perteneces a nadie —masculló—. Si te reconoce como Sotoria, intentará retenerte con él. No permitiré que eso ocurra.

Un escalofrío rodó por mi columna.

Nyktos dio un paso hacia mí, con la barbilla baja.

—Puede que sea cientos de años mayor que yo, y puede que tenga a la corte entera y a la mayoría (si no a todos) los Primigenios de su parte, pero si hace un solo movimiento hacia ti, *arrasaré* la Ciudad de los Dioses entera. No quedarán más que ruinas.

El aire se quedó atascado en mi garganta. En ese momento, ninguna parte de mí dudaba de que Nyktos fuese capaz de hacer justo eso.

—No quiero que la cosa llegue a ese punto.

—Yo tampoco —dijo con voz queda—. Mis guardias son conscientes de que las cosas se pueden torcer. No conocen todas las razones, pero estarán preparados para defender las Tierras Umbrías, igual que lo está el ejército.

Forcé al aire a entrar en mis pulmones. Respiré hondo y despacio. Por muy equivocado que fuera, no quería que Kolis me reconociese. No quería utilizar mi entrenamiento de toda la vida para acabar con él. Pero tampoco quería el tipo de derramamiento de sangre del que hablaba Nyktos. Ese nivel de destrucción no solo destrozaría Iliseum; seguro que se extendía también al mundo mortal. La única manera de que cualquiera de los dos mundos sobreviviera era si yo vivía... al menos el tiempo suficiente para que Nyktos extrajese las brasas. Pero si Kolis se daba cuenta de quién era yo...

Entonces, todo lo que yo podría hacer era evitar una guerra. No era gran cosa. El mundo mortal estaría perdido y, con el tiempo, en algún momento del futuro lejano, lo mismo le pasaría a Iliseum. Pero al menos era algo.

—Nunca te he pedido nada —empecé, y miré a Nyktos a los ojos.

—Me has pedido siete cosas, para ser exactos.

—Vale. Olvida esas cosas. Lo que te estoy pidiendo ahora... no, lo que te voy a suplicar es mucho más importante.

Nykto se puso tenso, el *eather* se avivó con fuerza en sus ojos, como si supiera lo que estaba a punto de decir. Y tal vez así fuera.

—Si Kolis me reconoce como Sotoria, no quiero que intervengas.

—Sera...

—No puedo ser la causa de una guerra que destruirá ciudades y provocará innumerables muertes. Entonces, jamás sería libre. Si eso sucediese, cualquiera que fuese a ser mi vida no me traería ninguna alegría —insistí, la voz temblorosa—. No podría vivir con ello. Sería igual que estar muerta. Sé que las brasas son importantes, pero...

—No son solo las jodidas brasas las que son importantes, Sera. *Tú*. —Aspiró una bocanada de aire brusca mientras yo daba un respingo—. Tú eres importante. Y lo que me estás pidiendo es que dé media vuelta y me vaya, dejándote abandonada no solo a una muerte segura sino también con Kolis. Si Aios te lo ha contado todo, entonces sabes lo que quedarte conllevaría. Y también tienes que saber que sería mucho peor para ti porque no serías su favorita. Serías suya de todas las maneras que cree que tiene derecho a hacerte suya.

Sentí náuseas.

—Lo sé.

Nykto estaba justo delante de mí entonces, los ojos llenos de *eather* giratorio.

—Entonces, tienes que saber que lo que me estás pidiendo es que haga justo lo que dices que tú no puedes hacer, lo que ya *he tenido* que hacer durante toda mi vida: vivir a sabiendas de que he dejado a otros atrás para sufrir y morir de formas inimaginables. Vivir cuando ya estoy muerto por dentro.

Retrocedí.

—No estás muerto por dentro.

—¿De verdad lo crees? —Se rio, y fue una risa gélida. Ahumada—. Aunque no hubiese hecho que me extirparan el *kardia*, jamás habría podido amar. No después de todo lo que he tenido que hacer. Lo que he permitido. Eso ya de por sí me habría hecho indigno de sentir una emoción así. ¿Y esa bondad que ves en mí? Esa parte de mí que crees que se extiende a todas las demás casi ha desaparecido. Dejar que Kolis destruya a otro ser inocente... que te destruya *a ti...* se llevaría lo poco que queda de esa bondad. Me convertiría en algo mucho peor que Kolis.

Nykto teme convertirse en Kolis.

No había creído que eso fuera posible cuando Nektas lo dijo. Todavía no lo creía, pero sabía que eso no importaba si Nyktos lo creía. Si yo exigía que los demás no me dijeran cómo sentirme, entonces no era justo que hiciese una de esas cosas que tanto odiaba.

Lo cual significaba que estábamos en una encrucijada. En un punto muerto. Y solo nos quedaban dos opciones con las que ninguno de los dos era capaz de vivir.

Y a las que lo más probable era que ninguno de los dos mundos sobreviviera.

—Entonces, supongo... —Solté el aire con brusquedad y levanté la vista hacia él—. Supongo que estamos jodidos.

Me miró durante un momento, luego soltó una carcajada repentina, corta y entrecortada.

—Supongo que es una manera de describirlo.

—O quizá los dos tengáis un golpe de suerte y Kolis no te reconozca. —Nektas entró por la puerta de conexión, con Jadis aún despatarrada sobre su hombro y su pecho. Reaver los seguía en su forma de *draken* y planeó hasta el sofá—. Jadis quería veros antes de que os marcharais —explicó Nektas—. Y decidí escuchar detrás de la puerta.

—No me sorprende nada —murmuré.

Al oír mi voz, Jadis levantó sus mejillas arreboladas. Parpadeó con sus soñolientos ojos carmesís y estiró sus dos bracitos en mi dirección mientras Nektas la acercaba a mí. No sabía qué hacer, pero cuando levanté las manos, ella agarró puñados enteros de mi pelo y se inclinó para plantar sus labios sobre mi frente.

Fue el beso más torpe, mojado y *dulce* que había recibido jamás.

—‘nas noches noches —murmuró, al tiempo que se echaba atrás.

—Es su forma de decir adiós —explicó Nektas.

—‘nas noches noches —susurré, la voz extrañamente pastosa mientras desenredaba con cuidado sus dedos de mi pelo.

Sus labios rosados se separaron y se estiraron en una sonrisa preciosa. Entonces se volvió hacia Nyktos y repitió su actuación. Pasó una cosa de lo más extraña cuando el Primigenio se acercó a la pequeña *draken*. Fue como una oleada en los músculos. Se relajaron y luego se tensaron mientras lo observaba agachar la cabeza hacia ella y agarrar sus bracitos con suavidad. El beso mojado contra su frente y la sonrisa de Nyktos en respuesta incitaron a mi corazón a hacer todo tipo de cosas raras.

Me apresuré a apartar la mirada y a tragar saliva ante el repentino nudo que notaba en la garganta. No había habido nada falso en la sonrisa de Nyktos. Todo su rostro se había iluminado. Y por todos los dioses, esa expresión, la suavidad con que había sujetado los brazos de la niña, indicaban que quedaba mucho más vivo en él de lo que él mismo creía.

—Me gustaría ir con vosotros —dijo Nektas en voz baja—. Pero solo Ash y tú podéis responder a la llamada.

Me aclaré la garganta y asentí.

—¿De verdad crees que tendremos suerte?

—No veo por qué no podría estar la suerte de nuestro lado esta vez. —Nektas agarró la parte de atrás de mi cuello con su mano libre—. Volveré a verte.

Le creí.

Solo esperaba que no fuese al principio de una guerra.



Nyktos y yo estábamos de pie en su balcón, bajo el cielo gris claro. No iríamos a caballo. Estaba a punto de experimentar la extrañeza de la sombrambulación otra vez.

—¿Estás lista? —preguntó Nyktos.

Para nada, pero no lo dije. En lugar de eso, eché la cabeza atrás para contemplar el tenue resplandor de las estrellas. Todo ese *dolor* que había guardado en mi interior hacía solo un día parecía insignificante comparado con lo que nos aguardaba.

—¿Sabes? —dije, el corazón acelerado—. He descubierto que prefiero no saber cuándo voy a perder el conocimiento.

—Es comprensible. —Estaba cerca de mí, justo detrás—. Una vez que Ascendas, no perderás el conocimiento ni sentirás ningún dolor con esto. De hecho, serás capaz de hacerlo por ti sola.

Mientras tocaba la suave barandilla, *una vez que Ascendiera* parecía algo harto improbable, más que una posibilidad.

—Antes de que nos vayamos, ¿puedes decirme qué debo esperar? Como... ¿cuáles pueden ser algunas de las exigencias que Kolis podría hacernos? —pregunté.

Se produjeron unos instantes de silencio.

—Las posibilidades son infinitas —empezó, su tono inexpresivo—. Una vez me exigió que le arrancara el corazón a una divinidad que no se había inclinado tan deprisa como los otros cuando pasé por delante.

Las brasas de *eather* vibraron. Cerré los ojos.

—¿Cuántas de las marcas de tu piel se deben a cosas que él te ha exigido hacer?

—Ciento diez —contestó. La bilis atoró mi garganta. Lo había sabido con precisión sin tener que pensar en el número—. He perdido la cuenta de las atrocidades que he visto —continuó después de un momento—. Solía tener que forzarme a mirar si no podía hacer nada. Echo de menos esos días. Porque ahora... ahora no creo que vaya a mover una pestaña siquiera.

Tal vez no tuviese ninguna reacción física al horror, pero estaba segura de que todavía lo afectaba. Se notaba en la textura rasposa de su voz.

—¿Has estado ahí alguna vez cuando se... cuando se cansa de una de sus favoritas?

—Sí.

Tenía el estómago cada vez más revuelto.

—¿Y?

—Y tenía que mirar hacia otro lado hasta que podía intentar sacarlas de ahí. A veces, llegaba demasiado tarde para poder hacer nada.

—Pero has intervenido. —Agarré la barandilla con fuerza y pensé en Saion y en Rhahar y en los Elegidos que había salvado.

—Cuando podía estar seguro de que mi intervención no conllevaría un precio que otros tuvieran que pagar. —Hizo una pausa—. Desearía que no tuvieras que pensar siquiera en eso o estar en esta posición.

Asentí yforcé a mis dedos a aflojarse alrededor de la barandilla.

—Seré capaz de hacer lo que sea necesario.

—¿Porque has matado a petición de tu madre? —Incapaz de hablar, hice un gesto afirmativo seco y abrí los ojos—. Solo recuerda que, pase lo que pase, una parte de ti es buena. Eso no puede quedar mancillado por lo que pueda ocurrir. No eres un monstruo. Y no serás un monstruo cuando volvamos.

Ese maldito nudo aumentó una vez más en mi garganta para sustituir al sabor de la bilis.

—Tal vez no sea un monstruo, pero, como tú, soy capaz de cometer actos monstruosos. Y cuando pienso de verdad en ello, no estoy segura de que haya una diferencia real entre una cosa y otra.

—Entonces, todos nosotros, los buenos y los malos, somos un poco monstruosos —sentenció.

Hice acopio de valor y me giré hacia Nyktos.

—Estoy lista.

Tomó mis manos en las suyas y la corriente de energía danzó hacia arriba por mis brazos. Me encajó contra su pecho y el contacto me provocó una sorprendente oleada de sensaciones por todo el cuerpo que me ordené ignorar.

—Sujétate a mí —me dijo, la voz más ronca.

Respiré hondo y apoyé las manos contra la parte delantera de su túnica. Respiré su aroma cítrico. Su aliento frío rozó mi mejilla.

—Un poco más fuerte que eso, Sera.

—No recuerdo que me dijeras que me agarrara más fuerte las otras veces.

—Antes te agarrabas a mí como si tu vida dependiera de ello —comentó.

—No recuerdo haber hecho eso —musité.

Nyktos se rio y pasó un brazo alrededor de mi cintura. Agachó la cabeza y su aliento rozó la curva de mi cuello, provocándome un escalofrío indeseado.

El aire se cargó de electricidad y el cuerpo de Nyktos vibró contra el mío, lleno de poder. La neblina blanca que había visto en el Gran Salón de Wayfair no procedía del suelo esta vez. Procedía del propio Nyktos, densa y pesada. Giró a nuestro alrededor, entreverada de sombras oscuras. Mi pecho se comprimió cuando la neblina giratoria llegó a mis caderas. Me bloqueé.

—Respira conmigo —dijo Nyktos. Deslizó la mano por el centro de mi espalda mientras su pecho se hinchaba contra el mío. Contuvo el aire mientras contaba hasta cuatro y luego lo soltó. Imité su siguiente respiración. La neblina rozaba ya mis hombros—. Respira.

Los labios de Nyktos tocaron el mismo punto que había besado Jadis justo cuando la neblina nos engulló. Las Tierras Umbrías quedaron atrás y la neblina me arrastró con ella.

Y me agarré con fuerza.



Parpadeé.

Eso fue todo lo que sentí esta vez.

Simplemente parpadeé y, cuando abrí los ojos, estábamos de pie bajo una centelleante cubierta de hojas doradas. Las ramas por encima de nuestras cabezas estaban tan cargadas de ellas que el resplandor que se proyectaba

sobre nosotros no procedía de los parches de cielo azul sino del sol que se reflejaba sobre las hojas. Jamás había visto nada igual.

Unos dedos fríos tocaron mi mejilla y oí el suave trino de unos pájaros llamándose los unos a los otros, un sonido que no había oído desde mi llegada a las Tierras Umbrías. Nyktos atrajo mi atención hacia sus grandes ojos de *eather* giratorio.

—¿Sera? —susurró.

—¿Sí?

Se quedó callado mientras me miraba desde lo alto y empecé a preocuparme.

—Apenas te quedaste inconsciente.

No me había dado cuenta de que me hubiese quedado inconsciente en absoluto.

—¿Eso es malo?

Su mandíbula se apretó.

—Tenemos que sacarte esas brasas de dentro —dijo, todavía en un susurro—. Pronto.

Mi corazón se tropezó consigo mismo mientras daba un paso atrás y miraba a mi alrededor. Los troncos del pequeño bosquecillo en el que estábamos centelleaban con motas doradas.

—Son preciosos.

Nyktos retiró la mano.

—Se llaman árboles de Aios.

Le lancé una mirada de sorpresa.

—Supongo que el nombre no es una coincidencia.

Esbozó una sonrisa irónica mientras los miraba.

—No. Aios los hizo crecer con su mero contacto.

—¿Puede hacer eso? —pregunté, boquiabierta.

—Puede crear muchas cosas preciosas cuando quiere —confirmó, y me pregunté si Aios habría hecho crecer estos árboles después de haber huido de Dalos—. Estamos en las mismísimas puertas de Dalos. Cuando salgamos de la protección de estos árboles, debemos tener mucho cuidado. —Asentí—. No dejes que nadie te aleje de mí —continuó—. Y no confíes en nadie.

—No pensaba hacerlo.

—Bien —dijo—. Ya sabrán que hemos llegado. Se habrá sentido.

Mi corazón martilleó contra mis costillas.

—Estoy lista —le dije, aunque no estaba segura de si era mentira o no. Fuera como fuere, echamos a andar entre los centelleantes árboles y, por

extraño que pudiera parecer, nuestros pasos no hacían ningún ruido.

Me tomé el tiempo de concentrarme en asegurarme de que mis emociones estuvieran guardadas bajo llave y que mi corazón y mi cabeza estuvieran en calma. Inspiré la brisa templada que me recordaba a mi casa, contuve la respiración mientras contaba hasta cuatro, luego solté el aire. Lo hice cuando llegamos al límite de los árboles y el Adarve alrededor de la ciudad de Dalos surgió ante nosotros. La muralla era tan alta como la que rodeaba la Casa de Haides y Lethe, pero construida en mármol pulido que centelleaba con pedazos de piedra que lanzaban destellos. Diamantes.

Elegante.

Sin embargo, lo que llamó mi atención fue la densa niebla por encima del Adarve, un velo muy parecido al que había visto en el Valle y que ocultaba todo lo que había al otro lado.

La cálida luz del sol apretaba desde lo alto, pero cuando miré al cielo no vi sol alguno, igual que en el Valle. Nyktos estaba callado cuando mis ojos se posaron en la puerta del Adarve, que estaba abierta para nosotros. Había una docena de guardias a los lados de la puerta, y me recordaron de inmediato a la estatua de Kolis en el Gran Salón de Wayfair.

Sobre unas túnicas blancas que les llegaban hasta las rodillas, llevaban corazas doradas, con el mismo símbolo grabado que había aparecido en la palma de la mano de Nyktos. Unas grebas cubrían la mitad inferior de sus piernas. Llevaban espadas de hoja dorada envainadas a la cintura, e iban con la cabeza descubierta, aunque una especie de espesa pintura dorada adornaba sus caras. Una pintura con forma de alas.

Me recordaban a algo, pero no logré ubicarlo. Justo entonces, una sombra cayó sobre nosotros y miré hacia atrás a toda velocidad. Se me quedó el aire atascado en la garganta al ver unas enormes estatuas de hombres talladas en mármol rosa. Se alzaban por detrás y por encima de los árboles de Aios, de pie, con los brazos a los lados, en una fila que se extendía al este y al oeste hasta donde alcanzaba mi vista. Eran más altas que cualquier edificio de Lasania, incluso los templos, y proyectaban una sombra impresionante sobre nosotros mientras los guardias a las puertas del Adarve se arrodillaban.

Pasamos por su lado en silencio para entrar en la Ciudad de los Dioses. Entonces vi lo que ocultaban el Adarve y la niebla. Sabía que tenía cara de boba mientras contemplaba Dalos, asombrada por el tamaño de la ciudad. Era muchísimo más grande que Carsodonia, la capital de Lasania.

Árboles similares a los del Valle bordeaban la carretera centelleante de diamantes triturados, sus largas ramas colgantes caían como una cubierta de

flores blancas que oscilaban con suavidad bajo la brisa. Mis ojos siguieron la carretera hasta una inmensa estructura detrás de una rutilante muralla más baja que la del Adarve, no demasiado lejos de la entrada. Sus cuatro torres escalonadas se alzaban desde el centro de la cúpula y parecían absorber los rayos del sol. Pude ver las puntas marfileñas y doradas de las carpas que se extendían justo al otro lado del Adarve interior. A pesar del calor, se me quedó la piel helada. El instinto me decía que ahí era donde esperaba él, el verdadero Primigenio de la Muerte, en la enorme fortaleza de diamantes y cristal.

Aparté la vista de la fortaleza y contemplé la centelleante ciudad. Edificios grandes y pequeños salpicaban innumerables colinas y valles hasta donde alcanzaba la vista, algunos planos y cuadrados y otros redondos con espectaculares columnatas, sus paredes brillantes por los diamantes. Por toda la ciudad, se alzaban torres cristalinas en elegantes arcos espirales que desaparecían entre las ralas nubes blancas. Daba la impresión de que las enredaderas crecían sobre muchos de los edificios y trepaban por sus afiladas torres.

—Es preciosa.

—Desde la distancia, sí.

Una oleada de inquietud me recorrió de arriba abajo. Miré de reojo a Nyktos mientras me conducía por el centro de la estrecha calle, el único sonido era el del susurro del viento y la brisa que jugaba con las elegantes ramas arqueadas de los árboles. Fruncí los labios al mirar a mi alrededor y no ver a nadie... al no oír a nadie. Aquí dentro ni siquiera se oía a los pájaros piar entre los árboles de Aios. Se me puso la carne de gallina a cada paso que nos acercaba más a la fortaleza.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté en voz baja.

—¿Sabes cómo llama mucha gente a Dalos ahora? —comentó Nyktos, atento a todo y sin dejar de escudriñar los árboles—. La Ciudad de los Muertos. —Eso no auguraba nada bueno—. Los que todavía viven aquí es probable que estén en la corte. —Hizo un gesto con la barbilla en dirección a la fortaleza—. Que se celebra en los terrenos del palacio de Cor.

Se me empezó a secar la boca cuando nos acercamos a las columnas del Adarve interior. En esta puerta no había guardias, pero había un olor extraño en el ambiente... un olor dulzón mezclado con algo metálico. La agitación aumentó y las brasas en mi pecho vibraron con un ritmo entrecortado cuando pasamos entre las columnas y entramos en el patio de Cor. Nyktos maldijo en voz baja cuando nuestros pasos se ralentizaron y mis ojos se posaron en...

Me detuve en seco, atenazada por el horror. No era el viento lo que había oído. Por todos los dioses, eran *gemidos*. El sonido provenía de los árboles del interior del patio, de las centelleantes molduras de la fortaleza y de las ondulantes telas blancas que no eran carpas sino velos, vestidos desgarrados y túnicas que ondeaban al viento.

Nada, absolutamente nada, hubiese podido prepararme para esto. Mis ojos saltaron del cuerpo desnudo colgado sobre las puertas doradas de Cor, salpicado de manchas secas color carmesí, a las formas inertes que se mecían detrás de las flores blancas de los sauces. La bilis me asfixiaba. Mi corazón aporreaba en mi pecho y mi garganta se comprimió y agarrotó al oír el sonido... los *gemidos*... que reverberaban entre las ramas y desde los espacios entre los pilares de la columnata, donde habían clavado manos y pies a la piedra.

Me dio la sensación de oír a Nyktos susurrar mi nombre, pero no estaba segura porque los gemidos eran un coro mucho más brutal que el de las sirenas. No podía ni contar cuántos cuerpos había... de tantos que había. Mi boca se movió sin hacer ni un ruido, y las brasas...

Un nuevo horror se cernió sobre mí cuando las brasas empezaron a vibrar frenéticas en mi pecho en respuesta no solo a la muerte sino también a los moribundos. Intenté apartar la mirada, con la agónica esperanza de que eso las apaciguara, pero no podía mirar a ninguna parte. Los cuerpos colgaban de árboles y balcones, como carillones. Mi piel se calentó y empezó a vibrar, y sentí cómo mi escaso control de las brasas se me iba escapando. La periferia de mi visión empezó a ponerse blanca y mis piernas se movieron sin habérselo pedido. Me llevaron hacia la columnata, donde los ojos azules de un hombre gritaban lo que su boca suturada no podía.

Suplicaba vivir.

O morir.

Cualquier cosa menos ese sufrimiento.

Mi brazo empezó a levantarse. No pude impedirlo. El poder de las brasas era demasiado fuerte, la conmoción de lo que estaba viendo era demasiado para mí. La grieta en mi interior empezó a hacerse añicos a medida que el poder emanaba de mí y se extendía.

Las brasas, la fuente de vida, crecieron en mi interior, en el corazón de Dalos, y no había nada que yo pudiera hacer para impedirlo.

Capítulo 34



Nyktos me hizo girar hacia él y tiró de mí contra su pecho. Apenas noté la corriente de energía que pasó de su cuerpo al mío cuando sus manos se cerraron sobre mis mejillas.

—No tenía idea de que sería así. Te habría advertido. Lo juro —me dijo—. Respira hondo, Sera. Solo respira conmigo.

Mis ojos, abiertos como platos por el pánico, volaron hacia los suyos mientras las brasas presionaban contra mi piel e irradiaban *eather* hacia mis venas.

—No puedo pararas —susurré, el pecho agitado. La comprensión se avivó en sus ojos—. Tienes que pararme tú, porque yo no...

La boca de Nyktos se cerró sobre la mía y me quedé estupefacta. Solté una exclamación y él aprovechó a fondo la apertura para profundizar en su beso. La presión de sus labios, el inesperado roce de su lengua sobre la mía y el sabor mentolado de su boca fueron como el fogonazo de un relámpago para mis sentidos. Desperdigaron la nube de pánico y luego todos mis pensamientos. No sabía que un beso pudiese tener semejante poder, pero Nyktos... el suyo lo tenía. Deslizó la mano por mi mejilla y entre mi pelo, acunó la parte de atrás de mi cabeza mientras su beso se intensificaba.

Sus labios se movían sobre los míos, duros y salvajes mientras trazas de medianoche y humo emanaban de él en espesas volutas ascendentes. Subieron por nuestras piernas y se enroscaron a la altura de mis riñones. Su piel gélida fue otro *shock* que me recordó a la noche en mis aposentos cuando él había observado y luego había tocado.

Me aferré a la pechera de su camisa, los bordes del brocado me hicieron cosquillas en las manos mientras el palpitir en mi pecho se intensificaba. Una luz plateada chisporroteaba en mis dedos, pero la extinguían sus sombras.

Nyktos estaba reprimiendo la acción de las brasas, no de un modo que yo hubiese previsto, pero de la misma manera que yo lo había distraído a él después de que Attes saliera de su oficina. Había estado a punto de suplicarle que empleara la coacción y él debía de haberlo percibido. En lugar de eso, me había besado.

Y *seguía* besándome.

Estábamos en medio del patio rodeados de muertos y moribundos, pero no podíamos haber estado más lejos de ahí mientras su boca y su lengua recorrían las mías. Me relajé contra él y me estremecí cuando sus colmillos me dieron un mordisquito en el labio de abajo, que me hizo tan solo un pelín de sangre que él lamió de inmediato.

No dejó de besarme, no hasta que el poder que invadía mi sangre se retiró y las brasas se apaciguaron, todavía vibrantes pero manejables.

Y aun así, siguió succionando mis labios. Su boca danzó sobre la mía hasta que un tipo de calor distinto arreboló mi piel, provocado no por el horror del patio sino por cómo respondía a él. Daba igual dónde estuviéramos. Daba igual lo que le había visto hacer. Daba igual lo insensato que fuera esto.

Una garganta se aclaró.

Me puse tensa.

Los labios de Nyktos ralentizaron sobre los míos. Se tomó su tiempo, suavizó los movimientos de su lengua y la presión de su boca. Cuando por fin levantó la cabeza y yo abrí los ojos, las sombras de *eather* que él había invocado habían desaparecido ya.

Sus ojos conectaron con los míos y me sostuvieron la mirada. Había una pregunta en ellos. ¿Había recuperado el control? Eso creía, ahora que sabía lo que nos rodeaba. Le hice un leve gesto afirmativo.

—Tan fuerte. Tan valiente —murmuró Nyktos, al tiempo que desenredaba los dedos de mi pelo. Pasó la palma de la mano por mi mejilla, antes de hablar en voz más alta—. ¿Hay alguna razón para que nos estés interrumpiendo, Attes?

Gracias a los dioses era Attes y no otra persona, pero ese alivio fue breve. Era probable que Attes sospechara que yo no era como Nyktos me había presentado, y ninguno de nosotros sabía lo que haría con esa información.

Recurrí a la valentía de la que había hablado Nyktos y me giré hacia atrás para ver que el Primigenio no estaba solo. Había un varón de pelo oscuro a su

lado, alas doradas pintadas en la cara.

Parpadeé cuando esa máscara pintada removió recuerdos a los que no lograba echar mano del todo. El rictus de los labios del hombre no tenía nada que ver con la sonrisa de diversión en los de Attes, pero no aparté la mirada de ellos; no me permití mirar a ningún otro sitio, porque sabía lo que encontraría.

—Yo no he sido el que os ha interrumpido —lo contradijo Attes, los brazos cruzados delante del pecho sin armadura. Hizo un gesto con la barbilla en dirección a su acompañante—. Ha sido Dyses. Yo estaba disfrutando del espectáculo.

La chispa de energía que brotó de Nyktos fue tan fría como cálida era mi mejilla contra la palma de su mano.

—De verdad estás destinado y decidido a perder esos ojos tuyos, ¿no?

Observé cómo el Primigenio de la Concordia y la Guerra arqueaba una ceja rubia oscura mientras Dyses daba un paso al frente y hacía una reverencia. Sus pálidos ojos azules me miraron de arriba abajo al erguirse. El dios levantó la barbilla.

—En estos momentos, su majestad está reunido con su corte y aún no está preparado para recibirnos —anunció Dyses. Su voz tenía un acento marcado que me recordaba al de los lores de las islas Vodina—. Hay otras personas en el atrio. Os acompañaré a vos y a... —se aclaró la garganta— y a vuestra querida hasta ahí.

Parpadeé una vez, luego otra.

Attes bajó la barbilla y se pasó una mano por la boca, pero fracasó en su intento por disimular su sonrisa cada vez más amplia.

—¿Y cuánto tiempo va a estar ocupado su majestad? —preguntó Nyktos, tras dejar caer su mano de mi mejilla y moverse para colocarse a mi lado.

—Se reunirá con vosotros cuando esté listo —repuso Dyses, y sus ojos pálidos saltaron hacia mí.

—Estoy seguro de que lo hará. —Nyktos prácticamente ronroneó las palabras, y la frustración arañó mi piel—. Y no es mi querida. Es mi consorte.

—Solo si su majestad le concede ese título —lo corrigió Dyses, que enroscó el labio al mirarme—. Hasta entonces, debería ser consciente de que está en presencia de sus superiores e inclinarse ante nosotros.

Me puse rígida al percatarme de que debería haber hecho eso mismo en cuanto posé los ojos en Attes. Aunque me daba la sensación de que Dyses estaba más ofendido por que no le hubiese mostrado respeto *a él*. Me tragué

mi enfado y para demostrar que tenía, en efecto, sentido común, empecé a hacer una reverencia.

—No lo hagas —dijo Nyktos en voz baja, y me detuvo con una mano sobre el brazo. Sus ojos se cruzaron un momento con los míos, luego se volvió hacia Dyses—. Mi futura consorte se inclinará cuando esté en presencia de quienes sean merecedores de respeto. —Su sonrisa perezosa disparó todas las alarmas—. Pero hasta entonces...

Nyktos sombrambuló para aparecer detrás de Dyses en un abrir y cerrar de ojos. No hubo previo aviso. El pecho de Dyses simplemente explotó en un chorro de brillante sangre azul rojiza.

Me eché atrás por instinto, mi mano voló hacia mi muslo, donde llevaba amarrada la daga, pero entonces vi la mano de Nyktos.

Por todos los dioses... Nyktos había atravesado la espalda del dios con su mano... a través de huesos y tejidos.

Nyktos sacó la mano de un tirón y estaba... estaba sujetando un pedazo de carne azul rojizo en la palma. Dyses bajó la vista a su pecho, con la boca abierta.

—Tú te inclinarás ante ella. —Los dedos de Nyktos se cerraron alrededor del corazón y lo destruyeron en un estallido de *eather* plateado.

—Joder —boqueó Dyses, antes de caer de rodillas.

Luego de bruces.

Contemplé al agujero irregular y sanguinolento en el centro de la túnica blanca de Dyses. Luego levanté la vista despacio hacia Nyktos.

—Vaya —murmuró Attes alargando la palabra—. Eso va a cabrear a su majestad. O a divertirlo.

—Más bien lo segundo. —Nyktos se arrodilló y utilizó la túnica del dios para limpiar la sangre y los restos de su mano. Levantó los ojos hacia mí—. No me gustó su tono.

—A mí tampoco —convine con voz ronca, cuando por fin encontré mi voz—. Pero eso ha sido, quizás, un poco excesivo.

No había nada discernible en las duras y atractivas líneas de la cara de Nyktos.

—Estaba poniendo a prueba exactamente qué permitiría cuando de ti se trata. —Se puso de pie—. Fracasó y los demás lo sabrán pronto.

—Me da la sensación de que va a haber muchos dioses muertos y sin corazón para el final del día —comentó Attes, al tiempo que me miraba de reojo. La sonrisa volvió a su rostro—. Su sangre hará juego con tu precioso vestido.

—Lo mismo que hará la tuya como sigas mirándola de ese modo —le advirtió Nyktos, mientras pasaba por encima del dios caído—. Supongo que esperabas nuestra llegada.

Attes no pareció afectado por la amenaza.

—Así es. Esperaba que llegaras pronto, puesto que eres, de lejos, mejor compañía.

—Eso no tiene mucho mérito. —Nyktos cerró la mano que no había estado dentro de otro dios en torno a la mía—. ¿Había alguna razón?

Bajé la vista mientras Nyktos me conducía alrededor del fallecido Dyses, pero vacilé un instante al mirar la mano del dios.

—¿Sera? —Nyktos se giró hacia mí—. Alguien recogerá sus restos.

—No es eso —dije. Habría jurado que vi moverse la mano de Dyses. Pero eso era imposible. Los dioses, a diferencia de los Primigenios, no podían sobrevivir sin corazón. Sin embargo, tampoco había notado que las brasas respondieran a la muerte del dios. Consciente de que no podía compartir esa información en ese momento, sacudí la cabeza y fruncí el ceño—. No es nada.

—No parece del todo normal, ¿verdad? —comentó Attes. Eso llamó mi atención y vi cómo levantaba la vista del dios hacia Nyktos—. Dyses siempre transmitió una sensación... extraña.

—Sí —murmuró Nyktos, y las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo—. Pero ninguno de los sirvientes de Kolis ha parecido normal, ¿no crees? Desde hace mucho tiempo. —Continuó mirando al dios, la cabeza ladeada—. No percibo ninguna... alma.

La cabeza de Attes voló de pronto hacia el dios caído.

—Eso es imposible.

—Tampoco veo ninguna. —Nyktos me alejó más del dios caído. Miró al otro Primigenio—. O su alma no ha abandonado su cuerpo todavía, o bien no tiene alma. Yo lo sabría.

—Sí, lo sabrías. —Attes le dio un empujoncito a la pierna del dios. No hubo reacción alguna—. Intrigante. —Levantó la cabeza, sus ojos plateados inexpresivos—. Deberíamos ponernos en marcha.

Echamos a andar, pero volví a mirar a Dyses. El dios estaba muerto, pero ¿de verdad podría... no haber tenido alma? Tragué saliva y recordé lo que había dicho Gemma de que algunos de los Elegidos habían desaparecido, solo para regresar convertidos en algo que nunca antes había visto.

Inquieta, miré al frente mientras Attes nos conducía a nuestro destino. Tuve cuidado de no caminar por debajo del cuerpo que habían dejado para que se pudriera en lo alto. Me estremecí y procuré concentrarme en la

sensación de la mano fría de Nyktos y los ásperos callos de la palma. Había algo tranquilizador en su contacto, algo en lo que no quería profundizar demasiado, mientras caminábamos por un sendero de diamante y granito.

—Veo que su majestad ha estado *reddecorando* un poco —comentó Nyktos cuando entramos en otro patio que me daba demasiado miedo mirar.

—Eso parece, sí. —Un músculo se apretó en la mandíbula de Attes, una reacción pequeña que parecía decir un millón de cosas—. No estoy seguro de qué selló su destino, pero creo que algunos eran Elegidos entregados en un Rito reciente.

El aire que inspiré abrasó mis pulmones y cerré los ojos un instante.

Nyktos me apretó la mano, aunque no dijo nada. Attes nos condujo ahora por un tramo de sendero con una densa cubierta de flores. El dulce aroma floral y la pálida belleza rosada y morada de las flores era un contraste absoluto con lo que acababa de ver.

—¿A ti también te han citado aquí? —preguntó Nyktos, mientras pasábamos por delante de las suaves paredes de arenisca de varios bungalós.

—A Kyn. —Attes miró de reojo a Nyktos—. Así que decidí venir con él.

Los dos Primigenios intercambiaron una mirada significativa antes de que Attes devolviera su atención al serpenteante sendero.

—Hanan también está aquí. Lo que no sé es si lo han convocado o no.

La inquietud aumentó aún más, pero Nyktos se limitó a sonreír.

—¿Y cómo es que te has decidido a venir?

Attes siguió caminando por delante de uno de los bungalós.

—Esperaba ver a Sera.

Nyktos giró la cabeza despacio hacia el otro Primigenio y el *eather* crepitó en el aire alrededor de sus ojos. Suspiré.

—Creo que encuentras algún tipo de placer perverso en irritar a Nyktos.

—Tengo muchos placeres perversos —reconoció Attes—, pero quería asegurarme de que recordaras lo que te dije cuando nos conocimos. —Sus pasos se ralentizaron—. Que aunque yo encuentre tu atrevimiento refrescante, incluso atractivo —dijo, y sus fríos ojos plateados se cruzaron con los míos—, otros no pensarán lo mismo. En especial todos los que están aquí, en el palacio de Cor.



En los recovecos y salitas en sombra que bordeaban los pasillos decorados en oro que conducían al atrio, vi *individuos*, vestidos solo en parte o desnudos del todo, participando en todo tipo de actos sexuales imaginables, y algunos que no me había ni planteado, tanto solos como en grupos. No miré con la atención suficiente como para saber si eran todos dioses o no, porque... santo cielo, estaban pasando muchas cosas por todas partes, si los gemidos y las exclamaciones que resonaban a nuestro alrededor podían servir de indicación.

Ni Nyktos ni Attes parecían molestos en absoluto; de hecho, no parecían darse ni cuenta de los fogonazos de piernas y brazos desnudos y piel reluciente bajo los techos bañados en oro. Me pregunté cuán común sería aquello, exactamente.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Nyktos, mientras yo hacía esfuerzos por mantener la vista alejada de las columnas chapadas en oro que bordeaban las entradas de las salitas laterales y por fijarla en las cortinas doradas con brocado al fondo del pasillo.

—Hace solo unas horas —contestó Attes, los ojos un poco guiñados—. Es probable que no te sorprenda saberlo, pero Kyn ya está borracho como una cuba.

Nyktos sonrió.

—No me sorprende lo más mínimo.

—¿Hay alguien más aquí? —pregunté. No dije el nombre de la Primigenia, pero sentí los ojos de Nyktos sobre mí.

—Ningún otro Primigenio que yo sepa. Mi mera presencia compensa con creces su ausencia. —Me lanzó una rápida sonrisa juguetona.

Puse los ojos en blanco, aliviada de saber que Veses no estaba por ahí, pero preocupada por que Nyktos pudiera arrancarle a Attes al menos un pedazo o un órgano vital antes de que terminásemos nuestros asuntos ahí.

Las brasas vibraron con suavidad cuando las cortinas doradas se abrieron delante de nosotros. Mi corazón rebotó en todas direcciones dentro de mi pecho. El espacio al otro lado era una gran sala circular, pero no una a la que llamaría necesariamente un atrio. Mullidos sofás y canapés descansaban al pie de gruesas franjas de tela que parecían cubrir las ventanas alineadas por las paredes, y el techo en lo alto parecía haber sido pintado de... oro.

Mi mirada voló de inmediato hacia el otro lado de la sala, al estrado elevado rodeado de columnas entre dos arcos cerrados. Unas cortinas doradas estaban recogidas y atadas a las columnas para revelar un trono ribeteado en lo que parecían ser diamantes y... más oro.

Empezaba a ver un tema común, uno bastante hortera, en el palacio de Cor, mientras caminábamos por el suelo de mármol con vetas doradas en todas direcciones.

Vi que el atrio no estaba vacío. Un hombre alto de pelo moreno estaba de pie a la derecha del estrado. Nos daba la espalda y hablaba con alguien a quien no podía ver. Iba vestido como Attes y Nyktos: pantalones de cuero oscuros y una túnica sin mangas. Un brazalete de plata adornaba la parte superior de su bíceps. Tenía una copa en la mano, medio llena de líquido de un tono ámbar oscuro.

—Hanan —me informó Nyktos en voz baja, al tiempo que agachaba la cabeza hacia la mía.

Me daba la impresión de tener el estómago lleno de serpientes, pero hice un escueto gesto afirmativo. Había otros en el atrio, repartidos a intervalos regulares. Se parecían a los guardias que habíamos visto antes: armadura completa y las caras pintadas de dorado.

Nyktos me guio hasta un sofá a la izquierda, lo más lejos posible de los guardias. Se sentó y tiró de mí hacia el espacio entre sus piernas. Me puse rígida durante medio segundo, antes de recordar por qué me había colocado así. Me relajé contra su pecho y mantuve una expresión neutra. Attes arqueó una ceja.

—Debo ir a buscar a mi hermano —dijo, con una mirada en dirección al pasillo muy... activo por el que habíamos pasado—. Antes de que se meta en algún tipo de lío que es muy probable que me resulte desagradable.

—¿Attes? —Nyktos detuvo al otro Primigenio mientras pasaba un brazo por mi cintura—. ¿Por qué mataste a los guardias de Kyn? —preguntó, con cuidado de hablar en voz baja.

Los hombros de Attes se pusieron rígidos y recordé que habían hablado de los guardias de Kyn cuando Attes había venido a decirnos que habría que retrasar la coronación.

—Estaban llevando a sus campamentos a jóvenes varios años antes de entrar en su Sacrificio —dijo, y un retumbar de desaprobación brotó de Nyktos y reverberó contra mi espalda—. No era para mantenerlos a salvo, así que los destripé y luego acabé con ellos.

A continuación, el Primigenio hizo una reverencia antes de pivotar sobre el talón. Lo observé hasta que salió del atrio y las cortinas se asentaron de nuevo en su sitio a su espalda.

—¿No esperabas esa respuesta? —pregunté.

—No la habría esperado hace unos meses —musitó, y estiró una pierna mientras yo mantenía las dos mías remetidas entre las suyas.

Giré la cabeza hacia la suya y hablé en voz tan baja como él.

—¿Te ha dado la impresión de que Attes se estaba... preocupando por mí?

Asintió, la vista pendiente del atrio entero. El *eather* había amainado en sus ojos, pero su mirada permanecía alerta.

—Lo hacía... lo hace.

—Bueno, pues a lo mejor puedes dejar de amenazar con arrancarle los ojos, ¿no crees? —sugerí—. Podría ser un... *amigo*.

—Entonces, debería dejar de mirarte como si quisiese saborearte.

Mis cejas salieron disparadas hacia arriba.

—En primer lugar, no me estaba mirando así.

—Es la única forma en que te mira.

—E incluso si lo hiciera, no tienes ningún derecho a estar celoso —le recordé.

—Cierto, pero eso no cambia el hecho de que lo estoy y de que Attes inevitablemente se encontrará teniendo que regenerar sus ojos. —Giró la cabeza hacia nuestra izquierda.

Se abrió una puerta cercana al estrado y por ella salió una mujer cargada con una bandeja de copas. Llevaba el pelo de apretados rizos recogido hacia atrás y la máscara pintada en su cara rielaba contra el frío tono negro de su cutis. Mis ojos se posaron en la larga prenda que cubría su cuerpo entero: un peplo suelto hecho de un material casi transparente. Además, llevaba multitud de brazaletes dorados sobre sus delgados brazos, desde las muñecas hasta los codos.

—¿Todo el mundo tiene que llevar oro aquí? —pregunté mientras la mujer se acercaba a nosotros. Nyktos se rio con desdén.

—Su majestad tiene predilección por el color... por el simbolismo.

La mujer se detuvo delante de nosotros y mantuvo la bandeja bien equilibrada al mismo tiempo que hacía una profunda reverencia.

—¿Os gustaría beber algo, altezas?

Levanté la vista hacia ella. Los ojos de la mujer eran de color marrón oscuro y no había ni rastro de un aura detrás de las pupilas. ¿Podría ser una divinidad que no había Ascendido? ¿O una mortal? Una Elegida. Se me comprimió el pecho, pero miré las copas. Me fijé en una con un oscuro líquido amoratado en el interior. Curiosa, alargué la mano hacia ella.

—Esa sería una elección poco aconsejable —murmuró Nyktos. Estiró el brazo a mi alrededor para agarrar una copa aflautada con líquido ámbar de la bandeja. Me la pasó y luego agarró otra—. Gracias —le dijo a la mujer.

Una expresión de sorpresa cruzó el rostro de la mujer, aunque se esfumó al instante cuando agachó la cabeza e hizo otra reverencia. Se levantó y dio media vuelta para dirigirse hacia donde estaba Hanan, que todavía no se había fijado en nosotros.

Lo cual me parecía perfecto.

—¿Qué había en la otra copa?

—Vino *radek*, hecho con uvas de Kithreia —explicó, y bebió un sorbo.

—Esa es... la corte de Maia, ¿no?

—Exacto. El vino es un afrodisíaco bastante potente.

—Oh. —Eché un vistazo rápido a Nyktos y luego miré otra vez hacia donde la mujer le ofrecía ahora la bandeja a Hanan—. ¿Cuán potente es, exactamente?

—Nunca lo he tomado, pero he oído que hace que uno desee tener sexo durante tres días enteros.

Con los ojos como platos, bebí un trago de lo que resultó ser whisky.

—Cuesta un poco imaginar cómo alguien tendría el aguante para eso.

—Yo lo tendría —murmuró, los iris brillantes detrás de sus ojos medio abiertos. Lo miré pasmada.

—Apuesto a que sí.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba. Aparté la mirada y bebí unos sorbitos lentos de whisky mientras contemplaba las vetas del mármol, siguiendo las líneas y curvas hasta el centro del atrio. Guiñé los ojos, bajé el vaso y me incliné hacia atrás un par de centímetros o así. El brazo de Nyktos se apretó mientras yo seguía esas líneas del suelo una vez más. No eran marcas naturales, sino el dibujo de un...

Un lobo.

Un lobo grande que gruñía acechante.

Nyktos ladeó la cabeza hacia la mía.

—¿Sentiste algo ahí fuera? ¿Con Dyses?

Parpadeé un par de veces antes de apartar la vista del suelo.

—Yo... no sentí *nada*.

Nyktos asintió, apretó la mandíbula. Señal de que entendía lo que no estaba diciendo.

—¿Es cosa mía o hay un dibujo en el suelo?

—No es cosa tuya —confirmó—. Es decir, si ves un lobo.

—Justo. Me recuerda al emblema en las puertas de tu salón del trono.

—Debería, porque es casi idéntico. Es el emblema de la estirpe de mi padre. Tanto de la suya como de la de Kolis. —Hizo una pausa—. Y de la mía.

El whisky ahumado quemó mi garganta. Tuve ganas de preguntarle cómo se sentía por compartir el mismo emblema que su tío, pero sabía que este no era el lugar para eso. Mis ojos volvieron al lobo y pensé en el lobo *kiyō* al que había devuelto a la vida... lo feroz y valiente que había sido, incluso al borde de la muerte.

—¿Por qué lleváis un lobo como emblema?

—Mi familia siempre ha sido... partidaria de los lobos —explicó después de un momento—. Mi padre me contó una vez que no había otra criatura más leal o protectora que un lobo. O más espiritual. Los veía como se veía a sí mismo. Como un guardián.

—¿Tú también te ves así? —murmuré. Su pecho se hinchó contra mi espalda, pero no contestó. Así que lo hice yo—: Deberías.

Su mano se apretó sobre mi cadera al tiempo que su barbilla rozaba el lado de mi cabeza.

—¿Eso crees? ¿Incluso ahora? ¿Después de todo lo ocurrido?

Sabía a qué se refería. A Veses.

—Incluso ahora —admití—. Que seas un completo imbécil no cambia eso.

Nyktos no dijo nada.

Bebí otro trago y contemplé el rostro estoico y pintado de un guardia. Esos tenues recuerdos se removieron de nuevo.

—Hay algo en esas máscaras —dije, después de haberme aclarado la garganta—. Pero no logro ubicarlo.

—Son otro símbolo que antaño pertenecía a mi padre —dijo Nyktos después de un momento, y sus dedos empezaron a moverse distraídos por mi cadera—. Los halcones representan la inteligencia, la fuerza y el coraje. Un recordatorio de que debemos tener cuidado, pero también ser valientes. —Su susurro rozó mi sien—. Las alas son las de un halcón, pero cuando mi padre reinaba, siempre eran plateadas.

Me puse tensa.

—¿Plateadas? ¿Igual que un halcón plateado?

—Igual que el gran halcón plateado —confirmó—. A mi padre siempre le fascinaron esas criaturas. Pensaba que eran... —Nyktos dejó la frase en el aire y su mano se apretó sobre mi cadera—. Te has puesto tensa. ¿Qué pasa?

—No lo sé. —Giré la cabeza hacia él y solté una exclamación ahogada cuando mis labios rozaron los suyos. Mi mano temblaba sobre el vaso mientras tragaba—. No hago más que ver halcones plateados. Como la noche del Bosque Moribundo. Entonces vi uno.

—Eso es imposible. —Los dedos de Nyktos empezaron a moverse de nuevo, dibujando círculos lentos por mi cadera y mi cintura—. Tuviste suerte de ver a uno en el Bosque Rojo, pero ni siquiera un halcón entraría en el Bosque Moribundo.

—Pero sí que lo vi... —Me quedé callada cuando una puerta se abrió detrás del estrado y un varón de hombros anchos entró sin camisa y con el pelo de dos tonalidades como Nektas: carmesí y negro. No necesitaba estar más cerca para ver sus ojos o si su piel parda mostraba las leves ondulaciones de las escamas para saber que ese hombre era un *draken*.

—Davon —me informó Nyktos a toda prisa, tras haber seguido la dirección de mi mirada—. Es un pariente lejano de Nektas.

—Oh.

—No lo bastante lejano, según Nektas.

—Oh —repetí.

Observé cómo el *draken* bajaba del estrado de un salto. Luego pasó su largo pelo por encima de un hombro y nos miró mientras cruzaba el atrio. Entonces sonrió.

Me puse tensa.

—Ignóralo. —Nyktos deslizó el pulgar por mi cadera.

Costaba un poco hacer eso cuando el *draken* no nos quitó el ojo de encima en todo su camino hasta las puertas con cortinas. ¿Cómo demonios podía un pariente de Nektas permanecer en la corte de Kolis después de lo que le había hecho a la mujer de Nektas? Aunque... ¿no había dicho Nektas que algunos de los *drakens* que servían a Kolis se habían visto forzados a hacerlo? Eso los habría corrompido. Fuera como fuere, no hacía falta mucha imaginación para deducir por qué Nektas deseaba que fuese un pariente mucho más lejano.

Un brazo abrió las cortinas justo cuando Davon se acercaba a ellas. Solo pude ver un poco del hombre que esperaba en el pasillo, pues nos daba la espalda. Piel dorada. Pelo rubio hasta los hombros.

—Tenemos que ocuparnos de algo —dijo el hombre. Fruncí el ceño.

—Por supuesto —repuso Davon.

Había algo familiar en esa voz... el suave acento... Estaba casi segura de que la había oído antes.

Nyktos giró la cabeza otra vez y llamó mi atención con un roce de sus labios sobre los míos.

—Viene Hanan.

Todo pensamiento del hombre oculto y el *draken* pasó a segundo plano cuando Nyktos dejó su copa de whisky apenas tocado en la mesita lateral.

Me dio un beso en la comisura de los labios, uno que me provocó un escalofrío de reacciones encontradas antes de que pudiera recordarme que aquello era una actuación. Un espectáculo. Despacio, levantó la boca de la mía.

—Hanan.

—Nyktos —llegó la respuesta grave y hosca.

Con el corazón martilleando a un ritmo entrecortado, giré la cabeza y levanté la vista hacia el Primigenio de la Caza y la Justicia Divina. Parecía tener más o menos la edad de Attes, en su tercera década de vida o así, con afilados rasgos pálidos y angulosos. Apuesto de un modo depredador y artero que me dejaba fría.

—Me estaba preguntando cuándo mostrarías el respeto debido a mi presencia —dijo Nyktos, y oí la sonrisa gélida y ahumada en su voz—. Pero supuse que estabas esperando a que un pequeño ejército de Cimmerianos te acompañase antes de hacerlo.

Por todos los dioses...

Vi cómo se apretaban los labios de Hanan. Todavía no estaba del todo acostumbrada al rápido cambio de actitud cuando había otro Primigenio presente... lo deprisa que Nyktos podía pasar de peligroso a letal.

—Bueno, puesto que mataste a los que envié a tu corte —empezó Hanan —, no debería sorprenderte que no tuviera a ninguno conmigo.

—Sí, aquello fue una pena. —Los dedos de Nyktos continuaban sus pasadas lentas por mi cadera—. Haber desperdiciado tantas vidas Cimmerianas debido a tu descaro y cobardía.

Hanan se puso tenso.

—Esa boca tuya te meterá en problemas un día.

—Creo que ya lo ha hecho, pero aquí estoy.

—Y aquí... —Los ojos de Hanan se posaron en mí—. Está ella.

Una presencia de hielo presionó contra mi espalda. Dejé mi whisky en la mesita auxiliar solo por si acaso necesitaba ambas manos. La sonrisa que se había desplegado en los labios de Hanan me preocupaba, igual que lo hacía el poder frígido que se acumulaba detrás de mí.

—No es lo que esperaba —comentó Hanan.

Nyktos deslizó los dedos por mi cintura hasta la banda del corpiño.

—¿Y qué esperabas?

El Primigenio de la Caza y la Divina Justicia arqueó una ceja.

—Cualquier cosa menos un diamante que inevitablemente se romperá en mil pedazos.

Contuve la respiración, sorprendida por lo que quizá fuese un cumplido real... y una amenaza velada.

—No soy del tipo de diamantes que se rompe con facilidad —dije, antes de poder recordar la advertencia de Attes—. Después de todo, los diamantes no se agrietan.

Hananladeó la cabeza.

—Pero sí se rompen.

—Cuidado, Hanan —le advirtió Nyktos con suavidad, al tiempo que Hanan se arrodillaba a nuestros pies hasta que sus ojos estuvieron a la misma altura que los míos.

El otro Primigenio hizo caso omiso de Nyktos. A cambio, respiró hondo y olisqueó el... el aire, de un modo muy parecido a como lo haría un depredador al ver a su presa.

—No eres más que... ¿qué? ¿Una divinidad? O eso me han dicho. A punto de su Ascensión —comentó, y no podía haber estado más agradecida por su aparente falta de sentidos—. Pero de momento, eres solo una mortal. —Sonrió, lo cual reveló dos afilados colmillos. Las brasas vibraron en mi pecho, amenazaban con liberar una ira violenta—. Y no hay nada más rompible que eso.

—¿Sabes qué más es rompible? —preguntó Nyktos, justo cuando su pulgar daba una pasada por debajo de la curva de mi pecho—. Tus huesos.

Los labios de Hanan se entreabrieron, pero antes de que pudiera responder, resbalaba hacia atrás por el mármol. Abrió los ojos como platos, brillantes de esencia, y tuvo que plantar una mano en el suelo para frenar. Si yo pudiese saborear la ira como hacía Nyktos, supuse que me estaría ahogando en ella.

—Te lo he advertido una vez, solo por diversión —murmuró Nyktos despacio; su tono era suave y en completa oposición con las palabras que decía—. No te avisaré de nuevo. Háblale una sola vez más... mírala... y romperé todos los huesos de tu cuerpo de cobarde y luego te arrastraré al Abismo para enterrarte tan hondo en los fosos que te harán falta mil años para encontrar el camino fuera de ahí. ¿Me has entendido?

Hanan se levantó, la boca enmarcada por arrugas de tensión.

—¿Crees que es sensato amenazarme?

—Lo que creo es que es una jodida insensatez que te *atrevas* siquiera a hablarme después de haber enviado a tus guardias a mi Adarve con exigencias —repuso Nyktos—. Y con acusaciones sin fundamento alguno.

—¿Sin fundamento? —Hanan se rio y unas estelas de *eather* empezaron a azotar a través de sus ojos—. Una diosa de mi corte ha Ascendido a la Primigeneidad dentro de *tu* corte. Lo único que tenías que hacer era entregármela y probablemente habríamos podido evitar lo que seguro va a ocurrir.

—¿Una diosa? —preguntó Nyktos, y eso fue todo lo que dijo.

—Bele.

Mantuve una expresión neutra, aunque mi corazón se aceleró. Odiaba tan solo oír su nombre en boca de ese Primigenio.

—No he visto a Bele desde hace muchas lunas. Tampoco podría saber dónde está, puesto que no es miembro de mi corte. —Nyktos mentía con tal facilidad que casi le creí—. Deberías estar más atento a tus vasallos.

—¿De verdad vas a tomar este derrotero? ¿Vas a fingir que no tienes constancia de que una diosa ha Ascendido en tu corte? ¿O quién fue?

El pulgar de Nyktos se deslizaba adelante y atrás, creando el único calor en el atrio entero.

—¿De verdad estás insinuando que no ha podido ser Kolis el que lo hizo? A lo mejor has perdido su favor y te está tendiendo una trampa. ¿O tal vez no creas que sea capaz de hacer tal cosa? ¿Es eso? —Nyktos se rio—. Entonces, tendría mucho cuidado. Porque no creo que quieras que Kolis descubra que tienes tan poca fe en su... fuerza.

Hanan se quedó blanco como la leche.

—Eso no es lo que estoy diciendo.

—¿No lo es?

—No. Pero creo que sí veremos lo deprisa que esta se rompe —escupió Hanan, y el *eather* se retiró de sus ojos aun cuando las brasas de mi pecho seguían vibrando—. Más pronto que tarde, supongo, puesto que su majestad está a punto de llegar. Y me da la sensación de que va a tener más preguntas sobre cómo puede haber Ascendido una diosa que sobre tu aspirante a consorte. Obtendré lo que quiero antes de que termine el día, y tú... bueno, tú es muy probable que vuelvas a gobernar sobre tu corte de los muertos con nada, como de costumbre.

Los dedos de Nyktos se quedaron quietos mientras se inclinaba hacia delante. Luego se detuvo. El aire abandonó el atrio con la bocanada que

inspiré. Se me puso la carne de gallina y se me comprimió el pecho.

Con una sonrisita, Hanan retrocedió al tiempo que un frenesí de guardias pintados llenaba el atrio. Las puertas que daban al atrio se abrieron y...

Kolis, el falso rey y verdadero Primigenio de la Muerte, entró por ellas.

Capítulo 35



Una presencia enorme irrumpió en el atrio y se asentó sobre mi piel mientras el olor a lilas marchitas me ahogaba. Me escocieron los ojos cuando un *eather* ribeteado de dorado rodó por el suelo y se derramó por el borde del estrado, chisporroteó contra el mármol y lamió las columnas, removiendo las cortinas. Notaba como si se me fuesen a desintegrar los huesos bajo el poder que inundó la sala. El *eather* se extendió como niebla revuelta besada por la luz del sol, solo que había algo en esa luz.

Algo... equivocado.

El pecho de Nyktos se apretó contra mi espalda. Apenas lo oí susurrar «respira», pero obedecí, a medida que la frenética masa de poder palpitante empezaba a retroceder. Un rugido de sangre fluyendo a toda velocidad llenó mi cabeza cuando la esencia cayó al suelo a los pies desnudos de Kolis, donde se enroscó como una víbora contra sus pantalones de lino blancos, a la espera de atacar.

De pronto, fui consciente de que Nyktos se ponía de pie, de que yo me ponía de pie. Sus manos estaban sobre mis caderas, me guiaron para hincar una rodilla en tierra. Me pareció total y absolutamente equivocado arrodillarme, pero puse de todos modos una mano temblorosa en el suelo, la otra sobre mi corazón, mientras hacía una profunda reverencia.

Porque si Nyktos podía, desde luego que yo también podía.

Me hormigueaba la parte de atrás del cuello. Surgió una sensación de autoconciencia. Sentía los ojos de Kolis sobre mí, y las brasas empezaron a palpar en mi interior. El pánico amenazaba con arraigar mientras me

inclinaba ante el monstruo que había regido mi vida desde antes de mi nacimiento.

Que había regido todas las vidas que no recordaba.

Invocé ese velo de vaciedad, me lo puse y sofoqué mi miedo y mi ira mientras contaba los segundos entre cada respiración. No me vendría abajo ahí. No me rompería. *No lo haría. No lo haría. No lo haría.* Hoy no. Mis manos se serenaron. Mi pecho se relajó. Mi corazón latió más acompasado. Respiré.

Volvía a no ser nada.

—Levantaos —llegó la voz empapada de calidez y luz del sol. Una voz que, si uno la escuchaba con la suficiente atención, llevaba un dejo amargo, cortante como una cuchilla.

Al levantarme, el vestido carmesí resbaló por el suelo como un charco de sangre que corría hacia mí. Nyktos se había colocado de modo que quedaba en parte delante de mí, y solo entonces me di cuenta de que había regresado Attes con su hermano, que tenía el pelo un pelín más oscuro pero era de la misma altura y anchura de hombros.

Oscilaba un poco sobre los pies y estaba medio desvestido.

—Y sentaos —ordenó Kolis—. Antes de que este idiota se caiga de bruces.

En cualquier otra circunstancia, me hubiese reído, porque era verdad que Kyn parecía estar a segundos de hacer justo eso.

Nyktos dio media vuelta y sus ojos color hierro se cruzaron con los míos mientras Attes prácticamente obligaba a su hermano a sentarse en una silla cercana. Tomó mi mano con un leve asentimiento y me guio de vuelta hacia donde habíamos estado sentados.

—Ella no.

Me quedé de piedra.

La piel se tensó por las comisuras de la boca de Nyktos, que abrió las aletas de la nariz. Hebras de *eather* emanaron desde detrás de sus pupilas.

—Quiero verla —añadió Kolis—. Echar un buen vistazo a la que ha captado la... atención de mi *sobrino*.

Las mejillas de Nyktos se ahondaron mientras las venas de debajo de sus ojos empezaban a llenarse del tenue resplandor del *eather*, y supe que algo malo estaba a punto de suceder. Mis sentidos hormigueaban con esa certeza. Y no creía que fuese la única que percibía la violenta tormenta que se cocía en el interior de Nyktos. Attes casi le daba la espalda a su hermano medio desplomado y había orientado el cuerpo hacia Nyktos.

No me di tiempo para pensar. Me apresuré a dar un paso hacia el lado para dejarme ver por completo. La rápida inspiración de Nyktos fue como hielo contra mi piel, pero no temblé mientras me quedaba ahí de pie, las manos a los lados. No sentí pánico mientras observaba esa turbulenta masa de luz dorada girando alrededor de las piernas de Kolis. Respiré.

—Ahí está —murmuró Kolis con voz melosa, y entonces apareció justo delante de mí, tras haber sombrambulado.

Los músculos se tensaron a lo largo de toda mi columna mientras pugnaba con el instinto de recular del *eather* que ondulaba por los bajos de mi falda. Miré su pecho, su pecho desnudo, manteniendo la vista baja como debía hacerse en presencia de semejante Primigenio. Había... destellos de oro en su piel broncea, un dibujo con trazos curvos y espirales.

—Levanta los ojos —susurró. Me persuadió. Me urgió.

Mis músculos obedecieron, aunque mi estómago y mi pecho dieron la impresión de ahuecarse. Una coacción. Era una *coacción*... una innecesaria que no era más que un alarde de poder. De fuerza. Para recordar a todo el mundo en la sala exactamente quién era. Levanté los ojos como él me había instado a hacer.

El aire que inspiré se atascó en mi garganta cuando vi a Kolis. No desde la distancia. No como se le representaba en cuadros o en piedra. Las similitudes entre Nyktos y él eran innegables. Aun así, de algún modo, incluso con los rasgos que compartían, las diferencias eran impresionantes.

La belleza de Nyktos era ruda y fría, una escultura plateada de ángulos duros y líneas implacables que habían cobrado *vida* de un modo casi aterrador. Su belleza *exigía* que lo miraras, te impelía a captar sus rasgos con carboncillo o arcilla.

Pero esos rasgos, la curva fuerte de su mandíbula, los altos pómulos arqueados, y la boca ancha y exuberante... cosas que eran tan salvajes y sin restricciones en Nyktos, eran la perfección absoluta en Kolis: dorado y *cálido*. Su belleza te cautivaba. Te invitaba a mirar con mayor atención, a contemplarlo y sentirte reconfortado. Te impelía a acercarte.

Eran iguales pero al mismo tiempo contrarios. Uno cuya belleza había sido diseñada para ser infinita en su rotundidad, para imbuir miedo a tu corazón. Y el otro cuya belleza no era nada más que una farsa. Una fachada. Una trampa.

Unos ojos plateados con vetas doradas recorrieron mis facciones despacio, con intensidad. Mi piel empezó a hormiguear, la notaba cosquillosa, pero no

mostré reacción alguna porque no *sentía* nada mientras estaba ahí de pie, delante de la bestia que había comenzado todo esto.

La que me había pasado la vida entera entrenando para matar.

—Me han dicho que te llamas Sera, ¿es así? —preguntó Kolis. Levanté la vista y tomé nota de su corona: una serie de espadas hechas de diamantes y oro, cuyo centro terminaba en forma de sol con sus rayos—. ¿Es la abreviatura de algo?

Sentí dudas de pronto. No sabía si debía decir la verdad, pero pensé que menos mentiras implicaban menos probabilidades de que detectaran alguna. Incluso una mentira pequeña podía incitar a un examen en mayor profundidad.

—De Seraphena, majestad.

—*Seraphena* —repitió, y enroscó los labios hacia dentro—. Un nombre que quema. Interesante. También me han dicho que eres una divinidad. —Las rutilantes espirales subieron por su cuello y por su mandíbula, se extendieron a través de su piel hasta formar una crepitante máscara alada como las pintadas en las caras de los demás—. No transmite esa sensación.

—Es una divinidad —respondió Nyktos—. Su padre es un dios. Su madre es mortal.

Unos mechones de pelo dorado rozaron la mejilla y el hombro de Kolis cuando ladeó la cabeza. La corona permaneció recta.

—Hay demasiado *eather* en ella para eso.

—Tal vez estés percibiendo mi sangre. Tiene bastante dentro de ella —alardeó Nyktos. Por lo general, ese tono engréido hubiese chirriado contra todos y cada uno de mis nervios.

Pero en este caso comprendía su cometido.

—Ya veo. También veo que llevas un hechizo. Astuto por tu parte, sobrino —comentó Kolis, y una expresión divertida jugueteó en sus labios mientras continuaba mirándome—. Tu pelo es... cautivador —murmuró el falso rey, y recordé lo que habían dicho Gemma y Aios acerca de sus favoritas. Eran todas rubias o pelirrojas. Levantó la mano...

Nyktos se movió a la velocidad del rayo. Su mano salió disparada y agarró la muñeca de Kolis antes de que un solo dedo pudiese tocar ni un mechón de mi pelo.

Me dio un vuelco el corazón.

Kolis giró la cabeza despacio hacia Nyktos. Ninguno de los guardias se movió mientras el falso rey bajaba la vista hacia donde la mano de Nyktos agarraba su muñeca, luego de vuelta a los ojos de Nyktos.

—No quiero que la toque nadie. —La voz de Nyktos se profundizó—. Es mía.

Me mordí el carrillo por dentro.

—¿Y si resulta que quiero tocarla? —preguntó Kolis, en voz tan baja que apenas lo oí.

Nyktos sonrió y se me hizo un nudo en el estómago ante la burla evidente en ese gesto.

—Te haré lo que tú les has hecho a quienes han osado tocar a aquellas que te pertenecen.

Me empezó a doler la mandíbula de lo fuerte que apretaba la boca para mantenerla cerrada. Aquellas que le pertenecían. Sus favoritas. Las que Aios decía que guardaba en jaulas.

—Es muy posesivo con esta —aportó Attes desde donde estaba sentado, medio reclinado, medio despatarrado—. Amenazó con arrancarme los ojos al menos tres veces.

No estaba segura de que eso ayudara mucho.

La sonrisa de Nyktos se amplió, revelando una punta de sus colmillos, y eso sí que no pensé que ayudara.

—Esa amenaza es más bien una promesa —comentó Nyktos, sin apartar los ojos de los de Kolis—. No la tocará nadie a menos que sea yo.

Pasó un momento largo y tenso, luego un lado de los labios de Kolis se curvó hacia arriba. No sentí ningún alivio, solo más tensión.

—Sobrino —ronroneó Kolis, y el oro giró por sus iris—. Me... agradas. —¿Qué?—. Pero deberías soltarme —continuó Kolis—, antes de que me *desagrades*.

Nyktos levantó dedo a dedo hasta soltar la muñeca del falso rey.

La sonrisa se ensanchó en la cara de Kolis, que seguía mirando a su sobrino.

—Esta faceta de ti... —Levantó la barbilla y respiró hondo—. Siempre disfruto cuando la veo asomar. —Deslizó una mirada demasiado intensa hacia mí—. Esto debería ser, como muy poco, divertido.

Empezaba a pensar que la palabra *agradar* no significaba lo que Kolis pensaba que significaba. O quizá fuese yo la que lo entendía mal.

Nyktos, sin embargo, sonrió y le dio la espalda al falso rey. Tomó mi mano y pasó el brazo alrededor de mi cintura. Su mirada no tocó la mía cuando habló.

—¿Podemos sentarnos los dos?

—Podéis hacer lo que os plazca.

Nyktos me guio de vuelta al sofá para retomar la misma posición de antes, conmigo situada en la uve entre sus piernas. Giré la cabeza, pero Kolis nos observaba. No nos quitaba el ojo de encima. A nosotros. A mí. Y solo entonces me permití sentir algo de alivio.

No me parecía a Sotoria. Porque Kolis no me había reconocido.

Un leve temblor surcó mi cuerpo cuando Kolis volvió a su trono sobre el estrado, con estelas de *eather* dorado arrastrando tras de él. Nyktos me dio un apretoncito en el costado y yo solté el aire que había estado conteniendo y puse una mano sobre su rodilla. Nektas había estado en lo cierto. La suerte, por una vez, estaba de nuestro lado. Al menos, en esto. ¿En todo lo demás? No estaba tan segura.

Kolis seguía observándome, los ojos clavados en mí, la cabeza ladeada. Y aun así, la corona no había resbalado ni un centímetro, mientras tamborileaba con los dedos sobre los reposabrazos dorados del trono.

—Has herido mis sentimientos, Nyktos —empezó—. Habría pensado que buscarías mi aprobación para un... acontecimiento tan feliz. Tu unión con la fogosa Seraphena.

—No creí que fueses a tener demasiado interés en semejante acontecimiento —repuso Nyktos, cuyo pulgar había empezado ahora a deslizarse adelante y atrás por un lado de mi cintura—. Pensé que estarías demasiado ocupado para este tipo de peticiones.

—Pues pensaste mal. —Kolis le lanzó una sonrisa de labios apretados—. Es una muestra de respeto que tú, de entre todas las personas, deberías haber sabido que se me debe.

—Entonces, me disculpo —dijo Nyktos.

No sonaba ni remotamente sincero.

La sonrisa tensa de Kolis indicaba que él percibía lo mismo.

—Ya veremos lo mucho que lo sientes, estoy seguro.

Una sensación gélida impregnó mis entrañas, pero no hubo ni un momento de vacilación en el movimiento del pulgar de Nyktos.

—No obstante, hay algo más de lo que debemos hablar —añadió Kolis.

—Si te refieres al vasallo con el que me topé al llegar... —El tono de Nyktos sonó perezoso, divertido en parte, y me recordó a cómo había hablado cuando habíamos estado en mi lago—. No me gustó su tono.

Kolis resopló con desdén.

—No estoy hablando de Dyses. Él estará bien.

—Por desgracia, no creo que vaya a estarlo —dijo Nyktos—. Si tenemos en cuenta que le arranqué el corazón.

La sonrisa del falso rey se ensanchó al oírlo, y mi inquietud no hizo más que aumentar.

—Sí, bueno, eso también lo veremos. —Se echó hacia atrás y los dedos de Nyktos se detuvieron un instante en su recorrido por mi cintura—. Estoy seguro de que eres consciente de por qué más te he hecho llamar, sobrino.

Mis dedos se apretaron sobre la rodilla de Nyktos. Decidí en ese instante que odiaba cómo Kolis hacía hincapié en recordarle a Nyktos todo el rato la sangre que compartían.

El pulgar de Nyktos retomó sus movimientos lentos.

—¿Es porque Hanan cree que sé cómo Ascendió un dios o quién ha sido? La cabeza del Primigenio Hanan giró en nuestra dirección.

—No lo creo. Lo sé.

—No te he dado permiso para hablar —dijo Kolis, los ojos aún sobre nosotros—. ¿O sí, Hanan?

Hanan se puso rígido donde estaba sentado.

—No, no lo hicisteis. Mis disculpas, majestad.

—No me enfades, eso me forzaría a causarle mala impresión a la preciosa Seraphena —le advirtió Kolis.

—No era esa mi intención —se apresuró a decir Hanan, con una inclinación de cabeza—. Es solo que no aprecio que intente hablaros con falsedades sobre algo tan serio.

—Oh, sí, estoy seguro de que eso es lo que ha hecho que te tomases semejantes libertades al hablar —ronroneó Nyktos, y sus palabras retumbaron contra mi espalda.

El *eather* chisporroteó en los ojos de Hanan cuando le lanzó a Nyktos una mirada asesina, pero Kolis levantó una mano para silenciarlo.

—El poder de Ascender a un dios es algo que sentimos todos. Es un poder que no debería existir fuera de esta corte —dijo, muy consciente de que era probable que todos los presentes en la sala, aparte de mí, supieran que ese poder ya no existía en Dalos—. ¿Y sin embargo existe?

—Así es —confirmó Nyktos.

Los zarcillos de *eather* giraron en torno a la base del trono y la cabeza de Kolis se ladeó una vez más.

—¿Y eso es todo lo que tienes que decir?

—Es todo lo que *puedo* decir, tío —se defendió. Me puse tensa al oírle dirigirse a Kolis como tal. Aun así, no dejó de mover el pulgar en esas pasadas lentas y reconfortantes—. Yo mismo lo sentí. Lo había sentido antes, en el mundo mortal, aunque menos potente. Yo también he buscado la fuente.

No he encontrado a nadie en las Tierras Umbrías que hubiese podido ser responsable de semejante estallido de poder.

Hanan casi temblaba de la necesidad de hablar, pero esperó hasta que Kolis asintió.

—¿Cómo es eso posible?

—¿Lo preguntas en serio? —replicó Nyktos, mientras Attes arrastraba sus colmillos por su labio de abajo, apenas capaz de reprimir su sonrisa—. Quienquiera que fuese el responsable, está claro que ya no está en las Tierras Umbrías. Di por sentado que había sido nuestro rey.

Casi me reí, pero estaba demasiado impresionada por lo tranquilo que se mostraba Nyktos, lo convincente. Y también estaba demasiado perpleja por todo aquello. Kolis había enviado a sus *dakkais* como advertencia de que era consciente de la existencia de las brasas de vida. Era posible que hubiese enviado también a ese *draken*, a pesar de que Nektas no había reconocido al que atacó. Tenía que saber que Nyktos no creía, ni por un segundo, que había sido él. Algo no estaba bien.

—¿Estás sugiriendo que Kolis Ascendió a una diosa en las Tierras Umbrías sin ninguna razón y luego se marchó? —preguntó Hanan.

—¿Quién más podría haber sido? Solo el Primigenio de la Vida puede Ascender a un dios —dijo Nyktos.

Se me quedó la respiración atascada en la garganta cuando el aire del atrio se volvió caliente, espeso y húmedo.

El oro se avivó en los ojos de Kolis.

—¿Qué *estás* sugiriendo, Nyktos?

—Creo que está sugiriendo que solo una persona sería capaz de un evento tan milagroso —apuntó Attes—. Vos.

Entonces, y solo entonces, apartó Kolis la vista de nosotros. La esencia que rondaba por el suelo palpitó cuando miró desde lo alto al Primigenio de la Guerra y la Concordia.

—Sí —murmuró. Estaba claro que no se había enfadado tanto con Attes por hablar fuera de turno como se había enfadado antes con Hanan—. Solo yo tengo el poder para Ascender a un dios. Para devolverle la vida a algo que ha fallecido. —Despacio, Kolis se giró otra vez hacia nosotros, mientras los zarcillos de esencia se elevaban y enroscaban. La vi otra vez, una sombra en esa esencia cuando Kolis levantó la mano de nuevo.

Las puertas detrás de él se abrieron y...

Dyses salió al estrado, la pechera de su túnica manchada de sangre seca color óxido.

Entreabrí los labios al inspirar de golpe y Nyktos se puso tenso detrás de mí. Attes se sentó más erguido y se inclinó hacia delante cuando el dios se detuvo al lado de Kolis e hizo una reverencia. El dios al que Nyktos había atravesado con su mano de un puñetazo. Un dios que no debería estar en pie porque Nyktos había destruido su corazón.

Era imposible, pero... ¿acaso no me había parecido verle mover los dedos? No había percibido su muerte, como hacía cuando morían otros dioses. Tanto Attes como Nyktos habían dicho que notaban algo raro en Dyses.

—La última vez que lo vi, estaba muerto —comentó Nyktos con frialdad. Kyn soltó una risita amortiguada.

—Lo estaba, alteza. —Dyses hizo otra reverencia—. Pero el Primigenio de la Vida tuvo a bien revivirme.

Pero eso... eso no tenía sentido. Cuando yo le había devuelto la vida a Bele, la había Ascendido. Los ojos de este dios seguían siendo de ese increíble tono azul pálido. ¿Lo habría hecho yo mal porque no sabía lo que estaba haciendo? ¿O esto era diferente?

Mi corazón empezó a acelerarse. ¿Sería esto lo que había mencionado Gemma? ¿Los Elegidos que desaparecían solo para regresar como algo frío, sin vida y hambriento? Dyses no se parecía en nada a como había sido Andreia. No era un Demonio. O sea que tenía que ser uno de los que Kolis había llamado sus Retornados.

Pero Dyses había estado fuera al sol, y Gemma había dicho que esas cosas solo pululaban por ahí de noche. Y que Kolis necesitaba a su *graeca* para perfeccionarlos.

Kolis levantó la vista hacia Dyses y sonrió, pero la expresión se borró cuando sus ojos se posaron en Hanan.

—Solo porque haya elegido no restaurar vidas o Ascender a un dios no significa que no vaya a hacerlo, cuando uno se lo merezca. No es mi culpa que a la mayoría les falten semejantes cualidades —declaró, y levantó la barbilla—. ¿Crees que no sé que mis vasallos me han jurado lealtad pero cuestionan mi fuerza? ¿Que no sé que tú y varios de tus colegas dudáis de que sea tan fuerte como lo era cuando Ascendí para gobernar como vuestro rey?

—Yo... yo... —tartamudeó Hanan, su piel varios tonos más pálida—. No pretendía insinuar que no erais capaz de hacerlo. No dijisteis que fuerais vos...

—¿Por qué habría de tener que decirte eso? —contraatacó Kolis. Hanan se quedó en silencio.

No había nada que *pudiera* decir.

Porque Kolis lo tenía arrinconado. Si Hanan admitía que creía que otra persona había Ascendido a un dios, algo que *debería* ser imposible, entonces *podía* significar que creía que Kolis no era capaz de hacerlo. Pensar algo era muy distinto a decirlo en voz alta.

—Te aconsejaría que tuvieses más cuidado al dar voz a tus preocupaciones, Hanan, no fueras a perder mi favor. —Kolis repitió las palabras anteriores de Nyktos—. Y sería muy insensato por tu parte hacer eso cuando hay otro que podría ocupar tu lugar.

—Sí, majestad —repuso Hanan, claramente consternado.

—Sal de mi vista. —Los zarcillos giraron alrededor del estrado—. Y no vuelvas por aquí hasta que te llame.

El Primigenio de la Caza y la Justicia Divina se levantó e hizo una reverencia rígida, luego dio media vuelta y abandonó el atrio sin una sola palabra ni mirada en dirección a los que quedábamos ahí.

El silencio se alargó unos instantes, antes de que Kolis lo rompiera.

—Siento que hayas tenido que ser testigo de semejante absurdidad, Seraphena.

Di un respingo y mis ojos volaron hacia los suyos. Sus palabras. Su comportamiento. Nada de ello encajaba con lo que sabía de Kolis.

—No... no pasa nada.

El falso rey sonrió.

—Tienes un carácter muy amable y comprensivo.

Los dedos de Nyktos se detuvieron y pasaron los segundos... unos momentos llenos de la certeza de que sabíamos que él no había Ascendido a Bele. Y que fuera lo que fuere eso que estaba de pie a su lado, no era del todo correcto. Por el rabillo del ojo, vi a Attes mirar de reojo a los guardias y me pregunté si estaría pensando lo mismo que yo... y seguramente lo mismo que Nyktos.

¿Cuántos de esos guardias habrían renacido a manos de Kolis... un Primigenio que no debería ser capaz de restaurar la vida de nadie?

—Los dos parecíais sorprendidos de ver a Dyses vivo y bien. —Kolis miró de Attes a Nyktos—. ¿Acaso habéis compartido las mismas preocupaciones que Hanan?

—No os he visto devolver el honor de la vida desde hace mucho tiempo, majestad. —Attes se encogió de hombros—. Es solo que me sorprende veros hacer tal cosa.

Kolis asintió. Luego deslizó su atención hacia Nyktos. Esa sonrisa suya se afiló, se tensó.

—¿Y tú?

—Es muy poco probable que Hanan y yo compartamos ninguna preocupación —repuso sin despeinarse—. Yo me he sorprendido por las mismas razones que Attes. Y por los *dakkais* que enviaste a mis tierras poco después de que la energía se sintiera.

Un escalofrío bajó de puntillas por mi columna y me preparé para cualquier cosa.

Kolis se inclinó hacia delante, dejó que una mano cayera sobre el reposabrazos del trono. Su corona brillaba con la misma intensidad que el sol.

—¿Por qué habrías de creer que esas dos cosas están relacionadas?

—¿No lo están?

—No.

—¿Mera coincidencia temporal, entonces?

—Sí, mera coincidencia. —La cabeza de Kolis se ladeó de... de un modo serpentino—. Estaba disgustado por que no me hubieses anunciado tus intenciones de tomar a una consorte. Sigo disgustado por el hecho de que pretendieras celebrar una coronación sin mi aprobación.

Me quedé muy quieta.

Lo mismo hizo Nyktos.

Eso era una mierda y dudaba de que Nyktos lo creyera. Ni siquiera estaba segura de que Kolis pensara que le creíamos. La inquietud aumentó de nuevo. Esto parecía un juego en el que las reglas se mantenían ocultas.

—Ya sabes lo que ocurre cuando estoy disgustado, en especial contigo. —La voz de Kolis resbaló y serpenteó por todo el atrio, como si impregnara mi piel de aceite—. Y aun así, parece disfrutar haciéndolo. He sido muy tolerante, pero me has faltado el respeto, y eso no puede pasar sin castigo.

—Lo sé —reconoció Nyktos. Y eso fue *todo* lo que dijo. Un miedo frío e intenso me recorrió de arriba abajo.

—Ha sido culpa mía —farfullé, el corazón en un puño cuando la cabeza de Attes voló en mi dirección.

—Sera —bufó Nyktos. Se enderezó y agarró mi cadera como si planeara levantarme en volandas y salir corriendo de la sala... o lanzarme fuera de ella—. Eso es...

—No. —Kolis se levantó—. Quiero oír lo que tiene que decir. —Sus dorados ojos giratorios se clavaron en mí—. ¿Por qué dices que fue tu culpa?

—Yo... —Tragué saliva, el corazón desbocado mientras mis pensamientos corrían como locos—. Él no pidió vuestro permiso porque yo le pedí que no lo hiciera.

—Eso no es verdad —gruñó Nyktos.

—Sí lo es —lo contradije. Me deslicé todo lo que pude hacia delante mientras los ojos de Kolis saltaban de uno a otro—. Veréis, tenía miedo...

—¿De mí?

—No —me apresuré a decir, rezando por que mi corazón se apaciguara—. No tengo ninguna razón para temeros. —Kolis se acercó al borde del estrado, se *deslizó* hasta ahí, y esos zarcillos de *eather* se derramaron sobre el suelo de mármol—. Tenía miedo de que me encontrarais indigna. No soy más que una divinidad. Y Nyktos, vuestro sobrino —me atraganté con las palabras y abrí mucho los ojos—, él es el Primigenio de la Muerte. Seguro que hay muchas diosas más dignas de él que yo. —Kolis no dijo nada mientras nos miraba desde lo alto—. Creímos que no sería un problema porque es verdad que Nyktos pensaba que estaríais demasiado ocupado para este tipo de cosas. Pero en cualquier caso, yo fui la causante de esta situación y me arrepiento muchísimo. —Una ira gélida presionó contra mi espalda, y sabía que me iba a caer una bronca tremenda... bueno, si Kolis no acababa conmigo ahí mismo. Pero no podía permitir que castigara a Nyktos. No lo haría—. Espero que podáis perdonarme y ser capaz de demostrar que puedo ser digna de semejante honor y gracia.

Kolis guardó silencio durante el tiempo suficiente como para que empezase a sentir la presión colándose en mi pecho. Pero entonces, esbozó una sonrisa empalagosa.

—Eres... valiente, Seraphena, al reconocer tal cosa ante mí, *el* rey. Ya solo eso te haría de lo más digna. Pero voy a hacer que me demuestres tu valía.

De repente, Nyktos me había puesto en pie, luego se plantó delante de mí.

—Si alguien tiene que demostrar su valía aquí, soy yo.

—Estoy seguro de que habrá otras maneras para que hagas eso en el futuro, pero si quieres mi permiso para tomarla como tu consorte —la máscara se diluyó de alrededor de sus ojos y bajó girando por sus mejillas—, ella debe ganárselo del mismo modo que te lo pediría a ti.

—Puedo hacerlo —dije, sin permitirme pensar en lo que podría ser ese modo mientras los ojos desquiciados y giratorios de Nyktos chocaban con los míos. Aspiré una bocanada de aire que no fue muy lejos—. Quiero demostrar que soy digna, majestad.

Kolis miró a Kyn.

—¿Has traído lo que te pedí?

Mis ojos saltaron hacia el Primigenio de la Paz y la Venganza. Kyn se inclinó hacia delante y se medio sentó. Attes frunció el ceño.

—Sí —repuso el Primigenio en tono hosco—. En el pasillo.

Kolis chasqueó los dedos y dos guardias se separaron de la pared para desaparecer detrás de la cortina.

—Mierda —masculló Attes en voz baja. Se giró hacia el estrado y cerró los ojos. Y a mí... se me cayó el alma a los pies.

—Debería ser... —empezó Nyktos.

—Exijo silencio —lo interrumpió Kolis—. No me desobedezcas, Nyktos. No serás tú el que sufra.

Las manos de Nyktos se cerraron a sus lados, pero se quedó muy quieto. Y mi alma siguió cayendo.

Los guardias regresaron con un... un chico joven. Uno un poco más joven que yo. Tenía el pelo rubio como Reaver, la piel pálida, el cutis aún suave. Mi corazón latía a toda velocidad cuando levantó la barbilla y vi...

Ojos carmesís.

Un *draken*.

Un *draken* que aún podría considerarse un jovenzuelo.

—¿Cómo se paga el precio por una falta de respeto, Nyktos? —preguntó Kolis.

El Primigenio me miró, su pecho subía y bajaba con respiraciones superficiales y entrecortadas. Y mi corazón... no había manera de ralentizarlo.

—Con una vida.

Oh, por todos los dioses.

Mis manos empezaron a temblar mientras miraba al joven *draken*. Kolis no podía querer...

No. No.

Kolis no podía haber citado a Kyn para que llevara a uno de sus *drakens* más jóvenes con él solo para hacer que lo asesinaran. Esto no podía estar pasando. Este no podía ser el precio que exigía Kolis.

Pero ¿no era eso lo que había hecho tantas veces que la piel de Nyktos estaba cubierta de esos recordatorios, esas advertencias?

Aun así...

—No lo entiendo —me oí susurrar. Kolis ladeó la cabeza.

—Se me debe una vida para pagar por la deshonra.

—Pero él... —Señalé hacia el *draken*. Tragué saliva—. ¿Él qué ha hecho?
—Nada —escupió Kyn.

Mis ojos como platos volaron hacia el joven *draken*. Tenía la vista fija al frente, los labios apretados con fuerza, los ojos color rubí despejados. No habló. No parpadeó. No lloró.

—Paga el pecio —insistió Kolis, al tiempo que Kyn sacaba una daga delgada. La hoja oscura temblaba en la mano del Primigenio—. Y tanto tú como Nyktos seréis perdonados. Tendréis mi permiso.

Negué con la cabeza, los ojos clavados en la piedra umbra. El horror se abría paso a través de mí con uñas y dientes.

—¿Y si... y si no lo hago? —pregunté. Nyktos se giró hacia mí, la cara blanca como la leche—. ¿Impediréis la coronación?

—Me matará él a cambio —dijo entonces el *draken*, la cara levantada hacia el falso rey—. Y después te matará a ti. Pero no antes de hacer llamar a un *draken* de las Tierras Umbrías para que lo maten también.

Kolis se rio bajito.

—No detecto ninguna mentira.

Me atraganté con mi exclamación.

—Tiene que haber otra opción.

—Él ha explicado la única otra opción —espetó Kolis, y apareció en el suelo en un abrir y cerrar de ojos. El *eather* giraba a su alrededor—. Niégate a hacer lo que te pido, Seraphena, y haré justo lo que él ha dicho.

No debí sorprenderme. Ni una sola parte de mí debió hacerlo. No cuando ya me habían advertido que había cosas que Kolis podría obligarnos a hacer. Cosas que nos atormentarían. Pero daba igual todo lo que me habían dicho o lo que me había contado Aios, nada hubiese podido prepararme para esto. Esto era algo que no podía ni empezar a comprender.

—¿Por qué? ¿Por qué esto? —susurré con voz ronca, el corazón en la boca—. ¿Qué ganáis vos con esto?

¿Dónde estaba el *equilibrio* en esto?

Algo parecido a la confusión rieló por la cara de Kolis, casi como si nadie le hubiese preguntado eso nunca. Entonces su expresión se despejó.

—Todo —dijo—. Me dirá todo lo que necesito saber.

Eso no tenía ningún sentido para mí.

Nyktos dio un paso al frente, las manos levantadas.

—Permíteme hacer esto. Soy yo el que te ha enfadado...

—Solo te lo diré una vez más. —Hebras de *eather* dorado y plateado chisporrotearon en los ojos de Kolis—. Silencio. O será el corazón de ella el

que sostenga en la mano.

Nyktos contuvo la respiración y su piel se afinó. Una miríada de sombras afloró bajo su piel.

—Contrólate, sobrino —le advirtió Kolis—. Harías bien en mantener a raya ese temperamento.

La contención de Nyktos fue impresionante. Reprimió su ira, su pecho y su cuerpo con una quietud increíble. Kolis siguió hablando.

—Es lo bastante joven como para que la cabeza o el corazón hagan el apaño —me informó, y no había emoción alguna detrás de sus palabras. Sonó como si me explicara cómo remendar una costura de una prenda de ropa. Este era...

Este era el Kolis que había esperado.

Me estremecí.

Attes arrancó la daga de manos de su hermano y se puso en pie, sus rasgos duros y distantes cuando se giró hacia nosotros.

—Y si cualquiera que no sea Seraphena paga el precio, exigiré que ella pague *el* precio con su sangre —avisó Kolis—. Aunque ninguno de vosotros sería tan tonto como para atreverse a cometer semejante falta de respeto.

Attes pasó por delante de Nyktos, la cicatriz de su cara muy visible cuando se detuvo delante de mí para entregarme el arma. Abrí la boca y miré a Kyn. Quería disculparme, pero él se había tapado los ojos con una mano flácida. No fui capaz de encontrar las palabras, pero me obligué a mirar al *draken*.

Sus ojos se cruzaron con los míos. Resignado.

—Hazlo —dijo en silencio—. Estoy preparado para entrar en Arcadia, donde me espera mi familia.

El horror cerró mi garganta. De verdad se esperaba esto, y eso... eso lo hacía aún peor.

—¿Cómo te llamas?

—Eso no importa —dijo el joven *draken*.

—Sí importa —susurré, los ojos empañados.

—No —dijo con voz queda—. No es un nombre que necesites recordar.

Me estremecí otra vez.

Nyktos se giró hacia mí, sus rasgos crispados y marcados por profundas arrugas de tristeza, las hebras de *eather* en sus ojos eran frenéticas y estaban llenas de una ira apenas reprimida.

—Hazlo —dijo el *draken*—. Por favor.

Los segundos que pasaron parecieron una eternidad. No tenía elección. No me importaba nada ganarme el permiso de Kolis para la coronación. Ni siquiera me importaba que negarme significara renunciar a mi vida. Pero sabía que si no lo hacía, el joven *draken* aún moriría. Las que importaban eran las otras vidas que se perderían si me negaba. No tenía elección.

Al menos, no ahora.

—Lo siento —dije.

El *draken* asintió, luego cerró los ojos.

Lo bloqueé. Todo ello. Igual que había hecho cuando mi madre me había ordenado que enviara un mensaje a los lores de las islas Vodina. No sentí nada al levantar la vista hacia Kolis. Esa sonrisa empalagosa suya adornaba su precioso rostro mientras el *eather* giraba y se enroscaba a su alrededor, y la corona brillaba con fuerza.

Sí que había algo en su esencia.

En ese poder suyo.

No lo había visto la otra vez en el Templo del Sol cuando había ido para el Rito. Pero estaba ahí ahora.

Algo sucio.

Retorcido.

Contaminado.

Atenuaba la espectacular luz dorada. Pedacitos y trozos borrosos destellaban de un gris anodino y sin vida que me recordaba a la *Podredumbre*. Lo que había en la esencia que rodeaba al falso rey, lo que había dentro de él, hacía que las brasas de mi pecho vibraran con violencia... hacía que la grieta que se había abierto en mi interior la noche del Bosque Moribundo se ensanchara. E igual que entonces, una antigua sensación de sapiencia despertó y se estiró, levantó la cabeza. De repente, yo estaba ahí pero sin estarlo.

Esa *entidad* se fusionó con mis huesos, se puso mi piel y vio a través de mis ojos.

Una ira pura y *primitiva* prendió fuego a mi sangre. Bajé la barbilla y una voz entre mis pensamientos susurró: «Mío». Se convirtió en un coro de muchas voces que gritaban «¡Mío!». Su poder robado. Era *mío*. Su dolor. Sería *mío*. Venganza. Represalia. Sangre. *Mío*. Todo ello sería *mío*.

Y supe *qué* era esa voz mientras mi agarre sobre la daga se afianzaba. *Quién* era. No era la fuente de las brasas. Era un espíritu. Fantasmas de muchas vidas. Un alma.

Miré a Kolis a los ojos y, aunque fueron mis labios los que se curvaron, fue Sotoria la que sonrió cuando pagué el precio.

Capítulo 36



Todo lo que vino a continuación sucedió como en una nube, como si lo estuviese observando desde arriba. Kolis se rio mientras las brasas de vida vibraban con violencia en mi pecho.

Se rio cuando dejé caer la daga y esta repiqueteó contra el suelo de mármol.

Nos dio su permiso y yo observé a Attes levantar al *draken* caído, vi cómo la mandíbula del Primigenio se tensaba cuando la sangre del chico manchaba su piel. Vi a Kyn mirarme a los ojos, unos ojos despejados ya de la bruma del alcohol pero llenos de un odio abrasador.

Kolis me consideró *digna* y Nyktos agarró mi mano, que se había quedado paralizada en medio del aire.

Nos dijo que podíamos marcharnos, mientras las voces se apaciguaban y esa entidad en mi interior se asentaba a esperar lo que se le debía a *ella*.

Kolis dejó una *marca* que perduró mientras salía del atrio.

No recordaba haber cruzado el pasillo ni el patio. No vi a Attes ni a Kyn, y si Nyktos habló, no lo oí. Habíamos conseguido lo que habíamos ido a buscar. Nos adentramos en los árboles de Aios con la certeza de que Kolis no me reconocía como Sotoria y nos marchamos sabiendo que Gemma había estado en lo cierto: Kolis había averiguado una forma de crear vida.

Pero yo había dejado un pedazo de mí en ese atrio, una pequeña esquirla de esa bondad de la que había hablado Nyktos. Me la habían extirpado y ahora yacía al lado de esa daga en el mármol chamuscado por la sangre del *draken*.

Cuando Nyktos envolvió los brazos a mi alrededor como preparativo para que sombrambuláramos de vuelta al balcón de sus aposentos privados, yo sabía que no recuperaría ese pedazo nunca.

Una imagen del *draken* destelló delante de mí.

—Llévame a la corte de Attes y Kyn —dije con voz rasposa. Sentía sus respiraciones tensas y superficiales mientras me sujetaba contra su pecho—. Llévame a Vathi. Puedo traerlo de vuelta.

—Sera —susurró... suplicó, en realidad—. No puedes hacer eso.

—Traerlo de vuelta no causará la muerte de otro, ¿verdad? Un *draken* debe ser como un dios.

—Sí, pero...

Agarré la pechera de su túnica y hablé en voz baja pero urgente.

—Puedo intentarlo. No ha pasado demasiado tiempo y no sabemos si Kolis lo sentirá, ¿verdad? ¿Cómo vamos a saberlo? Nunca he traído a un *draken* de vuelta. No es como si fuese a Ascenderlo. He traído a animales de vuelta y ninguno...

—Un *draken* no es lo mismo que un animal, Sera —me interrumpió Nyktos, sus ojos inexpresivos mientras una brisa cálida removía las hojas por encima de nosotros—. Y cuando lo hiciste, sí se sintió. Era tenue. Diferente. Entonces, no sabíamos lo que estábamos sintiendo, pero ahora sí.

—Vale. Entonces, quizá Kolis sienta algo, pero tengo que hacerlo. Por favor. —Mis manos temblaban mientras tiraba de su túnica—. ¿De qué sirve nada de esto si permitimos que mueran seres inocentes? ¿De qué sirve sacrificar a unos pocos para salvar a muchos cuando esos pocos se vuelven tan numerosos? ¿Por qué existe un equilibrio siquiera, si el mal puede alterarlo siempre que quiera? ¿Cómo puede alguien seguir siendo *bueno* si vive así?

Las sombras rondaban bajo la piel de Nyktos, que me miraba desde lo alto.

—No lo somos. Sobrevivimos a cambio. Así es como honramos el sacrificio que ese *draken* nunca debió tener que hacer.

Pero eso no era suficiente.

No lo era para mí.

Ni para *ella*.

—Eso no es suficiente —le dije—. Nunca será suficiente.

Nyktos cerró los ojos y maldijo en voz baja. Entonces, el oscuro *eather* se elevó a nuestro alrededor. Mi corazón dio una sacudida mientras intentaba liberarme, pero Nyktos me sujetó contra su pecho. Solo pasaron unos

segundos, y entonces un aire más fresco que olía a *mar* substituyó al aire templado.

Abrí los ojos de par en par al tiempo que me echaba atrás. No llegué lejos. Nyktos me tenía agarrada, pero me retorcí entre sus brazos. De repente, me di cuenta de que estábamos en una especie de balcón de piedra blanca. Aturdida, vi *verdor*: las copas de frondosos pinos oscuros que se extendían por colinas ondulantes que subían a su vez hasta altas montañas cubiertas de nieve. Me giré y vi un Adarve de color marfil tan alto como el que rodeaba la Casa de Haides, y luego más allá, las pálidas aguas azules de un mar.

—¿Dónde estamos? —susurré.

—En un lugar de malas elecciones de vida —masculló él.

El viento azotó de repente el balcón y revolvió mi pelo cuando algo grande y negro pasó zumbando por nuestro lado. Alas. Grandes alas correosas de *draken*. Nyktos me pegó a su pecho justo cuando una cola con púas pasaba a apenas un pelo de donde había estado yo.

—¿Qué diablos hacéis vosotros dos aquí? —exigió saber Attes—. Sin invitación ni previo aviso, podría añadir.

Vathi.

Nyktos me había llevado a Vathi.

Casi me desplomé del alivio. Nos giramos hacia las puertas abiertas para ver a Attes venir hacia nosotros a paso airado, trozos de su túnica quemados de lado a lado hasta dejar a la vista zonas de piel enrojecida.

—El *draken* —dije a toda velocidad—. ¿Dónde está?

Attes frenó en seco.

—Kyn ha ido a quemar...

—¡Detenlo! ¡Tienes que detenerlo ahora mismo! —Me lancé a por él, muerta de miedo de repente—. Por favor. Ve a buscarlo y tráemelo. Por favor.

Una profunda arruga surcó su frente mientras se giraba hacia Nyktos.

—¿Qué diablos?

—¡Ve! —grité. Attes parpadeó, perplejo.

—Hazlo —le ordenó Nyktos—. Rápido.

Attes vaciló solo un segundo; después, una neblina plateada giró a su alrededor y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Despacio, me giré hacia Nyktos. No era que estuviéramos del todo solos. Al otro lado del patio, un *draken* negro nos observaba con recelo posado en el Adarve.

—Gracias —murmuré.

—No me las des. —Nyktos se apartó un poco mientras se pasaba una mano por la cabeza.

—Lo siento. Tengo que hacer esto. —Se me encogió el corazón cuando Nyktos apartó la mirada. Froté las palmas de mis manos pálidas contra el corpiño de mi vestido, pero las aparté a toda velocidad cuando sentí los agujeritos que había ahí. La sangre del *draken* había quemado a través de mi vestido, pero no me había llegado a la piel. Se me aparecieron otra vez recuerdos de su cara pálida y resignada, y la bilis hizo que me atragantara.

Nyktos hizo un ruido rudo al darse la vuelta. Alargó los brazos hacia mí.

—¡No! No me... —Incapaz de soportar el contacto, di un paso a un lado. Una amargura espantosa se apoderó de mi pecho, me agrió el estómago—. Tengo que traerlo de vuelta porque no se merecía eso. Quiero decir, era poco más que un niño. Y no entiendo por qué Kolis le haría eso a uno de los *drakens* de Kyn. ¿Solo porque puede?

—Lo hizo porque sabe que los *drakens* son una de las pocas cosas que le importan a Kyn. Es obvio que Kolis siempre planeó pedir ese precio y lo convocó por esa precisa razón —dijo. Me pregunté si esa sería la razón de que Kyn hubiese estado tan borracho—. Kolis sabía lo que estaba haciendo. Estaba convirtiendo a Kyn en nuestro enemigo.

Había visto el odio en los ojos de Kyn. No tenía ni la más remota duda de que Kolis había tenido éxito en su intento.

—Pero ese *draken* no había hecho nada malo...

—Tienes razón. No lo había hecho. —La tensión enmarcaba su boca—. Pero a Kolis eso no le importa. Dudo de que le haya importado nunca.

Inspiré, pero el aire apenas fue a ninguna parte.

—¿Crees que podemos confiar en Attes?

—Es un poco tarde para hacer esa pregunta ya —masculló—. Pero joder, espero que sí.

Retiré de malos modos una masa de rizos enredados de mi cara mientras ese insidioso peso aceitoso serpenteaba por mis venas de nuevo.

¿Y si era demasiado tarde? ¿Y si esto no funcionaba? Nunca había traído de vuelta a alguien con una vida dual.

La presión empezó a aumentar. Di media vuelta y me agarré a la barandilla. Me sentía... enferma dentro de mi propia piel. Como si no pudiese escapar de toda la fealdad ni aunque la frotara con un cepillo de raíces.

—Attes vuelve —declaró Nyktos, justo cuando yo sentía un leve temblor en el pecho.

Me giré hacia la habitación y casi solté un grito cuando vi a Attes tumbar al delgado *draken* rubio sobre una mesa en el interior. Entré a la carrera y casi volqué la maceta de una lengua de suegra con mis prisas.

—Kyn fue a buscarse algo de whisky antes de empezar —comentó Attes, el ceño fruncido mientras acariciaba con una mano la mejilla lívida del chico. Luego nos miró a nosotros—. De verdad que no sé lo que creéis que vais a hacer.

—Sí, bueno, estás a punto de averiguarlo. —Nykto entró detrás de mí, justo cuando yo llegaba al lado del *draken*—. Que no entre nadie aquí.

La puñalada que le había dado había sido limpia, pero no demasiado rápida. El chico habría tardado varios minutos en desangrarse, y odiaba pensar en esos minutos, pero necesitaba ese tiempo extra. El alma del *draken* podría haber entrado en Arcadia ya, pero no podía permitirme pensar en lo que significaba traer a su alma de vuelta. Aunque quizá debería, porque ¿quién era yo para tomar esta decisión?

Sin embargo, nada en la muerte de este *draken* había sido natural. No había sido su hora. No había sido mi elección.

Esto sí lo era.

Y estuviera bien o mal, estaba dispuesta a vivir con las consecuencias.

Puse las manos sobre su pecho, cuidadosa con la sangre seca.

—Nadie entra nunca en mis aposentos privados —dijo Attes en respuesta a la orden de Nykto—. Es decir, hasta hoy.

—Y no dirás ni una palabra de lo que estás a punto de ver —continuó Nykto, que se acercó a la mesa al tiempo que yo cerraba los ojos e invocaba a las brasas de vida—. Si lo haces, arrasaré tu corte, Attes. Y te buscaré hasta que te encuentre. Y no serán tus ojos lo que te arranque cuando lo haga.

Las brasas respondieron con una oleada de calor y energía que inundó mis venas. Mi vista se tornó plateada, incluso detrás de mis párpados cerrados. Sentí cómo el poder se extendía por dentro de mí, cómo discurría por mis brazos y a lo largo de mis dedos. Las palmas de mis manos se calentaron cuando el *eather* se avivó, cosquilloso y absoluto.

—¿Sabes?, me estoy cansando mucho de tus amenazas, Nykto. La verdad es que podrías *pensar* en... —Attes se calló de golpe con una exclamación cuando el olor a lilas recién florecidas llenó la habitación—. Joder, ¿qué diablos?

Abrí los ojos y contuve la respiración cuando un resplandor plateado onduló por encima del *draken*, se extendió por sobre la herida punzante de su pecho y luego se filtró en su interior. Fuera del edificio, se oyó un sonido agudo y reverberante, algo que reconocí como la llamada de un *draken*. La respondió un coro que debió de resonar por la corte entera.

—Joder, ¿qué diablos? —repitió Attes, que se tambaleó hacia atrás al separarse de la mesa.

Todas las venas del *draken* se iluminaron, primero en el pecho y luego por su cuello y sus mejillas. Durante un breve segundo, el chico lució luminoso, brillante como una estrella. Entonces el *eather* se difuminó.

Con el corazón en la boca, levanté las manos.

—No... no sé si funcionará.

Nyktos se inclinó hacia mí.

—Si no funciona, no...

—No me digas que no pasa nada —susurré—. Tal vez tenga que intentarlo otra vez. Quizá tenga que intentarlo con más ahínco. —Me dispuse a poner las manos sobre el pecho del *draken* de nuevo.

—Sera. —Nyktos estiró el brazo y agarró mi mano. Empecé a tirar para soltarme...

El pecho del *draken* se hinchó con una respiración profunda aunque entrecortada, sus pestañas aletearon y sus ojos se abrieron... unos ojos que eran de un intenso azul cobalto. Igual que habían sido los de Nektas durante unos segundos. Esa llamada entrecortada nos llegó otra vez desde el exterior.

—Gracias a los dioses —susurré, y me apoyé en la mesa mientras sonreía—. Ha funcionado.

Nyktos apretó mi mano. También sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos de *eather* giratorio.

—En efecto.

—Yo... —El joven *draken* se aclaró la garganta y parpadeó con unos ojos que se trocaron poco a poco de su habitual tono rubí pulido. Bajó la vista hacia su pecho, puso una mano temblorosa sobre su piel ahora curada. Sus ojos volaron hacia los míos—. *Meyaah liessa* —murmuró con voz rasposa.

—No. Solo Sera —le dije, la voz pastosa y temblorosa—. ¿Cómo te encuentras?

—Me encuentro... bien —respondió, y miró de reojo a Attes cuando el Primigenio se acercó despacio hasta la mesa—. Solo cansado. Muy cansado.

—Creo que eso es normal —lo tranquilicé, tocando su brazo con suavidad—. Es posible que necesites descansar unos días. Espero que... —Me interrumpí—. Solo necesitarás descansar.

—Sí. —Miró a Attes otra vez.

—Tendrá que cambiar de forma —explicó el Primigenio, y me lanzó una mirada antes de centrarse en el *draken*—. Aquí podrás descansar a salvo.

El chico asintió, cerró los ojos.

—Thad.

—¿Cómo dices? —pregunté.

—Thad —repitió, soñoliento—. Me llamo Thad.



—Vais a tener que mantenerlo oculto —dijo Nyktos, mientras yo esperaba al lado de las puertas abiertas. Las montañas de Vathi eran preciosas, aunque costaba verlas con la docena aproximada de *drakens* alineados ahora en el Adarve—. Es posible que Kolis haya sentido eso.

Attes soltó una carcajada irónica.

—Seguro que sí. *Todos* hemos sentido eso.

—Puede que incluso debas mantener al chico oculto de Kyn.

—Eso podría ser más difícil.

Me giré hacia ellos, aunque primero eché un vistazo al *draken* de escamas marrones y negras que estaba ahora hecho un ovillo sobre la mesa. Su cola, aún sin púas, colgaba por el borde.

—Kyn se preocupa mucho por los *drakens*. —Attes caminaba adelante y atrás cerca de la mesa—. Puede que crea que uno de los otros se encargó del cuerpo de Thad, pero pasa mucho tiempo en las montañas.

—Entonces, cuando el chico despierte, tráelo a las Tierras Umbrías —le ofreció Nyktos—. Nektas lo mantendrá a salvo y oculto.

Attes asintió.

—Seguro que lo hará.

—No podemos quedarnos más tiempo.

—No. —Attes me miró con la cabeza ladeada—. Ese hechizo que lleva no funcionará aquí.

—No —confirmé—. No lo hará.

—Kolis podría enviar a los *dakkais* aquí —le advirtió Nyktos. Todavía no había ocurrido nada, pero sabía que no podíamos fiarnos de eso—. En busca de las brasas.

—Estaremos listos si lo hace.

—¿Y? —insistió Nyktos.

Attes se paró delante de él.

—Y nadie sabrá lo que ha sucedido. Lo juro. —Se giró hacia mí—. Te lo juro a ti. —Observé cómo el Primigenio se arrodillaba sobre una pierna y se

llevaba una mano al corazón mientras apoyaba la palma de la otra plana contra el suelo—. Juro que no revelaré lo que has hecho hoy, *meyaah liessa*.

—Eso no es necesario, de verdad —dije—. Lo de «mi reina» y demás. Yo no soy tu reina.

Attes levantó la cabeza.

—Pero eres...

—No, no soy nada —lo interrumpí.

El Primigenio de la Guerra y la Concordia frunció el ceño al levantarse. Se giró hacia Nyktos, que sacudió la cabeza.

Attes me miró otra vez.

—Sabía que había algo... diferente en ti. No parecías una divinidad. —Entonces se volvió hacia Nyktos—. Pero pensé que era por lo que le dijiste a Kolis: que le habías dado mucha sangre.

—Cuando te fuiste tenías que saber que ese no era el caso. Eres listo. Puede que pensaras que yo era la fuente de poder cuando llegaste, pero debías de tener tus sospechas cuando te marchaste.

—Las tenía —confirmó Attes, y deslizó la vista hacia mí—. Tenía muchas sospechas cuando no respondiste a mi presencia como deberías haberlo hecho.

Me puse tensa.

—Fue muy maleducado por tu parte intentarlo siquiera.

—Hay cosas mucho *más maleducadas* que podría intentar —repuso, pero cuando los ojos de Nyktos se entornaron, siguió hablando—. Sin embargo, prefiero que no me amenacen por decimosexta vez hoy.

—No te he amenazado dieciséis veces, pero estoy seguro de que llegaremos a esa cifra muy pronto —gruñó Nyktos, el *eather* se quedó quieto en sus ojos—. ¿Por qué no decirle nada a Kolis, Attes? Pudiste acudir a él con tus sospechas entonces. Podrías hacerlo ahora. Tendrías su favor, como lo tuvo una vez Hanan, y sabes lo que eso significa. No tendrías que preocuparte por que arrastrasen a tus vasallos o a tus *drakens* a la corte para ser asesinados.

—Lo sé. Podría haberlo hecho. —Attes se giró hacia Nyktos—. Pero como ya te dije, recuerdo quién era tu padre. Recuerdo quién estabas destinado a ser tú.



Los oscuros zarcillos de *eather* se asentaron a nuestro alrededor cuando regresamos a las Tierras Umbrías. Las estrellas aún lucían tenues, pero el cielo empezaba a oscurecerse cuando me deshice del abrazo de Nyktos y me giré hacia la barandilla de su balcón.

Ahí no había montañas besadas por la nieve ni pinos verde oscuro a los que admirar, pero había la belleza única e inquietante del mar de hojas carmesís y los cielos color hierro.

—¿Qué crees que ocurrirá ahora? —pregunté, al tiempo que plegaba los dedos sobre la fría barandilla de piedra—. Con Attes. Con Kolis.

—La verdad es que no hay forma de saberlo. Puede que Kolis no haga nada de momento, o puede que envíe una advertencia, igual que hizo con nosotros. —Nyktos se reunió conmigo y puso sus manos al lado de las mías—. Pero confío en Attes. Al menos en esto. Estaba impactado, y nunca lo había visto impactado. No dirá nada... por lo menos el tiempo suficiente para que celebremos la coronación y transfiramos las brasas.

Asentí. Noté cómo las brasas palpitaban en mi pecho, presionaban contra mi piel. Hice caso omiso de la sensación.

—Sé que podríamos estar equivocados y que lo que acabo de hacer se nos vuelva en contra, pero tenía... que arreglar eso.

—Lo sé —dijo—. Solo porque los demás hayamos vivido así, no significa que... no significa que deba ser así.

Lo miré, pero no dijo nada más durante unos segundos.

Luego sí.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué hablaste? No deberías haber hecho eso, Sera. Yo habría soportado lo que me hubiese tocado hacer. —Cerré los ojos—. Sabía que exigiría un precio. Sabía que sería algo enfermizo. Retorcido. Y estaba preparado para hacerlo. Para llevar la marca que dejaría atrás. —Se había acercado más a mí, había bajado la voz—. No tenías que haber dicho nada. No había ninguna necesidad de que te sintieses como te sientes ahora. Y sé que aún te sientes culpable. Arreglarlo solo lo habrá aliviado en parte. No te mereces esto.

—¿Y tú sí? —Abrí los ojos y lo miré—. ¿Tú mereces llevar esas marcas?

Unas hebras de *eather* aparecieron en sus ojos.

—Yo estoy acostumbrado.

La barandilla fría presionaba contra las palmas de mis manos.

—Razón de más para que no fueses tú.

—Eso es *justo* por lo que debí ser yo.

—Eso es una mierda —espeté, aferrada a la ira porque era mucho mejor que sentir lo que sentía—. Lamento haber acabado con la vida de ese *draken*, pero no lamento haber evitado que te vieras obligado a matar. Y me odio por haberlo hecho, pero odio a Kolis mucho más por haber exigido que se hiciera. Así que sí, aunque he podido traer a Thad de vuelta, sigo destrozada por ello. Lidiaré con ello. Y si estás enfadado conmigo por haber dado la cara, tú también vas a tener que lidiar con *ello* y superarlo, joder.

—No estoy enfadado contigo, Sera. —Sus ojos centellearon con intensos fogonazos de esencia—. Estoy horrorizado por que te hayas puesto en esa posición y por que ahora tengas que vivir con eso por mi culpa.

Aspiré una bocanada de aire entrecortada.

—No lo he hecho por tu culpa. Ese honor se lo lleva Kolis. Lo he hecho *por ti*. Hay un mundo de diferencia entre ambas cosas.

Nyktos se echó atrás como si lo hubiese abofeteado.

—Una vez más, pregunto... ¿por qué harías eso por mí? No me lo merezco. No después de haberte hecho daño. Ni siquiera me lo merecía antes.

Esa era buena pregunta.

Una para la que yo conocía la respuesta.

Quería proteger a Nyktos, incluso ahora, y ese deseo conducía a otra pregunta en la que no quería pensar ahora mismo. No podía.

Posé la vista en las hojas carmesí y volví a concentrarme en cosas mucho más importantes. Me temblaba un poco la voz cuando volví a hablar.

—¿Crees que Dyses es lo que mencionó Gemma? ¿Uno de esos renacidos por Kolis? ¿Esos... Retornados?

Nyktos no respondió durante un rato largo, pero sentía sus ojos sobre mí.

—Dijo que nunca los vio durante el día, pero tiene que ser eso, ¿verdad? Solo un Primigenio podría sobrevivir a la destrucción de su corazón. No un dios.

—Pero Gemma también dijo que Kolis necesitaba a su *graeca* para perfeccionarlos. —Hice una mueca—. No sé muy bien qué más quiere *perfeccionar* si ya son capaces de sobrevivir a la destrucción de su corazón.

—Yo tampoco. Ni siquiera estoy seguro de que Dyses fuese un dios. Transmitía esa sensación, pero... de una forma extraña que era difícil de procesar. —Resopló—. Lo único que puedo esperar es que Kolis no tenga muchos. Eso podría ser problemático.

Se me escapó una breve risa ronca al oír eso.

—Creo que ahí te quedas muy corto —dije. Tragué saliva—. ¿Cómo diablos lo trajo de vuelta a la vida? Ya no tiene brasas de vida en su interior.

¿O podríamos estar equivocados al respecto?

—No estamos equivocados. Y no tengo ni idea de cómo diablos lo hizo, porque Dyses no es un *demis*.

Tardé un momento en recordar lo que me había contado Aios sobre ellos. Eran mortales Ascendidos por un dios; aquellos que no tenían la suficiente esencia dentro de sí como los terceros hijos e hijas para ser Ascendidos. Era un acto prohibido porque rara vez tenía éxito y a menudo cambiaba al mortal de maneras desagradables.

—¿Cómo podrías saberlo?

—Lo percibiría. Tienen una determinada presencia que un Primigenio puede percibir. Una cualidad... equivocada —musitó, mientras observaba las lejanas figuras de los guardias que patrullaban por el Adarve—. Gemma dijo que los Retornados eran una obra de Kolis en proceso. Es posible que los haya visto en distintas fases de creación. —Sus hombros se tensaron—. Sea como fuere, Kolis ha encontrado una manera de crear vida sin las brasas, algo que podría convencer a las otras cortes de que sí tiene ese poder en él. Pero ¿quién sabe qué tipo de vida ha conjurado? O lo que son en realidad.

Me estremecí.

—¿Crees que te ha creído? ¿En eso de que pensabas que él había sido el que había Ascendido a un dios en las Tierras Umbrías?

—Joder, no. —Nykto se rio en voz baja—. Es posible que crea que quizá yo no sepa quién fue y que busqué la fuente, pero no hay forma humana de que piense que creo que fue él. Estaba guardando las apariencias delante de Hanan y de los Primigenios de Vathi.

Eso tenía más sentido que la idea de que Kolis creyera de verdad que Nykto pensaba que había sido él.

—Pero entonces, eso también significa que sabes que otra persona tiene las brasas de vida. ¿Por qué dejaría pasar eso?

—Por la misma razón que no ha habido un ataque inmediato a Vathi. Es por lo que dijo tu Holland: solo puede hacerme cierta cantidad de cosas antes de arriesgarse a revelar en qué medida es un fraude —me recordó—. Su control sobre los otros Primigenios se debilitaría si de verdad creyeran que él ya no tiene brasas de vida en su interior. Es posible que crea que él puede encontrar la fuente antes que cualquier otro. Ahora, sin embargo, desearía haber tenido tiempo de preguntarle a Attes lo que opinaba de Dyses.

Asentí mientras deslizaba las manos adelante y atrás por la barandilla. Yo también, pero demorarnos en Vathi hubiese sido una insensatez, y ya había

tenido comportamientos lo bastante insensatos durante ese día. Pasaron unos segundos de silencio.

—Kolis no era lo que esperaba —murmuré, luego me aclaré la garganta—. Quiero decir, lo que exigió como precio era lo que esperaba, pero ¿antes de eso? Se mostró...

—¿Comedido? ¿Calmado? —preguntó con otra risa breve y seca—. Kolis puede ser increíblemente encantador cuando quiere, pero es ahí cuando es más peligroso.

Recordé entonces lo que había dicho Aios: que Kolis tenía una forma de hacer que una persona olvidara quién y qué era. Bajé la vista hacia mis manos, vi sangre que no había tocado mi piel en ningún momento.

—Tenemos su permiso.

—No es lo único que tenemos, aunque no me fíe del todo de que haya dado su permiso —dijo Nyktos, y tuve que estar de acuerdo con ese sentimiento—. También sabemos que no te reconoció. —Volví a asentir—. Pasó algo ahí. Contigo. —Nyktos giró un poco el cuerpo hacia el mío—. Lo percibí.

Con la garganta cerrada, levanté la vista hacia él.

—¿Qué percibiste?

—Ira. —Sus ojos rebuscaron en los míos—. Una ira que no creo que fuese tuya. Parecía diferente. Sabía diferente.

—No era solo mía —reconocí en voz baja—. No sé cómo ni por qué, pero lo sé. La sentí. —Me llevé una mano al pecho—. Su ira. Sentía cómo ella miraba a través de mis ojos. Sotoria.

Nyktos soltó una exclamación ahogada.

—Creo que Holland estaba equivocado. Creo que muchos de nosotros estábamos equivocados y tú estabas en lo cierto. —Sus ojos me miraron de arriba abajo—. No eres Sotoria. Tienes dos almas. La tuya. Y la suya.

Capítulo 37



La idea de tener dos almas dentro de mí parecía más correcta que pensar que yo era Sotoria.

Nyktos no sería capaz de confirmar semejante cosa hasta el momento de mi muerte, tuviera dos almas o no, y eso era algo que esperaba que no se produjera en un tiempito. Pero ¿podían los *Arae* estar equivocados en eso? No lo sabía y, en realidad, no era el tema más urgente mientras Nyktos se reunía con los *sujetos habituales* para informarlos de lo que había sucedido en Dalos. Dyses. Cómo Kolis había actuado como si él hubiese Ascendido a Bele. El permiso que nos había concedido. Les contó todo.

Todo excepto el precio que había exigido Kolis y quién lo había pagado.

Me alegré de que no hubiese dicho nada, porque en realidad yo no había pagado una mierda. Lo había pagado el joven *draken* y yo había tenido suerte de poder llegar hasta él a tiempo de arreglarlo.

Aunque sabía que le contaría a Nektas todo lo ocurrido. Los otros quizá se enterasen con el tiempo, pero ahora mismo no era algo que necesitasen saber.

No me quedé cuando empezaron a discutir sobre cómo podía haber creado a Dyses. No podía estar sentada. Necesitaba movimiento. Espacio. Ya habíamos decidido que la coronación tendría lugar al día siguiente y que después partiríamos hacia Irelone. No necesitaba estar presente para nada más. No me siguió nadie, al menos al principio, pero habría jurado que sentí los ojos de Nyktos sobre mí mucho después de haber salido de la oficina.

Caminé por los pasillos y después por el patio. Al cabo de un rato, Reaver se unió a mí. Planeó por el aire a mi lado mientras seguía el Adarve alrededor de todo el palacio, su presencia silenciosa tan bienvenida como dolorosa.

Porque me hacía pensar en el otro *draken*.

No quería hacerlo. Deseé poder encontrar ese lugar en mi interior que me había permitido olvidar las vidas que había arrebatado. La parte que era capaz de dejar atrás las cosas que había hecho. Me pregunté si había dejado eso también en el suelo del palacio de Cor.

Porque ese horror y esa fealdad aún vivían dentro de mí, aunque Thad hubiera vuelto a respirar. Igual que perduraban los interrogantes... y eran numerosísimos. ¿Podría haber hecho algo para evitar lo que había sucedido? No lo creía, porque requeriría que deshiciera muchas cosas que había hecho en el pasado. Pero incluso así, podríamos haber vuelto aquí en lugar de ir a Vathi. ¿Y qué hubiese pasado si Thad no hubiera querido volver? Yo le había robado esa elección, igual que Kolis nos la había quitado a nosotros. Podía vivir con eso, pero seguía siendo parte de la fealdad que pesaba como una piedra en mi interior.

Cuando me cansé, me senté en la roca de la que había intentado saltar Jadis una vez. Reaver aterrizó a mi lado y apoyó la cabeza en mi regazo al tiempo que replegaba las alas contra sus costados. Me temblaban los dedos mientras los deslizaba por las crestas irregulares de las escamas que recorrían su espalda. Se me empezó a enturbiar la vista.

«Lo siento», susurré.

Reaver hizo un suave ruido entrecortado, levantó la cabeza y la apoyó sobre mi hombro. Apreté los ojos mientras la emoción (tristeza e ira y muchísima culpa) quemaba el fondo de mi garganta.

Lloré.

No impedí que las lágrimas cayeran. Ni siquiera estaba segura de haber podido hacerlo si lo hubiese intentado. Procedían de un lugar muy profundo, silenciosas y pesadas y un poco rotas.

No supe cuánto tiempo estuvimos ahí sentados, pero cuando abrí los ojos aún húmedos, las estrellas eran mucho más brillantes y el cielo estaba de un tono hierro más oscuro. Reaver se echó atrás, desplegó las alas.

—¿Tienes hambre? —pregunté, y me sequé la mejilla con la palma de la mano.

Reaver trinó mientras respiraba hondo y se enderezaba. Di un paso antes de fijarme en algo en mi mano.

Rojo.

Tenues rastros de agua rojiza.

Mis lágrimas.

Igual que decían las leyendas que les ocurría a los Primigenios cuando los invadía una gran tristeza. Había llorado lágrimas de *sangre*.



Era tarde cuando regresé a mis aposentos, pues Aios y Bele habían salido a mi encuentro cuando volví al palacio.

Esa noche fue una primera vez diferente para mí.

Cené con Bele y con Aios en una de las salas de estar, junto con Reaver. Me había sorprendido tanto su invitación y mi cabeza había estado tan alterada que no creía que hubiese dicho más de un puñado de palabras cuando me enteré de que Nyktos había ido a Lethe para asegurarse de que todo estuviera listo para la coronación. Puede que también bebiese un poco de vino de más, reacia a dejar atrás el calor de la habitación que ocupaban mientras Aios hablaba de una divinidad de Lethe que esperaban Ascender en cualquier momento y de una pareja que se iba a casar. La normalidad solo la habían roto las rápidas miradas que se lanzaban la una a la otra. Empezaron cautas, pero se volvieron algo distinto cuando sus breves roces comenzaron a alargarse. Me di cuenta de que era probable que quisiesen algo de tiempo a solas, así que le hice una seña a Reaver y nos reunimos con Ector, que esperaba en el pasillo para acompañarme hasta mis aposentos.

—¿Dónde está Orphine? —pregunté.

—Con Nyktos —contestó. Apartó la cabeza a toda velocidad para esquivar por poco una de las alas de Reaver cuando el *draken* se adelantó volando—. Por los Hados. Uno de estos días, voy a perder un ojo.

Reaver emitió una especie de ladridito indignado y voló escaleras arriba.

—¿Siguen en Lethe? —pregunté, mirando a Ector de reojo.

—Más o menos. Unas cuantas Tinieblas aventureras se desplazaron hasta el borde del Bosque Moribundo y están demasiado cerca de la ciudad —explicó—. Nyktos, Orphine y unos pocos más se están encargando de ellas.

Sentí un fogonazo de irritación. Podía haber ayudado a lidiar con las Tinieblas, pero eso hubiese significado que Nyktos volviera a palacio a buscarme. Y bueno, incluso yo podía admitir que eso no tenía sentido.

—¿Con qué frecuencia ocurre, que las Tinieblas causen problemas?

—Solía ser bastante infrecuente, pero ahora parece que ocurre cada vez más a menudo. —Ector frunció el ceño—. Se han estado reuniendo en grupos

bastante numerosos, lo cual significa que son un poco más que solo un incordio con el que lidiar.

Sentí un arrebato de preocupación, pero me recordé que Nyktos era un Primigenio. Estaría bien... aunque las Tinieblas ya lo habían herido alguna vez antes. También se aseguraría de que todos los que estuviesen con él no sufriesen daños. Además, tenían a una *draken* con ellos.

Había algo sobre las Tinieblas que me inquietaba, pero no lograba ubicarlo del todo mientras sujetaba la puerta abierta para Reaver.

—¿Quieres quedarte un rato?

El *draken* entró como una flecha.

Ector permaneció en el pasillo. Me miraba como si lo estuviera invitando a una noche de desenfreno en El Luxe.

—No, gracias.

—No hablaba contigo —repliqué. Reaver hizo un ruidito detrás de mí que sonó como una risa.

El dios esbozó una sonrisa forzada.

—Ajá.

Puse los ojos en blanco, cerré la puerta y di media vuelta. Reaver caminaba con sigilo por la habitación, inspeccionando cada rincón de un modo muy parecido a como lo había hecho Nektas. Sacudí la cabeza y fui hacia la sala de baño, decidida a prepararme para irme a dormir. Cuando miré bien el camisón que había agarrado del armario al pasar, me di cuenta de que era poco más que un satén plateado que apenas llegaba a mis muslos. Suspiré, agradecida de haber agarrado también la bata.

Estaba abrochando los botones de la bata cuando mi pecho vibró de repente. Se me cortó la respiración y abrí de inmediato la puerta que daba al dormitorio. Mis ojos volaron hacia las otras puertas, pero estas seguían cerradas.

La sensación me recordó a cuando Nyktos estaba cerca, pero era más leve. Me quedé ahí parada un instante, a la puerta de la sala de baño.

Reaver me miró con curiosidad desde donde se había plantado sobre el diván.

—¿Notas algo? —le pregunté, al tiempo que frotaba el centro de mi pecho.

Emitió un pequeño gorjeo que podría haber sido tanto un «sí» como un «no», así que esperé, sin estar muy segura de qué me daba más miedo, que las puertas permanecieran cerradas o que se abrieran. Pasaron los segundos. Ninguna de las puertas se abrió y esa sensación extraña se diluyó.

Me mordisqueé el labio, recuperé el cepillo de la sala de baño y me pregunté si tan solo tendría una indigestión.

Tal vez fuese otro síntoma del Sacrificio.

Sentada en el borde de la cama, empecé a desenredar los nudos de mi pelo. Aunque estaba más que un poco cansada, agradecía la presencia de Reaver porque me daba la sensación de que él percibía que tal vez estuviera un poco necesitada de compañía.

Y así era.

—¿Jadis está con Nektas en las montañas? —Reaver asintió—. ¿Y tú, te has quedado en palacio para esconderte de ella?

Hizo otra vez ese suave ruidito como una risa y agachó la cabeza.

Me reí mientras pasaba el cepillo por varios nudos. Reaver hizo una mueca.

—Suenas peor de lo que es, lo prometo. Creo que debería cortármelo —musité, al tiempo que pescaba unos cuantos rizos aún enredados—. A estas alturas, voy a acabar sentándome en...

Las brasas vibraron de nuevo. Solté mi pelo y levanté la cabeza hacia las puertas a toda velocidad. Reaver hizo lo mismo, al tiempo que retrocedía y desplegaba las alas.

Nos llegó un grito desde el pasillo que me sorprendió. Solté el cepillo, agarré la daga de la cama y me levanté, la piedra fría bajo mis pies cuando eché a andar con cautela.

—Quédate ahí, ¿vale? —dije, justo cuando Reaver hacía ademán de bajar de un salto. Se quedó parado y soltó una nubecilla de humo mientras yo rodeaba la cama—. ¿Ector...?

De repente, las puertas de la habitación se abrieron de par en par con un fogonazo de intensa luz plateada. Me eché atrás al instante, aturrida un momento al ver a Ector *volar* a través del cuarto, los brazos y las piernas abiertos a los lados. Solo supe que era él porque era el que había estado en el pasillo, pero no lo veía debajo de la sibilante y chisporroteante ola de *eather* que brillaba alrededor de todo su cuerpo. Ector se estrelló contra la mesa del comedor, cuyas patas se rompieron mientras él caía al suelo como una piedra. El jarrón que había estado sobre la mesa se hizo añicos y sus piedrecitas se desperdigaron en todas direcciones.

Ector estaba vivo.

Me dije eso al tiempo que saltaba hacia delante para agarrar el brazo de Reaver antes de que emprendiera el vuelo. Tiré de él hacia abajo para colocarlo entre mi cuerpo y el diván. Ector estaba vivo porque las brasas de

mi pecho se limitaron a latir con suavidad. No palpitaban con la intensidad de la muerte.

En vez de eso, vibraron de otro modo.

Una conciencia de... de *otra persona*.

—Lo siento —dijo una voz sedosa desde el umbral de la puerta—. Ector sabía que no debería negarme la entrada.

Con una extraña calma en el corazón, me giré hacia las puertas y me topé de frente con Veses. De repente y sin una razón lógica, algo que había dicho Attes cuando estuvo ahí por primera vez volvió a mi mente. Se había referido a la situación de la diosa Primigenia de los Ritos y la Prosperidad y a mi presencia como una complicación que no envidiaba.

Y desde luego que Veses era justo eso.

—Hola. —Veses sonrió y... por todos los dioses, era condenadamente preciosa.

Tanto que pensé que no sería difícil pasar por alto cualesquiera cosas desagradables o crueles en las que estuviera implicada, cuando parecía como un delicado cuadro que había cobrado vida.

Entró como levitando en la habitación, los bajos de su vestido lila ondulaban en silencio alrededor de sus pies. Me sorprendió ver lo bien dotada que estaba para alguien tan delgada como ella. Solo lo supe porque su vestido era tan transparente como el camisón que yo llevaba bajo la bata.

—He dicho —ladeó la cabeza— «¿hola?».

Una sensación de alarma se avivó en mi interior, lo cual mantuvo a raya la ira que amenazaba con empujarme a hacer otra elección poco aconsejable. Daba igual lo que Veses hubiese hecho con Nyktos ni qué relación tenía con él, era una Primigenia y no alguien a quien yo quisiese enfadar. Mantuve la daga escondida dentro de la manga de mi bata mientras echaba un rápido vistazo a Ector. No se había movido. Ni una sola vez.

—Ya te he oído.

La cabeza de Veses se ladeó, al mismo tiempo que su boca, ancha y del color de unas exuberantes bayas rojas, se curvaba por las comisuras. La sonrisa podría haber sido preciosa, si no fuera por su dejo frío y calculador.

Justo entonces me di cuenta de lo que me había estado rondando por la cabeza cuando había regresado a mis aposentos. Ector había dicho que, hasta hacía poco, las Tinieblas no solían ir hasta Lethe. No obstante, cuando Taric y los otros dos dioses habían ido al palacio, habían conducido a las Tinieblas a Lethe primero como manera de alejar a Nyktos de allí. Como distracción. No recordaba si le había contado eso a Nyktos o no, pero era una gran

coincidencia que Veses paseara por el palacio ahora, lanzando a dioses a través de puertas, cuando Nyktos estaba ocupado con otras cosas.

Resonaron unas pisadas aceleradas por el pasillo, luego se pararon en seco. Rhain apareció ante las puertas abiertas.

—*Joder*. —Esa palabra lo decía todo—. Lo siento, alteza. No sabía que estabas aquí. —Rhain hizo una reverencia rígida y miró de reojo el cuerpo desplomado de Ector—. Estos no son los aposentos de Nyktos. Le informaré de inmediato para que sepa de tu llegada. Ven —me dijo, sus ojos fijos en los míos.

—Eso no será necesario. —Veses contempló al pequeño *draken* que trataba de mirar por un lado de mí. Me moví para ocultar a Reaver. Era demasiado joven para presenciar todo lo que se traía Veses entre manos—. No he venido a ver a Nyktos.

Miedo. Los ojos de Rhain se abrieron más y pensé que veía miedo en ellos.

—Pero...

Veses movió un dedo, como si hiciera chascar el aire.

Rhain resbaló hacia atrás, salió por las puertas de la habitación y terminó en el pasillo. Eso fue todo lo que necesitó: un movimiento del dedo.

—Puedes llevártelo contigo —dijo, y el cuerpo inconsciente de Ector resbaló por el suelo y salió también al pasillo—. Debería despertarse... creo.

Rhain se despegó de...

Las puertas se cerraron con un sonoro golpe, una quedó colgando torcida del marco. Se habían roto cuando Veses lanzó a Ector a través de ellas, pero dudaba de que nada aparte de otro Primigenio fuera a entrar por allí ahora.

—¿Qué oyes? —preguntó Veses—. Es silencio, ¿verdad? —Un silencio absoluto. Nadie aporreó las puertas. No hubo más pisadas a la carrera—. Al menos Rhain recuerda cuál es su lugar. Tal vez le recuerde a Ector el suyo cuando se despierte —continuó—. Y a lo mejor lo perdono por su grave metedura de pata y por haberse interpuesto entre... —esa sonrisa regresó a su cara, pero era fingida— tú y yo. —Negó con la cabeza—. ¿Sabías que incluso ha desenvainado la espada contra mí? —Veses se echó a reír, pero yo abrí los ojos como platos—. ¿En qué estaría pensando? Atacarme cuando no eres la consorte de Nyktos.

Mierda.

¿En qué *estaba* pensando Ector?

Consciente de que Reaver todavía estaba detrás de mí, tragué saliva.

—A lo mejor su espada resbaló y cayó en su mano.

Veses se rio de nuevo, una risa de cuerpo entero que sacudió partes de ella que yo no debería poder ver.

—No estoy segura, pero quizá Nyktos sea capaz de convencerme de eso.

No me permití responder. No moví ni una pestaña.

—¿Sabes? No podía creerlo cuando me dijo que los rumores eran ciertos.

—Unos ojos perfilados de kohl se deslizaron hacia mí de tal modo que fui muy consciente del aspecto que debía tener con la bata y mi pelo con pinta de haber quedado atrapado en una tormenta de viento—. Lo poco que dijo sobre ti me dejó perpleja. —Se rio con suavidad y empezó a caminar con ademán acechante. Así era justo como se movía, como los grandes tigres rayados que rondaban por las tierras secas de Irelone. Se sentó en el sofá y extendió los brazos por el respaldo mientras cruzaba una pierna por encima de la otra—. ¿Sera? Ese es tu nombre, ¿verdad?

—Así es.

—Bueno, es Seraphena, para ser exactos —comentó, y la inquietud brotó en mi interior. ¿Habría estado en Dalos? ¿Habría hablado Kolis de mí? ¿O Hanan?—. He pensado que deberíamos tener una pequeña charla, Seraphena.

Miré de reojo las puertas.

—¿Sobre qué?

—Sobre muchas cosas. —No había perdido la sonrisa—. No te preocupes. Dudo de que vayan a interrumpirnos. A Rhain le costará un poco llegar hasta Nyktos. Al menos durante un rato. —No podía permitirme pensar en cómo se había asegurado Veses de eso, exactamente—. ¿Cómo te *convertiste tú* en su consorte?

—¿No te lo contó?

—Como ya he dicho, habló muy poco acerca de ti. —Sus ojos centelleaban como si estuviesen hechos de diamantes grises—. Como es obvio, me muero de anticipación por saber cómo fue.

Qué pena que esa afirmación no fuese literal.

—Nos conocimos en el mundo mortal. Yo estaba nadando en un lago cuando él se topó conmigo.

Unos dedos pálidos de uñas rosadas se desplegaron sobre los cojines del respaldo.

—¿Y?

—Y hablamos.

—Eso no puede ser todo.

—No lo fue.

Veses se quedó tan quieta que no estaba segura de que su pecho se moviera para respirar siquiera... y me dio la impresión de que lo sabría, dado que podía verlo todo a través de su vestido.

—Cuenta, cuenta.

—Creo que ya debes saberlo, puesto que estoy aquí —dije, al tiempo que recolocaba el cuerpo de modo que Reaver permaneciera detrás de mí.

—En realidad, sí lo sé. —Veses cambió de postura, apoyó los codos en sus muslos y la barbilla en sus manos unidas. El hecho de que estuviera aún más guapa fue muy desagradable—. Lo cual es la razón de que sepa que estás... mintiendo.

—No estoy mintiendo. —Le sostuve la mirada y ella se rio.

—Pero Nyktos también. —Sus ojos, con un tenue resplandor de esencia, se entornaron—. Supongo que tiene sentido.

—¿El qué? —Estiré una mano para bloquear a Reaver, que había empezado a deslizarse alrededor de mis piernas.

La sonrisa de Vesés volvió a sus labios, un tenso trazo color baya.

—Que tomase a una consorte pecosa y gorda.

Mis cejas subieron tanto por mi frente que no me habría sorprendido que llegasen hasta el techo. El insulto era tan patético que no pude sentirme más que decepcionada. Habría esperado algo mejor de una Primigenia.

—Eso sí, tu pelo es precioso, lo admito. Y —puso los ojos en blanco— tu cara es bastante agradable, supongo, incluso con las pecas.

—Gracias. —Tuve que forzar a la palabra a salir por mi boca. Vesés sonrió con suficiencia.

—Aunque, claro, eres su consorte solo en título, ¿correcto?

Un calor cosquilloso escaldó mi piel e hizo que mi cuello y mis mejillas se sonrojaran. Era la verdad, pero ¿se lo habría dicho él? No había otra forma de que Vesés lo supiera. Eso sacudió la caja en mi interior lo suficiente como para sentir una rápida punzada de dolor... Dolió igual que cuando los vi juntos en la oficina de Nyktos.

—Oh. —Sus ojos se abrieron mucho y se llevó unos dedos delgados a la base del cuello—. Lo siento.

—¿Por qué te estás disculpando? —la interrumpí, y volví a sellar mis emociones—. Eso no lo dijiste tú.

—Cierto, no fui yo. Fue tu futuro *marido*. Es muy elegante por tu parte reconocerlo —dijo, y casi me eché a reír. No pensaba ni por un segundo que ella creyera eso. Sus espesas pestañas oscuras se entrecerraron—. ¿Te hablé de mí? ¿De nosotros?

Me puse tensa.

—Sí, lo hizo.

Unos ojos llenos de *eather* se levantaron hacia los míos. No solo rebosaban esencia. También rebosaban ansiedad. Del tipo cruel que había visto a menudo en las miradas de Tavios.

—¿Qué dijo?

—No gran cosa, la verdad —comenté, al tiempo que me decía que estaría mejor con la boca cerrada. Que era mejor no pinchar a esta Primigenia. No lanzarle pullas con sus propias palabras. Pero, como de costumbre, hice caso omiso de esa voz—. Fue mi turno de estar perpleja. Verás, te vi cuando viniste la última vez. Vi lo preciosa que eres. Pero todo lo que dijo Nyktos sobre ti es que eres de lo peor que hay.

—¿Eso dijo? —La gravilla había sustituido al terciopelo en su voz.

—Ajá. —Y lo había hecho en un momento dado, así que no era una mentira.

Sus labios se apretaron en una línea fina.

—Nyktos tiene una manera muy poética de hablar de las mujeres de su vida, ¿verdad?

Se me escapó una risa breve y seca.

—Es cierto.

—¿Y eso no te molesta?

—¿Te molesta *a ti*? —le lancé de vuelta.

Unos bucles dorados resbalaron sobre su pecho cuando inclinó la cabeza.

—Yo no soy la que se va a convertir en su consorte.

—Entonces, ¿eso es lo que te molesta? ¿Que sea yo, pecosa y gorda, la que vaya a serlo? ¿Y no tú?

—Venga ya. —Se levantó con una gracia fluida—. Yo soy una Primigenia. No puedo ser una consorte.

—Pero sí podrías ser su *mujer*. Deseas a Nyktos —le dije—. Es obvio.

—¿Desearlo? —Veses se acercó, lo cual inquietó a Reaver. Estiré el brazo hacia atrás y agarré su mano. Sus garras presionaron mi piel con suavidad—. Querida, yo ya lo tengo.

El brusco retortijón en mi estómago y en mi pecho me puso enferma.

—¿Era de esto de lo que querías hablarme?

Se encogió de hombros.

—Bueno, puesto que tu futuro con Nyktos me incluye a mí, pensé que podríamos conocernos un poco más.

El ácido se arremolinó en el fondo de mi garganta.

—Mi futuro con Nyktos no tiene nada que ver contigo.

—¿Eso es lo que crees? —Esta vez, la risa de Veses fue tan seca como unos huesos viejos.

—Es lo que sé.

—Entonces, lo que crees saber es un chiste.

—El único chiste que conozco es el que está de pie delante de mí —escupí, y mi contención saltó por los aires—. Y es uno patético.

Reaver volvió a hacer ese sonido otra vez. El que se parecía un montón a una risa.

Veses se echó hacia atrás, arqueó las cejas.

—¿Qué acabas de decir?

—¿Tengo que repetírtelo?

Una expresión de absoluta estupefacción cruzó su cara.

—¿Cómo te atreves a hablarme con semejante falta de respeto?

—Es bastante difícil hablarte con respeto cuando no te has ganado tal cosa, alteza.

Dos manchurrones rosados brotaron en sus mejillas y dio un paso hacia mí...

Reaver salió disparado de detrás de mis piernas, las alas desplegadas y gruñendo. Un miedo real explotó en mi interior. Agarré un delgado brazo escamoso, pero él forcejeó conmigo. Y el muy condenado era fuerte. Se apartó de mí todo lo que pudo, estiró el cuello y abrió la boca para escupir unas chispas que impactaron contra la falda del vestido lila de Veses y chamuscaron el finísimo satén.

Veses reaccionó tan deprisa como podía hacerlo una Primigenia. Reaver gimió cuando Veses le dio una patada que lo soltó de mi agarre. Salió volando hacia atrás para impactar contra la pared de al lado de la chimenea. Cayó al suelo y se encogió en un ovillo a poca distancia de donde había estado antes.

—Estúpido *draken* —masculló Veses—. Tienes suerte de que no te haya matado.

Un velo rojo se deslizó sobre mí. No hubo tiempo para pensar. Fue justo igual que cuando vi a los dioses en El Luxe, cuando tiraron a aquel pobre bebé al suelo como si no fuese nada más que basura de la que deshacerse. Reaccioné por pura furia vengativa.

Y esta vez, Nyktos no estaba ahí para detenerme.

Crucé la distancia que nos separaba, me estiré hacia arriba y clavé la daga profundo en su ojo, directa a través de él y hasta su cerebro.

Y no sentí ni un ápice de culpa.

Veses aulló y se echó atrás tan deprisa que no tuvo ocasión de extraer la daga. Chocó contra la esquina de la cama, pero logró mantener el equilibrio. No cayó. No se vino abajo en absoluto, ni por un segundo.

Joder.

Levantó la cabeza. Un río de sangre teñida de azul resbalaba por su mejilla mientras cerraba los dedos alrededor del mango de la daga y la extraía de su ojo. Pegotes de tejido espeso y gelatinoso colgaban de la piedra umbra. Se me revolvió el estómago. El *eather* emanaba de su ojo bueno y se extendía hacia el aire, crepitando y chisporroteando mientras tiraba la daga a un lado. El arma rebotó contra el suelo al tiempo que orbes de energía centelleante palpitaban sobre sus manos.

—Oh, mierda —susurré.

No la vi moverse, pero sentí el impacto cuando me golpeó en el pecho. Fue como un puñetazo... si fuese posible que un *relámpago* te diera un puñetazo. Una oleada de dolor se extendió por todo mi ser mientras volaba hacia atrás hasta estamparme contra el armario. Tenía los músculos tan rígidos que apenas sentí el impacto cuando caí hacia delante de rodillas. Una especie de rayo discurrió por mis venas y por mis nervios. Medio embotada, me di cuenta de que ni siquiera me había puesto una mano encima. Eso había sido *eather*. Una miríada de estrellitas danzaban ante mis ojos.

—Zorra estúpida. —Veses me agarró del pelo y me tiró como si no fuese más que una almohada.

Golpeé el suelo con fuerza y el poco aire que me quedaba en los pulmones salió de golpe. Rodé hasta chocar con el poste de la cama con un gemido gutural.

—¿Qué creías que ibas a lograr con eso? —preguntó Veses—. Soy una *Primigenia*.

El suelo se enfocó ante mis ojos a medida que las oleadas de dolor atroz fueron amainando. Algo no parecía estar bien dentro de mí. Varios algos. Me sentía un poco... suelta por dentro cuando levanté la cabeza. Reaver... estaba tumbado donde había aterrizado, aún hecho un ovillo pero en su forma mortal. Sentí un fogonazo de pánico cuando las brasas palpitaban en mi pecho. Rodé sobre la espalda, resollando, y algo se clavó en mis costillas. Un mango. La daga.

Veses se arrodilló a mi lado. Su ojo izquierdo era un desastre ensangrentado, pero ya empezaba a curarse. Me agarró del pelo otra vez y levantó mi cabeza del suelo. Sus labios se retorcieron en una mueca de desdén.

—A lo mejor Nyktos y tú encajáis bien, porque él tiene la costumbre de hacer las cosas más ilógicas. Después de todo, te ha tomado a ti como consorte. Intenté impedirlo. Envié a mi *draken* favorito y a mis guardias para sacarte de aquí. Y bueno, todos sabemos cómo acabó eso. Fue bastante inútil, visto que estás hechizada.

La sorpresa me golpeó con fuerza.

—Fuiste tú la que envió al *draken* a liberar a los dioses sepultados.

—Tenía que hacer algo antes de que Nyktos se metiera en más problemas. Como... ¿crees que nadie es consciente de que Taric y los otros estaban aquí antes de desaparecer? —Puso en blanco un ojo completo y uno a medio formar—. Y menuda coincidencia, ¿verdad? Estaban buscando algo en el mundo mortal y ¿sabes lo que era? Yo sí. Vida. Estaban buscando *vida*. Y la siguieron directo hasta la casa de la Muerte. Donde estás *tú*. ¿De verdad cree que nadie va a sumar dos más dos? —Arqueó las cejas—. Creía que tendría un golpe de suerte y Kolis denegaría la coronación antes de que Nyktos se diera cuenta de que había sido yo. Pero... hombres. Siempre puedes contar con ellos para hacer una cosa: tomar las decisiones equivocadas. Así que aquí estoy, tratando de ayudar a Nyktos y él cabreado conmigo por hacerlo. Pero ya sabes lo que dicen, ninguna acción buena queda sin castigo.

—¿Acción buena? —farfullé—. *Murió gente...*

—La gente muere todo el rato. —Me apartó de la cama de un tirón. Su agarre sobre mi pelo me provocó una intensa quemazón en el cuero cabelludo mientras ella se secaba la sangre de la cara—. Y ahora mira lo que va a pasar. Va a saber que fui yo. ¿Y lo has visto cuando está enfadado? —Un ojo se iluminó de brillante *eather*—. Se pone bastante destructivo. —Bajó la voz mientras lamía la sangre de sus dedos—. Es excitante en cierto modo. En esos momentos es deliciosamente impredecible.

—Eres... eres una retorcida.

Veses se rio.

—Oh, no te haces una idea.

—Creo que me estoy haciendo una buena idea.

—Yo también. —Veses se paró y volvió a arrodillarse. Soltó mi pelo, pero el alivio fue breve. Me agarró de la barbilla a cambio—. Sabía que había más en todo este asunto, sin importar lo que dijera Nyktos. Tenía que haber una razón para que estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa por ti. —Sus dedos se clavaron en mi barbilla y solté una exclamación ahogada cuando el dolor se extendió por mi mandíbula—. Te sentí cuando llegaste aquí. Pensé que me estaba imaginando cosas, pero cuando apareciste el otro día e

interrumpiste lo que había sido una noche muy agradable, te sentí otra vez. O sea que eso significa una de dos cosas: o te ha dado tanta de su sangre que puedo sentirlo a él en ti, o...

Mis ojos se clavaron en los de Veses. La *sensación* que había sentido en el pecho. La *vibración* de energía. Me había recordado a cuando Nyktos estaba cerca porque otro Primigenio estaba cerca. Había sentido algo parecido cuando llegó Attes. Era solo que no lo había reconocido y...

—O Nyktos no se ha encontrado a una consorte. —Veses acercó su boca a centímetros de la mía—. Se ha encontrado a una Primigenia en su Sacrificio. Y no una Primigenia cualquiera. Porque ¿sabes qué más he sentido hoy, procedente de Vathi? *Vida*. —Me dio un mordisquito en el labio de abajo—. Lo cual, por imposible que pueda sonar, sigue siendo más creíble que la posibilidad de que él haya compartido lo que es mío. Su sangre.

—Oh, sí que he tenido su sangre. —Le sonreí—. Lo he tenido *enterito*.

Su único ojo bueno se abrió de par en par.

Entonces atacué. Estampé el lado de mi mano contra su cuello tan fuerte como pude.

Veses soltó mi barbilla y se tambaleó mientras se atragantaba, una mano plantada en el cuello. Gateé a toda velocidad hasta Reaver. Las brasas de mi pecho seguían palpitando y la energía aumentó a toda velocidad en mi interior. Una espiral de calor bajó por mi brazo. El *eather* se avivó.

Veses agarró mi bata por la espalda y me tiró hacia atrás. Resbalé por el suelo hasta chocar con el pie del sofá. Esa caja en la que había guardado todas esas emociones volátiles se estremeció, tembló y se agrietó y...

Las puertas del dormitorio se abrieron de golpe. Veses giró en redondo, pero no fue Nyktos el que entró.

Fue *Bele*.

Capítulo 38



—Tus ojos —musitó Veses con voz ronca pero asombrada.

—¿Sí? —Bele miró hacia donde Reaver yacía quieto en su forma mortal, y luego me miró—. ¿Qué les pasa?

—No te hagas la ingenua, Bele. Fuiste tú la que Ascendió. —Le lanzó a Bele una sonrisa sanguinolenta—. Debe ser mi día de suerte. Han puesto precio a tu cabeza.

—Por el aspecto que tiene tu cara, desde luego que diría que no es tu día de suerte. —Bele esbozó una sonrisa de suficiencia—. Y ese mal día va a continuar en cuanto regrese Nyktos.

Con respiraciones superficiales y demasiado cortas, me puse de rodillas a duras penas. Solo logré llegar hasta ahí por el momento. Un intenso dolor alanceaba mis costillas y mi pelvis. Parpadeé hasta que logré despejar mi visión borrosa. Entonces pude ver mi daga, tirada entre Reaver y yo.

Veses encogió un hombro.

—No será tan malo como el que tendrás tú cuando Kolis te arranque el corazón del pecho y lo devore.

—Hay partes de mí mucho más apetitosas, pero lo que tú digas. —Despacio, Bele se adentró más en la habitación sin quitarle el ojo de encima a la Primigenia, mientras yo me forzaba a arrastrarme con disimulo hacia Reaver. Cada centímetro que medio gateé medio me deslicé por el suelo era como si una decena de dagas estuvieran apuñalando mis costillas—. Si has venido a buscarme, ya me has encontrado.

—No, no había venido por ti —dijo Veses, justo cuando yo pescaba la daga del suelo—. Tú eres tan solo un extra.

Bele frunció el ceño.

—Bueno, pues si has venido a por ella, me parece que será un problema.

—¿Tú crees? —espetó Veses.

—Para ti —añadió Bele. Por fin llegué al lado de Reaver—. Te das cuenta de quién es ella, ¿verdad? —Bele me señaló con un gesto de la barbilla—. Es la consorte de Nyktos. Tienes que saberlo. Y ese es uno de sus *drakens*... uno de los *drakens* de *Nektas*.

—¿Tengo pinta de que me importe alguna de esas cosas?

Bele se rio con suavidad mientras caminaba en círculo alrededor de la Primigenia.

—Te importará.

—¿Qué crees que vas a hacer con esa espada? —preguntó Veses, y me dio la espalda por completo.

Un llamativo moratón rojo oscuro se había formado ya sobre el pecho de Reaver. Deslicé una mano por su frente demasiado pálida, retiré un poco su pelo. Tenía los ojos cerrados y las brasas... palpitaban casi con la misma fuerza que después de haber pagado el precio que había exigido Kolis. No solo estaba herido.

—Reaver está herido. —Me giré hacia atrás al tiempo que secaba la sangre de mi barbilla con el dorso de mi mano cosquillosa.

Los ojos de Bele se cruzaron un momento con los míos cuando consiguió interponerse entre Veses y nosotros.

—¿Es grave?

Un nudo de emoción se atoró en mi garganta.

—Mucho.

—Se pondrá bien. —Veses puso los ojos en blanco, aunque su voz vaciló—. Es un *draken*.

—¡Es un niño! —escupí.

—¿Y? —Veses levantó la barbilla—. No debió atacarme.

—Veses. —Bele chasqueó la lengua con suavidad—. ¿Tan débil estás que consideraste que un jovenzuelo era una amenaza?

—Una amenaza, no. Una falta de respeto —masculló con desprecio—. Y tú no has contestado a mi pregunta acerca de la espada. No puedes atacarme.

—¿No puedo? —Bele continuó avanzando poco a poco hacia Veses, con lo que la forzaba a alejarse de mí... y de Reaver.

—Ya conoces las reglas —dijo Veses—. Todavía no es su consorte, y el *draken*, joven o no, no tiene ningún derecho a defenderla de mí. Yo no he hecho nada mal.

—Ah, sí, las reglas. Pero como has dicho, mi cabeza ya tiene precio —dijo Bele—. Uno que estoy seguro que consiste en llevarme a Dalos, viva o muerta. Así que ¿qué más da si rompo alguna regla?

—¿Reaver? —Toqué su mejilla. Tenía la piel fría y húmeda. Con una mueca, agarré la suave manta del diván y la pasé por encima de él. Su pecho apenas se movía. Empecé a preocuparme de verdad. No había recuperado el conocimiento y parecía haber cambiado de forma de manera inconsciente. Ya había visto a *drakens* hacer eso cuando estaban heridos de gravedad.

Se me secó la garganta mientras les lanzaba a Bele y a Veses una mirada rápida, consciente de que estaba a punto de correr otro riesgo enorme. Puede que Veses solo sospechara que yo era la fuente de poder que había sentido, pero tenía que hacer algo. No podía dejar morir a Reaver, y mucho me temía que el palpar de las brasas me estaba advirtiendo justo de eso. Percibían que la muerte era inminente.

Yo lo percibía.

Y fuera cual fuere el riesgo que estaba corriendo al confirmar las brasas que había dentro de mí, merecía la pena. La joven vida de Reaver merecía la pena. Igual que la había merecido la de Thad.

Las brasas continuaron zumbando, presionaban contra mi piel. Mis sentidos se abrieron y estiraron. Dejé la daga al lado de Reaver y puse la palma de la mano plana sobre su pecho. Fue casi como cuando lo había hecho antes con Thad, pero esto había sido más rápido, aún más instintivo, como si utilizar las brasas las hiciera más fuertes, más veloces en su respuesta. Como si las brasas de verdad fuesen mías cuando eché mano del *eather* y este respondió a *mi* voluntad.

Un poder anciano y puro brotó de mi pecho, inundó mis venas por segunda vez ese día. Una emoción caliente y embriagadora fluyó con mi sangre. La oleada de energía parecía diferente esta vez, como si hubiera un reconocimiento. Un... *regreso al hogar*.

Solté una exclamación ahogada cuando respiré hondo y capté el olor a lilas, a lilas recién florecidas. *Vida*. El *eather* vibró a través de mí, brotó de las yemas de mis dedos y chisporroteó por encima del pecho de Reaver. La luz centelleante se extendió por el pequeño cuerpo de Reaver en una ola ondulante, luego se filtró en su piel y llenó las venas bajo las suaves crestas de piel pálida y amoratada.

El *eather* se avivó y palpitó, luego se difuminó poco a poco hasta ser un resplandor suave que perduró solo unos momentos más. El moratón de su pecho se fue borrando y entonces sucedió la cosa más preciosa.

El pecho de Reaver se hinchó con una respiración profunda y sus ojos se abrieron... ojos de un rutilante azul cobalto antes de volver a su habitual tono carmesí.

—*Liessa* —susurró, los ojos llenos de lágrimas que colgaban también de sus pestañas.

Me estremecí y retiré el pelo de su mejilla.

—Todo irá bien.

—Y una mierda —explotó Vesés, pero Reaver cerró los ojos. Mi cabeza voló hacia ella al tiempo que ponía una mano sobre el mango de la daga—. O sea que yo tenía razón. Has sido tú. —Dio un paso atrás, sus ojos... el que yo había apuñalado, ya curado... se abrieron como platos y se llenaron de *horror*—. ¿Qué ha hecho Nyktos?

—Él no ha hecho nada —le dije.

Vesés sacudió la cabeza.

—¿Qué eres...?

Bele levantó la espada.

La Primigenia atacó como una víbora. Se movía tan deprisa que yo no era capaz de seguir sus movimientos. Agarró la espada de Bele y la hoja se desintegró con un fogonazo de luz plateada. Luego estampó la mano contra el pecho de la diosa Ascendida y la lanzó varios metros hacia atrás.

Bele golpeó la pared de al lado del balcón y cayó hacia delante de rodillas. Levantó la cabeza, retiró el pelo oscuro de su cara.

—Auch.

Vesés se sacudió el polvo de piedra umbra de las manos e hizo ademán de ir hacia Bele. Pasé a la acción. Respiré hondo con una aguda punzada de dolor mientras levantaba el brazo y lancé la daga a la parte de atrás de la cabeza de Vesés. La Primigenia giró en redondo, la cabeza ladeada.

—¿En serio?

La daga se paró en medio del aire y luego voló de vuelta hacia mí.

Con una exclamación, me agaché y la hoja pasó silbando por encima de mi cabeza para incrustarse bien hondo en la pared detrás de mí.

—Mierda.

Bele se incorporó, trató de abalanzarse sobre Vesés...

La Primigenia levantó la mano y Bele salió volando. No le quité los ojos de encima a Vesés, pero oí el impacto de Bele. Fue *sonoro*.

—Si fueses lista, Bele, te quedarías donde estás. Si lo haces, a lo mejor vives para ver otro día —le advirtió la Primigenia, y se volvió hacia mí—.

Pero ¿tú? Tú desde luego que vas a morir. Porque eres... —aspiró una bocanada de aire brusca— eres una *abominación*.

—Qué maleducada —resollé.

El *eather* chisporroteó por su piel y cargó el aire de poder mientras yo me colocaba sobre Reaver, todo el cuerpo en tensión.

—¿Y si no me quedo donde estoy? —preguntó Bele, mientras se ponía de rodillas.

Los ojos de Vesés se convirtieron en orbes de plata.

—Entonces, tú también puedes morir.

Bele giró sobre la rodilla y se levantó mientras una luz blanca y plata giraba en espiral por sus brazos y estallaba entre las palmas de sus manos. El *eather* se estiró y se curvó para adoptar a toda velocidad la forma de un arco y una flecha. Con una sonrisilla, tensó la cuerda de *eather*.

—Zorra, espero que lo intentes.

Me quedé boquiabierta. Taric había invocado una espada de *eather* puro, pero nunca había visto a Bele hacer algo así.

—Si disparas esa flecha, lo único que vas a conseguir es cabrearme —advirtió Vesés—. Y me refiero a cabrearme de verdad.

—Ups. —Bele dejó volar la flecha.

Vesés giró en el sitio. El proyectil rozó su mejilla y la rajó. La Primigenia aulló y se elevó por los aires mientras el *eather* crepitaba en sus ojos y chisporroteaba sobre las yemas de sus dedos...

De repente, la brasa perteneciente a Nyktos empezó a vibrar frenética. Un leve temblor se movió bajo el suelo de piedra umbra y la cabeza de Vesés giró a la velocidad del rayo hacia las puertas abiertas, donde la noche se había acumulado, espesa y oscura. Otra carga de energía barrió la habitación y danzó sobre mi piel. Se me pusieron de punta todos los pelillos del cuerpo. El aire que espiré formó una tenue nubecilla de vaho. Hasta el último rincón de mi ser reconoció la fuente de poder que irrumpía en la habitación.

Gruesos zarcillos de medianoche y luz de luna se extendieron por la estancia, me recordaron a lo que había visto en mi dormitorio aquella noche. Espirales de neblina giratoria rodaron por el suelo y treparon por las paredes. El poco aire que me quedaba en los pulmones me abandonó cuando Nyktos echó a andar, sus ojos fijos en los míos. Intenté recuperar ese aire, pero la temperatura ambiental continuaba bajando, tan frígida ya que me empezaron a hormiguear los labios. No podía quitarle los ojos de encima.

Su piel se había afinado hasta el punto en que era más sombras y luz de luna que piel. El poder que irradiaba inundó el aire. Las hebras de *eather* se

habían arremolinado a su alrededor, giraban en torno a sus piernas y lamían sus hombros. Entre todo ello, vi el tenue contorno de sus alas.

Nyktos era una tormenta de furia giratoria. Unas sombras ribeteadas de finas hebras de plata salieron disparadas de él y afloraron debajo de su piel. Jamás lo había visto más frío, más duro o más como un Primigenio de la Muerte que en ese momento.

—Veses lo sabe. —Bele se levantó, el crepitante arco de *eather* aún apuntado hacia la Primigenia, otra flecha de energía pura cargada en la cuerda —. Lo de Sera.

Los bucles dorados volaron alrededor de la cabeza de Vesés como serpientes voraces mientras ella se arrodillaba.

—Nyktos...

—Cierra la boca —gruñó él, la vista aún fija en mí mientras levantaba la mano. Un fogonazo de *eather* explotó de la palma de su mano y cruzó la habitación como un rayo. Me encogí un poco ante esa luz cegadora y pegué a Reaver más a mí por instinto.

Esta vez, Vesés no fue tan rápida.

La explosión de energía la golpeó en pleno pecho y la lanzó hacia atrás. Solté una exclamación cuando todo su cuerpo se iluminó. Por un momento, se quedó suspendida en el aire, sus venas refulgían mientras la luz inundaba su boca, sus fosas nasales y sus ojos. Después voló un poco más hacia atrás y se estampó contra la pared. Nunca pensé que podría emocionarme tanto al oír el sonido carnosos de un cuerpo al chocar contra una superficie sólida.

Vesés resbaló por la piedra mientras sufría espasmos y convulsiones, hasta que se desplomó en el suelo. La energía crepitante se diluyó, dejando atrás un olor a carne quemada. Manaba sangre de su nariz y de su boca, también goteaba de sus oídos. La piel por encima de sus codos y muñecas estaba oscura y quemada.

Vesés estaba fuera de juego, pero no sabía durante cuánto tiempo.

—Llévala —ordenó Nyktos mientras cruzaba la habitación, el tenue contorno de sus alas ahumadas visibles durante un breve instante más antes de desaparecer—. Encerradla en una de las celdas.

Parpadeé cuando vi aparecer a Orphine, acompañada de quien supuse que era su hermano Ehtawn.

—Ojalá pudiéramos meter su culo en el Abismo de una vez —musitó Ehtawn. Agarró el brazo de la Primigenia inconsciente y se la echó al hombro como un saco de grano apelmazado. Me dio la impresión de que estaba sonriendo.

—Sera.

Di un respingo al oír mi nombre.

Nyktos estaba arrodillado delante de mí, y ya no tuve ojos para nadie más. Tenía sangre en la sien izquierda, pero no supe si era suya o de otra persona.

—Reaver estaba herido —farfullé con voz rasposa mientras bajaba la vista hacia el *draken*—. Ella lo *hirió*.

Tocó la mejilla del chico, sin apartar la vista de mí.

—Pero ya está bien.

—Ahora mismo, solo duerme. —Descubrí que todo mi cuerpo temblaba mientras contemplaba a Reaver, cuya piel había recuperado su habitual tono dorado polvoriento—. Tenía que hacer algo. Estaba *muy* malherido y no podía...

—Está bien. —Nyktos levantó la mano y tocó *mi* mejilla, solo con las yemas de los dedos—. Lo has salvado. Eso es lo único que importa.

—Pero ella lo *sabe* —le advertí—. Y no es como Attes. Ella no guardará el secreto. Pase lo que pase en...

—No tendrá ocasión de contárselo a Kolis —me interrumpió Nyktos, al tiempo que deslizaba los dedos con sumo cuidado por la curva de mi mandíbula, donde más dolía—. No podrá salir de esa celda.

—No quería contárselo a Kolis. Cuando se dio cuenta de lo que podía hacer, quiso matarme. —Mi espalda palpitó cuando me incliné hacia delante. Hice una mueca—. Eso no tiene mucho sentido, ¿no crees? Pero estaba... parecía asustada cuando vio lo que era capaz de hacer.

El *eather* se avivó en sus ojos otra vez mientras me miraba de arriba abajo. Apretó la mandíbula.

—¿Bele? ¿Estás bien?

—Sí. —La diosa se acercó más—. Sera tiene razón. Veses parecía muerta de miedo.

—También había sentido lo que había pasado más temprano hoy —le conté.

—¿Qué demonios ha pasado más temprano hoy? —preguntó Bele.

Nyktos levantó una mano para silenciarla.

Aspiré una bocanada de aire superficial, dolorosa.

—Pero vino aquí porque dijo que había sentido algo diferente en mí cuando os vi... cuando estuvo aquí la última vez —expliqué, sin mirarlo ahora. Era importante que le dijera esto—. Y por eso volvió. Las Tinieblas...

—Fue ella —me interrumpió Nyktos—. No me había dado cuenta hasta que Rhain vino a buscarnos. Hubiese llegado hasta mí antes, pero había un

montón de Tinieblas. Tantas que estaban sobrepasando a Orphine y a Ehthawn.

Hice una mueca. Sabía que eso significaba que Nyktos había tenido que matar a las Tinieblas, y sabía que eso lo afectaría.

—Lo siento. —Nyktos dio un respingo tan enérgico que levanté la vista hacia él. Tenía los ojos muy abiertos y fijos en mí. Me dio la impresión de que no entendía por qué le había dicho eso—. Sé que no te gusta matar a las Tinieblas. Siento que tuvieras que hacerlo. —Siguió mirándome como si me hubiesen crecido dos cabezas—. Fue ella. —Seguí hablando, a pesar del dolor creciente—. Uno de sus *drakens* liberó a los dioses sepultados. Lo envió, junto a uno de sus guardias, para secuestrarme. Dijo que lo hizo porque sabía que había más detrás de por qué me tomarías como consorte —continué, y el *eather* voló por sus ojos—. Actuaba como si te estuviese ayudando.

—Eso es lo último que estaba haciendo. —Nyktos miró a Bele—. Lleva a Reaver a mis dependencias. Quédate con él. Es probable que esté confundido cuando despierte.

—De acuerdo. —Bele se inclinó hacia Reaver, pero yo me aferré a su pequeño cuerpo, reacia a dejarlo marchar. Bele me miró—. Lo tengo.

Sabía que el chico estaba bien, pero por alguna razón, me quedé agarrada a él.

—Puedes soltarlo, Sera. —Nyktos giró con cuidado mi cabeza hacia él. La presión comprimió mi pecho—. Reaver está bien. Tú no. Deja que Bele cuide de él para que yo pueda cuidar de ti.

Mi corazón trastabilló y aflojé las manos lo suficiente para que Bele pudiera pasar con suavidad un brazo por debajo de los hombros de Reaver. Nyktos subió la manta para mantenerlo tapado.

—Gracias —susurré. Me sentía un poco desconectada—. Gracias por haber venido cuando viniste.

—No necesitas darme las gracias. —Bele levantó en brazos al jovenzuelo dormido—. Hacía una eternidad que esperaba poder ponerle las manos encima a esa zorra.

Me reí y me dolieron la mandíbula, el pecho y otros sitios demasiado numerosos para contar.

Un músculo se apretó en la mandíbula de Nyktos, pero se giró hacia atrás. Vi a Saion y a Theon.

—Vigilad a Veses de cerca.

Los dioses asintieron. Los dos parecían un poco descompuestos, como si hubiesen estado en batalla, y me pregunté exactamente a cuántas Tinieblas

había conseguido Veses poner histéricas.

—¿Ector? —les pregunté, aunque tuve que contener la respiración cuando un dolor agudo alanceó mis costillas—. ¿Ector está bien?

Saion asintió.

—Lo estará.

Aliviada, cerré los ojos y me recosté contra el diván.

—Ector trató de impedir que Veses entrase aquí —le conté, vagamente consciente de que los otros se marchaban—. ¿Por qué haría algo así? Sabía cómo se pondría ella.

—Bele también lo sabía. —Nykto pasó mi pelo por encima de mi hombro—. Estaban dispuestos a correr ese riesgo por protegerte.

Abrí los ojos.

—Podrían haber muerto.

—Lo saben.

—Y aún podrían ser castigados si Kolis u otra persona descubrieran que se enfrentaron a una Primigenia.

—Eso también lo saben.

Nykto estaba de rodillas, inclinado sobre mis piernas.

—Sera, estás herida.

—Sí —murmuré. No había quién lo negara—. Creo que a lo mejor tengo un par de costillas rotas.

Las sombras se congregaron en sus mejillas.

—No creo que eso sea todo —dijo él, y deslizó el pulgar por la comisura de mi labio. Tenía la yema roja cuando retiró la mano—. Tienes mucho dolor.

—Cierto, pero la apuñalé en el ojo. Fue repugnante. —Le regalé una mueca de sonrisa—. Pero mereció la pena.

Su risa fue suave y un poco forzada.

—Vas a necesitar mi sangre.

Mi corazón dio una sacudida perezosa, aunque no me sorprendió oír eso. Porque había muchas probabilidades de que ahora hubiese sufrido lesiones mucho más graves que las que sufrí cuando atacó el *draken*. No me sentía bien por dentro, como si partes importantes de mí no estuviesen del todo bien conectadas.

—No podemos arriesgarnos a que te sumas en otra estasis, Sera. Podrías no despertar de ella —me dijo al percibir mi vacilación—. Me marcharé justo después. No tienes que preocuparte por cómo podría afectarte mi sangre.

—No es eso. —Una mirada dubitativa se coló en la cara de Nykto mientras yo levantaba un brazo extrañamente débil y tocaba la mano que él

tenía apoyada en el suelo al lado de mi cadera. La corriente de energía fue tenue—. Tu piel está gélida. Tan fría como antes. —El porqué se me ocurrió de repente y me dio un vuelco al corazón—. Es... porque ella se alimenta de ti, ¿verdad? Por eso tienes la piel tan fría.

Se puso tenso.

—Ya te dije por qué mi piel es fría. Soy la Muerte.

Era *verdad* que me había dicho eso, pero en realidad no había tenido demasiado sentido para mí. Nyktos me miró durante un instante.

—No importa —dijo, aunque yo pensé que sí que importaba—. Estaré bien. Tú, sin embargo, podrías no estarlo.

Suspiré. Sabía que no era sensato discutir por esto. No quería sumirme en otro sueño de varios días del que a lo mejor no despertara.

—Vale —acepté—. Hagámoslo y ya está.

Nyktos arqueó una ceja, pero fue lo bastante listo como para no decir nada. Se acercó más a mí y se sentó en el suelo a mi lado. No pude evitar observarlo cuando levantó su muñeca hacia su boca. Vi solo un atisbo de sus colmillos antes de que se clavaran profundo en su piel. Hice una mueca, igual que había hecho antes. Levantó la boca para revelar las sangrantes heridas punzantes. Una reluciente sangre roja azulada se arremolinaba en dos círculos perfectos, y su olor, ese aroma a cítricos y aire fresco, era más potente.

Ninguno de los dos habló cuando acercó la muñeca a mi boca, pero no vacilé como lo había hecho la vez anterior. Casi me pareció natural agachar la cabeza. Y quizá fuesen las brasas, pero a lo mejor era yo.

Cerré la boca sobre la herida y succioné de su mordisco mientras mis ojos se cerraban. Su sabor inicial fue un *shock* para mis sentidos. Una sacudida para todo mi cuerpo que era probable que no fuese a menguar nunca, lo saboreara las veces que lo saboreara.

Una sensación cosquillosa se extendió por mi lengua y por el interior de mi boca, luego pasó a mi garganta mientras tragaba. Me pareció raro que su sangre pudiese estar tan calentita y su piel estuviese tan fría, sin embargo los recuerdos que tenía de su sabor no le habían hecho justicia alguna. Miel dulce y ahumada. Deliciosa. Cautivadora. Tragué, más y más, maravillada por el calor embriagador que se filtraba en mi pecho y mi estómago, y aliviaba los dolores por el camino.

—Solo un poco más —dijo Nyktos, su voz más grave, más pastosa.

Succioné más fuerte, solo vagamente consciente de que sujetaba su brazo y que mis dedos estaban enroscados con fuerza alrededor de los suyos. Pensé que era probable que no debiera hacer eso ahora, pero ese pensamiento fue de

lo más efímero. Una inconveniencia. El zumbido de su sangre impregnó esa parte hueca de mí, ahogó el dolor de mis costillas y mi estómago, y se llevó con él un daño más profundo y arraigado que iba más allá de lo físico.

Entonces la encontré.

La sentí.

Paz.

Fue como sumergirse debajo de unas aguas tranquilas, rodeada de silencio y de *paz*. Pero en esa oscuridad fría, había *colores*. Se avivaron con una chispa de plata y negro y, del mismo modo que se habían formado las imágenes en los Estanques de Divanash, una surgió en mi mente. Era yo. Estaba de pie en el patio de la Casa de Haides, vestida con un traje negro, con el cielo gris lleno de estrellas detrás de mí. Con las mejillas arreboladas y ojos de un verde febril y salvaje, sujetaba una espada corta cuya hoja de piedra umbra centelleaba mientras un pálido rizo plateado danzaba por mi mejilla, tocaba la comisura de mis labios y yo le sonreía a...

Era un recuerdo de mí, pero no mi recuerdo.

—Creo que ya basta —gruñó Nyktos, y el recuerdo se hizo añicos mientras él soltaba con ternura su muñeca de mi agarre.

Mis párpados aletearon antes de abrir los ojos y mis manos cayeron a mi regazo. A mi lado, Nyktos se sentó, una pierna doblada mientras se llevaba la muñeca a la boca y sellaba la herida que había creado. Ya no había sombras bajo su piel, pero esta estaba aún más fina, las oquedades de sus mejillas más prominentes y su tez más pálida.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó.

Revisé mi estado en mi mente, algo aturdida.

—Mejor. —Solté el aire, una bocanada larga y lenta, sin asomo de dolor. Si teníamos en cuenta lo que yo podía hacer con mis manos, la habilidad sanadora de la sangre de un Primigenio no debería sorprenderme, pero lo hacía—. Gracias.

Nyktos asintió y sus pestañas bajaron para medio ocultar sus ojos. Empezó a levantarse.

—Te esperaré en mis aposentos...

—Espera —lo detuve. Su mandíbula se apretó—. Me vi de pie en el patio, cuando te puse esa espada al cuello —le dije, y noté que mi piel empezaba a vibrar a medida que el calor de su sangre continuaba abriéndose paso por mis músculos—. ¿Por qué habré pensado algo así?

—Tú no estabas pensando en eso —dijo con voz hosca—. Lo estaba pensando yo.

—Pero ¿cómo...?

—Puede ocurrir, cuando un dios o un Primigenio se alimenta de otro. Pueden percibir, o ver, lo que el otro está pensando. O encontrar un recuerdo. Algunos tienen más destreza a la hora de extraer recuerdos más antiguos mientras se alimentan.

—Como Taric —murmuré—. Pero no te he hecho daño, ¿verdad?

Nyktos negó con la cabeza.

—La última vez que te alimentaste no fuiste capaz de hacer esto, pero ahora estás aún más cerca de tu Ascensión.

—Eso no es bueno.

—No. —Las pestañas de Nyktos subieron—. Tenemos que sacar esas brasas de ti.

El miedo empezó a acumularse, pero enseguida se esfumó. No hubo previo aviso antes de que el agradable calorcillo de mi sangre y mis músculos se convirtiera en un calor abrasador. Aunque sabía de antemano lo que haría su sangre, el repentino e intenso deseo fue brutal de todos modos y me robó el aire que inspiré. Mis dedos se enroscaron en la suave tela de mi bata al tiempo que un deseo doloroso afloraba, palpitaba.

Oh, por todos los dioses, qué caliente estaba. Demasiado caliente. Mis dedos volaron hacia los botones de la bata para abrirlos. La tela se abrió hacia los lados y un maravilloso aire fresco resbaló por encima del finísimo camisón y mi piel acalorada.

El alivio duró tan solo unos segundos... si acaso.

Mi corazón empezó a acelerarse. Me estremecí, hice rechinar mis dientes, pero no había forma de parar la intensa oleada de sensaciones cosquillosas que me recorría de arriba abajo, ni el gemido que se me escapó ante el resbaladizo calor que invadía de repente cada parte de mi ser y cada rincón de mis sentidos. Le siguió una sensación pesada que se asentó en mis pechos y luego en el centro de mi ser. Mis pezones se tensaron, se endurecieron.

Quería más.

Sin importar cuánto me dijera que no debería.

Necesitaba más.

Y por todos los dioses, acogí la sensación con gusto porque no dejaba espacio al miedo, a la incertidumbre o a la fealdad de aquel día.

—Debería marcharme —masculló Nyktos, su voz sonó a humo y gravilla. Lo miré y me di cuenta de que eso tampoco debí hacerlo.

Retrocedió un poco, justo lo suficiente para que viera el grueso bulto de su pene apretado contra el cuero de sus pantalones. Casi gemí ante su

reacción visceral a *mi* lujuria... *a mí*. Por todos los dioses. Apreté los muslos, pero estaba vacía, y era muy fácil recordar la sensación de él dentro de mí, estirándome...

Me moví sin pensar y lo agarré del brazo. La corriente de energía y la sensación de su piel bajo mi mano despertaron otra oleada de deseo caliente y húmedo.

—Sera —bufó.

Con el pulso tronando, levanté la vista hacia él. Sus ojos eran como mercurio, ardientes, y giraban cargados de poder, de *deseo*. Mis uñas presionaron contra su piel.

Quédate.

No dije la palabra. La pensé. La recé, aunque sabía que yo misma podía poner fin a mi tormento, darme placer a mí misma. Pero deseaba esto. Lo deseaba a él, a pesar de los peligros a los que me conduciría ese deseo. A pesar de lo que había visto entre él y Veses y aún no comprendía.

Una lujuria absoluta cincelaba sus rasgos, ahuecaba sus mejillas mientras me miraba.

—Sabes lo que sucederá si no me marchó —gruñó. Advirtió—. Da igual cuánto me odies ahora, te odiarás más a ti misma después.

—No te odio —susurré.

—Mi sangre te está haciendo pensar que no.

Estaba equivocado. Deseé que eso fuese verdad. Todo sería muchísimo más fácil si lo odiara, pero no lo hacía.

—Creo que, más temprano, he demostrado que no te odio.

Su brazo temblaba en mis manos.

—Pues deberías.

—Debería. —Deslicé la lengua por mis dientes—. Podrías marcharte si quisieras.

Sus ojos saltaron hacia los míos.

—Lo sé.

—Pero no lo has hecho.

La tensión enmarcó su boca cuando sus ojos se posaron en mi pecho. Las puntas de mis pezones eran claramente visibles bajo el camisón. Un brillo depredador frunció sus labios y llenó sus ojos mientras observaba cómo contoneaba los hombros para dejar resbalar mi bata.

—Sera —masculló con voz rasposa. Sus labios se entreabrieron y sus ojos bajaron por el camisón translúcido hasta el espacio palpitante entre mis

piernas—. No sé si me encantan estas cosas que dices que son camiones o si las odio, joder.

Mi pecho entero subió y bajó de manera marcada. Nuestras miradas conectaron. Pasó un segundo. Luego otro.

—Pero hay un centenar de razones por las que uno de nosotros tiene que marcharse —dijo, nuestras respiraciones acompasadas—. Y solo una por la que ninguno de los dos lo hace.

—Deseo.

Negó con la cabeza un instante.

—*Necesidad.*

Y entonces estaba en sus brazos.

No sabía quién se había movido primero. No sabía si había sido yo la que había trepado a su abrazo, él el que había agarrado mis brazos, o si los dos nos habíamos movido al mismo tiempo.

Pero no importaba.

Su boca estaba sobre la mía, su beso salvaje y desesperado. Hambriento. Sentía su piel fría bajo su túnica desgarrada; apaciguó mi piel hipersensible y luego prendió otra desquiciante oleada de deseo. Las manos de ambos volaron hacia sus pantalones. Mis dedos se cerraron en torno a su grosor, lo acaricié a través de la suave tela. Él arrancó los botones y una lujuria cruda abrasó el aire que inspiré cuando se liberó.

En ese momento no importaba nada. Ni Veses. Ni el daño. El dolor. La fealdad. Tampoco lo cerca que había estado Reaver de la muerte. Ni lo que haría el haberlo salvado, ni lo cerca que yo estaba de la Ascensión. No pensé en nada mientras las manos de Nyktos iban a mis caderas para equilibrarme. Él consumía mis pensamientos y mi cuerpo. Esto lo hacía. Nosotros. Solté una exclamación cuando sentí la gruesa cabeza de su pene abrirse paso entre mi humedad y presionar contra mí. Agarré sus hombros. Nyktos temblaba. Se mantuvo muy quieto mientras yo iba bajando, gimiendo contra sus labios entre besos. La presión, el ardor, eran exquisitos. Sus dedos apretaron contra la piel de mis caderas mientras lo acogía en mi interior, centímetro a ardiente centímetro, hasta el final. Jadeé y me quedé muy quieta.

Parecía... oh, por los dioses, mi cabeza cayó hacia atrás. Parecía que estábamos hechos el uno para el otro.

El brazo de Nyktos se enroscó en torno a mi cintura mientras enterraba su otra mano en mi pelo y me agarraba por la nuca. Atrajo mi boca hacia la suya.

—Fóllame —ordenó.

Este era uno de esos raros momentos en los que estaba más que contenta de obedecer.

Me fui levantando para retirarme despacio antes de volver a bajar sobre él. Mi grito entrecortado se perdió en su gruñido rudo. La fricción de nuestros cuerpos al moverse y todo el impacto de él, tan profundo como podía llegar, casi me deshicieron. Me moví, con movimientos lentos y regulares, mi ritmo igual que el de su lengua.

Empecé a moverme más deprisa, a frotarme y restregarme contra él, apretada contra él. No había ningún ritmo. No más besos. Solo nuestros alientos compartidos y placer, mientras mis rodillas se clavaban en el duro suelo.

—Por los Hados —gimió con voz ronca—. Nada... *nada*... es como esto. —Sus caderas dieron énfasis a sus palabras con una embestida profunda—. Nada es como tú.

Me estremecí porque tenía razón. No había nada como *esto*. Podría pasarme una eternidad buscándolo, pero sabía que acabaría con las manos vacías. Porque era a él al que cabalgaba. Él quien estaba dentro de mí. Y de algún modo, eso me hizo estar aún más desesperada por grabarme este momento.

Mis dedos se enredaron en su pelo. El brazo en mi cintura se aflojó. Su mano se coló por debajo del tembloroso faldón de mi camisón para plantarse sobre el centro de mi culo. Froté mi pecho contra el suyo. Le di mordisquitos en la piel del cuello, saboreé la sal ahí arremolinada. Gemí cuando arrastró mi boca de vuelta a la suya. Nos besamos, y sus colmillos chocaron con mis dientes. Nuestros labios se hincharon. Nuestros cuerpos temblaban. Sus dedos se hincaron en mi culo, mientras tiraba de mí hacia él, más fuerte a cada embestida. Nos dimos mutuamente un festín. Nos devoramos. Todos mis músculos internos empezaron a estremecerse, a aferrarse a él. Yo gemía de placer; él gruñía de lo mismo. Y todo esto...

Todo esto parecía *más*.

Nyktos me atrajo más fuerte contra él, luego me sujetó en el sitio, con él bien profundo en mi interior, mientras se ponía de rodillas y luego me guiaba hacia el suelo. Su mano permaneció sobre la parte de atrás de mi cabeza mientras embestía una y otra vez, creando un escudo entre la dura superficie y yo. Enrosqué las piernas alrededor de sus caderas y lo recibí con gusto, mientras él embestía cada vez más profundo, más fuerte, más deprisa, hasta que el único sonido era el de nuestros cuerpos uniéndose.

Di un grito cuando tiró de mi cabeza hacia atrás para dejar al descubierto mi cuello. Sus colmillos rozaron mi vena palpitante, luego apretaron. Nyktos temblaba. No rompió la piel, se limitó a mantener los colmillos ahí, y eso fue todo lo que hizo falta. Exploté y me rompí en mil sedosos pedazos de placer que lo arrastraron a él también por el borde del precipicio hacia la tormenta conmigo. Nyktos alcanzó el clímax con un rugido contra mi cuello, su cuerpo daba sacudidas mientras se corría.

Su peso se asentó sobre mí mientras los espasmos de placer aún rodaban a través de los dos. Seguía aferrada a él, mis dedos perdidos en su pelo, mis uñas presionadas sobre la piel de su brazo, mis piernas aún enroscadas a su alrededor, aún meciendo mis caderas con suavidad. Nuestra respiración era deshilachada, nos costó calmarla, y sus colmillos...

Seguían en mi cuello.

Mi estómago aleteó y me apreté a su alrededor, lo cual le provocó un gemido ronco.

—Si necesitas alimentarte —susurré—. Puedes hacerlo.

Las caderas de Nyktos se quedaron muy quietas, aunque lo sentía palpar dentro de mí. No necesitaba hacerlo; quería hacerlo. Y yo quería sentir el dolor placentero de su mordisco. Las succiones profundas y lánguidas. Lo quería en mi cuello, en mis senos y entre mis piernas, lamiendo, succionando, bebiendo de mí como yo bebía de él. Me mordí el labio y gemí. Sus colmillos arañaron mi piel y hasta el último rincón de mi ser tembló.

Nyktos se estremeció, pero entonces se retiró.

—No puedo. No lo haré —jadeó, y dejó caer la frente sobre mi hombro—. No me merezco esto. Y joder, seguro que no merezco eso de ti.

Capítulo 39



Las dependencias privadas de Nyktos eran muy parecidas a su oficina y a su dormitorio: un espacio diáfano equipado solo con lo básico. Había una gran mesa ovalada delante de unas puertas que conducían a un balcón en alto enmarcado por dos columnas de piedra umbra. Alrededor de la mesa había varias sillas, y me pregunté con qué frecuencia celebraría reuniones ahí. Había también dos butacas de respaldo alto al lado de un aparador con decantadores de varios tamaños. No vi nada de ese vino *radek*. El único otro mueble era el mullido sofá en el que estaba sentada.

Las paredes estaban desnudas. Ningún recuerdo personal, ni cuadros, ni retratos... ni siquiera una prenda de ropa de más por ninguna parte.

Bajé la vista hacia Reaver, que dormía con la cabeza en mi regazo, y me pregunté cómo sería su habitación en su casa. Antes de marcharse a ver cómo estaba Ector y a buscar a Aios, Bele me había dicho que Reaver había despertado unos instantes para preguntar por mí. Su preocupación me había llegado al alma, así que ahí estaba ahora, peinando su pelo con los dedos. Reaver había intentado protegerme. Casi había muerto por ello, y eso aún aceleraba mi corazón. Era demasiado joven para experimentar nada de esto, y sabía que si nadie detenía a Kolis, lo peor estaba aún por venir.

Mientras observaba el pecho de Reaver hincharse y deshincharse bajo la camisa demasiado larga que Bele había encontrado para él, mis pensamientos pasaron de una cosa a la siguiente. Sin embargo, había un pensamiento que no hacía más que volver.

Estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por ti.

Lo que había dicho Veses aún rondaba por el fondo de mi mente, como una pesadilla, y me hacía pensar en otra cosa que había oído. Lo que había afirmado Rhain después de que los Cimmerianos apareciesen ante el Adarve.

Pensé en los heridos y fallecidos que había visto en el patio del palacio de Cor. Attes había parecido enojado, pero ¿había compartido Hanan los mismos sentimientos? ¿Y Kyn? ¿Los que habían estado en las salitas y los recovecos oscuros? Si los horrores de ese patio no los habían afectado, era muy probable que fuesen capaces de cometer actos igual de depravados. Y Veses...

Retiré el pelo de Reaver de su mejilla. ¿Y si fuese verdad que Nyktos estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por mí?

La presión se asentó sobre mi pecho mientras mis pensamientos iban a sitios terribles. Del tipo que hacía vibrar las brasas, pero no con la necesidad de curar y restaurar la vida.

Sino de terminar con ella.

Me concentré en mi respiración hasta que oí el suave *clic* de la puerta. Levanté los ojos y mis dedos se detuvieron sobre el pelo de Reaver cuando Nyktos salió de la sala de baño. Arrastraba una toalla por su pecho húmedo, tras haber esperado a que yo terminara de bañarme antes de ocuparse de sí mismo. No habíamos hablado demasiado, y desde luego no sobre lo que habíamos compartido.

No estaba segura de queuviésemos que hablar de ello.

No me arrepentía. No era como si no hubiese tenido el control de mis acciones. Lo había deseado, a pesar de lo que sabía y no sabía. Pero esa fachada de vacío parecía aún más frágil que de costumbre.

Y no estaba segura de si se debía a lo que habíamos compartido o a lo que empezaba a sospechar.

Nyktos colgó la toalla del respaldo de una silla.

—¿Aún duerme? —Bajé la vista hacia Reaver y asentí, aunque la preocupación me corroía por dentro—. Un *draken* joven podría dormir aunque una guerra arreciase a su alrededor. —Se acuclilló delante de nosotros y recolocó con ternura la manta alrededor de la cintura de Reaver—. Pero creo que el proceso de curarse... de curarse *del todo*... lleva algo más de tiempo que los resultados que se ven de inmediato. Tanto Gemma como Bele durmieron durante un tiempo, así que no deberías preocuparte.

Solté el aire despacio, sin molestarme siquiera en preguntarme si había proyectado mi preocupación o si Nyktos había leído sin más mis emociones.

—¿Y tú? —preguntó con voz queda—. ¿Cómo te encuentras?

—No me duele nada.

—No me refiero a eso.

Levanté los ojos hacia los suyos y... por todos los dioses, había un montón de cosas sobre las que teníamos que hablar. Sin embargo, sabía a qué se refería.

—Te deseaba —dije, mi voz apenas más que un susurro—. Ha sido mi elección. Mía. No tu sangre. —Me recosté contra el respaldo, con cuidado de no molestar a Reaver—. ¿Qué vas a hacer con ella?

—Permanecerá abajo. —Remetió un mechón de pelo húmedo detrás de su oreja—. No me contuve. El estallido de *eather* la ha sumido en estasis. Es probable que se quede así durante un par de días.

Me alivió oír *una* parte de eso.

—¿Y después qué? No puedes tenerla encerrada para siempre.

—Tampoco puedo soltarla.

—Porque acudirá a Kolis.

—Sí, pero hay más. Quiero creer que una vez que te conviertas en mi consorte, Veses sea consciente de que es una línea que no puede cruzar y que ella ya no tiene el control. —Nykto apretó la mandíbula—. Pero es imposible estar seguro, sobre todo cuando ya ha intentado raptarte antes. —Miró hacia la mesa, el ceño fruncido—. Nunca dijo nada de que pudiera sentirte.

—¿Cómo podía sentir ella las brasas cuando ni siquiera Kolis podía? —pregunté, con el ceño también fruncido.

—Veses es la Primigenia de los Ritos... de las *Ascensiones*. Y no solo de los mortales. Si había un Primigenio que podía sentir a una divinidad o a un dios cuando estaban cerca de su Ascensión, eran el verdadero Primigenio de la Vida y ella —explicó—. Pero no ha sido capaz de sentir ni siquiera a una divinidad cerca del final de su Sacrificio desde que Kolis le arrebató las brasas a mi padre. Algo cuyo enfado ha expresado repetidas veces a lo largo de los años.

—Deja que lo adivine —dije—. ¿Lo que hizo Kolis debilitó sus habilidades?

Nykto asintió.

—Pero ninguno de nosotros nos habíamos dado cuenta de lo poderosas que son esas brasas que llevas dentro.

Lo pensé un poco.

—Vale, o sea que Veses sabía que Taric y los otros dos dioses estaban buscando la fuente de energía que se sentía en el mundo mortal, antes de que acabaran aquí. También percibió *algo* en mí... y al final se dio cuenta de que lo que sentía eran las brasas primigenias. Sumó dos más dos y llegó a mí, y

después dedujo... ¿qué? ¿Que Kolis se enfadaría contigo por esconderme, así que decidió encargarse de mí para que la cosa no repercutiera sobre ti?

—Eso parece —murmuró, mientras se rascaba la barbilla.

—Le importas. —Las palabras agriaron mi lengua y odié pensarlas, no digamos ya decirlas, pero si Veses estaba preocupada por lo que pudiera pasarle a Nyktos, era porque él le importaba. No solo eso, las acciones de Veses podían incitar la ira tanto de Nyktos como de Kolis.

Nyktos tosió una risa sin humor alguno.

—A su propio modo retorcido... O eso dice.

Eso me gustaba aún menos que la idea de que permaneciera abajo en las celdas por muchísimas razones en las que no quería pensar. Pero también porque me daba la impresión de que se me estaba pasando por alto una parte clave de la información.

Una delicada corriente de energía danzó de su piel a la mía cuando tocó mi brazo.

—Deberías intentar descansar un poco. Es tarde. Podemos hablar más de todo esto después.

—No quiero separarme de Reaver ni arriesgarme a despertarlo si lo movemos —dije, y Nyktos sonrió un poco antes de deslizarse hacia el suelo y sentarse justo debajo de mí—. ¿Vas a quedarte aquí?

Nyktos echó la cabeza hacia atrás contra el cojín y miró al techo.

—Mientras estés tú aquí, yo también lo estaré.

—No tienes que hacer eso.

—Lo sé.

—Tiene que haber un lugar más cómodo donde sentarte.

—Estoy bien aquí mismo. —Me miró de reojo—. Aunque tú deberías intentar descansar un poco de todos modos. Reaver estará bien. —Asentí—. Pero no vas a descansar. —Me medio encogí de hombros—. Podría usar mi don de la coacción, ¿sabes? —Sus dedos frotaron una zona de piel tersa por encima de su corazón—. Y obligarte a hacer lo sensato y descansar.

—Pero no lo harás.

—No, no lo haré. —Suspiró—. La mañana llegará pronto y el día será largo.

La coronación. Por fin. El día siguiente sería largo, igual que lo sería el día después, cuando partiésemos hacia Irelone, pero mi cerebro no estaba listo para relajarse. No podía quitarme de encima la sensación de que había un montón de cosas sobre Veses (y sobre Veses y él) que no tenían sentido. Había algo que necesitaba saber, que tenía que comprender.

—Le dijiste a Veses que era tu consorte solo en título.

La sombra de una emoción danzó por su cara, desaparecida antes de que pudiera descifrarla.

—Así es.

El aire que inspiré dolió, y eso debería haberme servido de advertencia, pero no le hice caso.

—¿Por qué? —susurré—. Querías que los otros Primigenios creyeran que compartíamos algún tipo de atracción pero ¿no querías que ella pensara eso?

—Ella es diferente —dijo. Apartó la cabeza mientras se pasaba una mano por la cara.

Me puse tensa, pero meforcé a relajarme mientras miraba a Reaver otra vez.

—¿En qué? Mejor aún, ¿cómo empezaste siquiera a explicar por qué querías tomar a una consorte solo en título?

Nyktos no contestó durante varios momentos largos, los ojos clavados en las paredes de piedra desnudas.

—Es complicado, Sera.

—Estoy segura de que podré entenderlo.

—Pero es que es algo que no puedo explicar.

La fachada se agrietó aún más.

—Quieres decir que es algo que no *quieres* explicar.

Nyktos cerró los ojos y dejó caer la mano a su rodilla flexionada.

Esperé. Cuando no dijo nada más, me costó un esfuerzo supremo mantener a raya el torbellino de emociones que rebotaba por mi interior.

—¿Veses te importa?

—Por los Hados. —Se rio sin humor alguno y sacudió la cabeza—. La compadezco. La odio. Eso es todo lo que siento por ella.

Su respuesta me dejó aún más confundida.

—¿Y qué sientes por mí?

Nyktos se quedó callado, luego echó la cabeza atrás para mirarme. El *eather* palpitaba con intensidad detrás de sus pupilas.

—Siento demasiadas cosas. Una curiosidad y una emoción que me recuerdan a como creo que debe ser el anhelo. Necesidad. *Deseo* —dijo, en voz baja y ronca—. Diversión a veces. En otras, incluso ira. Pero siempre *asombro*. Me paso la vida asombrado por ti. Podría continuar hablando, pero por encima de todo, lo que más siento es la cosa más parecida a la paz que haya experimentado nunca.



El moño despeinado de pelo oscuro resbaló un poco cuando la antigua Elegida, ahora modista, ladeó la cabeza.

—No te muevas —ordenó Erlina con suavidad.

—Buena suerte con eso —comentó Bele.

Erlina se rio en silencio.

Le lancé a la diosa una mirada de ojos entornados desde donde estaba de pie sobre una banqueta en mi dormitorio. Cuando regresé, alguien había recogido el desbarajuste que había causado Veses, pero habría jurado que aún podía sentirla ahí. Olerla. A rosas. Enrosqué el labio.

—Por cierto —añadió Bele desde donde estaba tumbada en el sofá, la cabeza sobre un reposabrazos y las piernas colgadas del otro. Ni siquiera me miraba mientras lanzaba una daga al aire por enésima vez, algo que llevaba haciendo desde que Aios terminó de peinarme y se fue—. He oído que Jadis montó una pataleta tremenda cuando Nektas los estaba dejando a Reaver y a ella en las montañas y se dio cuenta de que no asistiría a la coronación.

—¿En serio? —pregunté, las cejas arqueadas.

—Sip.

Oír eso me puso un poco triste. Me habría encantado tener a los jóvenes *drakens* aquí, pero incluso con el permiso de Kolis, no había ninguna garantía de que las cosas no fuesen a torcerse. Y después de lo que le había pasado a Reaver, nadie quería arriesgar a los jovenzuelos.

—Te estás moviendo otra vez —me informó Bele. La miré de soslayo.

—No es verdad.

—Estás oscilando —confirmó Erlina.

¿Lo estaba?

—Sí, oscilas como si te hubieses bebido una copa de vino de más —continuó Bele.

—De todos modos, ¿tú qué haces aquí? —pregunté, mientras Erlina cortaba un hilo cerca de la curva de mi cadera. Mi tono rayaba en el que utilizaba mi madre cada vez que me veía en algún sitio donde se suponía que no debía estar. Mi inicial alegría al ver a Bele cuando llegó con Aios se había diluido hacía unos quinientos comentarios.

—Asegurarme de que estés quieta.

—Pues no has hecho un gran trabajo al respecto —comentó Erlina, con una aguja entre los dientes.

Puse los ojos en blanco.

Bele soltó una carcajada.

—Tampoco me he movido tanto —me defendí.

Las manos de Erlina se detuvieron y levantó la vista hacia mí con sus oscuros ojos marrones, las cejas arqueadas.

—Lo que tú digas —musité.

—Nunca he visto a nadie tan nervioso como tú. —La daga voló por el aire una vez más—. Es como si tuvieras *sparanea* en las venas en vez de sangre.

Fruncí el ceño.

—¿*Sparanea*?

—Sí, están por todas partes en las montañas de Sirta, donde está nevando —dijo, en referencia a la corte de Hanan—. Son, básicamente, pequeñas arañitas muy veloces y supervenenosas.

—¿Qué diablos...? —susurré. Me estremecí cuando mi mente empezó de inmediato a producir imágenes de arañitas pululando por mi interior.

—Eso no ha ayudado —musitó Erlina. Bele se rio, el sonido suave y ligero.

—Lo siento. Pero, eh, al menos no estoy hablando de las arañas que son del tamaño de un perro grande.

—¿Arañas del tamaño de un perro? —susurré.

—Sí. Les encantan los pantanos y humedales. Son gigantes. Dan pavor cuando las ves corretear por ahí, pero no muerden —continuó. Acababa de decidir que ya no tenía ningunas ganas de ver más de Iliseeum si esas cosas vivían en el resto de ese mundo—. Ellas tienen más miedo de ti del que deberías tener tú de ellas.

—Es imposible *no* tener miedo de una araña del tamaño de un perro.

Bele se rio entre dientes.

—Entonces, casi mejor no te hablo de las serpientes...

—Por favor, deja de hablar —le dije.

La diosa se rio.

Erlina cortó otro hilo.

—No pasa nada —dijo con voz queda—. Ya sabes... si estás nerviosa. —Levantó la vista hacia mí—. Cualquiera lo estaría.

—Cierto. —Bele atrapó la daga un par de centímetros antes de que se clavara en su pecho—. No todos los días coronan a alguien como la consorte del Dios Primigenio de la Muerte ante una multitud enorme compuesta de dioses y Primigenios.

La miré ceñuda mientras lanzaba la daga al aire otra vez.

—Espero que no atrapes esa daga y acabe clavada en tu ojo.

Bele la atrapó sin problema.

—Y todo Lethe —continuó—. Cuando vi a Ector antes, me dijo que gran parte del edificio del consistorio ya estaba atestado de gente. ¿Sabes?, casi me alegro de tener que quedarme aquí. Esa es demasiada gente para mí.

Mi corazón era como un martillo pilón en mi pecho. Aunque me aliviaba saber que Ector estaba sano y salvo, *estaba* más nerviosa de lo que había pensado que estaría, quizás incluso un poco abrumada. Vale, muy abrumada, lo cual parecía absurdo, dado que había planeado este momento durante la mayor parte de mi vida. Todo esto parecía surrealista, y dudaba de que la falta de sueño real tuviese nada que ver con ello.

—Ya está. —Erlina se enderezó, dio un paso atrás y me miró con ojo crítico—. Hemos terminado.

Parpadeé y volví despacio al momento actual.

—¿El qué?

—El vestido. —La antigua Elegida tomó mi mano—. Mira.

Me ayudó a dar la vuelta sobre el taburete para acabar de frente a un espejo de cuerpo entero que había traído consigo. Entonces me vi.

No me habían cepillado el pelo hasta la hartura, sino que lo habían domado con algún tipo de loción que Aios había frotado entre las palmas de sus manos después de haber trenzado los laterales hacia atrás. Una cascada de ondas y rizos pálidos caía reluciente por mi columna.

Ningún velo cubría mis facciones, pero apenas notaba las pecas. Un rutilante polvillo dorado recalcaba la curva de mi frente y mis pómulos, y el tono moca con el que Aios había perfilado mis párpados y pestañas inferiores intensificaba de algún modo el verde de mis iris. Había pintado mis labios de un color solo unos pocos tonos más oscuros de lo que solían ser.

Y el vestido...

No era blanco ni transparente sino de un cálido tono plateado muy parecido al del singular color de los ojos de Nyktos cuando estaba divertido o relajado. Las mangas mostraban un delicado encaje con un dibujo similar a las volutas que veía a menudo en las túnicas de Nyktos y sus guardias. Ese mismo dibujo en espiral recorría el resto del vestido, que me quedaba como una segunda piel desde mis pechos hasta mis caderas. Desde ahí, las capas de suave gasa y raso habían sido cosidas con sumo cuidado, de modo que la falda cayera en etéreas capas hasta el suelo. Por mis brazos, los pechos, la cintura y la falda centelleaban diamantes minúsculos. El vestido era como luz estelar.

—¿Qué opinas? —preguntó Erlina, mientras deslizaba sobre el índice de mis dos manos la pequeña lazada conectada a la cara interior de la manga.

—Es precioso —susurré.

—Tú eres preciosa. —La cara de Bele apareció por encima de mi hombro—. De verdad.

Me aclaré la garganta.

—Gracias. —Me volví hacia Erlina—. Gracias.

Sus mejillas marones doradas se tiñeron de color.

—Ha sido un placer y un honor hacer este vestido.

—No sé cómo has hecho todo esto. Yo hubiese tardado años. —Me reí con una risa temblorosa—. De hecho, no podría hacer algo así ni en toda mi vida.

—Lo mismo digo —murmuró Bele. Erlina se encogió de hombros para restar importancia a nuestros comentarios, pero su sonrisa se ensanchó.

Con la ayuda de Bele, bajé de la banqueta.

—¿Asistirás a la coronación?

Erlina asintió.

—Por suerte, las coronaciones son muy similares a los Ritos. Todos los mortales y las divinidades presentes irán enmascarados.

Me alegré de saber que Erlina estaría presente, pero cierta inquietud afloró mientras me ponía los zapatos de tacón.

—¿Y eso será seguro?

—Los mortales y las divinidades estarán lo bastante lejos del resto de la concurrencia como para no poder distinguir quién está entre ellos —contestó Bele—. Y la mayoría de los Elegidos que han venido a refugiarse a las Tierras Umbrías llevan aquí el tiempo suficiente como para que si algún dios o Primigenio se alimentó de ellos mientras estaban en Dalos, su sangre ya se hubiera debilitado mucho.

—Gracias a los Hados —murmuró Erlina. Entonces me agarró las manos—. Te veré ahí, alteza.

—No me... —Al captar la mirada significativa de Bele, suspiré—. Te veré ahí.

Erlina se marchó entonces con su bolsa de costura, aunque dejó el espejo para que alguien fuese a buscarlo más tarde. Bele cerró la puerta tras ella mientras yo iba hacia donde descansaban la daga de piedra umbra y su vaina sobre el baúl de al lado del armario.

La agarré y me levanté la falda con cuidado.

—¿Qué estás...? —Bele se rio cuando me vio atar la vaina a mi muslo—. Bonito toque.

—Jamás salgo sin ella —comenté. Cuando terminé de amarrar la vaina, bajé el pie y observé cómo la falda centelleaba de vuelta al suelo.

—Solo recuerda que esa daga no le hará una mierda a un Primigenio —apuntó Bele—. Ya sabes, en el caso de que alguno de ellos decida enseñarle a la tradición un enorme dedo corazón primigenio.

—Sí, no es como si fuese a olvidar eso, después de haber clavado una daga a través del ojo de Veses y que ella se la quitara casi como si fuese una mota de polvo.

—Por los Hados, ojalá hubiese estado ahí para verlo.

—La verdad es que fue asqueroso. —Le eché una mirada—. ¿Sigues dormida?

Bele asintió.

—Con un poco de suerte, durante los próximos cien años, pero dudo de que vayamos a ser tan afortunados.

—Sí, pero ¿de cuánto tiempo disponemos antes de que alguien la eche de menos y venga en su busca? —pregunté. Aunque, con suerte, Nyktos conseguiría transferir las brasas y el paradero de Veses sería la menor de las preocupaciones de nadie cuando él Ascendiera como verdadero Primigenio de la Vida.

Bele soltó una carcajada desdeñosa.

—¿De verdad crees que la panda con la que se mueve Veses se preocuparía lo suficiente como para darse cuenta siquiera de que ha desaparecido? La respuesta sería que no. Para ser sincera, apuesto a que la mayoría se alegra de que no esté.

Bueno, pues eso... era triste, la verdad. Aunque no quería sentirme mal por ella, porque yo era mezquina y todavía no entendía del todo qué demonios pasaba entre Nyktos y ella. Él afirmaba que no podía soportarla, pero dejaba que ella se alimentara de él e hiciera quién sabía qué más. Y a Veses sí que le importaba él, al menos lo suficiente como para no querer verlo meterse en líos con Kolis.

Sin embargo, tenía la sensación de que alguien sabía qué estaba sucediendo entre ellos.

—¿Sabes si Rhain está todavía por aquí? —pregunté.

—Sí. Va a ser uno de tus escoltas hasta Lethe.

Eché un vistazo a las puertas cerradas. Era probable que este no fuese el mejor momento para esta conversación, pero...

—Me gustaría verle un momentín, si sabes dónde está.

Un fogonazo de curiosidad cruzó la cara de Bele.

—Está cerca. Iré a buscarlo. —Miró el vestido—. Recuerda. Cuanto menos te muevas, mejor.

—Lo recordaré —la tranquilicé, con una sonrisa, aunque estarme quieta mientras Bele iba en busca de Rhain era más fácil de decir que de hacer. Por fortuna, regresó en cuestión de minutos con un dios de aspecto muy confuso.

—¿Querías verme? —preguntó Rhain, que se detuvo delante de mí, su mano sobre la empuñadura de una espada.

—Sí. —Eché un vistazo a Bele—. ¿Puedes esperarnos en el pasillo?

Sus cejas salieron disparadas hacia arriba.

—¿Tengo que hacerlo?

—Preferiría que así fuese.

—Pero soy muy cotilla.

La miré sin inmutarme, mientras Rhain parecía aún más perplejo.

—Muy bien —refunfuñó Bele—. Esperaré en el pasillo.

Cuando la puerta se cerró, me giré hacia Rhain.

—Tengo que preguntarte algo.

Su cabeza se ladeó hacia la luz más brillante de la lámpara de araña y tornó su pelo más rojo que dorado.

—¿Y es algo que no podías preguntar delante de Bele?

—Me daba la impresión de que no contestarías si ella o cualquier otro estuvieran presentes —le dije.

—Esto me da mala espina —musitó. Luego se aclaró la garganta—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Dentro de unas horas, seré la consorte. Supongo que eso significa que tendré cierta autoridad con respecto a la gente que hay aquí... incluidos los guardias de Nyktos.

Los ojos marrones dorados de Rhain se entornaron.

—Así es.

—Entonces, eso significa que si te preguntara algo, tendrías que responder con *sinceridad*, ¿correcto?

—Sí. —Arrastró la palabra, dubitativo—. Supongo que sí.

—Entonces, espero que contestes a lo que estoy a punto de preguntarte, para que no tenga que ordenarte que lo hagas dentro de unas horas —dije, y el recelo se extendió por su cara—. Sé que es probable que este sea un momento muy inoportuno para preguntar esto, pero quiero saber qué sacrificó Nyktos por mí.

Rhain parpadeó, y su rostro tardó varios segundos en volver a la normalidad.

—No me refería a...

—No creo que estuvieses siendo dramático, como dijo Ector. Sabes algo. Me miró, los hombros más tensos de pronto.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque quiero.

—Deja que reformule la pregunta. ¿De verdad te importa si sacrificó algo o no?

Me puse tensa.

—No te lo estaría preguntando si no me importase. Puedes creerlo o no. Sé que no puedo hacerte cambiar de opinión. Y, para ser sincera, en este momento, la verdad es que no me importa lo que pienses. Solo contesta a mi pregunta. *Por favor.*

Rhain me sostuvo la mirada, pero entonces apartó los ojos. Maldijo en voz baja.

—No debí abrir la boca. Nyktos podría matarme si se enterara.

Dudaba mucho de que Nyktos fuese a matar a Rhain.

—No diré ni una palabra de lo que me cuentes.

Sus ojos volaron de vuelta hacia los míos, el resplandor detrás de sus pupilas era más brillante.

—¿Y se supone que tengo que confiar en eso?

—Al contrario de lo que puedas creer sobre mí y a pesar de lo poco que te gusto, no quiero veros asesinados ni a ti ni a nadie más aquí —repuse con sequedad—. Sobre todo a manos de Nyktos.

—Sí, bueno, pues espero de todo corazón que eso sea verdad. —Rhain se movió de un pie al otro y volvió a maldecir mientras levantaba la vista hacia la lámpara de araña—. Eythos mantuvo en secreto durante mucho tiempo ese maldito trato que hizo con tu antepasado. —Me invadió la sorpresa. No había esperado que saliera justo *este* tema—. Lo mismo hizo Nyktos. Ninguno de nosotros sabía nada hasta que... hasta que otra persona lo descubrió hace unos años. ¿Cómo? No tengo ni idea. Los tratos solo los conocen los que los forjaron y los *Arae*, porque esos bastardos cotillas tienen que saberlo casi todo —masculló, los labios apretados—. Ella solo se enteró del trato... no de todo lo que hizo Eythos además. Pero saber de ti era todo lo que necesitaba.

Un escalofrío de certidumbre recorrió la parte de atrás de mi cuello.

—¿Ella?

—Veses. —Se rio, pero fue una risa seca y ruda—. Sí, lo averiguó hace un par de años. Amenazó con contarle a Kolis que Nyktos tenía una consorte en el mundo mortal. Algo que sabía que intrigaría mucho a Kolis. Y por intrigar, me refiero a que Kolis te hubiese sacado a la fuerza del mundo mortal y te hubiese utilizado para llegar hasta Nyktos.

De repente, vi a Veses en mi cabeza, de pie con Nyktos a la puerta de su oficina, tocándolo. *He oído que has tomado a una consorte*. Había dado por sentado que esa pregunta significaba que no lo había sabido hasta entonces. Pero era verdad que había habido un tono extraño en su voz... no de sorpresa sino de... enfado.

Y entonces habría tenido sentido que Nyktos le dijera que era una consorte solo en título porque ella conocía el trato... sabía bien todo lo que había en juego. Eso no hacía que picara menos, pero tenía sentido.

—Y por suerte para ti, supongo, la obsesión de Veses con Nyktos es mayor que su lealtad hacia Kolis —dijo Rhain, y la inquietud explotó en mi estómago—. Nyktos fue capaz de negociar con ella. Consiguió que guardara silencio. —Clavó los ojos en el suelo, sus labios se retorcieron en una mueca—. Por un precio.

Me quedé helada. De repente, no quería saberlo. Pensé que quizás *esto* quedase mejor en la ignorancia. Pero lo que Veses había dicho de que Nyktos le había mentado encajó entonces. Rhain había confirmado lo que yo ya sabía: Veses no sabía nada de las brasas, pero sospechaba que había algo más. Que Nyktos le estaba ocultando algo, aunque él no hubiese sabido nada de las brasas hacía unos años. Algo que él estaría...

Él estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por ti...

Necesitaba saber exactamente qué era.

—¿Cuál fue el precio? —pregunté con voz ronca.

—Nyktos aceptó... satisfacer las necesidades de Veses con su sangre. Alimentarla siempre que ella lo deseara. —Mis labios se entreabrieron y, por un momento, no sentí absolutamente nada—. Cualquiera pensaría que eso no sería a menudo. Los Primigenios no tienen que alimentarse demasiado, a menos que los debiliten, pero Veses no deja que pase mucho tiempo sin hacer una *visita*. ¿Y qué podía hacer él? No podía rechazarla. —Levantó la vista hacia mí—. No cuando era tu culo el que estaba en juego.

Entonces lo sentí *todo*.

Di un paso atrás, todo mi cuerpo quería alejarse de lo que acababa de decir Rhain. No había entendido por qué Nyktos dejaba que Veses lo tocara o se alimentara de él. Hasta ahora. Pero sí entendía por qué no quería

decírmelo. Que servía a Veses para mantener el trato en secreto, para mantener *mi existencia* en secreto.

Oh, por todos los dioses. Tenía ganas de vomitar.

—¿Por qué haría Nyktos algo así?

Rhain me lanzó una mirada significativa.

—Ya sabes por qué.

Cerré los ojos con fuerza. Tenía razón. Sí que lo sabía. Por la misma razón por la que no me había tomado como su consorte hacía tres años. Para protegerme de Kolis.

—Santo cielo, yo...

La caja en la que había guardado todas esas emociones se hizo añicos y no podía hablar entre la tormenta de todas ellas explotando a mi alrededor. La incredulidad y el horror se apoderaron de mí, de un modo muy parecido a cuando Kolis había exigido su precio, solo que esto era *feo* de un modo completamente diferente. Di otro paso atrás, como si pudiera distanciarme, pero no podía. No había forma de distanciarse de eso.

¿Cómo podía aceptar hacer algo así para protegerme, incluso antes de conocerme de verdad? ¿Por qué se sometería a *eso*... a su exigencia de algo que no le hubiese ofrecido bajo ninguna otra circunstancia?

Nyktos había sacrificado su derecho a rechazar a alguien.

De repente, pensé en lo sorprendidos que habían estado todos cuando supieron que Nyktos no reaccionaba cuando yo lo tocaba. Cómo habían dicho que no le gustaba que lo tocaran...

Y cuando él había dicho que no deseaba a nadie más que a mí. *Deseaba*.

Oh, por todos los dioses.

—Tal vez Veses quisiera eliminarte porque había averiguado lo que llevas dentro y cómo eso podría repercutir en Nyktos. Pero también sabía que el control que tenía sobre él estaba llegando a su fin —explicó Rhain, y entonces recordé lo que había dicho Nyktos la noche anterior: *ya no tiene el control*—. Nadie puede convencerme de que eso no tiene algo que ver con que Veses fuese a por ti. Porque una vez que te conviertas en su consorte, ya no serás un secreto que proteger.

—Podría haberlo parado... —No conseguí terminar la frase—. Hace semanas que más gente sabe de mi existencia. Nyktos no sabía que ella todavía podía sentirme tan cerca de mi Ascensión... —Esa frase tampoco la terminé.

Porque las brasas no importaban.

Nyktos no las había estado protegiendo a ellas. Ni hacía una semana. Ni hacía meses. Ni siquiera hacía años.

Me había estado protegiendo *a mí*.

—Ninguno de nosotros entendía por qué toleraba su presencia cuando estaba claro que no podía soportarla. —Se pasó una mano por el pelo, luego se agarró la parte de atrás del cuello. Yo notaba el pecho demasiado apretado—. Pero no nos lo contó, ¿sabes? Solo lo averiguamos Ector y yo porque, después de una de las visitas de Veses, él quedó en mal estado. Veses había...

No hacía falta mucha imaginación para llenar el hueco de lo que Rhain no decía. Si Nyktos había quedado en mal estado, lo más probable fuera que Veses hubiese tomado demasiada sangre.

—Su piel fría —murmuré con voz rasposa—. Me dijo que se debía a que era la Muerte.

—Pero él no es el verdadero Primigenio de la Muerte —dijo Rhain—. Su piel no debería estar así.

—Lo está porque... —Aspiré una bocanada de aire entrecortada—. Lo está porque ella se está *alimentando* de él.

Rhain no contestó. No necesitaba hacerlo, porque yo lo sabía. Mis sospechas habían sido acertadas.

Entonces mi piel se calentó, las brasas de mi pecho empezaron a vibrar cuando una furia al rojo vivo inundó mi organismo, invadió cada célula de mi cuerpo... Sentí un temblor.

—Joder —susurró Rhain, y la luz titiló por su cara y por las paredes mientras observaba oscilar la lámpara de araña—. Eso... eso eres tú. Tú estás haciendo eso. —Pasó a la acción al instante. Cruzó la distancia que nos separaba, puso las manos en mis mejillas y me obligó a mirarlo a los ojos—. Tienes que calmarte. Porque yo no puedo pararte como hizo Nyktos sin noquearte de un modo mucho más doloroso. Y esa en realidad no es una opción porque Nyktos se cabrearía muchísimo conmigo por haberte hecho daño. Pero tampoco quiero saber qué se siente cuando se te cae un palacio encima de la cabeza.

Las brasas vibraban con una potencia asombrosa, pero la ira... era como lo que había sentido al mirar a Kolis... cuando la había sentido a *ella* dentro de mí. Solo que esto era todo yo. Mi furia era tan grande, tan terrible, que me calmó *a mí*. No a las brasas. *A mí*. Las brasas seguían vibrando, pero deseé que la lámpara de araña se quedara quieta.

Y lo hizo.

Respiré hondo.

—La voy a matar.

Los ojos de Rhain se abrieron como platos, alarmado.

—No puedes matar a una Primigenia, Sera.

—Tú observa cómo lo intento —prometí.

Capítulo 40



Rhain se apresuró a cortarme el camino y a bloquear mi acceso a las puertas hacia las que iba.

—No puedes hacer lo que estás pensando.

Fulminé al dios con una mirada de ojos entornados.

—¿No puedo?

—¿Aparte del hecho de que es una Primigenia y no puedes matarla de verdad? —preguntó—. Tienes una coronación a la que asistir.

—Puedo intentarlo. —Di un paso a un lado para esquivarlo—. Y aun así logré hacer ambas cosas. Se llama «multitarea».

Rhain soltó un gruñido grave y continuó bloqueando mi progreso.

—Sé que estás enfadada. Más enfadada de lo que creía que estarías. Pero no puedo dejarte hacer esto. Veses recibirá su merecido.

—¿Cómo? —exigí saber—. Exactamente, ¿cómo va a recibir su merecido?

El *eather* palpitaba con intensidad en los ojos de Rhain.

—¿De verdad crees que Nyktos dejará sin castigo lo que os hizo a Reaver y a ti? No lo hará. Esa zorra tiene los días contados. No le queda mucho en este mundo. En cuanto Nyktos tenga esas brasas dentro de él y Ascienda, ahí se acabó todo para ella.

Lo que Rhain estaba diciendo tardó un momento en penetrar en la neblina de mi ira. Mis ojos volaron hacia la puerta por encima del hombro de Rhain, donde Bele esperaba en el pasillo. Cuando había devuelto a Bele a la vida, la había Ascendido y, por tanto, amenacé la posición de Hanan como Primigenio

de su corte. Una vez que transfiriéramos las brasas, Nyktos podría Ascender a otra persona para sustituir a un Primigenio caído. A saber, esa zorra.

Contemplé la puerta, mis manos se abrían y cerraban a mis lados. Recé por que Rhain tuviese razón. Por que sus días de verdad estuviesen contados, aunque en esos momentos lo único que quería era arrancarle los colmillos de esa horrible boca y hacérselos tragar.

Rhain dio un paso hacia mí.

—Nyktos te espera, alteza.

Parpadeé, sorprendida.

—No me llames así.

—Pero serás mi reina —dijo, y sus hombros se tensaron de nuevo. Esta vez, se encogieron casi hasta sus orejas—. Ya lo has sido.

Lo miré pasmada, sin saber muy bien cómo procesar que él dijera eso, pero no tenía el espacio mental para hacerlo.

No cuando lo único que respiraba era ira y furia.

Y tristeza.

Con el pecho comprimido, cerré los ojos. El ácido anegó mi estómago. Nyktos... su sangre era una parte de él que casi seguro que nunca habría compartido con Veses si ella no hubiese descubierto quién era yo. Era coacción, sin importar si Nyktos la había ofrecido o aceptado. Chantaje. Odiaba saber que había estado en esa situación. Aborrecía la idea de que se hubiera debido a mí, cuando yo ni siquiera lo había sabido.

¿Por qué haría eso por una consorte que nunca había querido?

Eso iba más allá de la bondad y entraba en un mundo que yo no podía ni imaginar, uno que sabía sin ninguna duda que no me merecía. Diablos, solo se me ocurrían unas pocas personas que *sí* lo merecerían. Ezra era una. Marisol. Se me cortó la respiración. *Nyktos*. Nadie debería tener que hacer jamás algo así. Pero él se merecía el mismo tipo de *sacrificio*.

La culpa se encontró en mi interior, y no porque me sintiese responsable por lo que Veses lo había forzado a hacer, sino porque, como había dicho Bele, Nyktos y Veses no habían tenido sentido. Yo lo había sabido, pero mis sentimientos heridos me habían impedido ver lo que tenía justo delante de las narices.

No obstante, jamás habría adivinado que esta sería la razón. No habría querido hacerlo.

—¿Cuánta gente lo sabe? —pregunté—. ¿Ector y tú?

—Y Nektas.

No me sorprendió oír eso. Parecía haber muy pocas cosas que Nektas no supiera, pero él nunca me lo habría contado.

—¿Estás serena? —preguntó Rhain en voz baja.

—No —susurré. Abrí los ojos—. No... no quiero que haya hecho esto por mí... por nadie.

—Lo sé —murmuró, pendiente de mí—. Veses estuvo aquí... —La comprensión se iluminó en su cara—. Eso fue lo que te alteró aquel día. Los viste. —Maldijo y se pasó la mano por el pelo otra vez—. No lo entendía... era obvio que algo había cambiado entre Nyktos y tú. Fue ella.

Mentir no tenía ningún sentido.

—Los vi.

—Y él no te dijo por qué estaba con ella.

Negué con la cabeza. Rhain apretó la mandíbula.

—No querría que supieras su vergüenza.

—Esa no es su vergüenza. —Me puse tan tensa que la multitud de diminutos diamantes parecían estar clavándose en mi piel—. Es la de ella.

Los ojos de Rhain brillaban de un tono más ámbar que marrón.

—Tú y yo lo sabemos, pero ¿sentiríamos eso alguno de los dos si estuviésemos en esa posición?

—No. —No tuve ni que pensarlo. Y por todos los dioses, eso... eso me rompió el corazón. Apenas lograba hablar de cómo se había comportado Tavius conmigo. Incluso había restado importancia a sus acciones porque era demasiado duro hablar de ellas. Y aun así, lo que él había hecho no era nada comparado con lo que Veses le había hecho a Nyktos. Apreté los labios y parpadeé deprisa para tratar de eliminar la humedad ahí acumulada.

Una llamada a la puerta nos interrumpió.

—¿Va todo bien ahí dentro? —preguntó Bele.

Rhain me miró.

Respiré hondo y asentí mientras soltaba el aire despacio y forzaba a mis manos a relajarse a mis lados.

—Nyktos me está esperando.

Rhain se volvió hacia la puerta, luego otra vez hacia mí.

—¿Lo amas? —Dio la impresión de que el suelo cabeceaba bajo mis pies. ¿Amor? ¿Nyktos? Abrí la boca, pero no encontré las palabras. Rhain inclinó la cabeza hacia atrás—. Creo... creo que me había equivocado contigo.



—¿No habéis notado todos algo extraño? —preguntó Lailah cuando llegamos al vestíbulo. Sus trencitas hasta los hombros se retiraron de su cara al levantar la vista hacia las velas de cristal—. Juro que hace un par de minutos el palacio entero se estaba sacudiendo.

—Qué raro —murmuró Rhain, y eso fue todo lo que dijo.

No podía ni pensar en el hecho de que no había perdido el control del todo. Que la ira que había sentido se había calmado de algún modo. No había espacio para eso tampoco. Seguía espantada por lo que había hecho Nyktos para mantenerme a salvo, lo que había tenido que soportar antes de que nos conociéramos siquiera.

Se me llenó la garganta de bilis e incluso amenazaba con atragantarme, pero entonces Saion y Rhahar se giraron al lado de las puertas. Estaban hablando entre ellos, pero se callaron y me miraron pasmados, y la cosa duró lo suficiente como para sacarme de mi ensimismamiento.

Bele agitó la mano delante de su cara.

—Es preciosa, ¿a que sí?

Le lancé una mirada significativa.

—Eso ya lo sabíamos —comentó Saion, las cejas arqueadas—. Pero ese vestido...

—Parece luz estelar —terminó Rhahar.

—Gracias —murmuré, y noté que me sonrojaba.

Saion sonrió, alargó las manos hacia las pesadas puertas de piedra y las empujó para abrirlas. Salí por ellas y bajé un corto tramo de escaleras hasta el patio. Lo primero que vi fue a Orphine y a su gemelo Ehthawn. Los dos enormes *drakens* de escamas color medianoche estaban posados sobre el Adarve y, a lo lejos, vi las tenues formas de más *drakens* volando en círculos sobre el Bosque Moribundo. El ruido de unas ruedas me hizo apartar la mirada.

Un carruaje tirado por un caballo rodó hacia nosotros entre un pequeño ejército de guardias montados. Había casi... cien. Parpadeé y me concentré en los dibujos pintados sobre el costado del carruaje: las enredaderas, el lobo blanco. Era el mismo que el de las puertas de acceso al salón del trono.

Un lado de las puertas del carruaje se abrió y Ector asomó la cabeza. Sus ojos se abrieron un poco, luego su expresión se suavizó. Me tendió la mano.

—¿Lista?

Meforcé a tragar saliva y asentí, mientras Saion saltaba sin más hasta el pescante. Empecé a andar, pero me detuve cuando los otros dioses se

montaban en sus respectivos caballos. Solo Bele se quedó cerca de las puertas.

—Esperad —dije en voz alta, cada vez más preocupada. Saion se giró hacia mí—. Si todos vosotros estáis aquí, ¿quién está con... Nyktos?

—Nektas —respondió Rhahar, al tiempo que reafirmaba su agarre sobre las riendas. Miró hacia delante otra vez—. Y creo que el ejército entero de las Tierras Umbrías.

Oh.

—¿Sera? —Ector meneó los dedos.

Respiré hondo, levanté los bajos del vestido, tomé su mano y subí al carruaje en penumbra. Había dos bancos equipados con gruesos cojines blancos. Me senté con cuidado en uno.

—Estaré aquí fuera durante la mayor parte del trayecto —me advirtió Ector.

—Ten cuidado —murmuré.

Ector vaciló un instante, luego sacudió la cabeza. Observé cómo salía del carruaje para colocarse de pie sobre uno de los estribos laterales. Rhain acercó su caballo a Ector y entonces la puerta se cerró. Oí un golpecito en el tejado y el carruaje sin ventanas se puso en movimiento.

¿Lo amas?

Noté las palmas de las manos sudorosas, así que las puse sobre el cojín a mi lado y me dediqué a recorrer con la vista las enredaderas y las hojas de álamo grabadas por las paredes interiores y el techo. El carruaje avanzaba a buen paso y no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado hasta que me golpeó la realidad de lo que Nyktos había sacrificado por mí, lo que sentía por él y por qué había reaccionado yo de un modo tan intenso cuando lo vi con Veses y luego al averiguar la verdad.

¿Lo amas?

«Oh, santo cielo», susurré. Me hundí en el cojín del banco mientras presionaba una mano sobre los diminutos diamantes que adornaban el corpiño de mi vestido. Notaba que el corazón me latía desbocado, incluso a través de las capas de gasa. Notaba el pecho caliente, como si se hinchara, y no eran las brasas.

Solo había una razón para que reaccionase de tal modo. Bajé la vista hacia la mano que tenía apretada contra el pecho, hacia el espacio encima de mi corazón.

Mi corazón.

Lo... lo amaba.

¿Amaba a Nyktos?

Otro temblor recorrió mis manos mientras levantaba la vista hacia el banco vacío enfrente de mí. Tragué saliva con esfuerzo. No tenía ni idea de lo que uno sentía al estar enamorado, así que tenía que mantener la calma. Esto podía ser solo un producto secundario del estrés. Quizá solo fuese un poco de indigestión.

Se me escapó una risa estrangulada que resonó por el carruaje vacío. ¿Indigestión? Sí, claro.

La puerta del carruaje se abrió y dejó entrar una ráfaga de aire cargado de un aroma rancio a lilas. Ector cerró la puerta y se deslizó en el banco frente a mí.

—Ya casi estamos en el edificio de entrada a Lethe. Da al consistorio, donde Nyktos nos está esperando. —Lo miré, aturdida. Notaba el corazón como si fuese las ruedas del carruaje—. No ha habido ningún problema. Solo algunas Tinieblas, pero nada que no pudiésemos solucionar rápido... —Se formaron unas arrugas entre las cejas de Ector—. ¿Estás bien? Pareces un poco pálida.

—Tengo ganas de vomitar —susurré. Él parpadeó dos veces.

—¿Quieres que paremos el carruaje?

—No. No. No hace falta. —Al menos esperaba que no.

—Bele mencionó que estabas nerviosa. No le creí. Creo que nunca te he visto nerviosa. —Ladeó la cabeza—. Pero, sí, ahora desde luego que lo estás. —Se inclinó hacia delante, las manos apoyadas en sus rodillas flexionadas—. Me recuerdas a mi hermana.

Eso me sacó de mi espiral de pánico.

—¿Tu hermana?

Ector asintió.

—Justo antes de su boda, parecía tan asustada como lo estás tú ahora. Dijo que notaba el estómago lleno de criaturas aladas. —Yo notaba el estómago justo así—. Claro que esa era una situación muy diferente. Matrimonio por amor y todo eso. —Esbozó una leve sonrisa—. Aunque supongo que el nerviosismo es el mismo de un modo u otro.

—¿Matrimonio por amor? —Ahora esas criaturas habían invadido mi pecho.

—Amores de infancia o algo así. —Sonrió y un destello lejano pero cálido llenó su mirada—. Mira, sé que te metiste en toda esta cosa con... otros planes, y es probable que no hubieses pensado mucho en el futuro. Y no tengo

ni idea de lo que pasa entre vosotros dos la mitad del tiempo, pero Nyktos siempre será amable contigo.

—Lo sé. Por los dioses, lo sé muy bien. —Otra risa salió entrecortada de mi interior. La arruga volvió al espacio entre las cejas de Ector—. No es eso.

—Entonces, ¿qué es? ¿Estás preocupada por que pueda suceder algo? No deberías...

—Quiero ser la consorte de Nyktos —farfullé—. Lo deseo más de lo que creo que he deseado nada en toda mi vida... —Bueno, era probable que deseara más que acabase la Podredumbre, y que Kolis recibiera su merecido. Y también quería asesinar a Veses, despacio y de un modo muy doloroso. O sea que *sí que había* otras cosas que deseaba con la misma intensidad, pero... —. Quiero esto.

La boca de Ector estaba medio abierta cuando el carruaje se detuvo con un rechinar de grava. Ninguno de los dos se movió. Ni siquiera cuando dieron un golpe en el techo.

—No esperaba que dijeras eso —susurró, y el *eather* palpitó detrás de sus pupilas—. Ninguna parte de eso.

—Yo tampoco —admití en voz igual de baja.

—¿Y eso te pone nerviosa?

Asentí.

Las puertas del carruaje se abrieron y esta vez no detecté el olor a flores marchitas. Había demasiados olores más: humo de leña, comida y aceite de quemar.

—¿Todo bien aquí dentro? —preguntó Rhahar.

—Sí. —La sonrisa de Ector fue lenta pero radiante—. Creo que está todo muy bien.

—Vale. —Rhahar alargó la palabra y se volvió hacia mí—. Nyktos te espera dentro.

Mi pecho se comprimió tanto que temí estar a punto de sufrir un ataque, pero entonces se relajó. Me puse de pie sobre lo que parecían dos palillos y tomé la mano de Rhahar, sin ver nada más que las filas de guardias a caballo detrás de él y una sección del Adarve. Me ayudó a apearme del carruaje, justo cuando uno de los *drakens* volaba bajo por encima de nosotros, las alas abiertas en toda su envergadura. Seguí con la mirada el descenso del *draken* hasta posarse sobre una columnata que había sido construida sobre bloques sólidos que formaban múltiples arcadas que daban al consistorio. Di un paso atrás para recorrer con la mirada la enorme estructura con columnas, construida en piedra umbra y con el fondo del cielo gris piedra y la luz de las

estrellas por ahí desperdigadas. El consistorio era, como había esperado, descubierto, aunque varias veces más grande que lo que estaba acostumbrada a ver en Lasania. Más allá de las columnas, emanaba un suave resplandor mantecoso y el sonido de... de música y risas.

Mis ojos se posaron en los que estaban apostados a las entradas del consistorio y alrededor del edificio de ingreso. Eran guardias, pero estos llevaban yelmos fabricados con una fina capa de piedra umbra que cubría su rostro y su cuello. Soldados.

—Por aquí. —Rhahar mantuvo la mano cerrada con firmeza alrededor de la mía y, a medida que las filas de soldados se abrían para dejarnos pasar, me di cuenta de que probablemente tendría mucho que ver con el violento temblor de mi mano.

Ector y Rhain echaron a andar detrás de mí, junto con Saion y los gemelos, mientras Rhahar me conducía hacia una torre que era como una versión más pequeña del Templo Sombrío. La estructura sin ventanas, que debía de ser el edificio de entrada, era menos grandiosa, pero también reflejaba la luz de las estrellas de tal modo que parecía como si hubiera miles de velas alineadas por las paredes.

Rhahar caminaba deprisa entre las filas de soldados, y no estaba segura de si la velocidad se debía a sus ganas de librarse de mí o de tenerme a salvo a la vista de Nyktos.

Las criaturas aladas de las que había hablado Ector parecían estar atacando ahora mi corazón. Las puertas de la torre se abrieron y reconocí de inmediato una melena de tono vino tinto debajo del cielo más oscuro. Aios estaba al lado de quien me dio la impresión de que era Kars, el guardia rubio y musculoso que se había ofrecido a vigilarme. El vestido de Aios no tenía mangas y era de un tono verde esmeralda.

Vino hacia nosotros y retiró mi mano de la de un seguramente aliviado Rhahar.

—Estás preciosa —me dijo. Deslizó su otra mano por una de las trenzas del lado de mi cabeza mientras Kars hacía una reverencia. A continuación, Aios remitió mi brazo debajo del suyo y echó a andar a un paso solo un pelín más tranquilo mientras los guardias nos rodeaban—. ¿Tienes alguna pregunta antes de que entremos?

Quizá las criaturas aladas habían llegado por fin a mi cabeza, porque mi mente estaba vacía excepto por...

—¿Alguna vez has estado enamorada?

Una expresión de sorpresa cruzó su cara.

—Sí.

—¿Cómo es? —susurré. Aios ralentizó el paso.

—Es difícil de explicar y no creo que sea igual para todo el mundo —empezó—. Para mí, era como... como estar *en casa*, incluso en un lugar desconocido.

Yo sentía eso, pero en mi caso también estaba la brasa que reconocía a Nyktos. Sabía que la brasa no era la causante de lo que sentía por él, pero podría hacerme creer que era una emoción más significativa de lo que era en realidad.

—También sientes como si te vieran por primera vez —continuó, y una sonrisa suave apareció en sus labios mientras mi estómago caía en picado—. Como si te escucharan. Sé que es probable que esto no tenga sentido, pero es como ser... *conocido* de un modo que no habías sentido antes.

Por todos los dioses, para mí *tenía* todo el sentido. Me sentía vista y escuchada por Nyktos, aunque tampoco me había conocido demasiada gente, así que...

—Creo que es algo que sabes y ya está. —Aios me dio un apretoncito en la mano—. Porque harías cualquier cosa por la otra persona. Cualquier cosa. Y eso es algo que no puedes fingir o forzar.

Cualquier cosa.

Pensé en cuando Nyktos me había preguntado por qué me había ofrecido voluntaria a pagar el precio de Kolis. En el fondo, sabía por qué lo había hecho.

Lo... lo había amado desde mucho antes que hoy. Antes de que me enterara del trato que había hecho con Veses. Antes de que yo reconociera y expresara que quería ser la consorte de Nyktos.

Y era la razón de que haber compartido mi cuerpo me hubiese parecido *más*. Porque para mí lo era.

—Joder —susurré, justo cuando Rhain llegaba para caminar a nuestro lado.

Aios frunció el ceño y le lanzó a Rhain una mirada por encima de mi cabeza. Pasó un momento.

—¿Estás bien?

Asentí mientras varias filas de soldados entraban por las puertas del edificio de ingreso, aunque tal vez vomitara de verdad esta vez. Las brasas empezaron a vibrar y a menearse, y mi garganta encogió de tamaño. Vi otro par de puertas, unas con los mismos adornos del salón del trono y del carruaje. Se abrieron para revelar una sala muy iluminada, llena ahora de

soldados con armadura completa y armados hasta los dientes entre los guardias.

Pero a él lo encontré de inmediato.

Estaba en el otro extremo de la sala, cerca de un arco redondeado que pensé que igual conducía a la planta baja del consistorio. Llevaba el pelo suelto, rozando sus anchos hombros, que estiraban la tela de tono hierro de su túnica sin mangas. Cuando los guardias dieron un paso a un lado y despejaron un camino para él, se dio la vuelta despacio y mis ojos conectaron con los de... *Ash*.

Las palabras de Nektas volvieron de repente a mi mente: él es como tú quieras que sea.

Y supe justo entonces, mientras lo esperaba ahí de pie temblando, quién era para mí. No era Nyktos. Nunca lo había sido. Era *Ash* y yo...

Estaba enamorada de él.

Todo se detuvo. Mi corazón. Mis pulmones. Mis pasos. El aire de la sala. El mundo entero. El duro ángulo de su mandíbula se aflojó y esos labios carnosos y sensuales se entreabrieron. Sus ojos se volvieron luminosos charcos plateados mientras me miraba, tan quieto como lo estaba yo. No tenía ni idea de cuánto tiempo estuvimos así. Mi pulso corría como loco y mi pecho se hinchó al tiempo que cien pensamientos distintos daban vueltas por mi mente. Pudieron ser segundos. Minutos. No tenía ni idea, pero me sentía como si mis pies ya no tocasen el suelo.

Y entonces... *Ash* empezó a moverse. Vino hacia mí acechante, daba pasos fluidos con la elegancia de un depredador. Me vino a la memoria la imagen de cuando observaba a los lobos *kியou* rondando por el bosque de los Olmos Oscuros. Él se movía del mismo modo y no me había quitado los ojos de encima ni una sola vez.

Solo fui vagamente consciente de que Aios deslizaba el brazo hacia atrás para separarlo del mío cuando... *Ash* se detuvo delante de mí. Su mano reemplazó la de la diosa y un foganazo de autoconciencia recorrió todo mi organismo. Sus dedos se cerraron sobre los míos y bajó la boca hacia mi oído para susurrar:

—Respira, *liessa*.

Algo precioso.

Algo poderoso.

Inspiré de repente, una bocanada de aire profunda. Su agarre se apretó sobre mi mano y se acercó aún más, impidiendo así el salvaje temblor de mis dedos y de mi brazo. El olor a cítricos y aire fresco inundó mis sentidos.

—Eso es —susurró. Sus labios rozaron mi oreja y me provocaron un escalofrío. Pasaron varios momentos antes de que dejara de engullir aire. Él estaba tan cerca que sus muslos casi tocaban los míos y... gruesas hebras de sombra se habían extendido a su alrededor, a *nuestro* alrededor, para bloquear la sala y protegernos de los ahí presentes. Su mano se movió un poco en la mía y noté que su pulgar se deslizaba por la cara interna de la palma—. ¿Mejor?

—Sí —susurré con voz ronca.

Ash no se apartó. Se quedó ahí parado, deslizando el pulgar adelante y atrás sobre mi piel.

—Quiero decirte que estás preciosa —dijo, su voz tan suave como las sombras que se movían a nuestro alrededor, caliente contra mi mejilla—. Pero «preciosa» no capta bien lo que veo. No sé si existe una palabra que lo haga. Me has quitado el aliento, ha desaparecido junto con el tuyo.

Mi corazón dio un brinco mientras él daba un paso atrás y yo levantaba la vista. Las sombras se disiparon a nuestro alrededor y vi que el brocado del cuello de su túnica y la línea vertical sesgada que cortaba a través de su pecho y terminaba en el borde, justo por encima de sus muslos, era más brillante que antes. Más nítido. Enjoyado. Las botas y los pantalones negros que llevaba estaban impecables. Iba desarmado. Llevaba solo el brazalete, pero cuando incliné la cabeza más hacia atrás, vi... la *corona*. Una que era lo contrario a la corona que llevaba Kolis.

La de Nyktos estaba colocada baja, justo por encima de su frente, y era del color de la medianoche. La hilera de espadas talladas en piedra lisa rodeaban la púa central con forma de luna en cuarto creciente. La punta de cada espada y la luna entera centelleaban con diamantes.

Era una corona temible pero al mismo tiempo preciosa, hecha de piedra umbral y luz estelar, igual que su portador.

La mano de Ash aún sujetaba la mía.

—¿Sera?

—La corona parece pesada —comenté, porque era lo único que se me ocurrió, a pesar de todos los pensamientos que corrían por mi mente.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—Pues espera a ver la tuya.

Arqué las cejas.

—¿También es pesada?

Se rio entre dientes y bajó nuestras manos unidas.

—No te preocupes. No tendrás que ponértela después de esta noche.

Asentí, al tiempo que tragaba saliva contra la sequedad de mi boca y mi garganta.

—¿Saion? —Sus ojos se apartaron un instante de mí, pero volvieron a toda prisa para deslizarse por el encaje y los diamantes incorporados a mi cintura y mis caderas—. ¿Situación?

El dios dio un paso al frente.

—Todos los soldados están en posición a lo largo del pasillo y al pie del estrado.

Giré la cabeza y vi que la sala estaba casi vacía, excepto por Aios y un puñado de guardias. La diosa me sonrió y me dio la impresión de que yo le devolvía el gesto. Esperaba que así fuera, pero la sensación fue un poco extraña.

—¿Dónde...? —Me aclaré la garganta—. ¿Dónde está Nektas?

—Está por aquí. —Los ojos de Ash recorrieron mi mandíbula y mis labios—. ¿Puede conseguirme alguien una copa de vino?

—Voy yo —llegó una respuesta. Un momento después, Kars apareció con un cáliz de bronce. Le dio el vino al Primigenio y solo me lanzó una breve mirada antes de retroceder.

—Toma. —Ash puso el cáliz en mi mano vacía.

—Gracias —susurré, y bebí con ansia pero con cuidado un sorbo del vino dulce y seco.

Él me observó, y guardó silencio hasta que bebí otro sorbo.

—¿Estás bien?

—Por supuesto.

Ash me miró sin parpadear, la cabeza solo un poco ladeada. La corona no se movió ni un centímetro. Vi que sus ojos se habían entornado.

Mi espalda se tensó, peroforcé a mi voz a salir suave en lugar de cortante como una cuchilla.

—Por favor, no leas mis emociones.

Las cejas de Ash se juntaron en el centro de su frente.

—Creo que esa ha sido la manera más agradable en que me has hecho esa petición nunca. —Sus ojos rebuscaron en los míos—. ¿Qué pasa?

Un intenso rubor trepó por mi cuello. ¿Cómo podía contestar a eso cuando lo único que me pasaba en ese momento era que...? era muy probable que estuviese enamorada de él. Y debido a eso, no sabía qué hacer o qué decir.

Ash me observó con atención.

—¿Ha pasado algo?

—No —me apresuré a decir, quizás demasiado deprisa. Y tal vez debería recuperar la compostura igual de deprisa que había respondido. O tal vez podría dejar de comportarme de este modo si se lo decía y ya está. No lo que había averiguado acerca de Veses, porque este no era el lugar para eso, pero podría... podría ser sincera.

—¿Sera? —Ash toco mi barbilla, inclinó mi cabeza hacia atrás.

Cerré los ojos porque, aunque tenía menos miedo, aún no me sentía valiente.

—Solo... solo quería que supieras que quiero hacer esto —le dije en un susurro estrangulado—. Quiero decir, cuando te dije que quería ser tu consorte, sigue siendo cierto. Quiero hacer esto, Ash.

Silencio.

Entreabrí un ojo, luego el otro, y vi que Ash me miraba desde lo alto con los ojos llenos de luminosas y agitadas hebras de *eather*. Parecía sorprendido. Aturdido.

—Pensé que podía decírtelo. —Mi cara se calentó y mi *cerebro* dio la impresión de encogerse, pero algo de la presión había abandonado mi pecho. Todavía noté una serie de meneos en mi estómago, pero me sentía mejor cuando me eché atrás. Sus dedos cayeron de mi barbilla y mi mano resbaló de la suya. Miré hacia la abertura. La música había cesado en algún momento—. ¿Lo hacemos?

Ash parpadeó, se aclaró la garganta.

—Sí. Claro. Deberíamos —farfulló. Sonaba descolocado.

Saion se adelantó entonces, y recé por que nadie más hubiese oído mi declaración algo torpe. Aios nos observaba con una expresión perpleja, y de repente deseé haberle preguntado a quién amaba. Empecé a hacerlo, pero la mano de Ash encontró la mía de nuevo y entonces estábamos andando hacia la entrada.

—Treinta y seis —murmuró al detenerse a la puerta del consistorio. Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Treinta y seis pecas —me dijo, la vista al frente—. Las he vuelto a contar. Se ha convertido en una costumbre. Y puede que te haya mentido acerca de no saber cuántas tienes por la espalda. Sí que lo sé. Doce.

Mi pecho se hinchó de nuevo y las brasas... *zumbaron*. Había sentido una especie de tensión antes, pero esto... *esto* era diferente. Una sonrisa apareció en mis labios mientras lo miraba desde abajo. La corrección de todo aquello parecía tatuada en mi piel, llenaba mis venas y se grababa en mis huesos y

mis músculos. Era una sensación agradable. No confusa. Todavía daba un miedo de mil demonios, pero era *agradable*.

Inspiré una bocanada de aire superficial y volví mi atención hacia el consistorio, donde encontré a un *draken* encaramado a las columnas. Había... docenas de ellos, aunque no me pareció ver a Nektas. De la parte superior de las columnas colgaban estandartes gris hierro con el símbolo de dos lunas crecientes, una frente a la otra, debajo de lo que parecía el contorno de la cabeza de un lobo. Unas cuerdas de un tono amarillo suave cruzaban como una telaraña todo el coliseo para proyectar un resplandor cálido sobre las interminables filas de mesas y los asientos al pie de los estandartes. Jamás había visto una luz semejante, y solo podía suponer que la alimentaba energía primigenia.

—Inclinaos —bramó la voz de Rhain desde el extremo del pasillo. Me sobresalté. El estrado estaba tan lejos que apenas lograba distinguir la forma del dios, pero sus palabras nos llegaron sin problema—. Inclinaos ante el Asher, *el* que ha sido Bendecido.

El roce de los zapatos femeninos y de las botas sobre la piedra reverberó por toda la sala y, de algún modo, ahogó el repentino tronar de mi corazón. Ash me dio un apretón en la mano y eso lo sentí. Lo sentí a él. Solo a él.

—El Guardián de Almas —continuó Rhain, y hubiese jurado que las estrellas latían en lo alto—. Y *el* Dios Primigenio del Hombre Común y los Finales, *el* regente de las Tierras Umbrías. El Primigenio de la Muerte.

Capítulo 41



No me había dado cuenta de que habíamos empezado a andar hasta que noté el completo silencio y el peso de *miles* de miradas. El aire que inspiré fue poca cosa. Las brasas de mi pecho vibraban, mientras mis ojos saltaban de los escudos sujetos por los soldados que bordeaban el pasillo a los manchurroneos de color de los vistosos vestidos y túnicas, pasando por los rostros borrosos. Nadie habló mientras caminábamos, pero nos observaban. Todos ellos. Detrás de nosotros. Delante de nosotros. Noté sus miradas en mi pelo, en el corte del centelleante vestido con encaje, y en mi cara.

Jamás me había mirado tanta gente directamente a mí. Mis ojos volaron entonces hacia el estrado al final del pasillo, que parecía interminable. Me hormigueaba la parte de atrás del cuello. Me empezó a doler el pecho...

—Respira —murmuró Ash, y su mano se apretó alrededor de la mía.

Mi corazón se apaciguó un poco con el sonido de su voz, y todo lo que logré hacer a partir de ahí fue concentrarme en hacer respiraciones lentas y medidas. No me había percatado de que habíamos llegado al estrado hasta que Ash se detuvo a fin de darme el tiempo suficiente de levantar el borde de mi vestido para no tropezar y caer de bruces. Sabía que reconocía los rasgos de los que estaban al lado del estrado, pero, por mucho que lo intentara, no era capaz de distinguir quién estaba ahí.

Agarré el vestido con fuerza, aunque los diamantes se clavaran en la palma de mi mano, y ascendimos las escaleras redondeadas de piedra umbrá. Los tronos aparecieron ante nuestros ojos. Estaban situados delante de los estandartes, idénticos a los que había en la Casa de Haides. Había también un podio blanco delante de los tronos.

Y sobre él, descansaba una corona.

Me quedé boquiabierto. La corona era... jamás había visto nada igual. Unas púas talladas en piedra umbra formaban un halo de refulgentes medialunas. Delicadas cadenas de piedra negra colgaban entre los picos, y de ellas caían cadenitas más cortas cubiertas de diamantes que también se conectaban con la parte de delante de cada púa.

¿Se suponía que tenía que ponerme *eso*? ¿Sobre la cabeza?

Ash me condujo a través del estrado, pasamos por delante del podio y nos paramos de modo que estábamos entre los tronos, justo donde las alas de piedra umbra se tocaban. Ash giró el cuerpo hacia al mío y se paró de tal manera que el podio y los tronos quedaron directamente detrás de nosotros.

—Mírame —dijo en voz baja, e hice justo eso—. Piensa que solo estamos nosotros.

Con la garganta seca, le sostuve la mirada como si fuese un salvavidas en el silencio del coliseo. Unas hebras de *eather* giraban despacio a través de sus iris mientras deslizaba lentamente el pulgar por el dorso de mi mano. Un movimiento captó mi atención por el rabillo del ojo, pero no aparté la mirada. Era Rhain, que levantaba la corona del podio. Ash deslizó el pulgar una última vez y luego soltó mi mano para agarrar la corona. Sus ojos tampoco se apartaron de mí en ningún momento y entonces...

Ash descendió para poner una rodilla en el suelo y hacerme una reverencia *a mí*.

Una oleada de murmullos sorprendidos recorrió a la multitud situada en las gradas escalonadas del consistorio. Yo solo pude bajar la vista hacia él, alterada a más no poder. Nyktos no había mencionado que fuese a haber reverencias de ningún tipo. Por la respuesta del público, no me dio la impresión de que esto fuese lo normal. Tampoco entendía por qué él, un Primigenio, era el que estaba haciendo la reverencia.

—Bueno, ese es un hombre que sabe cuál es su lugar. —Una voz suave que reconocí cortó a través del silencio aturdido. Mis ojos volaron hacia la fuente del sonido cerca del estrado y aterrizaron sobre el Primigenio de pelo color arena mientras unas risitas suaves recorrían el coliseo entero.

No me sorprendió nada ver a Attes, vestido de negro. Sobre la cabeza llevaba un yelmo de piedra negra rojiza. No había esperado que viniese Kyn, después de lo sucedido en Dalos, pero ahí estaba también, arrodillado al lado de Attes.

El Dios Primigenio de la Concordia y la Guerra me guiñó un ojo y un hoyuelo apareció en su mejilla derecha.

Me apresuré a devolver la mirada a Ash.

Había aparecido una media sonrisa en sus labios.

—Tendrás que agacharte un poco para que esto pueda funcionar —me indicó en voz baja—. Mantén el cuello y la cabeza rectos.

Tras un rápido parpadeo, me doblé por la cintura. Ash me sostenía la mirada una vez más mientras levantaba la corona de lunas y la colocaba sobre mi cabeza. Las cadenas de diamantes besaron mi frente y mis cejas mientras él deslizaba los dedos por la parte inferior del halo para empujar la corona un pelín hacia atrás de modo que los diminutos dientes de la parte inferior se engancharan a mi pelo. No sentí el peso, solo porque estaba segura de que mi cuerpo entero se había quedado entumecido.

Entonces Ash tomó mi mano y me enderecé al tiempo que él se levantaba. Deslizó los ojos por mi cara y por donde las cadenas de diamantes descansaban contra mi frente.

—Exquisita —murmuró, antes de dar media vuelta de modo que cada uno de nosotros quedara delante de un trono, de frente al público.

La multitud se acalló.

—Levantaos. —La voz de Ash sonó más profunda, más fuerte—. Levantaos para la nacida de Sangre y Cenizas, *la* Luz y el Fuego, y *la* Luna Más Brillante —dijo, y mis ojos volaron hacia él en el mismo momento en que se me cortó la respiración.

Mi título.

Se me había olvidado eso entre todo lo ocurrido.

Lo que había dicho sonaba casi en parte profecía. Mágico. Y absolutamente precioso.

Unas motas de esencia giraban por sus ojos cuando levantó la barbilla.

—Levantaos para la consorte de las Tierras Umbrías.

Por todo el coliseo, Primigenios y dioses, mortales y divinidades se levantaron mientras Ash elevaba nuestras manos unidas muy alto entre nosotros. Los aplausos subieron hasta donde los *drakens* estaban posados sobre las columnas...

Reprimí una exclamación al sentir una repentina e intensa serie de cosquilleos brotando a lo largo de la palma de la mano que apretaba contra la de Ash. Mis ojos fueron de inmediato a nuestras manos unidas, donde una luz blanca y plata giraba en torno a las palmas y bajaba por nuestros brazos. Las brasas en mi pecho vibraron con ferocidad en respuesta. El resplandor del *eather* se reflejaba en la cara de Ash, cuyos ojos se abrieron un poco. El gentío se quedó en silencio.

—¿Eso lo estás haciendo tú? —susurré.

—No —dijo con voz rasposa, sus facciones más afiladas, su piel más fina, hasta que un indicio de sombra era visible bajo su piel. La incredulidad llenaba sus ojos cuando nuestras miradas se cruzaron—. *Imprimen* —dijo, y se aclaró la garganta—. *Suu opor va id Arae. Idi habe datu ida benada.*

—¿Q... qué? —Solo reconocí una palabra de las pronunciadas en el idioma primigenio.

Ash tragó saliva con esfuerzo.

—La impronta, la marca de matrimonio —tradujo. Me miraba... pasmado, mientras unos murmullos sorprendidos rompían el silencio—. Deben de ser los *Arae*. Nos están dando su bendición.

¿Los *Arae*? ¿Holland? Despacio, giré la cabeza hacia el público y lo único que vi fueron bocas abiertas y Primigenios con los ojos como platos. Mis ojos conectaron con los de una Primigenia de piel como ahumada, marrón rojiza, y pelo rizado castaño rojizo bajo una impresionante corona de cuarzo azul pálido con muchas ramas y hojas.

El público estalló en vítores. Miles de pies y escudos aporrearon el suelo mientras todos los Primigenios excepto esta seguían mirando en un silencio boquiabierto. Esta Primigenia me dedicó una pequeña sonrisa y se llevó al centro del pecho una mano desprovista de joyas antes de asentir.

Aspiré una bocanada de aire que no fue muy lejos, justo cuando Ash daba un paso atrás y me guiaba hacia el trono. Con el corazón desbocado, nuestras manos permanecieron unidas al sentarnos... y un repentino retumbar resonó por todas las Tierras Umbrías. Un estallido de intensa luz plateada iluminó el cielo más allá de las columnas al tiempo que los *drakens* posados en ellas levantaban la cabeza y emitían una aguda llamada reverberante. Con los ojos como platos, contemplé cómo emprendían el vuelo para planear en círculo por encima del coliseo. Justo entonces, una sombra más grande y densa cayó sobre la gente y bloqueó la luz del sol. Una ráfaga de viento removió las cuerdas de luz y levant  mechones de mi pelo mientras miraba hacia arriba.

Unas inmensas alas negras y grises se abrieron en toda su envergadura para que Nektas descendiera y se posara delante de los tronos. Replegó las alas hacia atrás por encima de nuestras cabezas y sus garras delanteras se estamparon contra el borde del estrado. La gruesa gorguera de alrededor de su cabeza vibró mientras un sonido parecido a un trueno brotaba de su interior. Los más próximos al estrado dieron varios pasos atrás e intercambiaron miradas de recelo cuando una nubecilla de humo brotó de los ollares muy abiertos de Nektas. Mir  a Ash...

A mi marido.

Los labios de Ash se curvaron en la sombra de una sonrisa. Luego me dio un apretoncito en la mano y la soltó. Retiré la mano y bajé la vista despacio hacia ella.

Una serie de luminosas espirales doradas rodaban por el dorso de mi mano y entre mi pulgar y mi dedo índice, luego daban varias vueltas a lo largo de las líneas de la palma de mi mano. Miré la mano de Ash.

Tenía la misma marca que la mía.



—Es una marca de matrimonio —explicó Ash en voz baja. Su mano izquierda, la recién tatuada, se cerró para descansar en la mesa que habían colocado delante de los tronos—. Aparece cuando una unión recibe aprobación.

—¿De los Hados? —Seguí con un dedo las espirales doradas de la palma de mi mano. A diferencia del hechizo que habían pintado sobre mí, esta marca no había desaparecido dentro de mi piel.

—Supongo que *podrían* hacer algo así —dijo en voz baja, aunque se inclinó hacia mí para que pudiera oírlo. Supuse que para los que celebraban al pie del estrado, daría la impresión de que nos estábamos susurrando palabras de amor.

—¿O sea que no fueron ellos? —Miré las marcas doradas.

—No lo creo.

—¿Mentiste?

Retiró un rizo por encima de mi hombro.

—Solo un poquito. Tenía que dar algún tipo de explicación para lo que ha sido casi imposible. Ninguna unión ha sido bendecida desde hace muchos siglos.

Arqueeé una ceja.

—Entonces, ¿cómo ha ocurrido esto?

Sus dedos no soltaron mi rizo.

—Mi padre solía hacer esto cuando daba el visto bueno a una unión y quería que todo el mundo lo supiera. Daba su *bendición*.

Entonces recordé que Ash había mencionado algo así. Pero si esto era algo que hubiese hecho su padre, era algo que haría el *verdadero* Primigenio de la Vida, lo cual significaba que... Mis labios se entreabrieron.

—Han sido las brasas. —Ash se inclinó hacia atrás con una sonrisa, luego deslizó la mirada hacia la multitud—. ¿Y se creerán que han sido los *Arae*?

—Los Hados son capaces de cualquier cosa —respondió—. Así que es más que posible que pudieran hacer algo así.

Aun así, Ash estaba bastante convencido de que no habían sido ellos.

Miré mi mano otra vez y deslicé el dedo por una rutilante espiral. ¿Habrían sido las brasas? ¿O habría sido yo? Sea como fuere, parecía un poco... autoindulgente dar el visto bueno a tu propia unión.

—Por cierto, no se borrará —comentó Ash en voz baja.

Mi dedo dejó de moverse y levanté la vista hacia él. Estaba observando al Primigenio con la corona de cuernos de rubí. Hanan. Estaba al lado de Kyn. Los dos parecían a una sola copa de estar muy borrachos. Era probable que yo también acabase así si seguía bebiendo en lugar de comer. En mi defensa, era bastante difícil darse un festín en una mesa que habían preparado sobre el estrado, a plena vista de los miles de asistentes.

Mientras tanto, Aios estaba sentada con varios invitados enmascarados detrás del estrado. Habría preferido eso.

—No estoy intentando borrarla —me defendí, y volví a mirar a Kyn. ¿Qué le habría dicho Attes acerca del joven *draken*, Thad? Me había enterado esa mañana de que lo habían traído a las Tierras Umbrías y estaba en esos momentos en las montañas—. Es solo que no puedo dejar de tocarla.

—Con suerte, te acostumbrarás a ella —me dijo—. La única manera de que se borre es con la muerte de la otra parte, y no tengo planeado que eso ocurra.

Parpadeé y cerré la mano.

—¿Qué pasaría si decidiéramos no continuar con esta unión?

—¿En serio? —Me miró con el ceño fruncido. Pasó un momento—. No estoy seguro. Ninguno de los que han llevado esta marca ha elegido separarse.

Me pregunté si estaría pensando en el trato que había hecho con él. Mi petición de libertad. Sin embargo, eso había sido antes de darme cuenta de que estaba... enamorada de él. Ahora, ya no sabía qué pensar del trato que habíamos hecho. Terminar con él no parecía libertad ninguna; parecía un tipo de prisión diferente. Negué con la cabeza y me dije que más adelante habría tiempo para pensar en todo eso.

—¿Queda gente viva con la marca del matrimonio?

Ash negó con la cabeza.

—Los que bendijo mi padre ya no viven.

Un escalofrío bajó reptando por mi columna. No necesitaba preguntarlo. Lo sabía. Kolis. Matar a los que su hermano había favorecido por cualquier razón sonaba como el tipo particular de crueldad infantil de Kolis. Crueldad por amor a la crueldad.

Claro que ¿no hacía eso que la marca pareciese en cierto modo un mal augurio? Metí la mano tatuada debajo de la mesa y la dejé en mi regazo mientras miraba a los asistentes. Ash ya me había explicado quiénes eran los Primigenios que no había reconocido.

Maia. La Diosa Primigenia del Amor, la Belleza y la Fertilidad era igual a como la habían representado siempre. Con una figura voluptuosa y absolutamente despampanante. Su pelo de un rubio cálido caía en cascada por su espalda en gruesos rizos que enmarcaban su piel marrón amarillenta. Su corona color perla estaba hecha de rosas y valvas de vieira. Maia era fascinante de mirar. Cada movimiento que hacía, cada sonrisa y pestañeo, llevaban un aura de suavidad y un toque de picante. De hecho, ya no podía verla, puesto que estaba rodeada de gente casi en todo momento.

Sí había reconocido a Phanos, aunque habría sido difícil no verlo entre la multitud. Era más alto que todos los demás Primigenios, incluso más alto que Ash, posiblemente, y llevaba una corona con forma de tridente. Se alzaba casi un palmo por encima de todos los demás, por lo menos; su cabeza calva era como ámbar quemado bajo el resplandor de las hileras de luz. Me había puesto tensa al verlo hablar un momento con Saion y Rhahar, pero nadie más parecía preocupado y, al cabo de un rato, se había alejado con el Primigenio de la Sabiduría, la Lealtad y el Deber.

Embris me recordaba a un halcón: un hombre callado y vigilante a pesar de la mata de pelo castaño rizado que le daba un aspecto infantil a sus rasgos. Su corona de bronce me... inquietaba, pues le habían dado forma de ramas de olivo y lo que parecían ser *serpientes*. Embris se había marchado ya. O al menos eso creía, ya que hacía rato que no los veía a Phanos ni a él. Ash no parecía sorprendido por su rápida marcha. Según él, habían hecho lo que se esperaba de ellos al asistir, pero no tenían ninguna razón para quedarse más tiempo.

Mi corazón trastabilló cuando mis ojos se posaron en la Primigenia que me había sonreído. No había vuelto a ver a la impactante Primigenia entre el gentío hasta entonces.

—¿Quién es esa?

Ash siguió la dirección de mi mirada.

—Keella.

La Primigenia del Renacimiento, la que había ayudado a Eythos. La observé durante un rato. Estaba sentada en silencio mientras varios invitados hablaban con ella; tenía una sonrisa cálida, aunque reservada, desplegada en la cara. De todos los Primigenios presentes, ella era justo con la que quería hablar.

Sin embargo, no se había acercado al estrado. Ninguno de los Primigenios ni nadie más, aparte de los que trabajaban con Ash, lo había hecho. Supuse que tendría algo que ver con Nektas, que permanecía en su forma de *draken* y ocupaba casi todo el espacio del estrado, observando a los que estaban al pie de él como si no descartara arrancar un brazo o dos de un bocado.

—¿Crees que lo sabe? —murmuré. Ash se acercó más a mí—. Lo mío... Lo que tu padre hizo al final con el alma.

Ash no respondió durante un buen rato.

—¿Sabías que cuando muere un recién nacido su alma renace?

—No —contesté, después de girar la cabeza hacia él. Ash asintió y su mirada saltó hacia Keella.

—Son las únicas almas que no pasan a las Tierras Umbrías. Keella las atrapa y las envía de vuelta.

Mis ojos se deslizaron de nuevo hacia ella.

—Entonces, ¿se reencarnan?

—No. —Negó con la cabeza mientras sus dedos tamborileaban sobre la superficie de la mesa—. No en el sentido en que se entiende la reencarnación. Verás, cuando un bebé muere al respirar su primer aliento, no ha vivido de verdad. No tiene pasado o presente que revivir. Keella les proporciona un *renacimiento*. Una oportunidad para vivir de verdad.

—Oh —susurré, y mi garganta se comprimió por la *justicia* de ese acto.

—Puede ver el alma de todos los que atrapa. Mi padre dijo una vez que los considera sus hijos y luego a menudo los sigue a lo largo de sus vidas.

—Como una... —Todo el aire salió de golpe de mis pulmones—. Atrapó el alma de *ella*.

Ash asintió.

—No sé si también podía seguir esa alma, puesto que no fue un renacimiento, pero es posible —me dijo, y pensé en la sonrisa que me había dedicado—. Kolis creía que lo era, pero ella nunca le dijo quién llevaba el alma de Sotoria. Si lo hubiese hecho, Kolis no la estaría buscando ya.

Me dolía el pecho. Holland había dicho que Keella había pagado caro por intervenir con el alma de Sotoria. Impedí que mi imaginación rellenara todas

las formas terribles en que Kolis podría haberse asegurado de que Keella fuese castigada.

—¿Por qué no se lo diría?

—Keella no es mucho más joven que Kolis, pero es una de las pocas Primigenias que aún cree en el bien y el mal y en la necesidad de que haya un equilibrio que no debería ajustarse para satisfacer los deseos o las narrativas de uno. —Esbozó una sonrisa cálida, tenue pero real, y mi corazón trastabilló por una razón muy diferente—. Intenta ser buena.

—Suenas como que es buena.

Ash levantó un hombro mientras yo bebía otro sorbito. Reconocí a la diosa de pelo color miel y vestida de blanco que se acercaba al asiento vacío al lado de Keella. Era Penellaphe. Levantó la vista hacia el estrado al sentarse. Penellaphe sonrió mientras inclinaba la cabeza en dirección a Keella, a quien dijo algo. Aparté la vista de ella en busca de un rostro atemporal y conocido que sabía que no encontraría; aun así, me sentí decepcionada cuando no lo encontré.

La aparición de Penellaphe me hizo pensar en otra cosa.

—El título. —Me quedé callada un momento mientras Paxton rellenaba mi cáliz—. Gracias —le dije. El chico sonrió y asintió, luego se alejó a toda prisa, con cuidado de evitar a Nektas.

—¿El qué del título? —preguntó Ash, los ojos fijos en la gente de un modo muy parecido a los de Nektas. Su vino seguía intacto.

—Me gusta —murmuré, aunque me sentí un poco tonta cuando mis mejillas se sonrojaron.

—¿Sí? —preguntó Ash, y se volvió hacia mí. Asentí—. Me alegro.

Rezando por que mi cara no estuviese tan roja como la sentía, volví a centrarme en la gente. Encontré a Keella y a Penellaphe otra vez, sus cabezas juntas mientras charlaban.

—Había un poco de la profecía de Penellaphe en él.

—No lo suficiente como para disparar ninguna alarma —me aseguró—. Era lo único que volvía a mi mente una y otra vez. Tu pelo. Luz de luna. —Ahora fue el centro de sus mejillas el que se puso rojo. Se aclaró la garganta—. Y esta noche estás como la más brillante de las lunas.

El vibrante calor de felicidad de mi pecho rivalizaba con el de las brasas, y la sensación fue tan estimulante como aterradora.

—¿Y la parte de la sangre y las cenizas?

—Es algo que les gusta decir a los *drakens* —explicó—. Tiene distintos significados. La fuerza de la sangre y la valentía de las cenizas es uno.

Algunos creen que simboliza el equilibrio y representa la vida y la muerte. — La luz de las estrellas centelleó en su corona cuando echó la cabeza atrás—. Me pareció que encajaba a la perfección contigo.

—Es... es un título precioso —musité.

La sonrisa que me regaló fue cálida y real, se enroscó alrededor de mi corazón e hizo que me sintiera aún más desesperada por ver arder a Veses.

Mis ojos se deslizaron por los rostros de los que teníamos delante y detrás mientras apartaba los pensamientos sobre Veses a un lado. Había más rostros enmascarados que descubiertos. Vi muchas sonrisas, pero no procedentes de la mayoría de los Primigenios. Supuse que si pudiera sentir emociones como podía hacer Ash, lo más probable sería que me estuviese ahogando en agitación.

Vi a Saion y a Rhahar dar un paso a un lado para permitir a Attes subir las escaleras del estrado. Pensé que no podía estar más agradecida de ver al Primigenio.

—Creo que estamos a punto de tener compañía.

—Eso parece. —Los dedos de Ash dejaron de tamborilear.

Attes asintió en dirección a Nektas al pasar junto al *draken*, luego se detuvo delante de la mesa e hizo una profunda reverencia. La corona cubría la mitad de la cicatriz que cortaba a través de su nariz y su mejilla izquierda, pero la combinación de ambas lo hacía parecer aún más peligroso, aunque no llevara armas. Ninguno de los Primigenios las llevaba. Se enderezó.

—He pensado que podía ser el primero en daros mi enhorabuena y deseáros lo mejor, pues me marcharé pronto.

—Lo apreciamos —comentó Ash con frialdad.

Esa recepción muy poco amistosa no pasó inadvertida. Apareció un hoyuelo en la mejilla derecha de Attes cuando posó sus luminosos ojos en mí.

—La corona te sienta bien, consorte.

—Gracias —le dije, con una sonrisa.

—Como también lo hace la marca de matrimonio —añadió—. Eso ha sido un... suceso inesperado. —Mantuve una expresión neutra, aunque la agitación corría como loca por mi interior—. Me da la sensación de que ahora de verdad debería encontrar tiempo para visitar los lagos del mundo mortal —comentó—. Quizá los *Arae* me bendigan con una belleza como tú y una marca similar.

—Ahora es un momento estupendo para hacerlo. —Los dedos de Ash se deslizaron por la mesa antes de enroscarse contra la palma de su mano. Traté de reprimir una sonrisa, pero fracasé en el intento.

Ese hoyuelo se profundizó y los labios de Attes se curvaron aún más.

—Supongo que no ha habido ningún... evento en tu corte desde la última vez que hablamos —dijo Ash.

—Nada, aparte de unos pocos *dakkais* husmeando por ahí. Se marcharon sin crear muchos problemas —confirmó Attes, y sentí un gran alivio. Aunque también recelo. Kolis tenía que haber percibido mi uso de las brasas. ¿Por qué no había tomado más represalias contra Attes? El Primigenio inclinó la cabeza en dirección a Ash—. Tenemos que encontrar algo de tiempo para hablar —le recordó Attes—. Los tres.

Una emoción con la que no estaba muy familiarizada cruzó a través de mí y me dejó un poco confundida.

—Eso puede arreglarse —dijo Ash.

—Lo espero con impaciencia. —Attes hizo otra reverencia profunda—. Espero que vuestra unión sea una bendición para las Tierras Umbrías y más allá.

—Gracias —murmuré, y alargué la mano hacia mi copa de vino mientras observaba a Attes caminar hacia Nektas. Se paró un momento a hablar con el *draken*.

—Me recuerda a una bebida helada. —Ash se inclinó hacia atrás y me miró de reojo—. Tu sorpresa.

Arqueeé una ceja.

—¿Estaba proyectando?

—En efecto —confirmó—. No fue lo único que sentiste ahora mismo.

—Bueno, pues espero que puedas arrojar un poco de luz sobre eso. —Bebí un sorbo de vino—. Porque no tengo ni idea de *qué* estaba sintiendo.

—Satisfacción. —Mi cabeza voló hacia él—. ¿Te importa contarme qué dijo ese imbécil para hacerte sentir así? —preguntó, un destello burlón en sus ojos grises—. Porque eso es algo que solo he sentido en ti en pocas ocasiones. Una no del todo apropiada para una conversación en público.

Resoplé con desdén.

—Puedo asegurarte que esa no es la única vez que me he sentido satisfecha.

—Lo sé. Proyectaste una cantidad indecente de satisfacción cuando me apuñalaste en Stonehill. —Se me escapó una carcajada breve—. Igual que haces siempre que sujetas un arma ante mí o consigues hacerme un cortecito en la piel o en el pelo —prosiguió—. Podría continuar.

—No será necesario —murmuré. Mi diversión se fue diluyendo mientras trataba de dilucidar por qué había sentido satisfacción. La respuesta fue muy

fácil de descubrir. Reconocerlo fue algo muy distinto—. Yo... supongo que no estoy acostumbrada a que me incluyan en conversaciones importantes, incluso las que me atañen, así que me sorprendió que me incluyera.

—¿Y luego te sentiste satisfecha al saber que lo estabas?

Me encogí de hombros y noté que un pelín de calor trepaba por mi cuello.

—Sé que suena tonto.

—No es verdad.

Lo miré de reojo para descubrir que me observaba con atención. Volví a centrarme en la gente a nuestros pies. Respiré hondo.

—Nunca me incluían en ningún tipo de conversación, ya fuese sobre el clima o sobre algo importante, como las crecientes tensiones entre Lasania y otros reinos. Supongo que a mucha gente le daría igual, pero a mí me hacía sentir como que cualquier cosa que pensara o quisiera decir no importaba. Yo... no contaba. Ya sabes, como si no fuese una persona sino un...

—¿Un fantasma?

Asentí, los ojos guiñados.

—Como si estuviera ahí, pero nadie me viese de verdad, nadie interactuase conmigo. Es la única manera en que puedo describirlo. Y que Attes me incluyera ahora me hace sentir vista. Aceptada. —Entonces me aclaré la garganta, preguntándome cómo había dejado que la conversación derivara hasta este punto—. En cualquier caso, ¿sabes de qué puede querer Attes hablar con nosotros? Me da la sensación de que las posibilidades son interminables ahora mismo. —Cuando Ash no respondió, lo miré. Seguía observándome, su mirada intensa, aunque sus ojos se habían suavizado—. ¿Qué? —susurré.

—Odio que te hayan hecho sentir así durante tanto tiempo. Y me horroriza pensar que es muy probable que yo haya empeorado esa sensación. No creo que me pueda disculpar nunca lo suficiente por ello. Ahora todo el mundo te ve y te escucha, *liessa*. —Las brasas se menearon y vibraron junto con mi corazón cuando sus comentarios me dejaron muda. *Liessa*—. E importas. Siempre. —Ash se inclinó hacia mí para darme un beso en la sien. Ese gesto dulce y casto fue tan sorprendente como sus palabras. Me derretí como la mantequilla dejada al sol. Él se apartó y miró al frente—. Se acerca Keella.

Parpadeé y salí de lo que de verdad había empezado a parecer un *vahído*. Seguí la dirección de su mirada hacia donde Keella se había parado a saludar a Nektas. El *draken* le dio un empujoncito con el morro en el brazo en

respuesta a lo que fuese que le hubiera dicho la Primigenia, y ella puso una mano en su mejilla y acarició la piel escamosa.

No recordaba haber visto a *nadie* hacerle eso a Nektas.

Con los ojos como platos, dejé la copa delante de mí antes de que se me cayera. El asombro guerreaba con una punzada de energía nerviosa cuando la Primigenia del Renacimiento se acercó a nosotros, su largo vestido del mismo azul pálido que su corona de cuarzo.

—Nykto —dijo Keella. Su voz me recordó a los vientos de Stonehill. Unos ojos plateados se deslizaron hacia mí. Se quedaron ahí—. Consorte.

—Hola —grazné, y conseguí trabarme con esa única palabra.

Ash la saludó con mucha más elegancia y confianza.

—Es un placer y un honor verte, Keella. Espero que estés bien.

Keella inclinó la cabeza de un modo regio que no tenía nada que ver con la corona que llevaba.

—Lo estoy. —Apareció una leve sonrisa cuando sus ojos se posaron en la mano de Nyktos... su mano izquierda—. Han pasado muchísimos años desde la última vez que viera una *benada*. Un *imprimen*. Es una verdadera bendición. Una preciosa. ¿Puedo?

Tardé un momento en darme cuenta de que me hablaba a mí. Levanté la mano derecha. Ash no parpadeó cuando Keella tomó mi mano entre las suyas. Una corriente de energía correteó por mi brazo, pero ella no reaccionó mientras deslizaba un dedo cálido por encima de las espirales doradas en el centro de la palma de mi mano.

Sus rizos castaño rojizos botaron cuando sacudió un pelín la cabeza.

—Para ser sincera, no creí que fuese a ver algo así nunca más.

—Yo tampoco —declaró Ash con suavidad, aun cuando mi corazón tropezó consigo mismo. Si había dos Primigenios en todo este coliseo que podrían no creer que hubiesen sido los *Arae*, esos serían Embris, que ya se había marchado, y Keella.

—Me alegro de haberlo visto. —Sus ojos, un torbellino de plata, se levantaron hacia los míos.

Se me comprimió la garganta de la cantidad de preguntas que se me ocurrieron... cosas que no podía preguntar durante la coronación, a riesgo de que me oyeran. Sin embargo, me costó un gran esfuerzo no preguntarle si sabía quién era yo, decirle que Eythos, con su ayuda, había colocado el alma de Sotoria en mi interior. ¿Podía ver a Sotoria ahora? ¿Dentro de mí? ¿Podía distinguir si existía un alma o dos?

—De verdad. —Keella me dio unas palmaditas en la mano antes de soltarla. Su sonrisa era fiel reflejo de la que me había dedicado antes...

Y... empecé a pensar que *sí* lo sabía.

—Yo también me alegro.

La atención de la Primigenia fue hacia Ash ahora.

—El título que le otorgaste a tu consorte también es precioso. Quizás incluso... otra *bendición*. ¿Puedo preguntar qué inspiró esas palabras?

La pregunta la hizo con gran educación, pero tenía un filo cortante... no de ira, sino de algo distinto.

—Es probable que te decepcione saber que lo único que me inspiró fue el pelo de mi consorte.

Casi me atraganté con mi propia respiración ante la sinceridad de la respuesta.

—Para nada. Más bien estoy... fascinada de oír eso. Esperanzada —dijo, y mis ojos volaron de inmediato hacia ella—. No quiero robaros más tiempo. Os deseo que vuestra unión sea una bendición. —Sus ojos se cruzaron con los míos otra vez antes de dar media vuelta.

Salí de golpe de mi pasmo.

—Gracias —me apresuré a decir.

La Primigenia del Renacimiento nos miró una vez más y esa sonrisa regresó a su cara. Una sonrisa vieja. Sabia. Inteligente. Las brasas de mi pecho vibraron. Keella hizo un gesto de aquiescencia con la cabeza, luego levantó la vista hacia Ash.

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti.

Capítulo 42



No hubo tiempo de hablar en privado con Ash ni de tomarse más de unos momentos para usar el baño a medida que los asistentes iban llegando al estrado. Las elaboradas coronas de los Primigenios, sus saludos reservados e irónicos, se trocaron poco a poco en rostros enmascarados y sonrisas más relajadas y cálidas a medida que inundaban el pasillo bordeado de escudos hasta donde estábamos sentados Ash y yo.

Resonaban gritos por encima de la música cada par de minutos, gritos que me sobresaltaban mientras un invitado tras otro nos expresaba sus mejores deseos.

—¿Debería preocuparme? —le pregunté a Ector, que había venido a ponerse a mi lado.

—No. —Ector me sonrió desde lo alto—. Son vítores para su nueva consorte.

Un poco descolocada por la declaración, miré de reojo a Ash. Estaba sonriendo por lo que decía un hombre enmascarado, pero en algún momento durante los saludos, había bajado la mano a donde la mía descansaba contra mi muslo. Nadie, excepto quizás Ector y Rhahar, que estaba al lado de Ash, podían ver dónde estaba su mano, pero para mí era un *shock* de todos modos. El contacto no era una exhibición, y el peso de su mano era tranquilizador y reconfortante mientras... mientras me *veía* tanta gente.

Kyn y Hanan fueron los únicos que no se acercaron y los perdí de vista en la masa de gente que continuaba adelante en una ola. Había empezado a cansarme, el cuello dolorido ya por el peso de la corona, pero los gritos, los vítores, habían hecho retroceder al agotamiento. Era... agradable que te

recibieran con los *brazos abiertos* y no pude evitar preguntarme si a mi madre la habría recibido alguna vez así su gente. O a mi padre antes de morir. Yo no lo recordaba. El rey Ernald y mi madre se habían mostrado muy distantes con las personas de las que se suponía que se preocupaban, pero Ezra era diferente. Ella no estaba gobernando desde una torre detrás de una muralla.

En algún momento, sustituyeron las bandejas de comida por copas que los sirvientes mantenían llenas, la música era más frenética e intensa, y me dio la impresión de que no quedaba ningún Primigenio en las Tierras Umbrías cuando Ash por fin se inclinó hacia mí para decirme que ya era hora de que nos marchásemos. Unos vítores ensordecedores reverberaron por el cielo cubierto de estrellas mientras recorriamos el camino de vuelta al edificio de entrada.

El carruaje en el que yo había llegado hasta ahí nos esperaba en el exterior del coliseo, rodeado de guardias y soldados vestidos de gris. Saion estaba ante las puertas abiertas e hizo una reverencia cuando nos acercamos.

—*Altezas* —dijo con voz melosa. Ash suspiró.

—¿De verdad vas a empezar con eso?

—No es para vuestro beneficio —apuntó Saion, y me guiñó un ojo.

—Por supuesto —musitó Ash, y esbozó una leve sonrisa mientras subía al carruaje. Luego dio media vuelta y extendió una mano hacia mí—. Consorte.

La alocada sensación de aleteo regresó cuando acepté su mano, y recibí con gusto la corriente de energía que discurrió de la palma de su mano a la mía. Me ayudó a subir al carruaje al tiempo que varios de los *drakens* emprendían el vuelo desde las columnas para planear por encima de nosotros. Me moví hacia el banco frente a Ash cuando Rhain apareció ante la puerta abierta del carruaje con dos grandes cajas de piedra umbra. Las depositó en el suelo del interior.

—Coronas —explicó Ash, al tiempo que levantaba las manos para quitarse la suya.

Un poco aliviada de poder quitarme la pesada aunque preciosa corona, la desenganché con cuidado de mi pelo mientras Rhain abría la primera caja. Mi cuello me lo agradeció de inmediato.

Ash se arrodilló entre los bancos para colocar su corona en el interior de terciopelo color marfil. Cuando Rhain cerró una caja y abrió la otra, Ash tomó mi corona, y el roce de sus dedos contra los míos me provocó un escalofrío de autoconciencia.

—Permanecerán con vosotros —explicó Rhain, que me lanzó una mirada rápida mientras deslizaba las pesadas cajas contra el pie del banco sobre el

que estaba sentada yo—. Y luego las llevarán a una pequeña salita a un lado del salón del trono, donde se guardarán y podréis recuperarlas siempre que queráis.

—Gracias —le dije, y él asintió con otra mirada furtiva. Esperaba que no estuviese pensando en lo que me había contado antes de la coronación.

Era algo en lo que no podía permitirme pensar, mientras mi mirada encontraba el camino hasta donde Ash descansaba en el asiento opuesto al mío.

—Nos pondremos en marcha en unos momentos —anunció Rhain, antes de cerrar las puertas y dejarnos a solas bajo la suave y tenue luz de un farolillo, alimentado por algún tipo de combustible... o por Ash.

—Algunos de los soldados se adelantarán —explicó Ash, el codo apoyado en la repisa de la pared del carruaje—. Se asegurarán de que la carretera esté despejada para nosotros.

—¿Eso es necesario?

—En realidad, no —admitió, con una sonrisa sombría—. Pero se están tomando muy en serio la seguridad de su consorte.

Arqueeé una ceja.

—¿Pero no la de su Primigenio?

—Creo que están más preocupados por ti que por mí.

—Suenan un poco... sexista.

—Es posible. —Su sonrisa se ensanchó, revelando la punta de sus colmillos al resplandor del farol—. Pero no todos los guardias ni los soldados son conscientes de tu habilidad para defenderte. No obstante, aunque lo fuesen, aún querrían asegurarse de que el camino por el que viajes sea seguro. Es su deber.

—¿Un deber que eligen ellos?

Sus dedos resbalaron por su barbilla mientras me miraba.

—Todos los que sirven como guardias o como soldados lo hacen por elección propia, bien preparados para aceptar todas las responsabilidades de sus puestos. ¿En Lasania no es así?

—Hay quien dice que puedes elegir si enrolarte o no en el ejército, pero ¿es una elección real para aquellos que no pudieron aprender un oficio mientras crecían o que no se pueden permitir ir a las universidades a descubrir oficios y conocimientos nuevos? —pregunté—. Para muchas personas, unirse al ejército es la única manera de comer o alimentar a sus familias, así que no lo considero una verdadera elección.

—Yo tampoco —convino Ash. Se quedó en silencio mientras el carruaje permanecía quieto. Me ofreció la mano otra vez—. ¿Te sientas conmigo?

Me quedé quieta un momento, en gran parte por la sorpresa. Luego me levanté y tomé su mano. Sin embargo, Ash no me condujo hacia el asiento a su lado; en lugar de eso, se recolocó de modo que quedó sentado con la espalda contra la pared del carruaje y me situó entre una pierna flexionada y la otra que tenía plantada en el suelo. El rutilante vestido cayó por el lado del banco y por encima de su pierna derecha.

—Noto el sabor de tu sorpresa —murmuró, al tiempo que retiraba los mechones de pelo de la base de mi cuello.

Di un pequeño respingo al sentir sus dedos fríos contra mi cuello.

—Cuando me pediste que me sentara contigo, no pensé que te refirieses a que me sentase, básicamente, en tu regazo.

—¿Te importa?

—No. —Deslicé el pulgar por la palma de mi mano para seguir el recorrido de la espiral.

—Bien —murmuró—. ¿Qué tal tienes el cuello?

—Un poco dolorido.

—Sí, eso suponía. Hace falta un poco de tiempo para acostumbrarse al peso. —Sus dedos presionaron contra los músculos tensos a ambos lados de mi columna. Empezó a moverlos en círculos lentos. Mis labios se entreabrieron con un suspiro de placer—. ¿Qué tal esto?

—Es como... —Cerré los ojos despacio—. Como magia.

Su risa fue ronca mientras sus pulgares presionaron mi piel, masajeando y calmando mis músculos agarrotados. Arqueé la espalda, mis pechos apretados contra el corpiño a medida que bajaba por mi espalda. En verdad era como magia, la facilidad con la que alivió la tensión que se había acumulado ahí.

Y lo deprisa que creó una tensión totalmente distinta que se acumuló muy lejos de sus dedos. Un efecto relajante. Otro excitante. No habría podido decir cuál era mejor, ni aunque me hubiesen puesto una espada al cuello.

Las palmas de las manos de Ash se deslizaron por encima de los diamantes para enroscarse sobre mis hombros.

—¿Qué tal notas el cuello ahora?

—Perfecto —murmuré. Solo entonces me di cuenta de que me había reclinado contra su pecho y que el carruaje había empezado a moverse a paso de tortuga—. Gracias, Ash.

Se puso tenso contra mí.

Abrí los ojos al instante, al tiempo que mi estómago daba una voltereta.

—¿Te... te importa que te llame así?

—No. Para nada —declaró con voz ronca. Deslizó las manos arriba y abajo por mis brazos—. Echaba de menos cuando no lo hacías.

Ahora fue mi corazón el que dio un vuelco al tiempo que giraba la cabeza hacia el lado.

—¿De verdad?

—De verdad. —Su aliento danzó por mi mejilla y sus manos encontraron el camino hasta mi cintura—. Necesito reconocer algo ante ti.

—¿El qué?

—Sé que ahora mismo podríamos estar hablando de muchas cosas. Planes para Irelone. Lo que provocó este cambio en lo que deseas de mí... de nosotros —dijo, y mi respiración trastabilló al tiempo que abría los ojos—. Lo que piensas de la coronación.

Me mordí el labio cuando sus manos bajaron por mis caderas, aliviada de que hubiera seguido adelante.

—¿Pero?

—Pero hay una sola cosa que ha ocupado mis pensamientos desde el momento en que te vi con este vestido y te oí llamarme Ash. —Sus palabras eran una caricia sedosa dentro del carruaje—. Y no es verte sin este vestido, aunque eso ocupaba el segundo puesto por poco en mi lista de prioridades. —Me estremecí—. Tampoco era verte desnuda con nada más que la corona sobre tu cabeza.

Se me aceleró el pulso cuando su mano izquierda se deslizó por mi abdomen.

—¿Eso fue tercero por poco?

—Cuarto por poco. —Su mano bajó aún más por mi bajo vientre y me provocó una oleada de placer titilante—. Lo tercero fue imaginarte desnuda en el trono.

—Empiezo a ver una tendencia en tus pensamientos.

—Más bien una obsesión —me contradijo, y sus labios rozaron la curva de mi oreja, cosa que me provocó una serie de delicados escalofríos por todo el cuerpo—. Una que es probable que no sea digno de explorar.

Me puse tensa.

—Sí eres digno.

Hizo un sonido áspero contra mi cuello, sin dejar de mover la mano izquierda en círculos lentos que avanzaron despacio hasta la zona por debajo de mi obligo.

—¿Lo soy? En realidad, no es que importe demasiado en este momento, porque soy demasiado avaricioso y demasiado egoísta como para que me importe —dijo, y no fue ninguna de esas cosas mientras deslizaba su otra mano por la cara externa de mi muslo.

Empecé a decirle que no era avaricioso ni egoísta, pero antes de que pudiera dar forma a las palabras, su mano bajó aún más y por encima de mi muslo.

—¿Qué es esto? —preguntó Ash. Ladeó la cabeza y levantó la falda del vestido sin tener ningún cuidado con la miríada de diamantitos. Descubrió mi pierna hasta la parte superior de mi muslo—. Tu daga. —Emitió un sonido grave y retumbante mientras su mano se cerraba en torno al mango. El contacto de sus dedos fríos contra mi piel me hizo dar un respingo—. Joder.

Noté el roce de sus colmillos contra mi cuello. Solté una exclamación ahogada y múltiples sitios de todo mi cuerpo se tensaron de manera deliciosa.

—Creo que verte con nada más que esa daga amarrada al muslo acaba de ocupar la segunda posición. Pero no la primera —me informó. Me sobresalté cuando sus dedos rozaron la cara interna de mi muslo—. ¿Sabes cuál es la primera?

Mi corazón tronaba cuando sus dedos rozaron el encaje del borde de mi ropa interior y luego se deslizaron por encima de esta. Mis caderas casi se separaron del banco cuando sus dedos presionaron contra el centro de la finísima prenda.

Con el corazón en la boca, no podía contestar a sus preguntas mientras sus dedos se desplazaban adelante y atrás. La caricia era suave como una pluma, hasta que dejó de serlo. Me frotó, arrastrando los dedos por mi mismísimo centro hasta la zona más sensible de mi ser. No tenía ni una sola duda de que Ash podía sentir la humedad a través de la fina prenda, humedad que aumentaba a cada pasada de sus dedos; seguro que podía saborear mi creciente deseo. Y no había manera de ocultar mi respuesta a él. Mi deseo. Mi necesidad.

Y me *encantaba*.

Con los ojos abiertos y fijos en la pared del carruaje al otro lado del banco, agarré su brazo mientras él empezaba a mover los dedos por encima de la ropa interior. Los arrastraba arriba y abajo hasta donde palpitaba el deseo.

—¿Sera? —Sus labios rozaron mi sien.

—¿Q... qué?

—¿Sabes qué ha ocupado el primer lugar en mis pensamientos?

—No —boqueeé, sumida en un aluvión de calor líquido.

—Oírte llamarme Ash —murmuró—. Cuando te corras. —Me estremecí, un gran peso se asentó en mis pechos. Y más abajo, donde su mano estaba entre mis piernas, palpité un deseo agudo, casi doloroso—. ¿Aliviarás mi obsesión? —me preguntó—. ¿Me llamarás Ash cuando te corras?

Mi pecho se hinchó con brusquedad cuando agarré su rodilla con mi otra mano. Mis caderas empezaban a moverse inquietas contra su mano.

—Te llamaré como tú quieras.

Me dio un mordisquito en la piel entre el hombro y el cuello.

—Eso es todo lo que quiero oír.

—Puedo hacerlo —le prometí, mientras el carruaje se balanceaba hacia delante sobre el terreno irregular.

Ash gruñó y tiró de mí para pegarme más a la uve de sus piernas.

—No veo el momento de oírlo.

—Entonces, no esperes —susurré.

—No pensaba hacerlo —gruñó.

Mis caderas dieron una sacudida cuando deslizó los dedos debajo de la ínfima prenda interior y a través de la fina pelusilla rizada.

Ash... me puso a mil. *Jugó*. Durante segundos. Minutos. Más tiempo. Cuando por fin introdujo un dedo dentro de mí, yo ya estaba temblando y boqueando. El *shock* de sensaciones entre mi piel recalentada y su dedo gélido fue desquiciante, y la sensación de su segundo dedo me dejó ardiente, necesitada de más.

Eché la cabeza atrás.

—Te necesito —le dije. Su pecho subía y bajaba igual de deprisa que el mío contra mi espalda—. Te necesito *a ti*. —Alargué la mano y lo agarré de la muñeca—. Dentro de mí. —Los dedos de Ash se detuvieron—. Te quiero *a ti* dentro de mí —susurré contra la curva de su mandíbula—. Cuando me corra y te llame Ash.

—Joder —gruñó. Sacó los dedos de mí, agarró el encaje y lo rompió de un tirón brusco que me provocó una perversa oleada de excitación—. ¿Qué te lo impide?

Nada.

Absolutamente nada. Ni siquiera el movimiento oscilante del carruaje cuando me levanté y Ash se enderezó para plantar ambos pies sobre el suelo. Abrió sus pantalones y cerró la mano en torno a su miembro mientras yo me encaramaba al banco. Agarré la barra cercana al techo con una mano para equilibrarme, mientras plantaba las rodillas a ambos lados de sus caderas y

levantaba mi falda con la otra. Ash tiró de mí hacia su pecho, atrapó el vestido entre nosotros y me bajó hacia su miembro rígido.

Gemí al sentirlo gélido y ardiente contra mi piel, al notar que me estiraba y me llenaba de una sola embestida abrasadora. Su mano se cerró alrededor de mi pelo para atraer mi boca hacia la suya. El beso me robó la respiración en una colisión de dientes y lenguas mientras él se mecía debajo de mí. Mis dedos resbalaron de la barra y cayeron a su hombro mientras yo lo cabalgaba y jadeábamos el uno en la boca del otro.

El sonido de la unión de nuestros cuerpos se perdió entre el crujir de las ruedas en el exterior, pero dentro del carruaje, estábamos perdidos en nuestros jadeos, nuestros gemidos, y en la tensión creciente, cada vez más apretada. Ash temblaba con ruidos guturales cada vez que sus caderas embestían, y yo me restregaba contra él, con un temblor similar.

El clímax llegó caliente y frío, fuerte y rápido mientras sufría espasmos en torno a su pene. Intensas oleadas de placer me recorrieron de arriba abajo, y liberé mi boca de la suya para gritar el nombre que él había querido oír mientras me corría.

Ash.



Todavía sentía los músculos casi líquidos cuando Bele nos recibió a nuestro regreso al palacio. No había sucedido nada durante nuestra ausencia. Veses seguía en estasis. Bele estaba más bien aburrida.

Ash y yo no nos habíamos entretenido, sino que nos habíamos ido directos arriba, mientras Rhain llevaba las coronas a la salita de al lado del salón del trono. Un nerviosismo inexplicable invadió mis sentidos y, cuando nos acercábamos a las puertas de nuestros aposentos, daba la impresión de que mi corazón botaba por todo mi pecho.

¿Nos iríamos cada uno por nuestro lado, solo para reunirnos por la mañana antes de partir hacia Irelone? ¿Dormiríamos cada uno en su propia cama? Lo que había pasado en el carruaje... lo que había admitido ante Ash... no cambiaba las cosas.

Pero yo quería que cambiaran.

Quería que pasáramos la noche juntos. Y todas las noches a partir de ahora. Pero habíamos dejado muchas cosas sin decir entre nosotros, y también

habíamos dicho muchas otras de manera precipitada. Lo más probable era que continuáramos como...

Me paré.

Paré de andar. Paré la ansiosa espiral de preguntas para las que no podía recibir una respuesta con facilidad.

Ash se detuvo un paso más adelante. Se giró hacia mí.

—¿Sera?

La presión amenazaba con comprimir mi pecho y cortarme el aire, pero meforcé a respirar hondo y aguanté el aire mientras enroscaba los dedos hacia dentro, hacia la marca. Todo lo que tenía que hacer era *hablar* y decirle lo que quería. Y aunque podía hacer exigencias de todo tipo sin despeinarme, esto era diferente. Esto era *más* y me dejaba con sensación de ser frágil. Deseé ser lo bastante privilegiada para pensar siquiera que ser sincera sobre sentimientos o necesidades no era más que una simple conversación.

—No quiero dormir sola esta noche. —Noté que me sonrojaba—. Quiero decir, me gustaría quedarme contigo. Para dormir. O hablar. O lo que sea. Yo... solo quiero estar contigo.

Las motas de esencia en sus ojos cobraron vida al instante y empezaron a girar como locas. Ash se quedó quieto como una estatua. Habría jurado que el mismísimo aire del pasillo cesó de moverse a la vez que él. Pero entonces su pecho se hinchó con brusquedad. La tensión abandonó su cara y, por el más breve de los momentos, él, un Primigenio de la Muerte, parecía tan vulnerable como me sentía yo.

—Me gustaría, Sera. Mucho.

Mi sonrisa fue instantánea y tan ancha que daba la impresión de que mi cara podría agrietarse.

—Vale —susurré, y parte de los nervios empezaron a calmarse—. ¿Tus aposentos, entonces?

Sin embargo, Ash no se movió. Me miraba mientras el *eather* continuaba zumbando por sus iris a velocidades mareantes, como si estuviese ocurriendo algo con lo que no tenía ni idea de cómo actuar.

Me moví de un pie al otro.

—¿Estás bien?

—Sí. Por supuesto. —Ash parpadeó, sacudió un poco la cabeza—. Es solo que eres... eres preciosa.

Una emoción agradable y embriagadora barrió a través de mí a pesar de que la tensión había vuelto a las comisuras de su boca.

—No estoy segura de que creas que eso es necesariamente algo bueno, pero gracias.

Sus ojos se abrieron un poco.

—Es algo bueno. Creo... quiero decir, *claro* que es algo bueno. Más que solo bueno —dijo. Un colorete rosa tiñó sus mejillas mientras se frotaba una mano por el pecho—. ¿Esa sonrisa que acabas de esbozar? Creo que nunca te había visto sonreír así.

—¿Ha sido una sonrisa mala?

—No. —Dio un paso hacia mí y tomó mi mano en la suya. Una suave exhalación salió temblorosa de su interior—. No es mala.

Ash me condujo hacia sus puertas, mientras la marca de mi mano hormigueaba un poco contra la suya. Estaba callado cuando entramos en sus aposentos y varios de los apliques de las paredes se iluminaron solos.

—¿Estás seguro de que no podré hacer eso cuando Ascienda? —Me giré hacia él y aspiré su aroma, que flotaba por toda la estancia.

—Lo más probable es que no —dijo. Cerró la puerta—. Aparte de los Primigenios, solo los dioses de más edad pueden convertir su esencia en potencia... en electricidad.

—Pues es muy decepcionante.

Con una risa en voz baja, fue hasta la mesa próxima al balcón, donde descansaba un decantador.

—¿Quieres beber algo?

—Sí, por favor.

Arqueó una ceja en mi dirección mientras agarraba el decantador.

—Como me he distraído tanto en el carruaje —empezó, y yo sonreí. Esperaba tener más distracciones como esa en el futuro. Muchas más—, no he tenido la oportunidad de preguntarte qué te pareció la coronación.

—Ha sido preciosa... las luces, la gente... —Me senté, con cuidado, en el borde del sofá, antes de apoyar las manos sobre la falda de mi vestido, decorada con diamantes. Todavía me sorprendía que no se hubiese caído ninguno en el trayecto de regreso al palacio. Prueba más que suficiente de la destreza de Erlina—. Y ha sido más fácil de lo que esperaba.

—¿Pensabas que habría algún tipo de altercado? —Giró el tapón de cristal para destapar el decantador.

—Sí, la verdad. O que Kolis cambiaría de opinión y aparecería. ¿No te parece raro que Kolis haya enviado solo a unos pocos *dakkais* a Vathi en lugar de un ejército de ellos?

—Supongo que los *dakkais* perdieron el rastro, puesto que no fue tan fuerte como cuando Ascendiste a Bele. Si el rastro hubiese perdurado, probablemente le habrían hecho a Vathi lo que intentaron hacer en las Tierras Umbrías.

Asentí y observé cómo servía el líquido ámbar en dos vasos. Pensé en la Primigenia del Renacimiento.

—Creo que Keella sabe que soy yo... que soy donde ayudó a poner el alma de Sotoria. Es difícil de explicar, pero es la forma... no sé. La forma en que me sonrió. —Me encogí de hombros al darme cuenta de que eso no sonaba precisamente como una prueba legítima. Bebí un sorbo. El licor era un poco más dulce que el whisky que había bebido otras veces—. ¿Qué es esto?

—Es whisky, pero fabricado de otra manera. Fermentado con caramelo, o eso dicen —explicó—. ¿Te gusta? Si no, puedo servirte otra cosa.

—Está bien. —Bebí otro trago. Sí que me gustaba—. Podría estar equivocada. Acerca de Keella, quiero decir.

—Puede que no lo estés, Sera.

Solté el aire despacio, sin tener muy claro cómo sentirme al respecto de nada de eso.

—Pero podemos confiar en ella, ¿verdad? Si sabe que Kolis me está buscando, nunca le ha dicho nada.

Ash asintió.

—Es una de las pocas Primigenias en las que confío en cierto modo.

—¿En cierto modo?

—No confío en ningún Primigenio al ciento por ciento. —Me miró de reojo—. En especial cuando de ti se trata.

No sabía qué decir ante eso, así que bebí un trago más largo. Mejor no preguntarle acerca de Attes. Su confianza en ese Primigenio era bastante reacia. Miré de reojo a Ash, solo para descubrir que me estaba observando de esa manera suya tan intensa. Tracé el borde del vaso con la yema de un dedo antes de cambiar de tema.

—¿Estás nervioso por lo de mañana?

—Estoy emocionado. Mañana sabremos cómo transferir las brasas. —Hizo una pausa—. ¿Y tú?

—Creo que siento una mezcla de muchas cosas. Nerviosa por la posibilidad de no encontrar a Delfai o que él no sea capaz de ayudarnos. Emocionada por la perspectiva de que tendremos esa información —admití—. Sé que no cambiará todo de inmediato, incluso cuando culminemos la transferencia. Todavía tendremos que lidiar con Kolis, pero tú serás el

verdadero Primigenio de la Vida pronto, como siempre debiste ser. Y eso es importante.

—Lo importante es que tu vida se habrá salvado. Eso es lo principal.

Mis ojos volaron hacia él.

Tú importas. Siempre. Esas tres palabras eran más poderosas que las que yo no había sido capaz de pronunciar. Sería fácil defender que el hecho de que él recuperase su verdadero destino era mucho más importante que mi vida, pero me... me daba la sensación de que él creía de verdad que mi vida era más importante.

Y eso hizo que lo que sentía por él arraigara aún más hondo.

—Llevo toda la noche queriendo preguntarte algo —dijo Ash entonces—. ¿Qué ha cambiado esto?

Me mordí el carrillo por dentro.

—¿Cambiado qué?

Me lanzó una mirada significativa con una ceja arqueada.

—Habías dicho que querías ser mi consorte solo en título.

—Pero también había dicho que quería ser más que eso antes —señalé—.

¿No tengo derecho a cambiar de opinión?

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—Tienes derecho al mundo entero, Sera, pero ese es un cambio de emociones bastante radical. De hecho, pensé que las acciones más recientes de Vesel podían haber fortalecido tus deseos de permanecer distante.

Se me secó la boca y no creía que ninguna cantidad de whisky fuese a aliviarlo. Había hecho todo lo posible por no pensar en lo que había averiguado. Y en gran parte lo había conseguido.

—No ha sido un cambio de emociones. Lo que siento por ti no ha cambiado —dije con tiento—. Solo ha cambiado mi opinión sobre cómo quería actuar.

—Mis disculpas —murmuró con voz burlona, sus espesas pestañas medio bajadas para ocultar sus ojos—. Entonces, ¿qué provocó este cambio de opinión?

Me retorcí, un poco incómoda.

—¿Acaso importa?

—Sí, importa.

Mi mano se apretó en torno al vaso. No quería traicionar a Rhain revelando lo que me había contado. Tampoco podía decirle a Ash que lo quería, que estaba enamorada de él desde antes de conocer el trato que había hecho con Vesel para mantenerme a salvo. Lo miré y mi estúpido corazón se

hinchíó con tal ferocidad que se me cortó la respiración. Una tormenta de emociones se apoderó de mí. No sentía miedo ni incredulidad al mirarlo. Sentí *asombro*. Un aleteo salvaje en el pecho y el estómago. Una necesidad de él que iba más allá de lo físico. Una empatía poderosa hacia él... la necesidad de protegerlo, aunque él era más que capaz de hacerlo solito. Una sensación de corrección, o como lo había descrito Aios, la sensación de estar en casa. De ser *vista*. La certeza de que haría cualquier cosa por él. Cualquier cosa. El miedo a no ser nunca digna de lo que él había sacrificado por mí. Y la decisión de que haría todo lo necesario para serlo. Me estaba ahogando en todos esos sentimientos, hasta que mi corazón empezó a martillar con la intensidad de todo lo que sentía, con la certeza de que era él quien tenía mi corazón en sus manos. Solo él.

Esas espesas pestañas tuyas se levantaron para pasear la vista por mi cara. Pasaron varios segundos.

—¿En qué estás pensando?

Me puse tensa. Oh, por todos los dioses, seguro que había estado proyectando mis emociones.

—¿Qué percibes?

—No lo sé. —Sonaba perplejo, curioso—. Noto... un sabor dulce. —Frunció el ceño—. Me recuerda a chocolate y fresas.

—¿Y no sabes lo que es?

—No —repuso Ash, con el ceño fruncido.

Santo cielo.

Se me rompió un poco el corazón y me apresuré a apartar la mirada. Ash no sabía qué sabor estaba sintiendo porque no conocía el *sabor* del amor. Ni lo que se sentía. Yo tampoco. No hasta que me había dado cuenta de lo que había estado sintiendo, pero para Ash... para él era diferente, porque le habían extirpado el *kardia*. El amor nunca había sido bienvenido ni querido.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta, con la esperanza de no estar proyectando nada y de que él no estuviese leyendo mis sentimientos. No quería que percibiera esa tristeza.

—Sigues sin haber respondido a mi pregunta —insistió con suavidad—. ¿Por qué soy ahora Ash para ti? ¿Por qué querrías ser una consorte más que en título después de que yo te hubiera hecho daño? ¿Después de...?

—Lo sé —lo interrumpí, y cerré los ojos un momento.

—¿Qué es lo que sabes?

—Sé que no me traicionaste. —Dejé el vaso a un lado y elegí mis palabras con sumo cuidado—. Y que no querías herir mis sentimientos. Que... que no

fue así.

Ash se quedó callado.

Cuadré los hombros, luego empujé cualquier cosa que pudiera estar sintiendo lo más hondo posible para que él no pudiera detectarla. Aparte de mi ira, dudaba de que Ash fuese a querer saborear nada más. Me giré hacia él, al tiempo que rezaba por no arrancar ninguno de los diamantes.

—Sé lo de Veses.

Sus rasgos se volvieron más cortantes, bajó su vaso hacia su rodilla. Ese fue el único cambio. La única muestra de que sabía a qué me refería.

—¿Te lo dijo ella?

Abrí la boca, pero decidí que seguramente era mejor que pensara eso. No quería que se enfadase con Rhain.

—Yo... —Dejé la frase en el aire. No tenía ni idea de qué decir. El trato que había hecho Ash con Veses me implicaba a mí, pero él había sido el que se había sacrificado. Esto no era una cuestión de cómo me sentía yo al respecto. Mi horror o mi ira o mi agonía. Solo había una cosa que pudiera decir—: Gracias.

El vaso se hizo añicos en la mano de Ash.

Con una exclamación, me levanté de un salto mientras el licor y los cristales caían por su rodilla y al suelo. Tenía la palma de la mano manchada de rojo.

—Te has cortado.

—Estoy bien. —Cerró los dedos sobre los trozos de cristal.

—¡Te estás cortando aún más! —Me incliné sobre él, agarré sus manos y retiré los trocitos de cristal de su rodilla y del sofá. La corriente de energía fue más fuerte. La sangre resbalaba entre sus dedos—. Por todos los dioses —susurré, luego me senté a su lado otra vez—. Abre la mano.

—Ya te he dicho que estoy bien.

—¡Abre la mano, Ash!

No hizo ni ademán de hacerlo.

Con una maldición, abrí sus dedos uno a uno. Tenía trocitos de cristal enterrados muy profundo en la palma, cortaban a través de la espiral dorada. Los cortes que no tenían cristales clavados ya habían empezado a curarse.

—Sé que eres un Primigenio —comenté, mientras abría su mano del todo y la colocaba sobre mi rodilla—. Y sé que te curarías sin problema, pero también estoy bastante segura de que no sería así si quedaran trozos de cristal dentro de la mano.

—Te vas a manchar el vestido con sangre —declaró.

—No me importa. —Extraje una esquirra de cristal y la dejé caer en la mesita—. Tampoco es como si me lo fuese a poner más.

—¿Por qué no?

—No creo que la gente se ponga el traje de boda más de una vez. —Extraje un trozo más grande. Ash bufó entre dientes—. Perdona.

—No... —Respiró hondo—. No te disculpes. No me des las gracias. —Cerré los ojos unos instantes y me maldije en silencio. Quería disculparme de nuevo, porque era obvio que había dicho la cosa equivocada—. Y puedes ponerte el maldito vestido siempre que te venga en gana.

Asentí y tragué saliva, mientras extraía otro trocito. El olor de su sangre me envolvió. Deslicé el pulgar por encima de la marca de matrimonio, en busca de trocitos de cristal que no pudiera ver.

—¿Por eso me llamas Ash ahora?

—¿Qué? —Lo miré a la cara. Su piel se había afinado, luego se había oscurecido con sombras por debajo.

—¿Me llamas así porque has descubierto que he estado siendo el almuerzo de sangre personal de Veses y de repente te has dado cuenta de que quieres ser mi consorte?

—No.

Su preciosa boca se retorció en una sonrisa fría y cruel.

—¿En serio, *liessa*?

—No —repetí—. Ya te había dicho que quería ser tu consorte antes.

—Pero eso cambió.

—Así es. Porque no lo sabía todo con respecto a ella y... —Devolví la vista a la palma de su mano. Vi que había varios puntos que aún sangraban—. No quiero decir algo equivocado.

—No lo harás.

Saqué un trocito minúsculo de cristal con una uña.

—Acabo de hacerlo.

—Eso no tiene nada que ver contigo —escupió—. Habla.

En cualquier otro momento su tono me habría cabreado, pero no ahora.

—Cuando os vi juntos, heriste mis sentimientos. Eso cambió lo que quería. Ya lo sabes. Pero ahora que sé por qué vosotros dos... estabais juntos, mi opinión al respecto ha cambiado.

—No estábamos *juntos* —declaró, y la temperatura de la habitación cayó en picado.

—Lo sé. Yo... —A pesar de que me exigiera que hablase, era él el que necesitaba hacerlo, aunque solo si quería. Aparte de lo que sabía que yo

necesitaba decir, debería cerrar la boca—. Lo que hiciste para protegerme no es la razón de que me sienta así. Antes de enterarme de esto, ya quería ser más para ti que solo una consorte en título. Saber esto me ha ayudado a entender un poco lo que vi. No tenemos que hablar de ello si no quieres. —Lo miré otra vez a la cara—. Pero has de saber que si no la matas tú, encontraré una manera de hacerlo yo misma. —Me miró durante un momento, luego se echó a reír con ganas. Una risa grave y retumbante—. Hablo en serio —mascullé.

—No hay ni una sola parte de mí que lo dude.

Le sostuve la mirada.

—Esa zorra está muerta.

—Estoy de acuerdo.

—Bien. —Volví a centrarme en la palma de su mano para seguir extrayendo trocitos de cristal con sumo cuidado. Supe que los había sacado todos cuando la sangre dejó de manar—. Terminé.

—Gracias —dijo con voz ronca.

Apreté los labios y deslicé un dedo por la palma de su mano, por la espiral dorada. Llegué al final, cerca de su pulgar, entonces sus dedos se enroscaron para entrelazarse con los míos. Su sangre manchó ambas manos, pero verlo sujetar la mía era... bueno, era una imagen preciosa. Llevé nuestras manos unidas a mi boca y deposité un beso sobre el dorso de la suya.

Su estremecimiento fluyó a través de mí.

Pasaron los minutos.

—No quería que lo supieras —musitó—. No quería que te sintieses responsable. —Reprimí el impulso de decirle que lo que yo sintiera era lo último de lo que debía preocuparse—. Y no... no quería que... ni tú ni nadie supiese el tipo de control que tenía Veses. El tipo de *complicación* que es —continuó después de un momento, hablándole a la parte de atrás de mi cabeza agachada—. Attes sabe que ella se alimenta de mí, pero no sabe por qué. Solo unos pocos lo saben. Pero nunca estuvimos juntos. Ella se alimentaba de mí y, algunas veces, hacía que fuese placentero; otras, quemaba como el Abismo. Y si no estaba de acuerdo en el lugar de donde quería alimentarse, siempre lo hacía de la segunda manera. De hecho, yo lo prefería cuando era así. Era mucho mejor que la alternativa. Obtener cualquier placer de ella era... y es... lo último que quiero. Pero lo único mío que ha tenido jamás en su interior es mi sangre.

Cualquier alivio que pudiera sentir al saber que la cosa no había ido más allá de beber su sangre fue breve, porque forzar el placer de alguien sin su

consentimiento seguía siendo una violación, sin importar la historia que hubiese detrás. Chantajear a alguien para que sirviera a las necesidades de uno seguía siendo una violación.

Cerré los ojos y mantuve mis emociones a raya porque esto no trataba de mí ni de cómo me sentía yo. Deposité otro beso sobre el dorso de su mano. Me escocían los ojos mientras me esforzaba por reprimir la ira y la tristeza crecientes. No podía permitir que nada de eso ocupara el centro de mis pensamientos. Mantuve el control.

Su mano se apretó alrededor de la mía y pasaron unos momentos.

—Cualquier habilidad que creas que tengo es pura suerte porque de verdad que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. —Soltó el aire y... por todos los dioses, deseé no haberle dicho eso. ¿Por qué pensaría cualquiera, incluida yo misma, que alguien sin experiencia no podía proporcionar placer? Eso era una idea de lo más infantil por mi parte—. Para ser sincero, sigo sin tenerla.

Besé su mano por tercera vez.

—En cualquier caso —prosiguió—, Veses... ella no me deseaba a mí. Sigue sin desearme. En realidad, no. A quien quiere es a Kolis. Siempre ha sido así —explicó, y la sorpresa afloró en mi interior—. Pero como él nunca ha querido tener nada que ver con ella, yo soy lo siguiente mejor. Pero yo tampoco la deseaba. Era el rechazo lo que la hacía volver una y otra vez. Es probable que pasase lo mismo con Kolis.

Seguía pensando que quizá los pensamientos de Veses con respecto a Ash habían cambiado. Que le había empezado a importar. Aunque, joder, ¿cómo podías hacerle a alguien que te importaba lo que ella le había hecho a él?

Ash deslizó el brazo a mi alrededor y tiró de mí hacia atrás. Otra oleada de sorpresa estalló en mi interior cuando me colocó entre sus piernas y contra él. Su pecho se hinchó deprisa pero se desinfló despacio. Se relajó contra mí. Todo menos su mano. Sus dedos permanecieron entrelazados con fuerza con los míos.

—Al final encontró una manera de pescarme —dijo al cabo de un rato—. Me siguió la noche en que te llevaron al Templo Sombrío. En el mundo mortal, no sentimos la presencia de otros Primigenios con la misma fuerza que en Iliseum. Ni siquiera me di cuenta de que había estado ahí hasta que vino a las Tierras Umbrías unos días después. Debió de oír lo suficiente para sumar dos más dos, y cuando vino aquí la última vez, sabía que no habría más veces después de esa. Así que esa noche estaba forzando los límites de verdad.

Tres años.

Se había visto obligado a alimentarla durante tres años.

Me pregunté si sería posible hacer que la *muerte* de alguien durara tres años.

—No había esperado que viniera tan pronto, y sé que había cerrado con llave esa puerta porque no quería que nadie viera eso. Sobre todo tú. Ella debió de percibirte... —Se aclaró la garganta—. No lo sé. Debí contártelo cuando preguntaste después de despertarte, pero no lograba encontrar las palabras. Yo...

—No pasa nada. —Me giré entre sus brazos y remeté la cabeza contra su hombro—. Lo entiendo.

—Yo... no podía permitir que hiciera lo que sabía que haría si me negaba. Eso fue decisión mía. No tuya.

Respiré hondo y me tragué todas las preguntas de cómo y por qué podía haber decidido algo así en un momento en que no me conocía y no sabía nada acerca de las brasas.

—Desearía que Veses no te hubiese puesto en la disyuntiva de tener que tomar esa decisión.

—Hay muchas cosas de las que me arrepiento, pero mantenerte fuera de las manos de Kolis no es una de ellas —me dijo—. Y eso no borra nada ni hace que esté bien. —Su barbilla rozó la parte de arriba de mi cabeza—. Pero ahora ya ha terminado.

—Lo estará —susurré—. Cuando esté muerta.

Ash se rio, el sonido áspero pero cálido.

—Sedienta de sangre. —Ni siquiera intenté negarlo. Ash se quedó callado durante un rato. Cuando volvió a hablar, su voz fue apenas más que un susurro—. Gracias.

Abrí los ojos.

—¿Por qué me estás dando las gracias?

—Solo por... por ser tú —musitó.

—Estoy segura de que mucha gente no me daría las gracias solo por ser yo, pero de nada.

—Esa gente también debería morir. —Me reí bajito—. ¿Sera?

—¿Sí?

—Desearía... —Su voz sonó pastosa, pero no terminó la frase. Luego tragó saliva.

—¿Qué?

Lo que fuese que Ash hubiera estado a punto de decir se perdió cuando inclinó mi cabeza hacia atrás y apretó la boca contra la mía. Me besó hasta que las miserables acciones de Veses quedaron en segundo plano, hasta que toda preocupación o duda sobre lo que encontraríamos en Irellone desaparecieron, y hasta que no hubo espacio para nada más que la sensación de sus labios sobre los míos. Después no hubo nada más que sus brazos a mi alrededor. Él abrazado a mí. Yo abrazada a él.

Nada más que este momento.

Nosotros.

Eso era lo único que importaba.

Capítulo 43



Me desperté un rato después, sintiendo el cuerpo de Ash a través de la camisa de lino que había tomado prestada después de que él hubiese abierto con suma paciencia todos y cada uno de los diminutos botones del vestido de la coronación.

La prenda no era barrera alguna contra la presión dura y gélida de su cuerpo; tampoco se había quedado en su sitio mientras dormía, pues se había deslizado hacia arriba para arremolinar-se alrededor de mis caderas. Lo supe porque no había absolutamente nada entre su pene rígido y la curva de mi trasero.

Parpadeé con ojos soñolientos, incapaz de distinguir gran cosa en la oscura habitación. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevábamos dormidos, pero no me parecía que hubiese pasado demasiado desde que abandonáramos el sofá para meternos en la cama. *Juntos*.

A dormir.

Había pensado que los dos estábamos exhaustos, tanto en el aspecto físico como en el emocional, por la coronación, el trayecto en el carruaje y lo que habíamos hablado a nuestro regreso.

Y pensé que él seguía dormido, la respuesta de su cuerpo era solo algún tipo de reacción física y no necesariamente algo intencionado. Lo cual significaba que yo también debía irme a dormir otra vez y no pensar más en lo que notaba detrás de mí ni en ese trayecto en carruaje. Lo cual era más fácil de decir que de hacer, mientras me retor-cía inquieta entre sus brazos...

El movimiento rápido y profundo de su pecho contra mi espalda me detuvo. ¿Estaba despierto? Empecé a girar la cabeza pero me paré cuando sus

caderas se movieron detrás de las mías. Me mordí el labio al notar que su pene resbalaba por la curva de mi trasero. Sentí un repentino y agudo fogonazo de placer.

Mi corazón se aceleró.

—¿Ash?

—No deberías llamarme así —dijo, su voz áspera en la oscuridad. Me invadió la confusión.

—Creía que querías que lo hiciera.

—Lo quiero. —Una pausa—. Pero puede que haya sido una elección poco sensata.

—¿Por qué?

—Me parece que es obvio. —Su aliento revolvió el pelo de la parte de arriba de mi cabeza—. Oírte llamarme así me hace pensar en las otras cosas que han ocupado mi mente durante la mayor parte de la noche.

Un agradable calorcillo empezó a discurrir por mis venas a medida que el sueño se desvanecía.

—¿La primera de las cosas?

—Sobre todo esa.

—¿Quieres oírme gritar tu nombre cuando me corra otra vez?

—¿Tú qué crees? —Su cuerpo se endureció aún más detrás de mí. Fue impactante lo poco que tardó en prender la llama del deseo.

—Puedes tener eso —susurré, y él gimió cuando restregué el trasero contra su pene—. Puedes tomarme si quieres.

—Quiero, pero...

—¿Qué? —Levanté la mano y encontré su mejilla en la oscuridad. Su piel estaba más fría... más dura, casi como la piedra. Mi pulso trastabilló—. ¿Qué pasa?

No contestó durante un buen rato. Después se animó.

—Tengo hambre. Y si entrara dentro de ti ahora mismo, no sería capaz de contenerme. Ni siquiera debería estar en esta cama ahora mismo. Iba a levantarme, pero estás... estás tan calentita...

Me quedé helada, luego estallé en llamas.

—¿Me perjudicaría de algún modo que tomases mi sangre ahora? ¿Por estar tan cerca del Sacrificio? ¿Aunque tomaras justo lo suficiente para aliviarte?

—No es eso. —Su voz sonaba aún más ronca. Más grave—. No te haría daño que tomara un poco.

Meforcé a tragar saliva.

—Entonces, aliméntate.

No se movió.

Y en el silencio, recordé cómo había querido alimentarse cuando habíamos estado en el suelo de mi habitación pero no lo había hecho. Empecé a comprender sus reticencias. Iban más allá de lo que Kolis le había obligado a hacer en el pasado. Alimentarse era un acto que ahora estaba atado a Veses, aunque él no se hubiese alimentado de ella nunca. Y supe que no se sentía digno de beber de mí, le dijera lo que le dijere.

Solo los dioses sabían qué tipo de emociones estaban asociadas con alimentarse, pero sabía que él necesitaba hacerlo y la única manera que podía ayudarlo era ofreciéndome.

Aspiré una bocanada de aire poco profunda, arqueé la espalda, estiré el cuello y expuse toda mi garganta mientras mi trasero empujaba contra él.

Su estremecimiento me sacudió entera.

Deslicé la palma de la mano por su mejilla hasta su mandíbula dura como el granito. Entonces puse la mano en la cama delante de mí.

—Ahora soy tu consorte y quiero ayudarte —susurré, con la esperanza de elegir las palabras adecuadas—. Si tú lo permites.

Ash se quedó muy callado y muy quieto detrás de mí. No sentía moverse ni siquiera su pecho, y sentí una profunda tristeza. Un dolor que no era por mí, sino por él...

Entonces se movió de esa manera suya tan veloz. De repente, me encontré sobre la barriga, la mejilla sobre su antebrazo, y entonces *mordió*.

Sus colmillos perforaron mi piel a una velocidad asombrosa. El estallido de intenso dolor ardiente me dejó aturdida por un momento, pero fue breve. Un par de segundos, quizá tres, fueron todo el tiempo que pasó hasta que cerró la boca sobre la herida y succionó mi sangre hacia su organismo. El dolor se convirtió entonces en un crudo y abrumador *placer*.

Ash bebió.

Bebió con ganas mientras sus dedos se clavaban en la piel de mi cadera, y los míos se enroscaban alrededor de la suave sábana debajo de mí. Su boca se movía con ansia contra mi cuello a medida que el calor de su mordisco se extendía y prendía esas chispas iniciales hasta provocar un fuego incontrolado. Quería moverme debajo de él, levantar las caderas hacia él, pero recordé lo que me había dicho. Cómo Veses solía forzar sus límites. Así que me mantuve quieta. En llamas. Ardiente. Pero no me moví. Dejé que él tuviese todo el control. Él lo necesitaba más de lo que yo necesitaba que lo tomara.

Y eso hizo.

Ash tragó saliva y el peso de su cuerpo se asentó sobre el mío, atrapándome entre la cama y él. Una excitación embriagadora se unió a la oleada de deseo cuando levantó mi culo y me penetró. Caliente, mojada y anhelante, estaba más que preparada para acogerlo.

Y eso hice.

Se movió sobre mí y dentro de mí, duro y rápido. No había ni una oportunidad de adoptar su ritmo o de seguirlo. Él fijó el tempo y no frenó, ni siquiera cuando yo caí por el precipicio, gritando su nombre para que pudiera oírlo. Sentirlo. Pero él no paró, sus caderas siguieron embistiendo contra mí al tiempo que bebía y bebía... y a mí me encantó... el salvajismo de cuando él tenía el control. Los violentos movimientos de su pene, la succión de su boca. Y cuando alcanzó el clímax, susurré su nombre una y otra vez, y pasó una breve eternidad antes de que sintiera el roce de su lengua contra mi cuello y sus caderas ralentizaran su ritmo. No estaba segura de cuánto tiempo nos quedamos así, con él dentro de mí, su mejilla apretada contra mi hombro. Lo único que sabía era que quería quedarme ahí, así que lo eché de menos de inmediato cuando rodó sobre el costado, tirando de mí para que quedara otra vez acurrucada contra su pecho.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. —Me aclaré la garganta al tiempo que mi corazón empezaba a apaciguarse—. ¿Tú?

Su mano se deslizó por mi tripa hasta mi cadera. Su mano *caliente*.

—Desearía... —Con la voz más pastosa, se sumió en la oscuridad, sin terminar de decirme nunca lo que había estado a punto de decir.

Sin decirme lo que deseaba.



A la tarde siguiente, Ash y yo sombrambulamos hasta Massene, un pueblo no demasiado alejado de la capital de Irelone.

Llegamos a un bosque a las afueras de la fortaleza de Cauldra Manor en un abrir y cerrar de ojos. Quizá dos. Me había parecido como la otra vez, pero un extraño nerviosismo invadió mi organismo y me dejó inquieta.

—Eso ha sido rápido —susurré.

—Sí. —Buscó mis ojos con la mirada.

—Supongo que no tenía que haberme parecido *tan* rápido a mí —conjeturé.

Ash seguía sujetándome con fuerza, mis pies a varios centímetros del suelo, pecho contra pecho, corazón con corazón. El suyo latía más deprisa que el mío.

—Hemos viajado más lejos que la última vez. Y entre mundos. Deberías haberte quedado inconsciente.

—Las brasas —murmuré con un suspiro—. Lo sé. Son cada vez más fuertes.

Ash me bajó al suelo y deslizó la mano por mi trenza.

—Pronto estarán fuera de ti.

Con suerte, pensé, aunque no lo dije. No quería dar vida a la posibilidad de que no encontrásemos a Delfai o que él no fuese capaz de ayudarnos.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? ¿Ir derechos hasta la entrada de la mansión y exigir que nos lleven ante la princesa?

—A mí me suena bien como plan.

Arqueeé una ceja.

—¿En serio?

—¿Crees que rechazarán la petición de un Primigenio? —Ash le dio un tironcito suave a mi trenza. Fruncí el ceño.

—¿Vas a revelar quién eres?

—Facilita un montón las cosas, ¿no crees?

—Pues sí, la verdad.

Esbozó una sonrisa que despejó las sombras que se habían acumulado bajo sus ojos, y sentí que la curva de sus labios tironeaba de mi corazón.

—Además, es bastante divertido cuando los mortales se dan cuenta de que están en presencia de un Primigenio.

Parte de mi ansiedad se alivió cuando me reí.

—Apuesto a que incluirá un montón de gritos y chillidos.

—Y rezos.

—Esto va a ser divertido. —Di un paso atrás.

La mano de Ash se deslizó hasta la mía, y la sensación de su piel caliente una vez más me provocó un escalofrío de placer.

—Todo va a ir bien, Sera.

Se me cortó la respiración.

—¿Estaba proyectando otra vez?

—Así es. —El *eather* se había calmado en sus ojos.

—¿A qué... a qué sabe la ansiedad? —pregunté.

—A crema demasiado espesa. —Deslizó el pulgar por encima de mi mano —. ¿Tú cómo la sientes?

Apreté los labios y pensé en cómo explicarlo.

—Parecido a como sabe para ti. Como algo... demasiado espeso para tragarlo. Asfixiante. —Incómoda, bajé la vista hacia nuestros dedos entrelazados. La marca dorada del dorso de su mano centelleaba a la suave luz moteada del sol. Sacudí la cabeza mientras nos quedábamos unos segundos en silencio—. Es una... sensación constante de que está a punto de suceder algo malo, aun cuando no pasa nada. ¿Y cuando hay una oportunidad de que las cosas vayan mal? Se convierte en la única cosa que *puede* pasar. — Se me cerró la garganta—. Sé que es probable que no tenga ningún sentido, pero es como un peso aplastante sobre el pecho, y siempre está ahí, incluso cuando te acostumbras a él y en realidad ya no lo sientes. Sigue ahí, solo está esperando. Y... no sé... Así es como lo siento.

—Lo entiendo —dijo, y vi cómo tragaba saliva—. No sé cómo se siente de primera mano, pero entiendo lo que dices. —Su pulgar siguió moviéndose por el dorso de mi mano, por encima de las líneas de la marca de matrimonio —. Desearía poder hacer algo para cambiar cómo la sientes.

El rápido movimiento al henchirse mi pecho amenazó con elevarme hacia las ramas llenas de pinocha. Mis mejillas se caldearon y no estaba segura de si se debía a lo que había compartido yo o a sus palabras. Su comprensión. Su deseo de mejorar las cosas. No estaba del todo avergonzada por lo que le había dicho. Era solo que no estaba acostumbrada a hablar de ello. Aunque era... agradable hacerlo. Casi como si parte del peso sobre mi pecho se hubiese aliviado. Supuse que sería un poco como se habría sentido él después de haber hablado de Veses.

—Creo sinceramente que todo va a ir bien —continuó con voz queda, y sus ojos captaron los míos—. Averiguaremos cómo extraer las brasas y conseguiremos hacerlo. Estoy convencido.

Respiré hondo. Yo también quería creerlo, pero el miedo estaba ahí. Había estado ahí cuando desperté y ahora estaba arraigado bien hondo, junto con las brasas. Por una vez, no creía que tuviese nada que ver con la ansiedad, pero asentí.

—Supongo que es hora de ir a asustar a unos cuantos.

Ash soltó una carcajada áspera.

—Yo también lo creo.

La pinocha que tapizaba el suelo crujía bajo nuestros pies cuando nos pusimos en marcha hacia Cauldra Manor. Era el único sonido que se oía.

Eché la cabeza atrás y busqué pájaros entre las pesadas ramas, pero permanecían callados y escondidos. No había ningún signo de vida. Nada de viento. La Tierra de Pinos estaba muy quieta, contenía la respiración. Era como si la naturaleza reconociera que un Primigenio de la Muerte caminaba por ese mundo y se hubiese callado, recelosa y atenta mientras salíamos del bosque.

La luz del sol bañaba la colina rocosa sobre la que se alzaba Cauldra, y se reflejaba en la armadura de bronce de los guardias que patrullaban por las tierras de alrededor de la fortaleza. A diferencia de Wayfair, no había murallas interiores que separaran la parcela real de las granjas y tierras y de aquellos que cuidaban de los oscilantes tallos de maíz y otros cultivos. Mientras subíamos la colina, sin que nos hubiera visto nadie todavía, bajé la vista hacia los extensos valles salpicados de modestas casas de piedra y los campos llenos de gente trabajando al final de la cosecha. Irelone era una parte de una cadena de suministros vital y su capital servía de puerto, pero mi madre y el rey Ernald también habían buscado una unión con Irelone por su campo lleno de tierras ricas, aún no afectadas por la Podredumbre.

Cauldra Manor apareció ante nosotros. La hiedra que se mecía con suavidad aferrada a la piedra color marfil se quedó quieta cuando coronamos la colina. Desde los establos cercanos, varios caballos relincharon con nerviosismo.

—¡Alto! —gritó un guardia cerca de unas puertas abiertas. Avanzó hacia nosotros a paso decidido, la espada desenvainada. Varios guardias se giraron desde las cuadras y supuse que no debía ser frecuente ver a gente que salía paseando de la Tierra de Pinos—. ¿Quién va?

Miré de reojo a Ash.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba, pero continuó andando varios pasos más, cosa que los guardias que venían de las cuadras no apreciaron. Ellos también desenvainaron sus espadas.

—Soy el Asher, *el* Bendecido. El Guardián de Almas —anunció Ash, y hubiese jurado que incluso las nubes en lo alto dejaron de moverse—. El Dios Primigenio del Hombre Común y los Finales, *el* regente de las Tierras Umbrías. Soy Nyktos, el Primigenio de la Muerte, y esta es mi consorte.

Silencio.

En torno a media docena de guardias nos miraban en completo silencio.

El que había hablado primero se echó a reír.

—Y yo soy el jodido rey de Irelone —se burló, y su declaración fue recibida con un estruendo de carcajadas.

—Vaya —dije en voz baja. Los guardias estaban demasiado lejos para notar nada *raro* en los ojos de Ash—. Esto no ha salido como esperábamos.

Ash sonrió con suficiencia, toda su atención puesta en los guardias. Las brasas de mi pecho empezaron a vibrar de repente, en respuesta a la carga de poder que golpeó el aire a nuestro alrededor.

Detrás de nosotros, una bandada de pájaros emprendió el vuelo desde los pinos en un frenesí de alas. Volaron por encima de nuestras cabezas en una ola de negrura que sobresaltó a los guardias. Se me puso la carne de gallina al mirar al Primigenio. A lo lejos, en el valle a nuestros pies, los perros empezaron a aullar y los relinchos de los caballos aumentaron.

Ash bajó la barbilla y su piel se afinó. Una masa de sombras afloró bajo su superficie, se extendió y empezó a girar mientras una medianoche vetada de *eather* fluyó hacia el espacio que lo rodeaba y onduló por encima de la hierba.

El aire cerca de sus hombros se volvió más denso y empezó a chisporrotear. Una ráfaga de viento revolvió mechones de pelo por toda mi cara mientras el tenue contorno de unas alas se desplegaba muy alto por encima de nosotros.

—Entonces, debes ser el rey de Irelone —dijo Ash, los ojos llenos de hebras de *eather* giratorias—. Es un placer conocerte.

El guardia se había quedado boquiabierto y tan pálido como un cadáver. Me habría reído, excepto por que él y los otros parecían a punto del desmayo. Varios de ellos retrocedieron. Pero ninguno de ellos huyó. Ni gritó.

Cayeron de rodillas como dominós. Sus espadas chocaron con estrépito contra la piedra y la tierra mientras inclinaban la cabeza y apretaban sus manos temblorosas contra el suelo y contra el pecho.

—Lo siento, alteza —habló uno, por encima de los murmullos de... *oraciones*—. No lo sabíamos. Por favor...

—No hay de qué disculparse —lo interrumpió Ash. La carga de energía se disipó del aire a medida que las ondulantes sombras desaparecían a nuestro alrededor. Los aullidos cesaron. Los caballos se acallaron. La curva de los labios de Ash se había convertido en una sonrisa amplia—. Levantaos.

Los guardias se pusieron en pie con torpeza, los ojos abiertos como platos del miedo, los cuerpos temblorosos. No podía culpar a aquellos cuyos labios aún se movían en oraciones silenciosas, pero me impactó... lo que se decía de cómo se sentían los mortales en presencia de Kolis, del verdadero Primigenio de la Muerte. Cómo reaccionaban a él.

Cómo había reaccionado *Sotoria* a él.

Era la misma reacción de los que estaban ante Ash ahora; personas que seguramente habrían llorado lágrimas de alegría si hubiese sido Kolis el que saliera de la Tierra de Pinos. Habrían acudido a la carrera para recibirlo y rendirle pleitesía. Habrían dado la bienvenida a un monstruo que se presentaba como un salvador, todo porque creían que era el Primigenio de la Vida.

Una etiqueta. Un título. Una creencia con respecto a lo que era bueno y lo que era malo lo cambiaba todo. Y no debería ser así.

—Estamos aquí para hablar con la princesa Kayleigh —anuncié, y eso atrajo las miradas de los guardias hacia mí. No tenía ni idea de lo que pensaron al mirarme, si creyeron que era una diosa o no—. ¿Está en casa?

—L... lo está —confirmó un guardia—. S... siempre lo está. Pre... prefiere la fortaleza al castillo de Redrock.

—Bien. —Ash sonrió, pero no estaba segura de si eso había conseguido relajar a ninguno de los guardias—. ¿Alguno de vosotros puede llevarnos ante ella?



Ash exhibió un nuevo poder primigenio que no había sabido que poseyera.

El dinero no caía de los árboles, como el rey Ernald le había dicho una vez a Tavius, pero ahora el dinero sí brotó del suelo bajo las botas de Ash mientras seguíamos a un guardia pasmado al interior de la mansión. Dejó atrás riquezas suficientes para que los guardias pudiesen alimentarse a sí mismos y a sus familias durante varios años.

No dijo nada cuando lo miré con expresión inquisitiva, pero sabía que lo había hecho para compensarlos por el susto que les había dado.

Hizo lo mismo con el guardia que nos condujo por delante de los estandartes verdes y amarillos con el emblema de un barco que decoraban el vestíbulo de Cauldra Manor. La bolsa que el guardia llevaba a la cadera se había hinchado con el tintineo suave de las monedas, pero el hombre no se había dado cuenta. Se detuvo delante de una pequeña sala de estar.

Dentro del espacio bañado de luz solar, la princesa estaba sentada en un sofá, las piernas remetidas debajo de la falda de un vestido de día lila. Estaba leyendo un libro que tenía en el regazo mientras deslizaba una mano distraída por el dorso de un gato negro y blanco hecho un ovillo a su lado. Kayleigh

llevaba la masa de pelo castaño recogida en un moño sobre su cabeza inclinada.

El gato se fijó en nosotros primero. Levantó su cabeza peluda y nos lanzó una mirada de ojos soñolientos. Su expresión indicaba a las claras que estaba enfadado por nuestra interrupción.

El guardia se aclaró la garganta e hizo una profunda reverencia.

—Princesa Kayleigh, tenéis visita.

Kayleigh dio un pequeño respingo al oír su voz y levantó la cabeza a toda velocidad. La visión que había tenido de ella en los Estanques de Divanash había sido precisa. Parecía sana. Feliz. Nada que ver con la última vez que la había visto en persona.

Y me miró directamente a mí. La sorpresa abrió sus ojos como platos.

—Por todos los dioses, ¿eres tú, Seraphena? —preguntó, y su pecho se hinchó de pronto mientras cerraba el libro en su regazo.

—Lo soy —confirmé con un asentimiento.

—¿Cómo has...? —Dejó la frase en el aire cuando sus ojos se posaron en Ash. La sangre desapareció de golpe de su rostro con forma de corazón—. Por los dioses, eres un... —Se levantó tan deprisa que el libro cayó de su regazo para rebotar contra la gruesa alfombra. El gato, irritado, estampó la cola contra el cojín ahora desierto. Kayleigh empezó a agacharse...

—Eso es innecesario. —Ash la detuvo, para alivio mío y para sorpresa de la princesa y su guardia—. No tienes por qué hacer una reverencia.

Los ojos verde bosque de Kayleigh brillaban con fuerza.

—Pero...

—No pasa nada —intervine—. No es del tipo de Primigenio que exija reverencias.

—Bueno, a veces sí —murmuró él.

Le lancé una mirada ceñuda mientras Kayleigh nos observaba llena de confusión.

—Tenemos que hablar contigo. —Miré al guardia de reojo—. En privado. Kayleigh asintió, luego tragó saliva.

—Gracias por haberlos traído, Rolio.

El guardia vaciló, pero la princesa le dedicó una sonrisa serena y un asentimiento rápido. Rolio retrocedió para salir de la sala, con cuidado de dejar una buena distancia con nosotros. No obstante, no fue lejos, pues se quedó a medio pasillo. Me gustó que fuese leal a pesar de su miedo.

—¿Me he metido en algún lío? —preguntó Kayleigh.

—¿Qué? —Me concentré en ella—. No. ¿Por qué habrías de pensar eso?

No parecía demasiado confiada cuando miró a Ash.

—Eres un... un dios Primigenio. Lo sé por tus ojos. —Tragó saliva de nuevo—. Solo los Primigenios que he visto tienen ojos plateados.

Arqueé las cejas.

—¿A cuántos Primigenios has visto?

—A los suficientes —respondió, luego cerró los ojos un instante. Deseé de todo corazón que Ash se guardara para sí mismo qué Primigenio era—. Perdón. No pretendía ofender.

—No es ofensa, princesa —repuso Ash, que la miraba con intensidad. Supe que estaba leyendo sus emociones—. No hay razón para temernos. No estamos aquí para hacerte ningún daño.

Asintió, pero la desconfianza se asentó en su cara mientras la inquietud afloraba en mí. Pensé en lo que Ash ya había advertido que estaba empezando a ocurrir en otros reinos.

—¿Qué ha pasado cuando han venido Primigenios aquí?

Sus labios se entreabrieron con una inspiración breve. Miró a Ash.

—Yo... sé que pueden ofenderse mucho cuando no se les muestra respeto.

—El respeto es algo que uno se gana, incluso cuando eres Primigenio. Yo todavía no he hecho nada para merecer honor o falta de respeto. —Su tono se había suavizado—. Solo hemos venido a hablar con un hombre que creemos que conoces. Es posible que lo conozcas por el nombre de Delfai.

Kayleigh se puso rígida.

—¿El erudito?

—Quizá —musité, para darle luego una descripción rápida.

—Sí. Ese es Delfai. Lleva aquí un par de años ya. Me ha estado enseñando a leer el idioma antiguo. —Kayleigh cruzó las manos y sus ojos saltaron de uno a otro de nosotros—. ¿Está en un lío?

—No —susurré, y mi corazón se encogió. ¿Qué les habría visto hacer a los otros Primigenios?—. Solo queremos hablar con él.

La princesa asintió.

—Creo que está en la biblioteca, un poco más allá por este mismo pasillo. —Esbozó una breve sonrisa afectuosa—. Le gusta archivar los libros de contabilidad y los diarios del modo que cree que deberían ir. Mi padre se vuelve loco cada vez que viene aquí. —La risa de Kayleigh emanaba nerviosismo—. Lo siento. Es solo que estoy muy confundida. Hace años que no te veo, Seraphena, y ahora estoy aquí de pie, delante de un Primigenio que

no quiere que me arrastre a sus pies... —Se interrumpió de nuevo—. Lo siento...

—Una vez más, no hay necesidad de disculparse —le aseguró Ash—. No cuando es obvio que soy yo el que debe disculparse por el comportamiento de aquellos de mi índole.

Los labios de Kayleigh formaron un círculo perfecto.

—Eres... —Se aclaró la garganta—. ¿Puedo preguntar sobre qué corte gobiernas?

—Uuuhm —alargué la palabra. Ashladeó la cabeza.

—Soy Nyktos.

La princesa lo miró pasmada. Me dio la impresión de que no respiraba durante los varios momentos posteriores de silencio incómodo.

—Eres el Primigenio de...

—La Muerte —terminó él por ella.

Kayleigh asintió despacio, pero parpadeó deprisa al tiempo que su cabeza giraba hacia mí.

—¿Cómo es que estás...?

—¿Con él? —Hice un gesto con la barbilla en dirección a Ash, que frunció el ceño—. Es una larga historia.

Eso despertó su interés.

—Me encantan las historias.

Sonreí.

—Tal vez esta sea una historia que sea más conveniente para ti no conocer —declaré, preocupada por que mi verdadera identidad mortal y mi nuevo título como consorte del Primigenio de la Muerte pudieran causarle problemas a ella o a otros—. ¿Puedes llevarnos con Delfai?

—Por supuesto. —Se agachó deprisa para recoger el libro caído. El gato la miró con un desagrado impresionante cuando dejó el libro donde había estado sentada. Empezó a andar, luego se detuvo y me miró.

—Cuando me marché de Lasania, pensé que no volvería a verte nunca.

—Sí, yo pensé lo mismo —le dije. Miró a Ash de reojo.

—Creo que nunca te di las gracias por tu... *ayuda*.

—No hacía falta.

Su boca se abrió y luego se cerró.

—Hace algún tiempo, recibimos la noticia de que la princesa Ezmeria había ocupado el trono de Lasania, pero no decía nada sobre el destino del príncipe Tavius.

—El antiguo príncipe de Lasania ya no es, desde luego, motivo de preocupación... ni para ti ni para nadie —declaró Ash, y su voz sonó casi como un gruñido—. Está pasando su eternidad en el Abismo.

Intenté reprimir mi sonrisa, pero fracasé. Me pregunté si alguna vez me sentiría mal por el retorcido arrebató de placer que acompañaba a los pensamientos sobre el sino de Tavius.

Era probable que no, sobre todo cuando vi el alivio iluminar el rostro de Kayleigh y relajar la tensión alrededor de su boca y de sus ojos.

—Oh, por todos los dioses. Yo... tenía demasiado miedo de creerlo, pero... —Se rio, una mano presionada contra el pecho—. Por los dioses, no debería reírme. Eso me hace parecer una persona terrible, pero no he... —Apretó los ojos con fuerza—. Nuestro compromiso estaba prácticamente anulado, pero no a los ojos de muchos. Mientras hubiera una posibilidad de que siguiera prometida a él, he estado, bueno... —Sus ojos brillaban, anegados de lágrimas—. Atascada en este periodo de espera, hasta que él se comprometiera con otra o...

—No eres una persona terrible. Tavius era un ejemplo patético de mortal —le dije, al tiempo que deseaba haber sabido que la vida de Kayleigh se había quedado como en pausa. Habría averiguado la manera de enviarle un mensaje—. Deberías reír y celebrar. Ya no estás atascada.

Su sonrisa fue temblorosa pero tremenda cuando me miró. Sus ojos brillantes recorrieron mi cara antes de caer a mi mano derecha, a la marca dorada.

—Nunca fuiste la doncella de la reina, ¿verdad? —Contuve la respiración. La princesa Kayleigh miró a Ash—. ¿Lo era?

—No —repuso el Primigenio, los ángulos y planos de su cara más suaves de pronto—. Ella debería haber sido la destinada a gobernar Lasania.

La declaración de Ash avivó en mí un frenesí de emociones, unas en las que tendría que pensar más tarde.

La princesa nos guio por el pasillo hasta dos gruesas puertas de madera. Estaba claro que quería quedarse con nosotros, pero la convencí para que volviera a la salita de estar. No tenía ni idea de cómo reaccionaría Delfai al vernos.

Ni cómo reaccionaría ella cuando se enterase de que tenía a un dios ordenando la biblioteca de su padre.

Asentí cuando Ash me miró. A continuación, abrió una de las puertas y no dio más de un paso antes de que una voz hablara desde el interior de la enorme cámara en penumbra con una ráfaga de suave aroma a sándalo.

—Os he estado esperando —señaló un hombre—, durante tres largos años.

Capítulo 44



Varios tapices bloqueaban toda fuente de luz cuando la puerta se cerró a mi espalda. Mis ojos recorrieron los retratos de ojos esmeralda y las estanterías atestadas de libros que bordeaban la pared, para pararse en la fuente de la voz.

Había un hombre de pie cerca de las estanterías, de espaldas a nosotros. Su pelo oscuro rozaba los hombros de una vistosa túnica azul, y en los brazos acunaba lo que parecía un montón de libros.

Ash fue hasta el centro de la biblioteca, al lado de unas butacas y un sofá de tapicería dorada.

—¿Ah, sí?

—Sí —repuso el dios, al tiempo que se agachaba para deslizar un libro entre otros dos—. Empezaba a impacientarme un poco. Por fortuna, Cauldra Manor es un lugar maravilloso. Como también lo es la familia Balfour. Su nombre será honrado mucho tiempo después de que los reinos caigan.

Le lancé a Ash un arqueo de cejas inquisitivo cuando me reuní con él.

—Ya es un nombre de honor.

—Pero se convertirá en uno viejo y honrado, mucho tiempo después de que mis huesos se conviertan en cenizas. —Delfai se giró hacia atrás. Unos ojos color ónice, muy hundidos entre piel ámbar, se cruzaron con los míos. Apenas parecía mayor que yo, pero esos ojos... eran tan negros e insondables como los de Holland—. Es un nombre que, los Hados mediante, quizá conozcáis algún día. —Un escalofrío bajó por mi columna—. Pero el nombre de los Balfour es interesante —continuó, antes de que Ash o yo pudiésemos contestar—. Como también lo son sus antepasados. Uno en especial me viene a la mente. Un oráculo. El último en nacer. —Apareció una leve sonrisa

cuandoladeó la cabeza—. Era muy amable y disfrutaba mucho conversando con ella. La princesa me recuerda a ella. A lo mejor esa es la razón de que me encuentre cómodo aquí.

—No estamos aquí para hablar de la familia Balfour —lo interrumpió Ash.

—Lo sé. —Delfai se giró hacia nosotros—. Habéis venido a encontrar información sobre cómo repetir lo que nunca debió ocurrir.

—Ese sería el resumen, sí —confirmó Ash, y cruzó los brazos—. Queremos saber cómo fueron transferidas las brasas.

—Queréis saber más que eso —lo corrigió Delfai—. Los *Arae*, a pesar de todo lo que pueden ver, se preocupaban acerca de lo que no podían predecir. Lo invisible. Lo desconocido. Las posibilidades. Y nada los preocupaba más que un desequilibrio de poder Primigenio. Los Hados querían contar con algo por si alguna vez llegaba un tiempo en el que un Primigenio nuevo debiese Ascender, pero no hubiese un Primigenio de la Vida para Ascenderlo. —Delfai agachó su cabeza oscura mientras caminaba por delante de las estanterías—. Es obvio que uno de ellos previó parte de lo que iba a suceder, pero ninguno de ellos tuvo la suficiente visión de futuro como para darse cuenta de que lo que habían creado podía ser utilizado para provocar lo que pretendían prevenir: un rey falso. —Se rio, al tiempo que se agachaba—. El hado jode incluso a los Hados.

Intercambié una mirada con Ash.

—¿Qué crearon?

—Un conducto lo bastante poderoso para almacenar brevemente y transferir brasas tanto volátiles como impredecibles en su estado crudo y desprotegido. —Delfai deslizaba los dedos por los lomos de los libros mientras movía los labios en un murmullo silencioso, hasta que encontró lo que estuviera buscando. Apartó varios tomos a un lado y ubicó entre ellos el que llevaba en la mano—. Tuvieron que ir a las profundidades de las Colinas Eternas para encontrar algo así.

—Las Colinas Eternas están en el mundo mortal —dije, y pasé el pulgar por la palma de mi mano, sobre la marca—. Una cordillera montañosa que se extiende por la región más septentrional del reino de Terra.

—Sin embargo, hubo un tiempo en que no tenían nombre, solo otra franja de tierra ignota y virgen, aún sin mancillar por la mano del hombre o de los dioses. —Delfai se volvió hacia nosotros—. Hasta que los *Arae* conjuraron el corazón de las montañas: una piedra preciosa creada por las llamas de los dragones que solían habitar este mundo muchísimo tiempo antes de que los

Primigenios pudiesen llorar lágrimas de alegría. Era la primera de su especie, conocida no solo por su fuerza indestructible, sino también por su belleza irregular y multifacética y su pátina plateada. Bautizaron al diamante como la Estrella.

Ash frunció el ceño, pero yo arqueé las cejas.

—Jamás había oído hablar de algo así.

El dios sonrió con suficiencia.

—Esa era la intención. Se suponía que nadie más que los *Arae* sabría de su existencia.

—¿Por qué se bautizó a las montañas como Colinas Eternas después de haber extraído el diamante? —lo interrumpí.

—¿Acaso no hay preguntas más importantes que hacer? —inquirió el dios. Lo miré ceñuda.

—Soy muy consciente de que las hay, pero siento curiosidad.

Delfai resopló con desdén.

—¿Has visto alguna vez las Colinas Eternas?

—No. —Ahora que lo pensaba, ni siquiera había visto cuadros o dibujos de esa tierra.

Una sonrisa irónica tironeó de los labios de Ash.

—Les pusieron ese nombre porque solo las más tolerantes de las plantas y las criaturas pueden sobrevivir en las montañas, que tienen largas franjas de tierra yerma que proporcionan muy poca comida o refugio. Ningún mortal sobreviviría demasiado en esas condiciones.

Crucé los brazos.

—Pero ¿por qué tendría ese tipo de efecto el hecho de haber retirado el diamante?

—Los *Arae* tuvieron que hacer saltar por los aires media montaña para encontrarlo —explicó Delfai—. El gas y la roca recalentada cambiaron el paisaje de manera irrevocable.

—Oh —murmuré—. Supongo que eso tendría un efecto así.

—O sea que los *Arae* consiguieron su conducto —dijo Ash, devolviendo nuestra atención a lo que teníamos entre manos—. ¿Cómo se usa?

—Para muchas cosas de formas distintas, pero ¿para lo que queréis vosotros? —Delfai se sentó en el sofá con un suspiro que correspondía a un dios de su edad, aunque su apariencia no lo hiciera—. Es un proceso bastante sencillo. Tendría que utilizarlo un Primigenio o un *Arae*, pues ellos son los únicos con el tipo de esencia necesaria para forzar semejante transferencia. Luego, tiene que haber contacto. Entre el Primigenio que porta las brasas en

ese momento y el dios al que van a ser transferidas... o bien, como se utilizó en este caso, sujeto por ambos Primigenios. La Estrella transferiría las brasas.

—¿Eso es todo? —El tono de Ash llevaba una incredulidad patente.

—Como he dicho, es un proceso bastante sencillo. —Delfai nos sonrió desde el sofá—. A los *Arae* se les conoce por su naturaleza a menudo simplista, ¿no es así?

No estaba tan segura de eso, pero me alegraba de que esto no implicase algún tipo de hechizo complicado.

—Espera. Si se suponía que nadie debía conocer la existencia del diamante, ¿por qué diablos le habló un Hado a Kolis sobre la Estrella?

Contuve el aliento de pronto, al darme cuenta de que Holland debía de haber sabido esto pero me había mentido. ¿O no? ¿Compartir esta información podría considerarse cruzar una línea roja? Aunque, claro, lo que había hecho ese *Arae* desconocido había cruzado a buen seguro todas las líneas.

—¿No se supone que los *Arae* son... no sé, neutrales o algo así, y no intervienen en el destino? Darle a Kolis la Estrella desde luego que a mí me suena a interferencia.

Sus ojos oscuros saltaron hacia los míos.

—Los *Arae* a menudo caminan por una delgada línea entre la guía y la interferencia, ¿verdad?

Me puse rígida y la sonrisa de Delfai se ensanchó hasta que un escalofrío de inquietud serpenteó por mi columna. Entonces recordé lo que Ash me había contado sobre la caída de los Primigenios.

—Cuando los Primigenios empezaron a sentir emociones, lo mismo hicieron los *Arae*.

Ash asintió.

—Supongo que la mayoría siguieron siendo neutrales, pero la capacidad para sentir emoción lo cambió todo.

—Y a *todos* —añadió Delfai, y le envió ahora esa sonrisa siniestra a Ash—. No sé cuál de ellos le dio a Kolis lo que quería ni la verdadera razón para hacerlo. Pudo ser un acto impío, o que solo cayeran presa de lo que temían que ocurriría a los Primigenios si pudiesen amar. Es probable que alguien haya sacado partido de sus emociones y los forzara a participar en semejante acto para proteger a un ser querido.

—Amor —murmuré, y tragué saliva—. A lo mejor es una debilidad.

—Lo considero la única cosa más impredecible que incluso una brasa primigenia. Por lo tanto, es más fuerte —explicó Delfai, y eso atrajo mi

mirada hacia él—. El amor hace que *cualquier cosa* sea posible. Hace que *cualquiera* sea capaz de lo inesperado.

Cambié el peso de un pie al otro, incómoda porque el dios continuaba con los ojos fijos en mí.

—¿Dónde está el diamante ahora?

Sus ojos oscuros centellearon.

—Lo tiene Kolis —declaró, y se me cayó el alma a los pies—. Él sabe de lo que es capaz. No querría que nadie más tuviera acceso a él.

—Genial —gruñó Ash con un destello de colmillos.

—Pero queréis saber cómo extraer las brasas de *ella* —prosiguió Delfai—. Para hacerlo, no necesitaríais la Estrella.

Levanté la cabeza al instante.

—¿Podemos tener algo más de detalle sobre eso?

—En este momento, eres solo el recipiente mortal para las brasas...

—Sera no es solo un recipiente —gruñó Ash al tiempo que el aire se cargaba de *eather*—. No lo es ahora. No lo era antes y no lo será en el futuro.

El parón en mi respiración y mi corazón me dejó un poco mareada mientras miraba a Ash. Tenía ganas de abrazarlo. De besarlo.

—Mis disculpas. —El dios inclinó la cabeza—. Lo que quería decir es que es la actual portadora de las brasas, un ser vivo que permite a las brasas aumentar en poder. Por lo tanto, transferirlas de ella no será lo mismo que retirar las brasas de alguien nacido Primigenio y con su Ascensión completa. —Su inquietante mirada, que parecía no parpadear, nunca se clavó en mí—. Solo habría que sacarlas de ti. Y hacerlo produciría un impacto bastante pequeño sobre los mundos.

Sen... sentí alivio. Agudo y dulce. Pero también estaba aflorando un miedo en mi pecho.

Los ojos de Delfai se deslizaron hacia Ash.

—Te convertirás en lo que estabas destinado a ser cuando tu padre entrase en Arcadia: el verdadero Primigenio de la Vida y el Rey de los Dioses.

Pensé que eso sonaba correcto y justo, pero las brasas... vibraban de manera errática. Casi como si no les gustara lo que estaban oyendo. Sin embargo, las brasas no eran una especie de entidad consciente. Estaban... estaban respondiendo a mí. A mis emociones. A lo que yo estaba pensando.

A pensamientos de los que tal vez ni siquiera fuese consciente.

El alivio había suavizado las líneas del rostro de Ash.

—¿Y cómo, exactamente, podría sacarlas de ella?

—Otro proceso sencillo. Uno que podría haber ocurrido en cualquier momento durante su Sacrificio y antes de su Ascensión. —Delfai seguía mirando a Ash del mismo modo inquietante que me había mirado a mí antes—. Debes alimentarte de ella.

—¿Ya está? —Fruncí el ceño y miré a Ash—. Pero ya se ha alimentado de mí.

Esa extraña sonrisita se borró de los labios de Delfai.

—Debe alimentarse hasta sacar la última gota de sangre. Hasta que no quede nada más que las brasas. Entonces, se transferirán a él. Y él Ascenderá. Pero tú... —Suspiró—. Tú no sobrevivirás. Morirás.

Capítulo 45



Tú no sobrevivirás.

Di un respingo mientras las palabras del dios resonaban una y otra vez en mi cabeza.

—No. *No* —gruñó Ash, y el aire volvió a cargarse de energía. Las sombras brotaron debajo de su piel, girando a toda velocidad—. Estás equivocado.

—Puedes extraer las brasas sin problema. Cualquier Primigenio podría hacerlo porque ella es, fuera cual fuere la intención de tu padre, un contenedor para ellas —dijo Delfai en voz bastante baja, aunque sonó como si hubiese gritado las palabras—. Los mundos tienen suerte de que nadie más haya descubierto su existencia en ella —continuó, y yo me encogí al pensarlo—. Pero no puede sobrevivir a ese acto.

La muerte siempre te encuentra. La voz de Holland susurró a través de mis pensamientos. *A manos de un dios o de un mortal desinformado. De Kolis en persona o incluso de la Muerte.*

Ash.

Me reí.

Mientras los miraba, me *reí*. No pude evitarlo. El sonido era extraño, demasiado sonoro pero al mismo tiempo demasiado quebradizo.

La cabeza de Ash voló hacia mí. Sus ojos eran casi puros orbes de *eather*. Las sombras corrían por sus mejillas a medida que tenues hebras rebosaban hacia el espacio a su alrededor. Estaba a punto de transformarse, de perder el control, y yo...

Yo solo estaba *ahí*.

El suelo no parecía moverse debajo de mí como había hecho la última vez que había oído a alguien hablar de mi muerte de un modo tan franco. No había ninguna sorpresa. Ningún *shock*. Y a lo mejor era porque ya lo sabía. ¿Verdad? Podía permitirme escapar de mi destino durante un tiempo, pero en el fondo, había sabido que no sería capaz de huir de él.

—No —repitió Ash, como si esa única palabra cambiase lo que había dicho Delfai. Lo que un *Arae* ya nos había dicho. Sacudió la cabeza, la boca enmarcada por arrugas de tensión cuando sus ojos conectaron con los míos—. Tiene que poder hacerse algo —dijo con voz rasposa, al tiempo que se giraba otra vez hacia Delfai—. No puede ser la única opción. Tiene que haber una manera de extraer las brasas sin hacerle daño a ella. Mi padre sobrevivió...

—Tu padre nació como dios, destinado a Ascender a Primigenio, igual que tú. Las brasas le pertenecían a él. Ahora, están escondidas en la estirpe de ella, en su cuerpo mortal. No le pertenecen —explicó, con ese mismo tono callado e inexpresivo—. Solo hizo falta una gota de sangre primigenia para que se hiciesen más fuertes en su interior y fuese imposible que nadie extrajese esas brasas. —Eso era lo mismo de lo que nos había advertido Holland—. Se han fusionado con ella. Aunque hubieses intentado hacer esto en el momento en que te diste cuenta de que había dos brasas en ella, el resultado final habría sido el mismo. Sería como arrancarle el corazón. Aquí hay solo tres opciones. O bien te conviertes en el verdadero Primigenio de la Vida y devuelves el equilibrio a los mundos. O bien otra persona, otro Primigenio, se lleva esas brasas... y no creo que ninguno de nosotros quiera eso. O bien ella completa su Ascensión y ya os habéis asegurado de que...

—No lo hagas. —Mis ojos se abrieron de golpe y las brasas vibraron en mi pecho. Irradiaron un aluvión de calor y energía a través de mis venas. Golpeó el aire. Los cristales se agrietaron—. No termines esa frase.

Delfai se echó hacia atrás.

—Lo siento, pero sea como fuere, morirás. —Suspiró, y fue un sonido como de... aceptación. *Resignado*—. Si los mundos se salvan en el proceso depende de...

Ash sombrambuló. Agarró al dios del cuello y lo estampó contra la estantería, varios metros *detrás* del sofá y a varios palmos *del* suelo. Todos los muebles se sacudieron. Los libros se volcaron hacia delante para caer como lluvia antes de golpear el suelo uno tras otro.

—¡Para! —grité, y corrí hacia él.

—Su muerte no se producirá a mis manos —gruñó Ash con una voz gutural apenas reconocible. El borroso contorno de unas alas de *eather*

apareció detrás de él. La esencia chisporroteó por sus brazos desnudos—. Esa es una respuesta inaceptable.

Se me revolvió el estómago al llegar hasta ellos y ver que los ojos de Ash eran solo *eather* ahora. También vi sangre... sangre que empezaba a manar por la nariz y la comisura de los labios de Delfai. El dios empezó a sufrir espasmos y entonces las venas se iluminaron bajo su piel.

Los labios de Ash se retrajeron para revelar sus colmillos...

—¡No lo hagas! —grité—. Esto no es culpa suya.

—Quizá no. —El tono de voz de Ash bajó hasta no ser más que sangre y sombras—. Pero quizá se vuelva más creativo con sus respuestas una vez que pase algún tiempo en el Abismo.

—Eso no va a ayudar. Nos ha dicho lo que sabe. Esa respuesta no va a cambiar. —Agarré el brazo de Ash. El *shock* de la esencia retiró el pelo de mi cara. Su piel parecía hielo y piedra—. Ash.

Su cabeza giró a toda velocidad hacia mí, y mi corazón trastabilló. Las sombras se habían quedado paradas, lo cual había dejado su piel como un impactante mosaico de bronce dorado y medianoche. Era más Primigenio que hombre.

—Esto no es culpa suya, Ash. —Tragué saliva, luego deslicé el pulgar por la piel dura de su antebrazo—. Le estás haciendo daño y no se lo merece. *Tú* no te mereces otra marca. Suéltalo. *Por favor*.

Pasó un segundo. El tiempo justo para un latido del corazón. Pero pareció una eternidad mientras Ash me miraba desde lo alto, su cuerpo tenso de poder y violencia, sus despampanantes rasgos retorcidos de la ira.

Entonces soltó al dios.

Bueno, lo dejó caer.

Fuera como fuere, Delfai estaba libre.

Aterrizó con la fuerza suficiente como para sacudir unos cuantos libros más de su sitio. Cayeron al suelo a su alrededor mientras rodaba sobre el costado, la mano en el cuello, boqueando en busca de aire. Herido pero vivo.

No solté el brazo de Ash y él no apartó los ojos de mí mientras lo forzaba a alejarse de Delfai. Poco a poco, las sombras se borraron de su piel y el *eather* se fue diluyendo en sus ojos.

—Debería estar muerto —farfulló Delfai—. He visto mi muerte. —Fruncí el ceño y miré al dios, pero sin soltar el brazo de Ash—. Se suponía que debías matarme. —Delfai se recostó contra la estantería. Vi que tenía trozos de piel chamuscada en los brazos y el cuello. Se me revolvió el estómago—. Así era como moriría.

—Bueno pues no estás muerto, gracias a ella. —Ash apretaba la mandíbula mientras fulminaba al dios con la mirada como si estuviese a punto de cambiar de opinión—. Enhorabuena.

Los dedos de Delfai dejaron de masajear su cuello.

—Puede que sea motivo de celebración. —Dejó caer la mano en su regazo—. Quizás haya una bestia plateada y una luna más brillante. Dos. No una —divagó—. Dos después una.

—¿De qué diablos estás hablando? —exigió saber Ash.

—De nada. —Sonrió de oreja a oreja, mostrando sus dientes manchados de sangre—. De nada más que de esperanza.



Había muchas probabilidades de que Ash le hubiese causado algún daño a Delfai, porque lo que había estado farfullando no tenía ningún sentido. ¿Bestias plateadas? ¿Luna más brillante? Me recordaba al título que me había dado Ash, pero no tenía ni idea de por qué Delfai divagaría sobre algo así. Y, para ser sinceros, no importaba.

Ninguno de los dos habló al partir de Cauldra Manor, pasando por delante de guardias que se apresuraron a hacer reverencias pero mantuvieron una distancia saludable. Había querido despedirme de Kayleigh, pero sabía que no sería sensato para nosotros demorarnos ahí.

No cuando un *eather* violento y frenético seguía manando al aire alrededor de Ash.

Y no me sentía con ganas de mantener una conversación apropiada. Mi mente estaba demasiado centrada en lo que estaba por venir.

Lo que ya no podía negarse.

Fue una situación de lo más extraña, mientras bajábamos por la colina rocosa, sintiendo el calor del sol sobre la cara. La devastación de todos los interrogantes que ya no ocurrirían. La idea de que el final se acercaba de veras esta vez. Y el desplome absoluto de la esperanza.

Era todo bastante... *liberador*.

Una sensación de calma se instaló sobre mí.

La omnipresente presión sobre mi pecho seguía ahí, pero no apretaba con tanta fuerza como solía hacerlo. Tal vez porque siempre había esperado morir. Tal vez porque el alma en mi interior también había pasado por muchas muertes.

Después de todo, la muerte había sido mi compañera constante, una vieja amiga a la que, en el fondo, siempre supe que visitaría un día.

Miré a Ash. Él iba con la vista al frente, el músculo de su mandíbula palpitaba a cada paso. Acabábamos de llegar a los pinos cuando lo detuve.

—Para.

—Tenemos que volver a las Tierras Umbrías —masculló.

—Tenemos que hablar.

—Tengo que pensar.

Mi siguiente inspiración fue temblorosa cuando lo seguí al denso bosque de pinos.

—Debes hacerlo.

Ash se detuvo en seco.

—No hay nada que *deba* hacer.

—Esto es una mierda y lo sabes. —Me detuve a escasa distancia de él, y entonces me di cuenta—. Tú... tú sabías cómo extraer las brasas de mí desde el principio, ¿verdad? —Sus hombros se pusieron rígidos—. Por todos los dioses —susurré con voz ronca—. Porque sabía (*¡sabía!*) que tenía razón.

—No estaba seguro. No es como si hubiera habido más gente como tú... una mortal con brasas primigenias en su interior. —Agachó la cabeza—. Pero sí, ya había pensado que drenarte por completo era una posibilidad.

Ash podría haberlo hecho en cualquier momento. Podría haberme quitado las brasas. Podría haber Ascendido. Haber detenido a Kolis. Haber detenido a Veses. Pero no lo había hecho.

Porque sabía que eso me mataría.

Dejé que mi cabeza cayera hacia atrás mientras aspiraba largas respiraciones que alancearon mis pulmones.

—Pero sabía que Kolis no había extraído las brasas así —se forzó a decir Ash—. Sabía que había habido otra manera.

Solo que no la había.

Parpadeé para eliminar la humedad de mis ojos y bajé la cabeza.

—Vinimos aquí para averiguar cómo transferir las brasas. Y ahora lo sabemos. —Ash no dijo nada, pero el aire se volvió más ralo, gélido. Unas cuantas acículas cayeron de las ramas de los pinos y flotaron hasta el suelo. Mi corazón empezó a martillear al tiempo que mi garganta se comprimía—. No hay otra opción. No podemos permitir que nadie más se entere de lo de las brasas y se apodere de ellas.

Despacio, se giró hacia mí, el rostro crispado.

—*Tiene* que haber otra manera de hacerlo. A lo mejor la Estrella...

—¿Cómo podríamos recuperarla? ¿Sabes dónde la guarda Kolis? ¿Conoces a alguien que pudiera estar dispuesto a compartir ese detallito con nosotros? No. Y aunque pudiésemos encontrar la Estrella, ya has oído lo que ha dicho Delfai. Es demasiado tarde. Las brasas se han fundido conmigo. Retirarlas me matará, lo hagamos como lo hagamos, y... y no quiero morir.

—Me alegro de saber que por fin sientes eso.

Ignoré su comentario.

—Quiero un futuro. Quiero *vivir*. Quiero experimentar una vida en la que tenga el control de mi futuro. Nos quiero a nosotros —susurré—. Pero *necesito* un futuro en el que derrotemos a Kolis y la Podredumbre desaparezca. Un futuro en el que la gente de Iliseeum y los del mundo mortal esté a salvo. Eso es lo crucial. La única cosa que importa.

—No, no es la única jodida cosa que importa, Sera. —Sus ojos centellearon—. Tú. No las malditas brasas. No los jodidos mundos. *Tú* importas.

Se me cortó la respiración y tuve que cerrar los ojos contra la abundancia de emoción que bullía en mi interior. Yo... sí que importaba. Yo. Aunque esto no trataba solo de mí. Lo sabía bien. Él también.

—No hay otra forma. —Un temblor me recorrió de arriba abajo al abrir los ojos—. Lo *comprendo*. Y no es tu culpa.

Apartó la mirada, tragó saliva.

—Deja de...

—*No* lo es —insistí—. Esto no es correcto ni justo, pero sabes lo que tienes que hacer, Ash.

—No hagas eso —gruñó, y giró la cabeza hacia mí a toda velocidad. Dio un paso corto y medido hacia donde yo estaba, luego sombrambuló para aparecer justo delante de mí—. *No* me llames así cuando hablas de mí acabando con tu vida de un modo tan casual.

La presión atenazó mi pecho al tiempo que un nudo se atoraba en mi garganta. Una mezcla de emociones demasiado crudas para entenderlas del todo.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —Se le escapó una risa entrecortada—. Por los Hados, es *verdad* que lo sientes. Noto su sabor. A vainilla, pero ácida. —Sacudió la cabeza, incrédulo—. Sientes compasión... angustia... *por mí*.

Aspiré una bocanada de aire corta y me llevé la palma de la mano derecha al corazón. Compasión. Angustia. Eso y una determinación que me llegaba hasta la médula. Eso era lo que sentía.

—No has hecho nada mal.

—Tú tampoco.

—¿Cómo diablos puedes decir eso siquiera? —rugió Ash, lo bastante fuerte para que incluso con la distancia que habíamos recorrido, aún fuese probable que alguien lo hubiera oído. Aunque dudaba de que nadie fuese a aventurarse entre los pinos de todos modos—. Sí que *había* otra opción. Yo podría haberte salvado.

—Esto no es culpa tuya. —Levanté las manos para ponerlas sobre sus mejillas frías. Él hizo ademán de apartarse, pero lo sujeté en el sitio, al tiempo que las brasas vibraban. La esencia fragmentaba sus ojos. Ira, y también agonía. Aspiré una bocanada de aire breve y casi me atraganté con el olor a pino—. Aunque hubieses tenido tu *kardia*, Ash, no había ninguna garantía de que me hubieras querido...

—Sí la hay. —Sus ojos estaban muy abiertos, desquiciados, cuando me agarró de las muñecas—. Si hubiese podido, te habría amado. No habría podido impedirlo nada ni nadie.

Me estremecí entera. Su declaración era tan poderosa como una de amor y me impactó. Me sacudió de arriba abajo, hasta que las brasas empezaron a vibrar y a palpar, hasta que noté el sabor del *eather* que se acumulaba en el fondo de mi garganta. La periferia de mi visión empezó a avivarse.

—Bésame —susurré.

No hubo vacilación alguna.

Ash me atrajo hacia él y me levantó sobre la punta de los pies para bajar la boca hacia la mía. Los dos nos estremecimos cuando nuestros labios se tocaron. El beso fue suave y tentativo, lleno de reverencia y tristeza. Las lágrimas se arremolinaron en mis ojos apretados con fuerza. Un gruñido de alma rota retumbó en el pecho de Ash y a través del mío.

Las brasas siguieron vibrando.

Me dolía el corazón.

Los brazos de Ash se envolvieron a mi alrededor, cerró las manos sobre mi trenza, mi cadera. Me atrajo aún más hacia él, nuestros cuerpos pegados por completo. Ash ladeó la cabeza, profundizó el beso con una pasada de la lengua sobre la mía, un choque de dientes contra colmillos. Y de la angustia, nació la desesperación, una de necesidad y deseo, que lo consumía todo.

No hubo ninguna vacilación cuando nuestras bocas se separaron y nuestras miradas conectaron. No hubo palabras cuando sus labios volvieron a los míos y estiramos las manos el uno hacia el otro, abrimos botones, bajamos pantalones y ropa interior. Nuestros labios no se separaron cuando me

depositó en el suelo cubierto de pinocha y me tomó con una sola embestida profunda de sus caderas.

Su boca engulló mi grito de placer, y él respondió con un gruñido sensual. Con los pantalones arremolinados justo debajo de mis rodillas, no podía levantar las piernas ni ensancharlas. El movimiento restringido hacía que cada embestida fuese de una intensidad bestial mientras yo me limitaba a agarrar sus brazos.

Eso fue todo lo que pude hacer: agarrarme mientras él se movía adentro y afuera, tan profundo como podía, cada vez más deprisa. Me llevó hasta el borde fino como una cuchilla del placer y el dolor.

Se asentó bien profundo en mi interior, separó la boca de la mía, puso las manos sobre mis mejillas y se quedó quieto.

—Desearía... —susurró con voz ronca, al tiempo que deslizaba los dedos por las pecas de mi cara—. Desearía no haber hecho que me extirparan el *kardia*. —Mis pestañas aletearon y abrí los ojos. Los suyos centelleaban con una... una pátina roja. Lágrimas primigenias de tristeza—. Nunca quise amar. No hasta que llegaste tú, *liessa*.

El aire se quedó atascado en mi garganta mientras mi pecho se estrujaba y se henchía, un batiburrillo de emociones crecientes.

—Lo sé.

Ash tembló, luego perdió toda semblanza de control. Sus labios chocaron con los míos, cada embestida era una promesa de lo que su corazón podría dar. Cada respiración entrecortada entre nosotros era cruda y preciosa. El placer aumentó. La tristeza fue detrás. Y cuando el clímax nos encontró, nos llevó a los dos al mismo tiempo, dejándonos tiritando y un poco destrozados.

Ninguno de los dos nos movimos durante mucho tiempo. En el silencio, me empapé de la sensación de su corazón al latir contra mi pecho, del peso frío de su cuerpo, mientras contemplaba las finísimas hojas de los pinos por encima de nosotros.

—¿Puedes hacerme una promesa?

Ash levantó la cabeza y unos ojos llenos de luz de luna plateada se cruzaron con los míos.

—Cualquier cosa, *liessa*.

—Cuando llegue el momento —susurré—, ¿puedes llevarme a mi lago? Quiero que se haga ahí.

El pecho de Ash se quedó muy quieto contra el mío. Sus ojos se cerraron de golpe mientras los tendones de su cuello resaltaban y sus rasgos se volvían más angulosos y finos.

—Lo prometo.

Capítulo 46



Ash me sujetaba con fuerza contra él, como si temiera que pudiese resbalar de sus brazos. Sentía su corazón latir contra mi mejilla mientras nos preparaba para regresar a las Tierras Umbrías.

Donde tendríamos que prepararlo todo. Hacer planes. Tratar de averiguar de cuánto tiempo disponía antes de... de morir. No podía ser mucho. No con lo fuertes que eran las brasas. Era posible que solo me quedaran unos días... semanas, si tenía suerte.

Un escalofrío se abrió paso a través de mí. La barbilla de Ash rozó la parte de arriba de mi cabeza y sus dedos se cerraron en torno a mi trenza. Los habituales zarcillos de oscuridad iluminada por la luna se elevaron a nuestro alrededor.

¿Sería así el aspecto que tendría la muerte? ¿Un aumento de la oscuridad? ¿La nada antes de entrar en la neblina delante de los Pilares, incapaz de oír o ver a nadie cerca de mí? Una repentina espiral de pánico crudo me atravesó de arriba abajo y amenazó con fracturar la calma evocada por el fallo de todos esos interrogantes. Cerré los ojos y me tragué el nudo acumulado en mi garganta.

Podía lidiar con esto.

Tenía que hacerlo.

No había otra opción.

A medida que las hebras giratorias de *eather* se asentaban de nuevo a nuestro alrededor, el aire de costumbre frío y rancio de las Tierras Umbrías llegó hasta nosotros, cargado de un intenso olor a madera quemada. Las brasas vibraron en mi pecho.

—Algo va mal. Hay... *muerte* por todas partes —masculló Ash, y un intenso miedo estalló en mi interior. Resonó un grito en el Adarve—. Mierda.

Ash giró a toda velocidad cuando un calor abrasador rugió por encima de nuestras cabezas. Una estela de *fuego* se estrelló contra el palacio. Solté una exclamación cuando la estructura entera se sacudió bajo la fuerza de las llamas.

Todo lo que habíamos averiguado en Massene quedó en segundo plano. Nos estaban atacando.

—Agárrate —me ordenó Ash.

Me aferré a la pechera de su túnica, pues esperaba que volviera a sombrambular, pero en lugar de eso dio un paso al frente y me llevó consigo cuando se encaramó a la barandilla de su balcón.

Y Ash *saltó*.

—Santo cielo —boqueé, y apreté los ojos con fuerza mientras el aire acre subía a nuestro encuentro. Mi estómago cayó en picado durante los breves segundos de ingravidez absoluta, y luego empezamos a caer.

Ash frenó antes de aterrizar con fuerza en cuclillas. Yo no sentí el impacto, pero no supe si se debía a que él había absorbido todo el golpe o al *shock* de que hubiera saltado del balcón.

Me depositó sobre los pies al levantarse, luego me soltó. Con el corazón tronando, me giré para ver a varios guardias en el Adarve, los arcos apuntados hacia el suelo en el exterior, disparando flechas.

Los gemidos agudos y los gruñidos guturales me provocaron un escalofrío gélido que bajó rodando por mi columna mientras Saion llegaba a la carrera desde las puertas.

—¿Veses? —preguntó Ash.

—Sigue en estasis en su celda, pero hay *dakkais* en el Adarve... aquí y en Lethe. Bele y Rhahar están ahí abajo, pero... —Saion se detuvo derrapando cuando una sombra se cernió sobre el patio.

Ash tiró de mí hacia atrás cuando un *draken* negro rojizo se lanzó en picado hacia nosotros precedido por una estela de fuego. El calor ondeaba hacia atrás, pero las llamas se estrellaron contra el suelo y levantaron una lluvia de tierra y rocas. Por un momento, no pude ver a Saion entre las llamas y se me paró el corazón.

El fuego retrocedió para revelar a Saion, que se levantaba del suelo pocos metros más atrás.

—Y *ese* cabrón acaba de aparecer —gruñó—. Y ya empieza a enfurecerme.

—Davon —gruñó Ash, y me dio la impresión de estar saltando desde el balcón una vez más. Era el *draken* que había visto en Dalos, el pariente lejano de Nektas. Ash pasó por al lado de la grieta de varios palmos de profundidad en el suelo chamuscado y humeante, sin soltarme la mano—. ¿Cuántos *drakens*?

—Hay al menos uno más atacando Lethe —dijo Saion, y cerré el puño de mi mano libre—. Nektas y Orphine se están encargando de él, pero, Nyktos, es... —Saion tragó saliva. Luego sacudió la cabeza, se giró por la cintura y levantó una mano por encima de la cabeza para que los arqueros del Adarve dispararan otra andanada de flechas—. Él está aquí.

Me quedé helada y Ash frenó en seco.

No.

No podía referirse a Kolis.

Sin embargo, la pálida tirantez de las comisuras de los labios de Saion, el palpitante *eather* en sus ojos demasiado abiertos, demasiado *brillantes*... Y la forma en que se atragantó al continuar adelante... Todo ello me provocó una oleada de miedo aún más profunda e intensa. Cruzó a través de mí.

A través de Ash.

Las sombras afloraron de inmediato bajo la piel de Ash.

—¿Kolis?

Saion agarró su espada.

—Kyn.

Me quedé paralizada, hasta el último centímetro de mí.

—¿Kyn? —musité. Miré hacia el Adarve al ver a guardias corriendo por él. Si Kyn estaba aquí con los *drakens* de Kolis y sus *dakkais*...

—Llegó antes que los *dakkais*. Venía a buscaros... a los dos —relató Saion—. Sorprendió a los guardias. Nos sorprendió a todos. —Empezó a girar para darnos la espalda, pero se interrumpió—. No pudimos hacer nada. Es un Primigenio. —Se inclinó hacia delante de pronto y se agarró el costado mientras respiraba hondo—. El muy cabrón simplemente... —Saion se atragantó y luego no dijo nada más.

No pudo. Solo pudo rechinar los dientes y pasarse una mano... una mano ensangrentada... por la cara.

Ash percibió lo que estaba sintiendo Saion e inspiró una bocanada de aire brusca, su piel aún más fina. El aire se cargó de energía y las brasas de mi pecho vibraron y se sacudieron.

Ash empezó a andar hacia el patio del oeste. Yo lo seguí, mi inquietud cada vez mayor y creciendo.

Saion me agarró del brazo al pasar por su lado.

—No vayas —masculló con voz rasposa—. No quieres verlo.

Me paré, mi pecho subía y bajaba con respiraciones cortas y superficiales. Una parte de mí quería hacer caso de su advertencia, porque sabía que había sucedido algo. Algo malo. Algo que el propio Saion deseaba no haber visto.

Pero no podía.

Porque Ash no lo haría.

Solté mi brazo y la maldición de Saion se perdió en la orden para disparar otra andanada de flechas. Me apresuré para alcanzar a Ash, mientras escudriñaba los cielos en busca del *draken*, pero sin encontrar ni rastro de él.

El aire olía diferente aquí. Llevaba un... un toque de metal húmedo. Un olor reconocible. A sangre. A *muerte*.

Oh, por todos los dioses.

De repente, estaba en el lugar de Saion, quería impedir que Ash descubriera lo que aguardaba.

—Ash —lo llamé.

Él no paró.

No hasta que dobló la esquina del palacio. Entonces sí que lo hizo. Dio un *respingo* y se tambaleó un paso hacia atrás. Jamás lo había visto *tambalearse*. El miedo a lo que había visto se apoderó de mí mientras cruzaba la corta distancia que nos separaba y no veía más que rojo oscuro por la tierra gris y agrietada y sobre las espadas caídas. Ríos de rojo. Salpicaduras carmesís. Charcos de sangre.

Ash extendió el brazo para bloquearme el paso, pero ya era demasiado tarde.

Vi...

Los vi.

Sobre picas clavadas en el suelo. Las manos y los brazos atados. Su piel destrozada y sus pechos abiertos en canal, sin corazón. Cuellos cortados hasta el hueso. Otros tenían tales cortes que sus cabezas ya no estaban sobre sus hombros sino en el suelo.

Las brasas zumbaban en respuesta a la muerte. A la absoluta falta de vida, mientras deslizaba la mirada por encima de rostros que no reconocía, de ojos sin vida de personas con las que me había cruzado en el patio o había visto entrenar con Ash. Bajé la vista.

Pelo rubio. Rasgos afilados y exangües. Ojos de un tono ámbar apagado, sin vida.

Esa era su... era *su* cabeza.

Ector.

Me tambaleé, la garganta cerrada por completo cuando me planté una mano sobre la boca y un rojo más suave llamó mi atención.

El color del vino.

El destello de una cadena de plata alrededor de un cuello, empapada de sangre.

—No —susurré, la piel ardiente de repente y luego insensible—. No.

—Ella salió a ayudar —dijo Saion con voz temblorosa desde detrás de nosotros—. Le dije que volviera a entrar, pero Kyn la vio. Y Ector... el jodido Ector intentó detenerlo.

Oscilé sobre mis pies, el pecho palpitante cuando las brasas respondieron a mí, a la tormenta de emociones que rugían a través de mí. Se me calentó la sangre, llenó mis venas de fuego.

—Bele no lo sabe —murmuró Saion—. Ya iba de camino a Lethe. No sabe que... *joder*, estás empezando a refulgir.

No hablaba de Ash, que se había quedado completamente en silencio y quieto.

Era yo.

Un retumbar lejano reverberó en el cielo. Davon estaba cerca. Eso era un problema, uno que tendríamos que dilucidar cómo manejar, pero no podía pensar más allá de Aios y Ector y las docenas de vidas perdidas en esas picas.

No podía entender por qué.

¿Qué habían hecho esas personas?

Las brasas palpitaban cuando hice ademán de ir hacia Aios, hacia ellos... pero meforcé a retroceder. Haber usado las brasas había causado todo esto. Si volviese a hacerlo, solo conduciría a más ataques.

Cerré los puños mientras la furia colisionaba con la aflicción. Podía hacer algo. Podía arreglar esto, pero ¿quién pagaría por ello?

No el que debería.

Kolis.

—¿Kyn sigue aquí? —preguntó Ash, su voz fría e inexpresiva. La temperatura bajó varios grados de golpe.

—La última vez que lo vi, estaba fuera del Adarve —respondió Saion—. Detrás de la línea de *dakkais*. Tenía Cimmerianos... —Saion se giró hacia el cielo—. Ese cabrón vuelve para acá.

Ash le dio la espalda a las picas, a la carnicería.

—Reúne al ejército. —El *eather* chisporroteó en su piel de sombras giratorias y sus labios se retrajeron por encima de sus colmillos. El poder

fluyó hacia el aire. Las sombras se derramaron por todas partes a su alrededor, girando como un torbellino y, cuando sus ojos se cruzaron con los míos, eran puros orbes de plata. El retumbar del rugido de Davon sonó más cerca, Ash levantó la cara hacia el cielo.

Y entonces Ash se elevó.

Subió en línea recta, como una flecha recién disparada. Irradiaba rayos de luz plateada que crepitaban y chasqueaban. El turbio contorno de unas alas apareció cuando abrió las manos. Por fuera del Adarve, los *dakkais* empezaron a aullar, y Saion corrió hacia una guardia a caballo para darle órdenes. La mujer salió disparada hacia las puertas que daban al Bosque Moribundo. Solo podía rezar por que ella y los ejércitos fuesen rápidos.

—¡Fuego! ¡Fuego! —Oí (gracias a los dioses) gritar a Rhain desde el Adarve—. ¡Ahora!

El aire alrededor de Ash crepitó antes de volverse de un tono gris más claro a medida que el *eather* aumentaba en su interior y volvía su piel del color de la piedra umbra moteada. Sus alas parecían casi sólidas mientras las nubes oscurecían el cielo... *nubes* de verdad, cada vez más oscuras, densas y abundantes.

Ash se convirtió en una tormenta.

Davon apareció sobre el palacio, las fauces abiertas y las escamas vibrando. Las llamas se avivaron dentro de su garganta.

Ash *se rio*.

Y el cielo tembló con un trueno. El *draken* desplegó las alas y ralentizó su vuelo, enroscó el cuerpo... pero no era él el que estaba frenando.

Ash estaba deteniendo al *draken*.

Había levantado una mano, girado su muñeca.

El crujido del ala de Davon se perdió en el correspondiente aullido de dolor.

—Por todos los dioses —susurré.

—Sí —murmuró Saion—. Nunca has visto a un Primigenio realmente cabreado, ¿verdad? —Una oleada de *eather* brotó de Ash. Rayos cegadores iluminaron el cielo y se estrellaron contra Davon. El *draken* empezó a dar volteretas cuando el *eather* recorrió todo su cuerpo escamoso—. No es bonito —terminó Saion.

Davon aterrizó en el patio sobre sus patas delanteras, pero se dio impulso de nuevo con un rugido, todavía envuelto en *eather* crepitante. Volvió al cielo, aun con un ala rota.

No, no era bonito.

Me dije a mí misma que Ash estaría bien, y di media vuelta hacia las picas. Necesitaba concentrarme. Tenía un trabajo que hacer. Eché a andar al tiempo que desenvainaba la daga.

—¿Qué estás haciendo?

—Ayúdame. —Me apresuré hacia Aios. Odiaba elegir, decidir salvar una vida antes que otra, pero era la más próxima y todavía... todavía tenía la cabeza conectada al cuerpo. No sabía qué podría hacer por los que no la tenían. No entendía cómo funcionaban las brasas para reconectar extremidades y partes, pero Aios... podía ayudarla a ella y luego intentarlo con el resto.

—Ayúdame a bajarla.

—Joder, Sera. ¿Estás segura de esto? Se sentirá. Ascenderás a Aios, igual que hiciste con Bele. —Saion me siguió—. Empeorará las cosas.

—¿Empeorará? —Me reí, un sonido roto—. ¿Peor que esto? ¿De verdad?

—Siempre puede empeorar.

Como le había pasado a Aios, que ya había experimentado muchos más horrores de los que nadie tendría que sufrir jamás.

—Los riesgos... —empezó Saion.

—Sé cuáles son los riesgos, pero no importará. —No importaría, porque en cuanto tuviésemos ocasión, Ash sacaría las brasas de mi interior. No esperaríamos más. No haríamos más planes para averiguar qué hacer con cualquiera que fuese el tiempo que aún me quedara. Ash tendría que hacerlo porque, después de esto, tendría que Ascender.

Y tendría que detener a Kolis.

—No morirán hoy —dije. Ignoré los bordes manchados de sangre del vestido de Aios y me agaché para cortar las cuerdas de alrededor de sus tobillos mientras el cielo se iluminaba de llamas plateadas por encima de nuestras cabezas. Me puse tensa y luego me relajé cuando Davon dejó escapar otro chillido agónico.

Me enderecé y liberé las muñecas atadas a la espalda de Aios. Su piel... estaba fría, pegajosa y húmeda, pero no rígida.

—Ayúdame a bajarla —le pedí de nuevo, antes de cortar la cuerda que la sujetaba de la cintura. Mis ojos se cruzaron con los de Saion—. Como tu consorte, te lo *exijo*.

Saion cerró los ojos por un instante, luego asintió. Se puso a mi lado y envolvió los brazos alrededor de Aios.

—La tengo. —Me miró a los ojos—. Tendrás que poner la mano detrás de su cabeza lo más deprisa posible o...

Cerré la boca y asentí. Sabía lo que podría pasar.

—A la de tres —dije—. Uno, dos, tres. —Corté la cuerda y luego me moví para sujetar los lados de su cabeza demasiado suelta mientras Saion soportaba todo su peso—. Túmbala. No en la sangre. —Busqué un sitio cercano libre de restos. Y busqué...

—No hay ningún sitio limpio. —Saion empezó a bajarla—. Este tendrá que valer.

Parpadeé para borrar las lágrimas de mis ojos cuando un relámpago de Ash cruzó el cielo e impactó contra Davon una vez más. Me dejé caer de rodillas y dejé la daga en el suelo mientras echaba mano de las brasas y las incitaba a responder. Palpitaron y bulleron, la esencia inundó mis venas.

—Mantén esa daga cerca de ti —me advirtió Saion, sus ojos fijos en el Adarve al mismo tiempo que se movía para apuntalar la cabeza de Aios—. Ash está poniendo histéricos a los *dakkais*. —Sus ojos saltaron hacia mí—. Lo mismo que tú. Los *dakkais*. Recuerda, no solo siguen el rastro de la esencia —dijo—. La devoran.

Puse las manos sobre el pecho destrozado de Aios.

—Que se jodan los *dakkais* —gruñí. Saion soltó una risa breve.

—Me gustas —dijo. Sacudió la cabeza y su mirada volvió al Adarve—. ¿Lo sabías? Me gustas mucho.

La esencia se avivó en las palmas de mis manos.

—Tú también me gustas.

Bajé la vista hacia Aios, sin ver ni oír la respuesta de Saion mientras canalizaba todo lo que tenía dentro hacia la diosa. El flujo de poder respondió sin vacilar, más deprisa y más caliente que antes. Me concentré en su cara, en ningún sitio más. El *eather* onduló por encima de su cuerpo y se filtró en su piel. Todas sus venas se iluminaron, la luz se intensificó.

Los gritos aumentaron en el Adarve, así como los aullidos y gruñidos.

El resplandor bajo la piel de Aios se expandió y creció para extenderse más allá de su cuerpo. Debajo de mis rodillas, el suelo empezó a temblar.

—Aquí viene —advirtió Saion.

El *eather* palpitó y luego explotó en un estallido de poder puro que hizo que tanto Saion como yo retrocediéramos a toda prisa sobre nuestras rodillas. Perdí mi agarre sobre Aios cuando la onda expansiva se extendió fuera del patio y más allá del Adarve... más allá de las Tierras Umbrías. Un fogonazo más brillante, más claro, cruzó el cielo.

Luego paró todo. El viento. El temblor.

Corrí de vuelta al lado de Aios. Abrí el cuello roto de su túnica. Una gruesa línea rosa rodeaba su cuello. La piel sobre su corazón estaba magullada pero cicatrizada.

Su pecho se hinchó con una respiración profunda y singular.

—Aios —exclamó Saion.

Los ojos de la diosa aletearon antes de abrirse. Plateados y brillantes.

—¿Saion? Yo... —Su garganta subió y bajó al tragar saliva y su cabeza giró tan deprisa hacia mí que hice una mueca—. *Sera*.

Con manos temblorosas, esboqué una sonrisa débil.

—Hola.

—Hola —susurró.

Una serie de gritos onduló por el aire y me provocó un miedo atroz. Teníamos que sacar a Aios de ahí. El sueño que ocurría después de lo que yo acababa de hacer no parecía algo sobre lo que nadie pudiese tener ningún control. Saion se giró hacia el Adarve, su mandíbula se tensó.

Aios trató de sentarse justo cuando Davon caía del cielo como un saco de piedras. Se estrelló con fuerza contra el suelo, pero se enderezó deprisa.

—¿Q... qué está...?

La agarré de los hombros.

—Tienes que ir adentro. Escóndete.

—Pero...

—*Ahora*.

Saion rotó sobre sí mismo.

—¿Kars?

Un guardia se detuvo al pie del Adarve y cambió de dirección para venir hacia nosotros. Sus pasos se ralentizaron, sus ojos se abrieron como platos.

—Lleva a Aios dentro. Ahora.

El guardia parpadeó y sacudió la cabeza.

—Voy.

Me puse en pie mientras el dios ayudaba a Aios a levantarse y luego la pegaba a su pecho. Se giró para...

—Ayúdame a bajar a Ector.

—*Sera*...

—Puedo intentarlo. —Fui hasta los tobillos de Ector—. Tengo que intentarlo. Igual que hizo él. —Me ardía la garganta—. Igual que ha hecho él.

—Sí. Vale. Lo bajaremos, y recuperaré su...

Me encogí, pero lo hicimos rápido y tumbamos a Ector en el suelo de modo que casi parecía completo. Mis ojos se cruzaron un momento con los

ojos consternados de Saion antes de invocar el *eather*...

—Están entrando —gritó Rhain desde el Adarve—. Atrás. ¡Todo el mundo atrás!

Multitud de gritos alancearon el aire y las brasas se avivaron y palpitaron, una y otra vez mientras estiraba las manos para poner las palmas sobre el pecho inmóvil de Ector.

—Mierda. —Saion se echó atrás—. Los *dakkais* han superado la muralla.

—Contenedlos —ordené, al tiempo que respiraba hondo.

El arañar de garras por encima de piedra superó al sonido del tronar de mi corazón. La esencia refulgió, profunda y poderosa, y mi visión se puso blanca, de un blanco puro, durante un segundo cuando el *eather* bulló...

—Para. ¡Para! —chilló Saion, al tiempo que el *eather* brotaba de las palmas de mis manos y salpicaba contra el pecho de Ector—. Los estás atrayendo hacia ti. ¡Para!

Solo necesitaba unos segundos más. Eso era todo. Podía traer a Ector de vuelta...

Saion me agarró por la cintura y tiró de mí hacia atrás.

—¡No! —Mis ojos casi se salieron de sus órbitas cuando la esencia titiló sobre Ector y luego se apagó—. ¡Suéltame!

—No hay tiempo. —Saion tiró de mí hacia atrás mientras unos cuerpos musculosos, resbaladizos y lustrosos como aceite color medianoche, se lanzaron a la carga por el patio. Sus fauces daban tarascadas, sus uñas se clavaban en la tierra y sus gruñidos cayeron sobre mí como dagas.

Forcejeé contra Saion.

—Puedo traerlo de vuelta. Solo necesito...

—No. —Saion dio media vuelta y me empujó hacia atrás varios metros. Sus ojos centellearon cargados de esencia mientras mis botas resbalaban por la sangre—. Hazlo y se abalanzarán todos sobre ti. Morirás.

Iba a morir de todos modos.

Hice ademán de volver con Ector cuando una lluvia de flechas empezó a rebotar por todo el patio y a derribar a los *dakkais*.

Pero no... no podía morir aún. Porque las brasas eran importantes. Más que Ector. Más que yo.

Y yo lo sabía.

Por todos los dioses.

Lo sabía.

Y odiaba saberlo.

Saion gritó algo al tiempo que giraba para desenvainar las espadas de su espalda y su costado. Un *dakkai* se abalanzó sobre él mientras otro pasaba por su lado. Solté un grito de furia y angustia, pero me agaché a toda velocidad para agarrar una espada caída de sombra umbra en lugar de ir a por mi daga.

Giré en redondo y bajé la espada contra el cuello de la bestia sin rostro para cortarle la cabeza. Me agaché de nuevo y agarré otra espada. Arremetí con ella hacia delante y la clavé bien hondo en el pecho de otro *dakkai*. Una sangre hedionda impregnó las hojas, pero volví a girar, columpiando la espada por el aire. Un relámpago onduló por el cielo.

Un *dakkai* esquivó a Saion, esquivó a los guardias que habían llegado ya al patio. Luego otro. Y otro. Me volví hacia atrás y el horror me dejó sin respiración al ver que iban hacia el poder... el *eather*.

Ector.

—¡No! —grité, y eché a correr por el suelo resbaladizo, clavando la espada en los *dakkais*, en cualquier parte de ellos que pudiera, mientras se abalanzaban sobre el cuerpo de Ector en una pesadilla de garras y dientes. Perdí todo el sentido de la destreza y me limité a dar espadazos a las bestias sin ton ni son.

Entonces llegó Saion. Luego Rhain. Otro guardia (un dios) utilizó *eather* para disparar a los *dakkais*, pero eso solo atrajo a más, y no hacían más que venir, apelotonados ya en torno a las picas. Seguían llegando, aunque los derribáramos, sus bocas y garras cubiertas de centelleante sangre azul rojiza.

Las brasas en mi interior palpitaban como locas. Gritos cargados de dolor llenaban el patio y el Adarve cuando Rhain apartó de una patada a un *dakkai* caído que fue a parar a donde había estado tumbado Ector...

El dios se tambaleó hacia atrás, lejos de... de lo que quedaba de él. Dio media vuelta y vomitó. La espada resbaló de mis dedos. Una masa informe. Eso era todo lo que quedaba de Ector. Una *masa informe*. Mi mano tembló. Me estremecí, y en lo más profundo de la caverna dentro de mí, la esencia del Primigenio de la Vida rugió. Mi piel vibró. Un sabor metálico impregnó mi boca por dentro mientras un dolor mortecino alanceaba mi mandíbula. Un torbellino me barrió por dentro, mis labios se abrieron...

Un alarido de ira, de ruina, brotó de mí al tiempo que la periferia de mi visión se volvía blanca. De un blanco puro.

Por todo el patio, los *dakkais* recularon, giraron la cabeza hacia mí. Y el poder en mi interior creció y se hinchó hasta que nada pudo contenerlo.

Ni siquiera intenté hacerlo. La otra espada se hizo añicos en mi mano. Un pulso de poder brotó de mí y me dejó mareada al impactar contra una horda

de *dakkais*; los alejó de Saion y de Rhain y los hizo salir volando por los aires, donde simplemente desaparecieron.

Borrados del mapa.

Un agotamiento extremo se apoderó de mí, uno que no había sentido jamás, a medida que la ola de poder retrocedía. Me tambaleé un paso hacia delante, jadeando. Algo caliente y mojado goteaba de mi nariz, salpicó mi brazo. Sangre. Mi sangre. Bajé la vista y vi que la pátina plateada se desvanecía de mis manos, justo cuando otra horda de *dakkais* coronaba la muralla.

Oí que llamaban mi nombre, oí órdenes de retirada, pero las voces sonaban apagadas, aunque vi que Rhain corría hacia mí. Me agarró del brazo, de la cintura, pero no sentía sus dedos. No me sentía conectada a mi cuerpo para nada. Era como flotar. Parpadeé despacio, mi visión se apagó...

Y luego volvió.

—¡Sera! —gritó Rhain, su voz lo bastante alta como para que yo hiciera una mueca—. ¿Estás bien?

—N... no lo sé. —La sensibilidad volvió a mi cuerpo mientras Rhain giraba mi cabeza hacia él. Algo de fuerza llenó mi cuerpo, pero no demasiada. Me tragué la sangre que se había arremolinado en mi boca—. Eso creo.

No parecía que me creyera, pero limpió de una pasada la sangre de mi nariz.

—Tenemos que entrar —dijo Saion, resollando. Un *dakkai* había arañado su pecho. Vi que Rhahar estaba con él.

Giramos todos a una, pero no había forma de llegar hasta el palacio, hasta un lugar seguro. Sin importar en qué dirección mirásemos, había fauces voraces y ollares planos muy abiertos, cabezas sin rasgos y garras ensangrentadas.

Los *dakkais* nos rodeaban por los cuatro costados.

—Maldita sea —bufó Rhahar. Se pasó el dorso de una mano por su mejilla sangrante—. Malditos sean los dioses.

—Sí, eso suena más o menos correcto —comentó Saion. Levantó la espada al tiempo que giraba la cabeza hacia mí—. ¿Crees que podrías hacer esa cosa otra vez? Atraerá a más, pero podría despejar un camino.

—Yo... —Busqué las brasas pero no noté ningún fogonazo. Ninguna vibración. Nada. Mis ojos se cruzaron con los de Saion justo cuando mi garganta empezaba a cerrarse. No podía sentir las. No podía...

De repente, un *draken* se estrelló contra el Adarve, lo resquebrajó y arrancó de paso un buen pedazo. Una luz centelleante recorrió el cuerpo de

Davon cuando cayó al patio y cambió a su forma mortal.

Y entonces el aire se volvió frígido. Nuestro aliento salió en pequeñas nubecillas y se me puso toda la carne de gallina. Rhahar se volvió despacio hacia nuestra derecha.

Hacia donde se alzaba un Primigenio, unas alas de sombras desplegadas en toda su envergadura y el cuerpo envuelto en hebras de *eather* crepitante.

La neblina rodeaba a Ash, brotaba del *interior* de Ash. Neblina primigenia. Llegó hasta el suelo, llena de turbulentas hebras de esencia.

Las cabezas de todos los *dakkais* giraron y se levantaron, retrajeron los labios mientras olisqueaban el aire. Olían. Buscaban.

Fijaban el rastro.

—Mierda —murmuró Rhain detrás de mí—. *Mierda*.

Los ojos plateados de Ash se clavaron en mí durante un momento, y habría jurado que oí su voz como un susurro entre mis pensamientos.

Los *dakkais* echaron a correr, uno detrás de otro, directos a por Ash, justo como él quería. Por un instante, esos ojos plateados conectaron con los míos y habría jurado que sentí... un roce frío de las hebras contra mi mejilla, como lo había sentido la noche que había estado en mi dormitorio. Un escalofrío de autoconciencia recorrió la parte de atrás de mi cuello.

Corre, liessa. Corre.

Choqué con Rhain de la impresión, sin quitarle el ojo de encima a Ash. Su voz. Había oído su voz en mis pensamientos.

Un *dakkai* cortó por delante de Ash. Este agarró a la criatura del cuello y la tiró hacia atrás mientras echaba a andar. Otro corrió hacia él al tiempo que un resplandor plateado palpitaba por encima del cuerpo del Primigenio.

Un miedo real y potente me invadió de pronto, aun cuando la neblina acabó con una línea entera de *dakkais*. Docenas más treparon por encima de los caídos. Rodearían a Ash, caerían sobre él. Y Primigenio o no, lo derribarían. Lo que había quedado de Ector destelló en mi mente.

—¡No! —Me solté de Rhain y agarré una espada—. ¡Ayudadlo! —grité, pero Rhahar y Saion ya iban hacia allí.

Eché a correr, más despacio que antes, más despacio de lo que había corrido nunca, pero seguí adelante. Iría a gatas si fuese necesario. Levanté la espada, que ahora parecía pesar mucho más...

Un torrente de fuego se estampó contra el suelo entre Ash y yo. *Nektas*. Cortó a través de los *dakkais* volando bajo. Y no iba solo. Orphine estaba con él y soltó una estela de llamas detrás de Ash al bajar en picado.

—¡Va demasiado baja! —gritó Rhahar.

Cuando Orphine viró, un *dakkai* dio un salto y le clavó las garras en el costado. La *draken* rodó por el suelo para sacudirse a la criatura de encima, pero otra se abalanzó sobre ella. Y otra...

Algo ocultó las estrellas, oscureció el suelo. Mis ojos volaron hacia el Adarve. Una masa de sombras se arremolinaba sobre la parte superior y rebosaba por la muralla, sombras densas y llenas de formas sólidas. De cuerpos.

—Los Cimmerianos —boqueé.

Seguían aquí.

Kyn seguía aquí.

La ola de Cimmerianos llegó deprisa y arrasadora, alimentándose del *eather* hasta que una noche nubosa descendió sobre nosotros.

Y entonces ya no pude ver nada. Ni a Orphine ni a Nektas. Tampoco a Ash.

Me quedé paralizada, con respiraciones superficiales y demasiado cortas. *Inspira*. Alguien gritó. El entrechocar metálico de espada contra espada reverberó de manera extraña en la espesa oscuridad. *Contén*. A continuación, se oyó el sonido de carne que cedía ante piedra y metal y garras. Alaridos. Chillidos...

Un tsunami de cuerpos se estrelló contra mí, me empujó y me forzó a retroceder. No sabía si era nuestra gente, los Cimmerianos o los *dakkais*. Apenas lograba mantener la espada agarrada, y entonces se me cayó dando un golpe. Decenas de manos me empujaban. Los codos golpeaban mis costados y mi espalda. No era capaz de mantener la posición. El tira y afloja de los cuerpos me arrastraba de un lado a otro; el hedor del miedo, armas caídas por doquier, y oscuridad... oscuridad veteada de fogonazos de *eather* y oro... Todo ello me engulló. *Inspira*. Capté atisbos de centelleante dorado en la oscuridad. Ropa dorada. Pelo dorado. Me atraganté.

La muralla detuvo el flujo de cuerpos sin previo aviso.

Choqué contra la piedra fría con fuerza. Todo el aire escapó de mis pulmones y un dolor agudo explotó por mi espalda. Mis piernas cedieron debajo de mí y acabé en el suelo, sobre gravilla. Me giré sobre el costado y me hice un ovillo mientras los demás cuerpos se topaban también con la pared. Algunos cayeron, otros consiguieron salir. Me puse tensa cuando noté rodillas conectando con mi hombro y mi cabeza y el sonido de un trueno sacudió el suelo. ¿Eran más *dakkais*? ¿Caballos? ¿Nuestros ejércitos?

¿Nuestra gente?

Nuestra gente.

Levanté la cabeza, los ojos guiñados hacia la masa de sombras iluminadas de *eather* que engullían el patio. Las espadas y los cuerpos seguían entrechocando mientras yo buscaba a Ash. *Inspira*.

Necesitaba encontrarlo.

Después tendríamos que encontrar un sitio que fuese seguro durante el tiempo suficiente para que pudiese sacar las brasas de mí. Tenía que hacerse ya, antes de que muriese más gente. Antes de que esto se convirtiese en la guerra que Ash había esperado evitar.

La guerra que ya parecía estar en marcha.

Contén. Me levanté y me separé de la pared. Las brasas seguían calladas en mi pecho cuando empecé a avanzar, arrastrando los pies a trompicones entre los cuerpos desperdigados por el suelo. Un *dakkai* gruñó cerca de mí. Seguí adelante, captando atisbos de los que estaban luchando. Destellos dorados que me aceleraban el corazón. Un rugido retumbó en el cielo que no podía ver, y recé por que fuese uno de nuestros *drakens*. Al mismo tiempo, me apoderé de una espada.

Ash me encontraría. Sabía que lo haría. Me percibiría, igual que había hecho todas las otras veces. Siempre y cuando los *dakkais* no hubiesen caído en masa sobre él. Siempre y cuando siguiese consciente. Nos reencontraríamos.

Unas llamas plateadas cortaron a través de la oscuridad e impactaron contra los caídos y los que aún quedaban en pie, desperdigaron las sombras más densas.

Oro.

Un destello de pelo dorado y pintura dorada a apenas unos palmos de mí.

Me tambaleé hacia atrás, el estómago hecho un nudo mientras apretaba la mano sobre la empuñadura de la espada. Las sombras reclamaron el espacio cuando viré a la derecha, hacia lo que creía que era el palacio. *Inspira*. Seguí adelante, una mano estirada. Nos encontraríamos. Nos...

Me paré en seco.

Se me pusieron de punta todos los pelillos de la nuca. *Contén*. Una oleada de autoconciencia bajó de puntillas por mi columna. Mi estómago se ahuecó mientras reafirmaba mi agarre sobre la espada. La tensión se asentó en mis hombros cuando oí a Ash gritar mi nombre, más y más cerca... hasta que el sonido de cascos de caballos ahogó su voz. Nuestros ejércitos *habían* llegado, pero había algo... alguien más por ahí cerca. Un cazador. Lo sentía en los huesos. Y yo era la presa. El instinto se apoderó de mí.

Giré en redondo y arremetí con la espada.

Una mano se cerró sobre mi muñeca cuando un fogonazo de llamas en lo alto desperdigó las sombras. El aire se despejó lo suficiente para ver pelo castaño claro. Pómulos altos. Una cicatriz en la mejilla izquierda.

Attes.

La oleada de alivio casi me sacó las piernas de debajo del cuerpo. Había venido en nuestra ayuda, incluso a riesgo de enfadar no solo a Kolis sino de levantarse en armas contra su hermano. Gracias a los dioses que había detenido lo que habría sido un golpe bastante doloroso, incluso con la armadura de piedra umbra que protegía su pecho.

—Gracias —grazné. La tensión crispaba las comisuras de su boca.

—No deberías darme las gracias todavía.

Levanté la vista hacia él y el aire que inspiré fue... a ninguna parte. Hasta el último rincón de mi ser se rebeló contra el instinto que de repente me gritaba.

—¿Por qué? —exclamé. Sus ojos lucían inexpresivos.

—Porque esta es la única manera.

—No —bufé, y una ira al rojo vivo explotó en mi interior—. No, no lo es.

Attes presionó con sus dedos sobre mi muñeca, entre los tendones. El fogonazo de dolor agudo fue intenso y sorprendente, forzó a mi mano a abrirse. La espada cayó mientras el horror y la furia palpitaban a través de mí.

—Lo siento —gruñó.

Me retorcí en un intento desesperado por recuperar mi libertad. Attes me bloqueó el camino y me hizo girar. Antes de que pudiera dar otro paso, tiró de mí hacia atrás contra él.

—¡Sera! —bramó Ash, seguido de un intenso destello de luz.

Entre la masa de cuerpos y *dakkais*, espadas enfrentadas y caballos desquiciados, vi a Ash a varios metros de mí, empapado en sangre centelleante. La ropa andrajosa. La cara arañada. El brazo desgarrado. Iracundo. Precioso. Sus feroces ojos plateados conectaron con los míos cuando arrancó a un Cimmeriano de las sombras y cortó al dios en dos. Un *dakkai* lo atacó por la espalda. Ash lo agarró e hizo añicos a la criatura de un solo toque.

La mano de Attes se cerró en torno a mi barbilla y me forzó a inclinar la cabeza hacia atrás contra su pecho mientras el humo y las sombras caían sobre nosotros.

—Tú eres lo único que queremos. Anula el hechizo y no se derramará ni una gota de sangre más. No se perderán más vidas. —Ash rugió mi nombre en la oscuridad mientras la rabia y la desesperación daban vueltas dentro de

mí—. ¿Y si te niegas? —continuó Attes con suavidad—. Mi hermano no dejará a nadie en pie aparte del Primigenio.

Ash apareció en la oscuridad, su cuerpo cargado de *eather* mientras empujaba a un *dakkai* a un lado. Vi a Rhain detrás de él, repeliendo a una bestia más.

—¡Sera! —rugió Ash. Empezó a levantarse, pero los *dakkais* no hacían más que atacarlo. Se abalanzaron sobre él igual que habían hecho con Orphine, lo derribaron. Forcejeé contra el agarre de Attes e intenté llegar hasta Ash mientras se quitaba a varios *dakkais* de encima.

—Tú eliges —insistió Attes—. Y deberías elegir deprisa.

Mis ojos conectaron con los de Ash y no se apartaron hasta que el humo y las sombras ocuparon el espacio entre nosotros.

—Prométemelo —mascullé con voz áspera—. Júrame que nadie más resultará herido.

—Nadie más resultará herido —prometió Attes—. Lo juro.

Me estremecí, se me helaron las entrañas.

—Iré con vosotros.

Un hormigueo intenso recorrió mis muñecas, igual que cuando Vikter me había puesto el hechizo. Las antiguas palabras aparecieron un instante sobre mi piel, un tenue resplandor que se difuminó enseguida.

Attes giró con brusquedad hacia un vacío de medianoche envuelta en humo.

—Has tomado la decisión correcta.

Estaba equivocado. Porque no había ninguna decisión que tomar.

Nunca la había habido.

Capítulo 47



Soñé con mi lago.

Estaba nadando, me deslizaba sin esfuerzo por las frías y oscuras aguas. Sabía que no estaba sola cuando salí a la superficie. Una figura esperaba en la orilla.

Me observaba un lobo, más plateado que blanco bajo los rayos fragmentados de luz de luna.

Y cuando me dejé hundir otra vez en el agua, pensé que había visto a ese lobo antes. No en un sueño, sino hacía muchos años, cuando recorría ese bosque de niña. Pero ese pensamiento se alejó flotando mientras avanzaba por el agua.

Quería quedarme aquí, donde todo era pacífico y tranquilo y nada terrible podía molestarme. Nadé y nadé hasta que sentí el tenue meneo de las brasas en mi pecho. Me di impulso hacia la superficie y me giré hacia la orilla de mi lago.

Hacia donde había estado sentado el lobo.

Donde ahora estaba Ash de pie.



Mi cabeza palpitaba con un dolor mortecino que bajaba luego por mi mandíbula. Inspiré una profunda bocanada de aire que no olía en absoluto como lo último que recordaba: el humo y el hedor a carne quemada y muerte. El olor rancio y fétido del barco al que había sombrambulado Attes conmigo.

Eso era lo último que recordaba.

Eso y la explosión de dolor en la parte de atrás de mi cráneo en el momento en el que Attes me soltó.

Lo cual quizás explicase mi atroz dolor de cabeza. Bastardo traicionero. Solo los dioses sabían cuánto tiempo llevaba trabajando con Kolis.

Me juré que lo vería muerto antes de respirar mi último aliento, aunque cómo iba a conseguir eso estaba aún por verse. Había un problema mucho más acuciante ahora mismo.

El aire que inspiré, tumbada sobre algo de una suavidad *extravagante*, olía a vainilla y a... a lilas... a lilas marchitas.

Ya no estaba en el barco, y mucho me temía que sabía muy bien dónde estaba.

Mis ojos daban la impresión de estar pegados con pegamento, de un modo muy parecido a mi breve estasis, solo que esta vez me costó mucho más abrirlos. Y esa era otra preocupación que añadir a la lista ya rebosante de ellas. Muchas preocupaciones tenían que ver conmigo, pero muchas otras tenían que ver con Ash... y con los otros.

¿Habría cumplido Attes su palabra de interrumpir los ataques? ¿Estaría... *nuestra gente* a salvo? ¿Orphine y Rhain? ¿Rhahar y los otros? ¿Lo estaría Ash? Sabía que sobreviviría a los *dakkais*, a los Cimmerianos, a cualquier otra cosa que le pusieran en el camino, pero también lo *habían* herido. Quizás incluso lo suficiente para necesitar alimentarse... algo que era muy probable que se resistiera a hacer. Quedaría debilitado. Y mira lo que le había pasado a Veses. Se había sumido en una estasis. A Ash podía sucederle lo mismo.

Interrumpí esos pensamientos antes de caer en esa espiral y perder la calma que me quedaba... que no era demasiada. Tenía que encontrar una manera de volver con Ash. Tenía que extraer las brasas y yo...

Tenía que verlo una última vez. Para despedirme. Para decirle que... que lo quería. Había sido un error no habérselo dicho antes, por miedo a que eso lo hiciera sentir culpable. Se me comprimó el pecho. Ahora no pensaba así. Ash necesitaba saberlo. Yo necesitaba que lo supiera.

Y tenía que salir de aquí. Lo cual significaba que no podía perder los papeles. Tenía que mantenerme espabilada porque mi tiempo era limitado. Lo sentía en los huesos. Así queforcé a mis ojos a abrirse.

Y no vi nada.

Solo una nada absoluta, profunda y oscura. La presión corrió a instalarse sobre mi pecho. Tragué saliva para respirar hondo...

Algo se apretó en torno a mi *cuello*.

Un miedo gélido impactó contra mi pecho y levanté una mano temblorosa hacia mi cuello. Mis dedos encontraron una fina banda de metal frío en la base de mi garganta, bajo el punto donde notaba mi pulso. Deslicé los dedos por ella, encontré un gancho grueso en el centro y...

Una *cadena*.

El pánico explotó cuando agarré la cadena. Me enderecé tan deprisa que mi corazón dio la impresión de volar, luego tartamudeó. Sentí un intenso mareo. Con manos temblorosas, tiré con suavidad de la cadena y di un respingo al oír el estrépito metálico que hizo contra lo que sonaba a suelos de piedra. La cadena era larga y, por mucho que tirara, no encontré resistencia alguna, aunque eso no me llenó de ninguna sensación de alivio.

Porque había un maldito grillete alrededor de mi cuello.

La presión siguió apretándose en torno a mi pecho mientras pugnaba por controlar mi respiración y no dejar que el pánico se apoderase de mí. Pero estaba encadenada, y...

Unas luces inundaron el espacio, intensas y brillantes.

Cegada, levanté una mano para proteger mis ojos doloridos. Para ello, solté la cadena, que cayó con un estrépito metálico que me hizo daño en los oídos.

—Estás despierta.

Esa voz.

No era Attes ni Kolis, pero me resultaba familiar.

—Llevas dos días inconsciente —añadió la voz masculina. Se me comprimió el pecho. ¿Dos días? ¿Me había sumido en otra estasis y había logrado sobrevivir, de algún modo?—. Empezábamos a preocuparnos —declaró con una risita—. Se suponía que Attes no te iba a pegar *tan* fuerte, pero... como dirían algunos (y por esos *algunos* quiero decir yo)... es todo fachada y poco cerebro.

Despacio, bajé la mano y parpadeé con los ojos acuosos. Lo primero que vi fue la reluciente espiral dorada en mi mano derecha. La *marca de matrimonio*. El consuelo que me proporcionó eso se esfumó en cuanto levanté la vista.

Me quedé helada por dentro.

Embotada por lo que vi.

Barrotes dorados con una separación de palmo y medio o así. Una jaula. Una *jaula* dorada. El horror se abrió paso a través de mí con uñas y dientes y me dejó paralizada, la mano aún en medio del aire.

—Debió tener más cuidado. Después de todo, técnicamente eres solo una mortal. ¿No es así? —continuó—. No una diosa a punto de culminar su Sacrificio. Ni siquiera una divinidad. Sino una mortal con brasas de vida en su interior.

Un temblor se avivó en las profundidades de mi pecho, donde las brasas permanecían inquietantemente tranquilas. Giré la cabeza y mis ojos se deslizaron por encima de baúles de distintos tamaños, una mesa redonda, una silla, un diván de tono dorado y una gruesa alfombra de pieles. Todo ello estaba dentro de la jaula conmigo.

Entonces lo vi a él.

Pelo dorado.

Máscara dorada.

Ojos azul pálido iluminados por las más tenues hebras de *eather*. Ojos que había creído que pertenecían a un dios. Pero Dyses había tenido los mismos ojos, y él había sido algo completamente diferente.

Un Retornado.

Había visto a este varón en Dalos, solo un poco de su perfil. Había estado en el pasillo, esperando a Davon. Pero aquella no había sido la primera vez que lo veía.

Lo había visto en el mundo mortal, en mi reino, y esa era la razón de que las alas pintadas de dorado no hicieran más que recordarme algo. Había estado en Wayfair, hablando con mi madre. Ezra me había dicho su nombre.

Callum.

Estaba a poca distancia al otro lado de la jaula, pero lo que llamó mi atención fue la única otra cosa que ocupaba el espacio en la, por lo demás, oscura sala: una única silla muy elaborada y decorada en oro.

Un trono.

La bilis trepó por mi garganta, pero me la tragué mientras bajaba la mano para apoyarla en la suave manta sobre la *cama* en la que estaba.

La misma sonrisa burlona a medio formar que había visto aquel día en Wayfair apareció ahora.

—Hola, Seraphena Mierel. Es un placer verte de nuevo. —Su cabeza se ladeó y sonrió. El gesto hizo que las alas pintadas subieran por sus mejillas y por encima de sus cejas—. ¿Te acuerdas de mí?

—¿Se det...? —Me aclaré la garganta, aunque hice una mueca cuando la banda se apretó un momento—. ¿Detuvieron el ataque?

—Attes te dio su palabra. Las fuerzas de Kyn se retiraron. —Enderezó la cabeza y yo eché un vistazo a la empuñadura de la espada que llevaba

amarrada a la espada, y a la daga asegurada contra su muslo. Callum se había deshecho de la mayor parte del atuendo dorado. Solo su túnica bordada era de ese color soleado. Los pantalones eran oscuros—. No has contestado a mi pregunta.

—Sí, me acuerdo de ti. —Mis dedos se hincaron en la manta para ayudarme a mantener el equilibrio cuando bajé los pies al suelo. Mis pies *descalzos*.

Bajé la vista y esta vez sentí un fogonazo de calor antes de quedarme fría de nuevo al ver *oro*. Ya no llevaba mis pantalones, y ni siquiera mi camisa y mi chaleco. Llevaba un vestido dorado largo y estrecho de gasa casi transparente.

—Estabas cubierta de mugre y apestabas a las Tierras Umbrías y al Primigenio de ese lugar —explicó Callum. Levanté la cabeza de golpe.

—El único hedor que llevo sobre mí es el de este lugar.

La sonrisa de Callum se ensanchó un pelín.

—Te recomendaría que su majestad no te oyera decir eso.

La ira bulló en mis venas, una furia al rojo vivo.

—Que le jodan a su majestad.

La cosa que tenía delante se rio entre dientes.

—Y te recomendaría encarecidamente que no lo permitieras oír *eso* —me dijo—. Sea como fuere, te bañaron y te pusieron ropa limpia.

La bilis volvió a mi boca al pensar que no tenía ni idea de quién se había encargado de hacerlo. Sin embargo, no podía perder el tiempo en esas cosas. *No podía*. Miré por la sala a mi alrededor. Vi una puerta y lo que parecía una pared divisoria corredera, ambas cerradas en ese momento.

—¿Esperas que te dé las gracias?

—No esperaré tal cosa. —Se acercó un pelín más a los barrotes—. Pero sería agradable.

Hice una mueca de desdén y miré la daga en su muslo otra vez.

—Estabas hablando con la reina.

—¿La reina Calliphe? Con tu madre, quieres decir —me interrumpió, y yo me puse tensa—. Aunque me llevé la clara impresión de que no ejercía demasiado como madre. —Se encogió de hombros y... santo cielo, ¿no era revelador que incluso él se hubiese dado cuenta? *Por todos los dioses*—. Pero sí, estaba hablando con tu madre. Hablaba con ella a menudo. —Su barbilla bajó y esos palidísimos ojos azules centellearon con *picardía*—. Durante muchos años.

Di un respingo.

Callum se acercó un poco más.

—¿No te has preguntado nunca cómo podía un mortal haber descubierto la forma de matar a un Primigenio?

—Deja que lo adivine —bufé—. ¿Tú?

Giró un poco el cuerpo e hizo una reverencia con una floritura del brazo mientras sus ojos conectaban con los míos.

—Yo. —Me guiñó un ojo y luego se enderezó. Su sonrisa se diluyó y abrió más los ojos—. ¿Qué? Pareces sorprendida de saber esto.

Sí que me había preguntado cómo podía haber conseguido mi familia semejante información, pero había dado por sentado que habría sido un Hado, o quizás incluso un *viktor*. Pero ¿esto? ¿Saber que esa información había sido obtenida solo durante las últimas dos décadas? No era difícil creer que mi madre hubiese mentido, pero ¿que alguien de la corte de Kolis hubiese compartido esa información con ella? ¿Probablemente incluso uno de sus Retornados? Jamás lo habría imaginado.

No tenía sentido.

—¿Por qué harías algo así? ¿Por qué querría él...? —Di otro respingo y se me cayó el alma a los pies a medida que la incredulidad se apoderaba de mí—. Kolis lo sabe.

Una sonrisa lenta curvó las comisuras de sus labios.

—Por supuesto que lo sabe. Es el Rey de los Dioses. —Hablaban con ternura, como si conversara con una niña—. Su majestad se enteró la noche de tu nacimiento, cuando tu padre invocó al Primigenio de la Vida para hacer otro trato.

Todos los músculos de mi cuerpo se pusieron en tensión.

—¿Qué?

—¿Cómo se llamaba? Ah, sí. *Lamont*. El pobre rey Lamont no tenía ni idea de que había sido Eythos el que había respondido a su antepasado, así que habló de manera abierta y libre con su majestad. Pidió... no, *exigió*... firmar un trato diferente, uno que liberara a su hija recién nacida de toda obligación prometida durante el trato original.

Horrorizada, no me moví. Apenas podía respirar. La noticia de que mi padre había tratado de deshacer el trato... por mí... me dejó impactada.

—Se mostró bastante insistente. Desesperado, incluso. Por desgracia, uno no puede deshacer sin más un trato hecho por un Primigenio. —Callum frunció los labios—. Sea como fuere, el trato fue de gran interés para su majestad. Después de todo, sabía que Eythos debía haber hecho algo con las

verdaderas brasas de vida, puesto que no pasaron a su majestad al morir su hermano.

Mis labios se entreabrieron. Eso significaba... por todos los dioses, eso significaba que Kolis había drenado la fuerza vital de su hermano. De su *propio hermano*. Con náuseas, me aferré al borde de la cama.

—Pasó muchos años buscando a dónde podía haberse escabullido su *graeca*. —Callum se rio—. *Escabullido*. Me encanta esa palabra.

Graeca.

La palabra tenía dos significados. «Amor». Y «vida». Sin embargo, cuando Taric se alimentó de mí y dijo que se preguntaba a qué sabría la *graeca*, creí que había descubierto lo del alma que llevaba dentro. Pero no lo había hecho. Taric había saboreado la vida. *Graeca* siempre había significado «vida». Las brasas de vida.

—Su majestad sabía que Eythos tenía que haberlas escondido en alguna parte. —Callum ladeó la cabeza—. Entonces, entró en escena tu padre y reveló el trato. Así que sí, su majestad ha sabido lo que llevas dentro desde que naciste.

Por todos los dioses...

Me puse de pie sin darme cuenta, sin comprender siquiera por qué. Solo sabía que no podía permanecer sentada a medida que el *shock* se convertía en confusión y luego daba paso a la angustia.

—No —declaré, e hice una mueca al oír la cadena chirriando por el suelo cuando avancé.

—Sí.

No quería creerlo. No porque no pudiera comprender cómo Kolis lo había sabido durante todo este tiempo y había actuado como lo había hecho; ni siquiera porque Kolis seguro que sabía cómo extraer las brasas de mí. Sino por todo...

Todo lo que Ash había sacrificado para *nada*.

Kolis había sabido lo mío con las brasas. Siempre lo había sabido. Y no había habido ninguna razón para mantenerme oculta y a salvo. Ninguna razón para que otras personas dieran su vida para hacerlo. Ninguna razón para que Ash hiciese ese trato con Veses.

Callum me miró con atención.

—Pareces molesta.

¿Molesta? Me estremecí y me aferré a la ira en lugar de a la aflicción. La una me fortalecía. La otra me destruiría.

Callum se encogió de hombros otra vez.

—No obstante, fue bastante ingenioso por parte de Eythos, ¿verdad? Tomar esas últimas brasas y esconderlas en una simple mortal, donde a nadie se le ocurriría mirar. Y se aseguró de que esa mortal perteneciera luego a su hijo. Muy ingenioso.

Mientras Callum hablaba, me di cuenta de que no había mencionado ni una vez el alma de Sotoria. Eso era algo que ni el rey Roderick, que hizo el trato, ni mi padre podrían haber sabido.

Como tampoco lo sabía Kolis.

—Si sabía que yo tenía las brasas primigenias en mi interior, ¿por qué esperar? —pregunté, al tiempo que guardaba a buen recaudo esa información acerca de las brasas—. ¿Por qué dejar que me llevaran a las Tierras Umbrías? ¿Por qué dejar que llegara a... a este punto? Ha muerto gente y... —Aspiré una bocanada de aire temblorosa—. Podría haberme tenido en cualquier momento. ¿Por qué esperar?

—*Sangre*. —Callum respiró hondo—. *Cenizas*.

Algo en la forma en que lo dijo despertó un recuerdo de la noche en que el *draken* había liberado a los dioses sepultados. El guardia de Veses había dicho algo parecido después de haber oído mi sangre. Había dicho...

—Sangre y cenizas.

Me puse tensa, hasta el punto de que el grillete en torno a mi cuello amenazó con cortar la piel. Mi corazón cayó y empezó a dar volteretas mientras me giraba hacia la pared divisoria. Se había abierto y por ella entraba un atisbo de las escasas horas nocturnas. Pude distinguir las sombras de altos árboles frondosos detrás de...

Kolis.

En ese mismo instante, me di cuenta de que no había pensado en lo que me habían educado para hacer desde el momento en que nací. Para lo que me había preparado Holland. Ni una sola vez desde que había despertado.

Conviértete en su debilidad.

Haz que se enamore.

Termina con él.

Con Kolis.

No con Ash.

Y aquí estaba, con él, aunque cumplir con mi deber era la cosa más alejada de mi cabeza. Tuve que hacer un esfuerzo por no dar varios pasos atrás al ver al falso rey. Iba vestido como la vez que lo vimos en Dalos. Pantalones holgados de lino. Sin camisa ni botas. Esta noche, no llevaba corona. Callum se giró hacia él e hizo una profunda reverencia.

—Me alegro de ver que por fin estás despierta —comentó Kolis.

Inspira. Las brasas permanecieron calladas cuando Kolis se acercó, pero aun así había un ardor en mi pecho. Terror y furia que eran míos *solo* en parte. Me invadió un sentimiento de *déjà vu*. Yo no había estado ahí nunca, enjaulada y encadenada.

Pero Sotoria sí. Cuando Kolis la trajo de vuelta a la vida.

Me entraron ganas de huir. De rabiarse. Pero una vida entera en la que me enseñaron a no mostrar miedo, a no mostrar nunca *ninguna* emoción, se apoderó ahora de mí. El velo se instaló sobre mí mientras le sostenía la mirada a Kolis.

Kolis inclinó la barbilla.

—¿No te arrodillas?

—No —mascullé—. No lo hago.

Kolis se rio, una risa grave y suave. Callum se acercó a un lado de la jaula de oro.

—Sigues siendo de una valentía increíble, según veo. Igual que cuando tomaste esa daga para acabar con el *draken*. —Apoyó los dedos en los barrotes—. Aunque, bueno, ¿cuán valiente fuiste cuando planeabas traicionarme en el mismo momento en que te marcharas? Usando lo que no te pertenece para robarme una vida debida...

Apreté la mandíbula para evitar decir algo increíblemente estúpido y para impedir que mis dientes castañetearan.

—¿Sangre y cenizas? —repetí—. ¿Qué significa?

Kolis deslizó la mano por los barrotes y volvió a reírse. Una expresión similar al respeto parpadeó en sus rasgos demasiado perfectos, luego bajo la vista. Me sentí muy agradecida de que mi pelo suelto colgara en rizos enredados por encima de mi pecho.

—Es el nombre de la profecía.

Mis pensamientos fueron de inmediato hacia la que había compartido Penellaphe con nosotros.

—¿Una profecía?

—No. Hablo de *la* profecía. La última soñada por los Antiguos. Una *promesa* conocida solo por unos pocos. Una de la que aún menos se atrevían a hablar. —Sus dedos danzaron por los barrotes y empezó a caminar. Acechante—. Y solo repetida por la descendiente de los dioses de la Adivinación —dijo. *Penellaphe*. Se refería a ella—. Y por el último oráculo en nacer.

El dios Delfai también había mencionado al último oráculo, ¿verdad? Un oráculo nacido de la estirpe Balfour. ¿Qué posibilidades había de que fuese una coincidencia que Delfai hubiese mencionado a ese oráculo?

Ninguna.

La sonrisa de Kolis fue lenta y fría.

—Pero mi querida Penellaphe no recibió la visión completa —dijo. Me puse tensa—. Por suerte para ella, Penellaphe creía que yo no conocía la visión. Los que creen lo contrario parecen encontrar muertes prematuras —afirmó, y Callum se rio entre dientes—. Mi hermano la conocía. —Hizo un gesto hacia mí—. Como es obvio.

Giré con él y lo seguí mientras caminaba en torno a la jaula.

Se detuvo justo delante de mí.

—Las profecías a menudo se dividen en tres partes. Cada una parece no guardar relación con las demás, hasta que se juntan todas las piezas.

Sentí un cosquilleo en la nuca. Penellaphe... había dicho eso. Que a menudo tenían un principio, un medio y un final, y que no siempre se recibían en orden o por completo.

Los ojos de Kolis, salpicados de dorado, se movieron hacia Callum. Este dio un paso adelante.

—*De la desesperación de coronas doradas y nacido de carne mortal, un gran poder primigenio surge como heredero de las tierras y los mares, de los cielos y todos los mundos. Una sombra en la brasa, una luz en la llama, para convertirse en un fuego en la carne* —recitó—. *Cuando las estrellas caigan de la noche, las grandes montañas se desmoronen hacia los mares y viejos huesos levanten sus espadas al lado de los dioses, el falso quedará desprovisto de gloria hasta dos nacidas de las mismas fechorías, nacidas del mismo gran poder primigenio en el mundo mortal. Una primera hija, con la sangre llena de fuego, destinada al rey una vez prometido. Y la segunda hija, con la sangre llena de cenizas y hielo, la otra mitad del futuro rey. Juntas, reharán los mundos mientras marcan el comienzo del fin.*

—*Y así comenzará con la última sangre Elegida derramada, el gran conspirador nacido de la carne y el fuego de los Primigenios se despertará como el Heraldo y el Portador de Muerte y Destrucción a las tierras bendecidas por los dioses* —continuó Kolis por Callum—. *Cuidado, porque el fin vendrá del oeste para destruir el este y arrasar todo lo que haya entre medias.*

Kolis apoyó la frente en los barrotes.

—Estoy seguro de que ya la habías oído antes. —El hecho de que supiera que Penellaphe había hablado con nosotros me inquietaba mucho—. ¿Qué opinas de ella? —preguntó.

Forcé un medio encogimiento de hombros.

—No gran cosa, excepto que para mí está claro quién es el falso y el gran conspirador.

Kolis se rio.

—Tu actitud me divierte.

—Me alegro de oírlo.

—Aunque no me divierte *tanto*. —Sus ojos refulgieron de un tono intenso de oro y plata—. Pero, sí, creo que se refería a mí. Eso sí, ¿lo de las dos hijas? Eso siempre me ha confundido. Aún me confunde un poco, aunque estoy casi seguro de que es Mycella. Después de todo, ella estaba prometida al que fue rey. Mi hermano. —Se dio unos golpecitos en la barbilla—. ¿La segunda hija? *Tú*. Tú estás prometida al futuro rey... o el que habría sido el futuro rey una vez que Eythos entrase en Arcadia, y Nyktos Ascendiese para ocupar su lugar.

»Tres partes. El principio. El medio —continuó Kolis, antes de que pudiese asimilar el hecho de que Ash y yo habíamos creído que la parte central se refería a algún tiempo en el futuro—. Y luego el final. Porque esa profecía dice más cosas.

—Cómo no... —murmuré.

—Está el final. —Kolis sonrió con suficiencia mientras agarraba los barrotes—. *Pues la nacida de la sangre y las cenizas, la portadora de dos coronas y la dadora de vida a mortales, dioses y drakens. Una bestia plateada con sangre rezumando de sus fauces de fuego, bañada en las llamas de la luna más brillante en haber nacido nunca, se convertirán en una* —entonó, y se me quedó la piel helada—. Esa volverías a ser tú, por si no has seguido bien el hilo de la historia.

Mi pulso latía entrecortado mientras mis pensamientos daban vueltas a toda velocidad.

—Mi... mi título. Lo de nacida de la sangre y las cenizas. Lo de la... la luna más brillante.

—Sí. Tu título, el que te otorgó mi sobrino. —Su sonrisa se ensanchó—. «Sangre y cenizas» es algo que les gusta decir a los *drakens*. Puede significar varias cosas.

Crucé un brazo delante del estómago.

—Eso fue... lo que dijo él.

—No mintió, al menos no entonces. —La punta de sus colmillos asomó por debajo de sus labios y me revolvió el estómago—. Sangre. La fuerza de la vida. Cenizas. La valentía de la muerte. Vida y Muerte, si lo tomamos de manera literal.

De repente, recordé la reacción de Keella al título y cómo había preguntado qué lo había inspirado. *El pelo de mi consorte*. Había sido una respuesta sincera. Lo sabía, lo sentía en mis huesos y en mi corazón, y Keella había... había dicho que le hacía sentirse *esperanzada*. Lo mismo que había dicho Delfai después de haber aludido a la luna más brillante cuando Ash no lo mató. ¿Podían estar entre los pocos que conocían la visión completa? Keella era casi tan vieja como Kolis, y solo los dioses sabían cuántos años tenía Delfai. Después estaba el guardia de Veses. Él sabía lo que había percibido cuando olió mi sangre. Y la reacción de Veses cuando se enteró de lo que llevaba dentro... Apostaría a que ella también lo sabía.

—Llevas las brasas primigenias de vida en tu interior. Las llevas desde que naciste, gracias a mi hermano. —Las motas doradas se detuvieron en sus ojos—. Y ahora eres la portadora de dos coronas.

Dos coronas.

Inspiré, el pecho comprimido. La corona de la consorte y la corona de princesa.

—Por eso has esperado. Para que me coronaran.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué retrasaste la...? —Dadora de vida a mortales, dioses y *drakens*. Se me agarrotó el estómago—. Necesitabas que le devolviera la vida al *draken*.

Esa sonrisa suya volvió a aparecer y me provocó un fogonazo dual de miedo e ira. Porque Attes había estado jugando con nosotros incluso entonces, con la vida de Thad.

—Tenía que asegurarme de que las brasas hubieran llegado a ese punto de potencia. De que estuvieras en el punto al que se refería la profecía para que el resto pudiera tener lugar.

¿Qué había dicho Kolis cuando le había preguntado qué le aportaría la vida de Thad? Había dicho que le diría todo lo que necesitaba saber. Y así había sido.

—¿Hay algo más en la profecía?

La risa de Callum resonó detrás de mí. Kolis asintió.

—*Y los grandes poderes se tambalearán y caerán, algunos de golpe, y caerán a través de los fuegos a un vacío de nada. Los que queden en pie*

temblarán mientras se arrodillan, se debilitarán a medida que se hacen pequeños, a medida que son olvidados. Pues, por fin, surgirá el Primigenio, el dador de sangre y el portador de hueso, el Primigenio de Sangre y Cenizas.

Me quedé boquiabierta, los ojos como platos.

—El Primigenio de Sangre y Cenizas... —Un escalofrío de incredulidad recorrió todo mi cuerpo. Un ser que no debería existir—. Un Primigenio de la Vida y la Muerte.

—Chica lista —comentó Kolis.

—No soy una chica —espeté, cortante, y mi brazo cayó a mi lado—. Y tampoco hay que ser tan listo. Es algo que la profecía dice a las claras.

—No, no eres una chica —ronroneó, lo cual me repugnó—. Eres el recipiente que cumplirá el sueño de los Antiguos. Que me dará lo que quiero.

—Y eso... ¿para hacer qué? ¿Reinar sobre Iliseeum y el mundo mortal? —Me reí—. A mí me suena como que solo te va a dar lo que te mereces.

—¿Y eso es...?

—Tu muerte.

Los ojos muy quietos de Kolis conectaron con los míos. Pasaron los segundos mientras se me iba poniendo toda la carne de gallina.

—Sí, puede que pienses eso. Quizás eso era lo que predecía al principio, pero supongo que los Antiguos nunca pensaron que yo intentaría cambiarlo. Que me atrevería a hacerlo. Al parecer, era aceptable... incluso predecible... que Eythos pusiera todo esto en marcha. —Una mueca de desdén acompañó a la mención de su hermano—. Pero ¿yo? —Se rio con frialdad—. No, creyeron que yo me limitaría a quedarme a un lado y no haría nada. Debieron preverlo, pero incluso en sus sueños me subestimaron. Subestimaron lo que haría no solo para seguir vivo, sino también para obtener lo que quiero. Y lo que quiero, Seraphena, es ser el único. El principio y el final. Vida y Muerte.

Sus ojos empezaron a refulgir.

—No habrá necesidad de reyes mortales. No habrá necesidad de otros Primigenios. No cuando haya surgido un Primigenio de la Vida y la Muerte.

Un nuevo horror se cernió sobre mí.

—¿Qui... quieres matar a todos los Primigenios?

—A la mayoría. Sí. ¿Qué? —se burló—. Pareces sorprendida. Venga ya, has conocido a unos cuantos de ellos. —Negó con la cabeza—. Has visto de primera mano lo jodidamente irritantes que son casi todos.

Bueno, eso no podía discutírselo, pero...

—Niñatos quejicas y llorones que han olvidado cómo eran las cosas antes. Cuando los respetaban y los temían no solo los mortales, sino también los dioses. Cuando incluso los *drakens* se inclinaban ante nosotros. —Su labio se enroscó en una mueca—. Cuando el poder realmente significaba algo.

Di un paso adelante.

—¿No tienes ya suficiente poder? Te has coronado Rey de los Dioses. Ya estás por encima de cualquier regente mortal, como lo están los demás Primigenios. —La ira anegó mis sentidos—. ¿Por qué necesitarías más poder?

—¿Por qué? Menuda mierda de pregunta absurda —repuso, y Callum se rio en respuesta—. Una que solo una mortal podría formular. ¿Aparte del hecho de que si no hago nada, moriré? El poder no es infinito ni ilimitado. Siempre puede surgir otro para arrebatártelo. Al poder siempre te lo pueden quitar, lo cual te deja debilitado e incapaz de protegerte a ti mismo y a aquellos que te importan.

—Como si a ti te importara alguien aparte de ti mismo —repliqué.

Sus ojos centellearon de oro puro, y entonces estaba *dentro* de la jaula. Conmigo. Se quedó a cierta distancia, pero sentí su mano sobre mi cuello, apretando más fuerte que la banda que lo rodeaba.

—Como si supieras una sola cosa sobre mí que no te hayan dicho, Seraphena. —Dio un paso, los bordes de su cuerpo se difuminaron—. ¿Crees que yo soy el villano?

Inspiré, pero la presión había sellado mi garganta. Mis manos volaron a mi cuello.

—¿Crees que soy el único villano de esta historia? ¿Que los otros Primigenios merecen continuar cuando no hicieron nada por ayudarme cuando mi hermano gobernaba como rey? Ni uno solo de ellos. ¿Crees que los mortales que tienen riqueza y prestigio son inocentes, merecedores de vivir a pesar de sus muchas guerras y su falta de empatía por los demás? ¿Crees que yo soy el único que busca un poder absoluto? Si es así, entonces no eres tan lista como creía.

No podía respirar.

Kolis dio otro paso adelante.

—Todos los mortales lo quieren. Todos los dioses. Todos los Primigenios. Incluso Eythos. ¿Para qué crees que estaba preparando a su hijo al poner las brasas de vida dentro de la mortal prometida a él como consorte? *Una bestia plateada con sangre rezumando de sus fauces de fuego, bañada en las llamas de la luna más brillante en haber nacido nunca, se convertirá en una.* Con énfasis en lo de «se convertirá en una». Eythos puso esas brasas dentro de ti

para que su hijo pudiera quedarse con ellas; algo que Nyktos habría hecho en el mismo momento en que supiera que estaba preparado, si hubiese sido consciente de lo que significaba. Eythos quería que Nyktos fuese *el* Primigenio... la bestia plateada. No solo para derrocarlo y acabar conmigo, sino porque Eythos sabía que tenía los días contados. Después de todo, los Antiguos soñaron justo con un ser tan poderoso como el Primigenio de Sangre y Cenizas. Eythos sabía lo que significaba para él, pero también sabía que una vez que su hijo tuviera esas brasas y Ascendiera, Nyktos podría incluso devolverlo a la vida.

Boqueé en busca de aire. Había empezado a temblar.

Con los ojos ardiendo como charcos de oro, Kolis agachó la cabeza.

—Eythos siempre me odió. ¿Sabes por qué? Porque él amaba a Mycella, pero Mycella me amaba a mí. No importaba que yo no la correspondiera. Que jamás me hubiera aprovechado de lo que ella sentía. Aun así, él me odiaba, y esa fue la razón de que se negara a hacer la única jodida cosa que le pedí en la vida. —El pecho de Kolis se hinchó de pronto—. Aunque si no lo hubiera hecho, tampoco habría cambiado nada. Los Antiguos seguían teniendo sus sueños. Sus visiones. Eythos habría tenido que morir de todos modos, aunque podría haber salvado las vidas de muchos otros, incluida la de su preciada Mycella... y todas las vidas que ha tenido que arrebatar su hijo en su lugar.

Me arañé la garganta, mis venas cada vez más abultadas a medida que mi vista se oscurecía...

La presión se liberó de un sopetón. Se me doblaron las piernas y caí de rodillas al suelo. Tuve que apoyar también las manos. Con arcadas, aspiré profundas bocanadas de aire a mi garganta dolorida.

—Sin embargo, aquí estamos. —Kolis se arrodilló—. Justo como fue prometido. —Me agarró de la barbilla y, aunque su contacto fue suave, me encogí cuando inclinó mi cabeza hacia atrás—. ¿Sabes lo que está a punto de pasar, Seraphena?

Me dolía demasiado el cuello para formar palabras cuando lo miré a los ojos, pero sabía muy bien lo que iba a pasar.

—Estoy a punto de drenar toda tu sangre. Me beberé hasta la última gota. Incluso la última —dijo con suavidad—. Después tomaré las brasas de vida y completaré mi Ascensión final. Me convertiré en el Primigenio de la Vida y la Muerte. Los que no se arrodillen ante mí y me cedan sus cortes y sus reinos morirán. —Se inclinó hacia mí y solo paró cuando su cara estuvo a apenas unos centímetros de la mía—. Y creo que sabes lo que eso significa para mi sobrino.

Me estremecí.

—Sí, lo sabes. —Deslizó el pulgar por mi mejilla—. Tendré lo que quiero. Lo que me merezco. Por fin. Porque... nada —empezó a levantarse y me forzó a ponerme de pie—, absolutamente *nada* estará prohibido. Nada será imposible. Ni siquiera lo que me han ocultado.

Sotoria.

Hablaba de ella.

—Seraphena Mierel —murmuró Kolis, la boca pegada a mi sien—. Has mantenido las brasas a salvo. Te has atrevido a utilizarlas. Te aseguraste de que estuvieran listas para mí. Las palabras jamás harán justicia a la gratitud que siento. Pero gracias.

Kolis pasó a la acción.

Sin previo aviso.

Me giró de modo que quedara de espaldas a él y entonces sus colmillos estaban en mi cuello, desgarrando la piel justo por encima de la banda. Un grito brotó de mi interior cuando el dolor explotó. Mi cuerpo se puso rígido, los ojos como platos y el dolor... por todos los dioses, era absoluto.

Arañé e intenté arrancar el brazo de alrededor de mi cintura. Manoteé contra el aire. Le lancé una patada... a nada. La agonía era demasiado. Con cada gota que ingería, un fuego me atravesaba de arriba abajo, arrancaba mis huesos de mi piel y dejaba llamas en su lugar. Espasmos de agonía se agarraron a mi pecho, mi garganta, y este... oh, por todos los dioses... este era el final. Así era como iba a morir. Me iba a drenar toda la sangre y se iba a llevar las brasas. Yo sería la primera en arder, y después me seguirían el resto de los mundos.

Estaba muriendo.

No tendría la oportunidad de despedirme de Ash, de decirle que lo quería. No habría forma de salvarlo a él ni a ninguno de los dioses o de los mundos. Yo no cumpliría mi destino. Di una sacudida, enrosqué los dedos, clavé las uñas en las palmas de mis manos... en la marca de matrimonio.

Ash podía percibir mi dolor. Sentirlo. Por todos los dioses, ¿podría sentir esto desde donde estaba? En cualquier caso, lo sabría, cuando la marca desapareciera de la palma de su mano. Entonces lo sabría.

El pecho de Kolis se hinchó contra mi espalda cuando succionó más fuerte, más profundo.

El calor invadió mi pecho cuando las brasas empezaron a avivarse con suavidad, débiles, pero el calor siguió aumentando y aumentando. Y esa presencia se apoderó de mí otra vez. Esa conciencia. Esa voz. Las voces.

No. No. No. No.

No era solo mi voz la que gritaba. Era la de *ella*. La de Sotoria. Todas las vidas que había vivido. Y fue la nuestra la que movió mi lengua.

—*Me estás matando* —murmuré, las palabras casi incomprensibles, los párpados pesados—. *Me estás matando otra vez, después de todos estos años.*

La cabeza de Kolis subió de golpe.

—¿*Qué?*

Mi lengua parecía inútil. Demasiado voluminosa. El techo aparecía y desaparecía ante mis ojos. No había dolor. Lo único que sentía ahora era *su ira*... la de *ella*... la *nuestra*.

—¿Qué acabas de decir? —Kolis me giró entre sus brazos. Su cara estaba borrosa. La sangre impregnaba sus labios, sus colmillos. Me sacudió y mi cabeza dio bandazos en todas direcciones—. ¿Qué narices acabas de decir?

—Soy yo... —Una risa que no sonaba en absoluto como la mía abrió mis labios—. *Sotoria*.

Kolis se quedó quieto como una estatua. Sus ojos recorrieron mi cara, mi pelo, mi cuerpo. Sacudió la cabeza y enroscó el labio, su boca goteando sangre.

—Mentirosa —gruñó.

—No es... mentira. Eythos tenía su alma... —Notaba el corazón tan embotado como mis palabras—. Y la puso con las brasas, para que... renaciera otra vez en mí. Yo soy ella.

—Eso es imposible. —Me agarró del pelo y giró bruscamente mi cabeza hacia el lado—. Una mentira ingeniosa, eso sí.

—Majestad —nos interrumpió una voz. Attes. ¿Cuándo había llegado?—. Un momento, por favor.

—Joder, ¿hablas en serio ahora mismo? —La tensión de mi cuello no se alivió cuando Kolis ladró—: Un *segundo*.

—Keella —dijo Attes. Kolis se puso rígido otra vez—. Sabes que Keella ayudó a Eythos a atrapar su alma para que pudiera renacer. —Su voz sonaba más cerca—. Sabes que está ahí fuera y no has podido encontrarla, aunque has tomado a cada Elegida... a cada mortal que tiene un aura. ¿Podría deberse a que no ha renacido en todos estos siglos recientes? —preguntó Attes—. ¿Podría ser que por fin la hubieras encontrado?

—Esto es un truco —espetó Callum—. No te fíes de ella y no te fíes de este Primigenio.

—Sé cómo matarte, pedazo de mierda —gruñó Attes—. Vuelve a hablar de mí así y te lo demostraré.

Un escalofrío recorrió el brazo de Kolis cuando levantó mi cabeza y plantó mi cara delante de la suya. Me miró fijamente, los ojos más abiertos, el *eather* daba vueltas y luego se detuvo hasta que solo se veían motas doradas.

—Piénsalo, Kolis —continuó Attes—. Tu hermano era muy listo. Podría haber tomado el alma de Sotoria y haberla colocado con las brasas para protegerla y joderte aún más. Sabes que lo haría.

Kolis se estremeció.

Sus brazos se aflojaron y empecé a caer. Me atrapó antes de que golpeará el suelo, cayó sobre una rodilla y me abrazó contra su pecho. Acarició mi mejilla con mano temblorosa, luego me acunó contra él y dejó que mi cabeza cayera contra el lado de su brazo. Me encogí al sentir su contacto, me marchité dentro de mí misma al ver el *horror* grabado en la cara del falso rey cuando se dio cuenta de a quién tenía en brazos, cuando se dio cuenta de a quién tendría que matar.

Otra vez.

Kolis temblaba. Se balanceó adelante y atrás mientras mis ojos se deslizaban hacia las puertas abiertas y las hojas oscuras que se mecían a la brisa templada. Hacia el...

Hacia un lobo.

Un lobo agazapado entre los troncos de los árboles. Un lobo más plateado que blanco.

Una bestia plateada.

Bañada en la más brillante luz de luna.

Ash.

Agradecimientos

Detrás de cada libro hay un equipo de personas que ayudaron a hacerlo posible. Gracias a Blue Box Press: Liz Berry, Jillian Stein, MJ Rose, Chelle Olson, Kim Guidroz, Jessica Saunders y los asombrosos equipos de revisión, corrección y edición. También me gustaría dar las gracias al maravilloso equipo de Social Butterfly. Y a Michael Perlman y el equipo entero de S&S por su ayuda y conocimientos en la distribución de ejemplares de tapa dura. Asimismo, a Hang Le por su increíble talento en el diseño de las cubiertas; a mis agentes, Kevan Lyon y Taryn Fegerness; mi ayudante, Malissa Coy; la encargada de tienda, Jen Fisher; y al cerebro detrás de ApollyCon y más: Steph Brown. También a las moderadoras de JLanders, Vonetta Young y Mona Awad. Gracias a todos por ser el equipo más alucinante, colaborador y alentador que un autor podría desear, y por asegurarnos de que estos libros se lean en todo el mundo, creando mercadotecnia, ayudando con problemas en las tramas, y mucho más.

También tengo que dar las gracias a los que han colaborado para que me mantuviera a flote, ya sea ayudándome a salir de algún atolladero en la trama o solo estando ahí para hacerme reír, ser una inspiración o para meterme en líos o sacarme de ellos: KA Tucker, Kristen Ashley, JR Ward, Sarah J. Maas y Brigid Kemmerer (un día de estos seré capaz de escribir bien tu apellido sin tener que buscarlo). También a Kayleigh Gore, por estar siempre dispuesta a leer de repente un capítulo fuera de contexto, Steve Berry por los momentos de contar cuentos, Andrea Joan, Stacey Morgan, Margo Lipshultz, y tantos más.

Un gran gracias a JLanders por crear siempre un lugar divertido y a menudo hilarante en el que pasar el rato. Y al equipo ARC por vuestras críticas honestas y vuestro apoyo.

Y lo más importante, nada de esto sería posible sin ti, lector. Espero que sepas lo mucho que significas para mí.

Nota de la autora

Sera es una creación de mi imaginación, pero sus pensamientos, sus sentimientos y sus acciones con respecto a lo que admitió en los Estanques de Divanash son algo muy real. Son emociones y acciones complicadas que he experimentado yo misma. Debido a ello, sé que pueden resonar en la mente de algunos lectores. No todos nosotros tenemos a un anciano y sabio *draken* a nuestro lado para hacernos saber que está ahí para nosotros cuando necesitemos a alguien, pero si has tenido los mismos pensamientos que Sera, como yo, hay gente esperando para cuando estés preparado para hablar.



JENNIFER LYNN ARMENTROUT (nacida el 11 de junio de 1980 en Martinsburg, Virginia Occidental), también conocida por el **seudónimo de J. Lynn**, es una escritora estadounidense de romance contemporáneo, *new adult* y fantasía. Varias de sus obras han aparecido en la lista de los más vendidos del *New York Times*.

La mayoría de sus trabajos publicados para adultos jóvenes son romance, fantasía y paranormal, y algunos contemporáneos y ciencia ficción. Con su pseudónimo J. Lynn, escribe novelas románticas llenas de suspense para sus lectores adultos.

Escritora *bestseller* americana, Jennifer L. Armentrout, alcanzó el éxito gracias a sus libros de género paranormal, fantástico y de jóvenes adultos, especialmente sus sagas Lux y Covenant han hecho que se posicionara en lo más alto de las listas de autores más vendidos en todo el mundo. Varias de sus obras han estado en la lista de *bestsellers* del *New York Times* y desde entonces cada libro que publica es un éxito.

Siempre deseó convertirse en una escritora de éxito, comenzando a escribir cuentos cortos en su clase de álgebra en el instituto, algo que le causó unas notas un tanto bajas en matemáticas. Alcanzó el éxito en el año 2011 con la publicación de dos de sus libros más exitosos *Obsidian* y *Mestiza*, ambos son

los primeros de la saga Lux y Covenant respectivamente. Desde entonces no ha parado de escribir y publicar libros.

Su género predilecto es el *young adult* con toques de romance y fantasía, donde mezcla criaturas paranormales (ángeles, demonios, zombis...) en nuestro mundo con la finalidad de salvar la humanidad, pero también se ha adentrado en la novela juvenil contemporánea, romántica, de misterio, ciencia ficción y adulta, alcanzando éxito en cada una de ellas.

Decidió publicar unas series de novelas más adultas de romance contemporáneo bajo el seudónimo de **J. Lynn**, separándolas de sus novelas más juveniles.

Ha sido galardonada con numerosos premios por sus obras en los diferentes géneros: Premio Reviewers Choice en 2013 con *Wait For You*, el Editor's Pick en 2015 con *Fall With Me*, el Premio Moerser-Jugendbuch-Jury en 2014 con *Obsidian* y el Premio RITA en 2017 con *The Problem With Forever*.

Sus novelas más reconocidas son las que componen las sagas Lux, *Covenant*, *Frigid*, *Elementos Oscuros* y *Cazadora de hadas*, además de sus novelas autoconclusivas *Cursed*, *Te esperaré*, *Cuidado, no mires atrás* o *Nunca digas siempre*.

A Armentrout se le diagnosticó retinitis pigmentosa en 2015, un trastorno que le provoca pérdida de visión.

A partir de 2020, Armentrout vive con su esposo, su perro Apolo y sus alpacas en una granja en Virginia Occidental.

Le gusta escribir historias para ambos grupos de edad para evitar el agotamiento del escritor. Armentrout es muy prolífica y afirma que escribe durante ocho horas al día casi todos los días. Durante el proceso creativo, le gusta alternar entre mecanografiar y escribir a mano para no experimentar ningún bloqueo de escritura.